TIM POWERS

La última partida



La última partida

Sobrecubierta

None
Tags: General Interest

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com

Tim Powers
La última partida

OceanofPDF.com

Para Gloria Batsford Con mi más sincero agradecimiento por una década de ayuda, consejos, cenas maravillosas y amistad; que todos podamos disfrutar de muchas décadas más.
Y también con mi agradecimiento a Chris y Theresa Arena, Mike Autrey, Beth Bailey, Louigi Baker, Jim Blaylock, Lou y Myrna Donato, Don Ellison, Mike Gaddy, Russ Galen, Keith Holmberg, Don Johnson, Mike Kelley, Dorothea Kenney, Dana Kunkel, Scott Landre, Jeff Levin, Mark Lipinski, Joe Machuga, Tim McNamara, Steve y Tammie Malk, Dennis Meyer, Phil Pace, Richard Powers, Serena Powers, Randal Robb, Betty Schlossberg, Ed Silberstang, Carlton Smith, Ed y Pat Thomas, y a Marv, Carol y Rex Torrez.

Prólogo

–1948: Un castillo en el erial En marzo del año 1951 Virginia Hill prestó testimonio ante el Comité Keefauver para la Investigación del Crimen Organizado y afirmó que Siegel le había dicho que el Hotel Flamingo estaba "del revés"…, aunque posteriormente no pudo explicar lo que había querido decir con aquellas palabras.
COLIN LEPOVRE, Siegel y sus adversarios

Y flotando en el aire había torres invertidas en las que repicaban las campanas del recuerdo, que marcaban las horas y hacían brotar cánticos de las cisternas vacías y los pozos secos.
T. S. ELIOT, El erial

Hijo, he visto cómo el hermoso navío surcaba los cielos quilla arriba y mástiles hacia abajo con una confusión de aparejos bailando entre las nubes…
ALFRED, LORD TENNYSON, Los idilios del Rey

1

«Te seguiré teniendo a ti, Sonny Boy»

Georges León apretó la mano de su hijo con demasiada fuerza, alzó los ojos bajo el ala de su sombrero y contempló la oscuridad antinatural del cielo de mediodía.

Sabía que en el desierto -visible para cualquier tráfico motorizado que recorriese las largas y vacías rectas de la autopista Boulder- la lluvia estaría retorciendo sus largos embudos deshilachados bajo las nubes; y era muy probable que las dos calzadas de la autopista 91 ya estuvieran medio inundadas, con lo que el Hotel Flamingo se habría convertido en una isla a las afueras de la ciudad. Y al otro lado de la tierra, bajo sus pies, estaba la luna llena.

"La Luna y el Loco -pensó con desesperación-. Mal asunto…, pero no tengo más remedio que seguir adelante."Un perro estaba ladrando en uno de los callejones o aparcamientos a una o dos manzanas de distancia. León pensó en el perro que aparecía en la carta del Loco de la baraja del tarot y en los perros que acompañaban a Artemisa, la diosa de la luna de la mitología griega. Y, naturalmente, la carta de la Luna casi siempre mostraba lluvia cayendo del cielo… León deseó que le estuviese permitido emborracharse.

–Será mejor que vayamos a casa, Scotty -le dijo al chico.

Tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para que su voz no sonara apremiante. "He de hacerlo", pensó.

Las hojas de las palmeras crujieron sobre sus cabezas y arrojaron goterones sobre el pavimento. – ¿A casa? – protestó Scotty-. No, dijiste que… La culpabilidad hizo que la respuesta de León sonara un poco más seca de lo que le habría gustado.

–Has disfrutado de un buen desayuno y de un almuerzo, y tienes el bolsillo lleno de fichas taladradas y monedas aplanadas. – Dieron unos cuantos pasos más sobre el pavimento lleno de charcos en dirección a la calle Centro, donde torcerían a la derecha para llegar al bungalow. La calle mojada olía igual que el vino blanco seco-. Pero te diré lo que haremos -murmuró León, despreciándose a sí mismo por hacer una promesa que no sería cumplida-. Después de cenar la tormenta ya se habrá alejado, así que cogeremos el telescopio y saldremos de la ciudad para contemplar las estrellas. El chico suspiró.

–De acuerdo -dijo mientras trotaba para mantenerse a la altura de su padre. Su mano libre hacía bailar las fichas y las monedas inútiles de su bolsillo-. Pero va a haber luna llena. No se podrá ver nada, ¿verdad?

"Dios, cállate", pensó León.

–No -dijo como si el universo pudiera estar escuchándole y existiera la posibilidad de que estuviese dispuesto a obedecerle-. No, eso no será ningún problema…

León había querido una excusa para pasar por el Hotel Flamingo – a unos diez kilómetros de la ciudad yendo por la 91 -, y había llevado a Scott hasta allí para desayunar.

El Flamingo era un hotel de tres pisos con un cuarto piso de apartamentos, una incongruente masa verde que se recortaba contra el marrón y el ocre del desierto que lo rodeaba. Las palmeras traídas en camiones se alzaban alrededor del edificio, y aquella mañana el sol había estado contemplándolo desde un cielo despejado y había hecho que el intenso color verde del césped cobrara un aspecto casi desafiante.

León había dejado que un mozo aparcara el coche, y él y Scott habían caminado cogidos de la mano a lo largo de la tira de pavimento hasta llegar a los peldaños que subían hacia la puerta del casino.

León había hecho un agujero en el estuco debajo de los peldaños un poco a la izquierda de la entrada, allí donde un arbusto serviría para ocultarlo, y había dibujado unos cuantos símbolos a su alrededor. Aquella mañana se inclinó junto al comienzo del tramo de peldaños para atarse el cordón de un zapato, sacó un paquetito que llevaba en el bolsillo de su chaqueta, se inclinó hacia adelante y lo metió dentro del agujero. – ¿Otra cosa que podría hacerte daño, papá? – preguntó Scotty en un susurro.

El chico se había inclinado sobre su hombro, y estaba contemplando los toscos soles y las siluetas hechas con líneas que surcaban el estuco y habían descascarillado la pintura verde.

León se incorporó y bajó la vista hacia su hijo mientras se preguntaba por qué se le habría ocurrido contárselo al chico. Ya no tenía importancia, claro.

–Justo en el blanco, Scotto -dijo-. ¿Y qué es?

–Es nuestro secreto.

–Has vuelto a dar en el blanco. ¿Tienes hambre?

–Más que un piojo de hotel.

Ninguno de los dos estaba muy seguro de cómo había ocurrido, pero aquellas frases habían acabado convirtiéndose en uno de sus diálogos habituales.

–Vamos.

Los rayos del sol del desierto habían estado entrando por las ventanas reflejándose en las pequeñas sartenes de cobre que se usaban para servir los huevos fritos y los arenques. El desayuno había corrido "por cuenta de la casa" a pesar de que se alojaban en el Flamingo porque se sabía que León había sido socio de Ben Siegel, el fundador. La camarera ya se atrevía a hablar de él llamándole "Bugsy" Siegel.

Comer a expensas de un muerto había sido lo primero que hizo que León se sintiera incómodo.

Pero Scotty lo había pasado en grande tomando sorbos de una Coca-Cola adornada con una cereza servida en un vaso modelo Old Fashioned y contemplando el comedor con los ojos entrecerrados mientras fingía ser un hombre de mundo.

–Ahora este sitio es tuyo, ¿eh, papá? – había dicho cuando cruzaron la estancia circular que era el casino propiamente dicho.

Las cartas giraban con el crujido casi imperceptible del papel nuevo y los dados rodaban sobre el fieltro verde con un golpeteo ahogado, pero León no prestó atención a los números y figuras fruto del azar que definían el momento. Ningún croupier pareció oír lo que había dicho el chico.

–No… -empezó a decir León.

–Ya lo sé -dijo Scotty, quien ya se estaba reprochando haber abierto la boca-.

Nunca se habla de cosas importantes delante de las cartas.

Salieron por la puerta que daba a la 91 y tuvieron que esperar a que les trajeran el coche desde el otro lado del Flamingo…, el lado en el que la única ventana abierta de todo el nivel de apartamentos hacía que el edificio pareciese un rostro tuerto que contemplaba el desierto.

"La carta del Emperador -pensó León mientras tiraba de Scotty a lo largo de la acera oscurecida por la lluvia de la calle Centro-. ¿Por qué no estoy recibiendo ninguna señal suya? El viejo visto de perfil sentado sobre un trono con las piernas cruzadas a causa de alguna herida… Ya hace más de un año que es mi carta. Puedo demostrarlo mediante Richard, mi hijo mayor…, y pronto seré capaz de demostrarlo mediante Scotty."

No pudo evitar preguntarse en qué clase de persona se habría convertido Scotty al crecer si todo aquello no tuviese que ocurrir. El chico cumpliría veintiún años en 1964, y León se preguntó si habría alguna chica en algún lugar del mundo destinada a conocerle y casarse con él algún día si los acontecimientos seguían otro rumbo. ¿Qué haría esa chica? ¿Encontraría a otro chico? ¿En qué clase de hombre se habría convertido Scotty? ¿Habría sido gordo, flaco, honrado, un canalla? ¿Habría heredado el talento para las matemáticas de su padre?

León bajó la vista hacia el chico y se preguntó qué podía encontrar de interesante en los detalles desdibujados por la lluvia que componían el paisaje urbano de aquella calle.

Los jeroglíficos de chillones tonos rojos y azules de los neones que brillaban en las ventanitas redondas de los bares, los toldos mojados que aleteaban impulsados por la brisa cargada de lluvia, los coches que aparecían de repente abriéndose paso por entre la luz grisácea que parecía haber pasado por un filtro moviéndose como si fuesen submarinos…

Se acordó de Scotty golpeando las ramas de un rosal durante un paseo bajo la luz del sol por los jardines del Flamingo que habían dado hacía unos

meses. "¡Mira, papi! – había chillado con su voz estridente de niño-. ¡Esas hojas son del mismo color que la ciudad de Oz!" León se había dado cuenta de que las hojas del rosal eran de un color verde oscuro que casi parecía negro, y durante unos momentos se había preocupado pensando que Scotty quizá tuviera problemas para percibir correctamente los colores…, y un instante después se había acuclillado junto al chico, cabeza contra cabeza, y había visto que la parte inferior de cada hoja era de un verde esmeralda oculto a los ojos de cualquier transeúnte que midiera más de un metro veinte de altura.

Desde aquel momento León había prestado mucha atención a las observaciones de su hijo. Solían ser graciosas, como aquella ocasión en que había observado que el montón de puré de patatas que tenía en el plato era igualito que Wallace Beery; pero de vez en cuando -como hoy durante el desayuno-, León no podía evitar el encontrarlas oscuramente inquietantes.

Después de desayunar -el sol aún brillaba en el cielo y las nubes de lluvia no eran más que velas hinchadas que empequeñecían las Montañas Spring que se alzaban hacia el oeste- habían ido en el Buick nuevo al Club Las Vegas donde León trabajaba como croupier de blackjack por un sueldo de ocho dólares al día.

León cobró su cheque, cambió cincuenta centavos en monedas de un centavo y convenció al jefe de caja de que permitiera que Scotty se quedara con un montón de las viejas fichas gastadas que el casino inutilizaba taladrándolas por el centro; y después fueron hasta las vías de ferrocarril que se desplegaban al oeste de la estación Union Pacific, y León enseñó a su hijo cómo colocar las monedas de un centavo sobre las vías para que los trenes que iban en dirección a Los Ángeles las aplastaran.

Pasaron más de una hora corriendo para colocar las relucientes monedas sobre el acero recalentado de los raíles y alejándose luego a la carrera hasta un lugar seguro para esperar la llegada de un tren. Después de que el tren que parecía una nave espacial hubiera salido a toda velocidad de la estación alejándose con un aullido en dirección oeste y hubiera empezado a empequeñecerse en la lejanía, padre e hijo iban de puntillas hasta la vía por la que había pasado el gigante e intentaban encontrar los óvalos de cobre que habían perdido todas sus marcas. Al principio estaban demasiado calientes para cogerlos, y León hacía frenéticos malabarismos con ellos hasta acabar echándolos en el sombrero que había puesto sobre la arena

para que se enfriaran. León acabó volviéndose hacia su hijo y le dijo que ya era hora de almorzar. Las nubes que se iban acumulando en el oeste habían aumentado de tamaño.

Dieron una vuelta por la ciudad y descubrieron un casino nuevo llamado Moulin Rouge en el barrio de color que se extendía al oeste de la 91. León ni siquiera había oído hablar de que lo estuviesen construyendo y la gente de color no le caía demasiado bien, pero Scotty tenía hambre y León estaba impaciente, así que acabaron entrando. Scotty fue informado de que sus centavos aplanados no harían girar las ruedas de las máquinas tragaperras, después de lo cual fueron al restaurante y pidieron dos raciones de lo que resultó ser un estofado de langosta sorprendentemente bueno.

Scotty comió todo lo que pudo del suyo, y cuando hubo quedado harto empujó la salsa hasta los bordes del plato revelando el arlequín que parecía ser el emblema del Moulin Rouge asomando por entre los restos del estofado.

El chico había contemplado en silencio aquel rostro blanco durante unos momentos.

–El joker -dijo por fin alzando la mirada hacia su padre.

Las facciones de Georges León no habían mostrado ninguna expresión mientras seguía la dirección de los ojos de su hijo y acababa posando la mirada sobre el rostro del plato. La silueta andrógina del arlequín no se parecía al joker de la baraja habitual y, naturalmente, León sabía que el joker era la única figura de los Arcanos Mayores que había sobrevivido al proceso de reducción y simplificación que había acabado convirtiendo la baraja de setenta y ocho cartas del tarot en la baraja moderna de cincuenta y tres cartas.

En siglos anteriores la figura había sido conocida como el Loco, y se la representaba bailando junto al borde de un acantilado sosteniendo un palo y perseguida por un perro, pero no cabía duda de que el joker y el Loco eran símbolos de la misma Persona.

Un trozo de langosta ocultaba uno de los ojos de la silueta sonriente.

–Un joker tuerto -había añadido Scotty con voz jovial.

León se apresuró a pagar la cuenta y sacó a su hijo del casino para encontrarse con la tormenta que se había abatido sobre la ciudad mientras estaban comiendo. Fueron hasta el Club Las Vegas y después León empezó a tener la sensación de que aquel coche tan grande hacía que llamaran

mucho la atención, por lo que insistió en dejarlo allí. Padre e hijo se pusieron el sombrero y recorrieron a pie las escasas manzanas que les separaban del bungalow de la avenida Bridger que era su hogar, caminando sin apresurarse bajo la cada vez más débil llovizna.

El hermano de Scott estaba en el tejado. Richard había cumplido dieciocho años hacía poco, y cuando estuvieron cerca del bungalow pudieron ver que estaba observando las calles y las fachadas. Richard no bajó la mirada hacia ellos hasta que León abrió la puerta y los dos estuvieron dentro del bungalow.

La esposa de León estaba inmóvil en el umbral de la cocina, y la sonrisa que había en su rostro flaco y cansado parecía un poco forzada.

–Habéis vuelto pronto -dijo.

Georges León pasó a su lado, se sentó junto a la mesa de la cocina y tamborileó con los dedos sobre la superficie de fórmica. Las yemas de sus dedos parecían vibrar con un cosquilleo nervioso, como si hubiese bebido demasiado café.

–Ha empezado a llover -dijo-. ¿Puedes traerme una Coca-Cola?

Contempló la mano que seguía tamborileando sobre la mesa, y se fijó en los pelitos grises que cubrían los nudillos.

Donna abrió obedientemente la nevera, sacó una botella de Coca-Cola y le quitó la chapa con el abridor de la pared.

Scotty corrió hacia su padre, quizá animado por el tamborileo o en un intento de disipar la tensión que parecía estar solidificando la atmósfera de la habitación.

–Sonny Boy -dijo Scotty.

Georges León miró a su hijo y pensó en la posibilidad de no hacer lo que había estado planeando.

León se había esforzado durante casi veinte años para llegar a la posición que ocupaba en aquellos momentos, y durante todo ese tiempo había conseguido que las personas le parecieran tener tan poca relación con él como los números y las estadísticas que había utilizado para alcanzar su situación actual. No había empezado a sospechar que su decisión quizá pudiera ser un poco menos firme de lo que creía, hasta el paseo que acababa de dar con el chico.

Tendría que haberlo sospechado antes.

Las excursiones en barco por el Lago Mead habían sido pura estrategia, por ejemplo, pero si pensaba en ellas León se daba cuenta de lo mucho que había disfrutado viendo cómo el chico se entusiasmaba remando y poniendo el cebo en el anzuelo; y compartir una parte de la sabiduría concerniente a las cartas y los dados que había adquirido a tan duro precio, había acabado convirtiéndose en algo más parecido a un padre que comparte sus habilidades y sus pequeños secretos con su hijo que en una mera precaución planeada fríamente, y León pensó que también tendría que haberse dado cuenta de ello antes.

Donna dejó la botella delante de él. León tomó un sorbo de Coca-Cola y adoptó una expresión pensativa.

–Sube a mi rodilla, Sonny Boy -dijo después imitando la voz del cantante que habían visto actuar en el salón del Club Las Vegas una noche.

Scotty obedeció encantado.

–Cuando el cielo está gris… -canturreó León. – ¿Qué es lo que menos te importa? – recitó Scotty.

–No me importa que el cielo esté gris… -¿Qué hago con el cielo gris?

–Hago que se vuelva azul… -¿Cómo me llamo?

–Sonny Boy. – ¿Qué harán tus amigos?

León se preguntó en qué amigos se suponía que había de pensar, y tardó unos momentos en canturrear la frase siguiente.

Podía dejarlo. Podía volver a la costa y esconderse de los que estaba seguro irían en su busca; podía vivir el resto de su vida -veintiún años más, si disfrutaba de las tres veintenas y la decena prometidas por la Biblia- como un hombre normal. Incluso cabía la posibilidad de que Richard se recuperase. – ¿Qué harán tus amigos? – repitió Scotty.

León le miró, se dio cuenta de que los cinco años últimos habían hecho que acabara queriéndole y sintió una vaga desesperación. Durante un momento la letra de la canción pareció encerrar una promesa, la posibilidad de que Scotty fuese capaz de hacer que el cielo gris se volviera de color azul. El Loco quizá le había estado ofreciendo una última oportunidad.

Quizá fuera eso.

Pero…

Pero ya no importaba. Era demasiado tarde. León había ido demasiado lejos en su persecución de aquello cuya borrosa silueta y confuso potencial había empezado a descubrir en sus cálculos estadísticos cuando tenía veinte

años y vivía en París. Habían muerto demasiadas personas, había invertido una parte demasiado grande de sí mismo en todo aquello. Cambiar supondría tener que volver a empezar de nuevo con la diferencia de que el hombre que volvería a empezar sería viejo, carecería de defensas y tendría todas las cartas de la baraja en su contra.

–Los amigos pueden perdonarme -dijo pronunciando la frase en un tono normal en vez de cantarla.

"Que todos me perdonen -pensó -. Te seguiré teniendo a ti, Sonny Boy…"

Se puso en pie y se colocó al chico sobre los hombros casi sin esfuerzo.

–Basta de canciones, Scott. ¿Aún tienes tu dinero? – El chico agitó las fichas y las monedas inservibles que llevaba en el bolsillo-. Bueno, pues entonces vamos al refugio. – ¿Para qué? – preguntó Donna con las manos engarfiadas en los bolsillos traseros de sus téjanos.

–Cosas de hombres -dijo León -. ¿Verdad, Scotto? Scott se balanceó alegremente de un lado a otro sobre los hombros de su padre. – ¡Sí!

León cruzó la habitación fingiendo que se disponía a hacer chocar la cabeza del chico con el dintel de la puerta, pero dobló las rodillas en el último momento para pasar por debajo de él. Usó el mismo truco en la puerta del refugio -consiguiendo que Scotty se riera como un loco -, y una vez dentro le depositó en el sillón de cuero que era el sillón de papá. El aire desplazado hizo bailotear la llama de la lámpara y proyectó sombras fantasmagóricas sobre los lomos de los libros que llenaban las estanterías esparcidas desde el suelo hasta el techo de la habitación.

Los ojos azules de Scotty estaban muy abiertos, y León sabía que al chico le sorprendía que le hubiese permitido sentarse por primera vez en el sillón sobre el que había una copa, una corona y una punta de lanza suspendidas mediante unos alambres.

–Éste es el trono del Rey -murmuró el chico.

–Exacto. – León tragó saliva, y cuando volvió a hablar su voz sonaba más firme y segura de sí misma-. Y quien se sienta en él…, se convierte en el Rey. Vamos a jugar a las cartas.

Abrió el escritorio, y sacó de él un puñado de monedas de oro y una caja de madera que tenía el tamaño de una Biblia.

Dejó caer las monedas sobre la alfombra.

–El pot no está bien.

Scotty sacó de su bolsillo las fichas agujereadas y los centavos aplastados y los esparció sobre el suelo delante del sillón.

–El pot está bien -dijo observando a su padre con una sonrisa vacilante en los labios.

"Moneda inutilizada contra oro -pensó León -. Sí, no cabe duda de que el pot está bien…"

León se acuclilló delante del chico, abrió la caja y cogió una baraja de cartas de un tamaño bastante superior al normal. Las colocó sobre la alfombra cubriendo sus apuestas y las señaló con una mano.

–Mira -dijo en voz baja.

Un olor a incienso y metal caliente se fue extendiendo por la habitación.

León no estaba mirando las cartas de tarot, sino el rostro del chico. Se acordó de la noche en que había visto por primera vez una baraja de aquella versión -la Lombardía Zeroth suprimida-, en un ático iluminado con velas de la ciudad de Marsella el año 1925; y recordó lo profundamente inquietantes que le habían parecido aquellas figuras enigmáticas y que había tenido la impresión de que su cabeza estaba llena de voces, y que luego se había obligado a aguantar casi una semana sin dormir.

El chico había entrecerrado los ojos y su respiración se había vuelto lenta y profunda.

Una sabiduría horrible parecía estar envejeciendo sutilmente los rasgos de su joven rostro, y León intentó adivinar en qué carta se posaba su mirada a cada momento basándose en los incesantes movimientos de su boca. El Loco, que en aquella versión de la baraja no iba acompañado por su típico perro y que hacía equilibrios junto al borde del acantilado con una expresión de estupidez malévola en las facciones; la Muerte, que también estaba inmóvil junto al acantilado lamido por las olas y que se parecía más a una momia hendida por un tajo vertical que a un esqueleto, y que llevaba un arco extrañamente parecido al de Cupido; el Juicio, con el Rey haciendo surgir hombres y mujeres desnudos de una tumba; los distintos rostros de las Copas, los Bastos, las Espadas y los Oros…, y el fondo de todas las cartas estaba adornado con trenzados de ramas, parras o hiedra increíblemente repugnantes en su fingida inocencia, y todos los dibujos habían sido hechos en los tonos rojos, oro y azul oceánico más vividos imaginables…

Las lágrimas brillaban en los ojos de Scotty. León parpadeó para librarse de las que habían inundado sus ojos antes de coger la baraja y empezar a repartir.

La mente del chico estaba abierta, y había perdido toda conexión con el mundo.

–Ahora vamos a escoger ocho… -dijo León con voz enronquecida.

–No -le interrumpió Donna desde el umbral.

León alzó la cabeza disponiéndose a lanzarle una mirada de irritación, pero se obligó a relajar sus facciones en una máscara de impasibilidad en cuanto vio la pistolita que sostenía con ambas manos.

Dos cañones, un calibre bastante grande…, un 45 probablemente. Una Derringer.

En cuanto vio la pistola hubo un débil retumbar sobre su cabeza producido por los pies de Richard moviéndose sobre el tejado del bungalow, pero después no volvió a haber ningún sonido procedente de arriba.

–Él no -dijo Donna. Estaba respirando muy deprisa, tenía los labios pálidos y la piel de los pómulos tensa-. Está cargada con cartuchos de perdigones del 410 para cazar pájaros. Lo sé, ¿entiendes? Sé qué le hiciste a Richard, y supongo que ahora ya es demasiado tarde para él. – Tragó una honda bocanada de aire y la dejó escapar-. Pero Scotty…, él no.

"La apuesta acaba de subir hasta el cielo -pensó León -. Estabas tan absorto en tu mano que se te olvidó fijarte en los ojos de los otros jugadores."

Extendió las manos delante de él como en una alarmada admisión de su derrota…, y saltó hacia un lado en un movimiento increíblemente fluido que terminó arrancando al chico del sillón y alzándolo ante su pecho y su rostro como si fuese un escudo. "Yo también subo la apuesta, y todavía más que tú", pensó.

–Y el chico -dijo muy seguro de sí mismo-. Para ti.

–La veo -dijo ella.

Bajó un poco el cañón del arma y disparó.

2

No había olor a rosas La detonación y el destello azulado la dejaron sorda y deslumbrada, pero vio cómo el hombre y el chico se desplomaban

hacia adelante, y el cuerpo del chico se estrelló contra sus rodillas y la impulsó hacia atrás haciéndola chocar con una estantería. Una de sus manos entumecidas seguía aferrando la pistolita, y la otra buscó a Scotty y lo levantó agarrándolo por el cuello.

León se había estado apoyando con las manos y las rodillas sobre la alfombra manchada de sangre, pero ya se estaba incorporando y las cartas eran un abanico en su puño. Su rostro era una máscara incolora que sólo expresaba esfuerzo, pero cuando habló su voz resonó en toda la habitación.

–Mira.

Donna miró, y León le arrojó las cartas.

Unas cuantas pasaron junto a su rostro con un siseo y chocaron con los lomos de los libros que había detrás de ella, pero la mano que agarraba a Scotty captó el estremecimiento de su cuerpo.

Y un instante después ya había girado sobre sí misma y avanzaba tambaleándose por el pasillo gritando palabras que esperaba transmitieran la información de que aún le quedaba una bala en el arma. Llegó a la puerta de la cocina y descolgó de un manotazo las llaves del coche de su gancho, y estaba intentando pensar y recordar si su Chevrolet tenía gasolina en el depósito cuando oyó el gimoteo de Scotty.

Bajó la mirada…, y el zumbido que hacía vibrar sus oídos pareció intensificarse cuando se dio cuenta de que la carta que a primera vista daba la impresión de estar pegada por un borde a la cara del chico se sostenía allí porque se había incrustado en su ojo derecho.

Durante el segundo extrañamente dilatado en el que nada más se movió su mano entumecida guardó el arma en su bolsillo, bajó y sacó la carta tirando de ella con dos dedos y soltándola enseguida.

La carta cayó al suelo y quedó inmóvil sobre el linóleo con la figura oculta.

Luchó con la puerta hasta que consiguió abrirla y arrastró el cuerpecito envarado por el shock a lo largo del sendero de gravilla hasta el coche. Abrió la puerta del volante, metió al chico dentro del coche a fuerza de músculos y entró después de él empujándole a lo largo del asiento. Hizo girar la llave del encendido en el mismo instante en el que dejaba caer un pie sobre el acelerador y hacía girar el volante.

El coche empezó a moverse, y Donna cambió la marcha. Encendió los faros mientras la parte de atrás del coche se balanceaba sobre la gravilla, y

cuándo el resplandor de los faros iluminó la verja hizo girar el volante en dirección opuesta para enderezar el coche y un instante después ya habían dejado atrás la verja y estaban en la calle con sólo una abolladura en la puerta del conductor producida por uno de los postes de cemento de la verja.

–Bueno, Scotty… -Estaba balbuceando en un tono de voz tan bajo que apenas resultaba audible -. Encontraremos a alguien que pueda ayudarte, aguanta, chico, aguanta…

"¿Dónde? – pensó-. Boulder, tiene que ser Boulder. El viejo Hospital de las Seis Compañías está allí, ¿no? Cualquier sitio de la ciudad está demasiado cerca, y a George le resultaría demasiado fácil encontrarnos…"

Torció hacia la derecha en dirección a Fremont.

–Es rico -dijo, parpadeando pero manteniendo los ojos clavados en las luces del tráfico visibles entre los neones del casino que convertían la calle mojada en un arco iris-. Te juro que estaba pensando en ti… Cristo, le gustabas. ¡Sé que le gustabas! Richard se ha ido, ya es demasiado tarde para Richard, y nunca pensé que acabaría decidiendo que necesitaba más de uno.

Giró el volante para rebasar a una ranchera que avanzaba muy despacio, y Scotty dejó escapar un gemido. El chico tenía apoyada la cabeza en el quicio de su puerta, y se agarraba a la manija con una mano mientras se tapaba el ojo que le había destrozado la carta con la otra.

–Lo siento. Boulder dentro de quince minutos, te lo prometo, tan pronto como hayamos salido de este atasco… Pero tiene montones de dinero. Trabaja en el Club para mantenerse en contacto con las cartas, nada más…, y con las olas, o eso dice, para mantenerse en contacto con las olas, como si estuviera viviendo en la costa e intentara estar al corriente de las mareas o algo así.

–Aquí también hay mareas -dijo el chico en voz baja mientras el movimiento del coche le mecía en el asiento-. Y las cartas son la forma de saber cuándo vienen y cuándo se van.

Su madre le miró por primera vez desde que había girado hacia el sur y Fremont.

"Cristo -pensó-, tú y él estabais condenadamente cerca el uno del otro, ¿verdad? Tu papá compartía muchas cosas contigo. ¿Cómo ha podido querer hacerte esto, cómo ha podido querer borrarte? A ti, claro, no a tu cuerpecito. Se suponía que tu cuerpo debía acabar agazapado en el tejado

junto al de Richard…, uno de vosotros vigilaría el este y el otro vigilaría el oeste para que Georges pudiera estar sentado en su refugio y tuviera…, no sé, algo así como una imagen de trescientos sesenta grados en visión estereoscópica."

Un Packard convertible con dos personas dentro salió de la Séptima para dirigirse hacia Fremont y se puso delante del Chevrolet.

–Mierda -murmuró Donna distraídamente.

Sacó el pie del acelerador y dejó que la velocidad se fuera redujendo poco a poco…, hasta que echó un vistazo al retrovisor y nada más hacerlo estuvo totalmente segura de que el par de luces que había detrás de ella llevaban varias manzanas siguiéndola e imitando todos sus cambios de carril. Dentro de aquel coche también había dos personas.

Sintió como si el estómago se le hubiera vaciado de repente y se le hubiese quedado helado, y tuvo que tensar los músculos de la garganta para contener el monocorde gemido de desesperación que quería salir de ella.

"Bailey y alguien más van dentro del Packard -pensó -, y detrás de nosotros podría haber cualquiera de entre una docena de tipos que trabajan para él, cometen crímenes por él y le adoran. Probablemente también habrá coches en la 91 al este y al oeste para detenerme por si se me ocurría huir en dirección a Los Ángeles o a Salt Lake City…"

El Chevrolet seguía reduciendo la velocidad, y Donna dio el gas suficiente para mantener la distancia que les separaba de su perseguidor…, y cuando llegó a la Novena puso la segunda, hundió el pedal del acelerador en el suelo e hizo que el coche trazara una aullante curva hacia la derecha. Los transeúntes le gritaron desde la acera mientras luchaba con el volante, pero un segundo después los neumáticos ya habían conseguido agarrarse al cemento y el coche iba disparado en dirección sur a lo largo de la Novena.

Donna extendió una mano hacia el salpicadero y apagó los faros.

–Francamente creo que estarías mejor muerto -dijo en un murmullo estridente que Scotty no podía haber oído por encima del rugido del motor-, pero veamos si se puede hacer alguna otra cosa.

Las luces de una gasolinera Texaco aparecieron delante de ellos y se fueron acercando. Una ojeada al espejo retrovisor le indicó que había conseguido despistar al coche que les perseguía, y Donna pisó el freno -se había dado cuenta de que iban demasiado deprisa para girar y meterse en el aparcamiento de la gasolinera- y el coche hizo unas cuantas eses y acabó

deteniéndose entre una nube de humo junto a la acera unos metros más allá. Scotty había chocado con el salpicadero y estaba caído en el suelo.

Donna logró abrir la puerta abollada, bajó de un salto y se debatió sobre el asfalto mojado intentando recobrar el equilibrio. La pistola estaba en su mano, pero un camión que remolcaba una embarcación colocada sobre una plataforma con ruedas acababa de salir de la gasolinera y le obstruyó la visión durante unos momentos. El camión giró lenta y pesadamente hacia la derecha…, sí, iba a pasar junto a ella.

Dejó caer el arma, se apoyó en el coche y sacó el fláccido cuerpo de Scotty tirando de los tobillos. Su hijo estaba condenado, y ya empezaba a sentir el dolor de aquella pérdida.

Sólo tuvo un fugaz atisbo de la máscara ensangrentada en que se había convertido su rostro antes de agarrarle por el cuello y el cinturón y, con un último esfuerzo desesperado que pareció desgarrar cada tendón de su espalda, sus hombros y sus piernas, lo lanzó lo más arriba posible mientras la embarcación remolcada por el camión pasaba a su lado.

El chico quedó suspendido en el aire durante un momento -sus brazos y sus piernas se movieron débilmente en la luz blanca- y después desapareció. Había caído dentro de la embarcación o sobre la plataforma, y quizá rodaría hasta atravesarla y caería a la calle por el otro lado.

Donna permitió que la inercia del lanzamiento la arrojara hacia atrás haciéndola chocar con el Chevrolet y controló el tambalearse subsiguiente de su cuerpo el mínimo imprescindible para que acabara dejándola sobre el asiento del conductor. Su mano derecha se movió prácticamente sin que ella se lo hubiera ordenado y puso en marcha el coche.

La embarcación seguía alejándose. Donna no vio ningún cuerpo yaciendo en la calzada.

Unos faros acababan de aparecer detrás de ella y venían de Fremont. Donna metió las piernas dentro del coche, cerró la puerta e hizo girar el vehículo en una chirriante curva en primera que acabó dejando enfilado el capó hacia los faros que se aproximaban, y puso la segunda tan pronto como le fue posible.

Los faros se desviaron del centro de su campo visual, y Donna oyó un chirriar de frenos detrás de ella y un sonido muy parecido al que haría una puerta muy gruesa cerrándose de golpe, pero no miró hacia atrás. Cuando

llegó a Fremont redujo la velocidad y giró a la derecha volviendo a dirigirse hacia Boulder, a más de cincuenta kilómetros de donde estaba.

Cuando pasó de la tercera a la cuarta el pomo de la palanca del cambio de marchas era como una protuberancia fría atrapada en su mano.

Se sentía tranquila, casi feliz. Todo había sido consumido y los momentos que pudieran quedarle eran un premio inesperado, una última propina. Bajó el cristal de la ventanilla y aspiró profundas bocanadas del fresco aire del desierto.

El Chevrolet estaba avanzando por el bulevar Las Vegas, y todo lo que había delante de ella era desierto…, y, más allá de cualquier esperanza de alcanzarlas, estaban las montañas, la presa y el lago.

Podía ver los faros aproximándose rápidamente detrás de ella. Estaba segura de que era el Packard.

"Aquella Navidad del año 1929 en Nueva York cuando nevó tanto -pensó mientras la autopista del desierto siseaba bajo los neumáticos de su coche-. Yo tenía veintiún años, y Georges tenía treinta, un apuesto y brillante joven francés recién salido de la École Polytechnique y del Club Bourbaki, y entendía tanto de finanzas internacionales que cuando llegó la Depresión se hizo rico…, y quería tener hijos. ¿Cómo podría haberme resistido?"

Recordaba la imagen fugaz de la ruina ensangrentada en que la salva de perdigones del 410 había convertido su ingle hacía tan sólo unos minutos.

La aguja del velocímetro se apoyaba en el tope que había sobre los 180 kilómetros.

Un edificio de cemento de aspecto totalmente anónimo se acercaba rápidamente por su derecha.

"Dios, Georges -pensó mientras lo enmarcaba en sus faros-, qué desgraciados logramos hacernos el uno al otro…"

León colgó el auricular y se derrumbó en el sillón del Rey. La sangre empezó a formar un charco caliente alrededor de sus nalgas y convirtió las perneras de sus pantalones en dos pesos que se aferraban a las piernas.

"De acuerdo -pensaba una y otra vez-, de acuerdo, sí, no cabe duda de que la cosa tiene mal aspecto, tiene muy mal aspecto, claro, pero no lo has perdido todo."

La última llamada había sido para Abrams. Le había jurado que estaría ahí dentro de cuatro minutos con un par más y que entre todos podrían

llevar a León al coche para hacer el trayecto hasta el Hospital del Sur de Nevada, ocho kilómetros en dirección oeste yendo por el bulevar Charleston. León había pensado por un momento en pedir que le llevaran al hospital antes de hacer cualquier otra cosa, pero un vistazo a su ingle no le había dejado más opción que convencerse de que sus genitales estaban destrozados…, por lo que recuperar a Scotty, el segundo hijo que había engendrado en su vida y el último que engendraría, se había vuelto más crucial que nunca.

"No lo has perdido todo…"

Toda la parte inferior de su estómago parecía haberse aflojado -era una masa de humedad caliente, un objeto destrozado-, y haber colgado el auricular le permitía disponer de dos manos con las que agarrarse a sí mismo para impedir que se le escaparan las entrañas.

"No es todo -se dijo-. No morirás por una simple herida de escopeta, tu sangre está en el Lago Mead y tú estás en Las Vegas y el Flamingo aún sigue en pie al lado de la autopista 91 y la lluvia cae sobre él… No lo has perdido todo."

La Luna y el Loco… Parpadeó para librarse de las gotas de sudor que se le habían metido en los ojos y contempló las cartas esparcidas sobre el suelo alrededor de las estanterías y la puerta, y pensó en la carta que había salido de la habitación incrustada… -(y el pensarlo hizo que todo su cuerpo se entumeciera) -, incrustada en el ojo de Scotty.

"Mi reinado aún no ha terminado."

Cruzó las piernas, y el gesto pareció ayudarle a soportar un poco mejor el dolor.

Echó la cabeza hacia atrás y olisqueó el aire, pero no había olor a rosas en la habitación. Se estaba empezando a marear y se sentía muy débil, pero por lo menos no había ningún olor a rosas.

Estaba medio dormido y medio despierto, y recordaba. Recordaba que la noche en que mató a Ben Siegel su rostro estaba a unos centímetros de un rosal en flor. Las ramas y los tallos se curvaban y se enroscaban sobre la espaldera como si fuesen un diagrama de venas o del rayo o de los detalles de un río.

León había estado siguiendo a Siegel durante casi diez años antes de matarle.

Los señores del hampa de la Costa Este habían parecido ser vagamente conscientes de cuál era la esencia de la clase de realeza que nadie había introducido aún en los Estados Unidos. Joseph Doto se hizo llamar Joe Adonis e hizo cuanto pudo para conservar un aspecto juvenil, y Abner "Larguirucho" Zwillman le pegó un tiro en los testículos a un rival llamado Leo Kaplus en vez de atravesarle el corazón, y en 1938 Tony Cornero inauguró un barco-casino de apuestas que flotaba delante de Santa Mónica manteniéndose siempre fuera del límite de los cinco kilómetros y le puso por nombre Rex,

"rey" en latín, y Siegel poseía el quince por ciento del barco. El fiscal general acabó organizando una redada masiva y las máquinas tragaperras, las ruletas, las mesas de dados y de blackjack -con todos los números que habían obsesionado tan apasionadamente a tantos jugadores- fueron arrojadas al mar nulificador.

Pocas semanas antes de la redada León cogió una de las motoras -las llamaban los taxis acuáticos-, fue al barco una noche y recorrió toda la parte de la cubierta a la que podía acceder la clientela, y en un momento de su recorrido llegó a un sitio desde el que consiguió ver a un hombre acodado en la popa que sostenía una caña de pescar sobre las oscuras aguas que había debajo. León le había preguntado a un camarero quién era el solitario pescador nocturno, y el camarero le explicó que era uno de los propietarios, el señor Benjamin Siegel.

Uno de los talones de León resbaló hacia adelante en la alfombra empapada de sangre y los primeros dolores desgarraron su abdomen como alambres que se hubieran tensado de repente, y León apretó los dientes hasta hacerlos rechinar y gimió.

Cuanto más tiempo tardara Abrams en llegar más espantoso sería el trayecto lleno de baches y sacudidas hasta el hospital. "¿Dónde infiernos estás, Abrams?"

Cuando el dolor se hubo calmado un poco León pensó en la carta que no estaba en la habitación, pero sólo durante un momento, y después hizo que sus pensamientos volvieran a su gran victoria pasada, su conquista del trono occidental.

León se trasladó de Nueva York a Los Ángeles en 1938 trayendo consigo a su esposa y su hijo Richard, que por aquel entonces tenían treinta y ocho años respectivamente; y no tardó en enterarse de que Siegel había

hecho aquella peregrinación al oeste antes que él. Después de la inquietante visita al Rex León se hizo miembro del Club de Campo Hillcrest de Beverly Hills, y fue allí donde por fin le conoció.

Y aunque Siegel sólo tenía treinta y dos años irradiaba poder. Tenía tantas ganas de mantenerse joven y en buena forma como Joe Adonis -el Rey debía mantenerse joven y en buena forma-, pero Siegel parecía saber que para conseguirlo se necesitaría algo más que virilidad, derramar sangre y pavonearse.

Se conocieron en el bar, y el hombre que les presentó observó que eran las dos únicas personas presentes que estaban bebiendo agua mineral.

La observación pareció servir para que Siegel concentrara su atención en León.

–George, ¿verdad? – preguntó.

Sus ojos entrecerrados daban un matiz adicional a su sonrisa. Su cabellera castaña estaba untada con brillantina y peinada hacia atrás revelando su amplia frente.

–Se ha acercado bastante -dijo León. – ¿Juega alguna vez a las cartas, George?

El acento de Brooklyn de Siegel hacía que cartas sonara como "tartas".

–Por supuesto -había dicho León inclinando la cabeza sobre su vaso para ocultar la repentina aceleración del pulso en su garganta-. ¿Querrá jugar una partidita de póquer conmigo en alguna ocasión?

Siegel le había contemplado en silencio durante unos momentos.

–No, no lo creo -dijo por fin-. Ver cómo los jacks intentan vencer a mis reyes siempre me aburre.

–Puede que sea yo quien tenga los reyes. Siegel se rió.

–No si reparto yo…, y siempre lo hago.

León había intentado pagar las bebidas, pero Siegel se lo impidió con un gesto de la mano y su guiño le dijo que no consideraba que su dinero fuese lo bastante bueno.

"Centavos aplastados y fichas agujereadas", pensó León.

León había seguido su pista.

En el verano de aquel año Siegel organizó una expedición para buscar un tesoro a la isla Cocos, a varios centenares de kilómetros de la costa oeste de Costa Rica. En noviembre ya estaba de vuelta para negar los rumores de

que había encontrado una estatua de oro de tamaño natural que se afirmaba representaba a la Virgen.

Pero León obtuvo una foto de la estatua de un viejo borracho llamado Bill Bowbeer, el mismo que había proporcionado el mapa del tesoro. La foto estaba borrosa y llena de manchas, pero León pudo ver que la estatua metálica lucía una corona con forma de creciente lunar que enmarcaba un disco solar…, y que era mucho más parecida a la Isis egipcia que a la María de los cristianos.

Poco después de aquello Siegel se fue a Italia con la condesa que había financiado la búsqueda del tesoro, y unas semanas después León recibió una carta de Milán enviada por alguien con quien había hecho negocios en el pasado.

Uno de los cincuenta y nueve fragmentos de cartas de la Colección Sforza había desaparecido, pero el informante no conocía la colección lo suficientemente bien como para poder informarle de cuál se trataba.

León sacó un billete para el próximo vuelo a Milán.

Las cartas Sforza habían sido descubiertas en las cisternas medievales -vacías desde hacía mucho tiempo- del Castillo Sforza durante unas obras de renovación efectuadas a comienzos de siglo. Consistían en una mezcla relativamente estratificada de diecinueve barajas incompletas distintas, y el estrato superior era lo bastante reciente para mostrar las figuras francesas de los Corazones, los Bastos, los Diamantes y las Espadas; pero el último había pertenecido a una baraja de tarot pintada en 1499, y León estaba seguro de que la carta que faltaba tenía que ser de aquella baraja. Las había catalogado con todo detalle en 1927, por lo que probablemente era la única persona que podía averiguar cuál de las cartas había desaparecido.

Cuando llegó a Milán descubrió que la carta desaparecida pertenecía a la más antigua de las barajas. Era la carta de la Torre. León repasó las notas que había tomado once años antes y descubrió que era una carta casi entera que mostraba una torre fulminada por el rayo, con dos figuras humanas eternamente inmovilizadas en su caída rodeadas por algunos cascotes que se precipitaban al suelo.

Durante los ocho años siguientes León no había conseguido averiguar qué razón podía tener Siegel para desear aquella carta en particular.

Los golpes en la puerta se produjeron pocos segundos después de que León hubiese oído cómo alguien entraba por la puerta de la cocina, que

estaba claro Donna había dejado abierta. – ¿Georges? – gritó una voz que reconoció como la de Guillen-. ¿Dónde estás?

León se encontraba demasiado débil para responder de forma audible, por lo que se echó hacia atrás, se concentró en respirar y esperó a que dieran con él. Oyó el ruido que hizo Guillen al abrir la puerta principal y dejar entrar a Abrams, y después les oyó ir y venir nerviosamente por la sala.

Abrams acabó asomando cautelosamente la cabeza por el hueco de la puerta del refugio. – ¡Jesús, Georges! – gritó, y corrió hacia el sillón en el que estaba derrumbado León-. Jesús, te…, te han dado, no cabe duda, pero no te preocupes. Los médicos te curarán. ¡Guillen! ¡Trae a los chicos aquí, y deprisa!

Unos instantes después media docena de hombres llevaron a León a través de la sala hasta la cocina. Abrams se encargó de abrir la puerta e ir gritando instrucciones con voz tensa. Cuando entraron en la cocina Abrams se agachó para coger la carta que yacía boca abajo sobre el suelo.

–No -jadeó León-. Déjala ahí.

Abrams condujo deprisa, aunque se las arregló para evitar los baches o las sacudidas al tomar las curvas. Pero el dolor había vuelto y León no pudo evitar la humillación de verse obligado a dejar escapar una parte de él en forma de gruñidos ahogados. Las manos con que se aferraba la ingle estaban cubiertas de sangre, y cuando se irguió para inspeccionarse vio que sus manos parecían haberse vuelto de color negro y los neones junto a los que pasaron en ese instante les arrancaron destellos multicolores.

"No lo he perdido todo -se recordó desesperadamente-. Siegel lo perdió todo, pero yo no."

En 1939 León también empezó a practicar la pesca. Iba al final del muelle de Santa Mónica las noches sin luna y pescaba ejemplares enormes y deformes de pez sol que se comían crudos allí mismo sobre los tablones blanqueados por la intemperie; y cultivó calabazas de un tamaño inaudito y formas extrañamente lobulares en el jardín de su casita de Playa Venice y quemó las más grandes y de corteza más lustrosa en varias presas y depósitos de agua de Los Ángeles y de los condados de San Bernardino y Orange; y jugó al póquer en cien partidas privadas y obtuvo una reputación como jugador espectacularmente excéntrico y descuidado; y dibujó mapas, gráficos y diagramas de escalas hasta llenar todo un garaje con ellos,

añadiéndoles continuamente nuevos puntos y líneas basándose en las informaciones de los periódicos de todo el mundo que leía; y, al igual que hacía Siegel, empezó a cultivar amistades entre la rica aristocracia de Beverly Huís. "Plutón también era el dios de la riqueza", se había dicho.

Y León no tardó en ver los resultados de todo aquello. Siegel empezó a tener problemas. Fue arrestado dos veces por el asesinato de un granuja de Nueva York llamado Harry Greenbaum, y en abril del año 1941 fue arrestado por haber proporcionado refugio al gángster Louis "Lepke" Buchalter.

Siegel demostró ser capaz de tirar de los hilos necesarios y las acusaciones se quedaron en nada, pero -al igual que el rey colocado a la defensiva en una partida de ajedrez- tenía que haberse dado cuenta de que estaba siendo atacado.

Pero antes de que León pudiera lanzar la ofensiva final que acabaría con su rival el bombardeo japonés de Pearl Harbor impulsó a los Estados Unidos a la segunda guerra mundial, y las confusas pautas y las figuras abstractas que León había estado sacando de sus gráficos quedaron ocultas bajo la implacable planificación que dirigió la industria, la sociedad y la economía hacia el esfuerzo bélico. Sus pautas eran como voces fantasmales ahogadas por la estática cuando el dial de la sintonía daba con una señal clara. Algunos factores -el clima, por ejemplo- siguieron mostrando la aleatoriedad sutilmente espontánea que necesitaba, pero León tuvo que pasar cuatro años limitándose a mantener su posición en el juego, y se encontró en la posición del jugador de póquer que se ve obligado a abandonar en una partida detrás de otra y tiene que conformarse con la esperanza de que no terminará quedándose sin dinero antes de que le llegue una buena mano.

En 1945 el Presidente Truman acabó regresando de la Conferencia de Potsdam -jugó febrilmente al póquer con los reporteros de día y de noche durante toda la semana que duró el viaje de vuelta a casa-, y cuando llegó a Washington ya había decidido dejar caer la bomba atómica sobre Japón. El avión de observación que precedió al Enola Gay, el aparato que transportó la bomba, fue bautizado con el nombre de Escalera de color.

El final de la guerra permitió que León reanudara su agresión.

Y en 1946 Siegel fue nuevamente consciente de los ataques y reaccionó tal como habría hecho el rey amenazado en una partida de ajedrez: se

enrocó.

En el mundo del juego y las apuestas casi todos creían que construir un hotel de lujo espantosamente caro en el desierto a diez kilómetros al sur de Las Vegas demostraba que Siegel era un megalómano, pero León -para gran alarma suya- comprendió el propósito que se ocultaba detrás del castillo.

Nevada había legalizado el juego en 1931, el mismo año en que se iniciaron las obras de la presa Hoover, y hacia 1935 la presa ya estaba terminada y el Lago Mead, el volumen de agua creado por el hombre más grande del mundo, ya había llenado los profundos valles que se extendían detrás de ella. El nivel del lago subía y bajaba según las previsiones reflejando el suministro de agua del norte que llegaba hasta él y la demanda del sur. El Flamingo -como había llamado Siegel a su hotel- era un castillo en el erial con un montón de agua domesticada cerca.

Y la opulencia del Flamingo casi rozaba la locura -palmeras trasplantadas, gruesos muros de mármol, carísimos paneles de madera, una piscina gigantesca y desagüe independiente para cada una de sus noventa y dos habitaciones-, pero León comprendía que era un tótem de su fundador, por lo que debía ser físicamente tan perfecto como el fundador.

León por fin entendió cuál era la razón de que Siegel hubiese robado la carta de la Torre. La carta se basaba en la Torre de Babel y simbolizaba la ambición convertida en locura por el orgullo, pero no sólo era un aviso contra un rumbo de acción que podía acabar llevando a la ruina y la destrucción, sino también un medio; y si se la colocaba del revés quedaba levemente alterada y los aspectos negativos de la carta perdían parte de su importancia y se alejaban en el tiempo.

Colocada del revés podía permitir que un Rey construyera un castillo impresionante…, y que lo conservara.

Y para que su identificación con el edificio fuera absolutamente indisoluble y reforzar su posición como avalar moderno de Dionisos, Tammuz, Attis, Osiris, el Rey Pescador y todos los dioses y reyes que habían muerto durante el invierno y habían renacido con la llegada de la primavera Siegel había inaugurado el hotel el día después de Navidad. El hotel se cerró -"murió"- dos semanas después y volvió a abrir sus puertas el veintisiete de marzo.

Una fecha lo suficientemente cercana a la Navidad, el Viernes Santo y la Pascua.

Una ráfaga de aire que olía a artemisas refrescó el rostro sudoroso de León cuando abrieron la puerta de atrás de la ranchera.

–De acuerdo, ahora mucho cuidado, le han disparado y ha perdido montones de sangre. Guillen, ve al asiento de atrás y empuja cuando empecemos a tirar…

Médicos vestidos con batas blancas se apelotonaron alrededor de la camilla sobre la que le colocaron, pero antes de que pudieran llevarle a través de las puertas de la sala de urgencias León estiró un brazo y agarró a Abrams por la manga. – ¿Sabes si han encontrado ya a Scotty?

Estuviera donde estuviese el chico seguía hallándose físicamente abierto y desconectado.

–No, Georges -replicó Abrams, quien parecía estar muy nervioso-, pero no puedo haberme enterado… Salí de casa apenas recibí tu llamada.

–Averígualo -dijo León mientras un médico rompía su débil presa sobre la manga de Abrams y empezaba a empujar la camilla-, ¡Infórmame! ¡Encentradle!

"Para que yo también pueda adorarles como es debido", pensó con amargura.

El camión que remolcaba la embarcación avanzaba en dirección suroeste por la autopista 91 cruzando el paisaje del desierto hacia la lejana Los Ángeles, y la luna llena hacía superfluo el resplandor de los faros.

3

Buenas noches. Que duermas bien…

Un mes después León estaba sentado en el asiento contiguo al de Abrams. El coche recorría las calles iluminadas por el sol alejándose del hospital a una velocidad mucho más reducida que cuando le llevó a él. Las estribaciones de las colinas eran de un color marrón, y los rociadores arrojaban espirales de agua iridiscente sobre el verdor artificial de los jardines.

El vendaje de León recordaba el pañal de un bebé. Los médicos le habían extirpado la próstata y más de medio metro de intestino delgado y grueso, y la masa destrozada de sus genitales casi se había desprendido del cuerpo por sí sola cuando le quitaron los pantalones después de haberlos cortado con unas tijeras.

"Pero no lo he perdido todo -se repitió por milésima vez-. Siegel lo perdió todo, pero yo no…, aunque ya no disponga de todo el equipo con el que nací." -Si hay demasiado movimiento grita -dijo Abrams.

–Conduces estupendamente -dijo León.

El papel de Rey Pescador, monarca sobrenatural de la tierra y de su fertilidad, asumido por Ben Siegel le había impulsado -entre otras cosas- a crear una rosaleda en los jardines del Flamingo. Las rosas eran un símbolo muy potente de la naturaleza transitoria de la vida, y Siegel había pensado que un terreno lleno de rosas sometidas a su voluntad podía ser un símbolo de que había vencido a la muerte. Las flores habían acabado convirtiéndose en una rutina que no exigía la clase de atención psíquica de la que era capaz en su calidad de Rey Pescador.

León había oído contar que los rosales florecieron exuberantemente en junio de 1947 poco antes de que matara a Siegel. Los pétalos rojos se extendieron sobre el camino de cemento que bordeaba la piscina, y las rosas llegaron a producir brotes que se abrieron paso por entre las grietas del cemento.

León seguía viviendo en Los Ángeles y continuaba atacando las restantes vulnerabilidades de Siegel, concentrándose en todos los aspectos de su vida que no habían sido puestos a buen recaudo tras los muros de su castillo del desierto.

Las vulnerabilidades se reducían básicamente a dos: el servicio cablegráfico de la Trans-American y la mujer con la que Siegel se había casado en secreto el otoño de

1946.

El sistema de apuestas no podía funcionar sin un servicio cable-gráfico que comunicara los resultados de las carreras de caballos a todo el país de forma instantánea, y Siegel había introducido a la Trans-America en el oeste del país en su calidad de representante del Grupo Capone y la había convertido en una seria rival del monopolio anterior, el Servicio de Prensa Continental con base en Chicago controlado por James Regan.

La Trans-America había prosperado, y Siegel había ganado montañas de dinero…, hasta que Georges León visitó Chicago en junio del año 1946 y mató a James Regan. El Grupo Capone arrancó rápidamente al Servicio Continental de las manos de los hombres de Regan, y la Trans-America se

volvió superflua. El Grupo Capone esperaba que Siegel transferiría todos sus clientes al Continental y cerraría la Trans-America, pero León se encargó de que la orden fuera transmitida en los términos más arrogantes y ofensivos imaginables. Siegel se negó a abandonar su servicio cablegráfico tal como León había tenido la esperanza de que ocurriría, y le dijo a la junta de directores de la Combinación que tendrían que comprárselo a cambio de dos millones de dólares.

El Flamingo ya había empezado a construirse, y Siegel estaba burlando las restricciones de edificación que seguían estando en vigor y las prioridades relativas a los materiales de la época de guerra. León sabía que Siegel necesitaba los ingresos que le proporcionaba la Trans-America.

Y León había conseguido conocer a Virginia Hill, quien seguía visitando con frecuencia Los Ángeles donde tenía una mansión en Beverly Hills. De cara al mundo Hill era la amiguita de Siegel, pero León había visto el anillo que llevaba y se había dado cuenta de que los perros aullaban cuando estaba cerca de ellos y de que cuando la luna llena flotaba en el cielo nunca abandonaba las fiestas hasta que salía el sol, y había adivinado que Hill era la esposa secreta de Siegel.

León se había obligado a ocultar la excitación que le produjo la posibilidad. Obró como el jugador que levanta las esquinas de sus cartas y ve que tiene la mano perfecta, y su conducta cotidiana no cambió en lo más mínimo.

Pero si estaba en lo cierto en cuanto a Virginia Hill resultaba evidente que Siegel había cometido un grave error estratégico, y León podía aprovecharlo.

Una amiguita presente o ausente habría sido de escaso valor, pero si el Rey había sido lo suficientemente estúpido y sentimental para dividir su poder tomando voluntariamente una esposa y si se le podía privar de la parte de su poder que había invertido en ella…, si conseguía separar a la esposa de Siegel de su presencia mediante una considerable cantidad de agua…, entonces Siegel quedaría seriamente debilitado.

Y León se las arregló para hacer llegar a oídos de Hill la idea de que Lucky Luciano tenía intención de hacer asesinar a Siegel -lo cual era cierto-, y de que Hill quizá podría evitarlo apelando personalmente a él en París.

Hill tomó el avión para ir a París a comienzos de junio del año 1947.

León vendió unas cuantas propiedades inmobiliarias, reunió más dinero cobrando algunos favores y mediante unas cuantas amenazas, e hizo los arreglos necesarios para que el servicio cablegráfico de la Trans-America mostrara serios problemas en su personal y su contabilidad.

El avión privado de Siegel se posó sobre la pista del aeropuerto de Glendale a las dos de la madrugada del catorce de junio.

Georges León no podía actuar hasta el veinte, por lo que durante varios días estuvo aparcado junto a la acera delante de la casa de Virginia Hill en North Linden Drive, Beverly Hills, y vigiló la mansión. Tal como esperaba que ocurriría, Siegel había decidido quedarse en la ciudad y dormir en la casa de Virginia Hill. La tarde del veinte de junio el coche de León recorrió las recalentadas calles de Los Ángeles y se deslizó bajo las sombras de las palmeras hasta detenerse delante de una farmacia con cabina telefónica para transmitir el desafío final exigido por las reglas del juego.

Siegel se puso al teléfono. – ¿Diga?

–Hola, Ben. ¿Has pescado mucho en el desierto? Hubo unos momentos de silencio.

–Oh -dijo Siegel con impaciencia-, eres tú.

–Exacto. Tengo que decirte que voy a apoderarme del Flamingo. Ya sabes que he de decírtelo, ¿no? – ¡Hijo de puta! – exclamó Siegel con una mezcla de rabia y cansancio-. ¡Tendrás que pasar por encima de mi cadáver! No tienes agallas suficientes para hacerlo…

León soltó una risita y colgó el auricular.

León comprendió que las estrellas estaban trabajando en su favor aquella noche, pues Siegel y tres amigos suyos fueron a un restaurante de la playa llamado Jack's. León les siguió. Esperó a que estuvieran agradeciendo sus atenciones al encargado y estuvieran a punto de irse, y dio diez dólares a un camarero para que entregara a Siegel un ejemplar del Los Ángeles Herald con una nota sujetada mediante un clip. "Buenas noches. Que duermas bien y felicitaciones del jack." Siegel aceptó el periódico sin mirarlo.

Una hora después León aparcó su coche delante de la mansión de estilo español de Virginia Hill. Apagó el motor y el metal recalentado se fue enfriando entre las sombras de la calle sumida en la oscuridad, crujiendo y chasqueando como un escarabajo.

Estuvo un rato inmóvil contemplando la columnata iluminada por los focos de la casa, y más que en ninguna otra cosa pensó en lo que había sido vivir en un solo cuerpo y experimentar la vida limitada a una sola persona; e intentó imaginarse cómo sería poseer una conexión vital con las figuras eternas de terrible potencia que animaban y dirigían en secreto a la humanidad; las figuras que el psicólogo Carl Jung había llamado arquetipos y que los pueblos primitivos habían temido lo suficiente para llegar a llamarlas dioses.

Imaginárselo era sencillamente imposible, por lo que acabó saliendo del coche con la carabina 30-30 en una mano y subió por la pendiente cubierta de césped hasta llegar a la espaldera cubierta de rosas que impedía ver la sala desde la calle. Los grillos ocultos entre la espesura hacían el ruido suficiente para ahogar el snap-dank del primer cartucho al entrar en la recámara.

El cañón de la carabina quedó cómodamente apoyado en uno de los cuadrados de la espaldera, y León permaneció varios minutos agazapado sobre un banco de madera moviendo el arma de un lado a otro mientras inspeccionaba el lugar.

Siegel estaba sentado en un sofá tapizado con una tela floreada al otro lado del inquietantemente cercano cristal de la ventana de la sala. Estaba leyendo la página deportiva del periódico que León le había hecho entregar mediante el camarero; y a su lado había un hombre que dormitaba con los brazos cruzados delante del pecho. El mobiliario de la sala era del estilo rococó, una profusión de cupidos, mármoles y estatuas que sostenían pantallas de lámpara. Una figurilla de Baco, el dios del vino, estaba colocada sobre un enorme piano y en la pared había colgado un cuadro de una mujer desnuda con una copa de vino en una mano.

La ventana estalló en una erupción de cristalitos resplandecientes. Los dos primeros disparos destrozaron la figurilla y agujerearon el cuadro. Ben Siegel había empezado a incorporarse y las dos balas siguientes le destrozaron la cara. León disparó las últimas cinco balas del cargador sin apuntar, pero tuvo la impresión de que por lo menos dos de ellas habían hecho impacto en Siegel. El ruido de los disparos resonó por toda la calle, pero León pudo oír los chasquidos de las vainas expulsadas del arma rebotando sobre el banco de madera encima del que estaba agazapado.

Después volvió corriendo al coche, arrojó la carabina sobre el asiento trasero, y salió a toda velocidad del barrio disfrutando el nuevo júbilo de poder considerar lo que acababa de hacer desde los puntos de vista de veintidós nuevas personalidades cristalinas.

Era el veinte de junio, en tiempos precristianos el primer día del mes de celebraciones que conmemoraban la muerte de Tammuz, el dios de la fertilidad babilonio, quien había reinado en una región del desierto donde el sol del verano imponía una especie de cálida muerte invernal al ciclo del crecimiento.

La celebración llegaría a su fin el veinte de julio, y para aquel entonces habría un nuevo Rey en el trono.

Y esa misma noche una tormenta de arena aulló alrededor del Hotel Flamingo en el árido corazón del desierto de Mojave, y arrancó la pintura de todos los coches aparcados al aire libre dejando el metal al descubierto y cubriendo los parabrisas con una escarcha permanente.

Algún tiempo después León se enteró de que cuatro de sus nueve balas habían dado en el blanco, y de que el ojo derecho de Siegel había salido limpiamente despedido de su cabeza y había ido a parar a la habitación contigua.

Georges León volvía a estar en su bungalow. Cojeó con sus muletas de una habitación a otra y contempló la calle que se adormilaba bajo el calor a través de los ojos de Richard, quien seguía encaramado en el tejado. Escuchó la radio, leyó los periódicos, hizo anotaciones con lápiz en sus gráficos y evitó entrar en la cocina donde la carta caída seguía sobre el linóleo.

Al principio se le había dicho que Scotty murió con Donna al estrellarse el coche, después que la investigación policial no consiguió el esqueleto de un niño entre los restos del cascarón quemado en que se había convertido el Chevrolet. Abrams había hablado con Bailey y los demás y logró averiguar el sitio en el que Donna había sacado al chico del coche, pero a esas alturas cualquier intento de dar con un vehículo que pudiera haber circulado por la Novena esa noche ya no habría dado ningún resultado.

Los anuncios, los mensajes radiofónicos y un informe de persona desaparecida emitido por la policía tampoco sirvieron de nada, y durante el curso de sus investigaciones León descubrió un hecho inquietante: en Las Vegas no había ningún casino llamado Moulin Rouge.

Se sumergió frenéticamente en las aficiones. Coleccionó sellos y monedas, compró enormes cantidades de ellas y contempló los rostros y las denominaciones e intentó descifrar los significados que encerraban. Sólo dormía cuando el agotamiento acababa venciéndole, y no prestaba atención a los timbrazos del teléfono.

Pasó horas de incomodidad y dolor sentado en el suelo del refugio inventando una nueva variedad del juego del póquer, pues después de lo ocurrido necesitaba otra forma de convertirse en padre.

Y por fin llegó una noche en la que no pudo seguir ignorando el problema. León salió de su dormitorio a medianoche arrastrándose sobre las manos y las rodillas, y se acurrucó sobre el suelo de la cocina con un encendedor en la mano.

La carta seguía allí donde Donna la había tirado después de arrancarla del ojo de Scotty. León permaneció inmóvil en la oscuridad, con sus dedos temblorosos posados sobre ella… … hasta que acabó dándole la vuelta e ignoró el murmullo del viento que soplaba alrededor del bungalow mientras hacía girar la ruedecilla del mechero y la miraba.

Tal como había temido, la carta le mostró la figura del paje de copas, el equivalente en términos modernos del jack de corazones. Un jack tuerto…

El viento que hacía bailar las tablillas de las persianas venía del oeste. Llegaba del Valle de la Muerte, cruzaba suspirando el desierto de Mojave y se perdía más allá de él.

Georges León permaneció como mínimo una hora acurrucado en el suelo con la cabeza vuelta en esa dirección, sabiendo que su adversario, el rival tuerto, llegaría algún día desde aquel punto de la brújula.

Libro primero – Los habitantes de Ciudad Apocalipsis Bien sabéis, amigos míos, que hace tiempo di una gran fiesta en mi casa para celebrar mi boda de la forma más hermosa: me divorcié de la Razón vieja y estéril echándola de mi cama, y tomé a la Hija del Vino por esposa.

El Rubáiyát de Ornar Khayyám ¡Stetson! ¡Usted, que estuvo conmigo en las naves en Milae!

Ese cadáver que plantó el año pasado en su jardín ¿ha empezado a echar brotes? ¿Sabe si florecerá este año?

T. S. ELIOT, El erial Oh, claro, la vi subir al avión de Las Vegas y agité la mano hasta que se hubo alejado.

Después intenté volver a casa sin pasar por ningún bar.

Casi lo logré, pero no del todo.

Las sombras con téjanos llevaban allí toda la noche, y cuando me senté a su lado miré mi copa helada, y me estremecí y descubrí que estaba medio muerto de miedo.

WlLLIAM ASHBLESS

4

Un destello clarísimo Crane emergió del sueño y nada más abrir los ojos agradeció que el sol estuviese brillando.

El corazón le retumbaba dentro del pecho como un martillo neumático que estuviera haciendo pedazos un suelo de cemento reseco. Sabía que había vuelto a soñar con la partida en el lago, y que algo del mundo real le había despertado.

Las noches de marzo aún eran considerablemente frías, y aunque el sol ya estaba bastante alto en el cielo -debían de ser por lo menos las nueve o las diez-, la lata de Budweiser que había en el suelo junto a su cama no se había calentado. Crane arrancó la tirilla, bebió la mitad del contenido en una serie de tragos y se limpió distraídamente el hilillo de cerveza que había empezado a deslizarse sobre los pelos grises que cubrían su mentón.

La lata había dejado una señal circular sobre el suelo de madera. Susan nunca criticaba el que bebiera, pero no parecía gustarle que lo hiciese en el dormitorio. Crane sabía que cogería la lata tan despreocupadamente como si fuese una revista o un cenicero y que la llevaría a la sala. Después de percatarse de aquella costumbre Crane había dejado deliberadamente la Budweiser en la mesilla de noche unas cuantas veces, pero la paciente persistencia de Susan había acabado haciéndole sentir que se estaba comportando como un niño enfadado y ya sólo lo hacía por descuido.

Oyó que sonaba el timbre de la puerta, y supuso que quizá también habría sonado unos momentos antes. Se irguió en su lado de la cama de matrimonio, se puso unos téjanos y una camisa de franela y se dirigió a la sala. Abrió la puerta mientras se abotonaba la camisa. Ya nunca se tomaba la molestia de echar un vistazo por la mirilla.

Arky Mavranos, el vecino de al lado, estaba en el porche. – ¡Hola, Pogo! – dijo Mavranos alzando dos latas de Coors-. ¿Cuál pareeeeeece ser el proooooooblema?

Era el saludo habitual de Mavranos, por lo que Crane no se tomó la molestia de replicar y se limitó a salir al porche, se sentó en una silla y aceptó una cerveza.

–Ah -exclamó tal como se esperaba de él mientras arrancaba la tirilla y sostenía la lata espumeante junto a su oreja-, el sonido del desayuno preparándose en la cocina. – ¿El desayuno? – dijo Mavranos sonriendo a través de su descuidado bigote castaño-. El mediodía ya ha pasado…, esto es el almuerzo.

Crane entrecerró los ojos y su mirada fue más allá de la barandilla del porche y acabó posándose en el edificio del Ahorro Federal, una silueta que se recortaba contra el cielo gris casi a un kilómetro al norte en la calle Main, pero no logró distinguir los números y las letras que parpadeaban en el cartel del tejado. Aun así, en el aparcamiento del Norm había la cantidad de coches suficiente para indicar la multitud de la hora del almuerzo, y los cuervos del día habían sustituido a los loros de la mañana sobre los cables del teléfono. Mavranos probablemente tenía razón.

–Te he traído el correo -añadió Mavranos.

Sacó un par de sobres de su bolsillo trasero y los dejó caer sobre la maltrecha mesa del porche.

Crane les echó un vistazo. Uno era el típico sobre largo color gris del Banco de América con la ventanita de papel encerado para mostrar la dirección, y probablemente contendría su extracto. Nunca estaba al día, pero si quería saber cuánto dinero le quedaba en su cuenta corriente le bastaría con echar un vistazo a la tirilla de papel escupida por la máquina Versatel cuando le devolviese su tarjeta la próxima vez. Crane arrojó el sobre a la papelera de plástico sin abrirlo.

Las señas del otro sobre estaban escritas con la letra de la madre de Susan.

Crane lo arrojó a la papelera todavía más deprisa que el primero. – ¡No es más que basura! – dijo con una gran sonrisa.

Apuró la cerveza y se puso en pie. Abrió la puerta y entró, y unos momentos después ya volvía a estar en la silla con la lata a medio beber de Budweiser que, a pesar de todos sus buenos propósitos, había vuelto a dejar en el suelo del dormitorio. – ¿Y la esposa? – preguntó Arky-. ¿Está de compras?

"Está de compras", pensó Crane.

Susan adoraba los grandes almacenes especializados en rebajas que eran tan enormes como hangares para aviones. Después de visitarlos siempre volvía a casa con bolsas llenas de objetos como clips de plástico en forma de tiburón para que tu toalla de playa se estuviera quieta sobre la arena, perros de cerámica de aspecto altamente cómico y artilugios llenos de resortes para colocar sobre tu frasco de café instantáneo que te proporcionaban una cucharada de café perfectamente medida si accionabas la palanca de la parte superior. Sus compras habían acabado convirtiéndose en una especie de broma compartida entre los vecinos.

Crane tragó una honda bocanada de aire y apuró su Budweiser. Parecía que iba a ser otro día de beber en serio.

–Sí -respondió dejando escapar el aire-. Tierra para macetas, esa especie de jaulas para las tomateras… La primavera está a punto de caer sobre nosotros, y hay que plantar cosas en el suelo.

–Se levantó muy temprano.

Crane bajó el mentón y contempló a su vecino con el rostro inexpresivo. – ¿Oh? – dijo después de haber dejado transcurrir unos momentos de silencio.

–Desde luego que sí. La vi aquí fuera regando las plantas cuando aún no había salido el sol.

Crane se puso en pie con cierta dificultad y examinó la tierra de la maceta más cercana. Parecía estar húmeda, y Crane se preguntó si había regado las plantas ayer o el día anterior. No podía recordarlo.

–Vuelvo enseguida -dijo.

Volvió a entrar en la casa y fue rápidamente por el pasillo hasta llegar a la cocina. La cocina estaba incómodamente caliente -ya llevaba trece semanas así-, pero Crane no se fijó en el horno. Se limitó a abrir la nevera y sacó de ella una lata fría de Budweiser.

Su corazón volvía a retumbar dentro del pecho. ¿A quién había visto Arquímedes en el porche? Susan -Crane podía admitirlo siempre que tuviera una cerveza bien fría en la mano y el alcohol hubiese empezado a enturbiarle los pensamientos- estaba muerta.

Había muerto de forma repentina e imprevista hacía trece semanas a causa de un ataque cardíaco…, sí, fibrilación, eso era.

Estaba muerta antes de que los enfermeros llamados a toda prisa hubieran tenido tiempo de aparcar la ambulancia junto a la acera con un

alarido de sirenas y un chirriar de neumáticos. Los enfermeros habían entrado ruidosamente en la casa con sus maletines metálicos y sus olores a goma, desinfectantes, loción para después del afeitado y humos del tubo de escape, y habían utilizado una especie de paletas eléctricas en un intento de convencer a su corazón de que volviera a funcionar a base de descargas, pero ya era demasiado tarde.

Después de que se llevaran el cuerpo Crane se dio cuenta de que su taza de café -aún estaba caliente- seguía encima de la mesa delante del diván en el que había muerto, y pese a su aturdimiento había comprendido que no podría soportar que el café acabara enfriándose y que se convirtiera en un líquido tan pasivamente tibio como la media lata de refresco que un invitado se ha olvidado de consumir.

Fue por el pasillo sosteniendo cautelosamente la taza en sus manos, entró en la cocina, la metió dentro del horno e hizo girar el dial hasta el mínimo; y explicó a los preocupados vecinos que Susan se había desmayado y a última hora les explicó que había vuelto pero que estaba descansando.

Susan le había sacado de apuros en muchas ocasiones telefoneando a su jefe y diciendo que tenía la gripe cuando en realidad sólo tenía un leve ataque de "exceso de radiaciones etílicas", el nombre que Crane daba a sus resacas.

Había aguantado los noventa y un días transcurridos desde su muerte dando excusas -"Está visitando a su madre", "Está en la bañera", "Está dormida", "Su jefe le ha pedido que fuese a trabajar más pronto hoy" – para explicar su ausencia en el momento en que alguien se interesaba por ella. Llevaba una temporada bebiendo en vez de ir a trabajar, y a mediados de la tarde él mismo solía acabar creyéndose las excusas y cuando salía de casa solía encontrarse quedándose inmóvil antes de cerrar la puerta principal detrás de él esperando que Susan le alcanzara, y sin quererlo se la imaginaba hurgando en el bolso o dando un último par de pasadas de cepillo a su cabellera.

No había mirado dentro del horno porque sabía que no podría soportar ver el café convertido en polvillo reseco.

Sólo era su tercera cerveza de la jornada y ya era más de mediodía, así que tomó un buen trago. ¿A quién había visto Arquímedes? "Antes de que hubiese salido el sol…" En aquel momento Crane estaba dormido y volvía a

soñar con aquella partida en el lago. ¿Sería posible que el sueño hubiese conjurado un borroso fantasma de Susan? ¿O sería quizá que la casa era capaz de generar una especie de réplica suya?

En aquel momento -plantado en el centro de la cocina balanceándose lentamente de un lado a otro- no le pareció que fuese totalmente imposible…, o, por lo menos, no inconcebible. No cabía duda de que la personalidad de Susan había quedado grabada en cada habitación. El padre adoptivo de Crane le había dejado la casa en 1969, diez años antes de que Susan entrara en ella, pero ni el joven Crane ni su padre adoptivo antes que él habían considerado que una mesa fuera algo más que un objeto sobre el que colocar más objetos o que una clase de sillón fuese preferible a otra. Los cuadros de las paredes no eran más que fotos o páginas recortadas de libros de arte sujetadas con chinchetas.

El que Susan entrara en su vida había significado cortinas, alfombras, paredes impolutas y estanterías muy elegantes que no parecían haber sido adquiridas en una tienda de gangas, aunque de hecho la inmensa mayoría de ellas habían salido de esas tiendas.

Crane olisqueó el aire recalentado de la cocina que aún parecía impregnado por el olor del café. – ¿Susan? – murmuró.

Oyó un roce ahogado procedente del pasillo, probablemente del dormitorio.

Crane dio un salto, perdió el equilibrio y acabó quedando sentado en el suelo. La cerveza fría se derramó sobre las baldosas.

–No ha sido nada -dijo en voz baja sin atreverse a creer que estuviera hablando con alguien aparte de consigo mismo-. Voy a limpiarlo.

Se inclinó hacia adelante y secó las gotitas espumosas con una manga de su camisa de franela.

Sabía que los fantasmas no podían existir…, pero en los últimos tiempos parecía como si le estuvieran ocurriendo muchas cosas imposibles.

Una medianoche lluviosa de hacía poco estaba sentado en su sillón en la esquina de la sala -las noches de lluvia nunca podía dormir- y había estado contemplando distraídamente el filodendro muerto que colgaba fláccidamente sobre el borde de su maceta al otro extremo de la habitación; y de repente había perdido todo sentido de la profundidad y la escala o, para ser más exactos, había comprendido que la distancia y el tamaño eran ilusiones. Detrás de las diversidades aparentes que distinguían los zarcillos

de la planta de cosas como los deltas de los ríos, las venas y los filamentos eléctricos había formas tenuemente perceptibles escondidas en la neblina de lo verdaderamente aleatorio que permanecían inmutables, siluetas que constituían el esqueleto invisible e impalpable del universo.

Tenía un vaso de escocés en la mano y tomó un buen trago de él, y apenas entró en su cuerpo el whisky pareció convertirse en un torbellino que tiró de él atrayéndole a una especie de pozo que no era más físico que la forma impalpable del filodendro; y después la perspectiva se amplió y su individualidad desapareció, y supo -porque en aquel lugar el conocimiento era parte del existir- que se encontraba en el nivel compartido por todos, el estanque profundísimo y enorme, la meseta acuática común que se extendía bajo todos los pozos individuales que eran las mentes humanas.

Y allá abajo, perdidas en las regiones más profundas, también había formas universales que lo animaban todo, figuras inmensas tan eternas-pero-vivas como el Satanás atrapado en el hielo del Infierno de Dante, y las figuras alteraban las relaciones que las unían entre sí de una forma tan lenta y ritual como los planetas que giran alrededor del sol moviéndose en una danza que ya era vieja antes de que los primeros homínidos descubrieran cosas que temer en los dibujos que la luna y las estrellas formaban en el cielo nocturno.

Y un instante después Crane no era más que una ola de horror que se alejaba a toda velocidad dirigiéndose hacia el consuelo de los límites y lo reducido ascendiendo hacia el resplandor brillante y activo que era la consciencia.

Y cuando salió del abismo descubrió que se encontraba en un restaurante iluminado por luces azules con un tenedor lleno de fettucini Alfredo a medio trayecto de su boca. Los olores del ajo y el vino cabalgaban sobre la brisa fresca del aire acondicionado, y alguien tocaba lánguidamente Tal como éramos en un piano. Y en su cuerpo…, había algo extraño en él, algo que no habría tenido que estar allí. Crane bajó la vista y vio que tenía pechos de mujer.

Sintió que su boca se abría.

–Uf, uno de ellos está realmente maduro -oyó que decía una voz de mujer bastante mayor-. Estoy captando un destello clarísimo suyo…

"He subido por el pozo equivocado", pensó, y se obligó a retroceder y a hundirse en la negrura, y cuando volvió a ser consciente de lo que le

rodeaba estaba de nuevo en su sala con la lluvia repiqueteando sobre la masa oscura de la ventana y la camisa empapada de escocés.

Y hacía tan sólo unos días estaba sentado en el porche con Mavranos, y Arky había alzado su lata de cerveza agitándola ante los Hondas y los Toyotas que iban y venían por la calle Main.

–Trajes de tres piezas que van a los despachos -había dicho Arky-. ¿No te alegra no despertar oyendo el timbrazo del despertador para tener que salir corriendo de tu casa a remover papeles durante todo el día?

Crane había asentido moviendo la cabeza en un torpe gesto de borracho.

–Dei bene fecerunt inopis me pusilli quodque fecerunt animi -había dicho.

Mavranos le había mirado fijamente. – ¿Cuál pareeeeece ser el proooooblema? – ¿Hmm? – ¿Qué acabas de decir?

–Eh… He dicho: "Los dioses obraron bien cuando me crearon falto de ideas y espíritu".

–No sabía que hablabas latín. Eso era latín, ¿verdad?

Crane había tomado un largo sorbo de cerveza para combatir el pánico que se adueñó de él durante un momento.

–Oh, claro. Un poco. Ya sabes, escuelas católicas y todo eso.

Nunca había sido católico y sus conocimientos de latín se limitaban a unos cuantos términos legales aprendidos en las novelas de misterio, y lo que había dicho no se parecía a ninguna de las frases de la misa católica que había oído en su vida.

Crane dejó la lata de cerveza en el suelo de la cocina y se preguntó si se estaría volviendo loco…, y si eso cambiaba en algo las cosas.

Pensó en ir al dormitorio. ¿Y si había algo suyo, alguna especie de Susan acostada sobre la cama?

El pensamiento le asustó y le excitó al mismo tiempo. "Todavía no -acabó decidiendo-. Podría ser el equivalente a abrir la puerta del horno antes de que esté listo el soufflé. La casa probablemente necesita algún tiempo para exudar toda la esencia de Susan que ha ido acumulando. Los fósiles necesitan tiempo para formarse…"

Logró ponerse en pie haciendo un esfuerzo considerable, y se apartó los mechones de cabellos grises que le habían caído sobre la frente. "Y si no es del todo ella no me importará -pensó-. Me conformo con que se le aproxime lo bastante para engañar a un borracho…"

La acera del bulevar Las Vegas estaba tan caliente como un horno. Betsy Reculver se detuvo delante de las fuentes y la enorme columnata del Caesars Palace y olisqueó el aire del desierto. Entrecerró los ojos y las arruguitas de sus mejillas y sus sienes se hicieron un poco más profundas.

El hombre terriblemente anciano que caminaba junto a ella siguió avanzando con su paso cojeante, y Betsy tuvo que alargar una mano y tirar de su manga.

–Frene el culo un segundo, doctor -dijo en voz alta.

Varias turistas vestidas con prendas de colores chillones la miraron y siguieron caminando rápidamente hasta dejarla atrás.

El viejo -que era conocido como el doctor Leaky- no parecía haberla oído. Intentó seguir caminando durante un par de segundos, y luego pareció comprender el hecho de que había algo que se lo impedía. Su calva cabeza cubierta de manchitas marrones giró lentamente sobre su cuello lleno de tendones, y sus ojos se abrieron como si estuviera sintiendo un asombro inmenso cuando vio que Betsy le había agarrado por la manga. – ¿Ah? – exclamó con voz enronquecida-. ¿Ah?

Vestía un traje gris bastante caro, pero siempre se las arreglaba para ponerse los pantalones demasiado arriba. La hebilla plateada del cinturón le quedaba encima del plexo solar y, naturalmente, nunca conseguía levantar su fláccida mandíbula inferior lo suficiente para cerrar del todo la boca. – ¿Es que ya no eres capaz de oler nada, viejo inútil? Venga, huele.

Betsy sorbió aire por la nariz. – ¡Son ellos! – exclamó el doctor Leaky con su estridente voz de pájaro.

Betsy le lanzó una mirada esperanzada, pero el anciano estaba señalando varias estatuas a tamaño natural de hombres vestidos con togas que se alzaban bajo el letrero del Caesar's Palace al otro lado de la calle. Un turista acababa de colocar un mechero Bic en la mano de una de las estatuas pintadas, se había puesto un cigarrillo en la boca y estaba haciendo que le tomaran una foto mientras se inclinaba hacia el mechero.

–No, no son ellos. – Betsy meneó la cabeza-. Vamos.

El doctor Leaky volvió a excitarse unos cuantos pasos después. Se encontraban delante de la fachada oeste del Holiday, la que estaba decorada como si fuera un vapor del Mississipí. – ¡Son ellos! – graznó señalando con un dedo.

La cubierta del falso vapor estaba llena de estatuas vestidas con atuendos del siglo XIX, y en la laguna rodeada por vallas que había entre la acera y el edificio flotaba una balsa amarrada a la orilla sobre la que había dos estatuas de Huck Finn. PRODUCTOS QUÍMICOS PELIGROSOS, NO SE ACERQUE AL AGUA, advertía un letrero de color rojo colocado junto a una valla.

–Imbécil -dijo Betsy.

El doctor Leaky soltó una risita. Betsy se dio cuenta de que una mancha oscura estaba empezando a extenderse por la parte delantera de sus pantalones.

–Oh, estupendo -dijo-. Dios, ¿por qué seguiré aguantándote?

Se quedó inmóvil en el centro de la acera atestada, alzó una mano y un Jaguar gris modelo XJ-6 frenó y aparcó en doble fila.

Betsy guió al anciano hasta la calzada y le ayudó a cruzar el pavimento hasta llegar a la puerta trasera. El conductor -un hombre calvo enormemente obeso que vestía un traje de lana de Arma-ni- había bajado del coche y le sostenía la puerta abierta para que se metiera dentro.

–Mi cadáver se ha meado en los pantalones, Vaughan -le dijo Betsy al gordo-.

Supongo que es hora de que vayamos a casa.

–De acuerdo, Betsy.

El gordo puso una mano sobre el antebrazo del doctor Leaky y le sujetó de forma tan impersonal como si fuera un objeto. – ¡Son ellos! – volvió a graznar el doctor Leaky.

Betsy volvió a olisquear el aire. La vibración seguía estando presente en la brisa cálida. – ¿Quiénes, doctor? – preguntó con paciencia cansina y todavía con un poco de esperanza.

–Los habitantes de Ciudad Apocalipsis…, la señora del coche, y la señora del refugio del sótano y el resto… Esos chicos…

Betsy comprendió que estaba hablando del pueblo simulado que había sido construido en el desierto cerca de Yucca Fíats cuando el gobierno hizo las pruebas de la bomba atómica a comienzos de los años cincuenta y falsos soles parecieron surgir de la nada en el cielo nocturno por detrás del Club Horseshoe y el Golden Nugget. Para hacer que todo fuese más realista el ejército colocó maniquíes en las casas y los coches de la zona de pruebas.

Betsy se acordaba de haber visitado el pueblo falso que la gente de los alrededores había bautizado con el nombre de Ciudad Apocalipsis.

–No, doctor, no son ellos. Ande, suba al coche… No eran gente de verdad, ¿entiende?

El doctor Leaky alzó laboriosamente un pie y lo metió dentro del coche.

–Ya lo sé -dijo asintiendo con lenta dignidad-. El problema es que no eran lo suficientemente realistas…

–A diferencia de los chicos de yeso que hay delante del Caesars, ¿eh? Claro, claro.

Entre en el coche.

–Como ofrenda, como sacrificio… no eran lo bastante realistas -dijo el anciano con voz temblorosa-. Las cartas no se dejaron engañar.

Vaughan se inclinó hacia adelante para ayudar al doctor Leaky a acabar de meterse en el coche. Durante un momento Betsy pudo ver la pistola Sig-9 semiautomática de 9 mm que Vaughan llevaba en una funda especial de hombro debajo de la chaqueta.

Antes de entrar en el coche alzó el rostro hacia la brisa. Sí, por lo menos uno de los peces había crecido hasta alcanzar el tamaño suficiente para que resultase interesante.

Quizá fuese el tipo que había entrado en su mente cuando estaba en el Dunes la noche anterior. "Me pregunto quién es la bebida para él", pensó.

El ciclo exigía veinte años de espera, pero acababan madurando. En aquellos momentos alguien a quien no conocía lo estaba pasando muy mal.

Cuando llegara el Sábado Santo, el día antes de la Pascua, habría otra resurrección.

5

OceanofPDF.com

Persiguiendo la línea blanca Crane se puso en pie y volvió al porche con una lata de cerveza por empezar. – ¿Qué? – preguntó.

–No pretendía leer tu correo, Pogo -dijo Mavranos-, pero si no pagas a esos tipos perderás tu casa.

Mavranos le alargó una hoja de papel en la que había números y unas cuantas líneas escritas a máquina. El sobre gris había sido abierto y dejado sobre la mesa. – ¿De quién es esa carta? ¿Es del banco?

–Exacto. Están hablando de embargar. – Mavranos tenía el ceño fruncido-. Será mejor que les pagues. No quiero correr el riesgo de que a mi nuevo vecino no le haga gracia vivir al lado de un inútil que siempre se está emborrachando con cerveza. Scott…

–Se inclinó hacia adelante. Había utilizado su nombre de pila, y eso hizo que Crane se diera cuenta de que hablaba en serio-. Scott, esto no es ninguna broma -dijo Mavranos articulando cada palabra con la máxima claridad posible-. Búscate un abogado, consigue algún subsidio del gobierno, declárate insolvente y acógete al artículo trece…, pero tienes que hacer algo.

Scott Crane acercó la hoja de papel a su ojo sano e intentó entender lo que había escrito en ella. No podía perder la casa, y menos ahora que el fantasma de Susan parecía estar en ella.

–Supongo que tendré que volver a trabajar -farfulló.

Arky le contempló en silencio y parpadeó un par de veces. – ¿Sigues trabajando en el restaurante?

–No lo creo. Me telefonearon unas cuantas veces, pero no he ido allí desde…, desde hace varias semanas. No, creo que eso se acabó. Tendré que volver a…, a mi antiguo trabajo. – ¿Y cuál es? Será mejor que te proporcione un cheque de paga pronto…, y con unos cuantos ceros.

–Si todo va bien es justo lo que sacas de él. Lo dejé hace…, hace ocho o nueve años cuando…, cuando me casé con Susan y empecé a trabajar en el Villa. Susan nunca dijo nada, pero me di cuenta de que ya iba siendo hora de dedicarme a otra cosa. Sí, funcionará, funcionará…

–Bueno, ¿y en qué consiste exactamente? Esos tipos quieren su dinero para ayer.

Scott Crane se había derramado un poco de cerveza en los pantalones y movió una mano intentando limpiarla sin conseguirlo.

–Oh, yo… ¿No te he hablado nunca de ello? Era jugador de póquer.

–Tendrías que haberlos visto esta noche -le había dicho a Susan una madrugada a las tres mientras iba sacando fajos de billetes de veinte dólares del bolsillo de sus pantalones-. Todos estaban muy callados y un poco cabreados porque se habían quedado sin droga, y cada vez que oían el golpe de una puerta de coche alzaban la cabeza y ponían los ojos como platos porque un amigo suyo que conduce una grúa había dicho que traería un poco si le llamaban para que fuera por los alrededores de donde jugaban. Bastaba con subir cinco dólares la apuesta para dejarles fuera de la partida… Lo estaban pasando realmente mal, ¿sabes? No paraban de preguntar al tipo en cuya casa se jugaba si estaba seguro de que no tenía guardado por ahí algún espejo que hubieran usado otras veces para lamerlo, y hasta llegaron a pensar en aplastar algunas de mis pastillas No Ronque para esnifarlas. Bueno, su amigo por fin llamó a la puerta y les dio una papelina, un trocito de papel doblado varias veces dentro del que habría como una cuarta parte de una cucharada de cristales de metedrina, y después todos se pusieron muy contentos y se echaron a reír y pusieron el polvo sobre un espejito y lo dividieron en rayitas con una cuchilla de afeitar y lo esnifaron con un tubito metálico. Alegría instantánea y todos nos reímos a carcajadas, ¿entiendes? Y a partir de entonces se plantaban con la primera mano que les hubiera tocado en suerte, subían la apuesta como locos y les importaba un pimiento lo que pudieran perder. Fue maravilloso. Pero de repente uno abrió muchísimo los ojos…, se le pusieron así, ¿sabes?…, se levantó de un salto y fue corriendo al cuarto de baño, y un minuto después todos andaban por la habitación con las piernas más separadas que si fuesen Quasimodo, y empezaron a dar puñetazos en la puerta del cuarto de baño insultando al tipo y gritándole que saliera.

Resulta que habían cortado la metedrina con un laxante infantil.

Susan se rió, pero estaba erguida en la cama y contempló con el ceño fruncido cómo se quitaba la camisa y los pantalones.

–No quiero que suene a crítica, Scott -dijo-, pero por lo que cuentas esos tipos parecen idiotas.

–Son idiotas, cariño -dijo él apartando la sábana y las mantas y acostándose en su lado de la cama -. Jugar al póquer con genios no da beneficios.

Alargó una mano y apagó la luz.

–Pero son las personas a las que…, alas que buscas y de las que no te separas en cuanto las has encontrado -murmuró ella en la oscuridad-. Son las personas con las que…, con las que trabajas o…, o alas que trabajas, o como se diga. ¿Entiendes a qué me refiero? ¿No hay ningún jugador de póquer al que admires?

–Claro que los hay, pero no soy lo suficientemente bueno para jugar con ellos y sacar mejores cartas, y tengo que ganarme la vida. Y también admiraba a mi padre adoptivo, pero desde que se fue no he encontrado a nadie con el que pueda formar equipo.

–Pasarse todo el tiempo buscando gente más estúpida que tú y evitar a los que son tan inteligentes o más…, tiene que ser una sensación muy extraña.

–Eso es lo que nos permite comer -había replicado él en un tono de voz bastante seco.

Crane dejó a Mavranos en el porche y volvió a entrar en la casa.

Consiguió absorberse durante un par de horas en las recetas, las columnas de consejos y los pasatiempos de un montón de números atrasados de Mundo femenino y Mejores casas y jardines, y fue bebiendo sus cervezas despacio dejando las latas vacías encima de los posavasos y no en el primer sitio que le venía a mano. Después vio la televisión.

Cuando la casa estuvo lo suficientemente oscura para que no le quedara más remedio que levantarse y encender la luz Crane se obligó a hacer café, y luego fue al cuarto de baño para afeitarse y darse una ducha. Las persianas de la sala estaban bajadas, y unos minutos después de haberse metido en la ducha salió de ella sin tener que ponerse nada encima y fue directamente a la silla que había junto al teléfono.

Era martes. Eso era bueno, pues una de las partidas tipo "mancha roja" de nivel medio más perdurables que había establecido en toda su vida era la partida nocturna de los martes en el área de Los Ángeles. Cogió los listines telefónicos del condado de Orange y de Los Ángeles e intentó recordar los apellidos de algunas de las personas que se dedicaban de forma habitual al juego hacía una década.

Encontró un apellido: Budge. Ed Budge seguía viviendo en Whittier, Beverly Hills.

Debía de tener unos sesenta años. Crane marcó su número de teléfono. –¿Diga?

–Ed, soy Scott Smith. "Espantapájaros" Smith, ¿te acuerdas? – ¡Cristo, "Espantapájaros" Smith! ¿Qué has estado haciendo? ¿Qué tal está Ozzie?

–No lo sé, chico, hace veinte años que no le he visto. Yo…

–Y también tenía una cría de la que solía hablar mucho. ¿Cómo se llamaba?

–Diana. No lo sé, la última vez que hablé con ella debió de ser en el setenta y cinco o así, y sólo charlamos unos minutos por teléfono. Soñé… Quiero decir que me enteré de que se había casado.

Crane tomó un sorbo de su tercera taza consecutiva de café, y deseó con todas sus fuerzas que se le pasara la borrachera lo más deprisa posible.

Recordaba la llamada de Diana. Crane había estado haciendo submarinismo en Bahía Morro, había conseguido dispararse el arpón de tres puntas en un tobillo y el teléfono había empezado a sonar justo cuando volvió a casa del Hospital Memorial Hoag el día siguiente. Diana se había negado a decirle dónde se encontraba o dónde se encontraba Ozzie, pero estaba preocupada y la alivió bastante enterarse de que Crane estaba bien.

Por aquel entonces no podía tener más de quince años. Tres años después había soñado con ella y la había visto en una boda.

Después de aquello no hubo ningún otro contacto. Al parecer ninguno de los dos había sufrido un daño serio -físico, por lo menos- durante los últimos quince años, o quizá fuese que su conexión mental se había ido debilitando hasta disolverse.

–Bueno, esa partida… -dijo Crane-. ¿Sigue funcionando?

–No lo sé, Scott. Dejé de jugar hace unos cuantos años. Un día me di cuenta de que estaba perdiendo diez de los grandes al año en el maldito juego.

Crane contuvo un suspiro. Si Crane hubiera seguido siendo la fuerza motivadora de la partida Ed nunca habría dejado de jugar. Crane sabía cómo tratar a los perdedores valiosos -elogiaba las manos con que habían conseguido ganar una partida, nunca explotaba al máximo sus debilidades y hacía que el jugar pareciese más una actividad social que financiera- de forma que volvieran una y otra vez; al igual que sabía cómo alejar a los buenos jugadores capaces de ganar con frecuencia criticando sus modales de juego, negándose a prestarles dinero e intentando ponerles nerviosos mientras animaba a los otros jugadores a que hicieran lo mismo que él.

–Oh -dijo Crane -. Bueno, ¿te has mantenido en contacto con alguno de los chicos? – ¿Mantenerme en contacto con ellos? ¿Fuera del juego? Scott, ¿te acuerdas de los viejos desayunos caseros?

Esta vez Crane no pudo contener el suspiro. En ocasiones la partida había durado dieciocho horas o más y los jugadores habían hecho un descanso para desayunar en una cafetería cercana en cuanto llegaba el amanecer; y la conversación espasmódica e incómoda mantenida en aquellas ocasiones había dejado terriblemente claro que ninguno de ellos tenía nada en común con los demás aparte del juego.

–Vale, Ed. Que disfrutes de la vida.

Colgó el auricular y empezó a hojear el listín buscando otro apellido.

"Era una partida de las que aguantan -pensó -. Tiene que seguir funcionando en algún sitio… El viejo Ozzie me enseñó cómo hay que construirlas para que duren."

Su padre adoptivo se llamaba Oliver Crane, y con el nombre de Ozzie Smith había sido uno de los jugadores de póquer a nivel medio más respetables del país desde la década de los treinta hasta mediados de la de los sesenta. Nunca había llegado a compartir la cima con superestrellas como Moss, Brunson y "Amarillo Slim" Preeston, pero las había conocido y había jugado con ellas.

Ozzie le había explicado que una buena partida de póquer es como un huracán que se mueve a cámara lenta y que puede llegar a tener su propia vida, y le había enseñado cómo ponerlas en marcha e irles insuflando vitalidad dispersándolas por todo el país como si fuesen cuentas bancarias de reserva, de tal forma que estarían allí si algún día llegabas a necesitarlas.

–Son como esa enorme mancha roja que hay en el planeta Júpiter -le había dicho el viejo-. No es más que un montón de gas que gira sobre sí mismo, pero siempre está ahí…

Si Ozzie seguía vivo debía de tener… ochenta y dos años. Crane no tenía ninguna forma de ponerse en contacto con él. Ozzie se había asegurado de ello.

Jube Kelley estaba en el listín, y vivía en Hawthorne. Crane marcó el número. – ¿Jube? Soy Scott Smith, "Espantapájaros" Smith. Oye, ¿sabes si la partida sigue funcionando? – ¡En, Scott! ¿La partida? Claro que sí. No se puede acabar con una partida así, ¿verdad? Ahora sólo voy de vez en cuando, pero sé que se celebra en casa de Chick.

Hoy es martes, ¿no? Estarán allí esta noche.

–La casa de Chick… ¿Eso está en Washington, Venice?

–Exacto -dijo Sam-. Entre los viejos canales y los estanques de Marina del Rey.

Crane había fruncido el ceño, y se preguntó por qué se sentía tan nervioso. Se dio cuenta de que no tenía muchas ganas de estar tan cerca del océano -tan rodeado de océano -, y recorrer tanta distancia en dirección oeste parecía…, parecía un poco difícil, como juntar los polos positivos de dos imanes. ¿Por qué no podían haber desplazado la partida hacia el este? – ¿Sigues ahí, "Espantapájaros"?

–Sí. ¿Qué cifras se juegan actualmente?

–Mis últimas noticias son diez y veinte.

Perfecto.

–Bueno, Jube, tengo que ponerme en marcha. Gracias.

Crane colgó el auricular y fue hacia el dormitorio caminando muy despacio. El viento fresco del anochecer suspiraba en la ventana, y no vio ningún fantasma.

Se relajó y dejó escapar el aire que había estado conteniendo de forma involuntaria, sin estar muy seguro de si se sentía desilusionado o no.

Aún estaba algo mojado de la ducha, pero se puso unos téjanos limpios, unas playeras viejas y otra camisa de franela. Se metió un mechero y tres paquetes de Marlboro sin abrir en los bolsillos y cogió la tarjeta Versatel. Podía sacar trescientos dólares con ella y tenía alrededor de unos cuarenta en el estante. No era ninguna fortuna, pero Crane suponía que sería capaz de arreglárselas con esa cantidad. Jugaría la primera mano sin tacañerías y luego se contendría durante un buen rato.

"Y las llaves del coche están en la sala", pensó disponiéndose a cruzar el umbral del dormitorio…, y se quedó inmóvil.

Ozzie se lo había repetido una y otra vez: Si llevas encima un petardo nunca lo necesitarás. Es como el extintor del coche, el día que no está allí es justo el día en que te hace falta…

"¡Pero en una partida de diez y veinte dólares la apuesta en casa de Chick no puede hacerme falta!", pensó Crane. Dejó escapar una risita algo avergonzada, salió al pasillo y volvió a quedarse inmóvil.

Se encogió de hombros, volvió sobre sus pasos y fue hasta la cómoda que había junto a la cama. "No es el momento más adecuado para ignorar el

consejo de un viejo", pensó.

Abrió el primer cajón y hurgó debajo de los calcetines y los sobres viejos llenos de fotos hasta encontrar la masa de acero inoxidable de su revólver Smith Wesson del calibre

357.

"Qué diablos -pensó-. Por lo menos estás bastante sobrio…"

Abrió el cilindro. Las seis recámaras seguían estando cargadas, y empujó la varilla de eyección para sacar el cartucho de una. Cartuchos de punta hueca del ciento veinticinco, si recordaba bien. Volvió a meter el cartucho en la recámara, cerró el cilindro y deslizó el revólver debajo de su cinturón oyendo el suave tintineo de los cartuchos moviéndose dentro de las recámaras.

Cuando abrió la puerta principal volvió a quedarse inmóvil unos momentos.

–Puede que regrese un poco tarde -le dijo a la casa vacía.

Hizo una parada en un local de la cadena 7-Eleven cercano para comprar bocadillos, dos docenas de cervezas, una caja de No Ronque y una docena de barajas, y se dirigió hacia la carretera.

"Volvemos a perseguir la línea blanca -pensó mientras las señales viarias de la carretera 5 pasaban volando como luciérnagas bajo los neumáticos de su viejo Ford-.

Puedo recordar un centenar o un millar de noches como ésta viajando con Ozzie por la 66 y la 20 y la 40 atravesando Arizona, Nuevo México, Texas y Oklahoma, y siempre había una partida a nuestra espalda y otra partida esperando delante de nosotros…"

Había sido lo que Ozzie llamaba un semirretiro. Viajaban y jugaban durante los tres meses de la primavera, y después pasaban las otras tres estaciones del año en su casa de Santa Ana viviendo de las ganancias.

Cuando Ozzie le encontró en una embarcación aparcada en un estacionamiento de Los Ángeles Scott tenía cinco años. Al parecer alguien le había tratado muy mal: tenía un ojo reventado y sangre seca esparcida por toda la cara. Ozzie habló con él durante unos minutos, y acabó metiéndole en su viejo camión y le llevó a ver a un médico que le debía montones de dinero.

El viejo doctor Malk se había encargado de proporcionar su primer ojo de cristal al pequeño Scott. En los años cuarenta los ojos protésicos aún eran de cristal auténtico, y los destinados a los niños parecían canicas enormes porque eran totalmente redondos a fin de llenar la órbita y asegurarse de que los huesos del cráneo crecerían sin deformarse.

Al día siguiente Ozzie llevó al niño a la casa de Santa Ana, y le dijo a los vecinos que Scott era el hijo ilegítimo de su prima y que iba a adoptarle.

Aquello ocurrió en 1948, y Ozzie rondaba los cuarenta. No tardó en empezar a enseñarle a jugar al póquer, pero nunca permitió que el chico jugara con otra persona y nunca jugaron por dinero hasta el verano del cincuenta y nueve. Scott había cumplido dieciséis años, y fueron juntos en uno de los viajes anuales de Ozzie.

–En casa nunca se juega por dinero -había dicho Ozzie-. No querrás que las cartas sepan dónde vives, ¿verdad?

Scott acabó siendo conocido como "Espantapájaros" Smith porque antes de 1980, año más o año menos, los médicos no podían unir de forma realmente efectiva los ojos de cristal a los músculos del ojo, y le resultaba más natural mover toda la cabeza para mirar algo que mover sólo un ojo en esa dirección. Eso hacía que algunos jugadores tuvieran la impresión de que le habían pintado los ojos en la cara, y también hacía que su cuello pareciera dotado de una flexibilidad muy poco natural. Aparte de eso "Espantapájaros" encajaba estupendamente con el apodo de su padre adoptivo porque cada vez que alguien preguntaba a Oliver Crane dónde vivía éste siempre se limitaba a responder "En Oz".

De hecho Ozzie no había permitido que nadie del mundillo del póquer supiera dónde vivía. Cuando jugaba utilizaba el apellido Smith e insistía en que Scott hiciera lo mismo, y siempre registraba el coche en un apartado postal.

"No creo que quieras correr el riesgo de que tu trabajo te siga hasta casa", decía y para disminuir todavía más las probabilidades de que eso ocurriera siempre compraba neumáticos nuevos y hacía repasar su Studebaker antes de emprender un viaje, y nunca asistía a una partida sin haber llenado el tanque de gasolina previamente…, y siempre había una escopeta del doce oculta debajo de una manta en el asiento trasero para complementar la pistola que llevaba debajo del cinturón.

Y Ozzie se había asegurado de que Scott entendiera en qué momento debías abandonar una partida.

Ése había sido el consejo que Scott ignoró en la partida del lago en el año 1969.

"Si el nivel de la bebida que hay en tu vaso deja de estar recto y se inclina en un ángulo raro, o si el humo de los cigarrillos empieza a acumularse sobre las cartas y se queda allí, o si las plantas que hay en la habitación empiezan a marchitarse de repente, o si cuando tragas aire notas que está seco y caliente y que huele igual que las rocas recalentadas por el sol…, deja la partida. No tienes ni idea de lo que puedes ganar o perder cuando llegue el momento de enseñar las cartas."

A finales de la primavera de 1969 Ozzie debía de tener unos sesenta años, y Scott había cumplido los veintiséis.

Los dos tenían ganas de volver a Santa Ana -Scott estaba saliendo con una chica a la que no había visto desde hacía tres meses, y Ozzie echaba de menos a su otro pupilo, Diana, quien tenía nueve años de edad y vivía con una vecina durante sus ausencias-, pero decidieron hacer una nueva parada en Las Vegas antes de volver a casa cruzando el desierto de Mojave hasta el sur de California.

Tomaron parte en una partida de póquer que empezó en el Horseshoe de la calle Fremont al atardecer, y al amanecer se trasladaron a una de las habitaciones del piso de arriba, y a mediados de la tarde siguiente -cuando todos habían sido eliminados salvo Ozzie, Scott y un hombre de negocios regordete llamado Newt- decidieron que había llegado el momento de hacer un descanso para comer y dormir. – ¿Sabéis que esta noche hay una partida en una casa-barco del Lago Mead? – dijo Newt despacio y casi de mala gana mientras se deshacía el nudo de la corbata.

Newt había perdido más de diez mil dólares.

Ozzie había meneado la cabeza.

–Nunca juego encima del agua. – Se metió un fajo de billetes en el bolsillo de la chaqueta. Su rollo de billetes había aumentado de los doce mil a los veinticuatro mil en las últimas veinticuatro horas -. Ni siquiera en la época de los barcos atracados en el océano a más de cinco kilómetros de la costa de Santa Mónica…, no fui ni una sola vez.

Scott Crane no estaba de muy buen humor. Cuando llegaron a Las Vegas tenía diez mil dólares que se habían reducido a siete mil, y sabía que

Ozzie estaba dispuesto a dar por acabada la temporada y volver a casa. – ¿Qué clase de partida es? – había preguntado Scott.

–Bueno, es un poco rara. – Newt se puso en pie y fue hacia la ventana-. El tipo se llama Ricky Leroy, y normalmente es uno de los mejores jugadores de póquer de la ciudad. – El regordete joven hombre de negocios les dio la espalda mientras hablaba-.

Pero durante los últimos dos o tres días ha estado jugando a un juego que llama asunción…, es un juego muy raro con una baraja bastante extraña, todo figuras…, y no ha parado de perder. Y parece que no le importa.

–Asunción -dijo Ozzie con voz pensativa-. Hace veinte años un tipo montó una partida de ese mismo juego a bordo de una embarcación en el Lago Mead. Era otro tipo…

Se llamaba George no sé qué. Oí comentar que también había perdido lo suyo.

–Bueno, está claro que aquí se me ha acabado la suerte -dijo Newt volviéndose hacia ellos-. Iré allí esta noche. Si queréis venir estaré delante del millón de dólares que exhiben en el Horseshoe a las ocho.

–No hace falta que nos esperes -dijo Ozzie -. Ésta ha sido nuestra última partida de la temporada. Vamos a dormir doce horas y luego cogeremos el coche para volver a casa.

Newt se había encogido de hombros.

–Bueno, estaré allí sólo por si acaso.

Cuando volvieron a su habitación del Hotel Mint al principio Ozzie no pudo creer que Scott hablaba en serio cuando le dijo que quería reunirse con Newt y tomar parte en la partida del lago.

El viejo se quitó sus lustrosos zapatos negros con un par de puntapiés, se tumbó en una de las camas y empezó a reír con los ojos cerrados.

–Claro, Scott…, jugar encima del agua y de agua domesticada, con un tipo que siempre paga por cada mano y jugar con lo que está claro es una baraja de tarot. Por el amor de Dios… Mierda, ganarías unas cuantas manos con las que conseguirías un montón de billetes y un mes después descubrirías que tienes cáncer, y que te están arrestando por crímenes de los que nunca has oído hablar y que ya no se te levanta…, y un día irías al buzón para recoger el correo y al abrirlo te encontrarías tu maldita cabeza dentro.

Scott tenía en la mano un vaso de cerveza que había cogido durante el trayecto hasta el ascensor y tomó un buen sorbo de él.

Casi todos los jugadores de póquer tenían sus supersticiones, y Scott siempre se había adaptado a las de Ozzie porque respetaba al viejo; aunque a veces eso había significado largarse cuando tenía una mano soberbia porque el humo del cigarrillo de alguien se estaba moviendo de una forma que no le gustaba o porque alguien había dado una patada a la mesa y la bebida oscilaba dentro de los vasos.

Ozzie también se había retirado de algunas partidas cuando tenía buenas cartas, naturalmente -llevaba cuarenta años viviendo como jugador profesional, y las partidas de las que se había marchado antes de que llegaran a su fin probablemente fueran centenares-, pero Ozzie podía permitírselo. Había ganado un montón de dinero a lo largo de los años, y aunque rara vez jugaba en partidas con apuestas muy altas los mejores jugadores del país le consideraban como un igual.

Y en aquellos momentos tenía veinticuatro mil dólares enrollados dentro de los mangos huecos de su brocha de afeitar, su calzador y su cafetera.

Scott tenía menos de ocho mil, y estaba a punto de volver a casa para enfrentarse con una serie de pagos pendientes y una chica que adoraba el bistec, la langosta y el Burdeos de buena cosecha.

Y había oído comentar que el año próximo Benny Binion, el propietario del Horseshoe, pensaba celebrar un Campeonato Mundial de Póquer y que los mejores jugadores de póquer acudirían a él para decidir quién era el más grande de todos. Scott recordaba haber visto a Binion en una ocasión en un restaurante llamado Louigi's en el bulevar Las Vegas. Scott sólo tenía tres o cuatro años y había trasnochado más de lo habitual en compañía de su auténtico padre, al que había perdido hacía ya tanto tiempo, pero se acordaba de que Binion había pedido el mejor bistec que hubiese en el restaurante y que cuando se lo trajeron lo había cubierto de salsa de tomate.

Estaba seguro de que podía ganar la competición…, si podía presentarse en la ciudad con el dinero suficiente para desplegar una red lo bastante grande.

–Tengo que ir, Oz. Mi rollo anda muy flaco, y la temporada se ha acabado. – ¿Tu rollo? – La sonrisa se fue esfumando del rostro de Ozzie en cuanto alzó la cabeza para contemplar a Scott-. Lo que tienes dentro de tu

bolsillo es un poco menos del veinticinco por cien de nuestro rollo.., el tuyo, el mío y el de Diana. Tenemos treinta y un mil quinientos dólares, y si no te parece que eso es más que suficiente para aguantar un año no sé qué cantidad…

–Tengo que ir, Oz.

Ozzie se puso en pie y lanzó un suspiro de cansancio. Su cabellera canosa estaba desordenada, y necesitaba un afeitado.

–Scott, van a jugar encima del agua. Con cartas de tarot, ¿entiendes? Si quieres jugar llévate nuestro dinero a cualquiera de los centenares de partidas que hay en la ciudad, pero no puedes jugar ahí.

"No puedes jugar ahí -pensó Scott mientras la cerveza amplificaba su propio agotamiento -. Eso es lo que se le dice a un niño que quiere correr con su triciclo por un parque en el que puede haber niños malos… Tengo veintiséis años, y soy un jugador condenadamente bueno incluso si estoy solo…, no únicamente cuando hago el papel del crío de Ozzie."

La culata de madera de su revólver del 38 asomaba por entre las camisas sucias que había en la maleta abierta sobre la cama. Scott sacó el arma de entre las camisas y se la metió en el bolsillo de la chaqueta.

–Me voy -dijo.

Fue hacia la puerta, la abrió de un tirón y se alejó rápidamente por el pasillo en dirección a la puerta de la escalera.

Y cuando emergió de la fresca oscuridad del casino a la abrasadora claridad solar del atardecer estaba llorando, porque durante varios pisos había oído el roce de los calcetines de Ozzie en los peldaños a su espalda y su voz quebradiza gritando y suplicándole que no fuese mientras intentaba conseguir que su viejo cuerpo agotado alcanzara al de su hijo adoptivo.

6

Ahora somos trece -Asunción -dijo Newt.

Estaba hablando muy deprisa y tenía el cuerpo encorvado sobre el volante del Cadillac mientras la oscuridad recalentada del desierto desfilaba velozmente a cada lado.

–El tal Leroy no quiere jugar a menos que haya doce personas sentadas a la mesa con él. Hay que abrir con cien dólares, ¿sabes? A cada uno se le dan dos cartas y una boca arriba, y luego hay una ronda de apuestas, a

doscientos la apuesta, y luego otra carta boca arriba y otra ronda de apuestas a doscientos la apuesta.

Scott abrió otra botella de cerveza.

–Eso son cincuenta y dos cartas -dijo con voz pastosa-. Se te han acabado las cartas salvo quizá un joker.

–No, nunca quiere jugar con un joker y aún quedan cuatro cartas más porque cada baraja tiene una carta extra, el caballero, y las figuras también son distintas. Bastos, copas, monedas y espadas…, eso es lo que hay. Pero da igual porque no se reparten más cartas.

Las luces de los bares y los burdeles de Fromyle quedaron atrás. El Cadillac se encontraba a seis kilómetros de Las Vegas, y Scott pensó que debían de estar yendo a ciento cincuenta kilómetros por hora.

–Lo que ocurre después es que cada mano de cuatro cartas tiene una ocasión de pujar -siguió diciendo Newt-. La palabra que usa él es "el apareamiento". Digamos que tienes dos reyes y un tres y otra carta boca arriba, y que ves una mano con un rey y un tres a la vista. Bueno, si ves eso te interesará porque si la consigues tendrás un full en tu mano de ocho cartas…, y suponiendo que una de las cartas que el otro tipo tiene boca abajo resultara ser el rey que falta entonces tendrías cuatro reyes, ¿entiendes? Cuando juntas las dos manos, la tuya y la que has comprado, entonces dicen que la mano de ocho cartas resultante ha sido "concebida"…, dicen eso en vez de completada o algo por el estilo, ¿me sigues? Con la puja sueles acabar pagando a un tipo unos cien dólares más de lo que ha puesto sobre la mesa a cambio de su mano. Un montón de tipos nunca se quedan hasta el final porque lo único que quieren es vender sus manos en la subasta…, en el apareamiento; y cuando sólo quedan tres tipos que no han comprado una mano o no han vendido la suya la cosa empieza a ponerse al rojo vivo porque nadie quiere quedarse con el culo al aire sosteniendo una mano invendible de cuatro cartas que no puedes jugar…, lo que ellos llaman una mano inconcebible, ¿entiendes?

Scott asintió. Tenía los ojos clavados en el parabrisas cubierto de polvo y estaba contemplando el borroso perfil irregular de la cordillera McCullough que parecía clavarse en la negrura del cielo que se extendía delante de ellos.

–Al final puede haber hasta…, bueno, hasta seis tipos sentados a la mesa.

–Exacto, y aun suponiendo que ya no tengas cartas que jugar te quedas a ver lo que ocurre porque sigues teniendo una inversión en la mano a la que le has vendido cuatro cartas. Se te llama un "padre" de la mano, y si gana obtienes el diez por ciento del pot.

Ésa es otra razón por la que un montón de tipos sólo quieren vender sus manos y abandonar la partida. Pueden obtener un buen beneficio en el apareamiento, y luego siguen teniendo una probabilidad entre seis de obtener una décima parte de un pot bastante considerable.

Scott Crane apuró su cerveza y arrojó la botella por la ventanilla viendo cómo se esfumaba en la noche. – ¿Ya has jugado o todavía no?

–Pues claro que he jugado -dijo Newt, y pareció enfadarse -. ¿Crees que traería tipos a la partida si no hubiese jugado? Y también he jugado montones de veces al póquer con Leroy.

Y de repente Scott tuvo la seguridad de que Newt también había perdido un montón de dinero jugando con Leroy, y de que le debía algo…, por lo menos dinero; y por un instante pensó en decirle que detuviera el coche junto a la cuneta, en bajar de él y volver al Mint haciendo autoestop.

El rayo creó un tapiz de zigzaguees silenciosos sobre las montañas, como si las raíces de un árbol inmenso cuyos brotes fuesen las estrellas se hubieran puesto incandescentes durante unos momentos.

–Y luego está la opción de la asunción -dijo Newt mientras se inclinaba sobre el enorme volante del Cadillac y lo movía de un lado a otro, y a juzgar por su voz estaba tan cansado como Scott-. Si eres el padre ausente de la mano ganadora puedes poner una cantidad de tu dinero equivalente a la que haya encima de la mesa, barajar y repartir las cartas.

Scott frunció el ceño e intentó conseguir que su cada vez más entorpecido cerebro funcionara.

–Pero en ese caso ya ibas a conseguir una décima parte de lo que haya sobre la mesa. ¿Por qué arriesgar el…, el cincuenta y cinco por ciento para ganar el cuarenta y cinco con una probabilidad cincuenta-cincuenta?

Scott no estuvo seguro de si Newt había suspirado o de si el murmullo no había sido más que el roce de los neumáticos sobre el pavimento de la autopista Boulder.

–No lo sé, chico, pero a Leroy le encanta esa apuesta.

Había muchos coches aparcados en el estacionamiento del puerto deportivo de Boulder, y la gigantesca masa blanca de la casa-barco atracada

en el muelle estaba lo suficientemente iluminada para imponerse al todavía débil brillo de las estrellas que acababan de asomar en el cielo. La luna no era visible, y le faltaba un día para ofrecer la primera rebanada de la nueva fase creciente.

La gravilla crujió bajo sus pies cuando salieron del coche y fueron hacia el lago y la embarcación, y el viento que llegaba de los meandros lejanos del río Colorado agitó los mechones erizados por el sudor de Scott.

Una silueta que sólo podía ser su anfitrión estaba inmóvil en la cubierta iluminada. Era un hombretón bronceado que vestía un traje de seda blanca. Las arrugas de su rostro hicieron que Scott supusiese que rondaría los cuarenta años, pero tenía una cabellera castaña en la que no había ni una sola hebra gris y no parecía un bisoñe, al menos con aquella iluminación. Un gran disco solar de oro colgaba de la cadenilla que le rodeaba el cuello.

–Aquí le traigo a un joven que quiere jugar, señor Leroy -dijo Newt llevando a Scott hacia la rampa de madera de teca-. "Espantapájaros" Smith, te presento a Ricky Leroy.

Cuando Leroy le sonrió lo hizo de forma distraída y con la cortesía mecánica de un anfitrión que tiene otras cosas en las que pensar, pero Scott abrió la boca para preguntarle qué tal le habían ido las cosas porque sin necesidad de pensarlo tuvo la seguridad de que le había conocido muy bien en el pasado. Leroy captó el destello de reconocimiento que brilló en los ojos de Scott, y enarcó una ceja mientras le lanzaba una mirada de curiosidad.

Scott se dio cuenta de que no podía recordar dónde había conocido a Leroy, y en el mismo instante se dio cuenta de la portilla abierta que había detrás de la corpulenta silueta vestida de blanco. "Nunca hables de nada importante delante de las cartas", pensó.

–Eh… Tiene una embarcación muy bonita -logró balbucear.

–Gracias, señor… Lo siento, pero no he oído bien su apellido.

–Smith.

–Señor Smith. ¡Espero que se le dé bien el juego esta noche!

Newt precedió a Scott por la cubierta durante el par de metros que les separaban de la gran puerta de doble hoja. Una gruesa alfombra roja engulló de repente el sonido de sus pasos. – ¿Ya le conocías?

–No lo sé -murmuró Scott.

Miró a su alrededor ignorando de momento al grupo de personas que estaban de pie junto al bar de la esquina o sentadas alrededor de la enorme mesa tapizada de fieltro verde.

Supuso que habrían tenido que derribar una o dos paredes para conseguir un salón tan grande. La habitación tenía por lo menos seis metros de ancho por doce de largo, y la luz amarilla de las numerosas lámparas eléctricas colgadas de las paredes hacía relucir los oscuros paneles de palorrosa.

Newt estaba hablando en susurros consigo mismo y movía un dedo de un lado a otro.

–Lo conseguí -dijo en voz muy baja-. Ahora somos trece. Siéntate.

Los motores se pusieron en marcha y la embarcación se estremeció.

–Antes quiero tomar otra cerveza.

La embarcación empezó a moverse hacia adelante justo cuando dio el primer paso en dirección al bar, y Scott estuvo a punto de quedar sentado sobre la alfombra. La persona que le cogió del brazo y le ayudó a recuperar el equilibrio era Ricky Leroy. – ¡No podemos permitir que se derrumbe tan pronto! – exclamó el hombretón con voz jovial-. Me ha dicho que se apellidaba Smith, ¿verdad? Supongo que no será pariente de Ozzie, ¿en?

–La verdad es que sí -dijo Scott dando otro paso hacia adelante y apoyándose en el mostrador-. Es mi padre. Una Miller, por favor -le dijo al obeso camarero que atendía el bar. – ¿No ha podido venir?

–Gracias -dijo Scott aceptando el vaso que le ofrecía el gordo-. ¿Hmmm? Oh, no…

No le gusta jugar encima del agua.

Leroy dejó escapar una risita indulgente.

–Supongo que es lo bastante viejo para haber adquirido un montón de supersticiones.

Leroy desplegó la baraja sobre el fieltro verde y Scott dejó de respirar.

Las nítidas imágenes en color azul, rojo y oro de aquellas cartas de tamaño superior al normal parecieron abrirse paso por la fuerza hasta su cerebro atravesando la retina de su único ojo y expulsaron, de él todos los recuerdos, opiniones y convicciones que habían sido el andamiaje de su edad adulta para que las cartas pudieran instalarse en los surcos y huecos abiertos mucho tiempo antes ocupando todos aquellos espacios libres en los que encajaban a la perfección.

Los olores a metal caliente y perfume se adueñaron de sus fosas nasales, y de repente tuvo la impresión de que fuera estaba lloviendo y de que alguien había estado cantando "Sonny Boy"; y recordó durante una fracción de segundo el rostro sonriente del joker que, no sabía por qué, le estaba contemplando desde el centro de un plato lleno de estofado de langosta.

Algo que había oculto dentro de él ya no estaba prisionero -la puerta aún no se había abierto, pero ya no estaba cerrada con llave-, y Scott pensó en una noche de hacía nueve años y en la niña que había sostenido en sus brazos durante ocho horas mientras Ozzie les llevaba de regreso a casa a través del desierto de Mojave.

Hizo varias inspiraciones de aire lo más profundas posible, encendió un cigarrillo con dedos temblorosos y tomó un sorbo de cerveza.

Contempló a los otros jugadores sentados alrededor de la mesa. Todos parecían bastante impresionados, y uno de ellos se había tapado los ojos con un pañuelo.

Leroy recogió las cartas, las puso boca abajo y empezó a barajarlas.

–Se abre con cien dólares, caballeros -dijo.

Scott expulsó los pensamientos del pasado de su cabeza y se metió la mano en el bolsillo.

La naturaleza de la asunción hacía que tendiera a ser un juego con bastante acción.

Nadie parecía querer abandonar antes del apareamiento porque eso significaría perder la ocasión de vender sus cuatro cartas o comprar cuatro que mejoraran sus posibilidades.

Cuando llegó el momento de aparear la primera mano había nueve mil cien dólares sobre la mesa. Era una quinta parte más de lo que Scott llevaba en el bolsillo al entrar, y sólo había participado con setecientos dólares.

Tenía boca abajo un caballero de Copas y un seis de espadas, y enseñaba un caballero de espadas y un seis de bastos. Cuando su mano de cuatro cartas entró en subasta las pujas subieron hasta los ochocientos dólares, pero había otra mano que mostraba un caballero, y Scott decidió esperar y pujar por ella. "Si el viento sopla en la dirección correcta saldré de esta mano con un full", pensó.

Pero el hombre que tenía el caballero compró una mano antes de que la subasta volviera a llegar a Scott. La mano del hombre había quedado "concebida" y ya no estaba en venta.

Quedaban cinco manos por subastar, pero ninguna de ellas contenía ninguna carta que pudiera ayudar de una forma clara a Scott mejorando su mano, y se preguntó si debería haber aceptado los ochocientos dólares cuando tenía la posibilidad de hacerlo.

Y después esperó demasiado tiempo y su mano acabó siendo una de las tres no concebidas.

–Estoy dispuesto a vender -le dijo a los otros dos jugadores. Los dos le miraron y miraron las dos cartas que tenía al descubierto.

–Te daré doscientos -dijo uno de ellos, un hombre bastante delgado con un sombrero vaquero.

El otro jugador se volvió hacia el que acababa de pujar y le sonrió.

–Yo te doy trescientos por las tuyas.

El hombre del sombrero vaquero pareció estar considerando la oferta.

–Acepto cien -se apresuró a decir Scott.

El vaquero le dio un billete de cien dólares a cambio de su mano, y Scott cogió su vaso vacío y fue al bar.

Scott estaba apoyado en la barra tomando sorbos de su nueva cerveza cuando Leroy se le acercó y arrojó un montoncito de billetes sobre la madera mojada al lado del vaso de cerveza. – ¡Felicidades! – dijo Leroy con voz jovial-. Eres padre.

Scott alargó una mano y desplegó los billetes en abanico. Había diez billetes de cien y tres de veinte.

–Encima de la mesa había diez mil seiscientos dólares -dijo Leroy-, y el vaquero tenía escalera de color. Es algo relativamente frecuente en este juego. ¿Quieres igualarlo y cortar la baraja para la asunción?

–Eh… No -dijo Scott cogiendo su cerveza-. No, gracias. Creo que me voy a quedar con este dinero. Bien, ¿va a empezar la próxima partida?

Leroy movió la mano indicándole que fuera delante de él.

–Tu trono te espera.

En el apareamiento de su siguiente mano Scott tenía un dos y un seis boca abajo y dos reyes visibles, y cuando su mano entró en subasta dos jugadores -cada uno de ellos con un rey al descubierto- subieron el precio hasta dos mil dólares antes de que uno de ellos acabase abandonando la puja.

Scott se guardó sus dos mil dólares en el bolsillo y volvió al bar. Sus beneficios ya ascendían a mil ochocientos sesenta dólares -su rollo había

engordado hasta los nueve mil trescientos sesenta-, y sólo estaban en la segunda mano de la noche. ¡Y ni siquiera había ganado una sola vez!

Pero su gran ocasión llegó con la tercera mano.

Examinó rápidamente cada una de las cartas descubiertas de los otros doce jugadores tal como le había enseñado Ozzie, y después intentó observarles con la máxima atención cuando cada uno de ellos inspeccionó las cartas que tenía boca abajo. Un jugador se ruborizó ligeramente y empezó a respirar un poco más deprisa, y otro se apresuró a desviar la mirada y se dedicó a juguetear con sus fichas.

Scott pensó que los dos tenían una buena mano.

El primero tenía una reina al descubierto; y era casi seguro que las cartas puestas boca abajo eran un as y una reina porque había dos reinas y tres reyes más al descubierto sobre la mesa de juego. El otro jugador mostraba un as; por lo que probablemente tenía boca abajo otro de los dos ases que faltaban.

Scott acabó bajando la vista hacia sus cartas. Tenía un seis y un cinco boca abajo y un siete al descubierto, y no eran del mismo palo. Parecía haber una posibilidad razonable de conseguir una escalera.

Scott y todos los jugadores aguantaron una apuesta y dos subidas posteriores que terminaron dejando nueve mil cien dólares sobre la mesa.

La habitación estaba llena de humo de cigarrillo, pero la nube parecía ser un poco más espesa encima del pot.

Los jugadores recibieron la segunda carta descubierta, pero aunque observó el rostro de sus adversarios Scott no captó ninguna reacción que pudiera ayudarle. Bajó la vista hacia su carta…, un seis.

El hombre sentado a su izquierda era Ricky Leroy, quien tenía al descubierto un seis y un cinco, y Scott decidió comprar la mano de Leroy y esperar que acabaría consiguiendo un full en vez de tener que conformarse con dos parejas de bajo valor.

La ronda de apuestas acabó dejando dos mil seiscientos dólares más sobre la mesa.

Leroy accedió a ceder su mano a Scott a cambio de mil doscientos dólares, y cuando las cuatro cartas le fueron entregadas -todas boca arriba tal como exigían las reglas-, Scott se aseguró de que su única reacción visible fuese parpadear lentamente como si estuviera demasiado cansado y borracho para haberse enterado de cuáles eran.

Las cuatro cartas eran el seis y el cinco que habían estado al descubierto y un dos y un seis. Crane ya tenía cuatro seises.

Alzó su vaso con mano firme y tomó un sorbo. "Bueno, así que la embarcación de Leroy se inclina un poco a un lado -se dijo en cuanto se dio cuenta de que el nivel del líquido no estaba recto-. ¿Y qué?"

El resto del apareamiento pareció tardar horas en llevarse a cabo, pero por fin hubo seis jugadores con ocho cartas cada uno, dos al descubierto y seis boca abajo. Leroy se había ido al bar.

–Tres seises puede apostar -dijo el jugador que repartía.

–Eh… -dijo Scott, y volvió a inspeccionar las cartas que tenía boca abajo -. Paso.

El hombre que había a su izquierda apostó doscientos, el siguiente abandonó, los otros dos vieron la apuesta y el último jugador la subió doscientos más. La pila de billetes acumulada en el centro de la mesa hacía pensar en un montón de hojas verdes que un jardinero acabaría llevándose metidas en una bolsa.

–Eso son cuatrocientos para los tres seises -dijo el jugador que daba cartas.

–Veo los cuatro -dijo Scott sacando seis billetes de su rollo-, y subo dos.

–Los seises suben -observó el que daba cartas.

Todo el mundo abandonó salvo el que había subido la apuesta antes. El hombre contempló en silencio a Scott durante unos momentos que parecieron hacerse interminables. Tenía al descubierto dos caballeros y dos dieces, y dos cartas que no servían de nada.

–Y dos -dijo por fin.

"Cree que sólo tengo los tres seises -pensó Scott-, o que como mucho tengo un full de poco valor. Él tiene un buen full, probablemente caballeros y dieces, y sabe que los ases, las reinas y los reyes han desaparecido de la partida." -Y dos más -dijo Scott arrojando los billetes sobre la mesa.

El otro jugador no se movió, pero pareció encogerse sobre sí mismo.

–Cartas boca arriba -dijo deslizando dos billetes de cien sobre el fieltro verde.

Scott dio la vuelta a sus dos cartas ocultas, y el otro jugador inclinó la cabeza y arrojó su mano sobre la mesa.

–Los cuatro seises vencen al full -dijo el jugador que daba cartas.

Scott empezó a alargar los dos brazos hacia el montón de billetes, pero Leroy -quien había abandonado la mesa después de vender su mano a Scott- acababa de volver y dio un paso hacia adelante.

–Puede que no consigan vencer al propietario del barco en el que estamos jugando -dijo, y sonrió mostrando unos dientes bien formados, grandes y muy blancos-. Creo que hay trece mil seiscientos cincuenta sobre la mesa.

Sacó una billetera de cuero del bolsillo interior de su chaqueta y separó cuidadosamente trece billetes de mil dólares, seis de cien y uno de cincuenta del fajo que contenía. Después se inclinó hacia adelante y los puso sobre el montón de dinero.

Una ráfaga de aire seco y cálido procedente del desierto entró por las portillas abiertas, y Scott sintió el olor de la piedra recalentada abrasándole la garganta.

–Reclamo la asunción -dijo Leroy.

7

Es toda suya Scott se echó hacia atrás, puso las manos sobre el canto de la mesa y sonrió a su nuevo oponente mientras le contemplaba con curiosidad. Se había olvidado de que Newt le había explicado que a Leroy le encantaba hacer aquella apuesta.

Scott había invertido tres mil cincuenta dólares en aquella partida contando los mil doscientos que había pagado por la mano de Leroy. Si perdía eso reduciría su capital de los más de veinticinco mil con que creía contar antes de que Leroy hubiese hablado -unas tres veces más de lo que tenía al subir a la embarcación- a menos de doce mil; pero si ganaba…, si ganaba entonces tendría casi treinta y ocho mil dólares, y como mínimo las probabilidades estaban a favor de Scott.

El jugador que repartía se encogió de hombros, recogió las cartas y las barajó varias veces, se las entregó a otro jugador para que cortase y deslizó la baraja sobre el fieltro hasta que el montón de cartas se detuvo delante de Scott después de haberse movido tan lenta y pesadamente como un ladrillo.

El humo de los cigarrillos había formado un embudo invertido que flotaba sobre el centro de la mesa como si fuera un tornado diminuto moviéndose a cámara lenta.

Scott deslizó los dedos sobre los bordes del mazo de cartas sin dejar de sonreír y cortó por el medio levantando la mitad superior y enseñando la carta puesta al descubierto a los jugadores -lo que le valió algunas miradas de simpatía-, y mirándola después.

Era el tres de copas. Sólo había cuatro cartas en la baraja que tuvieran menos valor -los doses-, y sólo tres que pudieran ligar con ella. Siete cartas de entre setenta y cinco…, una posibilidad entre ocho y media.

Scott se acabó la cerveza sin dejar de enseñar la carta sintiendose orgulloso de que su mano no temblara ante lo que era una derrota casi segura. No tuvo que echar el vaso demasiado hacia atrás para apurar la cerveza.

Volvió a poner las cartas sobre el resto de la baraja, y la empujó a través de la mesa en dirección al jugador que daba cartas, quien volvió a barajar, la pasó para que fuese cortada y la deslizó hasta el sitio en el que se había sentado Leroy.

Leroy se inclinó hacia adelante y curvó su mano morena sobre las cartas. Durante un momento pareció estar acariciándolas con mucha delicadeza, y Scott tuvo la certeza de que estaba haciendo trampas y de que Leroy buscaba una señal en los bordes. Ozzie le había enseñado hacía mucho tiempo que los tramposos debían ser utilizados o evitados pero nunca desafiados, especialmente si estabas jugando una partida con desconocidos.

Leroy alzó un segmento de la baraja, y la carta que quedó al descubierto era el dos de bastos.

Los otros jugadores lanzaron suspiros y algunos silbidos ahogados, pero Scott apenas los oyó porque la emoción de comprender que había ganado después de todo hizo que le empezaran a zumbar los oídos.

Alargó una mano, y empezó a recoger los billetes y ordenarlos en montoncitos alegrándose de poder sentir el contacto del revólver que le presionaba el hueso de la cadera por debajo del suéter.

Leroy se sentó a su lado y Scott le miró.

–Gracias -dijo.

Las pupilas de Leroy estaban un poco más dilatadas de lo normal, y el pulso latía rápidamente en su cuello.

–Sí -dijo con voz impasible mientras meneaba la cabeza-. No sé cuándo aprenderé que debería dejar de hacer este tipo de apuestas.

Scott dejó de recoger billetes y amontonarlos. "Todo eso son pistas falsas -pensó -.

Leroy está fingiendo que lamenta haber perdido." -Se va a llevar el dinero por la mano -observó Scott.

–Eh… Sí.

Scott volvió a ser consciente del contacto del metal pegado a su cadera.

–Vendió la mano.

–Supongo que podría expresarlo de esa forma.

–Y yo la he comprado -dijo Leroy-. La he asumido.

Le ofreció su mano derecha.

Scott dejó unos cuantos billetes sobre la mesa, puso cara de perplejidad y acabó extendiendo el brazo para estrechar la mano del hombretón del traje blanco.

–Es toda suya -dijo Scott.

Es toda suya.

Y veintiún años después Scott Crane estaba sentado detrás del volante de su viejo Ford Torino yendo en dirección norte atravesando la oscuridad de la carretera 5 hacia la 10 y Venice, y recordó el consejo que le había dado Ozzie sobre las partidas en las que el humo y los niveles de las bebidas se comportaban de una forma extraña: Abandona. No sabes qué podrías ganar o perder cuando llegue el momento de enseñar las cartas.

No había vuelto a ver a Ozzie después de la partida en el lago.

Cuando Scott regresó al Mint el anciano ya se había marchado del hotel. Scott alquiló un coche y cruzó el desierto en dirección oeste hasta llegar a Orange y Santa Ana, y cuando llegó a la casa se encontró con que estaba vacía y vio un sobre clavado con una chincheta en el marco de la puerta principal.

El sobre contenía una copia legalizada de un documento de renuncia a la propiedad que cedía la casa a Scott.

Scott había hablado con Diana unas cuantas veces por teléfono en los años transcurridos desde entonces, y la conversación más reciente había tenido lugar en 1975 después de que se hubiese atravesado el tobillo con el arpón, pero tampoco había vuelto a verla…, y no tenía ni la más mínima idea de dónde podían estar viviendo Ozzie o ella.

Crane echaba de menos a Diana bastante más que al viejo Ozzie.

Crane tenía diecisiete años cuando él y Ozzie fueron a Las Vegas en 1960 para recoger a Diana. La partida en el lago aún estaba a nueve años en el futuro.

Crane y Ozzie volvían a casa después de haber visto una película -Scott aún recordaba que habían visto Psicosis-, y en la radio estaba sonando Estás solo esta noche de Elvis Presley cuando Ozzie detuvo el Studebaker junto a la acera del bulevar Harbor. – ¿Qué aspecto te parece que tiene la luna? – preguntó Ozzie.

Scott se había vuelto hacia el anciano preguntándose si se trataría de alguna adivinanza. – ¿La luna?

–Mírala.

Scott se inclinó sobre el salpicadero para alzar los ojos hacia el cielo; y pasados unos segundos acabó abriendo la puerta y bajó a la acera para verla con más claridad.

Los puntitos y manchas grisáceas esparcidas sobre la luna le daban el aspecto de una calavera que estuviese gimiendo. El puntito brillante que era Venus estaba muy cerca de ella, más o menos allí donde habría tenido que estar la clavícula derecha de la luna.

Oyó aullar a unos perros…, y aunque no había nubes visibles la lluvia empezó a caer del cielo y creó puntitos negros sobre la acera. Scott volvió a entrar en el coche y cerró la puerta.

–Bueno, parece una calavera -admitió.

La tendencia a ver portentos en los acontecimientos más corrientes de la que siempre daba muestra Ozzie empezaba a irritarle un poco, y esperaba que el anciano no insistiría en que fuesen a nadar en el océano o que subieran a la cima del Monte Wilson, tal como había hecho alguna que otra vez en el pasado.

–Una calavera que sufre -dijo Ozzie-. ¿Hay una baraja en el coche? – ¡Es noviembre! – protestó Scott.

Las normas de Ozzie prohibían tener ningún tipo de contacto con las cartas hasta la primavera.

–Sí…, y de todas formas es mejor no mirar por la ventanilla -dijo el anciano con voz pensativa-. Algo podría devolverte la mirada. Bueno, ¿y monedas de plata? Eh… Tres monedas, y que haya mujeres en ellas.

La guantera estaba llena de matriculaciones viejas, cigarrillos rotos y fichas de dólar procedentes de una docena de casinos. Scott hurgó entre

aquella acumulación de desperdicios y acabó encontrando tres dólares de plata.

–Ahí dentro tiene que haber un rollo de cinta adhesiva -dijo Ozzie -. Sujeta unos centavos en la cruz de las monedas. Hace tiempo le oí decir a una mujer que era medio bruja que el cobre es el metal de Venus.

Scott encontró la cinta adhesiva y pegó centavos a los dólares de plata mientras envidiaba a sus amigos de la secundaria que no tenían padres que les obligaran a hacer aquel tipo de cosas.

–Y necesitamos una caja para ponerlas dentro -siguió diciendo Ozzie--. Hay una caja de galletas de vainilla por abrir en el asiento de atrás. Tira las galletas a la calle…, todavía no. Hazlo cuando estemos cruzando Chapman. Es mejor hacerlo en una intersección…, un cruce de caminos.

Ozzie volvió a poner el coche en marcha y siguieron avanzando.

Scott abrió la caja y arrojó las galletas por la ventanilla mientras el Studebaker se deslizaba por el cruce, y después dejó caer los dólares de plata dentro de la caja.

–Sacúdelos como si fuesen dados -dijo Ozzie- y dime cuántas caras y cruces salen.

Scott sacudió la caja y tuvo que volver a hurgar en la guantera hasta encontrar una linterna.

–Eh… Dos cruces y una cara -dijo sosteniendo la linterna junto a su oreja y contemplando el interior de la caja.

–Y vamos hacia el sur -dijo Ozzie -. Voy a hacer unos cuantos desvíos. Sigue sacudiéndolas y ve fijándote en lo que sale, y avísame cuando sólo haya caras.

Ozzie se desvió hacia el este por el bulevar Westminster y un instante después Scott bajó la mirada hacia la caja y vio tres caras, tres bajorrelieves de plata que formaban tres perfiles de mujer, y no pudo evitar sentir un escalofrío.

–Ahora son todo caras -dijo.

–Bien, pues hacia el este -dijo Ozzie, y pisó el acelerador.

Las monedas les hicieron salir del área de Los Ángeles y cruzar San Bernardino y Victorville antes de que Scott reuniera el valor suficiente para preguntar a Ozzie adonde iban. Scott había albergado la esperanza de pasar la noche terminando la novela de Edgar Rice Burroughs que había empezado a leer.

–No estoy seguro -replicó el anciano con voz tensa-, pero parece que a Las Vegas.

"Bueno, adiós a Los hombres monstruo", pensó Scott. – ¿Y por qué vamos allí? – preguntó consiguiendo que su tono de voz apenas delatara su impaciencia.

–Ya viste la luna -dijo Ozzie.

Scott se obligó a contar hasta diez muy despacio antes de volver a hablar. – ¿Y qué diferencia habrá entre la luna de Las Vegas y la que habríamos visto en casa?

–Alguien está matando a la luna…, a la diosa. Parece que alguna mujer ha asumido la…, la divinidad y alguien la está matando. Creo que es demasiado tarde para ella y no conozco las circunstancias exactas, pero tiene una niña pequeña… Un bebé, de hecho, a juzgar por lo cerca que estaba Venus de la luna cuando la vimos.

"Y aquí estoy yo -pensó Scott-, sosteniendo una caja de galletas de vainilla dentro de la que hay tres dólares de plata llenos de migajas con centavos pegados a ellos, yendo a Las Vegas y no pudiendo leer a Edgar Rice Burroughs…, porque esta noche Venus estaba muy cerca de la luna, y lo más probable es que Venus siempre esté muy cerca de la luna." -Papá -dijo Scott haciendo acopio de todo el valor de sus diecisiete años-, no pretendo faltarte al respeto, pero…, pero todo esto es una locura. Para empezar, puede que estén matando a una señora en Las Vegas esta noche, pero eso no es algo de lo que puedas enterarte mirando al cielo, y si tiene un bebé eso no tiene nada que ver con Venus. Lo siento, no quería… Y aun suponiendo que fuera así, ¿qué se supone que hemos de hacer al respecto? ¿Cuál es la razón de que eso deba preocupar a dos tipos de California y no a alguien de Las Vegas?

Ozzie se rió sin apartar la mirada ni un instante de la autopista que corría hacia ellos al otro lado del parabrisas.

–Crees que tu viejo está chiflado, ¿eh? Bueno, puedo asegurarte que en Las Vegas hay un montón de personas a las que les encantaría encargarse del asunto. Esa cría es hija de la diosa, y puedes apostar a que eso la convierte en una A-M-E-N-A-Z-A para ellos…, una gran amenaza. Si crece podría echar del trono al Rey, y a ciertas personas no les haría ninguna gracia que eso ocurriera… Y hay otras personas que quieren que crezca, pero que querrían ser…, bueno, querrían ser algo así como su agente

artístico, ¿entiendes? Darle órdenes, utilizarla…, trepar hasta lo alto de la torre mediante su cabellera de Rapunzel, igual que en el cuento de hadas…, sí señor, treparían por su cabellera hasta llegar a lo alto de la torre, te lo aseguro.

Scott suspiró y se removió en el asiento.

–Vale, vale, pero… Oye, si no encontramos ningún bebé supongo que estarás de acuerdo en que…

–Lo encontraremos. Te encontré a ti, ¿no? Scott parpadeó. – ¿A mí? ¿Es así como me encontraste?

–Aja.

Scott guardó silencio durante medio minuto. – ¿Metiste monedas dentro de una caja de galletas y las sacudiste? – ¡Ja! ¡Sarcasmo! – Ozzie se volvió hacia él y le guiñó un ojo -. Crees que tu viejo está chiflado, ¿verdad? Eh, una tarde del cuarenta y ocho estaba nadando en Laguna y el oleaje estaba lleno de peces. ¿Sabes lo que se siente cuando no paran de chocar contigo por debajo del agua y no te queda más remedio que salir porque sabes que acabarán atrayendo a las barracudas? Bueno, pues eso es lo que me ocurrió entonces, y el cielo estaba lleno de cirros, y parecía como si estuviesen deletreando algo en un lenguaje para el que de momento nadie ha encontrado la piedra de Rosetta que permita descifrarlo, y ese anochecer Saturno brillaba en el cielo como si fuese la cabeza de un fósforo y estoy seguro de que si hubiese tenido un telescopio a mano habría podido ver cómo todas sus lunas desaparecían detrás del planeta y eran devoradas tal como los mitos dicen que Saturno devoró a sus hijos… Goya pintó un cuadro sobre eso, y si lo vieras te aseguro que te cagarías de miedo.

Los carteles de la autopista estaban empezando a hablar de Barstow, pero Scott no le pidió a su padre adoptivo que parase para cenar.

–Cogí una baraja -siguió diciendo Ozzie- y empecé a barajar las cartas y a desplegarlas para averiguar dónde tenía que ir, y las cartas me llevaron a Lakewood, donde te encontré dentro de esa embarcación; y crucé el aparcamiento caminando muy, muy despacio con mi mano apretando la culata del viejo 45 que usaba en aquellos tiempos porque sabía que no era el único que te habría estado siguiendo la pista. Siempre hay algún Rey Herodes en circulación… Y cuando fui a ver al doctor Malk seguí una ruta llena de giros y desvíos, eso también puedo asegurártelo.

Scott meneó la cabeza. No quería creer que cosas tan extrañas y morbosas pudieran ser realidad.

–Así que soy el hijo de una diosa, ¿eh?

–Eres el hijo de un Rey, y de la peor especie…, un Saturno honorario. Te busqué hasta encontrarte por la misma razón por la que vamos a encontrar a esa pequeña esta noche…, para que pudieses crecer fuera de la red y decidir lo que querías hacer en cuanto fueses lo bastante mayor para comprender las reglas del juego.

Llegaron a Las Vegas alrededor de medianoche. Ozzie ordenó a Scott que siguiera sacudiendo la caja y le informara continuamente de los resultados mientras el coche avanzaba por las calles brillantemente iluminadas. La pila de la linterna ya estaba empezando a debilitarse cuando de repente doblaron una esquina y vieron las luces rojas de los coches de policía girando a toda velocidad junto a una de las entradas laterales del Stardust.

Ozzie aparcó el coche y se unieron a la multitud que se apelotonaba en la acera alrededor de los coches patrulla. El aire nocturno era caliente, y un viento seco procedente de las montañas soplaba sobre la ciudad alejándose en dirección al oeste.

–Alguien le ha disparado a una mujer -dijo un hombre en respuesta al "¿Qué ha ocurrido?" de Ozzie.

–Le han disparado a Lady Issit, la que ha estado haciendo picadillo a todo el mundo en las mesas de póquer -añadió otro hombre-. He oído comentar que un gordo le disparó dos o tres veces en plena cara.

Ozzie se había alejado y estaba sacudiendo la caja de galletas de vainilla para hacer bailar las monedas. Scott le siguió.

–Ha escondido al bebé o Venus habría estado detrás de la luna -dijo Ozzie-. Y la luna sigue arriba y Venus está abajo, así que el bebé tiene que seguir vivo en algún sitio.

Recorrieron el bulevar Las Vegas en un sentido y en otro durante más de una hora.

Ozzie no paraba de sacudir la caja y contemplar las monedas, y Scott se iba sintiendo más incómodo e impaciente a cada nuevo recorrido.

Y aunque le disgustó admitirlo Scott no sintió ni la más mínima sorpresa cuando oyeron el llanto de un bebé detrás de una hilera de arbustos en el lado sur del Sands.

–Cuidado -dijo Ozzie nada más oír el llanto.

El anciano ya había metido una mano dentro de su chaqueta, y Scott supo que acababa de agarrar la culata del Smith Wesson del 38.

–Toma. – Ozzie se volvió hacia Scott y le entregó el arma-. Mantenía oculta a menos que veas que alguien viene hacia mí.

Estaban a pocos pasos de los arbustos, y Ozzie volvió enseguida sosteniendo en sus brazos un bebé envuelto en una manta de color crema.

–Volvamos al coche -dijo Ozzie con voz tensa-, y no te fijes en nosotros…, mira a tu alrededor.

El bebé había dejado de llorar y estaba chupando un dedo del anciano. Scott se puso detrás de Ozzie e hizo girar su cabeza de un lado a otro, y de vez en cuando caminaba hacia atrás para controlar los 360 grados de los alrededores. Ya no dudaba de su padre adoptivo.

Sólo tardaron cinco minutos en llegar al coche. Ozzie abrió la puerta del asiento de pasajeros y recuperó el arma, Scott entró en el coche y Ozzie le alargó el bebé… … y durante un momento Scott pudo sentir no sólo el peso del bebé en sus brazos, sino que también pudo sentir el contacto de la manta que le rodeaba y unos brazos que se curvaban sobre su cuerpo para protegerlo. Una parte de su mente o de su alma que había vivido años sin estar conectada dejándose empujar de un lado a otro por las brisas psíquicas por fin había logrado establecer la conexión, y Scott estaba compartiendo las sensaciones del bebé…, y supo que el bebé estaba compartiendo las suyas.

Su mente captó la presencia de una personalidad en la que sólo había miedo y asombro. "Estás a salvo -pensó-. Cuidaremos de ti; vamos a llevarte a casa."

La conexión que compartía con el bebé estaba empezando a debilitarse, pero Scott aún tuvo tiempo de captar una débil emanación de alivio, esperanza y gratitud.

Ozzie se sentó detrás del volante y puso en marcha el motor. – ¿Estás bien? – preguntó lanzando una rápida mirada de soslayo a Scott.

–Uh… -balbuceó Scott. La conexión había desaparecido o se había debilitado hasta quedar por debajo del nivel en el que podía captarla, pero aún estaba tan afectado por la experiencia que no estaba muy seguro de si se echaría a llorar, a reír o a temblar incontrolablemente dentro de un momento-. Claro – logró decir por fin -. Es sólo que…

Bueno, nunca había tenido en brazos a un recién nacido.

El anciano le contempló en silencio durante un instante antes de poner la primera y llevar el coche hacia la calzada.

–No había pensado en eso -dijo combinando las miradas hacia adelante con los rápidos vistazos al espejo retrovisor-. Es algo que… no había tomado… en consideración. – Volvió la cabeza hacia Scott y le observó unos instantes con expresión preocupada-. ¿Crees que podrás aguantarlo?

"Pregúntaselo a ella", pensó Scott.

–Claro -dijo.

Durante el largo trayecto a casa Ozzie había alternado el conducir muy deprisa con el ir muy despacio y no había parado de preguntar a Scott qué faros veía detrás de ellos.

Cuando llegaron a las familiares calles de Santa Ana el anciano estuvo más de una hora conduciendo en círculos encendiendo las luces y apagándolas antes de acabar deteniendo el coche delante de su casa.

La presencia de Diana fue justificada diciendo que era otro bebé ilegítimo de la prima de Ozzie. La prima inexistente ya tenía una pésima reputación.

Scott Crane entró en la calle Washington y detuvo el Torino delante del bungalow de Chick Hurzer. Apagó el motor y los faros, y se quedó inmóvil en la oscuridad durante unos minutos. Por primera vez en trece semanas estaba pensando en una pérdida distinta a la de su esposa.

Ozzie, Diana y Scott.

Durante el tiempo que pasaron viviendo en aquella vieja casa habían sido una familia…, su familia. Scott había alimentado a Diana, la había ayudado a aprender a leer y había admirado los dibujos hechos con rotulador que traía a casa cuando estaba en primero y en segundo curso. El año 1968 Diana hizo un dibujo suyo como regalo de Navidad. En una ocasión se fracturó el brazo al caerse del laberinto metálico de la zona de juegos infantiles del parque, y en otra ocasión el hijo de un vecino le arrojó una roca a la frente y Diana sufrió una leve conmoción; y en ambas ocasiones Scott se encontraba a kilómetros de distancia pero se había enterado al instante de lo ocurrido y había corrido a reunirse con ella.

"No tendría que haber ido a esa partida en el lago -pensó mientras parpadeaba impacientemente para librarse de las lágrimas-, y Ozzie no tendría que haberme dejado ir allí."

Abrió la puerta del coche y bajó. "Concéntrate en las cartas", se dijo.

8

Acaba de volver de entre los muertos Vaughan Trumbill y Ricky Leroy estaban jadeando sentados en un sofá en la sala de la casa-barco a cuatrocientos treinta y cinco kilómetros en dirección noreste. Los dos hombres contemplaban el flaco y mojado cuerpo desnudo del doctor Leaky, al que acababan de sacar a rastras del cuarto de baño.

Trumbill -su corpachón ocupaba más de una tercera parte del sofá- se limpió su inmensa cabeza calva con un pañuelo de seda. Se había quitado la camisa y su enorme torso en forma de pera era un arco iris de tatuajes enroscados sobre sí mismos.

–La luz del cuarto de baño, el ventilador y la bomba de agua -dijo en un tono de voz bastante alto para hacerse oír por encima del rugido del generador-. Creo que dejó de funcionar prácticamente al mismo tiempo que la batería.

–Alégrate de que no se ahogara -dijo Leroy-. Tendrías que volver a vaciarle los pulmones como aquella vez en Temple hace dos años… -Se puso en pie y se estiró-.

Bueno, supongo que volverá a estar en condiciones más o menos en el mismo momento en que lo haga la batería. Ya he salido del aeropuerto en un taxi. Será cosa de media hora.

El cuerpo que yacía sobre la alfombra se removió débilmente. – ¿Ves? – dijo Leroy-. Ya me está captando. – Cogió una toalla del cuarto de baño y la arrojó sobre la pelvis cubierta de manchas marrones y cicatrices del anciano. Después se acuclilló junto a él y examinó la mejilla y la frente del doctor Leaky-. Espero que no se haya caído sobre el mismo lado de la cara que la última vez. Tuvieron que reconstruirle el cráneo con coral.

Trumbill enarcó las cejas. – ¿Coral? ¿Como…, como las conchas y los arrecifes coralinos…, como esa clase de coral?

–Exacto. He oído comentar que ahora usan una especie de cerámica porosa. No, el viejo loco no parece tener ningún tornillo fuera de sitio…

Leroy se incorporó.

–Me gustaría que estuvieras lejos de él el tiempo suficiente para que se muriese de una vez.

–Tardaría lo suyo. Hay unas cuantas protecciones muy potentes que se ocupan de ese cuerpo, ¿sabes? Y…

–Ya lo sé. La criogénica y el clonaje.

–Se están acercando más a cada día que pasa… y este…, este recipiente de mi ADN aún no se ha roto.

El viejo cuerpo desnudo bostezó, se frotó los ojos y se sentó. La toalla se deslizó a un lado.

–Pero cada día da más asco -observó Trumbill.

–Bienvenido, doctor -dijo Leroy con voz cansada. – ¿Todos bien? – preguntó el doctor Leaky.

–Todo el mundo está estupendamente, doctor.

–Buen chico -dijo el anciano desnudo. Contempló a los dos hombres sentados en el sofá y se rascó los pelos blancos que cubrían su flaco pecho-. Una vez en el lago…, debió de ser en el…, oh, supongo que en el cuarenta y siete porque aún no tenía el Buick o…, no, fue en el cuarenta y siete…, se hundió un anzuelo en un dedo y… -Clavó los ojos primero en el rostro de Trumbill y luego en el de Leroy-. ¿Creéis que gritó? – Desdeñó cualquier réplica que pudiera haber salido de sus bocas con un rápido gesto de una mano-. ¡Ni una sola vez! Ni siquiera cuando tuve que empujar la…, la parte que…, el espolón, sí, el espolón, ni siquiera cuando tuve que empujar el espolón hasta hacerlo salir por el otro lado del dedo para poder cortarlo. Lo corté, eso es lo que hice. – Movió los dedos manejando unas tenazas imaginarias y sus ojos fueron de Trumbill a Leroy-. Ni… tan… siquiera… lloró.

Leroy se sentía tan incómodo que había fruncido el ceño.

–Ve a tu habitación, viejo idiota, y vuelve a ponerte esa toalla. No hace falta que me lo recuerdes.

Crane salió del coche y cargó con su bolsa de plástico del 7Ele-ven a través de la acera y por los peldaños que llevaban hasta la puerta delantera de Chick Hurzer. El césped y los matorrales parecían sanos y bien cuidados. Eso era buena señal. El negocio de coches usados de Chick debía de proporcionarle el dinero suficiente para contratar jardineros.

Llamó al timbre, oyó unos gritos estridentes en el interior de la casa y Chick abrió la puerta un instante después.

–Que me cuelguen -dijo Chick -. ¡"Espantapájaros" Smith! Me alegra volver a verte.

Esta partida necesita un buen perdedor.

Crane sonrió. Siempre había evitado terminar una ronda de partidas siendo el ganador indiscutible de la velada. – ¿Tienes sitio en tu nevera para unas cuantas cervezas?

–Claro que sí. Entra.

La luz del vestíbulo le permitió ver que Chick había disfrutado de una década de prosperidad. Estaba más gordo, tenía el rostro hinchado y surcado por un trazado de venillas rotas y las joyas de oro que eran su marca de fábrica habían aumentado de tamaño y se habían vuelto más aparatosas.

En la sala había cinco hombres sentados a una mesa en la que se estaba desarrollando una partida de póquer a siete cartas. – ¿Qué, Chick, nos has traído refuerzos? – preguntó uno de los jugadores.

–Podéis contar conmigo para la próxima mano -respondió Crane con jovialidad.

Se apoyó en la pared y les observó mientras terminaban la partida. Estaban jugando con dinero -Crane siempre había insistido en jugar con fichas porque eso hacía que las apuestas tendieran a ser más generosas-, y al parecer estaban jugando al póquer de siete cartas simple sin alto-bajo, variables o cartas ocultas, y las apuestas parecían estar limitadas a sólo tres subidas.

Crane se preguntó si conseguiría ganar algo de dinero aquella noche. Había puesto en marcha la partida hacía un cuarto de siglo aprovechando los restos de una partida del martes por la noche que había empezado a atraer un número excesivo de jugadores realmente buenos y ya no daba auténticos beneficios, y la había manipulado cuidadosamente para que pareciese una mera ocasión de relajarse y pasarlo bien. Los buenos perdedores se sentían a gusto, y la partida le producía unos ingresos estables y sustanciosos.

Uno de los jugadores se quedó con el dinero que había encima de la mesa.

–Siéntate, Scott -dijo Chick-. Chicos, éste es Scott Smith, conocido como "Espantapájaros". La próxima mano va a ser…, cinco cartas.

Crane se sentó. Las cartas fueron repartidas, y Crane observó cómo los jugadores sentados a la mesa inspeccionaban las que les habían correspondido. Iba a ser su primera partida de póquer en once años.

Cuando hubo captado algunas manías que podían ser pistas valiosas en cuanto se hubiese familiarizado un poco con la manera de jugar de cada uno, dobló hacia arriba las esquinas de sus cinco cartas y contempló su mano.

El doctor Leaky había conseguido anudar la toalla alrededor de su cintura, pero se detuvo cuando estaba a medio camino de su habitación y olisqueó la brisa nocturna procedente del lago que entraba por la portilla abierta.

–Hay uno -dijo.

Trumbill se puso en pie y fue hacia el anciano, pero Leroy movió una mano indicándole que se quedara quieto.

–Acaba de volver de entre los muertos -dijo Leroy-. Puede que sea capaz de captar algo. ¿Qué es, doctor?

–En el anzuelo -dijo el doctor Leaky.

–Oh, infiernos, ya nos ha contado lo del anzuelo, ¿Quiere hacer el…?

–Uno de ellos está en el anzuelo, acaba de morderlo, cartas en sus manos, sangre en el agua. Los jacks le olerán, pero ahora que está en el anzuelo tú también puedes olerle.

Tienes que encontrarle antes que ellos, y tienes que ponerle a salvo dentro de la pecera.

Leroy contempló al anciano, quien estaba parpadeando y lanzando miradas de temor imbecilizado a cuanto le rodeaba como si esperara ver surgir una horda de enemigos de las profundidades del lago y, de hecho, había un enemigo en el lago…, o, por lo menos, la cabeza de uno.

Leroy dejó transcurrir varios segundos antes de volverse hacia Trumbill.

Quizá será mejor que hagas lo que dice.

Uno de los jugadores había pedido que le excluyeran de esa mano para poder llamar a su esposa, y estaba inmóvil ante el teléfono de la cocina estrujando el auricular entre sus dedos. Podía oír con toda claridad las voces de los jugadores sentados alrededor de la mesa detrás de él.

Después de una docena de timbrazos una voz masculina contestó y repitió el número que había marcado.

–Hola, cariño -dijo nerviosamente el jugador-. Voy a llegar tarde. Estoy jugando al póquer, ¿sabes?

–Hola, encanto -dijo la voz fingiendo el tono aflautado de un homosexual-. Estás jugando al póquer, ¿eh? – El jugador oyó los suaves

chasquidos de un teclado de ordenador-. Tengo a un montón en esa lista. ¿Alguna referencia que se pueda comprobar, algún apellido?

–Eh, cariño, venga… No puedo ponerme sentimental. Es el único teléfono que hay aquí y los chicos podrían oírme.

–Capto. Bueno, entonces dame una categoría o algo…, a menos que quieras escuchar un centenar de apellidos.

–Típico de tu padre -dijo el jugador soltando una risita forzada-. Se pasa la vida yendo de pesca y nunca atrapa un pez.

–Pesca y póquer -dijo la voz-. Bueno, eso me suena a ese campeón de póquer de Cárdena que siempre se está yendo a pescar a Acapulco, y la verdad es que he oído comentar que nunca atrapa un pez. – El teclado emitió varios chasquidos casi imperceptibles-. Lo sabré cuando lo vea…, aquí vamos. El tipo se llama Obstadt, Neal.

–Eso es, querida, y eso vale cincuenta mil dólares. – El jugador volvió la cabeza hacia la habitación-. Mira, el valor neto después de que añadiera el cuarto de invitados y todo el…

–Y todo el recubrimiento de aluminio y las jodidas ardillas pintadas que hay en el jardín, sí, ya lo sé. – Más chasquidos-. Bueno, si hablamos de esas cifras sólo hay uno listado en Obstadt…, un jugador de póquer visto por última vez en el ochenta llamado Scott "Espantapájaros" Smith, hijo de Ozzie Smith, visto por última vez en el sesenta y nueve. Veo que Obstadt ha estado distribuyendo fotos por todo Los Ángeles, San Diego, Bernardino y Las Vegas desde enero del ochenta y siete. ¿Te basas en eso?

–No, la verdad es que no. La foto es bastante antigua…, lo que más me ha llamado la atención ha sido el nombre. – ¿Se hace llamar "Espantapájaros" Smith?

–Exacto.

–Eso suena a que te has apuntado un tanto, cariño. Constitución: alta…, mediana…

–Aja.

–Mediana. Peso: gordo…, promedio…

–Sí, eso.

–Espero que la ropa nos ayude un poco más. Cabello: negro…, castaño…, rubio…, gris…

–Aja.

–Chaqueta…

–No.

–Eso nos ahorra tiempo. Camisa: a cuadros…

–Claro. Lo lógico para esta época del año.

–Entendido, franela. ¿Tejanos con qué?

–Sí, desde luego. Era de imaginar.

–Si no son playeras dilo. De acuerdo. ¿Suficiente?

El jugador se volvió hacia la mesa y contempló a los hombres sentados a su alrededor.

–Es suficiente. Oye, cariño, no tienes que preocuparte por eso. Estamos en casa de Chick Hurzer, en Washington, Venice.

–Iba a ser mi próxima pregunta. – Clickety-dickety click-. De acuerdo, ya está metido en el gran libro. No necesito la dirección de la casa. ¿Cuál es tu número de código?

–Cuatro, seis, doble, tres, dos, cero.

La voz lo repitió lentamente. – ¿Correcto?

–Sí, correcto.

El jugador pudo oír una serie de chasquidos muy rápidos.

–Te tengo en lista -dijo la voz-. Llama al número del departamento de pagos dentro de una semana. Si resulta ser ese tipo tendrás cuatro mil quinientos pavos de regalito.

El juego fue bastante bien para Crane. La docena de barajas que había traído consigo animaron a los jugadores a pedir una baraja nueva después de una pérdida, lo cual era una buena forma de empezar a reintroducir las supersticiones en el juego, y cuando sacó los bocadillos de la bolsa a medianoche éstos demostraron ser una diversión lo suficientemente buena para producir un par de ejemplos de franca estupidez con las cartas. Aparte de eso había un par de médicos en la mesa, y los médicos siempre tenían montones de dinero y jugaban a lo loco manteniéndose dentro de la partida sin importarles demasiado que hubieran obtenido una buena mano o no; y nadie estaba totalmente sobrio, y al parecer Scott era el único que padecía preocupaciones monetarias.

Cuando dejaron de jugar a las dos de la madrugada Scott llevaba ganados más de dos mil dólares. Esa suma equivalía a dos pagos de la hipoteca, y Scott estaba seguro de que conseguiría encontrar otra partida estable en el próximo par de días.

Chick Hurzer había ganado más dinero que él y estaba bebiendo escocés.

–Bueno, "Espantapájaros", ¿dónde has estado? – preguntó jovialmente mientras los otros jugadores se ponían en pie y se estiraban y uno de ellos se dirigía hacia el televisor-. Supongo que tendrás tiempo para tomar una copa, ¿no?

–Claro -dijo Scott cogiendo un vaso de whisky-. Oh, he estado por aquí y por allá…

He tenido un empleo honrado durante unos cuantos años.

Todo el mundo se rió…, y la risa de uno de los jugadores sonó un poco tensa.

Cuando le telefoneó el hombre de Obstadt se disculpó por haberle avisado con tan poca antelación, pero Al Funo se había reído y le había asegurado que no era ningún problema, y cuando empezó a hablar del pago Funo protestó diciendo que los viejos amigos no tenían que discutir por asuntos de dinero.

Funo estaba sentado detrás del volante de su Porsche 924 blanco esperando a que Scott Smith saliera de la casa de Chick Hurzer. Funo inclinó hacia abajo el espejo retrovisor y se pasó un peine por la cabellera. Le gustaba producir una buena impresión.

Había quitado la luneta trasera del Porsche, pero el calefactor del coche hacía que se estuviera cómodo y el motor era tan silencioso y producía tan pocos gases de escape que un peatón que pasara junto al coche no habría podido darse cuenta de que estaba en marcha.

Tenía muchas ganas de conocer al tal Smith. Funo era una "persona sociable", y estaba muy orgulloso del número de gente a la que podía considerar amiga suya.

Media docena de hombres salieron por la puerta principal de la casa de Hurzer y se quedaron inmóviles bajo el resplandor del farol. Funo les observó con atención, y tardó muy poco en localizar la silueta de cabellos grises vestida con téjanos y una camisa de franela a cuadros. Unos cuantos jugadores estrecharon la mano de Smith, y Funo deseó poder haber participado en el ambiente de camaradería del juego.

Salió de su coche y empezó a caminar con paso rápido por la acera. Estaba sonriendo, y el frío llegado del mar perceptible en la atmósfera que

olía a sal no le importaba en lo más mínimo. Los hombres ya habían acabado de despedirse y se estaban dirigiendo hacia sus coches.

Smith pareció captar la presencia de Funo cuando aún estaba a unos metros de distancia de él. Tenía una mano junto a la hebilla del cinturón como si se dispusiera a remeterse los faldones de la camisa. ¿Un arma? La sonrisa de Funo se hizo un poco más amplia.

–Eh, amigo… -dijo Funo cuando estuvo lo bastante cerca de Smith para que le pudiera oír sin necesidad de subir la voz por encima de un tono de conversación afable-. ¿Tiene un cigarrillo?

Smith le contempló en silencio durante un momento.

–Claro -dijo por fin, y sacó un paquete de Marlboro de su bolsillo-. Sólo quedan tres o cuatro -añadió-. Quédese con el paquete.

Funo se sintió conmovido. "Fíjate en el coche que conduce este tipo -pensó-. Un viejo Torino maltrecho y cubierto de polvo, ¡y me regala sus últimos cigarrillos!" -Eh, gracias -dijo-. Hoy en día es raro encontrar a alguien poseído de una genuina generosidad. – Se ruborizó y se preguntó si los dos gen de su última frase le habrían hecho pensar que decía lo primero que se le pasaba por la cabeza-. Tenga -se apresuró a añadir mientras metía la mano en un bolsillo de sus pantalones Nordstrom-, quiero que se quede con mi encendedor.

–No, no necesito un…

–Por favor -dijo Funo-. Tengo cientos de encendedores, y usted es el primer caballero gen…, eh…, la primera persona verdaderamente educada que he conocido en los veinte años que llevo viviendo en esta maldita ciudad. – Funo sólo tenía veintiocho años y se había trasladado a Los Ángeles hacía cinco años, pero había descubierto que cuando estaba intentando hacer nuevas amistades a veces mentir ayudaba un poco-.

Por favor -repitió, y se dio cuenta de que estaba sudando.

–Bueno, yo… Claro. Gracias -dijo Smith. ¿Se sentiría incómodo por haber aceptado el encendedor?

–Tengo doscientos encendedores.

–Estupendo, gracias. ¡Cristo! ¡Pero si es un Dunhill de oro! Oiga, no puedo…

–No me insulte.

Smith pareció echarse unos centímetros hacia atrás, y Funo se preguntó si habría usado un tono de voz demasiado áspero. Bueno, ¿cómo podían

existir personas capaces de rechazar un regalo ofrecido con toda sinceridad?

–Gracias -dijo Smith-. Muchísimas gracias. Bueno… He de irme. Se está haciendo tarde. – ¡Dígamelo a mí! – se apresuró a exclamar Funo-. Tendremos suerte si conseguimos llegar a nuestras camas antes de que amanezca, ¿eh?

–Sí, tendremos suerte si lo conseguimos -murmuró Smith, y echó a caminar hacia su viejo y maltrecho coche.

Crane no se acordó de otro consejo de Ozzie – Trescientos sesenta grados en todo momento…, pueden estar tanto detrás como delante de ti- hasta que no se fijó en el Porsche por tercera vez.

Iba en dirección este por la autopista de Santa Mónica avanzando entre la oscuridad que precede al amanecer -la luna se había ocultado hacía ya bastante rato, y los rascacielos del sur de Los Ángeles se alzaban a su izquierda como las vigas maestras aún no apagadas del todo de una mansión devorada por el fuego en la que había morado un dios-, y Crane empezó a juguetear con la idea de continuar en dirección este por la autopista, dejar atrás el punto en el que empezaba a ser conocida como la autopista de Pomona y seguir en movimiento hasta dejar atrás Ontario y Mira Loma y llegar a la conexión con la 15 en uno de aquellos extraños suburbios semidesérticos que tenían nombres como Norco y Loma Linda, y seguir luego hasta Las Vegas.

"Estaría en Las Vegas a tiempo de tomar un desayuno tardío-se dijo, y el pensamiento parecía haber surgido de la nada-. Y tienes dos de los grandes dentro del bolsillo…"

Sabía que no quería ir a ningún sitio que no fuese su casa, y mucho menos a Las Vegas, pero a pesar de ello tuvo que luchar con aquella extraña compulsión y concentrarse en la idea de torcer hacia el sur y entrar en la autopista de Santa Ana.

Y entonces vio al Porsche por tercera vez.

A aquella hora había muy pocos coches en la autopista, y Scott había podido tomar las largas curvas rozando el volante con las yemas de tres dedos, pero apenas se hubo fijado en el Porsche se puso el cinturón de seguridad y agarró firmemente el volante con las dos manos.

El Porsche iba por delante de él. Los dos coches dejaron atrás la conexión con la autopista de Long Beach, y Crane pensó que el Porsche llevaba un mínimo de diez minutos delante de él, detrás o corriendo a su

lado. Si Ozzie hubiese estado al volante en aquellos momentos habría acelerado hasta meter el coche en el carril rápido y luego habría hecho un chirriante cambio de tres carriles para salir de la autopista en Atlantic, después de lo cual habría vuelto a casa dando un largo rodeo.

Pero Crane estaba agotado.

–No, Ozzie -dijo en voz alta-. No puedo cagarme de miedo ante cada coche que está haciendo el mismo trayecto que yo. – Dejó escapar un suspiro-. Pero te diré lo que voy a hacer… No le quitaré la vista de encima, ¿de acuerdo?

El resplandor de las farolas de la autopista arrancaba destellos a la carrocería del Porsche, pero no a su luneta trasera. El esfuerzo que tuvo que hacer para distinguirlo le obligó a fruncir el ceño, pero Crane acabó dándose cuenta de que el Porsche no tenía luneta trasera.

"Una noche fría y un Porsche en muy buen estado -pensó-. ¿Y no tiene luneta trasera?"

Se imaginó a Ozzie sentado junto a él. "Abre bien los ojos", habría dicho el anciano.

–Tienes toda la razón, Ozzie -replicó Crane, y clavó los ojos en el coche que le precedía.

Y eso le permitió ver cómo el conductor se contorsionaba y alargaba el brazo por encima del asiento trasero, y vio un destello metálico en su mano.

Crane se arrojó a un lado y el parabrisas estalló hacia dentro con un bang ensordecedor. Cubitos minúsculos de cristal de parabrisas se desparramaron sobre él, y el viento entró en el coche azotándole con la fría fuerza de una galerna mientras Crane giraba el volante hacia la derecha. Apoyó los pies en el suelo del coche y se irguió en su asiento. Después torció el gesto y se relajó un poco.

El Torino chocó con el protector de la cuneta y arrancó unas cuantas plantas. Los viejos amortiguadores quedaron clavados con un chasquido metálico, y el coche bajó el morro durante un momento y salió disparado hacia adelante por la inercia de su propio peso. En cuanto el pesado y viejo vehículo se hubo detenido después de patinar unos metros Crane metió la marcha atrás, dejó caer salvajemente su pie sobre el acelerador e hizo que el tambaleante Torino bajara de la cuneta y retrocediera por el afortunadamente vacío carril hasta la última rampa de salida que había dejado atrás.

Volvió a meter la primera, y aceleró hacia el bulevar Atlantic entrecerrando los ojos para protegerlos del vendaval. Crane serpenteó por el laberinto de las calles sumidas en la oscuridad y acabó deteniendo el coche en el aparcamiento de una gasolinera cerrada.

Apagó las luces, sacó el revólver de debajo de su cinturón y empezó a vigilar la calle.

El corazón le retumbaba dentro del pecho y sus manos temblaban de forma incontrolable. Tenía medio cuartillo de whisky Wild Turkey dentro de la guantera, y en cuanto hubieron pasado un par de minutos sin que ocurriese nada Crane lo sacó a tientas, desenroscó el tapón y tomó un buen trago.

"Cristo -pensó-. Nunca había estado tan cerca. Nunca había estado tan cerca…"

Dejó transcurrir un buen rato antes de volver a poner en marcha el motor y fue en dirección sur hasta la autopista de la Costa del Pacífico, y luego tomó por Brookhurst hasta llegar a Westminster. El coche se inclinaba perceptiblemente hacia la derecha, y Crane se preguntó qué tal estaría la suspensión y si las ruedas habrían quedado mal alineadas. – ¿Cuál pareeeeece ser el prooooblema? – susurró Arquímedes Mavranos.

Estaba sentado en el porche de Scott Crane escuchando el latir de su propio corazón.

Hacía tiempo había leído en un artículo de Isaac Asimov que el promedio de latidos con el que puede contar un ser humano es de dos mil millones, y Mavranos calculaba que sólo había gastado mil millones.

No era justo, pero la justicia era algo que debías conseguir por tu cuenta. No podías esperar a que te trajeran tu cuota de justicia a domicilio como si fuese el correo.

Bajó una mano y cogió la lata de Coors de la que había empezado a beber hacía un rato. Había leído que la cerveza Coors era anticancerígena -no contenía nitrosaminas o algo por el estilo-, y desde entonces Mavranos bebía Coors a todas horas.

Sólo Dios sabía por qué Crane bebía Budweiser continuamente. Mavranos no había leído nada sobre la cerveza Budweiser.

"Escupe en la palma de tu mano y golpéala con el otro puño -pensó -, y fíjate bien en qué dirección sale volando el escupitajo. Así sabrás hacia donde has de ir."

Mavranos había abandonado la secundaria cuando su novia quedó embarazada, y durante casi veinte años se había ganado bastante bien la vida comprando coches en el patio de subastas de la policía de Playa Huntington, arreglándolos y vendiéndolos luego a cambio de un beneficio razonable. No había empezado a estudiar la ciencia, las matemáticas y los mitos hasta el pasado mes de abril.

"Abril es el mes más cruel", pensó.

El mes de abril pasado había ido a la consulta de un médico porque siempre estaba cansado y ya no tenía apetito, y además le había salido un bulto debajo de la oreja izquierda. – ¿Cuál parece ser el problema? – le había preguntado el médico con voz jovial.

Y resultó que el problema era un linfoma, un cáncer del sistema linfático.

El médico le había explicado unas cuantas cosas, y después Mavranos había estado informándose por su cuenta leyendo libros y revistas especializadas. Había averiguado muchas cosas sobre la naturaleza aleatoria de las células cancerosas, y luego había estudiado la aleatoriedad…, y había empezado a discernir los patrones ocultos bajo la auténtica aleatoriedad; las bifurcaciones, los patrones que se repetían, el gordo en el plano complejo.

Un coche salió de la calle Main y se metió por la Diecisiete, pero no era el Torino de Crane.

Si hubieras tomado la decisión de medir la costa de California, limitarse a colocar una regla sobre la página de un atlas y averiguar que los diez grados de longitud que abarcaba ocupaban tantos centímetros de la regla no te serviría de mucho; pero recorrer la costa con un palito de un centímetro de largo tomando en consideración cada península del tamaño de un zapato y cada charquito de agua sería todavía más inútil. De hecho, si tomabas las medidas con demasiada precisión la respuesta final podía aproximarse al infinito. Si lo medías con la precisión suficiente cada charquito tenía un perímetro de costa virtualmente infinito.

Cuando te interesabas por aquel tipo de cosas tenías que utilizar un enfoque distinto.

Tenías que retroceder hasta encontrarte lo suficientemente lejos de ellas.

La turbulencia en una cañería del agua o el desorden en las señales enviadas a los nervios del corazón -o la histeria celular conocida con el nombre de cáncer- eran otros tantos efectos de la aleatoriedad. Y si

conseguías…, bueno, si conseguías descubrir los patrones ocultos en la aleatoriedad quizá podrías llegar a manipularlos. Quizá podrías cambiarlos y restaurar el orden perdido…

"Escupe en la palma de tu mano y golpéala con el puño", pensó Mavranos.

Y había encontrado aquel barrio, aquella casa y a Scott Crane.

Crane nunca lavaba su Torino, y Mavranos se había fijado en los dibujos que había en aquella carrocería manchada por el rocío del polvo y las cagadas de los pájaros -círculos, líneas rectas y ángulos rectos sobre una superficie curva, y en una ocasión había llegado a ver un racimo de rostros diminutos que gemían muy parecidos al de aquel cuadro de Munch -, y en otra ocasión Crane estaba en el porche hurgando cansinamente en su bolsillo buscando una moneda de veinticinco centavos para comprar el periódico y había dejado caer al suelo un puñado de monedas de veinticinco, diez y un centavo, y Mavranos le había ayudado a recogerlas y se había dado cuenta de que todas las monedas habían quedado con la cara hacia arriba; y cualquier reloj que Crane llevara puesto siempre se adelantaba.

Y siempre había animales que morían alrededor de la casa. En una ocasión Mavranos vio una hilera de hormigas muertas que señalaba hacia la tercera parte de una hamburguesa con queso olvidada en el porche; y el gato de una vecina que tenía la costumbre de dormir en el tejado de Crane había muerto. Mavranos había ido a casa de la mujer con el propósito ostensible de decirle lo mucho que lo sentía, y se había enterado de que el veterinario había diagnosticado que la causa de la muerte había sido el cáncer.

Y los zumos de fruta fermentaban a una velocidad anormalmente alta en toda la manzana, como si un dios del vino hubiera visitado aquella calle de Santa Ana y hubiese dejado caer su aliento sobre las casas a una hora tan avanzada de la noche que sólo habrían podido verle los jóvenes de movimientos furtivos que habían salido a robar baterías y estéreos de coche.

La aleatoriedad quería matarle, y Arquímedes Mavranos había decidido descubrir dónde vivía y dar con su castillo, su capilla peligrosa.

Un año antes había sacado cinco mil dólares en billetes de veinte de su cuenta corriente, le había dicho a su esposa y a sus dos hijas que volvería cuando se encontrara bien de salud y se había alejado calle abajo. Cuando

llegó a la esquina escupió en su mano y golpeó la palma con el puño, y se fue por la dirección que le indicaba el vuelo del escupitajo.

Caminó durante dos días seguidos comiendo el tasajo de buey que compraba en las licorerías, orinando detrás de los arbustos y sin afeitarse, cambiarse de ropa o dormir ni un instante; y acabó descubriendo que estaba dando vueltas y más vueltas alrededor de aquella manzana, y cuando vio un letrero anunciando que había una casa en alquiler telefoneó al número escrito en el letrero y entregó mil quinientos dólares en efectivo al propietario, y después consagró todos sus esfuerzos a la delicada tarea de averiguar la situación exacta de lo que buscaba.

No tardó en sospechar que Scott Crane era el gran letrero que indicaba el camino al castillo de la aleatoriedad, pero no había encontrado ninguna razón para confiar en que había acertado hasta que aquella noche Crane le dijo que había sido jugador profesional de póquer. Después de todo el juego era el lugar en el que las estadísticas y las profundas consecuencias humanas se encontraban de la forma más visible, y aunque los dados o los números de la ruleta también lo hacían, las cartas parecían ser las más capaces de definir e incluso dictar la…, sí, la suerte de un jugador.

La ventana de la sala de Crane estaba abierta detrás de la rejilla de alambre. Mavranos captó una presencia inmóvil a su espalda y giró sobre sí mismo sin levantarse. – ¿Scott? – susurró una voz femenina-. Ven a la cama.

–Soy yo, Susan… Arky -respondió Mavranos en un tono algo avergonzado-. Scott sigue fuera ocupado en…, en lo que esté haciendo.

–Oh. – El susurro se había debilitado-. Mis ojos todavía no están demasiado bien.

No…, no le digas que he hablado contigo, ¿de acuerdo?

Añadió algo más, pero habló en un tono de voz tan bajo que Mavranos no pudo oír lo que decía.

–Perdona, pero…

Pudo oír cómo tragaba una honda bocanada de aire -un sonido como el del viento suspirando por entre las ramas de un árbol sin hojas-, pero cuando volvió a hablar Mavranos apenas pudo captar el susurro.

–Dale una copa -dijo, y añadió unas cuantas palabras más pero Mavranos sólo entendió "ayúdanos".

–Claro, Susan -dijo Arquímedes sintiéndose cada vez más incómodo-. Puedes apostar a que lo haré.

El próximo coche que apareció por la Calle Principal era el Ford de Crane, y Mavranos se puso en pie porque acababa de ver que el parabrisas no era más que un faldón blanco surcado de grietas que enmarcaba un agujero justo delante del asiento del conductor.

9

El único gordo del que he oído hablar -Oye, tío, quiero irme a la cama -dijo Crane. Había traído consigo el cuartillo de whisky al salir del coche-. Bueno, de acuerdo, sólo una cerveza para ayudar a bajar esto…

Cogió una lata fría, y se dejó caer pesadamente sobre una de las maltrechas sillas del porche.

Mavranos había estado diciendo algo. – ¿Qué? – preguntó Crane -. ¿Un gordo en el desierto?

Mavranos cerró los ojos durante unos momentos y volvió a empezar.

–Una canción sobre un gordo que va conduciendo por las autopistas que atraviesan el desierto de Mojave. La 40, la 15…, incluso la 27 que pasa por Shoshone. Yo la he oído cantar en versión vaquera, aunque supongo que también habrá una versión rock… Bueno, el gordo tiene una calva llena de verrugas, y su coche tiene un millón de espejos retrovisores, tal como solían hacer los mods ingleses con sus vespas…

Scott Crane se acabó el whisky y dejó la botella sobre la mesa moviéndose con mucha cautela.

–Así que la pregunta es si he oído hablar de él. – Meneó la cabeza-. No, no he oído hablar de él.

–Bueno, no es real. Es…, es una leyenda, ¿sabes? Como ese holandés del barco de vela o el judío errante… Se supone que su coche no para de averiarse porque el carburador es un prodigio de válvulas, conductos, flotadores, cierres y trastos extra.

Crane frunció el ceño y asintió como para demostrar que estaba comprendiendo todo lo que le decía Mavranos. – ¿Y dices que es verde?

–No, maldita sea. No, ¿te enteras? Hubo una época en la que era verde y sólo era corpulento, no gordo, pero esa versión dejó de circular hace ya algún tiempo. Esa imagen dejó de poseer vitalidad, ¿comprendes? Ahora sólo la ves en…, en personajes de comic como el Increíble Hulk y en ese

alegre Gigante Verde que cultiva hortalizas. Ahora ya no es el Caballero Verde con el que se encontró Sir Gawain y ha dejado de serlo porque el agua está enferma y la tierra ya no da frutos, como en el Segundo Libro de los Reyes, y ahora está gordísimo y lo habitual es que sea de color negro o gris, o incluso metálico.

Ese robotito…, el Tik-Tok de las novelas del Mago de Oz…, es él, es un retrato suyo. – Mavranos contempló a su ebrio compañero y se preguntó por qué se estaba tomando la molestia de explicarle todo aquello-. Pero no tías oído hablar de él.

–No. El único gordo del que he oído hablar… -dijo Crane, y se interrumpió para tomar un prolongado sorbo de cerveza- es el que le disparó a la luna en la cara el año 1960.

–Háblame de eso.

Crane vaciló y acabó meneando la cabeza.

–Estoy bromeando. No es más que…, es una canción de John Prine.

Un grupo de gente empezó a hablar a gritos en el aparcamiento del Norm. Después subieron a sus coches, los faros se encendieron y los coches se alejaron por la calle Main y acabaron perdiéndose en la noche.

Mavranos miró a Crane.

–Dijiste que fue una barra.

–Sí, una barra. Un maldito poste de hierro… Se cayó de un camión. Si no me hubiese echado a un lado me habría agujereado limpiamente la cabeza. Tendría que haberme fijado en lo que había escrito en el lado del camión; así podría demandarles…

–Y la tiraste por ahí.

–Bueno, no podía conducir con esa cosa metida a través del parabrisas de mi coche, ¿no te parece?

–Ese gordo del que te hablaba… -siguió diciendo Mavranos después de haber guardado silencio durante unos momentos-. Bueno, ya te he dicho que no es real. Es un símbolo.

–Pues claro que es un símbolo -dijo Crane asintiendo distraídamente con la cabeza-. Es un símbolo de las pelotas de baloncesto, de Saturno o de algo por el estilo. – ¿Por qué has hablado de Saturno?

–Cristo, Arky, no lo sé. Estoy agotado. Estoy borracho. Saturno es redondo, y los hombres gordos también lo son.

–Es el hombre Mandelbrot.

–Estupendo. Me alegra saberlo. Estaba empezando a temer que fuese el muñeco Michelin. Oye, tengo que… -¿Sabes qué es el hombre Mandelbrot? ¿No? Te lo explicaré. – Mavranos tomó otro sorbo de su cerveza para defenderse del cáncer-. Si dibujas una cruz sobre una hoja de papel y llamas cero al punto en el que se cortan las líneas, y si luego escribes uno-dos-tres-etcétera a la derecha y menos uno-menos dos y todo eso a la izquierda, y una-vez-la-raíz-cuadrada-de-menos-uno y luego dos veces eso y etcétera arriba del punto cero y luego eso menos uno y menos dos y etcétera debajo del punto cero acabas obteniendo un plano, y cualquier punto que haya en ese plano puede ser definido mediante dos números al igual que se puede definir un lugar mediante la longitud y la latitud, y luego…

–Arky, ¿qué tiene que ver todo esto con los hombres gordos?

–Bueno, si aplicas cierta ecuación al máximo número posible de puntos del plano y si la vuelves a aplicar una y otra vez, y para hacer eso necesitas un ordenador de mucha potencia, algunos puntos salen despedidos hacia el infinito y algunos siguen siendo finitos. Y si pintas de negro los que siguen siendo finitos forman la silueta de un gordo lleno de verrugas, y si aplicas un código de colores a los otros puntos basándote en la rapidez con que quieren largarse al infinito descubres que el hombre gordo está rodeado por toda clase de formas que se desprenden de él y que parecen los tentáculos de un pulpo, colas de caballitos de mar, helechos, costillares y…, y montones de cosas más.

Crane pareció querer decir algo, pero Mavranos siguió hablando.

–Y no siempre es imprescindible utilizar la ecuación de Mandelbrot. El hombre gordo aparece en un montón de funciones del plano complejo, como si esa silueta fuera un…, un papel que está esperando que algo aparezca y lo asuma para interpretarlo. Es una figura constante junto con otras formas lobulares y geométricas que se parecen a…, bueno, para no salirse del ambiente en el que te has movido esta noche a veces se parecen mucho a los corazones, los tréboles, los diamantes y las picas, y a veces no.

Crane le contempló con los ojos entrecerrados durante varios segundos.

–Y dijiste algo sobre…, sobre el Mago de Oz. ¿Cómo has llegado a enterarte de todo esto?

–Estudiar las ramas más exóticas de las matemáticas se ha convertido en…, en una afición. – ¿Y el nombre de ese gordo es… Mandelbrot?

–No, de la misma forma que el monstruo de Frankenstein no se llamaba Frankenstein.

La ecuación fue desarrollada por un tipo llamado Mandelbrot, Benoit Mandelbrot…, un francés. Pertenecía a un grupo…, a un club parisino llamado Bourbaki, pero se marchó del club porque empezó a comprender la aleatoriedad y eso no les sentó demasiado bien a los otros miembros. Eran unos auténticos fanáticos del demuéstralo-según-las-reglas, y él siempre estaba descubriendo nuevas reglas.

–Bourbaki -dijo Crane con voz pastosa-. La École Polytechnique y el Club Bourbaki…

Mavranos se obligó a respirar despacio. Mandelbrot había estudiado en la École Polytechnique. Crane sabía algo sobre el tema, o sobre algo relacionado con él.

–Pareces tomarte muy a la ligera que alguien dispare contra tu parabrisas -dijo Mavranos articulando cuidadosamente cada palabra.

–Cuando el cielo está gris -canturreó Scott-. No me importa que el cielo esté gris…, tú lo vuelves de color azul, Sonny Boy…

Mavranos parpadeó. – ¿Tienes un hijo?

–No, pero soy el hijo de alguien.

Mavranos tuvo la sensación de que aquello era importante, por lo que escogió con mucho cuidado sus próximas palabras.

–Bueno…, sí, supongo que sí. ¿De quién eres hijo?

–Mi padre adoptivo decía que era hijo de un Rey malvado. – ¿Y por eso juegas al póquer? – preguntó Mavranos en el tono más indiferente del que fue capaz.

Scott tragó una honda bocanada de aire y se protegió detrás de una sonrisa, de la misma forma en que Mavranos se imaginaba que alguien podría haberse puesto una armadura.

–Ya no juego al póquer. La verdad es que esta noche salí a conseguir un empleo…

Creo que voy a trabajar como representante para…, para Yoyodine. Fabrican…, bueno, es una fábrica de por aquí. Quizá hayas oído hablar de ellos.

–Sí -dijo Mavranos no queriendo insistir más en el tema-. Creo que he oído hablar de ellos.

–Será mejor que me vaya a la cama -dijo Scott apoyándose en los codos para levantarse de la silla-. Mañana he de volver a verles.

–Claro. Susan se ha estado preguntando dónde estabas.

Mavranos se sorprendió al ver lo mucho que sus palabras parecían afectar a Scott.

–Apuesto a que sí -dijo por fin-. Te veré mañana.

–Vale, Pogo.

Scott entró en la casa y Mavranos tomó un sorbo de su cerveza con expresión meditabunda. "Es él, no cabe duda -pensó-. Está claro que Scott Crane es mi conexión con el lugar en el que la matemática, las estadísticas y la aleatoriedad rozan la magia…

"Y la magia es justo lo que necesito", se dijo acariciándose el bulto que tenía debajo de la oreja.

Scott Crane volvió a soñar con la partida en el lago.

Y, como siempre, la partida del sueño se desarrolló tal como se había desarrollado la de la realidad en 1969…, hasta el momento en que ganó al cortar el mazo y empezó a recoger el montón de dinero.

–Ha aceptado mi dinero a cambio de la mano -dijo Ricky Leroy en voz baja y suave.

La tensión ya estaba empezando a invadir la sala, una vibración subsónica que Scott podía sentir en sus dientes y en su estómago.

–Eh… Sí.

–La está vendiendo.

Scott miró a su alrededor. Algo que siempre estaba oculto había empezado a moverse o a cambiar en algún sitio, pero la mesa de fieltro verde, los otros jugadores y los paneles de madera de las paredes tenían el mismo aspecto que cuando había llegado allí.

–Supongo que podría expresarse de esa forma.

–Y yo la he comprado. La he asumido.

Leroy extendió su mano derecha hacia él. Scott soltó un puñado de billetes sobre la mesa, extendió su mano y estrechó la de Leroy.

–Es toda suya.

Y un instante después Scott se encontró fuera de su cuerpo. Estaba flotando sobre la mesa moviéndose entre el torbellino de humo, y quizá se había convertido en el humo. La escala de todo cuanto le rodeaba estaba cambiando. La mesa que había debajo de él se transformó en una inmensa

llanura verde, y los otros jugadores eran gigantes inexpresivos que habían dejado olvidada toda huella de humanidad en el ámbito diminuto de las distancias comprensibles. Las paredes habían desaparecido, el Lago Mead era tan vasto como el cielo nocturno y tres de las torres de captación de la presa se habían esfumado. La única torre que seguía en el agua subía y subía hasta perderse en las alturas y parecía amenazar a la luna, que en el sueño seguía estando llena e irradiaba luz.

Había algo moviéndose en la noche. Una silueta estaba bailando sobre la cima de uno de los lejanos acantilados. Parecía estar tan lejos como las estrellas, pero la nítida visión de la pesadilla permitió que Scott viese que aquella persona sostenía en su mano un palo muy largo y que había un perro saltando alrededor de sus tobillos. La silueta que danzaba tenía alzado su rostro sonriente hacia la oscuridad del cielo, y el precipicio ribeteado de olas que había a sus pies no parecía preocuparla en lo más mínimo.

Y aunque Scott no podía verle sabía que había otro gigante cerca oculto en el lago debajo de las negras aguas, y el gigante sólo tenía un ojo, al igual que Scott.

Sintió que el vértigo se adueñaba de él y miró hacia abajo. Su cuerpo y el de Leroy habían alzado la mirada para contemplarle, y sus rostros eran tan inmensos como nubes y absolutamente idénticos. Uno de los rostros -ya no podía distinguirlos- abrió el cañón de su boca e inhaló, y la hilacha de humo que era la consciencia de Scott empezó a moverse velozmente trazando una espiral que acabó precipitándole en aquel abismo negro.

–Scott -estaba diciendo Susan-. Scott, sólo es un sueño… Estoy aquí. Soy yo, estás en tu dormitorio…

–Oh, Sue -jadeó Scott.

Intentó abrazarla, pero Susan se apartó deslizándose hasta su lado del colchón.

–Todavía no, Scott -dijo, y en su voz había un inconfundible matiz de anhelo-.

Pronto, pero todavía no es el momento… Ve a coger una cerveza. Te sentirás mejor.

Scott salió de la cama por su lado. Se dio cuenta de que había estado durmiendo con la ropa puesta, y el dinero que había ganado jugando al póquer aún le abultaba el bolsillo de los pantalones. Ni siquiera se había quitado los zapatos.

–Me sentará mejor un café -dijo -. Vuelve a dormirte.

Fue tambaleándose por el pasillo hasta la oscuridad recalentada por el horno de la cocina, llenó una taza con agua del grifo y la puso dentro del microondas colocando el dial a máxima potencia durante dos minutos. Después fue hasta la ventana y limpió un agujero en la capa de vaho con la mano.

La calle Main estaba muy silenciosa. Unos cuantos coches y camiones pasaban con un murmullo moviéndose rápidamente bajo los faroles, y la silueta que estaba cruzando el aparcamiento se movía como si estuviera animada por un propósito irreprochable, como si fuese hacia el Norm para trabajar en el primer turno en vez de alejarse de la escena de algún crimen mezquino. Aún faltaba algo más de una hora para el amanecer, pero unos cuantos pájaros ya trinaban en los enormes troncos de los viejos carobes que se alineaban en la acera.

"Susan no está aquí -pensó Scott-. Está muerta. Lo sé.

"Tengo cuarenta y siete años.

"No tendría que haber vivido hasta esta edad.

"Es como estar sentado sobre el suelo de la jungla cambiándote los vendajes y comiendo raciones C enlatadas o lo que coman los soldados mientras observas el cielo.

Los helicópteros ya tendrían que haber llegado…

"O como ir en bicicleta con los pies sujetos a los pedales mediante alambres. Puedes hacerlo durante mucho tiempo, pero acabas empezando a preguntarte cuándo aparecerá alguien que detenga la bicicleta y corte los alambres para que puedas bajarte del sillín.

"¿Se supone que he de seguir haciendo esto?"

Le pareció que podía oír una respiración en la cama.

Pensar en ello no podía hacerle ningún bien.

Pensó en las seis u ocho cervezas que había dentro de la nevera. Las había alineado encima del estante antes de irse a la cama, como un artillero preparando los obuses que se necesitarán para el asedio del día siguiente.

El microondas emitió cinco campanilleos muy suaves. Scott abrió la puerta, sacó la taza, echó una cucharada de café instantáneo en el agua caliente, la removió con la cucharilla y acabó enfriándola con un hilillo de agua del grifo.

Volvió a la ventana con la taza de café en la mano, y de repente se acordó de que había cantado una estrofa de "Sonny Boy" delante de Arky. ¿Qué más había hecho o dicho? No podía recordarlo. Nunca se preocupaba por nada de lo que hacía o decía cuando estaba sobrio, pero anoche no había estado sobrio…, y en los últimos tiempos no había estado sobrio ninguna noche.

Fue hacia la puerta trasera, se acercó a la ventana y contempló el apartamento de Mavranos al otro lado del callejón. Todas las luces estaban apagadas. Arky probablemente dormiría hasta pasado el mediodía, igual que hacía siempre. Sólo Dios sabía cómo se ganaba la vida…

El Smith Wesson 357 de Scott estaba encima del estante que contenía todos los libros de cocina. Scott se acordó de que lo había dejado allí hacía un par de horas cuando tuvo que inclinarse para coger la media docena de latas de cerveza.

La barra de acero… Arky se había dado cuenta de que el parabrisas estaba destrozado, y Scott se acordaba de que Ozzie siempre registraba su coche en un apartado postal por si alguien anotaba su número de matrícula.

Scott había dejado de hacerlo en la década de los ochenta cuando abandonó el póquer y se casó con Susan. La dirección en que vivía figuraba en la documentación de su coche.

Dejó la taza de café sobre la mesa.

Y de repente estuvo seguro de que el pistolero había anotado su número de matrícula, y de que había averiguado su dirección y le estaba esperando fuera sentado dentro de su Porsche o dentro de otro coche desde el que observaba la casa. Quizá había colocado una bomba debajo de los cimientos. Sería la forma más sencilla de liquidarle.

El pánico insoportable de su sueño volvió a adueñarse de él apenas pensó en la bomba, y Scott cogió el arma diciéndose que por suerte no había encendido la luz de la cocina. Hizo unas cuantas inspiraciones profundas…, y después sus dedos temblorosos se movieron muy despacio, quitaron la cadena sin hacer ningún ruido y fueron abriendo con la máxima cautela la vieja puerta hinchada por la humedad.

Sintió la fresca caricia del aire nocturno sobre su rostro sudoroso y su cuero cabelludo.

Examinó rápidamente el patio sumido en la oscuridad escrutándolo por encima del cañón de su arma, y a continuación usó su mano libre para

cerrar la puerta detrás de él y bajó los escalones. Después permaneció inmóvil durante varios segundos respirando por la boca y aguzando el oído, y acabó avanzando lentamente sobre la hierba que llevaba mucho tiempo sin ser cortada hasta llegar a los tablones sueltos de la valla. Al otro lado estaba el callejón, el capilar de la ciudad secreta que conducía a cien calles oscuras y solitarias.

"Un jack le ha encontrado antes que yo y le ha matado -pensó Vaughan Trumbill cuando los faros del Jaguar barrieron el aparcamiento de la Segunda y convirtieron la luneta trasera agujereada del Torino en un reluciente retazo de nieve-. Si las cosas siguen así cuando llegue la Pascua no necesitará mucha ropa…"

Dejó atrás el aparcamiento mientras volvía rápidamente su enorme cabeza de un lado a otro para averiguar si el asesino o los asesinos seguían estando cerca, pero todos los coches estacionados que pudo ver estaban vacíos y a oscuras.

"Podría estar en cualquier parte -pensó-. En un porche con la luz apagada, encima de un tejado…, pero lo más probable es que no se hayan quedado en los alrededores."

Dio la vuelta a la manzana sin reducir la velocidad hasta volver al aparcamiento, y detuvo el coche al lado del Torino.

Después se quedó inmóvil durante unos momentos. La trucha que había dentro del tanque colocado sobre el asiento de al lado -el poisson sympathique- se limitaba a nadar de un lado a otro chocando con el cristal de vez en cuando. Eso podía significar que el tipo al que Trumbill quería encontrar estaba muerto, o sencillamente que el maldito pez se había mareado a causa del movimiento del coche.

Trumbill bajó pesadamente del Jaguar y fue hasta la puerta delantera izquierda del Torino…, y se permitió lanzar un suspiro de alivio cuando vio que no había ningún cadáver dentro del coche, y que ni siquiera había sangre sobre la tapicería o sobre el millón de facetas del parabrisas destrozado.

"Parece que todo se quedó en un intento", pensó mientras volvía a su coche y ponía la marcha atrás para salir del aparcamiento. Anotó el número de matrícula del Torino cuando los haces de sus faros se posaron sobre el coche, aparcó en la calle y usó el teléfono de su coche para averiguar los

datos del registro. Su fuente de información prometió que le llamaría dentro de unos minutos.

Después telefoneó pidiendo refuerzos, y solicitó una camioneta del servicio de limpieza y a un par de tipos para que le echasen una mano.

Cuando hubo acabado de hablar Trumbill apoyó la espalda en la tapicería de cuero y abrió una bolsa de plástico con cierre de cremallera llena de tallos de apio y zanahorias.

El trayecto desde el Lago Mead había sido largo. La maldita trucha había empezado llevándole a Las Vegas, y después le tuvo media hora dando vueltas alrededor del Flamingo Hilton en sentido contrario al de las agujas del reloj -Flamingo Road al Paradise al Sands al Strip y de vuelta al Flamingo-, pero acabó tomando una decisión y enfiló la cabeza hacia el suroeste. La cabeza de la trucha había seguido señalando en esa dirección mientras Trumbill cruzaba el desierto a medianoche desplazándose por la línea recta de la interestatal 15 hasta Baker, y después se desvió hacia Barstow para acabar llegando al laberinto del condado de Orange. Cuando llegó allí las autopistas demostraron ser demasiado rápidas para que pudiera seguir confiando en la trucha, y Trumbill tuvo que buscar una salida y desplazarse por las calles yendo lo suficientemente despacio para que la trucha tuviera tiempo de moverse dentro del tanque.

Durante el trayecto había acabado con la bolsa de peces tropicales y algas que había preparado a toda prisa, y la espera junto al aparcamiento había hecho desaparecer los tallos de apio y las zanahorias. Trumbill alzó la cabeza hacia las hojas del jengibre que se alzaba en el jardín, al otro lado de la acera.

"Todavía no", se dijo.

Contempló el barrio en el que estaba. Al otro lado de la calle había un dúplex cosecha de los años treinta -una construcción de estilo español de estuco blanco techada con tejas de barro cocido-, una casa similar en la esquina de la calle Main y un par de bloques de apartamentos de cinco pisos de construcción reciente y sin ningún rasgo particular detrás de él. El propietario o la propietaria del Torino probablemente viviría en una de las casitas dúplex, y probablemente la había alquilado.

"Necesito meterme algo en el estómago", pensó.

Trumbill abrió la puerta del coche y cruzó la acera hasta llegar al jardín, y mientras arrancaba unas cuantas hojas se preguntó cuál de los ganadores

de la última partida sería la persona a la que deseaba encontrar…, y por qué no había querido volver a jugar a las cartas hasta aquella noche.

Volvió al coche y cerró la puerta.

El porqué había vuelto a jugar a las cartas no era ningún misterio, naturalmente. Varios peces de Betsy habían empezado a jugar de nuevo el año pasado, y Trumbill había conseguido localizar y "pescar" a dos que en aquellos momentos se encontraban a buen recaudo durmiendo a causa de los tranquilizantes en una casa junto a Oatman, siguiendo el río cerca de Lago Havasu, allí donde habían trasladado el Puente de Londres. Faltaba poco más de una semana para que empezara la tercera gran serie de partidas de asunción, y a esas alturas la persona detrás de la que andaba Trumbill debía de estar muy erosionada. Sí, estaría obsesionada por los recuerdos de la partida del sesenta y nueve, se habría dado a la bebida y se habría convertido en la encarnación del vicio…; en resumen, y como habría dicho Betsy Reculver, estaría muy madura. La tendencia a desplazarse hacia el este para hallarse cuanto más lejos mejor de la aborrecible presencia del océano no tardaría en ser una compulsión abrumadora. Bueno, eso era algo en lo que Trumbill podía tratar de echarle una mano.

Fuera quien fuese Betsy querría que la persona en cuestión estuviera protegida hasta después de la partida, el momento en el que por fin podría consumar sus asunciones de hacía veintiún años y podrían tener lugar sus resurrecciones.

"Aguanta, perrito -pensó-. Toda la desgracia es tuya, no mía."

El teléfono emitió un zumbido. Trumbill lo cogió y anotó los datos que le transmitió la voz: Scott Crane, nacido el 28 de febrero de 1943, dirección 106 calle Segunda Este, Santa Ana. Era la vieja casa de la esquina.

Encendió la luz del techo y examinó los seis sobres de papel manila. Debía de ser el joven de la partida del sesenta y nueve que se había hecho llamar Scott "Espantapájaros"

Smith.

Trumbill abrió el sobre correspondiente y contempló las fotos de Scott Smith. Las fotos tomadas hacía veintiún años mostraban a un joven de rostro delgado y cabellos oscuros que solía estar acompañado por un viejo al que anotaciones en tinta hechas en los márgenes identificaban como Ozzie Smith, evidentemente el padre de Scott. Unida a las fotos con un clip había una copia de una factura del Hotel Mint de Las Vegas. La factura

daba una dirección de Montebello, California, tanto para Scott como para Ozzie; y alguien había escrito "Falsa" en diagonal sobre la factura.

Montebello era una de esas ciudades que formaban parte de Los Ángeles, y estaba lo suficientemente cerca de Santa Ana. Smith tenía que ser el pez que Trumbill andaba buscando. El más próximo de los otros cinco vivía en Sacramento.

El sobre también contenía la foto de una rubia embarazada tomada en el momento en que bajaba de un coche. La mujer tenía el rostro vuelto hacia alguien que estaba fuera del encuadre, y sus rasgos eran enérgicos y bien delineados.

"Issit -decía la nota pegada con cinta adhesiva al dorso de la foto-. Nacida hacia 1935. Clausurada 20/6/60. Hija, nacida 19 (?)/6/60, se la cree viva – "Diana Smith", posiblemente viviendo con Ozzie Smith, dirección desconocida – CLAUSURAR con la máxima urgencia."

Trumbill contempló el rostro de la mujer, y recordó distraídamente cómo había cambiado cuando lo atravesó con sus tres balas hacía treinta años.

Diana Smith… Trumbill alzó la mirada hacia la masa oscura del número 106, y se preguntó si también estaría viviendo allí. Sería magnífico.

Volvió a meter las fotos dentro del sobre, sacó su cartera y contempló su identificación de agente del FBI. Era de la versión más reciente, con la banda dorada cruzando la parte superior, y nadie creería que el obeso Trumbill era un agente que acababa de entrar en el Departamento de Investigación Federal, pero no parecía demasiado probable que Crane supiese muchas cosas sobre los documentos de identificación del FBI.

"Será mejor que deje el coche aquí por si hay algún jack rondando los alrededores y se le ha ocurrido vigilar la zona -pensó-. Es preferible que vaya andando."

Abrió la puerta, se metió la cartera en el bolsillo, dio una palmadita a la funda oculta por su chaqueta que contenía la automática SIG 9 milímetros y fue hacia el número 106 moviéndose tan despacio y con tanta despreocupación como si hubiese salido a dar un paseo.

Crane asomó la cabeza por encima de uno de los coches que Mavranos había obtenido en el patio de subastas. Su respiración se había vuelto rápida y entrecortada.

"Maldita sea -pensó-, no es el tipo del Porsche, pero tiene que ser alguien que trabaja con él…"

Crane estaba temblando. "Mierda, mierda", pensó sintiéndose terriblemente desgraciado.

El cielo estaba empezando a volverse de color gris en el este por detrás de él. Crane había caminado una docena de manzanas hasta que el frío, el cansancio y el pensar en su cama habían acabado convenciéndole de que debía de estar equivocado respecto al hombre del Porsche. "Debió de ser uno de esos tiradores psicópatas que recorren las autopistas -se dijo -. Probablemente le corté el paso sin darme cuenta de lo que hacía, se cabreó y decidió matarme… Un tipo que es capaz de ir por ahí en un coche sin luneta trasera probablemente también debe de ser capaz de hacer esas cosas…"

Pero acababa de ver cómo un hombre que parecía tomarse muy en serio lo que hacía inspeccionaba el coche de Crane, hablaba por un teléfono de pilas y empezaba a caminar hacia su casa. Aquello era tan cierto y tan horriblemente innegable como un diente roto o una hernia. Aun suponiendo que aquel tipo fuese un policía de paisano no cabía duda de que estaba ocurriendo algo, y que se trataba de algo que Crane no quería que ocurriese.

Pensó en las cervezas que había dentro de la nevera, y en lo idiota que había sido al no habérselas llevado consigo dentro de una bolsa.

El gordo ya casi debía de haber llegado a su porche. Crane se dejó dominar por el impulso y cruzó la calle corriendo a toda velocidad en dirección al Jaguar aparcado enfrente de su casa. La luz del farol le permitió ver los sobres de papel manila que había encima del asiento.

Volvió la mirada hacia su casa. El gordo acababa de subir los escalones y estaba entrando en el porche, y si caminaba hasta la puerta no podría ver el Jaguar.

El gordo fue hacia la puerta y desapareció del campo visual de Crane.

Crane se puso de espaldas al Jaguar y golpeó la ventanilla del conductor con su codo.

El cristal se rompió hacia dentro haciendo tan poco ruido como una botella rompiéndose dentro de una bolsa de papel. Crane giró sobre sí mismo, se inclinó y cogió los sobres.

Después volvió a cruzar la calle corriendo hasta llegar al rectángulo de oscuridad que contenía la puerta de la mitad del dúplex ocupada por

Mavranos y llamó a la puerta con la mano libre.

Dejó transcurrir unos segundos y volvió a llamar. "Vamos, Arky -pensó-. Te explicaré cuál parece ser el problema."

Pudo oír pisadas dentro de la casa.

–Déjame entrar, Arky -dijo en un susurro apremiante-. ¡Soy yo, Scott!

Oyó el sonido de una cadena deslizándose por el canal metálico y el tintineo que hizo al caer, y un instante después la puerta se había abierto y Crane ya estaba dentro de la casa.

–Cierra, echa la llave y no enciendas las luces -jadeó.

–De acuerdo -dijo Mavranos-. ¿Qué pasa, es que ahora te dedicas a repartir el correo?

Mavranos llevaba una camisa, calzoncillos y zapatos.

–Cristo, espero que tengas una cerveza.

–También tengo suficientes para los discípulos. Deja que me ponga los pantalones.

10

Irrigando la cavidad -Tu gordo está ahí fuera -dijo Crane con una falsa y temblorosa bravuconería después de haber engullido un buen trago de Coors en la oscuridad de la sala de estar de Mavranos. La habitación olía como la jaula de un animal-. Le echó un vistazo a mi coche, y luego se comió un maldito arbusto del otro lado de la calle y ahora ha ido a mi casa. ¿Cómo dices que se llama? ¿Manillar?

Crane estaba en el sofá, y Mavranos estaba de pie junto a la ventana atisbando por entre las tablillas de la persiana.

–El apellido en el que estás intentando pensar es Mandelbrot. Es el tipo que lo dibujó, ¿sabes? Yo sólo veo un Jaguar con el cristal de una ventanilla roto.

–Yo lo rompí. El maldito cabrón se comió un arbusto. – ¿Qué son esos sobres?

–Dios, no lo sé. Los cogí de su coche. No puedo volver a mi casa. – ¿Susan sigue ahí?

–No, ella… Se ha ido a casa de su madre. Tuvimos una pelea, y por eso salí a dar un paseo y vi a ese tipo.

–Puedes quedarte aquí, pero tenemos que hablar.

–Claro, claro, hablemos. – ¿Ese tipo es el gordo que le disparó a la luna en la cara?

Scott Crane exhaló e intentó pensar con claridad.

–Dios santo… No lo sé. Podría serlo. En los sesenta no le vi. Nosotros llegamos allí después. – Se frotó el ojo bueno y tomó otro sorbo de cerveza-. Dios, espero que no esté relacionado con toda esa mierda…, pero probablemente lo está. La primera noche que voy a jugar a las cartas… Las malditas cartas.

Mavranos seguía inmóvil delante de la ventana.

–Tendrías que hablarme de las cartas, Pogo.

–Tendría que saberlo todo sobre las cartas, joder, y no sé una mierda sobre ellas. Es como permitir que un niño juegue con explosivos o algo parecido.

–Tu gordo ya vuelve.

–Es tu gordo, no el mío.

–Acaba de fijarse en lo que le ha ocurrido a su ventanilla y está mirando a su alrededor. Voy a sostener las tablillas tal como están ahora.

–Tengo un arma -dijo Crane.

–Yo también, Pogo, pero no perdamos los pedales. Se está metiendo en el coche. Lo está poniendo en marcha. Es un coche precioso, y seguro que no lleva el motor original de un Jag debajo del capó… Se marcha, pero tengo la impresión de que no irá demasiado lejos. – Mavranos dejó caer las tablillas de la persiana y se dio la vuelta-. Nadie verá una luz en la cocina. Coge tus sobres y vamos allí.

–Voy a dejarlos aquí. De hecho, si pudiera quedarme dormido encima de este sofá…

–Ya dormirás luego. Ahora coge los sobres y vamos a la cocina. Yo estoy metido en esto por razones de salud, ¿sabes?

Crane contempló en silencio la nota sujeta con un clip al dorso de la foto de Lady Issit mientras Mavranos esparcía las fotos de los otros sobres encima de la mesa de la cocina e iba leyendo las notas unidas a ellas.

–Bueno, ¿y quién son todas estas personas? – preguntó Mavranos por fin. Alzó los ojos y chasqueó los dedos delante del rostro de Crane-. ¿Hmmmm? ¿Qué es esta…, esta categoría a la que perteneces?

Crane parpadeó y alzó la mirada.

–Oh, son… He reconocido a un par. Son jugadores de póquer. Uno de ellos estuvo en una partida conmigo el año sesenta y nueve…, jugamos en una casa-barco en el Lago Mead. Ganó mucha pasta gracias a lo que en ese juego se llama la asunción. Él… -Crane suspiró-. Aceptó dinero a cambio de la mano, y yo también lo hice. Los demás probablemente estuvieron en las otras partidas que se jugaron en el lago esa semana, y apuesto a que también ganaron algunas asunciones.

Crane volvió a clavar la vista en la nota unida a la foto de Lady Issit. Ya la había leído once veces, pero volvió a leerla. Diana Smith, posiblemente viviendo con Ozzie Smith, dirección desconocida, CLAUSURAR con la máxima urgencia. Se dio cuenta de que tenía las palmas de las manos humedecidas por el sudor y de que el corazón le latía a toda velocidad.

–Yo… Eh… Tengo que ponerme en contacto con alguien-dijo.

–Puedes utilizar el teléfono.

–No sé dónde está esa persona, y no conozco a nadie que pueda saberlo..

–No tengo a mano ningún tablero Ouija, Pogo.

CLAUSURAR con la máxima urgencia.

Pensó en el cuidado temeroso con que la había sostenido durante el largo trayecto de vuelta de Las Vegas en 1960, y en el retrato suyo que Diana le había regalado, e intentó recordar lo que cada uno de ellos había dicho la última vez en que hablaron, cuando Diana le telefoneó después de que Crane se hubiera atravesado el tobillo con el arpón de pesca submarina cuando Diana tenía quince años..

Crane había soñado que se había casado. Se pregunto si tendría hijos. Debía de tener treinta años, así que probablemente los tenía. Quizá su conexión psíquica la uniera con los niños, y ya no con él.

Mavranos se había puesto en pie y había ido a la sala.

–Una camioneta azul acaba de detenerse junto a la acera -le oyó murmurar Crane-.

Tres tipos han bajado de ella, y van hacia tu casa.

"Lo que se pone en el pot se esfuma -le había dicho siempre Ozzie-. Ese dinero ya no es tuyo. Puede que lo ganes, pero hasta que lo hagas tienes que considerarlo como dinero gastado, y no has de correr detrás de él." -Están en tu porche -dijo Mavranos.

"Y, naturalmente, si la apuesta de apertura o las subidas a ciegas han sido altas, tan altas que equivalen a lo que podrías gastarte en una docena de manos…, bueno, entonces tienes que empezar a correr riesgos." -Han encendido las luces de tu sala -dijo Mavranos-. Ahora las de la cocina. El dormitorio para invitados. Probablemente también habrán encendido las del otro dormitorio, pero no puedo verlas desde aquí.

"Y si la apuesta previa ha sido tan elevada que los otros siguen sentados a la mesa sólo porque han puesto todo ese dinero encima de ella, a veces puedes apostar todo lo que tienes y ganar con una mano condenadamente floja…"

Crane hizo girar la foto entre sus dedos y contempló a la mujer embarazada. Después se puso en pie, entró en la sala y se detuvo al lado de Mavranos. Crane observó a las siluetas que se movían dentro de su casa. Bastaba con verlas para darse cuenta de que una de ellas era el gordo. Se habría encontrado con la camioneta cerca de la casa y habría venido en ella.

–He de entrar ahí -dijo.

–Esta noche es imposible…, y es probable que esos tipos mantengan vigilada la casa durante un par de días. ¿Qué hay ahí dentro que no podamos conseguir en algún otro sitio?

–El teléfono.

–Mierda, ya te he dicho que podías utilizar el mío.

–Tiene que ser ese teléfono. – ¿Sí? Dime por qué.

Mavranos seguía mirando por la ventana.

Crane contempló la flaca silueta de Mavranos, los ojos entrecerrados que brillaban al reflejar la luz del farol de la calle. Mavranos parecía un pirata.

"¿Puedo confiar en él? – se preguntó Crane -. Está claro que se juega algo en esto, pero juraría que es un solitario y que no está relacionado con ninguno de esos…, esos tronos, poderes y asesinos tan nebulosos. Hace algún tiempo que somos vecinos, nos vemos con frecuencia y siempre se llevó bien con Susan. Y… Dios, sería maravilloso tener un aliado." -De acuerdo -dijo Crane muy despacio-. Si cada uno le cuenta al otro lo que sabemos…, quiero decir lo que sabe sobre este asunto…

Mavranos le estaba sonriendo.

–Lo que quieres decir es que hemos de poner las cartas sobre la mesa.

–Eso es.

Crane le ofreció su mano derecha.

Mavranos la envolvió con la suya, una mano llena de callosidades y cicatrices, y la estrechó con firmeza dos veces.

–De acuerdo.

Dieciocho horas después Crane estaba reptando sobre las manos y las rodillas a través del suelo de su sala en dirección al teléfono. El párpado derecho le escocía mucho, y su mejilla derecha estaba cubierta por un líquido salado.

Los intrusos habían apagado las luces al marcharse, pero las persianas estaban subidas y el tráfico, los neones y los faroles de la calle Main hacían que la habitación pareciera iluminada por un parpadeante crepúsculo extraviado en aquella noche de viernes.

Diez minutos antes Mavranos había aparcado su coche junto a la acera delante de la casa de Crane, había bajado de él y había ido hasta la puerta delantera para atraer la atención de cualquier posible vigilante que estuviese apostado observando la casa. Llamó a la puerta, no obtuvo respuesta y volvió a su coche. Mavranos metió medio cuerpo por la ventanilla abierta e hizo sonar el claxon tres veces, dos bocinazos cortos y uno largo.

Crane estaba en el callejón detrás de la casa.

Cuando oyó el primer bocinazo se metió por el hueco de los tablones sueltos; el segundo bocinazo sonó cuando estaba corriendo a través de la oscuridad que reinaba en su descuidado jardín de atrás, y cuando empezó a sonar el tercero Crane atravesó el cristal de la ventana de su dormitorio con una mano enguantada en cuero, apartó las astillas de vidrio de la parte inferior del marco, saltó por el hueco y cayó sobre la cama.

Cuando el bocinazo se hubo desvanecido estaba de pie junto a la cama. La atmósfera estaba caliente, casi abrasadora. El calentador había estado funcionando toda la noche, todo el día y la mitad de otra noche y, naturalmente, el horno seguía encendido.

Crane se quitó el guante de trabajo de Arky y lo arrojó al suelo.

El dormitorio había sido devastado. Las mantas y las sábanas habían sido arrancadas de la cama, el colchón había sido rasgado a cuchilladas y los cajones de la cómoda estaban esparcidos en el suelo.

Crane fue por el pasillo hasta llegar al cuarto de baño. Avanzó cautelosamente en la oscuridad con las manos apoyadas en las paredes porque el suelo se había convertido en una carrera de obstáculos de revistas,

libros y ropas tiradas por todas partes. El cuarto de baño estaba sumido en las tinieblas, y Crane buscó a tientas por entre la confusión de cajas y botellas que habían sido sacadas del armarito de las medicinas y arrojadas a la pileta.

No había logrado dejar de bostezar ni un instante, y tenía las palmas de las manos humedecidas por el sudor.

Mientras hurgaba en la pileta dio con el bulbo de goma y la botella de solución salina, y se encogió de hombros. "Bueno, ya que estáis aquí…", pensó.

Echó un poco de solución en el tazón para el café que seguía milagrosamente intacto junto a los grifos guiándose por el tacto.

Alzó un dedo hasta su cara y ejerció presión junto a su ojo derecho. El hemisferio de plástico se soltó del anillo de teflón unido a dos de los músculos de su cuenca ocular con un sploooosh que sonaba curiosamente líquido. "El rectus medio y el rectus lateral", recordó Crane. Se había hecho colocar el anillo hacia 1980. Antes de que se lo colocaran usaba un ojo de cristal, y una vez al mes tenía que ir a ver al hombre de los ojos para que se lo quitara y lo limpiase. El anillo había convertido esa visita en una tarea que debía hacerse cada día en casa, algo parecido al limpiar las lentes de contacto.

Crane metió cuidadosamente el ojo artificial dentro del tazón. Después usó el bulbo para absorber un poco de solución salina y empezó a echarla en la cavidad de su cuenca ocular.

Aquella mañana se había saltado la limpieza, por lo que fue rociando concienzudamente todo el interior de la cuenca. Su médico siempre lo llamaba "irrigar la cavidad".

Siguió echando líquido hasta que llegó un momento en el que no pudo seguir fingiendo que no había terminado. ¿Para qué había ido allí?

"Oh -pensó-. Claro. Alcohol para hacer friegas, un rollo de vendajes de gasa y una compresa esterilizada…" Volvió a poner el ojo artificial en su sitio, soltó otro bostezo y empezó a tantear en la oscuridad. Crane parecía incapaz de hacer una inspiración realmente profunda.

"Apuesto a que han cortado la línea -pensó mientras se arrastraba por el suelo de la sala parpadeando para eliminar el exceso de solución salina de su ojo-. Apuesto a que lo han hecho…" Había metido los vendajes y la

botella de alcohol para friegas en una camisa que había cogido de la cesta de la ropa sucia, y tiraba de ella mientras reptaba.

Cogió el teléfono de la mesita, lo puso en el suelo y alzó el auricular. Tragó una honda bocanada de aire y lo dejó escapar muy despacio al oír la señal de marcar. No habían cortado la línea.

"Bueno…", pensó.

Volvió a poner el auricular sobre el soporte con mucho cuidado.

Deslizó sus dedos temblorosos por entre sus cabellos y miró a su alrededor.

Vio que todos sus listines telefónicos habían desaparecido, no sólo el maltrecho cuadernillo de alambre en espiral donde estaban anotados los números más utilizados, sino también los gruesos tomos de páginas blancas y páginas amarillas que repartía la Pacific Bell. "Supongo que la gente también anota números en ellos -pensó-. Los márgenes, las páginas de atrás…, y puede que también dibujen asteriscos al lado de algunos números impresos en el listín, por ejemplo para distinguir a un Jones determinado de entre toda la columna. Me pregunto qué tipo de llamadas o visitas van a recibir mis viejas amistades…"

Desenrolló un par de metros de gasa estéril y colocó la larga tira de tela debajo de su pierna.

Se echó hacia atrás y permaneció inmóvil durante casi un minuto con la mirada alzada hacia la ventana contemplando la oscura e hirsuta cabeza de la palmera que se balanceaba impulsada por la brisa nocturna. No se atrevía a levantar la cabeza lo suficiente como para que le viesen desde fuera, pero podía quedarse agazapado allí y observar la palmera. "La palmera se encuentra fuera del agujero en el que estoy metido -pensó-. Le basta con ir absorbiendo las sustancias nutritivas y prepararse para la sesión de fotosíntesis de mañana, igual que cualquier otro día…"

Acabó dejando escapar un suspiro, sacó el cuchillo Schrade de Arky de su bolsillo y lo abrió. La ancha hoja de diez centímetros de longitud estaba moteada por las marcas del humo. Arky había encendido uno de los quemadores de su cocina y lo había sostenido sobre él durante unos momentos, pero después le había dicho que si le era posible sería mejor que usara alcohol para hacer friegas.

Crane desenroscó el tapón de la botella de plástico y echó alcohol sobre los dos lados de la hoja. El alcohol tenía un olor muy fuerte, y Crane sintió

su frialdad en el muslo cuando echó un par de generosos chorros sobre la pernera izquierda de sus téjanos.

Estaba temblando, y el corazón le latía a toda velocidad creando ecos en el vacío helado de su pecho.

Tenía que recordarse a cada momento que había pensado en cada etapa de lo que iba a hacer por lo menos cien veces durante las últimas dieciocho horas, y que no había conseguido dar con ninguna otra solución.

Sostuvo el cuchillo sobre su muslo izquierdo con la mano derecha sintiendo el pinchazo de la punta a unos cinco centímetros de donde suponía que estaba su fémur. Su mano izquierda estaba abierta y flotaba sobre su cabeza mientras hacía acopio de valor.

Estaba jadeando, y pasados unos segundos sus fosas nasales captaron nuevas profundidades y matices en las vaharadas de olor a alcohol que llegaban hasta ellas.

Apartó la mirada del cuchillo… … y contempló la botella abierta de escocés Laphroaig que había sobre la alfombra con un vaso Oíd Fashioned medio lleno al lado. Estaba seguro de que no se encontraban allí cuando se había arrastrado sobre el suelo de la sala hacía tres o cuatro minutos.

–Scott…

La voz de Susan, un murmullo que llegaba de las sombras que había más allá de la botella. Scott alzó la mirada y creyó poder verla. La luz difusa e irregular convertía el estampado de sus ropas en un dibujo de camuflaje y mantenía el rostro vuelto a un lado, pero Scott tuvo la seguridad de que podía ver la caída de su negra melena y el contorno de un hombro y una pierna.

–No lo hagas, Scott -dijo Susan-. ¿Por qué quieres hacerte daño para encontrarla cuando puedes tomar una copa y tenerme a mí?

Un rocío de sudor helado cubrió el rostro de Crane. – ¿Es eso lo que eres? – preguntó con un hilo de voz-. ¿La bebida, el delirium tremens? ¿He sido yo quien ha puesto esa botella ahí? ¿Estoy hablando conmigo mismo?

–Scott, ella no se merece que hagas esto. Toma una copa y deja que yo…

"No -pensó -, esto no puede ser una alucinación. Arky la vio dos veces ayer… Arky vio a esta…, esta silueta, esta criatura." -Ven al dormitorio. Tráete la botella.

Pudo oír un roce quitinoso cuando la silueta de contornos borrosos encogida en la esquina se puso en pie. ¿Iría al dormitorio, o vendría hacia él?

"No es Susan -se recordó nerviosamente -. Susan está muerta. Esta cosa no tiene nada que ver con Susan…, o casi nada. Como mucho es un fósil psíquico suyo, algo que tiene su forma y unos cuantos recuerdos suyos, pero está compuesto de otra sustancia."

Venía hacia él. La luz fue trepando por la silueta que se le aproximaba: dos piernas delgadas, las caderas, los pechos… Dentro de un instante vería su rostro, el rostro de su esposa muerta.

Crane dejó caer la mano con todas sus fuerzas sobre la empuñadura del cuchillo que sostenía en posición vertical encima de su muslo como si cerrara una puerta de un manotazo para impedir que algo horrible entrase en la habitación.

El aliento siseó al salir por entre sus dientes y la habitación pareció vibrar con un zumbido estridente. El dolor que se había adueñado de la pierna que acababa de apuñalarse era una negrura ardiente, pero Crane tenía frío, se estaba congelando, y la sangre había brotado tan deprisa que la empuñadura del cuchillo que sobresalía de su muslo ya se había vuelto resbaladiza y sus manos se deslizaron sobre la húmeda madera recalentada de la empuñadura. Crane acabó consiguiendo agarrarla bien y tiró de ella, pero los músculos de su pierna parecían estar aferrando la hoja desde dentro. Necesitó utilizar todas sus fuerzas para hacerlo subir hasta sacárselo, y cuando el filo cortó un poco más de carne al ser extraído Crane estuvo a punto de vomitar.

Entrecerró los ojos y contempló la habitación sumida en la penumbra. La cosa que parecía ser Susan se había esfumado.

Colocó la compresa esterilizada sobre el tajo de la pernera empapada con manos pesadas y torpes -"Tendría que haberme quitado los pantalones antes de hacerlo", pensó confusamente-, y después tiró del trozo de gasa y lo ató alrededor de su muslo dejándolo lo más apretado posible sobre la compresa.

Su corazón, que había estado latiendo a toda velocidad antes de que hundiera la hoja del cuchillo en su muslo, parecía haberse calmado un poco y estaba latiendo más despacio y con un curioso tintineo metálico parecido al que produciría un viejo que estuviese jugando a lanzar herraduras. Crane

pensó que casi podía oler las nubecillas de polvo seco que se levantaban a cada impacto.

"Es el shock -se dijo-. Échate hacia atrás, pon los pies encima del sofá, eleva la herida por encima del corazón… Intenta relajar los músculos de tu caja torácica para que puedas respirar despacio haciendo inspiraciones profundas. Adelante, apriétate la pierna todo lo que te apetezca…"

El motor-compresor de la nevera se puso en marcha y se desconectó pasado un minuto. Una sirena aulló por la calle Main, y Crane la escuchó con la vaga esperanza de que el vehículo acabaría deteniéndose cerca de allí. No lo hizo.

"Venga -pensó -. Llama."

La sangre empezó a rezumar por debajo de la compresa, corrió por su muslo y fue empapando el fondillo de sus pantalones. "La alfombra quedará hecha un asco -pensó -. Susan se… Basta."

Volvió la mirada hacia el vaso de escocés. Podía oler el agradable calor humeante del líquido, del cuerpo de Susan…

"Basta."

El timbrazo del teléfono le despertó. ¿Cuánto tiempo llevaba sonando? Crane extendió un brazo hacia él y manoteó torpemente hasta que logró descolgar el auricular. – ¡Espera! – graznó intentando coger el auricular. Tenía las manos pegajosas a causa de la sangre -. ¡No cuelgues, espera!

Logró curvar los dedos de una mano alrededor del auricular, tiró de él haciendo que se deslizara sobre la alfombra empapada de sangre y alzó su peso hasta una oreja. – ¿Diga?

Oyó una voz de mujer. – ¡Scott! ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? ¡Si no dices algo enseguida llamaré a una ambulancia ahora mismo!

–Diana -dijo Crane. Tragó una honda bocanada de aire y se obligó a pensar con calma-. ¿Estás en casa?

–No, Ozzie me hizo prometer que… No importa, ¿qué…?

–Bien -dijo Crane interrumpiéndola-. Escúchame con atención y no cuelgues. No necesito ninguna ambulancia. Dios…, dame un minuto y no cuelgues. – ¡Tu voz suena terriblemente débil! No puedo darte un minuto… Limítate a decirme qué le ha pasado a tu pierna.

–Me clavé un cuchillo en ella. Yo… -¿Es muy grave? ¡Deprisa!

–Creo que no es demasiado grave. Usé un cuchillo esterilizado y me aseguré de que lo clavaba lejos de la gran arteria… -¿Lo hiciste a propósito? – Diana parecía aliviada y, al mismo tiempo, muy enfadada-. ¡Estaba en el trabajo y me caí al suelo! ¡El encargado tuvo que utilizar mi contraseña para desactivar la caja registradora, y luego tuvo que llamar a uno de los chicos de las entregas para que me llevara a casa! ¡Ahora estoy de baja, y no tendré derecho a cobrar por enfermedad hasta que lleve un año trabajando allí! ¿Qué era, una partida de póquer-amputación?

Crane dejó escapar un largo suspiro.

–Tenía que ponerme en contacto contigo lo más deprisa posible.

Diana pareció soltar una tosecilla ahogada. – ¿Que tú qué? – murmuró un instante después-. Debes de estar loco, no puedo… -¡Maldita sea, escúchame de una vez! – dijo secamente Crane-. Puede que me desmaye, y probablemente no conseguiré volver a llegar hasta el teléfono. Tú y Ozzie…, y yo…, alguien quiere matarnos a todos, y disponen de todos los recursos necesarios para dar contigo y con él de la misma forma en que me han encontrado a mí. ¿Sabes si Ozzie sigue vivo?

Diana tardó unos momentos en responder.

–Sí -dijo por fin.

–Necesito hablar con él. Es algo relacionado con la partida que jugué en el Lago Mead el año sesenta y nueve. Ozzie sabía algo y…

–Cristo, ya ha pasado más de un minuto. Me largo de aquí…, quédate junto al teléfono… Estoy loca, pero te llamaré desde otra cabina…

Crane logró volver a colocar el auricular encima del soporte. Después se limitó a acostarse en el suelo y se concentró en la tarea de respirar. Por suerte la habitación estaba caliente. Un nuevo dolor profundo y palpitante estaba empezando a formarse en su pierna por detrás del calor incesante del dolor inicial.

El teléfono sonó y Crane cogió el auricular. – ¿Eres tú? – preguntó.

–Sí. Ozzie me hizo prometer que no hablaría contigo desde un teléfono que se pudiera localizar…, especialmente ahora que han pasado veinte años. Habla.

–Los tipos que mataron a tu madre quieren matarte. Y a mí, y a Ozzie… No sé por qué. Ozzie sabe por qué o no me habría abandonado. Necesito hablar con él para salvarnos a todos.

Diana tragó aire.

–Estás condenado, Scott -dijo, y por el sonido de su voz parecía estar llorando-. Si es que sigues siendo Scott… ¿Qué te regalé para tu cumpleaños en el sesenta y ocho?

–Un retrato mío que habías dibujado en la escuela. – ¡Mierda! – sollozó Diana-. ¡Ojalá ya no existieras! No, no he querido decir eso… Te quiero, Scotty. Adiós.

Un chasquido en su oreja, silencio, la señal de marcar. Crane colocó con mucha delicadeza el auricular sobre el soporte y se quedó inmóvil durante unos minutos sin apartar los ojos del teléfono.

Estaba lúgubremente seguro de que podía apuñalarse en la otra pierna o en el estómago y de que Diana no volvería a llamarle.

Lágrimas de autocompasión se deslizaron por su rostro y se mezclaron con el sudor y la solución salina.

"Una ruina humana tuerta de cuarenta y un años de edad -pensó, y soltó una carcajada-. ¿Qué te hizo pensar que podías ayudar a alguien? Es lista y ha decidido no tener nada que ver contigo. Cualquier persona haría lo mismo en su lugar…, cualquier persona real."

Su pierna parecía haber dejado de sangrar aunque le palpitaba de dolor, y la parte de alfombra sobre la que se encontraba acostado se había convertido en una masa esponjosa empapada de sangre que se iba enfriando al coagularse.

Crane acabó alargando una mano y cogió el vaso de escocés.

Después permaneció varios minutos inmóvil inhalando los vapores que brotaban de él y dejando que se le subieran a la cabeza. Si iba a beberlo iba a beberlo, por lo que no había ninguna prisa. Lo que pudiese estarle esperando en el dormitorio seguiría esperándole allí, y de todas formas probablemente tendría que estar considerablemente borracho para dejarse engañar, para conseguir la…, la suspensión de la incredulidad.

–Y el amor humano necesita méritos humanos -murmuró recitando unas líneas de El sabueso del cielo, el poema de Thompson que siempre había sido uno de los favoritos de Susan-. ¿Cómo has llegado a merecer de entre toda la grumosa arcilla del hombre la pella más repugnante y sucia? – Volvió a reír, estuvo a punto de atragantarse y aspiró los vapores del whisky-. ¿A quién encontrarás que puedas amar, innoble criatura, salvo a Mí…, salvo a Mí?

El que hablaba en el poema era Dios, pero Crane supuso que la divinidad era algo relativo.

Clavó los ojos en el vaso.

El teléfono sonó y Crane no se movió. Volvió a sonar, y Crane meneó enérgicamente la cabeza y derramó el licor sobre su vendaje. El nuevo dolor le hizo lanzar un siseo ahogado mientras alargaba una mano hacia el auricular.

–Ahhh… ¿Eres tú?

–Sí. – Diana sorbió aire por la nariz-. Estoy haciendo esto sólo porque creo que es lo que Ozzie haría si hubieses conseguido ponerte en contacto con él. ¿Te acuerdas del sitio al que solía llevarnos para…, para los dobonuts muchos domingos por la mañana?

–Claro, claro.

"Esto es serio -se dijo-. Has vuelto a la pelea, así que presta mucha atención." -Le telefonearé y le diré que quieres verle en ese sitio mañana al mediodía. Le he visto allí un par de veces; es el único lugar en el que está dispuesto a hablar. ¿Lo has entendido? Probablemente no irá. Y escucha, si… -Estaba llorando, y cuando volvió a hablar Crane pudo captar el miedo que impregnaba su voz -. Si va y tienes algunos amigos peligrosos diles que él no sabe dónde estoy ni cómo ponerse en contacto conmigo. ¿Lo harás? Haz que lo crean. Te juro por mis hijos que es la verdad.

–De acuerdo, estaré allí. – Crane se frotó la cara-. Diana, ¿tienes niños? ¿Estás casada? ¿Cuánto hace que…? – ¡Scott, esto no es una llamada social!

–Diana, yo también te quiero. Te juro que me mataré antes de permitir que me utilicen para llegar hasta ti. – Dejó escapar una carcajada enronquecida-. He descubierto que se me da muy bien el apuñalarme. Dios, niña… Soy yo, Scott, tu hermano. Por favor, dime dónde estás…

Crane pudo oír cómo Diana volvía a sorber aire por la nariz. – ¿Que dónde estoy? Estoy volando en la hierba.

La frase no significaba nada para Crane.

Volvió a oír el chasquido de la conexión al cortarse.

Rodó cautelosamente sobre sí mismo y se puso a cuatro patas sudando, maldiciendo y torciendo el gesto porque sin quererlo había flexionado los músculos desgarrados de su pierna.

"No puedo salir por la puerta principal -pensó-. Y según Arky es probable que haya una mira telescópica apuntando a la puerta trasera… Tendrá que ser por la ventana del dormitorio, y tendré que arrastrarme por lo menos hasta llegar al pasillo para que no me vean desde fuera…"

Sabía que no había nadie más en la casa…, o, por lo menos, que no había ningún ser humano aparte de él. ¿Qué demonios era aquella criatura que se parecía a Susan? Era lo suficientemente real como para que Arky la hubiese visto -¡e incluso para que hubiese hablado con ella! – , y lo bastante sustancial como para haber llevado una botella y un vaso a la sala.

La silla que había delante de él… Susan, la auténtica Susan había vuelto a tapizarla hacía un par de veranos, y había trasladado la estantería que se inclinaba a un lado hasta la esquina para que pareciese estar recta, y había pintado los suelos. El día anterior Crane se había preguntado si habría dejado una huella lo bastante clara para que la casa pudiera proyectar una imagen tangible de ella.

No sabía por qué, pero ayer la idea no le había parecido tan horrible.

Pero esta noche le bastaba con pensar en que podía encontrarse a la criatura en el pasillo -quizá también a cuatro patas, que podía quedar cara a cara con aquel rostro que era una imitación- para empezar a temblar.

Se imaginó el rostro blanco y las esferas blancas de los globos oculares, igual que en las estatuas griegas de la antigüedad. ¿Qué cosas podría llegar a decirle? ¿Y su sonrisa? ¿Se parecería a la sonrisa que recordaba haber visto en los labios de Scott?

Crane se estremeció y parpadeó para quitarse las lágrimas de los ojos. "Susan, Susan -pensó-, ¿por qué tuviste que morir? ¿Por qué me dejaste aquí? ¿Y cuánto hay de ti en esa…, esa criatura?"

Empezó a arrastrarse hacia la arcada del pasillo y las sombras que había más allá.

Ozzie nunca les había enseñado ninguna oración, y Crane empezó a murmurar las estrofas de los villancicos que conocía…, hasta que descubrió que estaba canturreando "Sonny Boy" y cerró la boca con un considerable esfuerzo de voluntad.

Llegó al pasillo y se puso en pie descargando su peso sobre la pierna sana. Volvió la cabeza hacia la puerta del dormitorio -estaba abierta- y pudo ver el rectángulo gris de la ventana cuyo cristal había roto más allá del bulto oscuro de la cama, y se obligó a entrar en la habitación.

La puerta del armario estaba abierta, y ella estaba acurrucada sobre el montón de prendas que había arrancado de los colgadores.

–Dejándome sola para irte con tus amigotes -murmuró.

Crane no la miró.

–Estás… -empezó a decir, y se calló porque se sentía incapaz de pronunciar la palabra muerta. Se arrodilló sobre la cama y empezó a reptar hacia la ventana-. No eres ella -dijo con voz temblorosa.

–Me estoy convirtiendo en ella. Pronto lo seré. – Y de repente el olor del café caliente invadió la habitación-. Llenaré la cavidad.

–He…, he de irme -dijo Crane aferrándose a todo lo que había de prosaico y cotidiano en aquella frase.

Deslizó cautelosamente su pierna sobre el marco de la ventana, pasó la otra pierna y se agarró a los montantes laterales. El aire nocturno estaba bastante frío.

Oyó golpes y gemidos ahogados pero violentos dentro del armario. Al parecer la criatura estaba sufriendo alguna especie de ataque. Crane puso los pies sobre la hierba reseca y se alejó cojeando a través del patio sumido en las tinieblas en dirección al hueco de la valla.

11

OceanofPDF.com

¿Cómo me maté?

Crane entrecerró los ojos para protegerlos de los reflejos que el sol de la mañana arrancaba al pavimento de la autopista que desfilaba velozmente debajo de él.

La lluvia había estado repiqueteando en los desagües del tejado y siseaba en los árboles cuando él y Mavranos salieron furtivamente del apartamento de éste utilizando la puerta trasera un par de horas antes del amanecer; pero después de que hubieran desayunado en una cafetería al otro extremo de la ciudad y hubiesen vuelto al estacionamiento -Mavranos chupaba distraídamente un palillo-, el sol brillaba en un cielo azul libre de nubes, y sólo el frío del tirador de la puerta y la manivela de la ventanilla recordaron a Crane que aún no era verano.

Iban en una camioneta que Mavranos había comprado en algún patio de subastas el otoño pasado, una Suburban del setenta y dos grande y de forma cuadrada que tenía el parabrisas resquebrajado, los neumáticos demasiado grandes para aquel modelo y una vieja capa de pintura azul erosionada por el desierto. La camioneta vibraba y temblaba mientras corría por la autopista de Newport, pero Mavranos la manejaba sin problemas con sólo una mano sobre el enorme volante mientras la otra sostenía una lata de Coors envuelta en lo que Mavranos llamaba un "camuflador", un rectángulo de plástico flexible con el logotipo de la Coca-Cola impreso en él.

Crane ocupaba el asiento contiguo. Había subido las rodillas a causa del montón de libros, ropa vieja y llaves inglesas que había en el suelo, y tomaba sorbos de café tibio de un vaso de plástico mientras intentaba sujetarse para notar lo menos posible las vibraciones de la camioneta. Mavranos le había vendado el muslo herido con la relajada competencia de un viejo boy scout y le había asegurado que no se infectaría, pero la pierna le dolía y no paraba de palpitarle, y cuando se dio un golpe en ella con el brazo de un sillón el mundo perdió todos los colores, y Crane tuvo que clavar los ojos en el suelo y respirar hondo para no perder el conocimiento.

Llevaba unos téjanos viejos de Mavranos con las perneras enrolladas sobre los tobillos como si fuese un crío porque le quedaban demasiado largos.

Crane apoyó su frente un poco sudorosa sobre el frío cristal de la ventanilla, y comprendió que debía de haber pasado mucho tiempo desde la última vez en que había viajado por aquella autopista. Recordaba haber

visto enormes campos de judías y fresas irrigados mediante rociadores automáticos extendiéndose hasta perderse de vista a cada lado, pero los campos habían sido sustituidos por "Auto-Centros Comerciales" y gigantescos edificios de cristal color bronce sobre los que se leían nombres como UNISYS y WANG, racimos de bancos y relucientes apartamentos recién edificados y hoteles que se apelotonaban alrededor de la masa de mármol, claraboyas y helechos del centro comercial Plaza Costa Sur.

Estaba viajando por un condado de Orange donde ya no había naranjos, una región conquistada por los promotores inmobiliarios que la habían vuelto estéril al mismo tiempo que la convertían en fabulosamente valiosa, y la adinerada complacencia de toda aquella zona parecía excluir por definición la presencia de personas como él y Arky de forma tan implacable como había acabado excluyendo a los granjeros.

–Trajes de tres piezas -gruñó Mavranos después de haber apartado la mirada durante unos momentos del tráfico que se movía por delante de ellos-. Se… -Hizo una pausa para tomar un sorbo de cerveza-. Se reproducen. Las autopistas están atascadas la mitad del tiempo, no puedes hacer ejercicio porque la atmósfera es irrespirable y no puedes comer el pescado que capturan en la bahía, y nadie que esté dispuesto a hablar contigo o conmigo puede permitirse el lujo de comprar una casa a pesar de que los malditos trajes de tres piezas han aplanado todas las viejas colinas y cañones con sus malditos artefactos… ¿Te has dado cuenta de que esos tipos no hacen nada? Todos son intermediarios… Venden cosas, son agentes que manejan cosas, empaquetan cosas, anuncian cosas o especulan con las cosas.

Crane sonrió débilmente sin apartar la cabeza del cristal de la ventanilla.

–Algunos de ellos tienen que fabricar cosas, Arky.

–Supongo que sí…, pero no tardarán en ser aplastados. Los trajes de tres piezas de los que te hablo están creciendo y se reproducen continuamente a expensas de todo lo demás, incluso de algo tan sencillo y tan antiguo como la tierra y el agua.

Un BMW nuevo les adelantó a gran velocidad por la derecha.

–Mi esposa… Susan está muerta -dijo Crane de repente. Mavranos volvió la cabeza hacia él, le contempló en silencio durante un momento y sacó el pie del acelerador. – ¿Cuándo ocurrió? – ladró -. ¿Cómo? ¿Cuándo te enteraste de eso?

–Ocurrió hace trece semanas. ¿Te acuerdas del día en que vino la ambulancia y yo dije que se había desmayado? – Crane se acabó el café y arrojó el vaso de plástico hacia la parte trasera de la camioneta-. Bueno, pues la verdad es que murió. Fibrilación.

Tuvo un ataque cardíaco. – ¿Que Susan murió hace trece semanas? ¡No digas gilipolleces! Yo…

–Esa criatura a la que viste y con la que hablaste no es ella. Es… No sé qué es, quizá una especie de fantasma. Te lo habría contado antes, pero hasta anoche no…, no comprendí que debía de tener algún tipo de relación con todo lo de las cartas.

Mavranos meneó la cabeza mientras fruncía salvajemente el ceño. – ¿Estás…, estás seguro? De que está muerta, quiero decir… ¿No estarías borracho y te dejó o algo por el estilo?

–Arky, yo… -Crane extendió las manos y puso cara de impotencia-. Estoy seguro.

–Maldita sea. – Mavranos había vuelto a clavar la mirada en el tráfico, pero estaba tragando saliva y le brillaban los ojos-. Será mejor que me cuentes todo lo que sepas sobre esa mierda, Pogo.

Crane le quitó la lata de cerveza de entre los dedos y tomó un buen trago de ella.

–Una mañana Susan estaba bebiendo café… -empezó a decir.

Se detuvieron en un aparcamiento enorme al oeste del muelle de Balboa y se alejaron del trueno y el espumear del oleaje hasta llegar a la angosta avenida sombreada por los árboles que era la calle Main. La pierna de Crane palpitaba y le dolía, y en varias ocasiones tuvo que pedir a Mavranos que hicieran una parada para respirar profundamente y descargar su peso sobre la pierna buena.

Aquella mañana de primavera Balboa estaba muy tranquila y silenciosa. Los coches se movían sobre el pavimento mojado del bulevar Balboa con un siseo de neumáticos, pero había plazas de aparcamiento vacías esparcidas a lo largo de las aceras y las únicas personas visibles en ellas parecían ser habitantes de Balboa que se dirigían hacia la panadería atraídos por el olor del café caliente que flotaba en la brisa fresca. – ¿Dónde solíais ir a por esos…, esos godonuts? – preguntó Mavranos.

Llevaba las manos metidas en los bolsillos de su maltrecha chaqueta caqui.

–Dobonuts -dijo Crane -. Mi hermana pequeña se inventó la palabra. Quiere decir "donuts de Balboa". No es aquí. Hay que ir a la isla.

"Hay que ir a la isla…" Crane no sabía por qué, pero la frase le pareció inquietante, y la idea de que había montones de agua cerca -el canal estaba delante de ellos y el océano se hallaba a su espalda- no le gustaba en lo más mínimo.

–"Teme la muerte por el agua" -dijo Mavranos.

Crane volvió rápidamente la cabeza hacia él. – ¿Qué has dicho?

–Es de El erial…, ya sabes, T. S. Eliot. Al comienzo del poema cuando Madame Sosostris está interpretando las cartas del tarot… Y aquí está el mercader tuerto, y esta carta en la que no hay nada, es algo que lleva a su espalda y que me está prohibido ver.

No encuentro al Ahorcado. Teme la muerte por el agua."

Crane volvió a detenerse y le miró. Una gaviota estaba caminando por la acera, y oyó el estridente grito de otra en algún punto por encima de su cabeza.

–Así que has leído a T. S. Eliot -dijo Crane.

Mavranos se volvió hacia él, entrecerró los ojos y adoptó una expresión beligerante.

–He estudiado, ¿sabes? Puede que no haya leído todo tu Hemingway, tu Proust y tu H. Salt Fitzgerald, pero me he enterado de montones de cosas leyendo toda clase de libros y todas esas cosas tienen que ver con el encontrar una cura a mi enfermedad…, y si no eres capaz de darte cuenta de que también están relacionadas con tus problemas entonces…

–No, no, lo veo. Tendrás que contarme muchas más cosas sobre El erial y sobre Eliot.

Es solo que… Bueno, no es muy frecuente encontrarse con alguien que te suelta una cita de Eliot así como si tal cosa.

–Está claro que aún no te has dado cuenta de que soy una persona muy rara, Pogo.

Crane guió a Mavranos por la calle Main moviéndose con una mezcla de deslizamiento y cojera. Dejaron atrás el elegante restaurante especializado en pescado y mariscos, y llegaron al extremo de la calzada. Las embarcaciones de recreo atracadas junto a ella se mecían sobre las aguas verdigrises al otro lado de la barandilla. El muelle del transbordador estaba a su izquierda, detrás de la Zona de Diversión con sus atracciones,

sus lectores de la palma de la mano y sus puestos de plátano-helado-en-un-palito, pero incluso aquella angosta franja de terreno había adquirido una aureola de sofisticación que no existía en los días en que Crane solía ir allí con Ozzie y Diana.

En aquellos tiempos sólo había edificios de madera pintados con colores chillones, hippies y borrachos tumbados o sentados sobre el cemento manchado de la acera; pero todo aquello había desaparecido y había sido sustituido por barandillas de estaño que conducían hasta terrazas de restaurantes repletas de sombrillas, salones en los que parpadeaban los juegos de vídeo y un tiovivo que parecía nuevo y emitía una versión extrañamente acelerada de "¿Verdad que nos estamos divirtiendo?".

Crane se sintió todavía más fuera de lugar allí de lo que se había sentido en la autopista.

Había un transbordador atracado en el muelle. Su puerta de hierro giró hacia arriba para dejar que tres coches se movieran por la rampa de madera entre chirridos y golpes sordos hasta llegar al pavimento. Otro transbordador se estaba alejando, y ya había recorrido la mitad del kilómetro y medio de anchura del canal. La gastada pintura roja y blanca y los viejos tablones de madera de la cubierta de los transbordadores hacían que pareciesen los únicos elementos de la escena local que databan de la época de Crane.

Crane subió a bordo. El lento mecerse de la cubierta no le hizo ninguna gracia. "Teme la muerte por el agua", pensó.

Los espaciosos asientos de madera aún estaban salpicados por los charquitos de la lluvia de la mañana. Crane y Mavranos entregaron dos monedas de veinticinco centavos a la chica vestida con un impermeable amarillo que llevaba el aparato para dar cambio sujeto a su cinturón de loneta, y decidieron quedarse de pie sobre la lona alquitranada pintada de gris que protegía la cubierta mientras el motor empezaba a acelerar y la embarcación se deslizaba grácil-mente sobre las aguas. Crane y Mavranos permanecieron en silencio contemplando cómo las palmeras, los mástiles de las embarcaciones y los edificios de poca altura de la isla Balboa se iban acercando poco a poco.

Mavranos echó hacia atrás su revuelta cabellera negra y miró por encima de la barandilla.

–Dios, fíjate en todos esos peces…, róbalos y atunes, y eso es un tiburón de los arenales. Si disparases una escopeta apuntando al agua podrías matar una docena.

Crane bajó la mirada hacia el agua y la multitud de formas borrosas que se agitaban bajo la superficie.

–Apuesto a que esta noche Saturno brillará mucho -dijo en voz baja-, y a que todas sus lunas se estarán moviendo detrás de él.

Bajaron del transbordador en el muelle de la isla y fueron en dirección este por el espacioso paseo de la playa avanzando entre las mansiones desprovistas de patio y de aspecto muy caro que había a la izquierda y un corto tramo de playa que hacía pendiente y estaba puntuado por atracaderos privados a la derecha. Crane caminaba bastante de prisa a pesar de su cojera, pero estaba pálido y tenía el rostro sudoroso.

Unos nubarrones oscuros volvieron a aparecer procedentes del norte y el oeste contrastando vividamente con los retazos de cielo azul. Crane alzó la mirada y vio cómo los rayos del sol convertían a las gaviotas que trazaban círculos en lo alto en puntitos blancos que se recortaban contra un telón de cúmulos negros.

En el extremo sur de la calle Marina una cañería muy gruesa asomaba de la pendiente arenosa y se adentraba unos cuantos metros en el agua. PELIGRO -decía el letrero colocado sobre ella-, FINAL DE UN DESAGÜE DE TORMENTA.

"Más agua -pensó Crane -, y peligrosa…" -Es a la izquierda -dijo en un tono de voz un poco nervioso -. Hay un mercado delante. Verduras, pan…, es el sitio donde solíamos comprar los donuts. Es muy antiguo, ha estado allí desde la década de los veinte. Espérame aquí.

–Quizá pueda serte útil.

–Pareces Gengis Khan. Confía en mí y espera aquí.

–De acuerdo, Pogo, pero si el viejo está ahí procura acordarte de todo lo que te diga.

–Eh, hoy estoy sobrio, ¿te acuerdas?

Crane se alejó cojeando hacia el final de la calle. Seguía moviéndose bajo la luz del sol, pero avanzaba hacia la oscuridad que se acurrucaba bajo las nubes llegadas del norte. Casas de fachadas muy estrechas se apelotonaban en las aceras, y las únicas personas a las que vio eran mujeres arrodilladas en jardines diminutos y hombres que hacían trabajos

incomprensibles con herramientas que zumbaban y chirriaban en garajes con la puerta abierta para dejar entrar la mañana del sábado.

El mercado había cambiado el nombre de Mercado Lechero de Arden que recordaba Crane por el de Mercado Hershey, y lo que había sido una farmacia-droguería al otro lado de la calle se había convertido en una agencia inmobiliaria, pero las siluetas de los edificios eran las mismas y Crane intentó caminar más deprisa.

–Quieto, Scott.

La voz que no había olvidado seguía siendo autoritaria, y Crane obedeció de forma automática. Volvió la cabeza lentamente y con cierta vacilación, y vio una silueta alta y delgada inmóvil en las sombras debajo del toldo del restaurante Village Inn a seis metros de distancia al otro lado de la calle llena de charcos. – ¿Oz?

–Tengo un arma lista para disparar cartuchos con punta hueca, y el cañón está apuntando a mi corazón, no al tuyo -dijo el anciano con voz tensa-. ¿Quién es ese amigo tuyo que se ha quedado junto a la playa?

–Es un vecino mío. Está metido en la misma clase de lío que yo. Yo… - ¿Qué maldita clase de camioneta es ésa? ¿Cómo podéis ir en un trasto así? – ¿La camioneta…? ¿La camioneta en la que hemos venido? Es suya. Es una Suburban. Compra coches en los patios de subastas y…

–Olvídalo. ¿Qué libro estabas leyendo cuando fuimos en busca de Diana?

–Maldita sea, Oz, no tienes derecho a esperar que me acuerde de algo así, pero era Los hombres monstruo, de Edgar Rice…

–De acuerdo, así que aún no ha celebrado la próxima partida…, pero probablemente decida empezar esta Pascua.

El anciano salió de las sombras apoyándose en un bastón ortopédico de aluminio con una base cuadripodal. Su cabello era una delgada nubecilla de un blanco algodonoso que parecía flotar sobre la piel rosada de su cuero cabelludo, y vestía un traje gris oscuro bastante holgado con una camisa blanca y una corbata azul. Su mano libre se mantuvo dentro del bolsillo derecho de su chaqueta mientras cruzaba el pavimento mojado en dirección a Crane. – ¿Qué quieres de mí? – preguntó.

Las lágrimas invadieron los ojos de Crane haciéndole ver borroso. – ¿Qué te parecería empezar con un "¿Qué tal has estado?"? Cristo, cometí un error, me comporté como un crío estúpido… ¿Hay muchos crios que no

sean estúpidos? ¿Es que no vas a perdonarme ni siquiera ahora que han pasado veinte años? Empiezo a creer que no saldré vivo de este lío y tú actúas como si…

–Estás horrible -dijo el anciano con voz enronquecida-. Bebes demasiado, ¿verdad? Y ahora que ya es demasiado tarde te dedicas a dar vueltas por ahí con un vagabundo en una camioneta ridícula intentando dar con una forma de conseguir que deje de llover. Mierda. – Dejó que su bastón se sostuviera sobre la base cuadripodal, dio un paso hacia adelante y rodeó a Crane con el brazo libre-. Te quiero, chico, pero eres hombre muerto -dijo, y el cuello de la camisa de Crane ahogó su voz.

–Cristo, Oz, yo también te quiero -dijo Crane, y estrechó los delgados hombros del anciano entre sus dedos-. Y aunque esté muerto me alegra volver a verte, pero… Oye, tienes que contarme lo que ha ocurrido. ¿Cómo me maté tomando parte en esa…, esa maldita partida?

Ozzie dio un paso hacia atrás, tensó la mano libre sobre la empuñadura de goma de su bastón ortopédico y Crane pudo ver que los años habían marchitado aquel rostro que en tiempos había sido tan decidido y enérgico, y se dio cuenta de que habían extinguido la evidencia de todas las emociones salvo la preocupación y -sí, quizá aún estuviese allí-un resto del sentido del humor de antaño.

–Asunción -dijo Ozzie-. Ese tipo, ese tal Ricky Leroy… Te asumió. Creó una relación con tu cuerpo, una especie de lazoglobo… Mierda, hijo, después de haberte perdido he leído montones de libros y he hecho bastantes preguntas…, e incluso antes de hacerlo ya sabía mucho sobre los peligros de las cartas, todo eso que tú creías era una superstición con tan poco fundamento como la de que si pisas una grieta cuando vayas de camino a la escuela tu madre acabará con la espalda fracturada.

Un coche estaba avanzando por la angosta calzada de la calle, y Crane y Ozzie subieron a la acera.

–Sigues siendo tú mismo -dijo Ozzie-. Sigues viendo por tus ojos, pero después de la próxima partida en el lago tu cuerpo será suyo y también se quedará con los cuerpos de todos los que aceptaron dinero por las manos asumidas en esa partida del sesenta y nueve…, en esa serie de partidas. Leroy podrá disponer de todos vosotros para utilizaros como si fueseis un conjunto de monitores de televisión móviles manejados a control remoto. No empieces a leer ningún libro demasiado largo, hijo. – El anciano meneó

la cabeza. Tenía los ojos humedecidos-. Y no creas que me gusta tener que contarte todo esto.

Crane apretó los puños y acarició los músculos de sus palmas con las yemas de los dedos sintiendo un cosquilleo. – ¿No hay…, no puedo hacer nada para evitarlo? ¿Se acabó y eso es todo? ¿No puedo…, no sé…, no puedo matar a ese tipo?

Ozzie meneó la cabeza en un gesto impregnado de tristeza.

–Volvamos al sitio en el que te está esperando tu amigo. No, no puedes matarle.

Podrías matar uno de los cuerpos en los que está, o incluso un par, pero debe de tener por lo menos uno guardado en algún sitio del que no podrías enterarte y mucho menos llegar a él, y aparte de eso ya ha empezado a matarte. Está debilitando tu alma para cuando llegue el momento de la expulsión. La mano de Dionisos te rodea el cuello bajo la forma de la bebida, y los familiares o animales domésticos que tengas empezarán a morir a causa de enfermedades aleatorias. Cáncer, irregularidades cardíacas…

"Irregularidades cardíacas", pensó Crane.

Irregularidades cardíacas.

Siguió caminando. – ¿Y todo eso ha sido…, ha sido causado por mí? – preguntó en el tono de voz más tranquilo y firme del que fue capaz.

Ozzie le taladró con la mirada.

–Mierda, lo siento… No tendría que habértelo dicho. Ya ha ocurrido, ¿verdad? Claro… ¿Quién?

–Mi esposa. Ella… -Y de repente Crane se encontró sentado en la acera-. Un ataque cardíaco.

Tenía la sensación de que su cuerpo había quedado vacío, y sus manos se movieron lentamente delante de él como si estuvieran buscando a tientas en la oscuridad intentando encontrar algo cuya forma no conocía.

"Una de las enfermedades aleatorias", oyó que decía la voz de Ozzie resonando en su memoria, y después oyó su propia voz. "¿Causado por mí?" -Levanta, Scott. – Ozzie extendió su mano libre, la puso sobre el hombro de Crane y le sacudió, y Crane se fue incorporando lentamente y ni siquiera torció el gesto cuando su pierna herida tuvo que aguantar el peso de su cuerpo-. Es… Bueno, la verdad es que eres tan poco culpable como si hubieras estado conduciendo, hubieras tenido un accidente y ella hubiese

muerto. Pero tu amigo hippie quizá…, en fin, quizá haría bien limitando su relación contigo a las llamadas telefónicas -dijo Ozzie.

Crane parpadeó y contempló lo que le rodeaba. Nada había cambiado -las personas que iban y venían por delante de las tiendas que había calle arriba seguían moviéndose -, pero parecía haber una débil vibración en el aire y un temblor en el pavimento, como si acabara de ocurrir algo.

"Causado por mí…"

Crane y el anciano reanudaron su lento avance por la acera.

–Mi amigo hippie -dijo distraídamente Crane, y bostezó -. Es… Bueno, para él ya es demasiado tarde porque mi amigo hippie ya tiene cáncer. Lo tenía antes de encontrarme.

Crane se sentía muy cansado -la noche anterior no había dormido ni un minuto-, pero su corazón latía a toda velocidad y las náuseas le habían cubierto la frente de un sudor helado.

–No me haría ninguna gracia tener que verle comer a través de ese bigote.

Ozzie estaba mirando hacia delante. Crane siguió la dirección de su mirada y vio a Mavranos sentado sobre un enorme macetero de ladrillos.

–Sí, es todo un espectáculo -replicó Crane de forma automática.

Alzó una mano. Mavranos se levantó del macetero y empezó a caminar hacia ellos.

–Dijiste que él te había encontrado a ti -murmuró Ozzie-. ¿Por qué te estaba buscando?

Hablar era un esfuerzo.

–Cree que le conduciré hasta el sitio en el que vive la aleatoriedad… -Se quedó callado e intentó tragar una honda bocanada de aire -. Y cree que será capaz de engañar a la aleatoriedad para que le libre de su cáncer.

Ozzie lanzó una risita ahogada sin dejar de fruncir el ceño.

–No está mal. Como subir la apuesta al límite y luego arrojar tus cinco cartas y pedir una nueva mano… Es una estupidez que no puede salir bien, pero me gusta su estilo. – La mano del anciano seguía metida dentro del bolsillo de su chaqueta-. Hmmm… ¿Por qué no vas a explicarle lo de mi arma?

12

A la capilla peligrosa Estaban sentados sobre el macetero de ladrillos. Ozzie estaba en un extremo, a medio metro de Crane, y echó un vistazo a su reloj.

–Bien, chicos, puedo concederos diez minutos -dijo el anciano-, y luego no volveré a ver a ninguno de los dos en este mundo.

Ozzie desvió la mirada y estrechó los dedos de Crane durante un momento.

–Después de que Diana me llamara anoche me puse en contacto con algunos amigos -dijo Ozzie-. Han estado vigilando los coches que aparcaban y el transbordador, y os consideraron dos tipos de aspecto dudoso en cuanto os vieron bajar de la camioneta. Si no me separo de vosotros después de que haya transcurrido media hora desde el momento en que empecé a hablar contigo, un par de ellos vendrán hasta aquí y me escoltarán hasta un lugar seguro… y si voy más lejos del sitio donde estamos ahora contigo os matarán a los dos. Y, naturalmente, si otra persona se une a nosotros imponiéndonos su compañía por la fuerza -e incluso un helicóptero tendría algunas dificultades para entrar o salir de aquí-, lo más probable es que los tres muramos al instante.

Los ojos de Mavranos fueron más allá de Scott y se posaron durante un momento en el rostro de Ozzie. Mavranos se rió.

–Scott, este viejo cabrón me cae bien -dijo con mucha calma.

Crane se obligó a pensar.

–Esa partida sobre el agua, la partida del Lago Mead… ¿De qué forma hizo que Ricky Leroy pudiera establecer una conexión con mi cuerpo? –preguntó hablando lo más deprisa posible.

Ozzie deslizó su mano libre por su escasa cabellera blanca.

–El predecir la fortuna mediante las cartas funciona a veces, pero es un procedimiento más prescriptivo que descriptivo. Cuando funciona si aceptas dinero por una mano has vendido la mano y has vendido la suerte en las finanzas o la mala suerte con las chicas o lo que sea que las cartas representen en ese momento. Si pagas dinero la has comprado…, has comprado esas cualidades y has comprado esa suerte, ¿entiendes? Y una mano de póquer representa un montón de cualidades. La suma de las cinco cartas puede significar que eres rico pero impotente, o que serás feliz pero morirás joven, o cualquier otra combinación de factores. Compras o vendes

las cinco cartas a la vez, o las siete si estás jugando al póquer de siete cartas. Ya te conté todo eso hace muchos años.

–Sí, yo…

–Calla. Ésa es la forma de comprar o vender… consecuencias con las cartas, pero con los cuerpos la cosa resulta bastante más complicada. Si quieres comprar el cuerpo de un tipo antes has de convertirte en su padre. No sé cómo funciona eso. Tiene algo que ver con el hecho de que tanto los genes como las cartas son cosas cuantificadas y discretas, y con el hecho de que lo que define al individuo resultante es una selección aleatoria de las dos fuentes. Había una mano que era una combinación de las cartas de dos personas, y esa mano te definía, y después aceptaste dinero a cambio de ella. Esa mano eras tú y todo lo que hay en ti de una forma tan segura e irrevocable como la disposición de tus genes, y permitiste que Ricky Leroy la asumiera. Dejaste que comprara tu cuerpo. Leroy te ha permitido circular dentro de él durante veinte años, pero después de la próxima partida habrá comprado a otro montón de idiotas y tomará posesión de los idiotas de la cosecha anterior que ya estén maduros.

El anciano había mantenido los ojos clavados en el pavimento mientras hablaba, y cuando hubo acabado de hacerlo tensó los labios. – ¿Y no hay nada que pueda hacer para…, aunque sólo sea para que eso no ocurra tan deprisa?

Ozzie alzó la mirada y dejó escapar el aliento.

–Oh, para que no ocurra tan deprisa… Claro. No bebas alcohol. Dionisos anda de bastante mal humor últimamente… También se le conoce como Baco, el dios del vino, y está del lado de Leroy. De hecho, probablemente se podría llegar a demostrar que Leroy es Dionisos. Mantente cerca del agua y encima de ella si puedes, aunque la visión del agua pronto empezará a resultarte tan insoportable como si fueses un perro con hidrofobia. No juegues a las cartas porque si lo haces él podrá captar tu presencia…, pero después de la Pascua todo esto no servirá absolutamente de nada. – Ozzie meneó la cabeza-. Lo siento muchísimo, hijo.

Crane tragó una honda bocanada del fresco aire marino.

–Voy a luchar -dijo, y él mismo se sorprendió al darse cuenta de que hablaba en serio-. Le plantaré cara.

Ozzie se encogió de hombros y asintió.

–Tener algo en que ocupar tu tiempo te sentará bien.

Mavranos se inclinó hacia adelante.

–Yo y mi cáncer… ¿Hay alguna posibilidad de que pueda librarme de él?

Ozzie le sonrió con afabilidad, y aunque la sonrisa hizo más profundas sus arrugas también le hizo parecer más joven.

–Claro. Una posibilidad tan ínfima que no vale nada, pero no es peor que jugar a la lotería. Si consigues llegar a un…, un sitio, un foco en el que una pauta estadística de recurrencia muy elevada se vuelva aleatoria o viceversa…, algo así como lo que ocurre cuando el flujo en una mesa de dados pasa del caliente al frío, si consiguieras estar en un juego donde se apostara muchísimo cuando la corriente cambia de dirección… Creo que el único sitio en el que podrías hacerlo es en Las Vegas, claro, porque necesitarías que las posibilidades revolotearan alrededor de ti formando un auténtico enjambre. Tendría que haber montones de partidas distintas de toda clase de juegos en marcha…, y todas tendrían que pasar de la sincronía al no estar en sincronía en el mismo instante; tendría que producirse un cambio de fase en el que tú participaras y entonces…, bueno, cuando salieras de allí es posible que tus células se hubieran olvidado de que querían volverse cancerosas.

–Como lo que Arturo Guiñare hizo con los mosquitos -dijo Mavranos. Se dio cuenta de que Ozzie le miraba con cara de no entenderle, y se lo explicó-. Los mosquitos comen y duermen siguiendo un ciclo regular, y el…, el mecanismo de cronometraje es la luz del sol que aparece y desaparece cada día. Puedes acortar o alargar ese ciclo reajustando el cronometraje manteniéndolos en un lugar cerrado y alterando los períodos de luz y de oscuridad, y si haces un gráfico de todas las pautas posibles acabas obteniendo un esquema que contiene lo que las matemáticas llaman una singularidad. Si enfocas una luz potente sobre los mosquitos en el instante adecuado pierden el ciclo y se limitan a dormir, volar o a quedarse quietos de forma totalmente aleatoria y sin que haya ninguna pauta discernible. Otro destello calculado de la misma forma volverá a mecerlos dentro del ciclo.

Ozzie miró fijamente a Mavranos.

–Sí. Estupendo. Es un ejemplo bastante mejor que el de mi mesa de dados, aunque sigo creyendo que tendrías que intentarlo en Las Vegas. Es el sitio donde existe el flujo de números y posibilidades más libre posible

moviéndose a tu alrededor…, y ocurre lo mismo con los factores psíquicos, y te aconsejo que no te olvides nunca de ellos. Ah, llegar allí con un objeto o una persona muy conspicuamente ordenada te ayudaría bastante porque cuando la ola de recolocación se derrumbase serviría como incentivo para que todo quedara dispuesto en el lado del orden. Como un cristal-semilla… -El anciano bostezó y se encogió de hombros-. Bueno, eso creo.

Crane se sacudió para despabilarse y hurgó en su bolsillo. – ¿Y qué podemos hacer para salvar a Diana?

Ozzie se irguió de repente y le prestó toda su atención. – ¿De qué hay que salvarla?

–Mira esto -dijo Crane, y le pasó la foto de Lady Issit-. Supongo que "clausurar" quiere decir "matar", ¿no?

–Sí, eso es lo que quiere decir -murmuró el anciano. Echó un vistazo a la foto y leyó la nota sujeta al dorso-. Estoy casi seguro de que no le ocurrirá nada. A algunos de ellos les encantaría utilizarla o matarla, pero Diana no es conspicua…, nunca ha jugado a la asunción. Y aunque nos capturasen ahora mismo y nos llenaran hasta las cejas de pentotal sódico no les serviría de nada porque ninguno de los dos sabe dónde está. – Ozzie le devolvió la foto-. No, hijo, lo mejor que puedes hacer por ella es no tratar de localizarla.

Ozzie echó un vistazo a su reloj y se bajó del macetero.

–Se acabó el tiempo. – El anciano extendió su mano derecha con una especie de formalidad melancólica, y Crane la aceptó-. Ahora me iré a disfrutar de lo que me queda de vida -dijo Ozzie en el tono algo vacilante de quien recita un discurso previamente aprendido de memoria-, y sugiero que vosotros…, que vosotros dos hagáis lo mismo. Tal como están las cosas parece que os sobreviviré, y lo lamento sinceramente. Scott, me alegra mucho haber vuelto a verte…, y me alegra saber que te casaste. A veces pienso que me gustaría haberme casado. Arquímedes, te deseo suerte.

Crane también bajó del macetero.

–Diana no dijo dónde estaba viviendo -murmuró -, pero dijo que estaba… ¿Qué fue lo que dijo?

–Que estaba volando en la hierba -dijo Mavranos.

Los ojos de Ozzie perdieron su brillo durante un momento y su cabeza se inclinó ligeramente hacia abajo. Después inhaló y exhaló, se irguió y alzó el puño tres veces.

El claxon de un coche sonó dos veces en algún lugar de la calle.

Ozzie se volvió hacia Crane y le observó con expresión preocupada.

–Eso significa "Rogamos confirmación".

Volvió a levantar el puño tres veces por encima de su cabeza.

El claxon volvió a sonar, y una embarcación que flotaba sobre las aguas del canal detrás de ellos hizo sonar su sirena.

–De acuerdo -dijo Ozzie, y su voz tembló por primera vez desde que Crane había vuelto a verle-. Acabas de conseguir un poco más de tiempo. Repíteme todo lo que dijo.

Después de que Crane le hubiera contado todo lo que podía recordar que le había dicho Diana – Mavranos le ayudó en un par de ocasiones recordándole algunos detalles que le había mencionado la noche anterior cuando le estaba vendando la pierna-, Ozzie se apoyó en el macetero y alzó los ojos hacia el cada vez más negro cielo. Transcurrieron un par de minutos y Crane abrió la boca para hablar, pero Ozzie movió una mano indicándole que guardara silencio.

El anciano acabó bajando la cabeza y miró a Crane.

–Quieres salvarla -dijo.

–Es… Prácticamente es el único deseo que me queda -dijo Crane.

–Entonces tendremos que volver a tu casa para usar tu teléfono, y tendrás que volver a clavarte el cuchillo o algo por el estilo…, si no hay más remedio tendrás que meter una mano en el triturador de la basura, ¿entiendes? Y cuando llame le diré que se largue del sitio en el que está. Si se queda allí estará acabada, estará muerta o algo todavía peor, especialmente dado lo poco que sabe sobre las cartas y todo lo demás. Pensé que correría menos peligro de esa forma, y mira en qué sitio se le ocurre esconderse a la muy idiota… Pero le diré que se vaya de allí, y le diré cómo ha de hacerlo. Diana me escuchará y me hará caso. ¿De acuerdo?

–Meter una mano en el triturador de la basura.

–No te lo tomes tan al pie de la letra, pero… Lo que sea preciso hacer. ¿De acuerdo?

–Claro, Oz.

Crane intentó inyectar algo de ironía en su respuesta, pero hasta él tuvo la impresión de que su voz sonaba débil, aterrorizada y ansiosa de complacer al anciano.

Mavranos estaba sonriendo.

–Antes de que empieces a convertirte en salchichas, Pogo, antes de que volvamos a tu casa… Llamemos a tu número. Si han cortado la línea o si tienen a alguien dentro ir allí no serviría de nada, y no hablemos del hacerte picadillo.

–Buena idea -dijo Crane, y deseó tener algo de beber a mano.

Había un teléfono público a poca distancia calle arriba en la entrada del Village Inn.

Ozzie metió una moneda de veinticinco centavos en la ranura e inclinó el auricular hacia un lado mientras tecleaba el número que no había olvidado.

Dos timbrazos después obtuvo respuesta.

–Sí -se apresuró a decir una voz masculina que sonaba bastante joven-. Aquí la residencia de Scott Crane, él está… Oiga, ¿podría esperar un minuto?

–Claro -dijo Ozzie mientras volvía la cabeza y obsequiaba a Mavranos con una sonrisa torcida.

Oyeron el clunk del teléfono al ser dejado sobre una mesa al otro lado de la línea. Un perro ladraba en alguna parte, y la alarma de un coche zumbaba añadiéndose al telón de fondo sonoro.

La voz volvió a hablar unos momentos después.

–Eh, ¿me oye?

–Por favor ¿podría hablar con Scott Crane?

–Cristo, Scott ha tenido un accidente -dijo la voz-. Él… Espere, acabo de ver llegar el coche de Jim. Ha ido a visitarle al hospital. Jim es un amigo suyo y ha tenido que decir que era su hermano para poder llegar hasta él, ¿sabe? ¿Puede esperar hasta que llegue Jim? Él podrá explicarle qué tal están las cosas.

–Verá, trabajo para el Orange County Register y sólo llamaba para saber si quería suscribirse -dijo Ozzie-. Siento haberle importunado en tan mal momento.

El anciano puso la mano sobre la palanca de cortar la conexión y la bajó.

–Uf -dijo Crane-. Tienen a un tipo en mi casa.

–No hables durante un minuto -dijo Ozzie. Se apartó del teléfono y volvió la cabeza hacia la ventana para contemplar la calle bañada en una difusa claridad amarilla que se extendía bajo la negrura del cielo-. Podría

poner un mensaje en la sección de anuncios personales -dijo en voz baja-, pero ni siquiera podría tener la esperanza de que lo vería o que se enteraría de que está allí a menos que utilizara su nombre, y no me atrevo a hacer eso…, y ni siquiera sé cómo se apellida ahora… -Meneó la cabeza, frunció el ceño y puso cara de sentirse profundamente desgraciado-. Vayamos fuera.

Crane y Mavranos siguieron al anciano hasta la acera de la avenida Marina y acompasaron su paso a su lento caminar en dirección sur de vuelta al agua. Tejados de ripias humeaban bajo la luz del sol en las casas que se alineaban a lo largo de la calle, a pesar de que la lluvia empezaba a caer en silencio manchando el pavimento.

–No he cogido una baraja de cartas desde aquella partida en el Horseshoe el año sesenta y nueve -dijo Ozzie-. No podía correr el riesgo de que alguien me reconociera y de que la noticia llegara hasta ti. Tenía sesenta y un años, un coche y veinticuatro mil dólares, una hija adoptiva de nueve años de edad y ninguna habilidad u oficio con el que ganarme la vida.

Crane abrió la boca para decir algo, pero Ozzie le redujo al silencio con un gesto.

–Ya has dicho que lo sientes -siguió diciendo el anciano-, y ha pasado mucho tiempo desde entonces. Bueno, ella y yo fuimos a un sitio en el que una persona puede vivir con muy poco dinero, y algún tiempo después conseguí un trabajo, el primero que he tenido en mi vida, y Diana fue a la escuela. Hice algunas inversiones que dieron buenos resultados, y durante estos últimos…, digamos que durante estos últimos diez años me he sentido cómodo y a gusto. Sé lo suficiente sobre cómo funcionan las cosas para poder conseguir el tipo de ayuda del que he dispuesto esta mañana, y si sólo ocurre una vez muy de cuando en cuando incluso puedo permitírmelo.

Ozzie se rió. – ¿Sabes en qué trabajo ahora? Hago ceniceros, juegos de café y cacharros de barro.

Tengo un horno para cocer el barro en mi patio trasero. Los vendo a esos comercios que parecen boutiques, esa clase de sitios donde casi todos los clientes son turistas…

Siempre los he firmado con un nombre falso. Cada vez que la demanda empieza a aumentar de una forma seria dejo de hacerlos durante un año o un poco más de tiempo hasta que la gente se olvida de que quería comprar esos cacharros. En una ocasión un periódico local quiso publicar un artículo

sobre mí. Después de eso dejé de hacer esos malditos cacharros durante seis años. No quiero publicidad.

La lluvia había empezado a caer con más abundancia, y la luz se estaba debilitando por momentos. – ¿Alguno de vosotros ha estado alguna vez en la cárcel? – preguntó Ozzie.

Los dos hombres asintieron.

–Voy a deciros qué es lo que más odio. Lo que más odio es esa tacita de retrete minúscula que no tiene tapa y el que haya seis tipos que quieren utilizarla, y odio la idea de que algún día quizá me encuentre viviendo detrás de un vertedero llevando puestas cuatro camisas sucias y tres pares de pantalones viejos rarísimos al mismo tiempo…, y la idea de que me den una paliza realmente seria, ya sabéis a qué me refiero, esa clase de palizas en las que puedes sentir cómo se te van rompiendo cosas por dentro y los tipos no dejan de darte patadas, y odio la idea de estar ingresado en un hospital con catéteres y conductos de respiración metidos en cada uno de mis agujeros. Bacinillas de cama, baños de cama, llagas de llevar tanto tiempo en la cama.

Ozzie suspiró.

–Lo que me gusta es mi casa, esa vieja casita de estilo español en la que vivo y que está totalmente pagada, y mis gatos y mis novelas de Louis L'Amour y mi escocés Ballantine y la vieja pipa Kaywoodie llena de cavendish Ánfora Rojo. Ah, y tengo a todo Benny Goodman, Glenn Miller y Bing Crosby en cassettes.

–Eso es lo que te gusta -dijo Mavranos en voz baja.

–Exacto -dijo Ozzie, y clavó los ojos en el agua-. A Diana la quiero. – La lluvia había mojado su viejo rostro lleno de arrugas-. Pero me pregunto…, me pregunto si podré hacer algo. Naturalmente eso que acabáis de oír lo han dicho mis gatos, mis novelas de Louis L'Amour y mis cassettes. "Un viejo de ochenta y dos años no puede hacer nada al respecto, así que por lamentable que sea quédate en casa con nosotros."

Sí, eso es lo que dicen… -¿Qué significa eso de "volando en la hierba"? – preguntó Crane sintiéndose bastante incómodo.

Ozzie parpadeó y volvió la cabeza hacia él. – ¿Hmmm? Oh… Es una frase que usaban los pilotos hace bastantes años para indicar que estaban volando muy bajo cuando iban pegados al suelo porque querían evitar que su avión apareciera en las pantallas de radar. Si te pegas a las colinas y

vuelas tan bajo que estás a punto de chocar con el tendido eléctrico no eres más que otro fragmento del ruido básico que emiten los accidentes del suelo. Puedes estar justo debajo de la nariz del enemigo, pero eres tan discreto que ni te ve.

Volvían a estar junto al cartel del desagüe de tormenta, y Ozzie les llevó hacia la derecha a lo largo del paseo marítimo, en dirección al transbordador. Mavranos -evidentemente impaciente ante lo despacio que caminaban sus acompañantes- empezó a caminar de espaldas haciendo zigzags por delante de ellos. – ¿De cuánto dispones para los gastos del viaje? – preguntó el anciano-. Creo que no sería muy prudente acercarse a tu casa.

–Bueno, la verdad es que llevo dos de los grandes encima -dijo Crane acariciándose el bolsillo.

–Yo también tengo algo de dinero -dijo Mavranos-, y Scott tiene un Smith Wesson 357 en la camioneta, y yo tengo un 38 Especial en la guantera, y supongo que tú también tienes un arma. Podemos conseguir una escopeta y municiones por el camino…, y una caja con cerradura para que seamos legales cuando crucemos la frontera.

Ozzie estaba asintiendo. – ¿La frontera? – repitió Crane -. ¿Adonde vamos?

–Al sitio en el que está tu hermana adoptiva -dijo Mavranos con impaciencia-, a la Capilla Peligrosa del Erial, a Las Vegas.

Ozzie había empezado a temblar.

–Sí. De vuelta a Las Vegas… -Apretó el paso-. Bien, caballeros, pongámonos en marcha -dijo con voz quebradiza y en un tono casi jovial-. ¿Tienes un calentador en esa ridícula camioneta tuya, Arquímedes? Probablemente se me ha olvidado decir que otra de las cosas que odio es pasar frío.

–Tengo un calentador que es capaz de freír huevos aunque los lleves en el bolsillo de la camisa -le aseguró Mavranos-, pero no tengo aire acondicionado. Eso será un factor con el que habrá que contar cuando estemos en el centro de la nada del desierto de Mojave.

Llenaron el tanque de gasolina y el radiador de la Suburban y comprobaron los neumáticos, y después gastaron doscientos dólares en Grant Boys del bulevar Newport y compraron una escopeta Mossberg y una caja de cartuchos del número seis. La escopeta era una calibre doce de

repetición con un cañón de cuarenta y cinco centímetros. No tenía culata, sólo una empuñadura de pistola de plástico negro, y Crane torció el gesto al pensar en todo el retroceso que produciría al dispararse estrellándose en la palma de su mano. Si tenía que dispararla alguna vez Ozzie probablemente se destrozaría su vieja muñeca. También compraron un estuche para armas de un metro veinte de largo con un acabado de plástico color naranja moldeado para que pareciese piel de caimán. El estuche tenía una bisagra tipo piano en el lado más largo opuesto al asa, y cuando se abría y se colocaba sobre una superficie plana mostraba un interior consistente en dos láminas de goma espuma gris cubiertas por una pauta de protuberancias que tenían la forma de pirámides redondeadas. Mavranos dijo que parecía los átomos de un cristal vistos por un microscopio electrónico, y Ozzie replicó secamente que ya se había dado cuenta de que Mavranos era un tipo muy listo y que no hacía falta que se lo recordase continuamente.

Ozzie dejó que Crane y Mavranos llevaran las compras a la camioneta –Scott caminando despacio y procurando evitar que su pierna herida soportara mucho peso -, y después el anciano trepó cautelosamente al asiento trasero y se acomodó en él antes de que Mavranos pusiera en marcha el motor y torciera hacia la derecha para entrar en el bulevar.

El interior de la camioneta estaba bastante recalentado, y Crane bajó el cristal de su ventanilla para obtener un poco de aire fresco que hiciese más soportables los olores a aceite de motor, calcetines sucios y viejas bolsas de la Taco Bell arrugadas y convertidas en bolas que habían contenido comida para llevar.

El bulevar Newport acababa de ensancharse convirtiéndose en la autopista de Newport cuando Ozzie se removió en el asiento trasero, se inclinó hacia ellos y dio un par de golpecitos en el hombro de Mavranos.

–Coge la 405 al norte de ahí como si fueses al aeropuerto LAX.

Crane volvió la cabeza hacia el anciano y le contempló por encima del hombro.

–Creí que íbamos a Las Vegas…, pensé que tomaríamos por la 55 hasta llegar a la 91 este.

–Arquímedes, ten la bondad de hacer lo que te he dicho -dijo Ozzie.

Mavranos se encogió de hombros y desvió la camioneta en dirección norte para iniciar el largo rodeo que les llevaría hasta la 405. Después tomó un sorbo de una lata de Coors que acababa de abrir.

–Uh -dijo Crane-. Éste es…, es el camino más largo para ir a Las Vegas, ¿no?

–Crees que tu viejo está chiflado -dijo Ozzie con voz cansada mientras se mecía en el asiento trasero balanceándose lentamente de un lado a otro junto a una linterna sorda de estaño llena de abolladuras, y suspiró-. Escucha, supongo que nunca se te ocurriría navegar ni aunque fuese a…, digamos que a Catalina sin informarte antes de cómo está el tiempo y saber lo necesario sobre las corrientes y las mareas, ¿verdad? Y entre aquí y Catalina no hay nada que tenga un deseo particular de verte muerto, y de todas formas sólo son cuarenta kilómetros… Bueno, chico, lo que pretendes hacer ahora es recorrer trescientos veinte kilómetros moviéndote a través de toda clase de cambios de tiempo y unas mareas de las que ni siquiera has oído hablar jamás con un montón de chicos muy malos que quieren localizarte. – Ozzie meneó la cabeza-. Antes de empezar el viaje tienes que cronometrar el ir y venir de las mareas, muchacho. – El anciano enseñó sus dientes amarillos en lo que quizá fuese una sonrisa-. Tenemos que informarnos de cómo anda el tiempo. Hay que lamerse un dedo y ponerlo al viento para saber qué clase de aparejos utilizaremos. Iremos a Gardena.

Mavranos alzó la mirada hacia el espejo retrovisor y entrecerró los ojos. – ¿Gardena?

–En Gardena hay clubs de póquer legales -dijo Crane-, y también los hay en un montón de zonas de los alrededores de Los Ángeles. – Se removió en su asiento-. Pero siempre dijiste que no querías jugar en esos sitios.

–No por dinero, desde luego -dijo Ozzie-, no pagando por tu asiento y jugando con personas que no tienes ni idea de cómo acostumbran apostar. Pero hoy no andamos detrás del dinero, ¿verdad? Y lo peor que tiene el intentar ganar dinero en esos grandes emporios del póquer en los que hay cincuenta o cien mesas funcionando al mismo tiempo es que, naturalmente, el efecto de predicción de la fortuna se da con una frecuencia mucho mayor que en otros sitios, y cuando empieza a producirse en una mesa es bastante normal que se extienda.

–El cristal-semilla otra vez -dijo Mavranos.

–Exacto. Descubrirás que los jugadores experimentados siempre tienen un cigarrillo encendido cerca incluso si no fuman porque eso les permite ver qué tal se comporta el humo. Si empieza a acumularse sobre el centro

de la mesa se largan, y también tienen una bebida cerca en todo momento, casi siempre Coca-Cola o agua, y van controlando el nivel del líquido por la misma razón. Pero yo quiero ver las…, las mareas de la fortuna, y tomaré parte en algunas de esas partidas donde el humo se acumula sobre las mesas y si las manos que me toquen cuando repartan las cartas pueden aplicarse a nosotros intentaré comprar un poco de buena suerte, o le venderé la mala suerte a alguien. – ¿Y qué quieres que hagamos nosotros? – preguntó Mavranos. – ¿Tienes cigarrillos? – replicó Ozzie.

–Ahí atrás hay medio cartón de perros del desierto. Camels, ya sabes.

–Bueno, vosotros dos podréis jugar si mantenéis un cigarrillo encendido continuamente y observáis el humo…, y quiero que abandonéis la partida en cuanto empiece a hacer cosas raras. Ahora que pienso en ello, Scott, quizá sería buena idea que jugaras un poco. Si captan tu presencia creerán que te encuentras en Los Ángeles, y no vas a seguir mucho tiempo más allí. Por lo demás seréis pájaros de barandilla…, podéis mirar, comer un bocadillo o lo que os dé la gana. – Ozzie estiró el cuello intentando ver algo a través del parabrisas agrietado-. Al norte por la 605 aquí…, coge la 5 y ve en dirección norte. Eso tendría que llevarnos al centro de la acción, y estar cerca del río Los Ángeles no nos hará ningún daño aunque siempre está seco.

Incluso después de veintiún años sin verle Crane conocía lo suficientemente bien la voz de Ozzie como para comprender que el anciano estaba asustado -iba a correr riesgos que había evitado incluso en su época de mayor vigor, había abandonado su cómoda rutina de viejo sin disponer de un minuto para prepararse, y ni siquiera había podido llevarse consigo ropa limpia, posesiones personales, libros o la más mínima idea de dónde acabaría durmiendo aquella noche o la siguiente-, pero Crane también podía captar la excitación que se agazapaba debajo de aquel miedo.

El anciano estaba volviendo a perseguir la línea blanca.

13

Si vuelves aquí el día de Año Nuevo sólo verás tierra El coche de Al Funo pasó muy despacio por delante del viejo edificio de estilo español que ocupaba el número 106 de la Segunda Este. Había vuelto a colocar la luneta trasera en su Porsche, y el calentador impedía que tuviera frío a pesar del viento gélido que hacía oscilar las palmeras.

Dejó atrás la casa, y sonrió en cuanto vio el viejo Torino verde con los cristales rotos en el aparcamiento que había al otro lado de los dúplex. No cabía duda de que era el tipo que andaba buscando.

Había obtenido la dirección de un amigo que tenía acceso a los números de matrícula de los coches. Había necesitado más de veinticuatro horas, pero "Espantapájaros" Smith -o Scott Crane, y ése parecía ser su auténtico nombre- al parecer no había ido a ningún sitio.

Una camioneta azul con los cristales ahumados estaba aparcada al otro lado de la calle, y cuando Funo pasó lentamente junto a ella vio una marca de polvillo blanco casi imperceptible en el lado del neumático trasero. Eso quería decir que un vigilante de parquímetros había marcado el vehículo con su tiza hacía poco tiempo…, tan poco que el conductor se había limitado a desplazarlo unos cuantos metros antes de volver a aparcarlo. ¿Habría alguien vigilando la casa de Crane? El hombre de Obstadt le había advertido de que aquel encargo podía exigir que se enfrentara a cierta oposición.

Examinó más atentamente los coches aparcados a lo largo de la calle bajo los brotes de los árboles carob y vio una camioneta bastante vieja vacía, un Honda vacío y un Jaguar gris con un gordo calvo dentro.

Funo torció a la izquierda por la calle Bush y luego por la derecha hasta llegar a la Tercera. Recorrió una manzana y se detuvo en una gasolinera Chevron que tenía un teléfono público junto a la explanada de cemento al lado de las mangueras del agua y el sistema sírvase-usted-mismo de aire para neumáticos. Bajó de su coche, obtuvo el número telefónico de Crane del servicio de información y lo tecleó.

El teléfono sonó dos veces al otro extremo de la línea.

–Residencia de Scott Crane, tenga la bondad de esperar un minuto -jadeó una voz masculina bastante joven.

–Claro, amigo -dijo Funo con tranquila afabilidad.

Clavó los ojos en el segundero de su Rolex. Disponía de un mínimo de tres minutos antes de que alguien pudiera localizar la llamada incluso suponiendo que hubieran conseguido que el departamento de seguridad de la Pacific Bell hubiese pinchado la línea.

–Lo siento -dijo la voz cuando sólo habían transcurrido diez segundos-. Scott ha tenido un accidente y está en el hospital.

"Vaya, así que conseguí darle después de todo", pensó Funo.

–Jesús -dijo en un tono de sorpresa y preocupación-, ¿qué ha ocurrido? ¡Estuve jugando al póquer con él la noche del martes! – ¿Estuvo jugando al póquer con él? Oiga, no para de preguntar por dos personas…, está medio consciente, y pregunta continuamente por dos personas llamadas Ozzie y Diana. ¿No sabrá por casualidad dónde están? – ¡Pues claro que conozco a Ozzie y Diana! – se apresuró a decir Funo-. Oiga, ¿en qué hospital está? Les llevaré allí para que le vean.

Una alarma de coche empezó a sonar en el aparcamiento del Norm lanzando su monótono biiiiip… biiiiip y un par de hombres bastante mal vestidos se alejaron apresuradamente acera abajo. "Vagabundos estúpidos", pensó Funo.

–Está en el… -dijo la voz al otro extremo de la línea-. Mierda… No consigo recordar el nombre. Jim es el que lo sabe, y viene para aquí…, de hecho no tardará mucho en llegar. Oiga, ¿por qué no va a buscar a Ozzie y Diana y los trae a la casa? O… Bueno, bastaría con que me diera sus números de teléfono, claro. Yo…

–En este momento no puedo hacerlo -dijo Funo-. ¿Qué le parece si le vuelvo a llamar dentro de un rato a ver si Jim ya ha llegado?

Habló en un tono de voz bastante alto porque podía oír la alarma de coche tanto directamente como, mucho más débil, por el teléfono. – ¿Podría darme sus números? – preguntó el joven, cada vez más nervioso-. ¿Dónde viven? Sobre todo Diana, parece que es a la que más necesita ver…

–No lo sé exactamente, son amigos de unos amigos míos. ¿Cuándo puedo llamar y hablar con Jim?

–Dios, no sé cuánto tiempo podremos seguir aquí. Eh… ¿Está en un número en el que Jim pueda hablar con usted?

Funo contempló lo que le rodeaba.

–Claro, por lo menos durante la próxima media hora. ¿Tiene un lápiz?

Le leyó el número del teléfono público.

–De acuerdo -dijo la voz desde el otro extremo de la línea-, ya lo he anotado. Nos pondremos en contacto con usted lo más deprisa posible.

–Gracias -dijo Funo-. Le quedo realmente agradecido, de veras.

Colgó el auricular.

Algo le estaba molestando, y siempre había hecho mucho caso de sus corazonadas. ¿Qué era? Ese ruido, la alarma de coche que no paraba de sonar y sonar…

La había oído tanto por el teléfono como directamente, por lo que el joven del otro extremo de la línea probablemente también la había oído de esas dos formas y sabría que Funo le había estado llamando desde un teléfono cercano que se encontraba al aire libre.

Funo realizó las contorsiones necesarias para meterse dentro del Porsche moviéndose lo más deprisa posible, cruzó la Tercera y aparcó detrás de un restaurante de la cadena El Pollo del Pionero. Después entró en él y se instaló en una mesa pegada a la pared de cristal coloreado desde la que podía observar la gasolinera. Si en media hora no había ocurrido nada cogería el coche, iría hasta otro teléfono público y volvería a llamar.

Cinco minutos después el Jaguar gris llegó a la gasolinera Chevron, se detuvo y el gordo sacó su impresionante mole del asiento del conductor. Volvió la cabeza hacia el teléfono y observó durante varios segundos a los peatones y los coches cercanos.

Después fue hacia la ventanilla de caja y habló con quien estuviera al otro lado.

El corazón de Funo había empezado a latir a toda velocidad, y una sonrisa algo temblorosa dejó al descubierto sus dientes. "No está nada mal -pensó-. Han averiguado que estaba a distancia auditiva en dirección norte. Me pregunto qué tendrían preparado para el sur… ¿Otra alarma de coche con un sonido o una cadencia distintas? ¿Un perro que ladra? ¿Un lunático callejero lo más convincente posible cantando himnos y hablando a gritos de Jesucristo?"

Funo vio cómo el gordo volvía a entrar en el Jaguar que le esperaba con el motor al ralentí y permanecía inmóvil detrás del volante durante varios minutos. Después el coche se puso en marcha y giró hacia la izquierda por la Tercera para volver a la casa de Crane.

El Jaguar tenía matrícula de Nevada. Funo anotó el número.

El primer casino que vio Crane era el Commerce, un gigantesco edificio de forma cúbica que contemplado desde la fachada parecía un viejo templo mediterráneo gracias a su entrada en arco, sus columnas doradas y las grandes superficies de muro desprovisto de ventanas; y que parecía una prisión visto desde el aparcamiento situado detrás en el que tuvieron que dejar la camioneta. Incluso había una pequeña torre de vigilancia. En el lado sur del casino una docena de cables de alta tensión colgaban de los esqueléticos hombros plateados de una hilera de torres de gran altura que se

alejaban hacia el norte y hacia el sur. La angosta franja de terreno situada debajo de las torres estaba llena de apretadas filas de pequeños y frondosos pinos que llegaban a la altura de la rodilla de una persona adulta y que crecían tan vigorosamente como si obtuvieran su alimento de los campos electromagnéticos.

Ozzie contempló los cables y los arbolillos mientras él, Crane y Mavranos iban sin prisas hacia el edificio, y murmuró algo sobre árboles de hoja perenne debajo de la energía hidroeléctrica.

Mavranos le dijo que la tierra que se encontraba debajo del tendido eléctrico de alta tensión no valía gran cosa, y que muchas de esas franjas de terreno se utilizaban como viveros de árboles de Navidad.

–Si vuelves aquí el día de Año Nuevo sólo verás tierra.

Ozzie asintió y frunció el ceño.

El interior del casino era una sola e inmensa estancia. Cuando una persona entraba por alguna de las varias puertas de cristal el nivel de la calle se convertía en el nivel de una espaciosa pasarela elevada, protegida mediante una barandilla que circundaba la zona de juegos de cuatro mil metros cuadrados de superficie que se encontraba cinco escalones más abajo. Las mesas, los sillones y los sofás se alineaban a lo largo de la barandilla, y las puertas de las paredes daban acceso a un bar, un servicio de delicatessen, una sala de banquetes, una tienda de regalos e incluso una peluquería. Columnas cuadradas recubiertas de espejos se alzaban hasta el lejano techo también cubierto de espejos.

Mavranos se sentó para tomar una cerveza, y Crane y Ozzie se separaron.

Crane bajó el tramo de escalones más cercano dando saltitos, llegó hasta el nivel de juego y avanzó cojeando por entre el laberinto de mesas.

Las partidas se desarrollaban a gran velocidad. Los croupiers se inclinaban sobre la mesa y repartían las cartas haciendo que se deslizaran sobre el fieltro verde; y los jugadores las examinaban, se plantaban o apostaban tan deprisa y de forma tan poco conspicua que en varias ocasiones Crane descubrió que era incapaz de decidir a quién pertenecía una apuesta determinada o cuál era la cantidad de dinero acostada. Algunos jugadores tenían hamburguesas -o incluso una cena completa con puré de patatas y salsa- colocadas sobre carritos de madera provistos de ruedas aparcados junto a ellos, y de vez en cuando encontraban un segundo o dos

de pausa en el juego durante los que inclinarse sobre la comida para meterse el tenedor en la boca sin apartar los ojos de la mesa ni un instante.

Grupos de asiáticos permanecían inmóviles apelotonados alrededor de mesas donde se estaba desarrollando un juego en el que se utilizaban cartas y un dado metido dentro de un cubilete de estaño, y los montoncitos de fichas empujados de un lado a otro estaban formados por los discos negros de las apuestas de cien dólares cada uno. Los nerviosos comensales que había alrededor de aquellas mesas parecían estar comiendo pasta china con palillos.

Por debajo de los frecuentes avisos transmitidos mediante el sistema de megafonía -"JT, una y dos cartas", "DF para el uno-tres con plante"- se oía el incesante tintinear de las fichas.

Crane dio sus iniciales al encargado que se ocupaba de la pizarra de cinco cartas con apuestas de cinco y diez dólares, y mientras esperaba que le llegara el turno de ocupar un asiento en una mesa se apoyó en la barandilla y se dedicó a observar la partida más cercana.

La partida se estaba desarrollando tan deprisa como todas las que había visto hasta aquel momento. Los discos de plástico blanco que indicaban al jugador que hacía de banca honoraria circulaban por la mesa a una velocidad casi tan grande como la de una bandeja llena de comida durante un banquete del día de Acción de Gracias, y Crane se dio cuenta de que los jugadores tenían que canturrear "Tiempo…, tiempo…, tiempo…" si querían meditar cuál iba a ser su próxima acción sin correr el riesgo de perder el turno.

Por primera vez desde su adolescencia Crane se sintió intimidado por la idea de tomar parte en una partida de póquer con desconocidos. "Es como una danza popular muy rápida y complicada -pensó-, y no estoy muy seguro de conocer todos los pasos." -SC, cinco y diez -dijo el encargado por su micrófono.

Crane bajó los escalones a saltos, movió una mano y fue hacia el asiento indicado. Las personas sentadas alrededor de su mesa parecían llevar varias horas allí, y daban la impresión de haber envejecido en aquella sala o en otras muy parecidas.

Crane compró un par de montoncitos de fichas de cinco dólares y esperó a que le entregaran su primera mano. La empleada que tenía a su cargo la mesa, una mujer de rostro inexpresivo vestida con el uniforme del

casino, barajó a toda velocidad y repartió un torbellino de cartas. Crane fue el primero en recibir su mano, y unos instantes después se dio cuenta de que el botoncito de la banca honoraria se encontraba delante del hombre barbudo sentado a su derecha. "Estoy debajo del arma", pensó.

Crane recogió sus cartas, dobló las esquinas… y contuvo una sonrisa. La mano que le había correspondido -tres dieces y dos reinas, un full- podría haber figurado en un libro de texto como ejemplo de la Suerte del Principiante. Crane pasó y subió la apuesta cuando le tocó el turno después de que otro jugador hubiese abierto, y cuando le llegó el momento de descartarse arrojó las dos reinas boca arriba sobre la mesa. – ¡Estoy seguro de que puedo sacar algo bueno! – observó con jovialidad.

La irracionalidad de aquella jugada provocó algunas cejas enarcadas y murmullos entre los otros jugadores, pero una de las dos cartas que recibió a continuación era el último diez de la baraja, con lo que obtuvo un póquer de dieces. Cinco jugadores aparte de él siguieron en la partida, y dos de los cinco aguantaron tres subidas de la apuesta y llegaron al momento de enseñar las cartas. Cuando Crane mostró su mano y barrió el montón de fichas amarillas y marrones hacia su rincón un silencio absoluto se adueñó de la mesa.

En la mano siguiente le correspondió un dos, un cinco, un siete, un nueve y un diez de palos distintos. Alguien abrió, otro jugador subió la apuesta, Crane volvió a subirla y la subió de nuevo cuando volvió a tocarle el turno de apostar. Después arrojó sus cinco cartas sobre la mesa y pidió cinco más.

Un par de jugadores emitieron murmullos claramente irritados, como si opinaran que Crane no se estaba tomando muy en serio el juego.

Las nuevas cartas que le correspondieron eran un siete, un ocho, un nueve, un diez y una reina, también de palos distintos. Cuando le llegó el momento de apostar Crane meneó la cabeza y colocó sus cartas boca arriba sobre la mesa.

–Me ha faltado poco para sacar escalera -dijo con voz pensativa mientras fruncía el ceño.

A partir de aquel momento Crane jugó de una forma mucho menos temeraria. Se plantaba con un par de ases o algo mejor antes de que llegara el momento de volver a dar cartas y sólo con una doble pareja de valor muy alto o algo mejor después de que hubiera pasado, y la imagen de lunático

que se había creado con las dos primeras manos sirvió para que siempre hubiera por lo menos un jugador que abandonaba la partida cada vez que se plantaba.

Llevaba ganados unos trescientos cincuenta dólares en una hora y media de juego cuando echó un vistazo al cenicero y vio que el humo del Camel que estaba fumando empezaba a arremolinarse moviéndose hacia el centro de la mesa. Crane alzó la mirada hacia su vaso lleno de Coca-Cola tibia y vio que el nivel del líquido había perdido la horizontal y estaba empezando a inclinarse hacia la mesa.

Tenía tres corazones, un jack de valor alto y el joker, y aún podía pedir cartas. Le habría gustado seguir en la partida y tratar de conseguir la escalera de color, pero dejó las cartas sobre la mesa y las empujó apartándolas de él.

Recogió sus fichas, arrojó cuatro de color amarillo hacia la empleada del casino y se puso en pie.

–Gracias a todo el mundo -dijo.

Se alejó por entre las mesas, subió el tramo de peldaños y fue hacia Mavranos, quien estaba sentado a una mesa junto a la barandilla tomando sorbos de una Coors.

–Fíjate en el humo -dijo Mavranos después de que Crane hubiese cogido otra silla y se hubiera sentado a su lado.

Crane ya se había fijado en que el humo de la mesa más próxima -una partida de plante con apuestas de cinco y diez dólares- había empezado a formar una nubecilla suspendida sobre el centro de la mesa.

Mavranos encendió un Camel, le dio una calada y el humo del cigarrillo se alejó flotando sobre la zona de juego.

–Y el nivel de mi cerveza se inclina -dijo. – ¿Dónde está Ozzie?

–En esa partida de siete cartas de la derecha.

Crane se puso en pie y fue hacia el tramo de barandilla de latón que corría junto a la mesa de Ozzie.

El anciano estaba contemplando el cigarrillo que había en el cenicero colocado al lado de su silla, y el empleado tuvo que recordarle que le había llegado el turno de apostar.

Los jugadores estaban a punto de recibir la séptima carta. Ozzie se había quedado solo en la mesa con dos jugadores, pues el anciano tenía tres reinas descubiertas y las otras dos manos sólo mostraban parejas de valor bajo.

Ozzie dio la vuelta a sus tres reinas y empujó las cartas hacia el centro de la mesa.

Una camarera pasó junto a Crane y éste empezó a levantar la mano para hacerle una seña…, pero de repente pensó en las tres reinas a las que Ozzie acababa de renunciar.

"Hay que sacrificarse", pensó. Dejó escapar un suspiro y volvió a concentrar su atención en la mesa.

Uno de los dos jugadores restantes acababa de ganar con un full, y cuando recogió las fichas Crane se preguntó distraídamente qué clase de suerte habría vendido.

Después de aquello Ozzie se mantuvo en todas las manos abandonando sólo después de haber recibido la sexta carta, lo que los jugadores del póquer de siete cartas llamaban "la Sexta Calle". Crane estaba lejos, pero incluso desde su posición junto a la barandilla podía ver que la forma de jugar del anciano estaba atrayendo la atención de los otros jugadores. En un momento dado Ozzie abandonó teniendo al descubierto una doble pareja de valor alto a pesar de que las otras manos visibles encima de la mesa no podían vencer a sus cartas.

Crane se bebió tres Coca-Colas mientras observaba el juego y se fumó medio paquete de Camels. El humo no paraba de girar sobre las mesas, y Ozzie siguió abandonando antes del final de cada partida.

Y eso hizo que Crane se sorprendiera bastante cuando vio que de repente Ozzie vacilaba al llegar el momento de la Sexta Calle.

El anciano tenía al descubierto un dos de picas, un tres de tréboles, un cinco de diamantes y un nueve de corazones.

Uno de sus oponentes enseñaba cuatro corazones, y otro enseñaba dos parejas, reyes y dieces negros. El de las dos parejas apostó diez dólares, y el de los cuatro corazones subió la apuesta diez más, lo que Crane interpretó como una señal casi infalible de que tenía escalera de color.

–Veinte al nueve -dijo el empleado del casino mirando a Ozzie.

"Parece como si tuviera cien años", pensó Crane con cierta preocupación mientras contemplaba a su padre adoptivo. El anciano tenía los ojos bajos y no apartaba la mirada de sus cartas.

–Tiempo -dijo Ozzie en voz tan baja que Crane sólo consiguió deducir lo que había dicho por el movimiento de sus labios llenos de arrugas-. Tiempo…, tiempo…, tiempo…

El humo había formado un embudo sobre la mesa, y de repente Crane tuvo la impresión de que el incesante tintinear de las fichas se había vuelto tan estridente como el ruido que hacía la cola de una serpiente de cascabel al moverse de un lado a otro. La brisa del aire acondicionado estaba tan reseca como el aire del desierto.

Ozzie estaba meneando la cabeza. – ¡Tiempo! – volvió a decir, ahora en un tono de voz lo suficientemente alto como para que incluso Mavranos le oyera y apartara la mirada de su cerveza.

El labio de Ozzie se había curvado en una mueca que podía expresar tanto desafío como resentimiento. El anciano acabó alzando la vista.

–Y diez -dijo articulando muy claramente las palabras mientras empujaba tres fichas de color marrón hacia adelante.

Crane captó las miradas de franca curiosidad que los otros ocupantes de la mesa lanzaban al viejo jugador cuya mejor mano sólo podía consistir en dos parejas, nueves y cincos. Desde su punto de vista el anciano sólo podía tener la esperanza de obtener un full, y los reyes y los dieces parecían una mano mucho mejor.

El hombre que tenía los reyes y los dieces subió la apuesta, y el que parecía muy probable tuviese una escalera de color le imitó.

Ozzie empujó más fichas hacia el centro de la mesa.

Y suspiró.

–Carta -dijo.

El empleado del casino repartió una carta boca abajo a cada jugador.

El hombre de los reyes y los dieces subió la apuesta, y el de la escalera de color también.

–Lo veo -dijo Ozzie en voz alta empujando más fichas hacia adelante.

La partida había llegado a su fin, y los jugadores descubrieron las cartas que tenían boca abajo.

El hombre de los reyes tenía un full de reyes y dieces, lo que vencía a la escalera de color de corazones que Crane había previsto. La mano de Ozzie -que el anciano reveló con una lentitud casi ceremonial- consistía en el dos, el tres, el cinco y el nueve que tenía al descubierto y en el ocho de diamantes, el as de picas y el cuatro de corazones.

Nada en absoluto. Los otros jugadores debían de haber supuesto que estaba intentando conseguir una escalera que habría sido vencida tanto por la escalera de color como por el full en los que habían resultado consistir las

otras manos, justo lo que todo el desarrollo de la partida había invitado a suponer que eran.

Ozzie empujó las fichas que le quedaban hacia el empleado como propina, se puso en pie y cruzó la alfombra color borgoña dirigiéndose hacia el tramo más alejado de escalones. Crane volvió la mirada hacia Mavranos e inclinó la cabeza en dirección al anciano. Mavranos asintió, se puso en pie, cogió su cerveza y se reunió con él. Crane y Mavranos avanzaron por la pasarela contorneando el nivel de la sala de juego.

Ozzie estaba inmóvil debajo de un toldo sobre el que un letrero de neón designaba como EL RINCÓN DE LOS JUGADORES.

–Voy a tomar un par de copas -anunció Ozzie-. Tú sigue limitándote al café, la Coca-Cola o algo parecido, ¿de acuerdo? – añadió mirando a Scott.

Crane movió la cabeza en un asentimiento un poco espasmódico.

El anciano precedió a Crane y Mavranos al interior del bar y a un reservado tapizado con tartán que había en la pared del fondo. Ozzie se movía despacio, pero mantenía su huesudo mentón muy erguido.

El bar estaba casi vacío, aunque el gran óvalo de parquet situado en el centro de la estancia y la bola de discoteca recubierta de espejitos apagada que giraba debajo del techo sugerían que en el pasado había sido escenario de animadas celebraciones. A pesar de las fiorituras victorianas que adornaban las columnas de madera oscura del bar, las litografías de temas deportivos enmarcadas en las paredes y el abundante uso del tartán la banda de espejo que había debajo del techo y los espejos verticales que segmentaban las paredes a intervalos de pocos metros hacían que éstas pareciesen paneles sueltos que podían ser desmontados en cualquier momento. El televisor de pantalla panorámica suspendido de una pared mostraba un programa deportivo en blanco y negro sin sonido. – ¿Qué compraste en la última mano? – preguntó Crane.

–Suerte -dijo Ozzie -. Leer las manos a medida que van llegando no resulta demasiado difícil, ¿sabes? Es como identificar los bichos que se agitan en un charco dejado por la marea…, basta con pillarle el truco, pero si quieres meter la mano en el charco y coger un bicho tienes que estar seguro de saber con toda exactitud qué clase de bicho es. Tuve que esperar una mano que…, que mejorase nuestras posibilidades, una mano que pudiéramos…, bueno, que fuese aceptable. Y calcular siete cartas con todas sus interacciones cuando tienes una mesa llena de jugadores que te están

empujando el codo puede resultar bastante complicado. – Ozzie se frotó la cara con sus manos nudosas y llenas de manchitas marrones-. Tuve que esperar un buen rato a que apareciera una mano… aceptable.

Mavranos se encorvó en el asiento y contempló lo que le rodeaba con cara de desaprobación.

–Donde los pescadores se reúnen al mediodía -dijo sarcástica-mente-, allí donde los muros del Mártir Magnus contienen inexplicables esplendores jónicos de blanco y oro… -¿Más Eliot? – preguntó Crane.

Mavranos asintió. Hizo una seña a la camarera más próxima y se volvió hacia Ozzie.

–Bueno, ¿qué tiempo hace? El anciano meneó la cabeza.

–Bastante tormentoso. Un montón de picas, que son la versión moderna de las espadas de la antigua baraja de tarot. Prácticamente cualquier carta de picas significa malas noticias, y el nueve es la peor de todas…, y la vi muchas veces. Un doble de Ballantine con hielo -añadió volviéndose hacia la camarera, que acababa de detenerse junto a la mesa con el bloc de anotaciones preparado.

"Coca-Cola -pensó Crane-. Agua mineral…, puede que con un bitter. Maldita sea.

V-Ocho. Un Seven-Up." -Hola, querida -dijo Mavranos-. Tienes que disculpar a nuestro amigo…, no le gustan las chicas bonitas. Yo tomaré una Coors.

–Quizá no le parezco bonita -dijo la camarera.

Crane alzó la mirada hacia ella y parpadeó. La camarera era delgada, tenía el cabello negro y los ojos castaños, y estaba sonriendo.

–Me pareces muy bonita – dijo -. Tomaré un agua mineral con un poco de angostura.

–Estás ante todo un ejemplo de convicción -dijo Mavranos sonriendo detrás de su descuidado bigote-. Auténtica pasión, ¿eh?

–No me ha dado la impresión de que hablara en serio -dijo la camarera.

–Cristo -dijo Crane, que aún estaba algo inquieto a causa de la sobriedad y de lo que había dicho Ozzie sobre el mal tiempo-, tienes la mitad de mi edad. Te aseguro que hace diez años habrías tenido que darme una paliza con un garrote para que…

La camarera abrió mucho los ojos. – ¿Darle una paliza? – ¿Con un garrote? – añadió Mavranos.

–Dios -murmuró Crane-. Quería decir que…

Pero la camarera ya se había alejado.

Ozzie no parecía haber oído ni una sola palabra de cuanto se había dicho después de que pidiera su escocés.

–Los corazones son las copas del tarot, y parecen estar aliados con las picas y eso es bastante malo. Se supone que los corazones están relacionados con la familia y los asuntos domésticos, el matrimonio y el tener hijos, pero ahora están al servicio de…, de la catástrofe. El rey y la reina de corazones aparecieron en las mismas manos de forma intercambiable con las peores cartas de picas. – Miró a Crane -. ¿Estabas jugando cuando el humo empezó a moverse?

–Sí.

–Apostaría a que tenías el joker y el jack de corazones.

Crane ya había decidido creer en todo aquello, pero aun así el encontrarse con una prueba tan clara de que no estaba tratando con fantasías sino con realidades hizo que se sintiera bastante incómodo.

–Sí, así es.

–Recuerdo que ésas eran tus cartas incluso en los viejos tiempos…, el Jack Tuerto y el Loco.

La camarera llegó con las bebidas, y Ozzie pagó. La camarera se marchó a toda prisa.

Crane la siguió con la mirada. Acababa de darse cuenta de que era realmente bonita, y eso unido al hecho de que le resultase tan poco atractiva como el dibujo de la alfombra hizo que se sintiera un poco inquieto. Podía imaginársela desnuda, pero no podía imaginarse haciéndole el amor.

–Bien -dijo Mavranos después de haber tomado un buen trago de su Coors-, ¿qué significa todo eso para nosotros?

Ozzie le miró y frunció el ceño.

–Bueno… El Jack de Corazones está en el exilio, y el Reino de los Corazones se ha inclinado ante las Espadas. Si el Jack piensa volver será mejor que lo haga disfrazado. Y todas las cartas que vi estaban rodeadas de corazones, lo cual quiere decir que el Rey y la Reina han sometido el agua a su voluntad. Vamos a Las Vegas, y eso quiere decir que deberíamos tener mucho cuidado con cualquier masa de agua que no esté en libertad.

–Teme la muerte por el agua -dijo Crane, y dirigió una débil sonrisa a Mavranos.

–Y el equilibrio está muy alterado -siguió diciendo Ozzie -, por lo que el que tu cáncer desaparezca parece menos probable que antes, Arquímedes. Es algo parecido a lo que ocurre cuando la bola rebota locamente de un lado a otro en la ruleta, pues es posible que acabe saliendo despedida al suelo en vez de posarse en algún casillero. En estos momentos cualquier cosa es posible…

El anciano se volvió hacia Crane.

–En cuanto a tu situación, no tiene ni la más mínima lógica. ¿Te he dicho que el Rey y la Reina de corazones se estaban comportando como si fuesen la misma persona? Por lo que he podido deducir, ésa es la persona que anda detrás de ti, y es tu padre, y es varón y hembra al mismo tiempo.

–Atención -comentó Mavranos-. Un hermafrodita.

–Mi auténtico padre podría seguir con vida…, incluso mi madre podría estar viva -dijo Crane con expresión pensativa.

–Es casi seguro que se trata de tu padre biológico -dijo Ozzie con cierta irritación-.

El Rey malvado… Supongo que no te reconoció durante esa maldita partida, porque si hubiera sabido que ya eras pariente suyo no se habría tomado la molestia de intentar crear esa relación de parentesco mediante las cartas.

Crane se había quedado boquiabierto. – ¿Cómo…, cómo es posible que Ricky Leroy sea mi padre?

Estaba acordándose del hombre bastante mayor que Leroy que le había llevado a pescar al Lago Mead en tantas ocasiones cuando Crane tenía cuatro o cinco años de edad.

–Está usando un cuerpo nuevo -dijo Mavranos.

–Exacto -dijo Ozzie -. Puede hacerlo… ¿O es que no me has escuchado cuando te lo explicaba? Y quizá se haya sometido a una operación de cambio de sexo desde que le viste por última vez.

–O quizá disponga de cuerpos masculinos y femeninos y los vaya utilizando alternándolos según las circunstancias -dijo Crane.

–Sí, claro. Tendría que haber pensado en esa posibilidad…, espero no estar demasiado viejo para este tipo de cosas. – Tomó un sorbo de su escocés-. Y también vi un montón de nueves y dieces de diamantes juntos, y su significado es "acción inminente".

–Estoy listo -dijo Mavranos.

Ozzie volvió la cabeza hacia el cigarrillo de Mavranos y vio que el humo subía hacia el techo en una línea más o menos recta. Después alzó su vaso, lo contempló durante unos momentos y acabó desplazándose en el asiento para echar un vistazo a la pantalla del televisor. El programa deportivo en blanco y negro había sido sustituido por uno en color. – ¿No queréis almorzar? – preguntó por fin.

–No me sentaría mal comer algo -dijo Crane.

–Creo que la ventana de predicción de la fortuna ya se ha esfumado -dijo Ozzie -.

Voy a coger este vaso, volveré a la mesa y patearé unos cuantos traseros aprovechando que ahora todos están convencidos de que me utilizaron como modelo para ese cartel advirtiendo de los estragos que provoca la enfermedad de Alzheimer.

Crane y Mavranos fueron a la pequeña delicatessen que había en el otro extremo de aquella sala tan grande como un hangar y se comieron un bocadillo de rosbif cada uno mientras Ozzie volvía al nivel de las mesas de juego.

En un momento dado Crane se levantó y recorrió el perímetro hasta llegar al lavabo de caballeros. Cuando salió de él uno de los teléfonos públicos que tenía delante empezó a sonar, y Crane reaccionó automáticamente cogiendo el auricular. – ¿Diga?

No hubo respuesta, pero de repente su corazón empezó a latir más deprisa y se sintió un poco mareado. – ¿Susan…?

Sólo oyó un chasquido y pasados unos momentos la señal de marcar, pero cuando colgó el auricular tuvo que admitir que a pesar de su experiencia con la camarera sus respuestas sexuales estaban funcionando a la perfección.

Cuando Ozzie reapareció por fin bajando lentamente el tramo de peldaños que llevaba al nivel de juego apoyado en su bastón de aluminio, había recuperado todo el dinero que había perdido antes más cuatrocientos dólares. – ¿Listos para partir, chicos? – preguntó.

–La camioneta nos espera -dijo Mavranos levantándose y terminando su cerveza-. ¿Dónde vamos?

–A algún gran almacén para aprovisionarnos, un Target o un KMart -dijo Ozzie-. Y después… -Contempló lo que le rodeaba como si no pudiese verlo-. Después iremos a Las Vegas.

La atmósfera pareció secarse de repente, y cuando se puso en pie Crane creyó oír con toda claridad el timbrazo del teléfono público por encima del continuo tintineo de las fichas.

–Démonos prisa -dijo.

Libro segundo – Mistigris … y si os dicen "Mirad, está en el desierto", no vayáis allí…

MATEO, 24, 26

Qué es ese sonido estridente que hace vibrar el aire, ese murmullo de lamentación materna.

Quiénes son esas hordas encapuchadas, ese enjambre que recorre las llanuras interminables tambaleándose sobre la tierra agrietada a la que sólo rodea el anillo del horizonte.

Cuál es la ciudad encima de las montañas que se agrieta y vuelve a formarse y derrama en el aire violeta torres que caen…

T. S. ELIOT, El erial Pues sois buenos y sois malos y, como las monedas, algunos sois de buena ley y otros no dais el peso, pero todos y cada uno de vosotros habéis sido marcados con la imagen del Rey…

ALFRED, LORD TENNYSON, Los idilios del Rey Mistigris. El juego del póquer sin prescindir del joker.

Enciclopedia Británica, undécima edición, 1911

14

Hacia la respuesta terminal El desierto de Mojave se encuentra al sureste de la cordillera de Sierra Nevada y se extiende a lo largo de más de ciento cincuenta kilómetros de desolación antes de acabar subiendo de nivel poco a poco hasta formar los picachos que arrugan todo el extremo este de California, picachos que tienen nombres como Montañas de la Vieja o Campo de Juego del Diablo. El desierto está limitado al sur por las montañas de San Bernardino, detrás de las que se extienden los valles Imperial y Coachella, inmensas colchas de retazos cuyos cuadrados de distintos colores son campos de zanahorias, lechugas, melones y palmeras datileras. El agua para su irrigación viaja hasta el oeste por el interior de los canales, líneas de plata horizontales que atraviesan el desierto de Sonora empezando en el río Colorado, un curso de agua domesticado por las presas Hoover, Davis y Parker.

Pero el río aún es capaz de mostrarse rebelde de vez en cuando. En 1905 se desbordó y se abrió paso a través de las compuertas que el hombre había construido cerca de Yuma abriendo un nuevo canal que atravesó todas las tierras de labor y los pueblos que tenía delante, hasta llegar a una planicie de desierto salino conocida como la Sartén de Saltón. Después de dos años de esfuerzos la Compañía de Ferrocarril del Sur del Pacífico logró bloquear el nuevo canal y obligó al río a volver a su curso original, pero la Sartén de Saltón se había convertido en el Mar de Saltón -y no ha dejado de serlo-, una masa de agua de sesenta kilómetros que se ha ido volviendo tan salada a causa de la evaporación que las mareas rojas suelen manchar el agua traicionada haciendo que parezca sangre, y los aficionados al esquí acuático tienen que evitar los pequeños mares de los sargazos formados por las corbinas muertas que flotan en las aguas.

El río ha sido sometido para hacer florecer los valles Imperial y Coachella, pero el Mar de Saltón -esa extensión de aguas desoladas donde reinan el viento, la sal y la arena-se interpone entre ellos como si fuese el ojo infinitamente paciente del erial.

Un viento bastante fuerte que llegaba de las Montañas Muertas creaba olitas blancas sobre las aguas que reflejaban el sol en Laughlin, Nevada, ochenta kilómetros al sur de la presa Boulder y el río Colorado.

Un hombre vestido de frac estaba inmóvil en el muelle del transbordador. El hombre iba sacando puñados multicolores de fichas de casino de sus bolsillos y las arrojaba a las revueltas aguas. Unos turistas le preguntaron qué estaba haciendo, y el hombre contestó que trabajaba para uno de los casinos y que estaba eliminando las fichas inservibles de la forma habitual; pero sus ojos observaban con gran atención los dibujos creados por las fichas cuando volaban por el aire, y el hombre del frac parecía hablar continuamente en susurros consigo mismo, y cuando hubo acabado de lanzar el último puñado de fichas permaneció inmóvil durante media hora observando el agua antes de hacer una reverencia al río. Después fue hacia un coche, subió a él y se alejó en dirección norte conduciendo muy deprisa.

Ochenta kilómetros al sur de allí, en Ciudad Lago Havasu, el río fluía alrededor de los inmensos soportes del Puente de Londres, la misma estructura arqueada de granito que se había extendido sobre el río Támesis hasta hacía veinte años. El nivel de las aguas era bastante alto y las dos

orillas del río se hallaban cubiertas de verdor, pero el desierto se encontraba muy cerca, justo detrás de los restaurantes y los hoteles brillantemente iluminados de reciente construcción, y el aire estaba tan limpio que las montañas resecas parecían hallarse más cerca de lo que estaban en realidad.

Un hombre de barba blanca que conducía una vieja camioneta cubierta de polvo subió su vehículo a la acera de una zona de estacionamiento situada cerca del puente. Pisó el acelerador hasta que la camioneta alcanzó los cincuenta kilómetros por hora mientras los turistas gritaban y corrían de un lado a otro para esquivarla. Después movió el volante hacia la derecha con todas sus fuerzas, y la vieja camioneta giró como si fuera la aguja de una brújula patinando sobre los tallos de hierba empapados por los rociadores automáticos.

El vehículo acabó deteniéndose entre bamboleos y chirridos, y el capó quedó señalando en dirección norte. El hombre de la barba blanca volvió a poner en marcha el motor y se alejó en esa dirección.

Y muy lejos de allí, en las vastas extensiones salpicadas de artemisias del desierto, en las casas de cemento, los remolques y los cobertizos de Kelso, Inyokern y Árbol de Josué, varias personas empezaron a olisquear el aire y después, una a una, se dieron una palmada en algún bolsillo para asegurarse de que las llaves del coche estaban dentro o registraron los estantes buscando horarios de autobuses.

Y en un pueblo llamado Baker Dondy Snayheever abandonó su caja para siempre y se dispuso a ir en busca de su madre.

Los viajeros sólo conocen Baker como una corta hilera de gasolineras, garajes y restaurantes especializados en hamburguesas y fritos que se extiende a lo largo de la 1-15 justo en el centro del vasto desierto situado entre Barstow y la frontera de Nevada y California, y de hecho no es mucho más que eso. Al oeste de la calle principal de Baker no hay nada salvo unas cuantas carreteras secundarias llenas de polvo que se terminan enseguida y un par de apelotonamientos de caravanas viejas ocultos por cortavientos compuestos de pinos ya muy altos, y en el extremo oeste del pueblo -cuando se han dejado atrás los enormes patios sin hierba, los columpios que nadie utiliza, las barbacoas viejas, los coches medio desmontados y alguna que otra antena parabólica, todo ello cociéndose bajo la pureza salvaje del sol que contempla la tierra desde un cielo vacío-, los terrenos vallados de la prisión de seguridad mínima de la ECI marcan la frontera oeste del pueblo.

Más allá de la última valla de la prisión no hay nada salvo el desierto que se aleja hacia las Montañas Avawatz, una cordillera de lejanía casi astronómica, la planicie de arena que no tarda en quedar tachonada por las inmensas rocas de contornos irregulares que parecen fragmentos de un planeta desintegrado hace mucho tiempo medio enterrados en la arena.

Un mes antes Dondy Snayheever había abandonado su empleo en un taller de tapicería de Barstow. Llevaba algún tiempo sin poder dormir bien, y unas voces que hablaban dentro de su cabeza no paraban de repetirle cosas en un tono apremiante pero tan bajo que no podía entenderlas, y Dondy decidió volver al sitio en el que había crecido, una enorme caja de madera aglomerada que se encontraba detrás de la casa abandonada en la que había vivido su padre. La casa se encontraba a un kilómetro y medio de Barstow al final de un camino de tierra, pero cada vez que iba allí Snayheever encontraba botellas de licor vacías y condones usados sobre las alfombras que cubrían el suelo de su caja. La puerta ya no se podía cerrar.

El interior de la caja estaba oscuro y bastante recalentado, y los montones de mapas dejaban muy poco espacio libre, pero nada más entrar se fijó en las cartas -mucho más grandes que los naipes normales- que su padre había sujetado con chinchetas cubriendo hasta el último hueco libre de las paredes y el techo.

Su padre había construido la caja en 1966 cuando Dondi sólo tenía un año, y Dondi había pasado prácticamente cada hora de su vida dentro de ella hasta 1981, cuando su padre se fue a Las Vegas teóricamente para pasar un fin de semana allí y no volvió nunca.

Su padre había construido otras cajas para que Dondi se metiera dentro de ellas durante los pocos viajes que habían hecho juntos. Había una en el bosque al oeste de Reno, otra en un almacén vacío de Carson City y otra en el desierto cerca de Las Vegas.

La caja de Las Vegas incluso tenía una vidriera de colores, una inexplicable pietá que mostraba a la Virgen María llorando sobre el cadáver de Cristo.

Dondi no había conocido a su madre, aunque a veces contemplaba algunas de las huellas que había dejado y se imaginaba que podía verla.

Cuando tenía doce años su padre le explicó que la estructura de madera aglomerada dentro de la que vivía era una caja Skinner. La caja era un "entorno" concebido para producir una "respuesta terminal".

La estructura se basaba en cómo había entendido su padre las enseñanzas de un psicólogo llamado Skinner, quien al parecer había enseñado a las palomas a jugar a los bolos mediante un juego de bolos en miniatura. La teoría afirmaba que las cualidades deseables en un humano adulto podían ser definidas, y que una vez obtenida esa definición se podía fijar un procedimiento, una pauta de educación que ayudaría a moldear el crecimiento encaminándolo hacia la respuesta terminal, el estado deseado.

El padre de Dondi había querido crear un jugador de póquer imbatible. El intento había fracasado, y su padre acabó creando algo muy distinto.

En años anteriores la caja había estado llena de libros sobre el póquer, centenares de barajas y un televisor que sólo mostraba filmaciones de partidas de póquer reales. El padre de Dondi salía de la casa al amanecer, entraba a rastras en la caja y jugaba un centenar de partidas al día con él criticando ("extinguiendo") todos sus errores de juego y recompensando con bolsas de caramelos compradas en el M M local todo lo que podía ser moldeado en dirección a la respuesta terminal.

El único resto de aquellos días visible dentro de la caja era aquellas cartas más grandes de lo normal…, pero Dondy Snayheever clavó los ojos en ellas sabiendo que sería a través de ellas -todavía más que a través de los mapas- como conseguiría encontrar a su madre.

Y, aparte de eso, el estudiar sus huellas le había servido para averiguar qué aspecto tenía su madre.

Era tan hermosa como la reina de corazones.

–Voto por Baker como sitio para una cena temprana y llenar el depósito de gasolina -dijo Crane -. Después de Baker no hay nada más que líneas rectas que atraviesan paisajes lunares hasta por lo menos la frontera de Nevada.

–De acuerdo -dijo Ozzie.

–Entendido -dijo Mavranos-. Pogo, ¿te importaría abrirme otra cerveza?

Crane pescó una Coors del agua fría que llenaba la neverita, la abrió y se la pasó al conductor. Mavranos pareció beberse la mitad de la lata de un solo trago y la colocó entre sus muslos. Las ventanillas estaban abiertas, y el viento caliente azotaba las orejas de Crane y había convertido su cabellera canosa en un amasijo de mechones y remolinos.

Llevaban tres horas viajando en dirección noreste por la 1-15. Desde que atravesaron Victorville la maleza y el protector de la autopista habían

estado salpicados casi continuamente por los destellos de las botellas rotas, que contrastaban con las largas tiras de señales negras dejadas por los neumáticos de los camiones al frenar y arrancar. Los espejismos y los cristales rotos habían hecho que Crane experimentara una falsa sensación de estar rodeado de agua, una ilusión reforzada por las embarcaciones colocadas sobre plataformas que iban a remolque de muchos de los coches que veían y por la observación de Ozzie de que todo aquello había sido el lecho de un mar, y de que si partías unas cuantas rocas había bastantes probabilidades de que encontraras conchas primigenias en las secciones transversales.

Crane había pensado con frecuencia en su primer viaje a través de aquel desierto hacía cuarenta y dos años, cuando había permanecido agazapado durante cinco horas sobre la cubierta de un bote bajo el sistema de navegación por eco, escondiéndose instintivamente de las estrellas que brillaban en la negrura del cielo.

En aquellos momentos y a pesar de la verja de alambre que corría a lo largo de la cuneta de la autopista, la arena y los pinos retorcidos que los habitantes de aquellas comarcas llamaban árboles de Josué, la travesía del desierto le parecía un viaje sobre el agua todavía más de lo que se lo había parecido en aquel entonces.

Y Crane se daba cuenta de que había geometría y líneas rectas por todas partes. Los espejismos que flotaban sobre la planicie desértica, las pendientes larguísimas y casi horizontales que se alejaban de las colinas y parecían extenderse por medio mundo, la misma línea de la autopista… A veces la inmensidad del horizonte que abarcaba el planeta se inclinaba, y Crane descubría que estaba inclinándose con ella.

La camioneta de Mavranos era un contraste perdido en la eterna e inmensa regularidad del desierto.

El vehículo azul cubierto de polvo que apenas llamaba la atención a primera hora de aquella mañana se había convertido en una camioneta que parecía haber perdido a la caravana circense de la que formaba parte. Ozzie había comprado varias decenas de silbatos activados por la corriente de aire para avisar a los ciervos marca Cobbs y había adherido los pequeños objetos de plástico negro a la camioneta esparciéndolos por el capó y el techo. Algunos habían sido dispuestos formando líneas diagonales en vez de enfilarlos hacia adelante, y Ozzie había colocado unos cuantos de tal

forma que el aire que saliera de uno entraría en el siguiente, "como prismas de Newton", y había hecho que Crane y Mavranos se pincharan los dedos para puntuar con manchas de sangre todos y cada uno de los estandartes y banderines de una bolsa que había comprado. Después Ozzie los había colgado de la antena, los parachoques y la baca del equipaje, y había pegado cartas por toda la circunferencia de los neumáticos y los guardabarros.

Mientras se ocupaba de las ruedas Crane había oído que el anciano murmuraba algo sobre el diesel y el parabrisas, pero Crane -que se sentía algo incómodo a causa de las excéntricas precauciones adoptadas por su padre adoptivo y por la impasibilidad con que las aceptaba Mavranos- no quiso decirle nada porque temía que cualquier conversación acabara dando como resultado otro equipamiento aún más disparatado añadido a la Suburban.

Por fin se pusieron en movimiento y tomaron por la autopista de Pomona en la salida de Los Ángeles, y la impaciencia y el nerviosismo de Crane habían necesitado tres horas de viaje ininterrumpido para relajarse hasta el punto de permitirle pensar en hacer una parada.

Cuando llegaron a Baker descubrieron que el legendario restaurante El Chico de los Bollos había ardido hacía tiempo, por lo que salieron de la autopista y acabaron deteniéndose en un local llamado El Griego Loco.

El Griego Loco era un restaurante de carretera pequeño pintado de azul y blanco con mesas exteriores, rodeado por una valla blanca. Ozzie se sentó a una mesa que quedaba en la sombra mientras Crane y Mavranos iban dentro a pedir.

El menú era ostentosamente griego, y había platos con nombres como souvlaki, bocadillos Onassis y Kefte-K-Bobs, pero se limitaron a pedir hamburguesas de queso.

Mavranos pidió cervezas para él y para Ozzie, y Crane tuvo que conformarse con un vaso de un refresco llamado Tamarindo.

No hablaron mucho mientras comían. Mavranos insistió en que los monos marinos despertaban de su hibernación y salían arrastrándose de los suelos de los lagos secos cuando llegaban las lluvias de primavera, a lo que Ozzie reaccionó con bufidos despectivos, y Crane se limitó a tomar sorbos de su Tamarindo sin apartar los ojos de los dos vasos de plástico llenos de

cerveza mientras pensaba en el teléfono público cuyo auricular había descolgado en el casino Commerce.

Se disponían a marcharse -Ozzie ya había descolgado su bastón del canto de la mesa y Crane había dejado sobre ella el dinero suficiente para pagar lo que habían tomado con propina incluida-, cuando una mano muy flaca surgió de la nada y se apoderó del cuenco de cerámica lleno de terrones de azúcar empaquetados.

El joven que estaba en pie junto a la mesa se quedó inmóvil con el cuenco en una mano y la otra metida dentro de una chaqueta de pana marrón. La chaqueta le quedaba demasiado grande, y a juzgar por su aspecto parecía que su propietario había dormido con ella puesta. Una risita tan repentina como espasmódica hizo que sus dientes parecieran muy grandes, y sus ojos ardían con un brillo febril.

Durante un momento Crane, Ozzie y Mavranos se limitaron a alzar la mirada hacia él sin decir nada. – ¡Oh, bueno, supongo que tengo un arma! – dijo el intruso apartando unos mechones no muy limpios de su frente -. Es la única forma de conseguir que los botones sepan bien, ¿me habéis oído?

Crane se dio cuenta de que olía a sudor viejo y ambientador.

Mavranos sonrió y extendió las manos delante de él como diciendo "No queremos problemas", y Crane vio que apoyaba los pies en el suelo por debajo de la mesa.

–Si la madre de una persona fuese la luna -se apresuró a decir el joven-, él podría encontrarla donde ella…, donde ella…

Ozzie meneó enérgicamente la cabeza y Mavranos bajó las manos. – ¡Donde ella dejó su…, su cara! ¡O la cara del cuervo, el ojo del cuervo! – El joven dejó el cuenco sobre la mesa y se limpió la cara con una manga-. Es la Reina de Corazones -dijo en un tono de voz un poco más bajo-, y el Jack va a buscarla. – Cogió una silla de la mesa vacía de al lado y se sentó en ella. Su mano izquierda sacó una caja azul de naipes marca Bicicleta del bolsillo de su chaqueta y la arrojó encima de la mesa.

La mano derecha seguía dentro de la chaqueta-. ¿Vamos a jugar?

Una camarera se había detenido detrás de la ventana del restaurante y estaba observando a su estrambótico y desaliñado visitante; pero Ozzie le sonrió y movió una mano, y el gesto pareció convencer a la camarera de que no les estaba causando problemas.

Ozzie volvió la cabeza hacia su visitante y frunció el ceño. Estaba claro que intentaba comprender cómo podía encajar aquel loco en la estructura con la que estaban tratando y en qué afectaría a la situación el que jugaran con él. – ¿Qué… apostamos? – preguntó Ozzie.

–Lo que hay en el M M contra vuestros terrones de azúcar -dijo el joven. Señaló el cuenco del que se había apoderado al llegar y sacó dos bolsas de caramelos del M M de su bolsillo-. Caramelos, y azúcar también. Si dejas que haga de las suyas es malo para los dientes. – Movió una mano intentando asustar a las moscas que trazaban círculos a su alrededor, pero no lo consiguió-. Y a las moscas les gusta -añadió-. En francés "mosca" se dice mouche.

Soltó una risita y meneó la cabeza.

–Eh… -murmuró Ozzie -. ¿Sabes dónde…, dónde dejó su cara la luna?

–Me llamo Dondi Snayheever. Sí, tengo unos cuantos…, unos cuantos mapas en el coche. Es muy difícil decirlo, tan difícil como sería decir "Mapas en el coche" si quisieras decirlo.

Ozzie asintió.

–Nos jugaremos un mapa o dos. Nosotros pondremos dinero.

–Cartas, cajitas cerradas con llave y planos de lecciones, no hay más remedio que guardarlos porque son…, son…, los velorios conductores que llevan al padre y a la madre.

–El joven clavó la mirada en Ozzie-. No puede ver ninguno de mis mapas, señor. – ¿Cuál es el juego al que vamos a jugar ahora? – preguntó cautelosamente Crane.

Snayheever parpadeó y le contempló con evidente sorpresa.

–Se llama Adelante Pez.

–Claro -dijo Ozzie.

Los ojos del anciano se encontraron con los de Crane y una ceja blanca se enarcó transmitiendo lo que podía ser un por ahí.

"Quieres que encuentre su coche y que le robe un par de mapas-pensó Crane-. De acuerdo, pero si he de hacerlo juro por Dios que me concederé un premio a mí mismo.

Así lo he decidido, y así se hará."-Apuesto a que el motor ya se ha enfriado lo suficiente para que pueda desenroscar el tapón del radiador -dijo Crane, y empezó a levantarse-.

Voy a echarle un vistazo. – Miró a Mavranos-. ¿Las llaves? – ¿Las llaves? – repitió Snayheever-. ¿Tu radiador está dentro del coche?

Mavranos sacó su llavero del bolsillo y se lo arrojó a Crane.

–El capó se puede cerrar con llave -dijo Mavranos con voz impasible-. Venimos de un sitio en el que les cuesta tan poco robarte la batería como sonarse la nariz. – ¿De dónde venís? – preguntó Snayheever.

–De Oz -dijo Ozzie con cierta irritación, y su voz sonaba muy vieja y quebradiza-. ¿Cortamos la baraja para ver quién reparte las cartas?

Crane se puso en pie, fue hacia el asfalto y mientras pasaba junto a los arbustos para ir hacia donde estaban aparcados los vehículos oyó que Snayheever decía: "No, tengo que repartir yo".

"Probablemente será un tramposo -pensó Crane, y sus labios se curvaron en una sonrisa cansada-. Acabaremos perdiendo hasta el último terrón de azúcar…"

Crane se preguntó cómo se suponía que iba a averiguar cuál era el coche de Snayheever…, hasta que dejó atrás la Suburban de Mavranos y vio el extraño vehículo aparcado junto a ella.

Parecía una versión inglesa años cincuenta de un Volkswagen-tenía los mismos parachoques bulbosos y el techo arqueado-, pero la carrocería se desplegaba a los lados formando una especie de faldita. En cuanto al color original del vehículo, no había forma alguna de averiguarlo pues daba la impresión de haber sido sumergido en aceite hacía varias décadas y de que no había dejado de recorrer las polvorientas carreteras del desierto ni un solo instante desde entonces.

Crane dio un paso hacia adelante y sintió como si estuviera teniendo que empujar el aire caliente que se oponía a su avance y lo dejara enroscándose en una lenta turbulencia a su espalda, igual que la estela de un barco.

Leyó el emblema oxidado que había encima del capó del coche: Morris.

Crane se inclinó sobre el polvoriento cristal de la ventanilla derecha y echó un vistazo.

La tapicería estaba llena de desgarrones, había montones de periódicos esparcidos sobre el asiento trasero y el compartimiento de la guantera carecía de puerta.

Unos cuantos mapas doblados con los bordes llenos de arrugas asomaban del compartimiento. La puerta del coche no estaba cerrada. Crane

la abrió, metió medio cuerpo dentro y cogió un par de mapas del centro del montoncito. Después cerró la puerta y fue hasta la Suburban mientras empezaba a repasar el llavero de Mavranos.

Entró en la camioneta y contempló la neverita de Mavranos.

–Adelante, pez -murmuró.

Después extendió un brazo moviéndolo muy despacio y sacó una lata de Coors del agua fría. "Una no me hará daño -pensó-. Este aire del desierto me dejará tan reseco como a una rata muerta antes de que me dé cuenta…"

Arrancó la tirilla. La cerveza espumeó, pero la espuma no se escapó de la lata.

Crane miró hacia atrás, pero estaba solo en la camioneta.

Estaba harto de mantenerse alerta y despierto. Apuró la cerveza en una larga y ruidosa serie de tragos. El líquido le hizo cosquillas en la garganta y le llenó los ojos de lágrimas, y Crane pudo sentir cómo sus tensos músculos empezaban a relajarse.

El aire estaba más caliente dentro de la Suburban que fuera, y Crane captó un olor a ropa sucia y cerveza derramada. Arrojó la lata hacia la parte de atrás donde nadie se fijaría en ella. Después escondió los mapas de Snayheever debajo de una vieja cazadora de nylon, se irguió, cerró la puerta y volvió a contornear los arbustos hasta llegar a la mesa.

Ozzie y Mavranos alzaron la mirada en cuanto Crane fue hacia ellos. El joven Snayheever estaba contemplando las cartas que tenía en las manos y movía los labios sin emitir ningún sonido. – ¿Crees que deberíamos irnos? – preguntó Ozzie.

"Lo que me está preguntando es si el chiflado podrá darse cuenta de que le he robado -pensó Crane-, en cuyo caso deberíamos largarnos antes de que vuelva a su coche." -No -dijo. Volvió a sentarse y apuró el Tamarindo diluido con hielo derretido de su vaso-. Todo tiene el mismo aspecto de siempre. Eh… Aunque no le iría mal enfriarse un poco más.

–De acuerdo. Toma, he de ir al lavabo. Coge mis cartas, Scott.

Ozzie se levantó con bastante dificultad de su silla y fue cojeando hasta la puerta del lavabo apoyándose pesadamente en su bastón ortopédico.

Crane cogió las cartas del anciano. – ¿Me toca? ¿He de jugar con el señor Snayheever? De acuerdo. Eh… ¿Tiene algún nueve?

Snayheever sonrió y se removió en su asiento. – ¡Adelante, pez!

Mavranos señaló el montoncito de cartas y Crane cogió la de arriba de todo. Era el jack de corazones. – ¿Y si…? – empezó a decir. – ¡Hay que apostar! – dijo Snayheever.

Parecía muy excitado. Su sucia cabellera le caía encima de los ojos.

–Oh. Eh… Yo… ¿Cuál es el límite?

–Dos.

Crane se permitió una sonrisa torcida, y añadió otros dos terrones de azúcar al montón de caramelos del M M y terrones que había en el centro de la mesa. – ¿Tienes algún jack?

Un gigantesco camión semirremolque pasó por la autopista dando gas al motor e hizo tintinear los cristales que había detrás de Crane. – ¡Adelante, pez! – dijo Snayheever.

Crane cogió la primera carta del mazo. Era el as de picas, y un segundo después de que Crane la hubiese cogido Ozzie había surgido de la nada y estaba inmóvil a su espalda.

–La partida no se terminará. Suelta tu mano.

Crane se encogió de hombros y obedeció. Cuando las cartas chocaron con la superficie de la mesa el as de picas casi cubrió del todo a las otras dos cartas que había estado sosteniendo, el as y la reina de corazones.

–Nos vamos -dijo Ozzie con voz temblorosa-. Nos vamos ahora mismo. – ¡Estupendo! – exclamó Snayheever mientras sus largos y temblorosos dedos empezaban a recoger las cartas-. ¡Estupendo! ¡Pues marcharos! ¡No os necesito!

El anciano temblaba, y su respiración se había vuelto tan acelerada que Mavranos le agarró del codo mientras se alejaban de la mesa. Crane salió del patio caminando de espaldas sin dejar de observar a Snayheever mientras se preguntaba si el joven realmente iría armado; pero Snayheever parecía haberse olvidado de los tres y había concentrado toda su atención en la tarea de doblar una carta alrededor de un caramelo y un terrón de azúcar. Un instante antes de contornear los arbustos y sentir el contacto de la brisa caliente Crane vio cómo el joven alzaba el extraño bocadillo hasta su boca y le arrancaba un trozo de un mordisco aparentemente sin ningún esfuerzo.

La brisa venía del cada vez más rojo oeste. Estaba arrojando velos de arena y polvo que hacían llorar los ojos y se esparcían por todo el aparcamiento, y durante unos momentos tanto el aparcamiento como todo el pueblo de Baker parecieron convertirse en los elementos arquitectónicos de

un puesto de avanzada temporal que no tardaría en ser abandonado a los elementos. Crane observó cómo Ozzie cojeaba delante de él, una silueta delgada a la que su traje de anciano otorgaba una apariencia muy frágil, y durante un momento pensó que aquel era el sitio en el que debía estar, y le pareció que Ozzie no era más que una figurilla agotada perdida en un inmenso paisaje exhausto.

Y si se largaban de allí sin el anciano Crane podría beber toda la cerveza que le diese la gana. La que había bebido hacía unos minutos se removió en su abdomen haciéndole experimentar una agradable sensación de frescor.

Pero mientras ayudaba a Mavranos a instalar al tembloroso anciano en el asiento trasero de la camioneta Crane se obligó a recordar a Ozzie tal como había sido cuando eran padre e hijo, y concentró toda su voluntad en acordarse de Diana, y de cómo Ozzie la había encontrado y la había convertido en su hija, la hermana de Crane.

Mavranos cerró la puerta dando un golpe seco en cuanto el anciano se hubo sentado. – ¿Llaves?

Crane las sacó de su bolsillo y las dejó caer en la palma de Mavranos. – ¿Crees que estará bien?

Crane se encogió de hombros.

–Quiere marcharse.

Mavranos asintió y entrecerró los ojos volviendo la mirada hacia el punto en el que la autopista se alejaba en dirección este y acababa perdiéndose en el horizonte. Después bajó la cabeza y contempló la sombra que proyectaba sobre el asfalto y que se extendía varios metros en esa misma dirección. Cuando habló lo hizo en un tono de voz tan bajo que Crane apenas pudo oírle por encima del viento.

–Os mostraré algo distinto tanto de vuestra sombra por la mañana cabalgando ante vosotros como de vuestra sombra al anochecer alzándose para daros la bienvenida, os mostraré el miedo en un puñado de polvo…

Crane sabía que estaba volviendo a citar a Eliot.

Crane se instaló en el asiento derecho y tiró de la puerta para cerrarla mientras Mavranos ponía en marcha el motor y metía la primera. Crane volvió la cabeza para observar a Ozzie. El anciano había echado la cabeza hacia atrás hasta dejarla apoyada en el respaldo del asiento. Tenía los ojos cerrados y estaba respirando por la boca.

15

¿Qué cree que diría su esposo si hiciera eso?

–Hamburguesa de caníbal -le dijo Al Funo a la mujer, y sonrió-. Muy poco pasada, con cebollas crudas.

Le dio un mordisco y asintió con la cabeza en señal de aprobación.

–Nunca he podido comer carne poco hecha -dijo la mujer-. Siempre me ha gustado que mis bistecs estuvieran muy pasados.

Funo tragó y se limpió la boca.

–Probablemente se deba a que creció durante la Depresión -dijo-. En aquellos tiempos comer carne cruda no era muy aconsejable. Hoy en día dicen que hasta el tocino poco hecho se puede comer.

–No crecí durante la Depresión -dijo ella-. ¿Cuántos años cree que tengo?

–Me gustan las mujeres mayores que yo -dijo Funo frunciendo el ceño y asintiendo con la cabeza-. A Ben Franklin le ocurría exactamente lo mismo. ¿Por qué no deja su coche aquí y viene conmigo a Las Vegas en mi Porsche? ¿Qué cree que diría su esposo si hiciera eso?

La mujer hizo un mohín. Estaba claro que le había perdonado su observación sobre la Depresión.

–Dios mío… ¿Yo llegando a un motel en un Porsche con un…, con un joven tan sexy?

Creo que estallaría la tercera guerra mundial.

La mujer estaba comiendo lo que parecía una ensalada muy abundante.

Probablemente estaba preocupada por su peso. Funo podía ver que estaba un poco rellenita, pero tenía buen aspecto.

Sonrió y le guiñó el ojo. La mujer se ruborizó.

Estaban sentados a una mesa del restaurante La Casa de Harvey, en Barstow. Funo había hecho una parada para comer algo caliente y se había fijado en aquella mujer de edad mediana sentada sola en una mesa junto a los gigantescos ventanales desde los que se dominaba el desierto que empezaba a oscurecerse, y había llevado su bandeja hasta allí y le había preguntado si podía sentarse a su mesa. Le dijo que prefería no comer a solas, y añadió que disfrutaba más de una conversación agradable con gente agradable mientras comía algo que le gustase. – ¿Y qué va a hacer a Las Vegas? – preguntó la mujer.

–Voy a buscar a un amigo mío -dijo Funo-. Creo que quizá esté herido. – ¿Un amigo íntimo?

Funo seguía sonriendo.

–Me limitaré a decir que hace poco le di un encendedor Dunhill. Un Dunhill de oro, ¿sabe?

–Oh -dijo la mujer como si no supiera qué responder a eso.

Funo dio otro mordisco a su hamburguesa de caníbal y lo masticó con expresión pensativa. "Está vivo, Al, pero ya puedes olvidarte de este encargo -le había dicho el hombre de Obstadt cuando le telefoneó hacía unas horas-. Dejaremos que los de Las Vegas se ocupen de él."

"Las Vegas, ¿eh? – había pensado Funo-. Y aquel Jag gris tenía matrícula de Nevada…"

Bueno, Funo no era el tipo de persona capaz de permitir que unos malditos desconocidos se ocuparan de su amigo. Se había ocupado de una misión -una del tipo a las que llamaba automisiones-, después de lo cual se había metido en su Porsche y había partido hacia Las Vegas.

Aquella última misión había consistido en una mujer un poco mayor, como la que tenía delante. La había seguido hasta un 7Eleven y había empezado a charlar de las novelas de Danielle Steel con ella. Funo era capaz de mantener una conversación plausible sobre cualquier tema, incluso sobre aquellos de los que no sabía absolutamente nada. Era un don. Después le administró una descarga eléctrica lo bastante potente para dejarla incapacitada mediante una pistolita aturdidora de plástico negro, asegurándose antes de que la cajera no podía verles, dejó sentado su cuerpo inconsciente sobre un montón de periódicos que había al lado de los juegos de vídeo, sacó un picahielos con la punta muy afilada del bolsillo de su chaqueta y le atravesó el corazón con él. Después salió del 7Eleven andando despacio y sin ninguna prisa.

Una automisión.

Las mujeres mayores que él le gustaban mucho. No le avergonzaba admitir que su madre había sido la persona más maravillosa que había conocido en toda su vida, y estaba convencido de que lo que hacía realmente atractiva a una mujer eran los años de experiencia…, los años de vida, de hecho. Había descubierto que las mujeres jóvenes tendían a ser muy superficiales. Al Funo no podía perder el tiempo con la gente superficial.

–Será mejor que me vaya -dijo su nueva amiga poniéndose en pie-. Aún me faltan unas cuantas horas para llegar a Las Vegas, y Stu se preocupará si me retraso demasiado.

–La acompañaré hasta su coche -se apresuró a decir Funo echando su silla hacia atrás.

–No, gracias -dijo ella cogiendo su bolso -. No hace falta, de veras.

–Puedo comprobar el agua y el nivel del aceite -dijo Funo poniéndose en pie -. No querrá tener algún problema cuando esté en ese desierto…

–Le aseguro que no es necesario. ¿Estaba… preocupada? ¿Desconfiaba de él?

–La acompañaré -repitió Funo en un tono de voz que quizá sonó un poco demasiado áspero.

La mujer ya se estaba alejando con la cabeza baja. Cuando pagó la cuenta en la caja registradora la cajera miró a Funo con la cara muy seria. ¿Qué le habría dicho esa vieja perra?

Bueno, estaba claro que había quedado descartada como automisión. Funo no necesitaba jaleos de ninguna clase. Lo bueno de las automisiones -aquellas en las que actuabas por tu cuenta y lo hacías todo tú solo única y exclusivamente por la satisfacción que te proporcionaba el ser importante para los desconocidos- era que exigían mucha más cautela que las misiones comerciales porque no disfrutabas de ninguna clase de protección…, y, naturalmente, nadie te pagaría nada por ellas.

Funo desvió la mirada de la caja registradora, y se obligó a respirar profundamente y a relajarse.

Clavó los ojos en el cuadro que colgaba de la pared encima de la cocina. El cuadro mostraba una diligencia que salía de un pueblecito del oeste, pero algún truco de perspectiva creaba la impresión de que la diligencia era tan grande como una montaña o de que el pueblo era una miniatura. No había forma de evaluar la escala.

Eso no le preocupaba. Las escalas y los tamaños de las cosas no tenían ni la más mínima importancia porque las personas siempre eran personas. Unas horas antes se había ocupado de la mujer del 7Eleven, y no tardaría en ocuparse de Scott Crane.

Al Funo sólo quería que los demás le considerasen importante.

La autopista era una línea recta que se alejaba hacia el crepúsculo, una tenue conexión entre el horizonte oscuro que se encontraba a tanta distancia

por delante de ellos y el horizonte rojo que se encontraba a tanta distancia por detrás de ellos. La vieja Suburban avanzaba sin pausa entre chirridos y balanceos, pero el resplandor verde de los diales mostraba que la temperatura era baja y que el depósito de gasolina estaba lleno. El desierto que se extendía a cada lado de la autopista era una masa de arena blanquecina tachonada hasta donde podía ver el ojo con pequeños objetos situados a intervalos regulares que parecían cabezas de irrigadores, pero que no podían serlo.

El ascua del Camel de Mavranos brilló cuando tragó aire, y un centímetro de ceniza cayó sobre el polvo gris que cubría sus téjanos. Mavranos dejó escapar el aliento y el humo se enroscó sobre sí mismo pegándose al parabrisas agrietado.

–Bien, ¿cómo es Las Vegas? – preguntó en voz baja.

Crane dio una profunda calada a su cigarrillo. Aquella parte del desierto era mucho más salvaje, desnuda e impresionante que la que habían atravesado antes de llegar a Baker -ni siquiera había botellas rotas al lado de la cuneta-, y los pequeños sonidos, olores y luces que había en el interior de la camioneta se habían convertido en otros tantos tesoros.

–Hace veinte años que no he estado allí.

–Lo que recuerdes.

–Es… pura -dijo Crane-. Es el permitírselo todo sin…, sin ninguna clase de adornos que lo justifiquen.

–Sin adornos… Suena como un bistec no muy apetitoso.

Crane se inclinó hacia adelante para sacudir la ceniza, pero se le cayó al suelo de la camioneta antes de que pudiera hacerlo y volvió a reclinarse en el asiento.

–Sí. Sí… ¿Has leído algo sobre ese corazón de pollo que unos científicos extrajeron de…, de un pollo y que mantuvieron con vida? El corazón ya lleva algo así como cincuenta años vivo, y ha crecido hasta alcanzar el tamaño de un sofá. Las Vegas es el permitírselo todo con todas las otras facetas de la vida eliminadas, y ha crecido hasta alcanzar un tamaño fenomenal. No es sólo que haya crecido como cualquier otra ciudad…, edificios, suburbios y todo eso, ya me entiendes, sino que ha…, ha crecido psíquicamente hasta ocupar todo el espacio disponible. Y lo que obtienes, el resultado…, y es probable que haya ocurrido algo parecido con ese corazón de pollo, es…, bueno, obtienes algo que no sabe a nada y que te

deja un regusto a quemado. – ¿Qué tal te tratan? Me refiero a los empleados de los casinos…

–Oh, todo el mundo es muy jovial y está dispuesto a ayudarte en todo lo posible. Los polis te ven caminando por la acera con una copa en la mano y se limitan a sonreír y te saludan con la cabeza. Alrededor de los casinos todo el mundo es así, y eso quiere decir todo lo que hay alrededor de la calle Fremont hasta el Strip. No necesitan decir "jódete" porque ya te están jodiendo de formas que tú ni siquiera te imaginas y por más orificios de los que te imaginabas tener.

Mavranos tomó un sorbo de su lata de cerveza, que había estado recogiendo ceniza entre sus muslos.

–Suena divertido.

Crane permaneció en silencio durante unos momentos dejándose fascinar por la monotonía con que el pavimento se lanzaba hacia ellos y salía despedido bajo el zumbido de las ruedas.

–Sí, la verdad es que lo es -dijo por fin.

La respiración de Ozzie se había vuelto un poco sibilante, pero el anciano tosió, se removió en el asiento y volvió a respirar con normalidad. – ¿Te molesta que beba cerveza? – preguntó Mavranos en voz baja.

–No. Estoy lleno de ese jodido zumo de tamarindos…, me siento incapaz de beber nada. – ¿Qué tal crees que te va a sentar la abstinencia?

Crane pensó en la cerveza que se había bebido cuando estaban en Baker.

–No creo que vaya a ser demasiado difícil de aguantar. No es más que una costumbre que he de adquirir, como la de tomarme un café por la mañana o la de hacerte la raya a la izquierda. Probablemente sustituiré la bebida por…, no sé, los batidos de Ovaltine, el chicle Bazooka o los crucigramas.

Bostezó. Su cigarrillo había ardido hasta el filtro. Crane lo apagó en el cenicero y sacó otro del paquete.

–No crees ser un alcohólico.

–No lo sé. ¿Cuál es la definición de "alcohólico"?

Mavranos se encogió de hombros sin apartar los ojos de la autopista.

–Alguien que no puede dejar de beber alcohol.

–Bueno, mírame. Dejé de beber alcohol… hace horas, y me encuentro estupendamente.

–Entonces no hay problema -dijo Mavranos, y asintió con la cabeza.

Una Harley-Davidson enorme les adelantó con un rugido. Su ancha parte trasera tachonada de luces parecía la popa de una motora que se alejara a toda velocidad; y unos momentos después ya sólo era una mancha de luz rojiza que se movía en la oscuridad por delante de ellos, y el ruido del motor se había convertido en un gemido lejano.

Crane llevaba unas cuarenta horas sin dormir, y estaba muy cansado -estaba pensando en hacerse un ovillo junto a la puerta y echar una siesta que durase unas cuantas decenas de kilómetros-, y en la camioneta de Mavranos había un continuo ruido de fondo compuesto por chirridos, crujidos, chasquidos y tintineos metálicos, por lo que tuvo la seguridad de que la voz procedente de la trasera que le pareció oír era imaginaria. …y de todas maneras se acabó, y si quieren cogerlo prestado pregúntales qué ha sido del desyerbador o de nuestros tenedores, y recuerda lo que dijo Steve sobre esa planta que tenía delante de la puerta, y ellos la pisaron y… -¿Qué estamos naciendo aquí? – preguntó con voz adormilada.

–Vamos a ver al Mago -dijo Mavranos-. ¿Crees que el Mago podrá curar mi cáncer? – preguntó con voz aflautada.

–No veo por qué no debe ser así -dijo Crane en un tono de soprano exhausta-.

Nosotros vamos a verle porque queremos impedir que a mi hermana adoptiva le peguen un tiro en la cara tal como hicieron con su mamá, y a lo mejor incluso conseguimos averiguar si hay alguna manera de impedir que mi verdadero papá me robe el cuerpo.

–Eh, Pogo -dijo Mavranos de repente apartando la mano derecha del volante-, ¿por qué no hacemos alguna clase de pacto? Vamos a hacer como los Tres Mosqueteros. Ya sabes, uno para todos y todos para uno… ¿Del parto a la tierra?

Crane le estrechó la mano.

–Del útero a la tumba -añadió, porque él también se acordaba de la película West Side Story.

–Las estadísticas me salvarán -dijo Mavranos. Sonrió y volvió a poner la mano sobre el volante-. Digo que estoy intentando encontrar su castillo, y eso significa que les estoy dando una personalidad, ¿no? Ando buscando al mago de las posibilidades.

–Eso podría resultar divertido -dijo Crane, y bostezó de forma tan exagerada que las lágrimas corrieron por sus mejillas-. Me estoy acercando

a los cincuenta años. ¿Cómo es posible que no…? Eh, ¿qué hora es? Supongo que está demasiado oscuro para jugar al baloncesto con mi chico. Tendría que estar encendiendo los quemadores del hibachi y… Cristo, si hubiese tenido un hijo ahora tendría veinte o treinta años. Estaría en su casa jugando al baloncesto con su hijo. Bueno, tendría que…

"Estar cocinando los spaghetti para Susan y para mí-. Ella estaría en el cuarto de invitados escuchando unas cintas de Queen, o algunos de sus discos favoritos de Styx o Cheap Trick, y yo estaría ocupándome de las cebollas, el ajo y los pimientos, y de vez en cuando tomaría un trago de la Budweiser fría que habría puesto sobre el alféizar de la ventana. No habría ninguna taza de café dentro del horno…"

Crane volvió a oír aquella voz tan débil que parecía llegar de la parte trasera de la camioneta.

Café por la mañana, o hacerte la raya a la izquierda. Ovaltine, chicle Bazooka, crucigramas. ¿Por qué siempre estás rebajándome delante de tus amigos?

Crane se despabiló de golpe. Volvió la cabeza, y su mirada fue más allá del anciano dormido a su espalda y se posó en la penumbra que ocupaba la parte trasera de la camioneta. Un sudor repentino le había helado la frente. – ¿Qué pasa? – preguntó Mavranos-. ¿Has oído algo?

Crane se obligó a no respirar deprisa.

–No -dijo con voz tranquila-. Nada.

La voz volvió a hablar.

Nada. Un polvo rápido en la camioneta mientras tus amigos están dentro…, sí, para eso sí que sirvo, ¿verdad? Pero cuando están contigo no soy nada.

Ozzie irguió la cabeza. Contempló lo que le rodeaba, frunció el ceño y se limpió el hilillo de saliva que se le había deslizado por el mentón. – ¿Quién eres y por qué me estás hablando? – preguntó.

–Oz, soy yo, Scott… ¿Te acuerdas? – El miedo hizo que Crane hablara en un tono de voz demasiado alto-. Vamos a Las Vegas para encontrar a Diana -añadió bajando la voz -. Está… ¿Qué fue lo que dijo? Está volando en la hierba.

El anciano pareció encogerse sobre sí mismo, y toda su viveza imperiosa de hacía unos momentos se esfumó de repente.

–Oh, sí -dijo con un hilo de voz. Se estremeció y tiró de la chaqueta como si intentara proteger sus flacos hombros envolviéndolos mejor en la tela-. Oh, sí.

–No tardaremos en cruzar la frontera de Nevada -dijo Mavranos sin apartar la mirada de la autopista.

Ozzie se frotó los ojos, volvió la cabeza hacia la ventanilla y parpadeó.

–Me gustaría haber visto algo más de California -murmuró-. Cuando hayamos cruzado la frontera estaremos en su terreno -añadió con voz más firme y clara-. No hagáis locuras.

Mavranos sacó una lata de cerveza de la neverita y movió la mano dentro del agua haciendo entrechocar unas cuantas latas. – ¿Cuánto falta? – ¿Para llegar a Las Vegas? – murmuró Crane-. Una hora más o menos.

Ozzie se removió torpemente en el asiento.

–He oído comentar que han construido un casino al lado de la frontera. Se llama Dick el Tramposo o algo así… Haremos una paradita allí. Creo que voy a vomitar la hamburguesa de queso que comí en Baker, y después debería comer algo…, no sé, un bocadillo de atún, quizá, o un cuenco de sopa.

Sus manos nudosas encontraron la empuñadura de goma de su bastón de aluminio y la estrecharon con fuerza.

–A mí tampoco me importaría comer algo -dijo Mavranos-. Algo con salsa y unas cuantas cebollas…

Ozzie cerró los ojos y tensó la mandíbula. ¿Piensas volver a dejarme en la camioneta? ¿Por qué no me llevas dentro contigo?

Hubo un tiempo en el que me amabas. Hubo un tiempo en el que…

–Lo que no te gustó de las cartas que dejé sobre la mesa cuando estaba jugando con ese chiflado… -dijo Crane en voz alta-. Creo que fue ver el as de picas y el as y la reina de corazones, ¿verdad?

La voz que no tenía cuerpo parecía haberse callado, y Crane dejó de parlotear.

Ozzie y Mavranos le estaban contemplando con una mezcla de inquietud y perplejidad.

–Bueno -siguió diciendo Crane en un tono de voz más normal-, a juzgar por tu cara me pareció que no eran buenas noticias, Ozzie. Acabo de acordarme hace unos momentos y quería preguntártelo antes de que se me olvidara.

Sabía que si movía las manos le temblarían, por lo que las cruzó sobre su regazo.

–Oh -dijo Ozzie-. Eh… Bueno, estabas jugando con terrones de azúcar y caramelos así que en realidad quizá no tuvieran ninguna importancia…, y no vi que le ocurriese nada raro al humo o a los niveles de las bebidas.

–Leí en algún sitio que a los dioses del vudú les encantan los caramelos -dijo Mavranos.

–Y a los monos marinos también -replicó Crane con impaciencia-. Pero… ¿Qué era eso? – preguntó mirando a Ozzie.

El anciano se frotó la cara.

–Bueno, como ya te expliqué los corazones son la figura de…, del Rey y de la Reina.

El Rey del Sol y la Reina de la Luna, ya sabes, y el as de corazones es la combinación de ambos, como el yin y el yang; pero tu padre no quería que se produjese ninguna combinación de ese tipo o, por lo menos, no una combinación que no estuviera contenida en su interior. Ah, y Diana es la hija de esa tal Lady Issit, que era la diosa, por lo que es bastante probable que la reina de corazones siga representándola en algún sentido.

Crane se acordó de la carta que casi había tapado al as y la reina de corazones. – ¿Y qué se supone que es el as de picas? – preguntó.

Ozzie movió una mano cubierta de manchitas marrones.

–La muerte -dijo.

Eso hizo que Crane creyera acordarse de algo, pero Mavranos empezó a hablar antes de que pudiera capturar el recuerdo.

–Creo que ese sitio de ahí delante es el casino del que estabas hablando… Se llama Whiskey Pete -dijo Mavranos.

Un instante después oyeron el click-click, click-dick del piloto con el que Mavranos estaba indicando que iba a cambiar de carril, y el chasquido siguió sonando mientras Mavranos sacaba la camioneta de la autopista para llevarla hacia la rampa de salida y empezaba a pisar el pedal del freno. – ¿Cuántos mapas conseguiste? – preguntó Ozzie de repente.

–Mapas -repitió Crane sin comprender a qué se refería.

No saber de qué le estaba hablando Ozzie le alarmó, y entrelazó sus manos sobre el regazo tensándolas todavía más de lo que ya estaban.

–Los mapas del chiflado -dijo Mavranos-. Cuando fuiste a su coche.

–Oh, claro. No sé…, tres o cuatro. Están ahí atrás, debajo de la cazadora de Arky.

Whiskey Pete era un castillo de color marrón salpicado de focos e iluminado por los neones. Había tórrelas, torres y arcadas, y la parte superior de los muros estaba cubierta de baluartes que parecían destinados a acoger unos arqueros que se habían ausentado pero que volverían en cualquier momento. La caricatura de un buscador de oro estaba sentada sobre el muro más alto encima del gigantesco letrero que decía CASINO, y en los extremos del muro de menos altura había dos siluetas de mujer que parecían bailarinas de París. Las colinas del desierto se alzaban detrás del edificio brillantemente iluminado como jorobas negras que se recortaban contra el púrpura del cielo.

–Cristo -dijo Mavranos mientras atravesaba el aparcamiento en dirección al espectáculo-. Parece una trampa montada por alienígenas para capturar gente…

Cuando esté llena se doblará sobre sí misma y despegará hacia Marte antes de que amanezca con todas sus presas dentro.

–Arquímedes, ¿funciona la luz del techo? – preguntó Ozzie.

–Puedes apostar a que sí.

–Entonces echaremos un vistazo a esos mapas antes de salir de la camioneta. La idea de examinarlos dentro de ese sitio no me hace ninguna gracia.

Mavranos aparcó, apagó el motor y los faros y encendió la luz del techo mientras Ozzie sacaba con mucha delicadeza los mapas de debajo de la cazadora de Mavranos. El anciano empezó a desplegar el de arriba de todo.

Y el diminuto y polvoriento Morris dejó atrás con un zumbido la rampa de salida que llevaba al Whiskey Pete y siguió avanzando en dirección este envuelto en el anonimato de la oscuridad, rumbo a Las Vegas

16

¡Dios, un jack! – ¿Polonia? – murmuró Crane contemplando uno de los mapas-. No podía estar volando en la hierba en Polonia, ¿verdad? Y… Mierda, fijaos en lo que pone ahí. "División de Polonia, 1939".

Dejó el mapa encima del asiento delantero para que Ozzie y Mavranos pudieran verlo.

–Pero mira eso -dijo Mavranos entrecerrando los ojos para protegerlos del humo de su cigarrillo-. Ha marcado media docena de rutas que llevan de algún sitio a algún sitio.

Mavranos extendió un dedo recubierto de callosidades y resiguió una de las gruesas líneas trazadas a lápiz que serpenteaban a través del mapa.

–Este mapa es de California y Nevada -dijo Ozzie con voz tensa mientras examinaba el que acababa de desplegar-. Hay más rutas marcadas.

El anciano alzó el mapa, y Crane intentó extraer algún sentido de las líneas impresas que habían sido enfatizadas con gruesos trazos de lápiz. El río Colorado había sido reseguido desde Laughlin hasta Blythe, y después el trazo se desplazaba hacia el interior hasta llegar a un pueblo llamado Centro del Desierto. La autopista 62 estaba marcada desde la frontera oeste de Nevada hasta la intersección con la 177; otro trazo se limitaba a seguir la frontera de California desde la 1-15 hasta el río, aunque no había ninguna carretera o ruta que siguiera el trazado, sólo una línea recta imaginaria; y gruesos trazos de lápiz habían tachado dos nombres. Crane hurgó en la guantera, encontró un lápiz con goma en el extremo y borró los relucientes manchones negros. Cuando hubo terminado contempló los nombres revelados que habían estado ocultos debajo de ellos -"Montañas Gran María" y "Montañas Sacramento" -, con tanta perplejidad como antes.

–Parece una especie de enorme gira por el Estado -dijo Crane-. Ida y vuelta…

Desde Riverside hasta la frontera, bajando por la frontera hasta Blythe y luego volviendo a subir hasta la 40 por caminos sin asfaltar hasta regresar a Riverside.

–Con un montón de excursiones añadidas -dijo Ozzie-. Fíjate en esos trazos de lápiz menos gruesos que hizo por todos esos caminos de tierra apisonada en los alrededores de la 95.

–Caballeros, ese tipo estaba chiflado -dijo Mavranos lenta y solemnemente.

Pero Ozzie estaba meneando la cabeza con expresión dubitativa.

–La luna, el jack y la reina de corazones… No sé cómo, pero estaba conectado. No tires estos mapas.

Había dos mapas más, uno de Michigan y otro de Italia, ambos llenos de trazos hechos con un lápiz rojo.

–Me pregunto si los echará de menos -dijo Crane.

–Sí -dijo Mavranos, y su tono de voz indicó que le importaba un comino-. La próxima vez que esté en Polonia se encontrará en el Arroyo Mierda sin un ya-sabes-qué, como solía decir mi mamá. Bueno, ¿estamos listos para entrar o qué? – ¿Puedes caminar? – preguntó Crane mirando a Ozzie mientras abría la puerta y ponía los pies sobre el pavimento.

–Me encuentro perfectamente -replicó Ozzie con cierta irritación.

Ozzie se alejó apresuradamente en dirección al lavabo de caballeros mientras Crane y Mavranos se quedaban junto a la entrada y parpadeaban contemplando la penumbra puntuada de luces.

Al otro lado de la hilera de puertas de cristal había un coche de los años veinte meticulosamente aislado sobre la alfombra roja que cubría el suelo mediante un círculo de cordoncillos de terciopelo sostenidos por postes de latón. La carrocería estaba repleta de agujeros hechos por balas de gran calibre. Un cartel colocado junto al coche anunciaba que era el vehículo dentro del que habían sido liquidados Bonnie y Clyde. "Bienvenido a Nevada", pensó Crane.

Ozzie volvió a aparecer unos minutos después. Tenía el rostro blanco, los ojos enrojecidos y se apoyaba pesadamente en su bastón ortopédico.

–Y con Ozzie somos tres -dijo Crane fingiendo no haber notado que hubiese nada fuera de lo habitual en su aspecto.

Era la primera vez que estaba dentro de un casino de Nevada en más de quince años, pero mientras precedía a Ozzie y Mavranos atravesando las ruidosas hileras de máquinas tragaperras en dirección al restaurante que había en la parte de atrás, Crane tuvo la sensación de que sólo había transcurrido una semana desde que estuvo por última vez en aquella estancia ubicua y llena de ruidos, una estancia a la que se podía acceder por puertas esparcidas en centenares de sitios que salpicaban toda la extensión de Nevada.

Tanto si entrabas en ella a través de una puerta en Tahoe, Reno o Laughlin, como si lo hacías caminando sobre un pavimento lleno de basuras en la zona del Golfo de las Lentejuelas del sur de Las Vegas o subiendo por una escalera de mármol en el Strip siempre acababas encontrándote en la misma sala enorme, oscura y ruidosa. El suelo estaba alfombrado, y la atmósfera olía a ginebra, al papel de los billetes, a tabaco y aparatos de aire acondicionado, y un inquietante porcentaje de las personas que estaban

sentadas a las mesas o inmóviles delante de las máquinas, tragaperras estaban lisiadas, deformadas o eran asombrosamente obesas.

Mavranos estaba parpadeando y contemplaba lo que le rodeaba con lo que parecía asombro. – ¿Dónde infiernos se meten todas estas personas cuando no están aquí? – le preguntó a Crane en voz baja.

–Creo que sólo parecen personas si las ves bajo esta luz -dijo Ozzie con una sonrisa cansada-. Antes de que entraran por las puertas en cuanto se puso el sol eran demonios del polvo, bolas de arbustos resecos y pieles de serpiente de cascabel del año pasado, y su dinero no era más que trocitos deformados de espejismo tan viejo que ya no consigue engañar a nadie; y cuando llegue el amanecer se marcharán de aquí, y si las estás observando entonces verás cómo recuperan su auténtica forma y se esfuman.

Crane sonrió -ver que Ozzie aún era capaz de tejer sus caprichosas fantasías le tranquilizaba un poco-, pero se dio cuenta de que las palabras del anciano sólo habían conseguido que Mavranos pareciese aún más nervioso de lo que ya estaba antes de que hablase.

–Está bromeando -dijo Crane.

Mavranos se encogió irritadamente de hombros.

–Ya lo sé.

El trío empezó a avanzar en silencio a lo largo de los pasillos flanqueados por las máquinas tragaperras.

Cuando llegaron al restaurante Ozzie pidió un bocadillo caliente de queso y una Coors, Mavranos un cuenco de chiles y una Coors, y Crane se conformó con una Coca-Cola y se fue comiendo las galletitas saladas de Mavranos.

Mavranos se había vuelto hacia Ozzie y había empezado a hablarle del gordo de Mandelbrot. Crane se puso en pie y dijo que iba al lavabo de caballeros.

Hizo una parada durante el trayecto para meter una moneda de veinticinco centavos en una máquina tragaperras, y después de que hubiese tirado de la palanca sin haber echado ni un vistazo a la ventanilla de la máquina, veinte monedas de veinticinco repiquetearon en la bandeja de los premios.

Crane las recogió formando dos puñados y se las metió en los bolsillos de su chaqueta.

Después rozó con los dedos la palanca de la máquina.

–Gracias -dijo.

Se imaginó que la máquina había dicho No hay de qué, y después se descubrió imaginándose que había añadido Dame un beso de despedida por lo menos.

–Yo… No puedo – murmuró Crane. ¿No crees que se merece al menos eso? – pareció preguntarle la máquina tragaperras-. ¿Te da miedo mirarla a la cara por última vez?

"No lo sé -pensó Crane -. Cuando lo haya averiguado volveré para decírtelo."

Se alejó de la máquina tragaperras cojeando lentamente, fue al bar y dejó caer un puñado de monedas de veinticinco centavos sobre la reluciente superficie de la barra.

–Un Wild Turkey y dos Budweiser, por favor -le dijo al camarero.

"Sólo un último beso -pensó-. Si sigo teniendo temblorinas y olvidando las cosas no le serviré de mucho a mis amigos…"

Había una pantalla de cristal con un videojuego de póquer incrustada en la superficie de la barra. Crane dejó caer una moneda de veinticinco centavos en la ranura y pulsó el botón de las cartas. Las imágenes de los reversos de las cartas que mostraba la pantalla parpadearon y las cartas quedaron boca arriba, y Crane se encontró contemplando un perfecto ejemplo de mano-basura, sin corazones y de un palo distinto cada una.

Y en ese instante, a sesenta kilómetros en dirección este de donde se encontraba Crane, cinco bocas se abrieron y exclamaron "¡Dios, un jack!".

Los otros viajeros del autobús estaban mirando al viejo que había gritado. – ¿Qué ha dicho? – preguntó un hombre.

–No sé qué de un jack -respondió otro pasajero. – ¿Y por qué ha pegado la nariz a la ventanilla?

–Apuesto a que está intentando encontrar un lavabo… ¡Mira, se ha meado en los pantalones!

–Cristo, ¿qué hace alguien así yendo por el mundo solo? Por lo menos debe de tener cien años…

Los trocitos de los pensamientos se movían a toda velocidad como peces abisales en el residuo mental que ocupaba la cabeza del doctor Leaky, débiles destellos de luminiscencia que iban de un lado a otro atravesando la oscuridad para cumplir misiones imposibles de adivinar, y las palabras no pronunciadas en voz alta que apenas tenían relación unas con otras bailaban

locamente. "Noventa y nueve, noventa y nueve, noventa y nueve… Un jack de primera al oeste de aquí…, no huelo a rosas, y eso es bueno…, no huelo nada…, bueno, huele a meados…"

Art Hanari acabó dejándose convencer y volvió a acostarse sobre la mesa almohadillada. El masajista había dejado de preguntarle qué quería decir con aquello del jack y volvió a concentrarse en la labor de esparcir la solución de lanolina sobre los tensos planos de sus pectorales y su deltoides.

El masajista no prestaba ninguna atención a la erección perpetua de Hanari. Al principio había sentido curiosidad, por lo que había echado un vistazo al expediente de Hanari y había descubierto que los cirujanos le habían insertado un "implante de pene" -una varilla de silicona- en el órgano como cura drástica a la impotencia primaria. Aquello parecía un desperdicio de tiempo, pues Hanari no veía a ninguna mujer dejando aparte a las fisioterapeutas y un par de enfermeras, y no mostraba el más mínimo interés por ellas…, ni por nadie. Casi nunca hablaba, y hacía por lo menos ocho años que no recibía visitas.

Pero al masajista no le había sorprendido mucho enterarse de lo de la operación en el pene. Los pacientes de La Maison Dieu podían permitirse cualquier cosa, y el masajista había visto cirugías cosméticas mucho más extravagantes.

Lo que sí le había sorprendido era la fecha de nacimiento de Hanari: 1914. Hanari tenía sesenta y seis años…, pero su pálida piel estaba Usa y firme, y el color castaño oscuro de sus cabellos parecía ser auténtico, y su siempre tranquilo e impasible rostro era el de un hombre de treinta años.

El masajista acabó su labor y se limpió las manos en una toalla. Contempló al hombre acostado sobre la mesa -que al parecer había vuelto a quedarse dormido- y meneó la cabeza.

–Dios… Si yo tuviera algo así entre las piernas no perdería el tiempo durmiendo -murmuró, y se volvió hacia la puerta.

–Veinte a los seises -dijo pacientemente el que daba cartas.

El viejo Stuart Benet siempre necesitaba que le fueran recordando lo que tenía que hacer a cada segundo, y en aquellos momentos estaba muy ocupado con su inhalador para el asma.

–Te toca, Beanie -dijo el jugador sentado a la izquierda de Benet. – ¡Oh!

El regordete anciano dejó el inhalador sobre la mesa, levantó una esquina de su séptima y última carta y entrecerró los ojos. Su mirada se

deslizó a lo largo de su barba blanca y se posó en la carta.

–Beanie, acabas de decir que era un jack -dijo otro jugador con impaciencia-. Y si lo es tienes doble pareja, y de todas formas yo tengo algo mejor que eso.

Benet sonrió y empujó cuatro fichas de color naranja hacia adelante.

El resto de jugadores vio la apuesta, y cuando llegó el momento de enseñar las cartas descubrieron que Benet sólo tenía la pareja que había estado mostrando en sus cartas boca arriba.

–Eh, Beanie -dijo el ganador mientras recogía sus fichas-, ¿qué le ha ocurrido a ese jack que tanto pregonabas?

El que daba las cartas reprimió un fruncimiento de ceño, las recogió y empezó a barajar. Benet era empleado como relleno para completar las mesas de la sala de póquer cuando se necesitaba un jugador, y aunque el casino le había contratado para hacer un favor a una persona con la que hacía muy buenos negocios era bueno en su trabajo.

Siempre estaba alegre, y le encantaba aguantar hasta el final, ir viendo las apuestas y perder dinero; pero se suponía que los rellenos no debían farolear o subir las apuestas y aquel "¡Dios, un jack!" había sido una especie de farol.

El hombre que daba las cartas hizo una anotación mental. Tendría que hablar con la señorita Reculver para que le recordara las reglas a Benet. El anciano nunca parecía hacer caso de nadie que no fuese ella.

Sobre las seis de la tarde el mostrador de información de la biblioteca de la Universidad de Las Vegas siempre estaba muy atareado. Los estudiantes que trabajaban allí durante el día parecían presentarse todos en el mismo instante, y siempre se acercaban con paso vacilante al mostrador y siempre empezaban usando una de las dos aperturas invariables -"¿Dónde he de buscar…" o, y ésa era todavía más frecuente, "Sólo será un momento, querría preguntarle…"-, y Richard Leroy siempre escuchaba pacientemente sus complejas descripciones de lo que deseaban encontrar y luego, casi invariablemente, acababa enviándoles al mostrador de las bibliotecarias o les indicaba dónde estaban los índices de títulos y temas de psicología. En aquellos momentos estaba volviendo a colocar metódicamente un montón de libros en sus lugares correspondientes de los estantes.

Algunos estudiantes aún le lanzaban miradas recelosas, pero Leroy ya no se acordaba de que había gritado y había vuelto al estado mental que sus

compañeros de trabajo llamaban "El tiquitaqui de Ricky".

Y Betsy Reculver, la propietaria de la boca que había pronunciado de forma voluntaria aquellas palabras coreadas de forma simultánea por cuatro bocas más, avanzaba lentamente por la espaciosa, brillantemente iluminada y siempre atestada acera que se extendía delante del Flamingo Hilton.

Se quedó inmóvil unos momentos con la vista alzada hacia la procesión de flamencos iluminados por lo que debía de ser un millón de bombillas que se deslizaban enfrente de los paneles de espejos colocados sobre las ventanas de la nueva fachada del casino.

Detrás del casino -oculta al tráfico que se movía por el Strip- había una piscina de grandes dimensiones y al otro lado de ella, empequeñecido por los rascacielos de cristal que alojaban las secciones modernas del hotel, se alzaba el Flamingo original, el edificio que Ben Siegel había construido en 1946 para que fuese su castillo.

El castillo había pasado a manos de Betsy, aunque los del Hilton no lo sabrían nunca.

Pero había algunas personas que sí lo sabían -los aspirantes a usurpadores mágicamente llenos de recursos llamados jacks-, y les encantaría arrebatárselo. Aquel jack nuevo, por ejemplo, fuera quien fuese… "He de recoger mis peces -pensó-, y he de evitar a los jacks mientras lo hago."

Betsy giró sobre sí misma y clavó la mirada en el otro lado de la calle. Sus ojos fueron más allá de las fuentes y columnas bañadas en un resplandor dorado del Caesars Palace, más allá de la abstracción geométrica iluminada por luces azules de las seiscientas habitaciones del hotel, y acabaron posándose en el oeste y en el cielo que aún estaba teñido por una leve claridad.

Un jack llegado del oeste.

La frase la molestaba por razones en las que no quería pensar, pero a pesar de sí misma y aunque sólo durante un momento pensó en un ojo hendido por una carta de tarot, y en el estruendo y el impacto devastador de un cartucho de perdigones del 410, y en manos cubiertas de sangre viscosa que tapaban una ingle destrozada…, y en un casino llamado Moulin Rouge que no había aparecido hasta el año 1955. "Sonny Boy", pensó.

Expulsó los recuerdos de su mente, y el que la hubieran seguido desde su antiguo cuerpo hizo que sintiera una punzada de resentimiento que se

esfumó enseguida.

"La identidad de este jack carece de importancia -se dijo-. Sea quien sea he derrotado a hombres mejores antes…, y a mujeres también. Siegel, Lady Issit y decenas más… Puedo volver a hacerlo."

Y de repente su mente fue invadida por el sabor del licor, y después llegó una oleada de cerveza fría. Seguía vuelta de cara hacia el oeste, y comprendió que las sensaciones llegaban de aquella dirección.

"Y ahí está uno de los peces -pensó con cautelosa satisfacción-. Probablemente un varón, dado lo que está bebiendo… Ya ha cruzado la frontera y ha entrado en Nevada, en mi terreno, y ha venido aquí obedeciendo el impulso irresistible de huir del océano y buscar el desierto, de abandonarlo todo y venir en esta dirección…, o quizá haya llegado atado dentro del maletero del Jaguar de Trumbill, si se trataba de ese pez y si hemos tenido suerte. Si no está con Trumbill espero que el jack que hay ahí fuera no le encuentre. No puedo permitirme el lujo de perder mis futuros vehículos, mis trajes hechos a medida…, esos en los que tendré que confiar durante los próximos veinte años."

No se le pasó por la cabeza que el jack y el pez podían ser la misma persona.

El semáforo de Flamingo Road se puso verde para los peatones justo cuando llegaba al final de la acera. Betsy sonrió y recitó en voz alta cuatro líneas de El erial de Eliot ignorando las miradas de curiosidad que le lanzaron las multitudes de turistas vestidos con pantalones cortos de colores chillones, sombreros ridículos y camisetas con frases estampadas que pasaban junto a ella.

Yo, Tiresias, aunque ciego, palpitando entre dos vidas, viejo con arrugados pechos de mujer, puedo ver en la hora violeta, la hora del anochecer que lucha por regresar a casa y que saca al marinero del mar devolviéndolo a su hogar…

Volvió su sonrisa hacia el cielo purpúreo del oeste. "Vuelve a casa", pensó.

Vuelve a casa.

Crane apuró el último centímetro de su segunda Budweiser e introdujo su última moneda de veinticinco centavos en la ranura de la barra. Pulsó el botón que daba cartas y las vio aparecer en la pantalla. Una pareja de doses, un cuatro, una reina y el jack tuerto de corazones…

Pulsó el botón de "mantener" de cada dos y después volvió a pulsar el botón de repartir. Las otras cartas parpadearon y fueron sustituidas por un cuatro, un rey y un dos.

Trío de doses. Tres monedas de veinticinco centavos cayeron en la bandejita.

Crane se puso en pie y recogió las monedas. Estaban tibias, casi calientes, y durante un momento se acordó de los relucientes óvalos de cobre que habían sido monedas de un centavo antes de que el tren de Los Ángeles pasara atronando sobre ellas, y recordó a su auténtico padre revolviendo las monedas calientes que habían perdido sus rostros dentro de su sombrero para que se enfriaran.

Volvió cojeando a la sala de juego, y cuando pasaba al lado de la máquina tragaperras que había pagado sus bebidas y el videojuego de póquer vio que había un caramelo de menta envuelto en celofán en la bandejita de premios.

–Gracias -le dijo a la máquina mientras cogía el caramelo y le quitaba el celofán -.

El bandido manco -dijo con voz pensativa, y se metió el caramelo en la boca-. Pero estás de mi lado, ¿verdad? Un solo brazo. Estás… mutilada, ¿verdad? Como tantas de estas personas… Yo también estoy mutilado. – Se acarició la superficie de su ojo derecho-. ¿Ves? No es de verdad.

Un hombre al que parecían haberle extirpado la totalidad de la mandíbula inferior fue hacia la máquina y se las arregló para formular una pregunta.

–No, no estoy jugando en esta máquina -dijo Crane -. Sólo estaba conversando con ella.

Vuelve a casa.

Había llegado el momento de seguir moviéndose en dirección este. Crane volvió al restaurante. Mavranos y Ozzie seguían sentados. Sus platos estaban vacíos, y seguían hablando del gordo imaginario.

Ozzie alzó la mirada y entrecerró los párpados. Sus ojos cansados contemplaron a Crane. – ¿Por qué has tardado tanto?

–Esa hamburguesa de queso de Baker tampoco me ha sentado demasiado bien -dijo Crane con jovialidad-. Que quede entre vosotros y yo, pero creo que he conseguido revolverle el estómago a la mitad de los tipos que hay aquí esta noche.

Ozzie no pareció haberle oído.

–Por lo que recordabas de lo que dijo Diana cuando habló contigo por teléfono anoche creo que trabaja en un supermercado…, en un turno de noche. Cuando lleguemos a Las Vegas empezaremos a comprobar todos los supermercados.

Ozzie se quedó dormido en el asiento de atrás apenas volvieron a estar en la autopista.

Mavranos silbaba algo que no tenía ninguna melodía y fruncía el ceño mientras contemplaba el pavimento que pasaba a toda velocidad por debajo de ellos después de ser iluminado por los haces de los faros.

Crane había estirado su pierna herida, y se adormilaba y se despertaba continuamente arrullado por el agotamiento y espabilado por las notas agudas que emitía Arky de vez en cuando.

Seguía prometiéndose a sí mismo que no tardaría en quejarse, y había logrado llegar a mantenerse totalmente despierto esperando la próxima nota aguda… cuando Mavranos dejó de silbar.

–Hay alguien que tiene prisa detrás de nosotros -dijo Mavranos.

Crane giró sobre sí mismo, se encorvó y clavó los ojos en la polvorienta ventanilla trasera de la camioneta. Un par de faros se estaba aproximando a toda velocidad. – ¿A cuánto vamos?

–A ciento diez.

Una luz roja apareció sobre los faros que venían hacia ellos y convirtió la ventanilla trasera de la Suburban en un campo rosado.

–Despierta al viejo, ve a la parte de atrás y abre el estuche de las armas -dijo Mavranos -. Hazlo -añadió cuando Crane ya abría la boca para protestar. – ¡Pero son policías! – protestó Crane, a pesar de lo cual trepó por encima del asiento y, sin quererlo, golpeó el brazo de Ozzie con una rodilla.

–Antes de que se encendiera esa luz roja parecía un camión pequeño-dijo Mavranos.

Ozzie se había despertado. El anciano miró hacia delante y hacia los lados parpadeando lentamente, y después giró la cabeza para mirar hacia atrás.

–No estás reduciendo la velocidad -dijo.

–Creo que es un camión -dijo Mavranos -. ¿Crees que puede haber alguien lo suficientemente interesado en detenernos como para fingir que es de la policía?

–Claro que sí -dijo el anciano en un tono bastante áspero -. Sigo teniendo mi arma en el bolsillo. ¿Dónde está la tuya?

–En el estuche. ¿Está abierto?

–Sí -dijo Crane con voz temblorosa-. ¿Quieres tu arma?

–Pásamela sin que se vea.

Crane se arrodilló sobre el montón de libros y ropas para que su cuerpo ocultara el que estaba pasando el arma a la mano que Mavranos acababa de extender.

Ozzie estaba jadeando.

–Creo que tendrás que parar. Si no son policías no bajes del coche. Y…, y si van armados… No sé. Si levantan sus armas y si nos apuntan con ellas creo que tendremos que matarles. Que Dios nos ayude. Que Dios nos ayude.

La Suburban se bamboleó cuando Mavranos pisó el freno, y Crane tuvo que agarrarse mientras sacaba del estuche la escopeta negra y metía cinco cartuchos en ella con dedos temblorosos. Después quitó el seguro y movió la corredera hacia atrás y hacia adelante haciendo entrar el primer cartucho en la recámara, y metió otro cartucho en el arma.

Deslizó la escopeta debajo del asiento de Ozzie, cogió su 357, la cargó, se la colocó debajo de la cintura de sus téjanos y se cerró la chaqueta subiendo la cremallera unos tres centímetros.

–Están justo detrás de nosotros -oyó que decía Mavranos.

Crane puso una mano sobre la empuñadura de plástico de la escopeta, y aunque respiraba deprisa y su corazón latía a toda velocidad su mente ya estaba ensayando cómo sacaría la escopeta de debajo del asiento, haría girar el cañón hasta dejarlo apuntado y dispararía con la mano pegada a la pelvis. "Dispara los seis cartuchos tan deprisa como puedas a través de las ventanillas -se dijo-, y después coge el revólver con las dos manos para apuntar con más precisión. Cristo…"

La Suburban se detuvo sobre la cuneta arenosa con un último chirrido, y un instante después Crane pudo oír el ruido de una puerta abriéndose y cerrándose, y luego pudo ver los haces luminosos de unas linternas revelando el polvo que cubría las ventanillas laterales y arrancando reflejos al cuero cabelludo de Ozzie.

–Mierda -dijo una voz-, sólo hay tres personas dentro.

–Dos -dijo Mavranos en voz baja-. Una aquí mismo y otra detrás.

Alguien golpeó la ventanilla del conductor con los nudillos, y Crane pudo oír cómo la manivela chirriaba seis veces, y un instante después olió el desierto reseco que empezaba a enfriarse.

–Salid de la camioneta -dijo la voz de fuera, y esta vez se la pudo oír con más claridad.

–No -dijo Mavranos.

–Podríamos sacarte a rastras, gilipollas.

Crane pudo ver un lado de la sonrisa de Mavranos.

–Compadezco al estúpido que lo intente -dijo Mavranos jovialmente naciendo una imitación bastante mala de Mr. T.

El hombre de fuera dejó escapar una risita enronquecida.

–Tenemos armas.

Ozzie se inclinó hacia adelante.

–Si abres así en una partida donde no hay límite quizá veas subir muy deprisa las apuestas, hijo -dijo Ozzie, y su voz de anciano no tembló ni un instante.

El hombre retrocedió y el haz de una linterna bailoteó sobre los objetos esparcidos en la parte trasera de la camioneta de Mavranos.

–Sí, son tres -le gritó el hombre a su compañero-. Puede que tengan escondido a un bebé o un perro en algún sitio, pero no hay más adultos.

Los faros del camión permitieron que Crane distinguiera la silueta de un hombre bastante alto que empezó a acercarse lentamente a la camioneta de Mavranos. Crane vio un perfil que parecía esculpido, y los elegantes rizos de peluquería de una cabellera meticulosamente peinada.

–No -dijo el recién llegado -, este vehículo ya no parece ser el que contiene un montón de personas, pero el que andamos buscan-do se encuentra muy cerca. – Se volvió hacia Mavranos-. ¿Has visto un autobús, un camión remodelado o una camioneta de gran tamaño circulando por esta autopista durante la última media hora?

–No me he fijado en lo que circulaba por aquí durante la última media hora -respondió lentamente Mavranos-, pero desde que oscureció probablemente hemos adelantado más autobuses y vehículos grandes que coches. Las Vegas, ya sabes -añadió señalando hacia adelante como si quisiera ayudar en todo lo posible.

–Lo sé.

El hombre se volvió hacia la trasera de la Suburban y escupió sobre la ventanilla.

Después se volvió hacia su compañero.

–Max, ¿te importaría limpiar el cristal? – le preguntó.

El otro hombre frotó obedientemente el escupitajo con la manga de su chaqueta de nylon y cuando estuvo más limpio enfocó el haz de la linterna al rostro de Crane.

Crane quedó cegado por el resplandor, pero pudo sentir que el líder le estaba mirando y se limitó a parpadear intentando mantener sus rasgos lo más inexpresivos posible.

Medio minuto después el haz luminoso se había apartado de él y el líder estaba junto a la ventanilla de Mavranos.

–Ese hombre de atrás -dijo el líder-. ¿Qué le ocurre?

–Oh, mierda, di cualquier cosa y te aseguro que acertarás-dijo Mavranos. – ¿Sufre…, sufre alguna clase de retraso mental?

–Clínicamente… -dijo Mavranos, y asintió con la cabeza. Era una de las palabras favoritas de Mavranos cuando quería dar más autoridad a una afirmación-. Clínicamente hablando es retrasado mental, sí. ¿Verdad que sí, chaval?

Crane estaba sudando y su corazón palpitaba a toda velocidad a causa de lo que era verdadero miedo, pues se daba cuenta de que su tensión estaba a punto de quebrarse convirtiéndose en un estallido de risitas histéricas. Se mordió la lengua con mucha fuerza.

–Diciéndole ese tipo de cosas no le estás ayudando mucho-murmuró Ozzie.

Crane no pudo seguir conteniéndose por más tiempo, y lo máximo que pudo hacer fue emitir su histeria bajo la forma de un cacareo enronquecido y medio ahogado. Tosió y echó por la nariz un poco de sangre que había manado de su lengua mordida, después resopló y se inclinó hacia adelante mientras sufría ruidosas arcadas.

–Cristo -dijo Max.

–De acuerdo -dijo el hombre alto -. Podéis iros.

Mavranos volvió a subir el cristal de la ventanilla, puso la primera, llevó la camioneta hacia la calzada y pisó el acelerador.

Mavranos y Ozzie se echaron a reír como un par de locos, y después de que Crane se hubiese sonado la nariz con una camisa vieja de Mavranos él

también se echó a reír, y no pudo evitar el revolcarse entre los objetos esparcidos por la trasera de la camioneta asegurándose de que no chocaba con la escopeta preparada para disparar mientras deseaba desesperadamente tener algo de beber.

17

OceanofPDF.com

El sonido de las bocinas y los motores Las carcajadas se fueron debilitando poco a poco. Ozzie se limpió los ojos con el dorso de una mano y se volvió hacia Crane.

–Supongo que no beberías nada cuando estábamos en Dick el Tramposo, ¿verdad?

–Sólo la Coca-Cola que me viste tomar.

Conseguir que Ozzie se creyera un farol siempre había resultado muy difícil, y Crane se alegró de estar mintiendo en la oscuridad.

El anciano asintió, frunció el ceño y puso cara pensativa, y Crane se dijo que en los viejos tiempos Ozzie habría añadido un "¿De veras?". Estaba claro que la aparente madurez de Crane y la obvia importancia de lo que estaban intentando hacer le inducían a confiar en él.

–Y naturalmente no jugaste a las cartas mientras estábamos allí.

–Pues claro que no -dijo Crane mientras intentaba no pensar en el videojuego de póquer.

Después se irguió y cogió la escopeta para guardarla dentro del estuche.

–Entonces es culpa mía por haber permitido que tomaras parte en esa maldita partida de Adelante Pez -dijo Ozzie en voz baja-. Dejando aparte el que bebieras o jugaras a las cartas en el casino es lo único que puede haberles alertado. – El anciano cerró los ojos y meneó la cabeza-. Me pregunto si realmente soy lo bastante… rápido para esto.

En el aspecto mental, quiero decir.

–Cristo, hombre, pero si estás estupendamente -se apresuró a decir Crane -. Lo más probable es que esos tipos no tuvieran nada que ver con nosotros. Estaban buscando un autobús o algo por el estilo.

–Nos estaban buscando, te lo aseguro, y lo del autobús lo de-muestra. Lo cual me recuerda… Pégate a la cuneta tan pronto como puedas hacerlo, Arquímedes. Tenemos que quitar nuestro camuflaje.

–No me gusta parar con esos tipos dando vueltas tan cerca de nosotros -dijo Mavranos.

–Si no lo haces volverán a pescarnos…, y entonces ese jack del cabello ondulado y la voz educada se preguntará cuál puede ser la razón de que este vehículo siga pareciéndole un autobús lleno de gente. ¿Qué tiene de malo el parar aquí mismo?

–Estoy seguro de que nada a lo que no podamos adaptarnos -dijo Mavranos con voz cansada.

Volvió a hacer girar el volante en dirección a la cuneta y dejó caer el pie sobre el freno. – ¿Por qué parecemos un autobús? – preguntó Crane.

–Cuando estamos en movimiento somos una forma ondulatoria muy activa y agitada -dijo Ozzie -. Esos pequeños silbatos para asustar a los ciervos crean una complicación en las ondas ultrasónicas porque no paran de interferirse, amplificarse y ahogarse los unos a los otros, y los banderines manchados de sangre producen un montón de movimiento orgánico…, son un montón de pedacitos de protoplasma muy pegados los unos a los otros que están cambiando de posición continuamente sin estarse quietos ni un solo instante. Y lo principal son las cartas en las ruedas, claro, que están girando a cada momento y pasan junto a las cartas de los guardafangos, por lo que cada segundo hay una docena de combinaciones nuevas. Configuraciones… Las configuraciones de las cartas no son personalidades, pero naturalmente siguen siendo descripciones de personalidades, por lo que en conjunto alguien con poderes psíquicos que nos echara un vistazo apresurado tendería a asumir que hay un montón de personas viajando dentro de este vehículo.

–Y cuando nos detuvimos todo eso dejó de surtir efecto -dijo Crane-. Los silbatos, los banderines, las cartas de los neumáticos…

–Exacto. Su autobús se evaporó y en su lugar estábamos nosotros. Si ocurre dos veces se dará cuenta de que somos su autobús, y de que el tipo que anda buscando…, y ese tipo eres tú…, se encuentra a bordo de esta camioneta.

La camioneta se había detenido. Mavranos ya había bajado y estaba empezando a arrancar las cartas del neumático delantero izquierdo. La brisa del desierto fue desplegando la atmósfera estancada del interior de la camioneta y la arrojó hacia el cielo nocturno, y la camioneta no tardó en oler como una piedra enfriándose. – ¿Por qué creyó que era retrasado mental?

–No lo sé. Supongo que el hecho de que por una parte seas una de las víctimas del Rey y por otra seas hijo suyo hace que te vea como una especie de mancha borrosa.

Para alguien con poderes psíquicos debes de parecer algo así como una doble exposición hecha uniendo una foto tomada de día y otra tomada de noche, pero en ambos casos eres alguien a quien un jack ambicioso querría matar.

–Eh -dijo Mavranos desde el exterior-, supongo que no os importará si tardo un ratito…

–Ya voy -dijo Crane abriendo la puerta derecha de atrás.

–Dile a Arquímedes que cambie un neumático de un lado al otro y que no quite las cartas de ese neumático y del guardafangos de tal forma que si el neumático se movía en parabrisas ahora se moverá en diesel, o viceversa. Y no me importa que sean radiales.

–Un neumático de un lado al otro -dijo Crane asintiendo con la cabeza-. No importa que sean radiales.

Mientras trabajaba bajo el millón de distantes resplandores que eran las estrellas perdidas en la negrura del cielo arrancando los silbatos y los banderines manchados de sangre de la baca, Crane se preguntó si después de aquella cuasi catástrofe llegaría algún momento en el que volviera a atreverse a beber; y si no era así cómo se las arreglaría para no enloquecer o suicidarse; y se preguntó qué quería decir el anciano cuando usaba palabras como "diesel" o "parabrisas", y se preguntó si ser el hijo del Rey significaba que él también era un jack con derecho a reclamar aquel misterioso trono del erial.

Un sedán anónimo pasó velozmente por la autopista, y durante el instante en que se fijó en él Crane se imaginó que la mujer sentada en el asiento derecho -quien volvió la cabeza en su dirección durante un momento- era Susan. Crane siguió al coche con la mirada. El rostro estaba totalmente inexpresivo, pero al menos no parecía enfadada.

"Le diste un buen beso", pensó acordándose del bourbon y la cerveza.

Cuando él y Mavranos hubieron acabado de quitar todo el camuflaje de la Suburban volvieron a ponerse en movimiento. Mavranos mantuvo la aguja del velocímetro rozando los ciento diez kilómetros por hora, pero no alcanzaron al coche en el que Crane quizá había visto al fantasma de Susan.

Pasado un rato dejaron atrás el oasis iluminado de Nevada Landing, un casino construido para que pareciese dos barcos fluviales del Mississippí muy adornados. Las embarcaciones falsas habían surgido del horizonte delante de ellos y no tardaron en hundirse por debajo del horizonte detrás de ellos, y un instante después la Suburban volvió a avanzar por entre la oscuridad.

"Quizá ha parado ahí -pensó Crane-, quizá ha subido a un barco." Miró hacia atrás, y se preguntó si volvería a encontrarle.

–Dos lunas -dijo Mavranos curvando los labios alrededor de su cigarrillo.

Crane parpadeó y cambió de posición sobre el asiento que no paraba de mecerle. – ¿Hmmm?

Casi había vuelto a quedarse dormido.

–Eso de ahí delante… Parece como si la luna fuera a salir por segunda vez en cualquier momento, ¿no? Pero tenemos la luna a nuestra espalda.

–La que hay delante de nosotros será Las Vegas.

Mavranos soltó un gruñido, y Crane comprendió que estaba pensando en el castillo de la aleatoriedad.

Y las torres de color naranja, blanco y azul que ondulaban como si fuesen masas de metal fundido fueron emergiendo lentamente de aquella parte iluminada del horizonte y su brillo acabó apagando el de las estrellas.

Abandonaron la I-15 en la Avenida Tropicana y torcieron a la izquierda por el bulevar Las Vegas, el Strip. Se encontraban bastante al sur, pero incluso aquella parte de la ciudad estaba brillantemente iluminada, y el Tropicana, el Marina y el aún no inaugurado Excalibur hacían retroceder la negrura del cielo.

–Maldición -dijo Crane volviendo la cabeza hacia la ventanilla para contemplar las gigantescas torres blancas del Excalibur y sus tejados cónicos aparatosamente iluminados-. Eso parece el agujero más grande del minigolf de Dios.

–Excalibur -dijo Mavranos con voz pensativa-. Supongo que es un motivo artúrico…

Me pregunto si habrá algún restaurante llamado Sir Gawain o El Caballero Verde.

Ozzie había vuelto la cabeza para contemplarlo.

–Leí en algún sitio que piensan abrir un restaurante italiano que se llamará Pasta Lance-Lotta. Discreción y buen gusto a raudales… Pero, sí, aunque de momento sólo sea de forma subconsciente Las Vegas parece estar empezando a darse cuenta de…, de lo que es. De lo que Siegel hizo que fuese. – ¿Ben Siegel la convirtió en la capilla peligrosa de Arky? – preguntó Crane.

–Bueno -dijo Ozzie -, supongo que no es que la convirtiera en eso…, más bien invocó la capilla peligrosa e hizo que apareciese aquí. Antes de

que llegara Siegel este sitio estaba más que maduro para eso. – ¿Sigo hacia el norte? – preguntó Mavranos.

–Sí -dijo Crane -. Tendría que haber bastantes supermercados en Charleston; es la primera calle grande que va de este a oeste después del Sahara. – "Que es donde encontrarnos a la pequeña Diana en el sesenta, y sólo Dios sabe dónde la encontraremos ahora", pensó -. Izquierda o derecha…, toca de oído.

–Y ve buscando alguna cafetería -dijo Ozzie-. O… No, una licorería donde podamos comprar hielo y unas cuantas Coca-Colas para meterlas en esta nevera. El turno de Diana probablemente terminará al amanecer, y necesitaremos un poco de cafeína para mantener abiertos los ojos hasta entonces. – El anciano bostezó -. Después podremos buscar un motel barato en cualquier sitio.

Mavranos alzó la mirada hacia el espejo retrovisor para observar a Ozzie.

–Esta noche nos dedicaremos a los colmados, pero mañana nos dedicaremos a los casinos, ¿de acuerdo? – dijo-. Para que pueda empezar a seguir la pista de mi…, mi cambio de fase.

–Claro -dijo Ozzie -. Podemos enseñarte los trucos básicos que necesitas dominar.

–Se removió en el asiento, cerró los ojos y se apoyó en la linterna sorda de Mavranos-.

Despertadme cuando encontréis un supermercado.

–De acuerdo -dijo Crane mirando hacia adelante sin mucho entusiasmo.

Después de la grandeza del cruce del Tropicana la calle se oscurecía un poco quedándose en un grado de brillantez urbana normal hasta que el Aladdin primero, y el Bally, el Dunes y el Flamingo después alzaron sus inmensos campos formados por miles de millones de bombillas sincronizadas.

Crane contempló el Flamingo. Las puertas de entrada y el espacioso camino de acceso estaban cubiertos por un campo ondulante de luces rojas, naranja y oro que creaban la impresión de que el casino estaba en llamas. Crane recordaba haberlo visto veinte años antes cuando sólo había una modesta torre en el extremo norte y un letrero de neones independiente de la estructura colocado delante de ella; y recordaba vagamente el edificio bajo y alargado que había sido entonces y que estaba separado de la

autopista por una gran extensión de césped cuando había ido allí con su verdadero padre en los años cuarenta.

"El dominio de Siegel -pensó -. Y luego el de mi padre…, y quizá aún lo sea."

Las tres amplias calzadas de un solo sentido de la calle Fremont resplandecían con la claridad blanca de las luces que recubrían el Binion's Horseshoe incluso durante la medianoche, y los turistas que bajaron del coche parpadearon mientras miraban en todas direcciones con sonrisas un poco vacilantes. La tarifa a pagar eran once dólares y un poco de calderilla, y cuando uno de los turistas alargó a Bernardette Dinh un billete de veinte ella lo contempló con el rostro inexpresivo y preguntó: "¿Va bien?".

Tal como había esperado, el turista creyó que sus palabras querían decir algo parecido a "¿Es lo bastante al sur para ustedes?", y asintió enfáticamente. Dinh también asintió, se metió el billete de veinte en un bolsillo y descolgó el micrófono como si se dispusiera a solicitar otro viaje. El turista no se atrevió a pedir que le devolviera su cambio, por lo que cerró la puerta y se reunió con sus compañeros, quienes se habían apelotonado bajo las candilejas de la acera y ponían cara de sentirse bastante incómodos.

"Miedo al escenario -pensó Dinh-. Creen que todo el mundo les está mirando, y les asusta pensar que no saben qué han de decir o lo que han de hacer ahora."

Grupos de huelguistas de los sindicatos de camareros y cocineros con pancartas iban y venían por delante del Horseshoe y uno de ellos, una joven con el cabello muy corto, sostenía un megáfono en una mano. – ¡Maaaaaala suerte! – canturreaba con una voz extrañamente átona-. ¡Maaaaaala suerte en el casino! ¡Salid, peeeeeeeerdedores!

"Dios -pensó Dinh-. Puede que yo también tenga miedo al escenario."

El Binion's regalaba un pavo a cada taxista todos los días de Acción de Gracias, y Dinh -a quien toda la población nocturna de Las Vegas conocía como Nardie- siempre había dejado a los viajeros que se dirigían a esa zona delante del casino. Dinh se preguntó si pasaría mucho tiempo antes de que tuviera que empezar a dejarlos delante del Four Queens.

Un par de coches patrulla estaban aparcados al otro lado de la calle delante del Golden Nugget, pero los agentes se limitaban a estar apoyados en los coches observando a los huelguistas. Aquella noche-de-sábado-o-mañana-de-domingo había una gran abundancia de turistas que

deambulaban por las aceras y vagaban de un lado de la calle a otro atraídos por el estrépito de las monedas que eran escupidas en las bandejas de premios de las máquinas tragaperras, un clank-dank-clank tan veloz como una ráfaga de ametralladora que nunca dejaba de ser audible a pesar de los bocinazos, los gritos de los borrachos y la huelguista que gritaba su monótono cántico por el megáfono. Nardie Dinh decidió que esperaría a que le saliera otro viaje sin moverse del sitio.

Estar al nivel del suelo entre aquellos enormes edificios incandescentes le impedía ver el cielo -apenas si podía distinguir las señales de tráfico perdidas en el océano de luz artificial mucho más insistente que ellas-, pero sabía que había una luna casi medio llena flotando sobre el desierto en algún punto del cielo. Dinh sabía que estaba funcionando a media potencia, y eso quería decir que durante algunos días seguiría siendo capaz de manejar las monedas de un centavo sin ennegrecerlas, tocar la hiedra sin marchitarla y llevar algo de color púrpura sin aclararlo y ropa blanca sin que se volviera negra.

Pero eso también significaba que era vulnerable, y que lo sería durante toda la semana. Sólo podría ver realmente bien a través de las combinaciones de los dados marcados con iniciales de su otro trabajo, y sólo podría defenderse con su ingenio, su agilidad y la pequeña automática Beretta del calibre 25 de apenas cien gramos de peso que llevaba debajo de la cinturilla oculta por su camisa.

Dentro de nueve días la luna volvería a estar llena, y para aquel entonces habría derrotado tanto a su hermano como al Rey reinante… o no lo habría conseguido. Si no lo había conseguido lo más probable era que estuviese muerta.

Un hombre barbudo que llevaba una chaqueta de cuero y parecía estar borracho venía hacia su taxi. Dinh le observó con expresión meditabunda mientras pensaba en algunos grandes perdedores que en el pasado habían llegado a la conclusión de que aquella joven asiática esbelta y bajita era una presa fácil a la que no costaría mucho violar o robar.

Pero cuando abrió la puerta de atrás y metió medio cuerpo dentro del taxi el barbudo no hizo nada de eso. – ¿Podría llevarme a una…, una capilla de bodas? – preguntó con voz vacilante.

"Tendría que haberlo adivinado", pensó Dinh.

–Claro -dijo.

El rostro visible debajo de la frondosa y revuelta barba del hombre estaba un poco hinchado y mostraba una expresión de aturdimiento, y Dinh comprendió que no necesitaba llamar dando su identificación y su destino; y el pasajero tenía un aspecto próspero y no parecía encontrarse en muy buenas condiciones físicas. No era de los que huían corriendo, así que tampoco necesitaba pedirle diez dólares por adelantado.

El barbudo entró en el taxi. Dinh lo puso en marcha y se adentró en el tráfico. Las capillas no daban bonificación por un solo pasajero, naturalmente, y Dihn decidió llevarle a una de las que había más abajo de Charleston.

Se detuvo delante de una luz roja dos manzanas más abajo delante del Hotel Union Plaza y reprimió una sonrisa. Los centenares de bombillitas blancas que había encima de la espaciosa calzada circular de acceso al hotel se reflejaban en las carrocerías de los coches que descargaban a sus pasajeros y hacían que pareciesen haber sido adornados para un desfile de bodas de la calle Fremont.

Bodas…

"Como el yin y el yang -pensó -, como el yoni y el lingam." Otros taxistas le habían dicho que no era la única que estaba haciendo un número desproporcionado de viajes a las capillas llevando un solo pasajero durante las dos últimas semanas. Personas de todas clases querían ir allí, y cuando llegaban a las capillas se limitaban a echar un vistazo en el interior de las oficinitas y a dar vueltas de un lado a otro contemplando las matrículas en las que se leía FUGADOS, OCUPADO o CASADOS 90 colgadas de las paredes y leyendo las placas esmaltadas que contenían el Credo Matrimonial.

Era como si una vibración del cielo y de la tierra estuviera haciéndose más potente poco a poco, algo que tenía que ver con la combinación de masculinidad y feminidad, y aquellas personas lo habían captado a un nivel subconsciente. Dinh estaba segura de que los bares de ligue y los salones de masajes esparcidos a lo largo de las autopistas 95, 93 y 80 también estaban recibiendo un número de visitantes bastante superior al habitual.

Pero ese pensamiento trajo a su mente recuerdos de DuLac, cerca de Tonopah, y de su hermano, y de la habitación con veintidós cuadros colgados de las paredes…, y Dinh pisó el acelerador, giró a la izquierda

haciendo caso omiso del semáforo y aceleró por la calle Main en dirección a Bridger.

–Jesús -dijo su pasajero-, no tengo prisa.

–Algunos de nosotros sí la tenemos -dijo ella.

La matrícula del coche de Snayheever sólo estaba atornillada por un lado, y eso hacía que resultara fácil hacerla girar y meter el extremo de la manivela de arranque a través del agujero perforado en el parachoques.

Snayheever separó los pies plantándolos firmemente sobre el pavimento e hizo girar la manivela apoyando su peso en ella. El motor no se puso en marcha a pesar de que la costura de la espalda de su chaqueta de pana -la que Snayheever consideraba su chaqueta James Dean- se desgarró un poco más de lo que ya estaba. Por lo menos no parecía estar sufriendo ninguno de sus temblores involuntarios; aquella noche su disquinesia tardía estaba tranquila.

Los coches hacían sonar sus bocinas detrás de él y Snayheever sabía que eso quería decir que los conductores estaban enfadados, pero la gente de la acera parecía encontrarse de muy buen humor. – ¡Fíjate en el tipo del coche de relojería! – gritó alguien-. ¡Cuidado, no rompas el resorte!

–No me haría ninguna gracia tener que dar cuerda a un coche -dijo una mujer, y se rió.

El coche se puso en marcha al segundo giro de la manivela. Snayheever entró en él, puso la primera y cruzó la Sexta en dirección a El Cortez. Llevaba casi una hora circulando por el extremo sur de la ciudad cuando se le había calado el motor, y hasta el momento no había conseguido dar con ninguna pista que pudiese llevarle hasta el lugar en el que vivía la luna.

Pero la media luna seguía en el cielo aunque ya empezaba a descender hacia el oeste, y Snayheever siguió buscando nubes y prestando atención al viento y a cualquier objeto que pudiera flotar en él.

Snayheever sabía cuál era la razón de que nunca hubiese llegado a ser un gran jugador de póquer. Los grandes jugadores de póquer tenían que poseer varias cualidades: conocimiento de las posibilidades, resistencia física y paciencia, valor y "corazón"…, y la más importante de todas quizá fuese la capacidad de meterse dentro de la cabeza de sus oponentes, de ser capaces de saber cuándo el oponente estaba deseando perder el dinero, permitía que su ego herido se encargara de jugar o fingía un estilo de juego temerario o prudente.

Snayheever era incapaz de meterse en sus cabezas.

Todos los hombres con los que Snayheever había jugado le habían parecido… átomos, lo cual quería decir que le resultaban indistinguibles los unos de los otros y que emitían cosas -los átomos emitían fotones, y los jugadores emitían… apuestas, plantes, abandonos y subidas de apuesta- sin ninguna pauta, sistema o pronosticabilidad.

Mientras recorría Fremont Amino Ácido había pensado que a veces los átomos emitían partículas beta, y a veces los jugadores emitían subidas salvajes o se sacaban de la manga una escalera, y entonces lo único que podías hacer era retirarte de la partida y esconderte para lamer tus heridas.

Cuando trataba con cosas todo era muy distinto. Las pautas del río y de la autopista, la colocación de piezas de rompecabezas que habían sido revueltas, las posturas y los movimientos de las nubes… Snayheever estaba seguro de que si alguna vez llegaba a tener delante una taza llena de hojas de té sería capaz de leerlas, y le parecía comprender muy bien a los griegos -o a quienes hubieran sido los que hacían aquello-, que predecían el futuro examinando entrañas de animales.

A veces las personas con las que se encontraba parecían ser como las damas cuyas voces grabadas en cinta le hablaban desde el auricular cuando necesitaba saber qué hora era, pero las cosas poseían una voz real -aunque débil y lejana-, parecida al sonido que sale de un teléfono si alguien ha desenroscado la sección que te pones en el oído y ha sacado el disco del diafragma.

Había alguien que se sentía como en casa ocultándose detrás del incesante cambio en la disposición de las cosas, ¿y quién podía ser sino su madre?

Snayheever albergaba la esperanza de que existiera la reencarnación, y de que después de haber muerto como humano desconectado podría volver como una parte más del infinito de las cosas conectadas. Pensó en lo que había dicho aquella mujer de la acera cuando estaba intentando hacer arrancar el motor del coche. No me haría ninguna gracia tener que dar cuerda a un coche.

"Hay cosas mucho peores que el tener que dar cuerda a un coche", pensó mientras giraba a la izquierda para seguir haciendo zigzags por el extremo sur de la ciudad.

Un kilómetro al suroeste de Snayheever el Jaguar gris circulaba en dirección este por la avenida Sahara.

Un hombre delgado que espera el momento de aparecer.

Las rollizas comisuras de los labios de Vaughan Trumbill se curvaron hacia abajo en cuanto recordó la observación. La joven había tenido algo que ver con el ejercicio físico y la salud; Trumbill creía que era monitora de tablas de gimnasia o algo por el estilo.

El cuerpo del doctor Leaky farfulló algo en el asiento trasero del Jaguar.

Betsy Reculver estaba sentada al lado del anciano.

–Creo que ha dicho sur -dijo con voz rasposa.

–De acuerdo -dijo Trumbill.

Hizo girar el volante y desvió el Jaguar hacia la derecha haciéndolo pasar de Sahara a Paraíso, al este del Strip. Avanzaron durante un rato entre enormes solares vacíos llenos de basuras sobre los que colgaban hileras de luces.

La mujer quería que se inscribiera en un programa de dieta. Trumbill había creído entender que quienes se apuntaban recibían bolsitas de comida seca que debían hervir.

La idea era perder peso y no recuperarlo.

Estoy totalmente segura de que dentro de ti hay un hombre delgado que está esperando el momento de aparecer.

Había acompañado las palabras con una carcajada y un leve entrecerrar de los ojos y le había puesto una mano sobre el antebrazo…, para demostrar afecto, simpatía o que Trumbill le importaba mucho.

Reculver había empezado a olisquear el aire y parecía irritada.

–He olvidado lo que dijiste. ¿Esa…, esa tal Diana va a venir aquí?

–No tengo ninguna razón para creerlo -replicó pacientemente Trumbill -. El hombre del teléfono dijo que la conocía, y saqué la impresión de que vivía en el sur de California.

Nuestra gente ha estado vigilando la casa de Crane desde primera hora del viernes, y su teléfono desde el amanecer del sábado. Si hubieran hecho algún progreso en cuanto a localizarla me habría enterado, y si conseguimos encontrarla morirá.

Reculver se removió en el asiento trasero, y Trumbill oyó el chasquido que se produjo cuando se mordió una uña.

–Entonces sigue aquí. En California… La partida se aproxima y eso me vuelve muy sensible…, si hubiese atravesado la frontera de Nevada la habría sentido con tanta claridad como a una piedra en el riñón.

Trumbill asintió sin dejar de pensar en la chica de la fiesta.

Se había obligado a sonreír. "¿Tendría la bondad de venir conmigo?", le había dicho.

Después la cogió del brazo y la llevó de la sala al pasillo donde había un par de guardias de seguridad del casino. Los guardias de seguridad le habían reconocido nada más ver-le. "Estos hombres la acompañarán hasta su casa", había dicho Trumbill. La joven se había quedado boquiabierta y le había mirado fijamente, y había necesitado unos momentos para comprender que estaba siendo expulsada de la fiesta y luego había empezado a protestar; pero Trumbill había movido la cabeza y los guardias se la llevaron hacia la parada de taxis. La joven no sabía nada y había obrado impulsada por la mejor de las intenciones, naturalmente; pero Trumbill no estaba dispuesto a permitir que nadie le pusiera aquella carta delante de las narices…, ni siquiera una estúpida ignorante como ella.

–Ese jack y el pez están al extremo del sedal -dijo Reculver-. Capté la presencia de los dos casi en el mismo instante… Me pregunto si el pez será ese tipo, Crane, y si habrá decidido venir por voluntad propia.

–Es posible -dijo Trumbill estólidamente.

Estaba preparado para rechazar cualquier sugerencia de que tuviera la culpa de que Crane aún no hubiera sido capturado.

Pero los dos guardaron silencio durante un rato.

–Esta noche tengo los nervios hechos migas -dijo Reculver en voz baja desde el asiento trasero. Parecía estar hablando con el viejo cuerpo que había a su lado -. Sí, hechos migas… Quédate conmigo, háblame. ¿Por qué no hablas nunca? Habla. ¿En qué estás pensando? ¿Qué estás pensando? ¿Qué? Nunca sé qué estás pensando. Piensa.

El viejo doctor Leaky se removió y soltó una risita. Trumbill nunca había conseguido imaginarse qué podían sacar los dos de aquel jueguecito, aquel recitar compartido de la poesía de T. S. Eliot.

–Creo que estamos en el callejón de las ratas -dijo el anciano con su voz asexuada-. Donde los muertos perdieron sus huesos…

Un hombre delgado que espera el momento de aparecer. Trumbill hizo sonar la bocina del coche emitiendo un ensordecedor da-daaaaaa-daat

dirigido a un inofensivo Volkswagen. – ¿No sabes nada? – Al parecer Reculver seguía recitando poesía, pero el tono de petulancia e inquietud que había en su voz no podía ser más auténtico-. ¿No ves nada? ¿No recuerdas nada?

Trumbill alzó la mirada hacia el espejo retrovisor. El doctor Leaky estaba sentado muy erguido con las manos sobre las rodillas y el rostro totalmente inexpresivo.

–Recuerdo… -dijo el anciano -. Recuerdo esas perlas que eran tus ojos.

Reculver dejó escapar un suspiro. – ¿Estás vivo o no? – preguntó en voz baja, y Trumbill, que no conocía ni un solo poema, no pudo decidir si seguía recitando o se estaba limitando a hablar…, y en el caso de que estuviera hablando, a quién se dirigía-. ¿Es que no hay nada dentro de tu cabeza?

–Y jugaremos una partida de ajedrez -dijo el viejo cuerpo -, apretando los ojos sin párpados y esperando una llamada en la puerta.

Paradise Road estaba bastante oscura al sur del Landmark y su torre estriada de neones rojos, y casi todo el tráfico consistía en taxis que avanzaban hacia el sur en dirección a los grandes casinos e intentaban evitar la circulación del Strip.

–Yo… Ahora ya no les capto -dijo Reculver-. Los dos podrían estar en la ciudad, y también podría haber más peces y más jacks, y no lo sabría. Demasiado cerca, como tallos de hierba justo delante de las lentes de tus binoculares… ¿Hablaste con alguien, Vaughan? ¿Has hecho algún…, algún trato sobre el que no me hayas dicho nada?

–No, Betsy -dijo Trumbill. Reculver le había explicado lo que debía decir cuando se ponía así-. Recuerda lo que leíste sobre la paranoia en las mujeres que se van haciendo mayores -añadió. "Esta noche todos los que viajamos en este coche no hacemos más que recitar frases aprendidas de memoria", pensó -. Y lo de la inteligencia fluida y la inteligencia cristalizada… Es como el RAM y el ROM en los ordenadores. Las personas jóvenes tienen una, las personas mayores tienen otra. Piensa en ello.

–No puedo pensar. Estoy sola. Tengo que hacerlo todo yo misma, y…, y los jacks podrían estafen cualquier sitio.

"Pasamos a la fase dos", pensó Trumbill. – ¿Y Hanari? ¿Está despierto? – ¿Por qué debería estarlo? ¿Sabes qué hora es?

–Creo que deberías meterte en su cabeza y echar un vistazo desde allí. –¿Cuál es el problema? – preguntó Reculver en un tono de voz bastante alto-. ¡No voy a meterme en su cabeza! ¡Ni siquiera voy a pensar en él! ¿Ha sufrido un ataque? ¿Estás intentando dejarme atrapada en algo como esto?

Abofeteó al doctor Leaky, quien se limitó a soltar una risita y se tiró un pedo que hizo mucho ruido.

Trumbill albergaba la esperanza de que la anciana aguantaría las dos semanas que faltaban para que llegase la Pascua. Bajó el cristal de su ventanilla.

–En estos momentos no piensas con claridad -dijo -. Estás preocupada, y es lógico.

Cualquier persona lo estaría. Y estás cansada porque tienes que ocuparte personalmente de todo, pero es justo ahora cuando necesitas estar superalerta, y el cuerpo de Art Hanari está tranquilo y descansado… Y aparte de eso, ¿no crees que sería un alivio volver a ser un hombre durante un rato?

–Hhhmpf.

Trumbill giró hacia la derecha y llevó el Jaguar hacia el vacío oscuro de la avenida Sands. El coche empezó a avanzar por entre hileras de casas y apartamentos, con el monolito dorado del Mirage visible por encima de los edificios de poca altura que tenían delante. Trumbill se preguntó si Betsy Reculver había seguido su consejo o si sencillamente había decidido no hablar con él, y suspiró.

Un hombre delgado.

Trumbill tenía sesenta años, y no quería perder su posición. Trabajar para Reculver le había proporcionado su jardín y sus peces tropicales, y la seguridad de que cuando muriese se haría lo necesario con su cuerpo. Entre los desconocidos ninguna de esas cosas estaría asegurada, especialmente la última y más importante de todas. Isaac Newton conseguiría echarle mano con su maldita Segunda Ley de la Termodinámica y le…, le uniformizaría, rasparía los números de serie y le arrancaría todos los accesorios especiales, los espejos extra, los faros antiniebla y las fundas de los asientos, y cuando hubiese acabado con él Trumbill no sería más que el equivalente a un chasis desnudo tirado en un solar vallado lleno de chasis y más chasis.

Todos indistinguibles los unos de los otros.

"Está claro que cualquier diferencia que pueda ser eliminada nunca ha sido una auténtica diferencia", pensó Trumbill, y se estremeció. Flexionó sus enormes antebrazos sabiendo que el movimiento haría ondular los tatuajes ocultos debajo de la tela.

El teléfono del coche emitió un zumbido, y Trumbill lo cogió.

–Diga.

–Vaughan, soy yo desde el cuerpo de Hanari. Pues claro que eran tonterías…, todo lo que te dije eran estupideces. Oye, ¿crees que tendría que usar la bañera con más frecuencia?

A Trumbill nunca había dejado de sorprenderle la facilidad con que la jefa cambiaba de cuerpo. Parecía costarle tan poco esfuerzo como el removerse en una silla para mirar por otra ventana.

–La bañera -dijo Trumbill-. No, claro que no.

–Bueno, sigue observándome. He leído en algún sitio que a veces las ancianas empiezan a descuidar la higiene. Está claro que esta noche no conseguiremos encontrarles. Volvamos a casa.

–Volvamos a casa -repitió Trumbill.

El doctor Leaky bostezó.

–Pero a mi espalda oigo de vez en cuando el sonido de las bocinas y los motores que llevarán a Sweeney hasta la señora Porter en primavera -dijo.

Trumbill oyó el ja-ja-ja ahogado que lanzó el cuerpo de Art Hanari. En una ocasión Reculver le había dicho que reír de aquella forma no producía arrugas, y después la voz de Hanari empezó a cantar.

Oh, la luna brilla sobre la señora Porter y sobre la hija de la señora Porter.

Se lavan los pies con agua mineral, hay que ver y eso es lo que han de hacer para limpiarlos bien.

Trumbill colgó el auricular y siguió conduciendo con sus dos manos regordetas sobre el volante.

La mujer salió de la entrada brillantemente iluminada del Supermercado Smith en Maryland Parkway cuando la luna ya se había ocultado y el cielo estaba azul oscuro por detrás de las Montañas Muddy. Cruzó con paso cansino el aparcamiento arrastrando los pies hasta llegar a un Mustang marrón, salió del aparcamiento y torció hacia el norte por Maryland.

Al norte de Bonanza dejó atrás una Suburban azul oscuro que iba en dirección sur. No se fijó en la camioneta, y los tres hombres que iban dentro

de ella no le prestaron ninguna atención.

Pero los muros y los aparcamientos de la ciudad vibraron durante un segundo con el débil eco de un grito ronco y ahogado, una exclamación rechinante que emergió como una tos de las gargantas de yeso de las estatuas egipcias y romanas que había delante del Caesars Palace, y de las bellezas sureñas y los oficiales de navío inmóviles sobre la cubierta del Holiday, y de los árabes montados en los camellos de piedra que había delante del Sahara, y del minero inclinado sobre un cedazo lleno de bombillas doradas que se alzaba en el tejado de la tienda de souvenirs Western Village, y de los cuellos de madera aglomerada de las dos siluetas sonrientes que montaban guardia ante la fachada de la escuela de croupiers de Charleston, y de la T de acero oculta en el cuello de Vegas Vic, la estructura en forma de hombre de cinco pisos de altura que dominaba el tejado del Pioneer; y las ruedas iluminadas por neones de los barcos fluviales que había en las fachadas del Holiday, el Showboat y el Paddlewheel se estremecieron durante un momento en la atmósfera encalmada de la hora que precede al amanecer y lanzaron nubecillas de polvo hacia las sombras azules como si estuvieran a punto de moverse.

18

El día de los tontos Y a cincuenta kilómetros al sureste, al lado del rizo que trazaba la autopista 93 de los Estados Unidos antes de pasar junto al arco de la presa Hoover, los dos bronces Hansen de nueve metros de altura flexionaron sus alas y se removieron levemente sobre sus bases de diorita negra. El mapa estelar incrustado en el pavimento de terrazzo que se extendía a sus pies vibró de forma casi imperceptible mientras seguía reflejando las profundidades del cielo del amanecer.

Y desde Lost City Cove y el Little Bitter Wash hasta el extremo norte del Overton Arm y por toda la enorme cuenca bautizada y dominada por el gigantesco monolito cuadrado conocido como el Templo hasta el último confín de Grand Wash al este y la Cuenca Boulder al oeste un leve estremecimiento recorrió la vasta superficie del Lago Mead esparciendo un millar de diminutas mareas que se movieron sin orden ni concierto y que despertaron durante un momento a los turistas que dormían a bordo de las incontables casas-barco alquiladas.

Y en la ladera de la montaña que se extendía debajo del Arizona Spillway el agua atrapada por las compuertas de acero de la presa tembló con una turbulencia fugaz, y los técnicos de la enorme sala de control captaron la irregularidad momentánea producida en la energía hidroeléctrica a través de los transformadores que había debajo de la presa, cuando las paletas y las parrillas de los generadores eléctricos vacilaron durante un instante antes de que las turbinas reanudaran su rotación normal.

Un ingeniero que se encontraba en la espaciosa galería de cemento que corría por debajo de la presa sintió un leve temblor del suelo, y alzó los ojos hacia los doscientos metros del muro de la presa detrás del que se acumulaban las aguas, y tuvo que mirar dos veces para librarse, de la ilusión de que el muro estaba tan lleno de irregularidades y huecos como un acantilado creado por la naturaleza y de que había una silueta bailando en lo alto.

Diana Ryan se había quitado su uniforme rojo del Smith y lo había sustituido por un chándal verde, y estaba tomando sorbos de una copa de Chardonnay frío mientras leía el Review-Journal de Las Vegas pensando en que volvería a marcar el número del anciano en cuanto hubiera pasado un rato. Era domingo por la mañana, y si estaba en casa dejar que durmiera un poquito más no le haría ningún daño.

Oyó el sonido de la puerta del dormitorio principal al abrirse seguido por el del agua corriendo en el cuarto de baño, y unos instantes después Hans entró en la cocina, volvió la cabeza hacia los rayos de sol que entraban por la ventana cayendo en diagonal sobre el suelo y parpadeó. Su barba estaba inclinada a un lado formando un rizo de aspecto bastante extraño.

–Te has levantado temprano -dijo Diana, y deseó haber telefoneado nada más llegar a casa.

–Es más tarde de lo que parece -dijo Hans-. En primavera el ahorro en luz diurna significa que pierdes horas de sueño.

Conectó la cafetera y se sentó sobre la silla recubierta de vinilo que había delante de Diana. Ya había acabado de leer la sección metropolitana del periódico, y Hans la deslizó hacia él y empezó a examinarla.

Diana esperó el son-una-maldita-pandilla-de-monos-ignorantes que estaba segura acabaría surgiendo de sus labios. Hans le había dicho que pensaba quedarse levantado hasta muy tarde trabajando en su guión, y la

alegría exultante de sus inspiraciones de la madrugada siempre se convertía en resentimiento apenas llegaba la mañana.

Scat y Oliver ya se habían levantado, y Diana pudo oír el ruido que empezaban a hacer. Acabó su copa de vino y se puso en pie para lavarla y guardarla antes de que apareciesen.

–No me digas cómo he de educar a mis hijos -le dijo a Hans, quien (naturalmente) acababa de abrir la boca y se disponía a hablar-. Y ya sé que no has dicho ni una palabra.

Hans era lo suficientemente listo como para saber que no debía poner los ojos en blanco, pero dejó escapar un leve suspiro antes de volver a bajar la mirada hacia el periódico.

Diana fue hasta el teléfono y volvió a teclear el número mientras apartaba impacientemente largos mechones de cabello rubio de su rostro con la mano libre. Los chicos entraron en la cocina mientras estaba inmóvil escuchando los distantes timbrazos del teléfono y sacaron cajas de cereales y un cartón de leche de los armarios.

Diana se volvió para observarles. Scat llevaba su camiseta de los Red Sox de Boston, y Oliver se había puesto la camiseta de camuflaje que Diana creía le resaltaba todavía más la tripa. Oliver le lanzó lo que Diana calificaba de su mirada sarcástica, y comprendió que Hans había acabado de mirar al chico y había alzado los ojos hacia el techo.

"Hans no ha nacido para ser padre -pensó mientras los timbrazos seguían resonando en su oreja-. ¿Dónde están… Mel Gibson, Kevin Costner? Incluso Homer Simpson…"

Hans estaba leyendo un artículo y meneaba la cabeza.

–Son una maldita pandilla de monos ignorantes -dijo. Diana tenía la impresión de que era una frase de Esperando a Godot.

Acabó colgando el auricular. – ¿El abuelo sigue fuera de casa? – preguntó Scat apartando la mirada de sus Krispies de arroz.

–Estoy casi seguro de que anda por ahí con tu hermano -dijo Hans -. Te preocupas demasiado.

–Quizá vengan aquí -dijo Scat -. ¿Por qué no nos visitan nunca?

–Probablemente porque no les gustan los niños pequeños-dijo Oliver, quien tenía diez años y le llevaba uno de ventaja a su hermano.

–A tu abuelo le encantan los niños pequeños -dijo Diana, y volvió a su silla.

"Scott habrá convencido a Ozzie de que debía irse a otro sitio-pensó -. Ozzie hará que le transfieran su número de teléfono cuando se haya instalado. Hay muy pocas probabilidades de que las personas que mataron a mi madre hayan seguido a Scott y les hayan secuestrado. O de que les hayan hecho daño. O de que les hayan matado." -¿Podemos ir con las bicis al Parque Herbert? – preguntó Scat-. Todo el mundo lo llama así -añadió dirigiéndose a Oliver, quien como era de esperar ya había empezado a recordarle que el nombre del parque era Hebert, no Herbert.

–Claro -dijo Hans, y Diana sintió una punzada de irritación.

–Sí, podéis ir -dijo con la esperanza de que su tono de voz dejara bien claro que era su permiso el que contaba realmente.

–Necesito paz y silencio para pasar a máquina mi tratamiento-dijo Hans-. Mike, el del Golden Nugget, conoce a un tipo que conoce a Harvey Korman. Si consigue que lo lea serán cincuenta de los grandes seguros.

Los niños estaban en la habitación, por lo que Diana se obligó a sonreír y golpeó la parte inferior de la mesa con los nudillos.

Pero en cuanto hubieron terminado sus cereales y hubieron dejado los cuencos en el fregadero y salieron a la carrera del apartamento para coger sus bicicletas se volvió hacia Hans.

–Creía que habías dejado de ver a Mike.

–Diana -dijo Hans inclinándose hacia adelante y contemplándola por encima del periódico-, son negocios. ¡Harvey Korman! – ¿Cómo descubriste que conoce a alguien que conoce a alguien? Tuviste que hablar con él, ¿no?

–Soy escritor. He de hablar con gente de toda clase.

Diana estaba lavando los cuencos de los cereales en el fregadero.

–Es un traficante de drogas, Hans -dijo intentando hablar en un tono tranquilo y racional sin dar la impresión de que discutía sólo por discutir-. Y la única vez que fuimos a su casa se comportó como un pulpo en celo y me costó lo mío sacármelo de encima.

Pensé que…, que eso te habría molestado.

Hans la obsequió con su mirada altiva de gran señor. El que tuviese la barba inclinada a un lado hacía que resultara particularmente ridícula.

–Los escritores no pueden permitirse el lujo de juzgar a la gente-dijo-, y además confío en ti.

Diana dejó escapar un suspiro y se secó las manos con una toalla.

–Me conformo con que no te meta en ningún lío. – Bostezó-. Me voy a la cama. Te veré luego.

Hans había empezado a fingir que estaba totalmente absorto en la lectura del periódico, y se limitó a mover una mano y asentir distraídamente con la cabeza.

Las sábanas aún conservaban el calor del cuerpo de Hans, y cuando se hubo tapado hasta el mentón Diana contempló la habitación sumida en la penumbra, parpadeó y se preguntó si volvería a la cama cuando hubiese acabado de leer el periódico.

Albergaba la esperanza de que lo haría y, al mismo tiempo, de que no lo haría. En primavera cuando faltaba poco para la Pascua siempre se sentía… ¿Qué? ¿Más cachonda? Era el tipo de palabra que habría utilizado Oliver, y si Diana le reñía Hans diría "Para mí el sexo es algo hermoso que comparten dos personas enamoradas" empleando su tono más sarcástico.

Diana oyó el chirrido de la silla de la cocina por encima del zumbido del aire acondicionado y sonrió burlándose de sí misma cuando se dio cuenta de que se le había acelerado el pulso, pero un minuto después oyó el casi imperceptible snap-snap-snap de la máquina de escribir eléctrica, se puso de lado y cerró los ojos.

"Es mejor que nada -pensó-. ¿Es igual con todos…, sencillamente mejor que nada?

Wally Ryan… Menudo esposo, un tipo capaz de contagiarme la gonorrea porque tenía que joder con otras mujeres. Le dijo a todos sus amigotes que era frígida, pero creo que todos se dieron cuenta de que la verdad era que le aterrorizaba estar casado con una mujer y tener hijos de carne y hueso. Las mujeres son criaturas de dos dimensiones que no plantean ningún peligro, animales animados por la magia salidos de las páginas del Penthouse siempre que no tengas que…, que vivir con una de ellas, tratarla cada día como si fuese otro ser humano."

Se preguntó qué tal le habría ido a Scott con Susan. Diana estaba casi segura de que había sido la muerte de su esposa lo que la había afectado tanto antes de Año Nuevo.

Había experimentado una terrible sensación de pérdida, una emoción intensa y profundamente personal. Había pensado que quizá debería telefonearle, pero pasada una semana acabó decidiendo que llamar tan tarde resultaría muy incómodo para los dos y lo había dejado correr; pero la pena

de Scott había seguido impidiéndole dormir bien durante un par de semanas.

Siempre que pensaba en la esposa de Scott Diana empleaba las palabras "esa zorra" aunque sabía que no estaba siendo justa. Después de todo, nunca la había conocido, no había hablado con ella y ni siquiera la había visto.

Diana había intentado racionalizar aquella desaprobación tan intensa diciéndose que su hermano adoptivo era un borracho que sólo servía para jugar al póquer, y que cualquier mujer capaz de casarse con alguien así no se merecía a su hermano, quien, después de todo, tenía un gran corazón y era una buena persona en el fondo; pero sabía que el verdadero origen de su resentimiento había que buscarlo en lo que sintió aquel día de verano de su decimoctavo año de vida cuando se dio cuenta de que Scott se estaba casando, de que le estaba diciendo "Sí, quiero" a un sacerdote en algún lugar lejano mientras miraba a los ojos a una mujer.

Hacía nueve años que no le veía, pero sin saber por qué siempre había dado por supuesto que acabaría casándose con ella. Después de todo no eran parientes de sangre, ¿verdad?

Diana ya podía admitir que se había casado con Wally Ryan un año después sólo para vengarse de Scott porque sabía que él también se enteraría de que se estaba casando.

A Wally se le daban muy bien la caza y la pesca, y estaba bronceado y tenía bigote, pero debajo de aquella fachada de macho se ocultaba una personalidad indecisa, atolondrada y con una veta de auténtica maldad, y todos los hombres con los que había intimado desde entonces eran como Wally. Cada vez que veía unos hombros anchos y unos ojos entrecerrados en los que brillaba una chispa de humor sarcástico Diana perdía la cabeza, pero cuando llegaba el inevitable momento de la ruptura ya se había hartado de todos y cada uno de ellos. Hacía dos años se enteró a través del abogado que tramitó el divorcio de que Wally había muerto en un accidente de coche por conducir borracho, y sólo sintió una leve tristeza compuesta en su mayor parte por compasión.

Le había dicho a los chicos que su padre había muerto. Scat había llorado y había pedido ver las viejas fotos de Wally, pero en cuanto hubieron pasado un par de días sus amigos y la escuela le habían distraído lo suficiente como para que dejase de lamentar la pérdida de un padre al que, después de todo, no había vuelto a ver desde que tenía seis años.

Oliver, en cambio, había parecido acoger la noticia con una extraña satisfacción, como si fuese lo que se merecía… ¿Por haberles abandonado? Probablemente, aunque había sido Diana quien tomó la iniciativa en lo del divorcio. Y el rendimiento escolar de Oliver, que había sido bueno hasta entonces, se volvió mediocre. Y había engordado.

Tendría que volver a casarse para que los chicos tuvieran un padre de verdad…, no una sucesión de Hanses.

Diana se pasó al otro lado de la cama y golpeó la almohada hasta que adoptó una forma más cómoda. Esperaba que Ozzie estuviese bien, y esperaba que la pierna en la que Scott se había clavado el cuchillo se estuviese curando.

Unos chicos habían construido una rampa con un tronco y un contra chapado de madera y estaban lanzándose sobre ella con sus bicicletas. Los más valientes tiraban del manillar hacia arriba cuando salían volando por el extremo, para moverse sobre la rueda trasera como si estuvieran montados en un monociclo durante unos segundos después de haber aterrizado. Scat les observó un rato, se subió a su bicicleta y dio un par de saltos por la rampa. En el último salto se incorporó sobre el sillín, tiró del manillar con todas sus fuerzas y acabó cayendo con bastante fuerza sobre la hierba, y vio cómo su bicicleta se alejaba dando tumbos sobre la hierba. Los otros chicos le aplaudieron.

Mientras tanto Oliver había trepado a la verja de alambre de la parte de atrás y estaba sentado sobre ella apuntando con su automática de plástico del 45 a cada jinete cuando surcaba los aires. Estaba pensando en los apodos. Cuando él y su hermano se trasladaron al norte de Las Vegas eran conocidos como los Chicos de Venus porque se habían mudado a la mitad de un dúplex en la avenida Venus. No había sido demasiado duro -también había un par de Chicos de Marte, la calle que estaba a cuatro manzanas en dirección norte-, pero aunque Scott había conservado el apodo que había tenido siempre – Scat, que no estaba nada mal-, Oliver no había tardado en ser conocido como Hardy porque estaba gordo.

Y eso no estaba bien incluso si le llamaban así porque le tenían miedo.

Algunos padres le tenían miedo o, por lo menos, no les caía demasiado bien. Le gustaba asustar a los adultos apareciendo de un salto delante de ellos para meterles su arma de juguete en la cara. El arma no era real y eso impedía que pudieran llegar a protestar de forma realmente seria,

especialmente después de que Oliver se riera y gritase algo como "¡Bang, estás muerto!".

Pero lo de que le llamaran Hardy era un mal asunto.

Últimamente habían empezado a llamarle Perro Mordedor, lo cual estaba bastante mejor. Un perro que pertenecía a uno de los chicos del barrio había sido encontrado muerto en la calle hacía un mes, y la suposición general era que el perro había sido envenenado. Cuando alguien le había preguntado a Oliver si lo había envenenado él Oliver desvió la mirada y dijo: "Bueno, era un perro que mordía". Tal como esperaba Oliver todo el mundo interpretó aquellas palabras como una confesión de que había sido él…, aunque en realidad no lo había hecho.

Había visto cómo Scat salía despedido por los aires al saltar de la rampa y durante un momento había tenido miedo…, pero cuando Scat se puso en pie sonriendo y se limpió el fondillo de los téjanos Oliver se relajó.

Los eslabones de alambre de la verja que había debajo de él chirriaron cuando se removió para adoptar una postura más cómoda. Oliver deseó tener el valor necesario para lanzarse por la rampa, pero era demasiado consciente de los huesos que había en sus brazos y sus piernas y en la base de su columna vertebral, y aparte de eso pesaba más que su hermano. Podía hacer cosas como trepar a esa verja, pero no servían para llamar mucho la atención.

Y, de todas formas, ¿qué clase de nombre era Oliver, y qué le importaba a él que su abuelo se llamara así? Probablemente a él tampoco le gustaba mucho, y no había que olvidar que no le veían nunca. No le parecía justo que el mero hecho de ser el mayor le obligara a cargar con ese nombre que daba pie a tantas bromas en tanto que su hermano pequeño obtenía el nombre de su tío…, al que tampoco veían nunca.

Estar a tanta distancia del suelo le permitió admitir ante sí mismo -pero, a pesar de la distancia, sólo de una forma muy tímida y discreta- que el nombre que habría deseado llevar era… Walter. No podía imaginarse cómo había ocurrido. Su padre no podía haber estado demasiado avergonzado de él desde el mismo instante en que nació, ¿verdad?

Tendría que haber llamado a su primogénito con su nombre, pero no había ocurrido así.

Uno de los cables que unían los eslabones de alambre al soporte se partió con un crujido, y los dedos de Oliver arañaron convulsivamente al

entramado metálico. Su rostro quedó cubierto de sudor en un instante, pero apenas estuvo seguro de que no iba a caerse volvió la mirada hacia la rampa. Por suerte ninguno de los chicos se había dado cuenta de lo ocurrido. Los chistes sobre cómo el gordo Hardy había roto la verja habrían circulado durante semanas. Oliver deslizó su pistola debajo del cinturón con una mano temblorosa y empezó a bajar lentamente por la verja.

Cuando volvió a pisar la solidez del suelo dejó escapar un suspiro, y tiró de su camiseta apartando la tela humedecida de su pecho y su estómago.

"Mañana escuela", pensó.

Deseó que ocurriera algo. Quería dejar de vivir la vida de un niño pequeño que estaba claro no servía para nada.

A veces contemplaba las terrazas superpuestas de nubes color rojo y oro que se extendían por el cielo todavía azul del crepúsculo y fingía que era capaz de ver un carro tirado por caballos, un objeto minúsculo perdido en aquella distancia inmensa que corría sobre los riscos de las nubes. Si algún día llegaba a ver algo semejante y si el carro bajaba del cielo y se posaba en aquel campo como si quisiera tomarse un respiro antes de volver a despegar hacia el reino de las nubes, Oliver sabía que echaría a correr sobre la hierba y subiría a él de un salto.

Pasaba horas y más horas jugando al Mario Brothers en su Nintendo conectado a la televisión de casa, y mientras empezaba a cruzar la franja de terreno cubierta de hierba pensó en los ladrillos invisibles que colgaban en la atmósfera del mundo de Mario sin que hubiese nada que los sostuviera. Si un jugador no sabía nada sobre los ladrillos haría que el pequeño Mario pasara corriendo junto a ellos, pero un jugador experimentado sabía que debía hacer saltar hacia arriba al hombrecillo en el lugar adecuado…, para que se golpeara la cabeza con lo que un momento antes parecía un vacío en el que sólo había aire pero que de repente era un ladrillo en el que había una seta reluciente. Atrapa la seta y has crecido de repente, y si era un lirio en vez de una seta y si lo atrapabas podías escupir bolas de fuego.

Oliver saltó hacia arriba. Nada, sólo el aire.

Mientras recorría el Strip en su Morris cubierto de polvo -e incluso aquella mañana mientras iba hacia el sur moviéndose por las aún no muy concurridas aceras avanzando bajo la sombra del casino Binion's Horseshoe -, el sombrero de plumas indio de Snayheever no había llamado mucho la atención. Snayheever lo había comprado por cinco dólares en la tienda de

souvenirs Bonanza al amanecer, y había salido del local llevándolo puesto y no se lo había quitado desde entonces, pero los adultos no empezaron a reírse, señalarle con el dedo y hacer sonar las bocinas mientras los niños gritaban y corrían como locos detrás de su coche hasta que el pequeño Morris llegó a las calles del norte de Las Vegas para avanzar muy despacio entre las hileras de pequeños complejos formados por casas y apartamentos de los suburbios que se extendían al oeste de la base que la Fuerza Aérea tenía en Nellis.

No había forma de evitarlo. Aquel día Snayheever tenía que llevar plumas.

Había poco tráfico. Snayheever miró a su alrededor y se fijó en que las palmeras proyectaban largas sombras sobre las aceras vacías. La gran mayoría de residentes que veía parecían ser personal de la Fuerza Aérea y tipos con aspecto de estudiantes que probablemente irían al Colegio Comunitario del Condado de Clark siguiéndole por Cheyenne.

Era su tercer recorrido por aquella parte de Cheyenne, y Snayheever torció hacia la derecha en el Centro Cívico, aunque un instante después de hacerlo pegó el coche a la acera y dejó el motor al ralentí para poder volver a comprobar sus cálculos.

Desplegó el mapa de la Asociación Automovilística Americana y resiguió con una uña muy sucia el trazo de lápiz que había dibujado sobre él.

Sí, no cabía duda. El perfil seguía pareciéndole un pájaro estilizado y lleno de ángulos, y Snayheever pensó que probablemente era un cuervo o un grajo. Normalmente dibujaba formas que estaban implícitas en las líneas de las carreteras, los ríos y las fronteras, pero aquel perfil de pájaro había sido impuesto a ellas.

Los puntos de los ángulos eran calles con nombres corno Luz de Luna, Niebla Lunar y Yegua. El extremo de la cola del pájaro lo formaban un par de calles llamadas Luz de Estrellas y Luz de Luna que corrían a lo largo de la 95 yendo hacia la base aérea de Indian Springs, y la punta del pico estaba formada por tres calles llamadas Brillo de Luna, Hechizo y Mirador de Estrellas que se encontraban en el extremo este de la ciudad, muy cerca del bulevar Lago Mead. La diagonal que uniese esos puntos contendría el ojo del pájaro y, naturalmente, Snayheever había descubierto un amasijo de calles en el punto adecuado una vez recorridas dos terceras partes de la

línea que llevaba hasta la punta del pico…, todo un barrio con calles que tenían nombres como Júpiter, Saturno, Marte, Cometa, Sol y Venus.

Estaba a sólo una manzana de aquel barrio.

Y, obviamente, Venus era la calle en la que tenía que vivir su madre.

Dejó caer el pie sobre el embrague, luchó con la palanca del cambio de marchas y volvió a avanzar. Torció hacia la izquierda cuando llegó a Venus.

Contempló la avenida Venus y vio un montón de dúplex y apartamentos de dos pisos.

Fue conduciendo lentamente por el centro del carril derecho avanzando en primera y entrecerrando los ojos para protegerlos de la ya cálida brisa que entraba por los cristales bajados. ¿Cómo sabría en qué casa vivía su madre? ¿Habría pistas visibles en las plantas que hubiera delante de ella, en la pintura, en…?

El número de la calle. Un dúplex tenía cuatro placas de madera descoloridas por la intemperie atornilladas en la pared de estuco que daba a la calle. Los números eran 1515, pero Snayheever los leyó como si fuesen letras.

ISIS.

Isis, la diosa egipcia de la luna.

Había encontrado la casa…, pero pasó de largo por delante de ella dejando caer el pie sobre el cuadradito de acero del acelerador y colocó la palanca del cambio de marchas en segunda porque no podía acercarse a su madre hoy.

Si establecía contacto con ella aquel domingo sería como…, como un rey que visita a otro rey trayendo consigo todo su ejército. Aquel día Snayheever era demasiado poderoso. Sería percibido como imperioso en vez de como deseaba ser percibido, es decir como…, como un humilde suplicante. Cierto, quizá tuviera que hacer algo un poco aparatoso para atraer su atención, pero jamás llegaría al extremo de presunción que supondría emplear el…, el protocolo; y en aquellos momentos la luna aún se encontraba en el lado nuevo aunque sólo fuese por muy poco, y su madre aún estaría en la mitad débil de su ciclo. Y, naturalmente, siempre era más débil durante el día, y sólo era realmente ella misma de noche. Por eso dormía durante el día.

Mañana por la noche -el lunes dos de abril- la luna estaría justo en su fase media.

Snayheever había descubierto aquel hecho tan valioso hacía sólo una hora en un periódico.

Entonces la abordaría.

Crane se irguió en el saco de dormir colocado sobre el suelo de la habitación del motel e intentó expulsar las imágenes del sueño de su cabeza.

Una punta de lanza oxidada y una copa de oro. ¿Dónde las había visto Crane antes? ¿Colgando de unos alambres sobre un sillón hacía ya mucho tiempo en un…, en un sitio que había sido su hogar? El recuerdo hizo que le doliera el ojo de plástico, y Crane no lamentó el no poder seguirle la pista hasta llegar a su origen. En aquel último e inconexo fragmento del sueño los dos objetos estaban colocados con aparente reverencia sobre un fieltro verde que cubría un baúl. La luz que caía sobre ellos era roja, azul y dorada, como si se filtrase a través de cristales pintados.

Crane tenía la boca seca, pero le pareció captar el sabor de… ¿Qué? Sí, un vino blanco seco. Un Chardonnay.

El aparato de aire acondicionado rugía y la habitación estaba bastante fría. Había claridad blanca al otro lado de las cortinas, pero Crane no tenía ni idea de qué hora podía ser. Después de todo estaban en Las Vegas; podía ser medianoche y toda la luz del exterior podía ser artificial.

Suspiró y se frotó el rostro con manos temblorosas.

Otra vez.

Había vuelto a soñar con la partida en el lago.

Y en esta ocasión se encontraba tan agotado -había pasado cuarenta y ocho horas sin dormir- que no había podido huir del sueño y despertar cuando los dos rostros inmensos que llenaban la noche por debajo de él abrieron el desfiladero que tenían por boca y le aspiraron hacia sus profundidades como si fuese una voluta de humo.

Crane deslizó la mano por el interior de su saco de dormir, y le alegró comprobar que no había perdido el control de su vejiga durante aquella parte del sueño.

Se había precipitado por el abismo de aquella boca iluminada por la luna cayendo en espirales sin poder detenerse, y había bajado por la garganta hasta llegar a la oscuridad, y unos instantes después se había encontrado a una gran profundidad bajo las aguas del lago.

Había cosas que se movían muy por debajo de él, siluetas inmensas que no podía ver y que de todas maneras no tenían ninguna forma definida, pero las vibraciones que emitían hicieron que las imágenes se desprendieran de los muros de su mente y la invadieran, de la misma forma que una sucesión de terremotos podría arrancar acordes a las cuerdas de un piano y expresarse a sí mismos gracias a ello, aunque hubiese una gran distancia entre aquellos sonidos y lo que realmente eran. … vio a su auténtico padre, cansado y viejo, vestido con un manto de armiño rojo y un sombrero que parecía un ocho puesto horizontal sentado a una mesa al borde de un acantilado lamido por las olas, y sobre la mesa había un círculo compuesto por montoncitos de monedas, y un cuchillo, y algo ensangrentado que podría haber sido un globo ocular… … y vio el Buick del cuarenta y siete de su verdadero padre, tan reluciente y nuevo como lo recordaba, siendo arrastrado sobre el pavimento iridiscente de una calle mojada por la lluvia por dos criaturas sujetas a arneses que tenían cuerpo de caballo y cabeza de hombre; … y vio a Diana, su hermana adoptiva, coronada con una tiara en forma de creciente lunar que contenía un disco solar, vestida con lo que parecía el atuendo de un papa y rodeada de perros que aullaban a la luna… … y se vio a sí mismo entre las hojas que formaban los brazos de una guirnalda ovalada, congelado en un instante de la carrera con una pierna doblada, y alrededor de la guirnalda había un ángel, un toro, un león y un águila, y después la perspectiva cambió y la silueta que era él mismo quedó cabeza abajo colgando de la pierna recta mientras la gravedad doblaba la otra… … y vio decenas de figuras. Arky Mavranos que se alejaba a través del desierto llevando bajo el brazo un manojo de espadas tan largas como un palo de camilla; al viejo Ozzy inmóvil sobre una colina arenosa apoyándose en una sola espada; a Susan, la muerta que había sido esposa de Crane, colgando de una rama de un árbol muerto junto a lo que parecía ser una cesta llena de tapacubos… … y vio una cabeza de querubín alada y sin cuerpo atravesada de parte a parte por dos varillas o bastones que parecían ser de metal.

El único ojo del querubín clavó su mirada en el único ojo de Crane, y Crane gritó e intentó echar a correr, pero sus músculos se negaban a funcionar; no podía darse la vuelta, y ni siquiera podía cerrar los ojos. Apenas había luz y no podía respirar; él y el querubín se encontraban a una gran profundidad por debajo del agua, escondidos del sol y de la luna y de

las estrellas y de la silueta que bailaba sobre los acantilados lejanos, y Crane gimió porque temía que la criatura abriese su boca y hablara, pues sabía que tendría que hacer lo que le ordenase.

Después de aquella parte el sueño se había vuelto trivial e insoportablemente repetitivo. Crane había tenido la impresión de hallarse en una inmensa piscina subterránea natural desprovista de aire e intentó encontrar un pozo por el que pudiera nadar hasta la superficie, y había un montón de pozos, pero cada vez que lograba llegar hasta la superficie de uno de ellos nadando y pataleando para emerger entre burbujas descubría que estaba en la casa de otra persona -un cigarrillo puesto en un cenicero desprendía humo, o había ropa limpia colocada sobre el respaldo de una silla y el agua salía de la ducha-, y la alarmante idea de que estaba atrapado en la casa de otra persona hacía que Crane tuviera que volver a sumergirse una y otra vez permitiendo que el aire escapara de sus pulmones para impulsarse con los pies hasta llegar de nuevo a la oscuridad del estanque común que se encontraba debajo de todos los pozos. La implacable repetición de aquella huida condenada al fracaso había acabado despertándole, y Crane se encontró contemplando el plástico blanco del detector de humos colocado en el sucio techo del motel.

La última casa del sueño había sido aquella donde la copa y la punta de lanza reposaban en un charco de claridad solar manchada de colores encima del fieltro verde.

Crane ni siquiera había necesitado tocarlas para saber que no estaban allí, que aquel no era su sitio y que la única razón de que estuviesen delante de él incluso en aquella forma ilusoria era que en el momento actual no había ningún sitio al que pertenecieran realmente.

Crane volvió la cabeza hacia el reloj digital que había sobre la mesilla de noche. Eran las dos y treinta y ocho minutos de la tarde, y encima de la mesilla había una nota con una lata de Coors sujetándola para impedir que la brisa del aparato de aire acondicionado la hiciese salir volando.

Crane recordó que él, Ozzie y Mavranos se habían registrado en aquel motel sobre las seis y media de la mañana. Se acordó de que el motel era un pequeño complejo de diez unidades en algún sitio más allá de la Costa Dorada, y de que estaba en el lado equivocado de la 1-15 y de que habían necesitado una "impresión de tarjeta de crédito" para conseguir una habitación. Crane tenía dos Visa en su cartera, una a nombre de Scott Crane

y otra a nombre de Susan Iverson-Crane, y Ozzie le había obligado a utilizar la de Susan para evitar el que pudieran ser localizados por alguien que examinara los listados buscando Crane, Scott.

Crane y Mavranos habían dejado que el anciano se quedara con la cama y habían cogido un par de sacos de dormir de la Suburban para ellos.

Crane salió de su saco de dormir con una contorsión, y la punzada de dolor que recorrió su pierna vendada le hizo torcer el gesto.

Algo andaba mal. ¿Qué?

Intentó recordar todos los acontecimientos de las últimas cuarenta y ocho horas.

"Gardena -pensó-, y Baker, con ese chaval tan raro que jugaba al Adelante Pez, y la cerveza que me tomé a escondidas en la camioneta…, el Whiskey Pete, y la cerveza y el bourbon que me bebí cuando dije que iba al lavabo de caballeros…, aquella camioneta, el hombre del cabello ondulado y la voz educada, y su amigo Max que tenía un arma…, las calles del extremo sur, y una maldita docena de supermercados y en ninguno tenían una empleada que se llamase Diana…"

Nada de todo aquello resultaba particularmente tranquilizador, pero tampoco había nada que pareciese justificar un grado de temor como el que le estaba acelerando el pulso y le había cubierto la cara de un sudor frío. Crane tuvo la sensación de que se le había pasado por alto alguna cosa, de que no había logrado acordarse de algo y deque una persona que dependía de él estaba… asustada, a solas con gente malvada, sintiendo dolor.

Causado por mí.

Cogió la nota. Estaba escrita con bolígrafo sobre un trozo de una bolsa de papel de las que daban en los supermercados.

Arky y yo hemos ido a echar un vistazo por un par de casinos -decía-. Nos pareció que no te iría mal un poco más de sueño. Regresaremos sobre las cuatro. Oz.

Crane volvió la mirada hacia el teléfono, y pasado un instante se dio cuenta de que su mano abierta se había quedado inmóvil sobre el instrumento. "¿Qué es esto? – se preguntó sintiendo un poco de inquietud-. ¿Quieres llamar a alguien o estás esperando una llamada?"

Tenía la boca seca, y el corazón le latía a toda velocidad.

Un Porsche blanco entró en el aparcamiento del motel.

Al Funo bajó del coche y lanzó una mirada entre perpleja y pensativa a la hilera de ventanas y puertas. Cada puerta era de un color distinto, pero siempre chillón. "Pobre viejo Crane -pensó-. ¿Éste es el tipo de sitio en el que se aloja cuando está en Las Vegas?"

Se subió las gafas de sol hasta que rozaron su cabellera de un rubio pajizo meticulosamente recortada por el peluquero, y cruzó el aparcamiento en dirección al registro. Sabía que tendría que acercarse a Crane con un poco más de cautela que en la ocasión anterior. La bala a través del parabrisas o alguna otra cosa parecían haberle asustado lo suficiente como para impulsarle a adoptar unas cuantas precauciones elementales, y si Funo no se hubiera tomado la molestia de utilizar un número de identificación de una joyería para obtener los detalles del expediente de crédito de Crane de la TRW, jamás se habría enterado de que había utilizado la tarjeta a nombre de Iverson-Crane.

Unas campanillas suspendidas de unos alambres tintinearon cuando abrió la puerta del registro y entró en la penumbra enfriada por el aparato de aire acondicionado. El suelo estaba cubierto por una reluciente capa de linóleo verde, y dejando aparte un expositor con folletos y talonarios de cupones para turistas el sofá de vinilo verde era el único mueble de la habitación.

"Esto no tiene ni la más mínima clase", pensó Funo con tristeza.

Una mujer de cabellos blancos salió del despachito que había en la parte de atrás, y Funo le sonrió con sincero afecto.

–Hola. Querría una habitación, por favor…, probablemente sólo para una noche.

Funo empezó a rellenar el impreso.

–Se supone que un amigo mío también se aloja aquí -dijo mientras escribía-.

Crane, Scott Crane… Tuvimos que venir por separado. No conseguí que me dieran el día de permiso extra.

–Claro -dijo la anciana-. Crane. Un tipo de unos cuarenta años con dos amigos, uno con bigote y el otro realmente viejo. Están en la seis, pero se fueron hace un rato. – ¿En su camioneta roja?

–No, era un trasto azul bastante grande, una especie de cruce entre una camioneta y un jeep. – Bostezó-. Podría ponerle al lado de ellos, en la cinco o en la siete.

–Eh, eso sería magnífico, gracias. Je, je… Escuche, no les diga que estoy aquí, ¿de acuerdo? Quiero darles una sorpresa.

La mujer se encogió de hombros.

Funo le entregó su MasterCard en vez de su American Express porque sabía que telefonearía para comprobar si la tarjeta era válida ya que había localizado a Crane mediante la entidad emisora. Aquel asunto estaba empezando a resultar caro tanto en términos de dinero gastado como de horas de trabajo desperdiciadas. Funo se preguntó si habría alguna forma de compensar esa pérdida y sacarlo de la categoría de la automisión para que le proporcionara algún beneficio. Pensó en el Jag gris, y en el número de teléfono que había obtenido junto con los datos del registro de la matrícula de Nevada del Jag. Aquel gordo que lo conducía andaba detrás de algo, y parecía tener dinero… Pero ¿qué era lo que andaba buscando?

Cuando firmó el impreso Funo se dio cuenta de la fecha: 1/4/90, el Día de los Tontos de Abril.

Eso le molestó. La fecha parecía burlarse de lo que estaba haciendo, y conseguía que el mismo Funo pareciese insignificante.

Contempló a la anciana hasta que ésta alzó la mirada, y después la obsequió con un guiño y su mejor sonrisa de buen chico.

La mujer siguió mirándole como si Funo fuese una mancha en la pared, una mancha que podía parecerse a una persona si entrecerrabas los ojos y la observabas desde cierto ángulo.

Funo se alegró de haber firmado el impreso, porque le habían empezado a temblar las manos.

Mavranos sacó la Suburban de la estructura de varios niveles del aparcamiento que había detrás del Flamingo y la llevó por la espaciosa calzada en dirección al Strip dejando atrás la parada de taxis y la zona de carga. La hizo pasar bastante despacio por encima de las protuberancias que servían para impedir que se pudiera acelerar demasiado, pero aun así el vehículo tembló y crujió mientras escalaba las franjas de asfalto que sobresalían del suelo, y el hielo se agitó y chapoteó dentro de la nevera. Cuando llegó a la calle vio que el Strip se hallaba despejado en un tramo de unos cien metros en ambas direcciones, y torció a la izquierda con tan pocos problemas como lo habría hecho en un tranquilo suburbio del Medio Oeste. – ¿Cuáles son las probabilidades de que ocurra eso? – le preguntó a

Ozzie obligándose a entrecerrar los ojos y no sonreír-. Me refiero a torcer a la izquierda con tanta facilidad delante del Flamingo…

–Cristo -gimió el anciano-, estás buscando grandes olas estadísticas, ¿de acuerdo?

Si empiezas a buscar…, no sé, números de matrículas o dos señoras gordas que llevan los mismos pantalones cortos estampados con flores no…

Mavranos se rió. – ¡Te estoy tomando el pelo, Oz! Pero te juro que cuando estábamos allí hubo un par de cosas que me parecieron significativas.

Habían estado observando una partida de dados en el Flamingo durante un rato, habían cruzado la calle para detectar pautas en el tintineo y los chasquidos de las máquinas tragaperras del Caesars Palace y después habían anotado cien números consecutivos que habían salido en una ruleta del Mirage. En dos ocasiones -una cuando cruzaba la calle hacia el oeste y otra cuando la cruzaba hacia el este- Mavranos había oído simultáneamente un bocinazo y un ladrido, y había alzado los ojos para ver el cegador destello del sol reflejándose en un parabrisas con el resultado de que durante el medio minuto siguiente había visto una bola de color rojo oscuro mirara donde mirase, y en el Caesars tres desconocidos distintos habían murmurado "Siete" cuando pasaron junto a él. Mavranos le había preguntado excitadamente a Ozzie si aquellas coincidencias podían significar algo, y el anciano las había desdeñado todas con una mueca de impaciencia.

Mavranos detuvo la Suburban delante de un semáforo rojo en el carril de giro a la derecha de la señal de tráfico del Flamingo, sacó de su bolsillo la lista donde habían anotado los números de ruleta y los contempló.

–El semáforo está verde -dijo Ozzie pasados unos momentos.

–Cómo necesito una copa… -dijo Mavranos con voz pensativa.

Sacó el pie del freno e hizo girar el volante, pero no apartó los ojos de la lista. – ¡Vigila la calzada! – dijo secamente Ozzie-. Tienes una cerveza entre las rodillas, como de costumbre y, francamente, creo que bebes demasiado.

–No -dijo Mavranos-. Me refería a pi. ¿Sabes qué es pi?

Ozzie le estaba mirando fijamente. – ¿Ahora quieres un pastel en vez de una copa? Demonios, ¿qué clase de pastel quieres? ¿Es que no puedes…?

Mavranos pasó la lista al anciano, concentró su atención en el tráfico y pisó el acelerador.

–Toma. Pi es la relación existente entre la circunferencia de un círculo y su diámetro, ¿lo sabías? Pi por el radio al cuadrado, supongo que lo habrás oído decir alguna vez… Pi es lo que llaman un número irracional, tres y una ristra de números infinitamente larga detrás de la coma decimal. Bueno, hay una frase que te aprendes de memoria…, un truco mnemónico que sirve para recordar los números de pi hasta…, creo que hasta doce decimales. Lo leí en un libro de Rudy Rucker. Empieza así: "Cómo necesito una copa…"

Tres, uno, cuatro, uno, cinco, ¿lo entiendes? El número de letras que hay en cada palabra…, pero no consigo recordar el resto de la frase mnemónica.

Acababan de entrar en la 1-15. Ozzie entrecerró los ojos intentando ver algo a través del polvo que cubría el parabrisas y señaló hacia delante.

–Eso que hay a la derecha es nuestro motel, así que procura no pasar de largo por delante del acceso. Arquímedes, me temo que no te estoy siguiendo… -¿Ves esos números de la ruleta? Tres, uno, cuatro, quince…, ahí, hacia la mitad de la lista. Mira el papel, ya veo por dónde voy. ¿Qué números vienen después?

–Eh… Nueve, veintiséis, cinco, treinta y cinco, ocho…

Mavranos giró hacia el aparcamiento, detuvo la Suburban cerca de su habitación y apagó el motor.

–Sí -dijo-. Estoy casi seguro de que es pi. Bueno, eso tiene que significar algo, ¿no? ¿Crees que una maldita ruleta puede soltarte el número pi sólo porque le apetece sin que eso tenga ningún significado? Me pregunto qué números salieron en las otras mesas… La raíz cuadrada de dos, supongo, o la raíz cuadrada de menos uno.

Ozzie tiró de la manija, abrió la puerta y bajó cautelosamente del asiento poniendo los pies sobre el pavimento recalentado.

–No lo sé -dijo frunciendo el ceño después de que Mavranos hubiera cerrado su puerta y hubiera caminado alrededor de la Suburban-. Supongo que si esos números son eso que tú dices ha de significar algo…, pero me parece que no es lo que andas buscando. Esto es algo distinto. Está ocurriendo otra cosa que…

Un joven elegante y con aspecto de deportista estaba sacando una bolsa de viaje del asiento trasero de un Porsche blanco que ocupaba la plaza de aparcamiento contigua. El joven se esforzaba por no mirarles, y no se dio cuenta de que Ozzie había dado un paso hacia adelante y golpeó al anciano

en la espinilla con su bolsa cuando acabó de sacarla del pequeño vehículo en el que había llegado y la hizo girar.

–Tenga más cuidado -dijo Ozzie con irritación.

El joven murmuró algo ininteligible, fue rápidamente hacia la puerta de la habitación número siete y metió la llave en la cerradura haciendo bastante ruido.

–Esta maldita ciudad está llena de zombies -observó Ozzie volviéndose hacia Mavranos.

Mavranos se preguntó si su vecino habría oído la observación. Un instante después el joven estaba dentro de su habitación y había cerrado la puerta dando un ruidoso portazo.

"Supongo que la ha oído", pensó Mavranos.

Un viento procedente de las escarpadas cimas de las Montañas Virgen soplaba del sureste agitando las flores amarillas que cubrían los kilómetros de desfiladero y haciendo ondular la inmensa masa de agua azul oscuro del Lago Mead. Los turistas luchaban con las embarcaciones que habían alquilado en el Círculo de Recreo Mead, y la gasolina era un perfume volátil que flotaba en la brisa y convertía en un arco iris la superficie del agua alrededor de los atracaderos y las pasarelas.

Ray-Joe Pogue aceleró su motora hasta que sólo la popa estuvo dentro del agua y recorrió cien metros a toda velocidad alejándose del colmado del embarcadero y la tienda de cebos, pero las olas levantadas por el viento hacían que el lago estuviera más agitado en aquella zona y después de unos segundos de bambolearse sobre la funda del asiento quitó el pie del acelerador y permitió que la motora alquilada se meciera en el agua bajo el vacío azul del cielo.

Pogue entrecerró los ojos disfrutando del repentino silencio relativo, y contempló la multitud de islas esparcidas sobre las aguas y los confines de la costa de la Cuenca Boulder. Era tarde de domingo y había un montón de embarcaciones en el lago, pero Pogue estaba seguro de que no tendría ningún problema para encontrar una playa aislada donde pudiese sumergir la cabeza. La caja metálica había salido despedida del asiento a causa de las sacudidas y yacía en el suelo a su lado. Pogue la cogió manejándola con mucha delicadeza, volvió a dejarla sobre el asiento y colocó el rollo de cuerda encima de ella.

La cabeza que había dentro de la caja metálica…

Pogue había matado a varias personas y eso nunca le había inquietado, por lo que le sorprendía lo mucho que le había dolido tener que matar a Max. Se encontraba tan desorientado como si estuviese sufriendo una resaca bastante grave, y cada vez que miraba la caja se sentía nervioso e incómodo.

Conoció a Max en la secundaria -Max estuvo enamorado durante un tiempo de Nardie, la media hermana asiática de Pogue-, y él y Max habían pasado años preparándose para el verano del año de las elecciones, aquel cambio de rey que se producía una vez cada dos décadas. Max tendría que haber sido su… ¿Su quién? ¿Su Merlín, su Lancelot, su Gawain? Pero anoche -después de que no hubieran logrado encontrar el misterioso autobús en la 1-15- Pogue le había ordenado que detuviera la furgoneta y que bajase de ella, y después disparó su escopeta del 12 contra la espalda de Max.

El viento frío acariciaba su rostro y los rayos del sol caían sobre él. Pogue se estremeció y evitó mirar la caja. Curvó los dedos sobre la borda recubierta de plástico blanco de la motora y escrutó las aguas.

No había tenido elección. En circunstancias ideales Pogue no se habría visto obligado a llevar a cabo aquel viejo ritual sacado del culto al Adonis fenicio, pero el número de incertidumbres existente en aquellos momentos era demasiado elevado. Un jack había logrado pasar junto a él en la autopista sin que lo hubiese detectado, y había algo sospechoso en aquellos tres tipos -el pirata, el anciano y el retrasado mental- que viajaban en la Suburban azul cubierta de cintas y demás objetos; y no conseguía establecer conexión con Nardie Dinh. Llevaba meses sin poder captar ninguno de sus sueños. ¿Cómo infiernos se las arreglaba para no soñar? ¿Existiría alguna droga capaz de suprimir los sueños?

Tenía que dar con ella, y antes de Pascua. Era su media hermana, y eso la convertía en la única mujer que podía representar a la diosa de la luna siendo su reina. Todos los dioses y reyes de la fertilidad se emparejaban con mujeres que eran sus hermanas en algún aspecto u otro -Tammuz y Belili, Osiris e Isis, incluso Arturo y Morgan Le Fay-, y Pogue creyó que había conseguido quebrantar su voluntad durante el mes de confinamiento en aquella casa de masajes cercana a Tonopa. La dieta a la que la había sometido, los rituales con sangre, la habitación con los veintidós cuadros…, la había adiestrado concienzudamente para que asumiera su divinidad y

cuando creía que era la sonámbula destrozada que deseaba obtener Nardie había acuchillado a la madame de la casa, había robado un coche y había huido a Las Vegas…, y después de eso ya ni siquiera soñaba.

Pogue alzó la mirada, y sus ojos entrecerrados fueron más allá de las olas y acabaron posándose en una islita rocosa que se encontraba a unos tres kilómetros de distancia.

Después echó un vistazo a su mapa del Lago Mead, que estaba doblado de tal forma que mostrara la Cuenca Boulder. La Isla del Muerto, así se llamaba. Sonaba adecuado.

Hizo girar el volante y pisó el acelerador. La aceleración le echó hacia atrás y cuando enderezó la motora sacándola del giro el viento hizo que la cola de espuma saliera despedida por delante de él, y pesados goterones de agua le aguijonearon el rostro e hicieron caer unos cuantos mechones negros sobre su frente.

Pogue sacó el peine del bolsillo mientras conducía la motora con una sola mano y volvió a colocar los mechones allí donde debían estar. Desde aquel momento hasta que llegase la Pascua la perfección física iba a ser absolutamente esencial.

El hombre que se adueña del trono no puede tener ningún defecto.

Contorneó la isla acelerando y frenando la motora varias veces, y cuando llegó al otro lado encontró una playita rocosa en la que no había excursionistas. Se acercó lo más posible a tierra firme y arrojó al agua el bloque de cemento que servía como ancla.

Cogió la caja de mala gana, trepó sobre la borda y empezó a vadear las frías aguas del lago sosteniendo la caja encima de su cabeza.

En la Alejandría de la antigüedad los fenicios habían representado la muerte anual de Tammuz arrojando una cabeza de papiro al mar, y siete días después y de forma invariable la corriente del verano dejaba la cabeza en Biblos donde se la pescaba de las aguas y se celebraba la resurrección del dios. Durante los días que la cabeza pasaba en el mar la situación, la identidad e incluso la existencia del dios de la fertilidad no estaban muy claras.

Las dos semanas próximas -desde el Día de los Tontos de Abril hasta Pascua- sería el período más peligroso de aquel ciclo, y Pogue estaba decidido a que fuese su cabeza -simbólicamente- la que sería sacada de las aguas el Domingo de Pascua.

La cabeza cercenada del pobre Max llevaba las Ray-Ban de Pogue y una de sus corbatas estaba anudada alrededor del muñón y, naturalmente, Max había compartido las restricciones alimenticias de Pogue y Nardie. No había comido carne roja o alimentos que hubieran sido cocinados en una sartén de hierro, y no había bebido alcohol. Ésa era la razón por la que Pogue no podía limitarse a decapitar un turista escogido al azar. La cabeza tenía que ser la representación más cercana posible a la cabeza del propio Pogue.

Le temblaban las manos. Sintió el deseo de abrir la caja y volver a hacer el nudo de la corbata. Max nunca había aprendido a hacerse el nudo de la corbata, y Pogue podía recordar por lo menos una docena de ocasiones en las que Max había acudido a él con una corbata en la mano y Pogue había tenido que ponérsela y luego se había aflojado el nudo, se la había quitado pasándosela por encima de la cabeza y se la había dado a su amigo.

"Esta mañana le hice el nudo de la corbata junto a la autopista de Boulder -pensó Pogue -. Ya no volveré a poder hacerle ese favor."

Tensó las mandíbulas y tragó una honda bocanada de aire.

"Cristo -se dijo-, olvídalo de una vez. Echa la caja al agua y ata el otro extremo de la cuerda a algún sitio en el que ningún maldito turista borracho pueda encontrarla durante las dos semanas próximas, y lárgate de aquí lo más deprisa posible."

Miró a su alrededor contemplando las rocas y los matorrales de manzanita que le rodeaban buscando un buen sitio, y se fijó en la bandada de golondrinas que revoloteaba sobre el lago.

Pogue suponía que eran golondrinas. Tenían la forma de volar veloz y muy individualista de esas aves, desde luego…, pero había algo raro en sus alas; y un instante después Pogue se dio cuenta de que había muchas más bandadas a mayor distancia. Se hizo sombra en los ojos para observar a las criaturas voladoras.

Y sintió que se le helaba el estómago, y un sudor frío le cubrió la frente.

Eran murciélagos.

"Murciélagos -pensó sin poder creer en lo que estaba viendo-. Pero los murciélagos nunca salen durante el día." ¿Qué les pasaba? ¿Estaban locos, tendrían la rabia? ¿Qué estaba ocurriendo?

"Vienen hacia aquí. Hacia esta islita, y mire donde mire hay montones de ellos…"

Pogue corrió hasta un grupo de rocas y arrojó la caja de metal reluciente al agua. La caja se hundió con un chapoteo mientras Pogue ataba el extremo de la cuerda a una roca medio sumergida.

Y un instante después las sombras empezaron a girar alrededor de sus pies como manchitas delante de sus ojos. Los murciélagos trazaban círculos a poca altura y no hacían ningún ruido aparte del batir de aquellas alas que parecían de cuero, y seguían llegando más de todas partes. El vendaval creado por su aletear le revolvió la cabellera.

Pogue alzó la mirada y se horrorizó. Los diminutos rostros peludos y llenos de dientes pasaban velozmente sobre él, los ojos redondos y brillantes le estaban mirando.

Algo había empezado a moverse en el agua haciendo mucho ruido, y el pánico hizo que Pogue volviese la cabeza en la dirección de la que llegaba el chapoteo.

El agua del lago estaba hirviendo allí donde había arrojado la caja y un instante después ocurrió algo imposible: la pesada caja metálica emergió a la superficie y el cubo de metal reluciente giró en la turbulencia.

"El lago la está rechazando -pensó Pogue-. ¿Qué la ha sacado del fondo? ¿Un montón de peces o es que la mismísima agua ha alterado su densidad para no contener la cabeza?"

El estrépito de las alas de los murciélagos era más potente y sonaba más cercano, y Pogue creyó poder olerlos. Olían como la muerte.

"Olvídate de todo y corre -dijo-. Te han vencido."

Devolvió la caja a la playa con una mano mientras intentaba contener los sollozos de miedo y perplejidad que querían salir de su garganta, y se protegió el rostro de los murciélagos con la otra. Pogue cruzó la playa en una tambaleante carrera con la reluciente caja metálica que goteaba agua colgando de su puño y avanzó chapoteando hacia la motora.

Arrojó la caja sobre el asiento, trepó a bordo y movió la palanca del cambio de marchas haciendo que el enorme motor de coche que había debajo del capó de plexiglás empezara a funcionar con un ruido ensordecedor. Los murciélagos parecían haber ganado altura, y cuando hizo girar el volante y puso la primera para que la motora surcase las aguas a toda velocidad alejándose de la islita no le siguieron. Las bandadas de murciélagos se disgregaron y empezaron a dispersarse por el cielo.

Puso el motor en punto muerto, y se quedó inmóvil jadeando y temblando en la motora repentinamente detenida observando cómo las criaturas se dispersaban para volver a las cavernas de la montaña dentro de las que habrían permanecido hasta el crepúsculo si el día no hubiese enloquecido de forma tan inexplicable.

Por primera vez desde aquel día en la biblioteca de la escuela en que comprendió la naturaleza del reino místico de Occidente, Pogue deseó poder quebrantar la dieta y beber alcohol hasta pillar una buena borrachera.

Volvió a poner la primera pasado un rato, y fue hacia los atracaderos de Lago Mead avanzando todo lo despacio que le permitía el no muy preciso sistema del cambio de marchas. Su hermoso rostro de estatua clásica estaba cubierto de lágrimas y sudor.

"He matado a Max para nada -pensó con abatimiento-. El sacrificio fue rechazado…, igual que el de Caín. ¿Cómo puede haber ocurrido algo así? ¿Me habré descalificado a mí mismo por haber matado a Max? No, los reyes de la antigüedad hicieron cosas mucho peores… ¿Tendría que haber esperado o haberlo hecho antes? ¿Será que ya hay una cabeza de rey en el fondo del Lago Mead y eso no deja espacio psíquico para otra?"

Cuando llegó al atracadero en el que había alquilado la motora ya casi había conseguido disipar la mezcla de sensación de pérdida y desesperanza que se había adueñado de él.

"Todavía puedo llegar a ser rey -se dijo mientras reducía la velocidad y llevaba la motora hacia el atestado embarcadero-. Pero he de encontrar a mi maldita media hermana…, he de encontrar a Nardie Dinh."

El sol que empezaba a descender por el oeste hacía que el color anaranjado de las cortinas del motel pareciese más intenso. Crane barajó la frágil baraja y repartió sobre la cama cinco cartas para él, cinco para Ozzie y cinco para Mavranos. Era demasiado temprano para volver a iniciar la ronda de visitas a los supermercados, y Ozzie había prohibido cualquier tipo de contacto con cartas de verdad, por lo que Mavranos había ido a la Suburban y había regresado con una baraja infantil de Ochos Locos que obtuvo en una hamburguesería de la cadena Cari Jr.

Cada carta mostraba un dibujo estilizado de un animal hecho con colores chillones, y a medida que la partida progresaba y las cartas se iban amontonando boca arriba la selección de aves sonrientes y bestias esparcida sobre la colcha del motel hizo sonreír a Mavranos.

–Sabéis por qué nadie podía jugar a cartas en el Arca, ¿verdad? –preguntó.

Crane puso los ojos en blanco, pero Ozzie le lanzó una mirada de suspicacia.

–No -dijo el anciano-, ¿por qué? Mavranos tomó un sorbo de cerveza.

–Porque Noé no quería dar mal ejemplo a sus parejitas.

Un trueno de verano que no anunciaba lluvia retumbó sobre la cordillera McCullough, muy al sur de allí.

"Oh, no exageres -pensó Crane-. Cualquiera diría que es la primera vez que oyes ese chiste…"

19

Un hombre delgado que espera el momento de aparecer El micrómetro hacía pensar en una minúscula llave inglesa fabricada para un mecánico cuya meticulosidad rayaba en la locura, y su reluciente precisión parecía fuera de lugar entre las bandejas de fichas, las sumadoras y los escritorios llenos de quemaduras de cigarrillo de la abarrotada oficina del casino. Nardie Dinh alzó obedientemente la herramienta hacia la luz del fluorescente y leyó el número que había sobre la curvatura metálica del mango.

–Éste también es bueno -le dijo al jefe de sala que la observaba con el ceño fruncido.

Dinh desenroscó la tuerca de la base y liberó el segundo dado del par que le había traído el jefe de sala.

Sostuvo el cubo traslúcido de color rojo delante de su cara y contempló las diminutas y casi invisibles iniciales que había arañado en la cara del uno. Después le dio la vuelta y encontró el símbolo lunar microscópico que había tallado delicadamente en la cara del seis. Las dos marcas no habían cambiado en lo más mínimo desde la medianoche, naturalmente, el momento en el que Dinh había iniciado su turno como encargada nocturna del Casino Tiara.

Dejó el cubo rojo y el micrómetro sobre la mesa y se limpió distraídamente las manos.

–Son buenos -le dijo secamente al jefe de sala-. No los ha cambiado por sus propios dados.

–Bueno, entonces ¿cómo puede sacar tantos "ojos de serpiente"? El encargado de la mesa dice que los ha estado haciendo rodar de la manera correcta, y que los hace rebotar en el otro extremo de la mesa cada vez que tira.

"Porque cuando puse mi marca anoche en los dados les pregunté a las mesas si me saldría con la mía -pensó Dinh -, y los ojos de serpiente quieren decir "Sí, siempre que no haya nadie más involucrado"." -No lo sé, Charlie. – dijo Dinh. Su último café aún estaba demasiado caliente para beberlo, y Dinh alzó el vaso de plástico y aspiró el vapor tonificante que salía de él-. ¿Está apostando al dos o a lo que salga?

Charlie meneó la cabeza.

–No, está perdiendo. Juega al paso con fichas de dólar, pero otras personas están empezando a jugar esas apuestas y alguna de ellas podría trabajar en equipo con él.

–Tiene que ser casualidad -dijo Dinh-, pero abriremos un paquete de dados recién llegados de la fábrica, los marcaré y retiraremos todos los dados que se están utilizando.

"Y esta vez no le haré ninguna pregunta a las mesas", pensó.

Charlie puso cara de desconcierto. – ¿Todos los dados?

–Es posible que esa última remesa tuviera algún defecto. Prefiero pecar por exceso de precaución.

Charlie se encogió de hombros.

–Tú mandas.

Charlie salió de la oficina para ir a buscar los dados, y Dinh se puso en pie y se estiró.

Había solicitado aquel empleo porque el Tiara quizá fuese el último casino de la ciudad en el que se seguía fiel a la costumbre de que los encargados de cada turno marcaran los dados con sus iniciales, y Dinh estaba tan estrechamente alineada con la luna que en varias ocasiones poner su marca lunar en los dados le había permitido obtener respuestas de aquellos cubos diminutos.

Pero ésta era la primera vez en que la respuesta había sido lo suficientemente evidente como para atraer la atención de otras personas. "Supongo que si les preguntara alguna cosa la semana que viene cuando la luna esté llena cada par de dados del casino daría la misma puntuación una y otra vez", pensó Dinh.

Volvió a estirarse, levantó los codos y se dio masaje en sus delgados hombros. "Han pasado cuatro horas desde que aparqué el taxi y me quité el uniforme -pensó-, y sigo teniendo la sensación de estar sentada detrás del volante. Ver llegar el amanecer y poder salir de aquí para volver a la tranquilidad de Henderson será un auténtico placer."

Como empleo diurno había encontrado una pequeña agencia de seguros en Henderson que necesitaba una persona que llevara la contabilidad. Cuando el sol brillaba en el cielo Dinh casi siempre se encontraba bastante adormilada, y que sólo se le exigiera sumar números funcionando con el piloto automático puesto lo convertía en el empleo ideal; y el hecho de que la agencia de seguros se encontrara a treinta y cinco kilómetros al sur de Las Vegas hacía muy improbable que pudiera ser reconocida por alguna de las personas que la conocían de sus turnos de noche.

Lo cual era una suerte, porque nada más verla se preguntarían cuándo dormía.

Dinh frunció el ceño, y recordó que la inconsciencia había estado a punto de atraparla el día anterior.

Había faltado muy poco para que se desmayara. Acababa de amanecer, y Dinh estaba en el recinto del cajero guardando las cajas de seguridad para el próximo encargado de turno. Cuando el mareo y la confusión se hubieron desvanecido fue rápidamente hasta la sala y la mesa más próxima, en la que se estaba desarrollando una nada animada partida de blackjack con apuestas de dos dólares.

Durante un par de minutos había visto cómo el jack y la reina de corazones aparecían muchas más veces de lo que tenían derecho a hacerlo según las estadísticas -las cartas que se repetían le hicieron pensar en las figuras que se niegan a desvanecerse de la pantalla de un ordenador recién apagado-, y había comprendido que un jack y una Reina de gran poder acababan de pasar muy cerca el uno del otro en las calles de la ciudad.

Dinh estaba decidida a llevar la corona de Isis en cuanto llegase la Pascua, y se preguntó qué tendría que hacer para evitar que aquella Reina misteriosa se la arrebatase.

No quería matar a nadie que no fuese su hermanastro.

El sonido de una llave girando en una cerradura.

Al despertar Funo pensó que alguien estaba abriendo la puerta de su habitación del motel y agarró la pistola que había dejado sobre la mesita de

noche. Un instante después se dio cuenta de que estaba solo en la habitación. El sonido había procedido de los auriculares que había llevado puestos mientras dormía.

–Apuesto a que se ha largado -dijo una voz masculina. Debía de estar dando la espalda a la pared que separaba las dos habitaciones-. Apuesto a que cuando Scott la llamó se asustó tanto que hizo el equipaje y se ha trasladado a Ohio o a cualquier otro sitio.

Funo dejó el arma sobre la mesita de noche y empezó a ponérselos pantalones moviéndose con mucho cuidado para que no se le cayeran los auriculares. Echó un vistazo al relojito eléctrico: eran las siete de la mañana.

–No…, no lo creo -dijo otro hombre, y su voz amplificada sonó más potente que la del que había hablado antes-. Sigo recibiendo… impresiones que no me pertenecen, pequeñas vaharadas de preocupación y buen humor, y sabores…, por ejemplo ayer capté el sabor de un vino que no había bebido. Tengo la sensación de que está cerca.

–Bueno, probablemente uno de esos supermercados que visitamos era el sitio correcto y nos mintieron. Quizá tengan la norma de no dar el nombre de sus empleados a desconocidos…, especialmente a desconocidos que parecen haber estado durmiendo con la ropa puesta.

–No -dijo la voz de un tercer hombre que parecía mucho más viejo que los otros dos-. Hemos dado con tres Dianas equivocadas, ¿no? Aún tenemos que dar con la que andamos buscando. Ni siquiera se le ocurrió que correría menos peligro buscando un empleo en algún local del norte de Las Vegas, por lo que ha de estar trabajando en algún supermercado del sur del Strip. No puede haber más de un par. Esta noche la encontraremos.

Funo se subió la cremallera de los pantalones, se inclinó todo lo que le permitía el cable de los auriculares y cogió una camiseta limpia de su bolsa de viaje. – ¿Y si se ha cambiado el nombre, Ozzie? – dijo la voz del hombre que había hablado primero-. Por las cosas que nos has contado sobre esta ciudad apuesto a que es justo lo que ha hecho.

–Entonces probablemente la veremos -dijo el anciano de la habitación contigua-. Y, sí, podremos reconocerla incluso después de una docena de años.

–No tienes por qué venir, Arky -dijo el segundo hombre, y Funo supuso que era Scott Crane-. Quiero decir que podemos coger un taxi. Se te ve

bastante cansado, y el dinero no es problema. – ¿Yo? ¿Qué demonios quieres decir con eso? No estoy cansado. No, una noche más… Podríais meteros en una pelea y entonces me necesitaríais. Puedo seguir la pista de mis probabilidades hoy, y esta noche me entretendré con las tragaperras que hay en las entradas de los supermercados mientras vosotros entráis y hacéis vuestra preguntita.

–Una cosa es segura, y es que mañana haremos un desayuno decente -dijo Ozzie-. Otro de esos especiales de un dólar con noventa y nueve más y tendré un agujero humeante que me atravesará el estómago y la camisa… Hora de acostarse, chicos. Si queréis hablar hacedlo fuera.

Los auriculares le transmitieron unos ruidos ahogados, y Funo comprendió que por lo menos uno de los hombres de la habitación contigua tenía la intención de dormir en el suelo. Funo lanzó una mirada nerviosa al cable que desaparecía en el agujero que había taladrado en su lado de la pared, y esperó que fuera quien fuese el que iba a dormir en el suelo no llegaría a fijarse en el agujerito del otro lado.

Pasados unos minutos empezó a relajarse. Sólo podía oír respiraciones lentas y regulares.

Se quitó los auriculares y se puso en pie. Se abrochó el cinturón, cogió el teléfono, fue al cuarto de baño y tecleó el número que había obtenido cuando hizo sus averiguaciones sobre el Jag gris.

El teléfono sonó una vez al otro extremo de la línea y una voz grabada en una cinta magnetofónica le recitó el número que acababa de marcar. Después llegó el zumbido.

–Eh… -dijo Funo, algo desconcertado ante la brusquedad de la persona que había dejado el mensaje grabado -. Sé en qué lugar de California se encuentran las personas que andaba buscando el sábado y… Quiero decir que usted estaba en California y que buscaba a Scott Crane, Ozzie y Diana. – Esperó, pero nadie cogió el teléfono-. Volveré a llamar a este número dentro de tres horas, o sea digamos que a las diez en punto, y entonces podremos hablar de cuánto considerarían que pueden valer mis servicios.

Colgó el auricular pensando que la llamada tendría que producir algún resultado.

Fue al armario para escoger una camisa y mientras lo hacía pensó que el viejo Ozzie tenía razón. Un buen desayuno era muy importante. Quizá

hubiese algún local de la cadena Denny cerca. Podría comprar un periódico, se sentaría en la barra y quizá trabaría conversación con alguien.

Vaughan Trumbill había recogido los platos del desayuno y había pasado el aspirador por la sala y el pasillo. Después se instaló en el escritorio de su habitación, cogió el enorme talonario de un modelo bastante antiguo de Betsy y empezó a rellenar cheques.

Cuando faltaba un cuarto de hora para las diez terminó de calcular el nuevo balance final, anotó el número al final de la página correspondiente, cerró el talonario y lo guardó en el cajón.

Fue al acuario y se permitió el capricho de atrapar un pez gato de cinco centímetros de longitud. Después lo sostuvo en el aire agarrándolo cuidadosamente por detrás de la cabeza y le arrancó el cuerpo de un mordisco. Masticó enérgicamente, bajó la mano hasta meterla en el agua y arrancó una planta espada del Amazonas, la hizo girar en el agua revuelta para quitar la tierra de las raíces y se la metió en la boca. Envolvió la cabeza del pez gato en varios kleenex, se guardó el paquetito en el bolsillo de su camisa blanca y siguió masticando su aperitivo.

Los aperitivos no preparados casi siempre eran poco abundantes, pero siempre resultaban más satisfactorios.

Las paredes blancas de su habitación estaban totalmente desnudas, y su ventana daba a una extensión de gravilla y un muro de cemento gris. Trumbill contempló durante unos momentos la estéril sencillez que le rodeaba tal como hacía siempre antes de salir de su habitación y aspiró el aire frío y desprovisto de olores grabándolo todo en su mente, pues el resto de la mansión de Betsy Reculver era un amasijo de estanterías, muebles demasiado adornados y fotos enmarcadas, y en los últimos tiempos Betsy había adquirido la costumbre de utilizar demasiado perfume.

LaShane fue trotando hacia él por el pasillo, y Trumbill acarició distraídamente la esbelta cabeza del doberman. Antes de entrar en la sala echó un vistazo automático a las pantallas de televisión colocadas sobre el umbral para asegurarse de que no había nadie en los patios lateral o de atrás, o en los alrededores de la puerta principal.

Betsy Reculver estaba sentada en el sofá de la sala contemplando sus manos cruzadas sobre el regazo, y cuando Trumbill entró en la habitación alzó los ojos hacia él y le lanzó una mirada desprovista de toda expresión.

–Beany -dijo, y volvió a contemplarse las manos.

Trumbill asintió y tomó asiento en la única silla de la habitación sobre la que le estaba permitido descargar su peso. Sacó la cabeza del pez gato envuelta en el kleenex de su bolsillo y la dejó caer disimuladamente en una papelera cercana. No le gustaba echar residuos orgánicos en la papelera de su habitación incluso cuando iban a estar poco tiempo dentro de ella.

Contempló la sala y se acordó de los tiempos en que había media docena de hombres sentados esparcidos en ella esperando las órdenes de Betsy. Trumbill la había conocido y había empezado a trabajar para ella en 1955. Por aquel entonces tenía veintiséis años, y acababa de volver a casa después de haber aprendido la verdad sobre el mundo en Corea. Algunos de los hombres que trabajaban para ella -Abrams, Guillen- la conocían desde antes de 1949, cuando aún habitaba el cuerpo de Georges León.

El pobre y viejo cuerpo de Georges León, que actualmente era conocido como doctor Leaky…

Durante los años sesenta fue Ricky Leroy, y tuvo que matarlos a todos.

Todos y cada uno de ellos habían acabado ambicionando sentarse en el trono y la inmortalidad que podía ser conseguida mediante la cadena de tus descendientes. Trumbill sabía que ella -él, ello o, realmente, Georges León- había pensado en matarle antes de acabar comprendiendo la verdad y convencerse de que a Trumbill no le interesaba ninguna existencia más allá de la que le otorgara su propio cuerpo.

Un hombre delgado que espera el momento de aparecer.

Trumbill lo sabía todo sobre el hombre delgado. Le había visto muchas veces en Corea, el esqueleto en la trinchera del que se habían evaporado o que había ido rezumando todos los jugos vitales y en el que sólo quedaban unos frágiles restos de piel parecida al cuero para ocultar la visión intolerable de los huesos…, toda la sustancia se había ido, había desaparecido para nutrir otras vidas; insectos, plantas, pájaros, perros…

Hasta quedar totalmente vacío.

Mientras estaba en Corea Trumbill tomó la decisión de llenarse al máximo, de contener toda la vida orgánica que pudiese caberle dentro, de enterrar el esqueleto lo más lejos posible de la piel; y Betsy le había jurado que cuando muriese se aseguraría de que le metieran en un bloque de cemento antes del entierro para que ni una sola partícula de su cuerpo pudiera perderse.

Reculver se puso en pie, fue hacia la estantería y volvió sobre sus pasos.

–Uf… Espero que no se asfixie a causa del asma antes de que consiga llegar hasta su inhalador -dijo con irritación-. No le he dejado parar ni un momento desde esa llamada a las siete. – ¿Alguna señal?

–Tuve a Beany metido en la partida de siete cartas todo el rato para ver más cartas.

La maldita reina de corazones no paraba de aparecer, por lo que creo que esa tal Diana está en la ciudad. Supongo que habrá otras mujeres rondando por ahí que también desean la corona de Isis, pero Diana tiene la ventaja de ser hija física de la antigua Reina, esa Issit a la que clausuraste en el sesenta. Ojalá hubieras acabado con el bebé entonces…

Trumbill no tenía ninguna respuesta que dar a aquellas palabras, y se limitó a seguir contemplándola con el rostro inexpresivo.

–Y el jack de corazones también aparecía con demasiada frecuencia, casi siempre junto al cuatro de corazones. – ¿Qué es el cuatro?

–Es… Bueno, es algo así como un símbolo de la vejez y del celibato. No lo considero una amenaza, pero me pregunto quién infiernos será.

–El auténtico problema es averiguar quién puede ser ese jack. – Trumbill se removió en su asiento y deseó haberse traído otro pez tropical a la sala. Un cíclido le habría sentado estupendamente. En los últimos tiempos procuraba no sacar a relucir temas de conversación problemáticos cuando estaba con Betsy; y le habría gustado que llevara el cuerpo de Richard con más frecuencia, y hasta habría preferido que sacara a Art Hanari de entre las bolas de naftalina-. Tiene que ser el jack que captaste anoche, ¿no?

Parecía ser el realmente importante, el que debería preocuparnos…

–Es un jack -replicó ella con sequedad-. Puedo controlar a los jacks. Soy la Reina.

–Pero… -"Oh, Cristo", pensó Trumbill, "ahí vamos." -. Pero parece como si…, como si le llevara tanta ventaja a los otros jacks como esa tal Diana se la lleva a las otras aspirantes a ser reina. Diana posee esa ventaja porque es hija física de Issit. – Trumbill tragó una honda bocanada de aire de la forma más disimulada posible-. Cuando estabas en el cuerpo de Georges León… ¿No tuviste un segundo hijo aparte de Richard? Un segundo hijo biológico, quiero decir…

La mujer le miró, y Trumbill vio que su labio inferior sobresalía hacia fuera y que había lágrimas en sus ojos.

–No. ¿Quién te ha dicho eso?

–Tú misma, Betsy… En los años sesenta, cuando estabas en el cuerpo de Richard…, de Ricky Leroy. ¿No te acuerdas? No quiero… herir tus sentimientos, pero si existe alguna posibilidad de que este jack sea ese crío, ¿no crees que es algo en lo que deberías pensar?

–No puedo pensar. He de ocuparme personalmente de todo. Yo…

Trumbill flexionó sus enormes brazos y se puso en pie.

–Es la hora -dijo al ver que ella le lanzaba una mirada de alarma-. Tengo que poner en marcha la cinta. – ¿La hora? Oh, esa llamada… Claro, adelante.

Trumbill acababa de poner en marcha el magnetofón cuando sonó el teléfono. Cogió el auricular antes de que el contestador hubiera empezado a funcionar. – ¿Sí?

Trumbill conectó el altavoz para que Betsy pudiera oír la conversación.

–Soy el tipo que llamó antes para hablarle de Scott Crane, Ozzie y Diana. Sé dónde están, y puedo encargarme de ellos. ¿Le interesa?

–Sí -dijo Trumbill-. Le pagaremos veinte mil dólares, la mitad cuando nos diga dónde se encuentran y la otra mitad después de tener la seguridad de que la información es válida.

–Eh… De acuerdo. Me parece bien. ¿Dónde quiere que nos encontremos?

Trumbill volvió la mirada hacia Betsy.

–El Flamingo -murmuró ella.

–El Flamingo -dijo Trumbill-, a las dos de la tarde en la cafetería…, el Deli de Lindy.

Estaré en la mesa a nombre de Trumbill.

Deletreó el apellido y colgó el auricular.

–Iré contigo -dijo Betsy.

–No creo que…

–No quieres que te acompañe, ¿verdad? ¿Y quién es ese tipo con el que acabas de quedar?

–Sabes tanto sobre él como yo, Betsy. – Pensó en pedirle que se metiera dentro del cuerpo de Art Hanari y le llamara, pero sospechaba que en aquellos momentos Betsy estaba demasiado nerviosa para acceder-. Betsy, no quiero trastornarte, pero conocer el nombre de ese chico quizá me

permitiría ayudarte. Necesito saber cómo se llamaba el chaval que desapareció en el cuarenta y ocho.

–No me acuerdo -dijo Betsy, y le sacó la lengua.

Funo llegó temprano y dio unas cuantas vueltas alrededor del hotel antes de entrar.

Después cogió un folleto y lo leyó sentado en uno de los sofás que había delante de la recepción, y se enteró de que el hotel había sido fundado por un gángster llamado Bugsy Siegel.

En circunstancias normales aquello le habría fascinado y habría hecho una anotación mental de que debía leer algún libro sobre Siegel, pero en aquellos momentos tenía los nervios demasiado alterados. Funo hizo caer un nuevo par de caramelos mentolados Tic Tac sobre la palma de su mano, y se los metió en la boca mientras pensaba en lo mucho que le gustaría poder librarse del sabor a vómito.

Había trabado conversación con un hombre mientras desayunaba, un tipo que parecía muy amable y educado…, hasta que de repente empezó a llevar la charla en una dirección que Funo no había logrado seguir. Funo disimuló. Fingió comprenderle y estar totalmente de acuerdo con lo que decía…, hasta que se dio cuenta de que aquel hombre creía que Funo era homosexual. Funo se excusó, fue al lavabo de caballeros, vomitó todo lo que había desayunado dentro de la taza del water y cuando salió del lavabo se limitó a largarse del local y subir a su coche. Tendría que enviar el importe de su cuenta al Denny por correo. No, les enviaría diez veces esa cantidad… La camarera debía de estar convencida de que era un caradura, o de que no tenía ni un centavo. Iría allí en persona, nada de enviar el dinero por correo. Escogería una hora en la que estuviese trabajando, y no se limitaría a pagar la cuenta sino que también le regalaría alguna joya muy cara.

"Y para eso necesitaré pasta", pensó.

Sabía que las personas a las que iba a ver querrían encargarse personalmente de Scott, Ozzie y Diana; pero Funo estaba seguro de que podría hacerles entender que él también era un profesional. El gordo -suponiendo que fuera el hombre con el que había hablado por teléfono – parecía ocupar una posición de autoridad y Funo no creía que hubiera sido contratado por Obstadt en Los Ángeles, y probablemente agradecería el poder contar con la colaboración de un profesional competente.

Se preguntó qué tal les estaría yendo a los "tipos de Las Vegas" de Obstad, y si habrían conseguido dar con alguna pista que pudiera llevarles hasta Crane. Funo esperaba que no hubieran logrado averiguar lo de la tarjeta Visa a nombre de Iverson-Crane.

El reloj ajustado a la Zona de Tiempo del Pacífico colocado sobre el mostrador de recepción le indicó que faltaban un par de minutos para las dos. Funo se puso en pie y fue hacia el ascensor que le llevaría al Deli de Lindy.

Apenas se detuvo junto a la caja registradora y pudo ver las hileras de reservados y pintorescas mesas de madera oscura, Funo reconoció la enorme cabeza calva del gordo asomando por encima de la mampara de uno de los reservados más alejados.

Sonrió y fue hacia el reservado. La atmósfera estaba impregnada por el delicioso olor de los fiambres y la ensalada de col.

Trumbill estaba sentado al lado de una mujer bastante mayor pero muy atractiva, y Funo les hizo una pequeña reverencia.

–Hola, soy Al Funo. Creo que hablé con…, ¿con usted, señor? Hace un rato, por teléfono… Conseguí su número a través de la matrícula de su Jag.

–Siéntese -dijo el gordo, con voz gélida-. ¿Dónde están las personas de las que me habló?

Funo le guiñó el ojo a la mujer como si quisiera compartir la diversión que le producían los pésimos modales de Trumbill. – ¿No piensa presentarme a su hermosa acompañante? – preguntó La mujer asintió.

–Le presento a Elizabeth Reculver -dijo Trumbill. El coche estaba registrado a ese nombre.

–Es un p-p-placer -dijo Funo.

Siguió sonriendo, pero la reaparición del tartamudeo que creía haber logrado vencer antes de la pubertad hizo que se ruborizase; y se apresuró a entrar en el reservado y tomó asiento a su lado. – ¿Dónde están las personas de las que me habló? – preguntó Trumbill.

–Sé dónde están -dijo Funo-, y eso es lo realmente importante porque podría decirse que trabajo para usted. He hecho muchos trabajos de esta clase.

Trumbill le estaba contemplando con el ceño fruncido.

–Trabajos de esta clase… -El gordo se echó hacia atrás y suspiró-. El dinero es a cambio de la información, Alvin. Después de que nos la haya

proporcionado se limitará a coger el dinero y se largará. ¿Alvin? ¿Como la ardilla de las tiras cómicas? ¡Y le hablaba como si a Funo le importase más el dinero que las personas! Funo sintió que su rostro volvía a arder.

–No c-c-c-c… -"Maldición", pensó-. Soy un profesional, y no me gusta que…

Reculver se inclinó hacia adelante.

–Basta, Vaughan -dijo clavando la mirada en los ojos del gordo-. Creo que deberíamos escuchar lo que el joven Al quiere decirnos. Creo que podría ayudarnos.

Y de repente Funo comprendió la situación con toda claridad. ¡Aquel gordo ridículo llamado Trumbill estaba enamorado de la mujer! Y el hecho de que estuviese tan claro que Funo le resultaba atractivo le había irritado, evidentemente.

–De acuerdo -dijo Trumbill pasados unos momentos, y asintió-. Bien, entonces supongo que debo hacer una llamada y avisar a nuestros chicos de que se estén quietos hasta que se les den nuevas instrucciones. Bueno, señor Funo, parece que quizá acabemos haciendo las cosas a su manera…

Trumbill deslizó su corpachón sobre el asiento, se puso en pie y salió del reservado.

Funo podía permitirse el lujo de mostrarse magnánimo.

–Sospechaba que acabaría llegando a esa conclusión, señor Trumbill.

Al ponerse en pie Trumbill podía ver lo que había encima de las otras mesas, y lo que vio debió de gustarle pues sus fosas nasales se dilataron y se pasó la lengua por los labios. – ¿Por qué no almorzamos mientras hablamos? – dijo-. Pídanme un bocadillo Reuben, con pepinillos y ración doble de ensalada de col…, y un V-8 grande.

–Creo que eso de almorzar es una idea magnífica -dijo Funo con jovialidad. Estaba seguro de que ya era capaz de retener la comida dentro del estómago-. Una charla agradable con personas agradables hace que te sepa mejor la comida, ¿verdad?

–Cierto -dijo Trumbill.

Trumbill se alejó en dirección a la salida y Funo se volvió hacia Reculver. Su corazón había empezado a latir más deprisa.

–Lo entiendo -dijo en voz baja obsequiándola con su sonrisa de buen chico.

La mujer le devolvió la sonrisa con cierta vacilación. – ¿Qué es lo que entiende?

–Sus…, sus sentimientos. De veras.

–Me alegro. Esperaba que lo haría. Vaughan…, es el nombre de pila del señor Trumbill… Bueno, a veces él… -Se calló porque Funo acababa de deslizarse hacia ella y su muslo estaba rozando el suyo-. Eh… Creo que debería volver a sentarse donde estaba. ¿Estaba coqueteando con él? Por supuesto. ¡El viejo truco del soy-difícil-de-conseguir! En circunstancias normales Funo le habría seguido la corriente, habría hecho los guiños y lanzado las miradas breves-pero-apasionadas y los double entendres ingeniosos, pero hoy necesitaba una confirmación previa.

Miró a su alrededor. En aquel momento no había nadie que pudiese verles.

Curvó su brazo sobre los hombros de la mujer y fue bajando su boca hacia la suya moviéndose con deliberada lentitud.

La mujer abrió la boca… … y tosió un áspero monosílabo hecho de risa, una vacilante carcajada llena de incomodidad, como si se hubiese encontrado de repente en una situación que le resultaba profundamente desagradable y no estuviera muy segura de cómo podía salir de ella sin ofender a la otra persona y sin que su repugnancia resultara demasiado evidente. Ni sus labios ni su cuerpo habían emitido la más mínima respuesta.

Funo sintió lo mismo que si acabara de intentar besar a un anciano.

Un instante después estaba de pie y había echado a correr, y cuando salió por una de las puertas del lado norte y se encontró en la acera del Strip ya estaba llorando.

Ya debía de estar muy lejos. Reculver volvió al reservado y se sentó. Trumbill entró unos instantes después y fue hacia la mesa. Vio que Betsy estaba sola en el reservado y enarcó las cejas. – ¿Ha ido al lavabo? – preguntó.

–No, él… Echó a correr. – Reculver meneó la cabeza como si no pudiese comprender lo que había ocurrido -. Yo… Me equivoqué al juzgarle, Vaughan. Creía que no era más que un…, bueno, ya sabes, un delincuente del montón con ambiciones. Los tipos de Moynihan le sacan de aquí sin armar jaleo, le llenamos de pentotal sódico o algo parecido y luego le enterramos en el desierto cuando hayamos averiguado lo que sabe. Pero

él… ¡Intentó besarme! Siéntate, ¿quieres? Intentó besarme, y supongo que no reaccioné de…, de la forma correcta.

Trumbill la contempló en silencio. Sus labios se curvaron en una de sus raras sonrisas irónicas.

–Sí, ya me lo imagino.

–Me pregunto si volveremos a saber algo de él.

Trumbill se sentó.

–En tal caso será mejor que le digas que tenías el…, el período, pero que ya vuelves a estar bien y que le encuentras muy atractivo.

–Nunca podría hacer eso.

Dos hombres vestidos con pantalones cortos y camisas floreadas fueron casi corriendo hacia la mesa. Los dos jadeaban.

–Se escapó, señora Reculver. Se metió en un taxi y se largó justo cuando llegamos a la acera. Veníamos hacia aquí desde la cocina, pero el tipo se limitó a levantarse y echó a correr.

–Sí -dijo el otro hombre con voz nerviosa-. No nos dijo que podía hacer algo por el estilo, compréndalo, y no estábamos preparados.

–Ya lo sé -dijo Reculver sin prestarles mucha atención-. Salid de aquí, y la próxima vez intentad ser más rápidos.

–Será mejor que vuelva al teléfono y le diga a Moynihan que necesitaremos a sus chicos -dijo Trumbill con voz cansada volviendo a levantarse-. ¿Tuviste ocasión de encargar el almuerzo?

–No. Creo que deberíamos volver a casa. Trumbill frunció los labios, pero no discutió.

Había peces tropicales esperándole en casa.

20

Isis, tengo a tu hijo El cielo estaba oscuro, pero las luces blancas de las capillas nupciales saltaban y bailoteaban sobre las grietas del parabrisas de Arky.

"Una cerveza -pensó Crane mientras Arky aceleraba la vieja camioneta en dirección sur por el bulevar Las Vegas y las latas de Coors entrechocaban dentro de la nevera-. ¿Qué daño puede hacerme el beber una sola cerveza? En esta ciudad la gente camina por la calle con vasos de licor en la mano; puedes conseguir una copa gratis en cualquier casino y salir a la calle con ella, dejar el vaso en el próximo casino al que vayas y conseguir

otro lleno… Pero por muy enfáticamente que lo jures y prometas que sólo te beberías una cerveza no sería sólo una -se dijo un instante después-. Y si es posible salvar tu vida aquí no debes permitir que Dionisos refuerce el control que ya ejerce sobre ti…"

Las Series Mundiales de Póquer tenían que empezar a final de mes en el Binion's Horseshoe, y si todo ocurría igual que en el año 1969 las partidas de asunción del lago se celebrarían antes, durante la Semana Santa…, lo cual quería decir la semana próxima.

Crane aún no tenía ningún plan, pero si había alguna forma de escapar a la muerte que su verdadero padre le tenía reservada tendría que mantenerse totalmente sobrio.

"Pero Ozzie afirma que estoy condenado -pensó-, y si tiene razón… ¿Por qué he de morir sobrio? De acuerdo -se dijo a sí mismo-, quizá… Pero esta noche no, ¿entendido? Podrás aguantar aunque sólo sea una noche sin beber, ¿verdad que sí? Si encontramos a Diana querrás ser capaz de dar lo mejor de ti mismo, ¿no? No es que sea gran cosa, pero aun así…" -Que no se te pase Charleston -dijo Ozzie desde el asiento de atrás-. Tienes que girar a la izquierda.

–Ya lo sé, Oz -dijo Mavranos con voz cansada.

–Bueno -dijo el anciano-, no quiero que pases de largo y luego tengas que hacer cabriolas en el carril para volver. – ¿Hacer cabriolas en el carril? – dijo Mavranos, y tomó un sorbo de su cerveza-. ¿Me estás hablando de esas huevas de pez?

Crane se estaba riendo. – ¿Qué es lo que te parece tan divertido? – preguntó Mavranos-. Oh… Te refieres a esos pajaritos que la gente cocina en Año Nuevo. Los capones, ¿no?

–Se refiere a hacer tonterías con la camioneta -dijo Crane.

–Bueno, pues entonces podría haber sido más claro. No entiendo de esas cosas. – Mavranos siguió conduciendo con expresión pensativa-. Pero soy todo un experto en lo referente a los pedos.

Hasta Ozzie se echó a reír.

En un letrero de neón colocado sobre una licorería se leía FOTO IDES Crane lo leyó como si fuese una sola palabra: fotoides. "¿Serán algo parecido a los fotones? – se preguntó-. ¿Luz falsa? Puede que toda la ciudad esté iluminada con esa clase de luz…"

Pero de repente su corazón empezó a latir a toda velocidad, y las palmas de sus manos quedaron cubiertas por un sudor pegajoso. "Tendría que haber hecho algo -se encontró pensando-. He de volver a casa." Sus manos estaban sobre la tapicería del asiento, pero durante un momento pudo sentir el tacto de un teléfono rozando sus dedos, y le pareció que su mano derecha estaba colgando el auricular.

"No soy yo -comprendió-. Esos pensamientos y esas sensaciones no son mías." -Diana está preocupada -dijo con voz tensa-. Está asustada… A causa de algo que le acaban de decir por teléfono. Se va a casa.

–Aquí está Charleston -dijo Ozzie inclinándose hacia adelante y señalando con una mano.

Mavranos asintió. Llevó la camioneta hacia el carril de giro a la izquierda y la detuvo en el centro del cruce esperando que se produjera un hueco en el tráfico procedente del norte que venía hacia ellos. Los únicos sonidos audibles en el interior de la camioneta eran el jadear de Crane y el click-dick, dick-dick del piloto de giro.

Crane podía sentir la presencia de Diana. Caminaba deprisa, se paraba, hablaba con alguien en un tono de voz tenso y apremiante… Contempló los faros que avanzaban lentamente por delante de ellos y sintió el deseo de salir de la camioneta y echar a correr en dirección este, hacia el siguiente supermercado de su lista… ¿Cómo se llamaba? El Smith, sí.

–Será mejor que la encontremos esta noche -dijo -. Creo que está a punto de perder su empleo. Si consiguieras pillar en verde todos los semáforos que hay desde aquí hasta allí…

–Lo conseguiré -replicó Mavranos.

El semáforo por fin se puso ámbar y Mavranos consiguió hacer el giro. Fue a toda velocidad hasta Maryland Parkway, la dejó atrás, torció hacia la derecha y entró en el espacioso aparcamiento sobre el que se acumulaban las rayas y charcos de luz blanca que salía por la ancha puerta de entrada de Smith, Supermercado y Farmacia.

Ozzie abrió su puerta tan pronto como Mavranos hubo aparcado, pero Crane giró sobre sí mismo y agarró al anciano por el hombro.

–Espera -dijo Crane-. Siento el pavimento bajo mis zapatos…, quiero decir sus zapatos. Y el aire está más caliente. Está fuera.

El anciano asintió y se apresuró a cerrar la puerta.

Mavranos encendió el motor de la camioneta y salió de la plaza de aparcamiento en marcha atrás obteniendo un irritado bocinazo de un Volkswagen.

–Da vueltas por aquí -dijo Ozzie-. La reconoceré en cuanto la vea. – Estaba contemplando a una mujer que cruzaba la extensión de asfalto con un niño al lado, y un instante después sus ojos se posaron en otra mujer que estaba abriendo la puerta de un coche -. ¿Es el sitio adecuado…, estamos en el supermercado donde trabaja?

–Yo… No lo sé -dijo Crane.

–Podría estar en otro supermercado.

–Sí.

Crane también estaba mirando a su alrededor, y Mavranos dejó atrás la entrada brillantemente iluminada y un local COMPRADORES DE ORO que estaba cerrado, y giró a la derecha para volver por donde había venido. – ¿Sigue caminando? – La voz de Mavranos se había vuelto un poco áspera-. ¿Todavía no está dentro de un coche?

Crane desplegó sus sentidos mentales, pero no consiguió captar nada.

–No lo sé… No pares.

"Ha perdido su empleo -pensó -. Si se nos escapa ahora no la encontraremos nunca." -Este parabrisas es una mierda -siseó.

Bajó el cristal de la ventanilla y sacó la cabeza por el hueco.

Mirara donde mirase veía coches que se ponían en marcha, salían del aparcamiento y desaparecían por un extremo u otro de la calle.

–Ahí… -graznó Ozzie-. No. ¡Maldita sea, ya no tengo la vista que se necesita para este tipo de cosas! ¿De qué demonios sirvo?

Crane entrecerró los ojos y miró en todas direcciones intentando conseguir que sus pupilas vieran con más claridad mientras seguía haciendo un esfuerzo desesperado para que su mente captara nuevas impresiones. – ¿Vuelvo a pasar por delante de la entrada del supermercado? – preguntó Mavranos.

–Eh… -dijo Ozzie con voz abatida-. Sí. No. Ve haciendo círculos por el aparcamiento.

–A estas alturas probablemente ya habrá como media docena de mujeres que se han largado -dijo Mavranos.

–Haz lo que te he dicho. – El anciano ya había bajado el cristal de su ventanilla, y un instante después también sacó la cabeza por el hueco-.

¡Diana! – gritó.

Su cascada voz de viejo apenas podía oírse. Crane pensó en aquella vez en que, pese a estar agotado, el viejo había intentado alcanzarle en la escalera del Hotel Mint el año sesenta y nueve cuando él se marchó para tomar parte en la partida de asunción, y las lágrimas le nublaron la vista.

–Maldición -murmuró mientras parpadeaba para eliminarlas.

Se obligó a calmarse y a examinar con atención a cada persona que veía en el aparcamiento.

Crane vio cómo una mujer abría la puerta de un Mustang marrón estacionado lejos del supermercado. El coche estaba bastante cerca del restaurante La Caja de las Sorpresas, en el lado del aparcamiento que daba a Maryland Parkway. La mujer echó hacia atrás su cabellera rubia apartándosela de los ojos y se metió en el coche. Un instante después las luces del Mustang se encendieron y el tubo de escape expulsó una nubecilla de humo. – ¡Es ella! – le gritó a Mavranos señalando con el dedo-. ¡Ese Mustang de ahí!

Mavranos hizo girar el volante y pisó el acelerador, pero el Mustang ya estaba en el carril de salida y el piloto trasero indicaba que se disponía a girar hacia la derecha.

–Has captado su presencia, ¿verdad? – jadeó Ozzie metiendo la cabeza dentro de la camioneta.

–No, yo… La he reconocido. – ¿A tanta distancia? ¡No la has visto desde que tenía nueve años! ¡Es muy probable que no sea ella! Arky, da la vuelta y…

–Estoy seguro de que es ella -le interrumpió Crane.

El Mustang había girado hacia la derecha, y cuando Mavranos aceleró hacia la salida Crane se preguntó hasta qué punto estaba realmente seguro de que la mujer era Diana.

"Por lo menos estoy sobrio -pensó-. Si me he equivocado no habrá sido porque estuviera borracho…"

Mavranos giró hacia la derecha por Maryland Parkway, aceleró en pos del Mustang y cambió de carril dos veces en pocos segundos.

–Creo que Scott tiene razón -gruñó-. Está huyendo como si fuese una gata escaldada. – ¿Puedes alcanzarla, puedes ponerte a su lado? – preguntó Ozzie. Crane sintió el calor de su aliento en el cuello -. Si me ve y le hago señas de que pare se detendrá.

–Tendré suerte si consigo no perderla de vista -Por una vez Mavranos tenía las dos manos sobre el volante. Su lata de cerveza había caído al suelo, y rodaba hasta chocar con la puerta a cada cambio brusco de carril-. ¿Qué quieres que haga si de repente veo un poli detrás de nosotros con las luces encendidas?

–Cristo -dijo Ozzie -. Si ves un poli no pares.

–Quieres que intente dar con el cambio de fase que puede curar mi cáncer estando entre rejas, ¿eh?

Nadie le respondió. El único sonido audible era el cambio de tono que se producía de vez en cuando en el rugido del motor cuando el pie de Mavranos pasaba del pedal del acelerador al del freno y volvía al del acelerador unos instantes después.

Cuando el Mustang se detuvo junto a la acera delante del dúplex blanco de la avenida Venus estaba claro que la mujer se había dado cuenta de que la seguían. Saltó del coche y echó a correr hacia la puerta principal.

Crane sacó la cabeza por el hueco de la ventanilla. – ¡Diana! – gritó-. ¡Somos Scott y Oz!

La mujer se detuvo, le miró y miró a Ozzie -quien había sacado medio cuerpo por el hueco de la ventanilla y estaba agitando furiosamente las dos manos-, y cruzó corriendo el césped hasta llegar a la Suburban. – ¿Sabéis dónde está mi hijo?

–No -dijo Crane-. Eh… Lo siento.

Ozzie abrió la puerta y bajó de la camioneta moviéndose con mucha cautela mientras se apoyaba en su bastón ortopédico.

–Vayamos dentro -dijo.

Un joven un poco rechoncho con una barba bastante mal cuidada estaba sentado sobre la desgastada tapicería del sofá de la sala con los ojos cerrados, mientras movía las manos como si estuviese dirigiendo a una orquesta sinfónica. – ¡Si me hicierais el favor de calmaros! – dijo en un tono de voz bastante alto que iba subiendo con cada palabra-. ¡Un poco de silencio, por favor!

Todo el mundo dejó de hablar y le contempló en silencio. Ozzie había fruncido el ceño y le observaba con irritación, y sus labios arrugados temblaban formando una mueca de desprecio. Crane supuso que habría captado el olor de la colonia que usaba el joven. – ¿Quién eres? – preguntó el anciano.

–Me llamo Hans. Soy el compañero de Diana, y estoy tan preocupado por Scat como si fuese mi propio hijo, pero sólo lleva quince minutos de retraso. – Abrió mucho los ojos y miró a su alrededor-. Di, ahora lamento incluso el haberte telefoneado, créeme. Estoy seguro de que aparecerá en cualquier momento.

Crane volvió la cabeza hacia Diana, quien rehuyó su mirada. Había crecido hasta convertirse en la mujer muy hermosa que siempre estuvo seguro llegaría a ser -alta, esbelta y con la cabellera de un color rubio oro-, y había veinte años de su vida sobre los que deseaba apasionadamente saberlo todo, y si él y Ozzie tenían éxito allí aquella noche nunca volvería a verla.

Diana se volvió hacia el niño regordete que estaba de pie junto a la chimenea.

–Oliver, ¿dónde le viste por última vez? ¿Cómo te separaste de él? ¿Cuántas veces te he dicho que has de cuidar de tu hermano pequeño?

El niño puso los ojos en blanco. – ¿Qué pregunta quieres que responda primero? – preguntó en un tono entre nervioso y desafiante-. De acuerdo -se apresuró a decir en cuanto Diana dio un paso hacia adelante-. Fuimos con las bicis al parque Hebert, y me puse a hablar con unos…, con unos chicos mayores que yo. Me llaman Perro Mordedor -añadió lanzando una rápida mirada a Mavranos y Crane.

–Volviste a darle esquinazo, ¿verdad? – preguntó Diana. – ¡Uuuuuf! Llegará en cualquier momento, como ha dicho Hans.

–Supongo que has perdido tu empleo, ¿no? – preguntó Hans esforzándose por emplear un tono de voz lo más neutro posible.

Diana no le hizo ningún caso y se volvió hacia Crane, quien se encogió un poco sobre sí mismo. – ¿Sabes si esto tiene algo que ver con lo que me dijiste por teléfono el viernes pasado?

–Yo… No lo sé -dijo Crane-. De momento creo que no. – ¿Qué tal está tu pierna?

–Va bien.

–Ozzie -dijo Diana yendo hacia el anciano y abrazándole-, me alegra mucho volver a verte. Es solo que… Bueno, has llegado en un mal momento.

–Ya lo sé, cariño. – Una mano cubierta de manchitas marrones dio unas palmaditas sobre la espalda de Diana-. Escucha, en cuanto Scat vuelva a

casa tendrás que marcharte de la ciudad, ¿entendido? Esta misma noche. Coge el mínimo de cosas posible…, te daré dinero y luego te largas a algún sitio muy lejano, te libras de tu coche lo más pronto que puedas y sigues en autobús, y luego me telefoneas y ya daremos con alguna forma de hacerte llegar más dinero. Supongo que la Western Union será un método lo suficientemente rápido. Podrías tener el dinero y haberte marchado diez minutos después de haberme telefoneado… Lo siento por la vida que te habías construido aquí, pero debes comprender que establecerte en esta ciudad no fue una acción muy inteligente por tu parte.

Diana había enterrado el rostro en el hombro del anciano, pero Crane vio cómo asentía con la cabeza.

–De acuerdo, Ozzie -dijo, y su voz quedó ahogada por la tela-. Wally… Mi esposo insistió en que viviéramos aquí, y después del divorcio me pareció que sería una estupidez marcharme.

–Sigue siendo una estupidez -dijo Hans con voz irritada, y se puso en pie-. ¿De qué estáis hablando? No podemos marcharnos de Las Vegas. He de llegar a un acuerdo con Mike sobre lo del guión. ¿Qué…, qué le habéis estado diciendo a Diana?

Diana se había apartado un poco del anciano. Ozzie miró a Hans y abrió mucho los ojos. – ¿Un guión de cine? Bueno, ¿sabes una cosa? Creo que sería mejor que te quedaras aquí. Quizá no tardes mucho en conocer a otra mujer con la que compartir tu vida.

Crane volvió la cabeza hacia el niño, que estaba rascando la alfombra con la suela de su zapatilla de tenis mientras les observaba con expresión impasible. La idea de abandonar la ciudad y dejar a aquellos amigos que le llamaban Perro Mordedor no parecía haber-le afectado en lo más mínimo. Crane se preguntó qué clase de persona había sido el padre del chico, el Wally del que había hablado Diana.

Hans logró no responder lo primero que le vino a la cabeza.

–Tengo confianza en mí mismo -dijo altivamente-, y creo que a algunas personas aquí presentes no les iría mal hacer un pequeño esfuerzo para adquirirla.

Diana movió las manos.

–No os peleéis. Siempre supe que éste no era un buen sitio para nosotros, y de todas formas lo único que realmente me pertenece es el

estéreo, así que… Oliver, mete algo de ropa en tu bolsa de viaje. Coge unas cuantas mudas de ropa interior, tu cepillo de dientes y tu pijama.

El teléfono sonó de repente. Hans agitó melodramáticamente las manos pidiendo silencio y se volvió hacia él.

–No -dijo secamente Mavranos-. Que conteste la señora. Scott, escucha la conversación.

Diana miró a Mavranos como si la hubiese abofeteado, pero dejó que Crane fuera hacia el teléfono de la cocina. – ¿Diga? – murmuró Diana después de descolgar el auricular.

–Isis -dijo la voz de un hombre joven que parecía estar bastante nervioso al otro extremo de la línea-, tengo a tu hijo.

21

Viejas imágenes de las ruinas -No me llamo Isis, se ha equivocado de número…

Tanto Mavranos como Ozzie estaban haciéndole señas de asentimiento con la cabeza.

"Eres Isis", articularon los dos en silencio.

–Eres tan Isis -dijo el joven, y soltó una risita-. He visto tu cara, Madre. La he visto en la carta de la reina de corazones y en las líneas de mis mapas… De lo contrario, ¿qué…, qué indicarían las señales?

Crane hizo una seña a Mavranos y Ozzie, quienes fueron corriendo a la cocina. Crane cogió un lápiz y empezó a escribir sobre la fórmica blanca del mostrador.

CHIFLADO DE BAKER, escribió. MAPAS. ADELANTE PEZ.

"Quizá pueda ayudarla -pensó sintiendo una considerable excitación-. Quizá podamos rescatar a su hijo… Si es por Diana soy capaz de mantenerme sobrio." -Madre, necesito hablar contigo -dijo la voz-. Ahora podría decirse que estoy en un teléfono, claro, pero enseguida me iré a mi caja de Las Vegas, que no tiene teléfono y que es el sitio en el que está tu hijo con cinta adhesiva sujetándole a una silla. Es una caja Skinner, como las de las palomas que juegan a los bolos… Está fuera de la ciudad, en la autopista de Boulder más allá de Sunset Road. Sigue hasta ver una gasolinera cerrada a tu derecha, y allí hay un camino de tierra apisonada que pasa por detrás de la gasolinera.

Mi caja está casi allí, no se la puede ver desde la autopista.

–Mi hijo… ¿Se encuentra bien?

–Scat, eso me ha dicho. Su verdadero nombre es Aristarco. Está estupendamente, no le puse cinta adhesiva en la nariz. Si vienes y hablas conmigo esta noche no le haré daño; si no vienes le cortaré la cabeza y hablaré contigo más tarde. – Se rió-. Un hombre intentó hundir una cabeza en el Lago Mead ayer, ¿te lo puedes imaginar? El lago hizo que los murciélagos le echasen de allí.

–Iré a hablar contigo -se apresuró a decir Diana.

La mano con la que sostenía el auricular estaba junto a la mejilla de Crane, y tenía los dedos muy fríos.

–Sé con toda exactitud el tiempo que se tarda en llegar desde tu templo de Isis donde estás ahora hasta la caja -dijo la voz-, así que no hables con la policía. Si la policía sale en la foto mataré a Aristarco, pero tú no les llamarás y podremos hablar. Todo esto te molesta y es ártico que te moleste, claro. No quería…, no quería molestarte, pero tuve que hacer algo para asegurarme de que hablarías conmigo. Por lo menos no fui a visitarte ayer, ¿verdad? Ayer era mi día, y venir a visitarte con mis plumas puestas habría sido una grosería.

ESPOSO, garabateó Crane, y encima escribió LLEVA A TU.

Diana asintió.

–Yo… No… Tendré que ir con mi esposo. Si no puede venir no dejará que te vea nunca.

Hubo un silencio muy largo, y Crane se preguntó si lo habría echado todo a perder y si el joven no se limitaría a colgar el auricular. – ¿Está mi padre contigo? – preguntó por fin la voz desde el otro extremo de la línea.

Crane mostró los dientes en una mueca de indecisión, pero acabó encogiéndose de hombros y asintió.

–Sí.

–Claro. Salid de allí ahora mismo. El reloj ha empezado a hacer tic-tac.

Hubo un chasquido lejano seguido por la señal de marcar. Diana colgó el auricular.

–Vamos, Scott -murmuró.

–Bien -dijo Crane sintiendo cómo su cuerpo se iba tensando a causa de una excitación que casi era alegría a pesar del miedo evidente que empalidecía el rostro de Diana haciendo que pareciese más delgada-. Podéis seguirnos, pero manteneos alejados -dijo volviéndose hacia Mavranos-.

Iremos por un camino de tierra apisonada que está detrás de una gasolinera cerrada fuera de la ciudad en la autopista Boulder, a la derecha después de algo llamado Sunset Road. Llevaré la 357 debajo de la camisa. – ¡Estás loco! – chilló Hans-. ¡Voy a llamar a la policía! Cuando se produce un secuestro siempre se llama a la policía. Los policías están adiestrados para…

Las viejas facciones llenas de arrugas de Ozzie se retorcieron como si se estuviera enfrentando a una luz demasiado brillante.

–Diana, ese tipo sabía quién era Scott y sabe quién eres. Sabe que eres la Reina de Corazones…, Isis, o por lo menos su hija. Si llamas a la policía existe una posibilidad de que también se entere, y de todas formas la policía te obligaría a quedarte en la ciudad durante un tiempo…, y si te quedas estoy convencido de que morirás y de que tus hijos también morirán. – ¿Qué es todo esto, algo sobrenatural o qué? – chilló Hans-. ¿Crees que es Isis, la diosa egipcia? Dame ese teléfono.

–Soy su madre -dijo enérgicamente Diana volviéndose hacia él-. Soy la que ha de tomar la decisión. Iré, y nada de llamar a la policía. Y tenemos que salir de aquí ahora mismo.

Hans estaba meneando la cabeza mientras hacía profundas y ruidosas inhalaciones de aire. – ¡De acuerdo, de acuerdo! Tú eres la madre, y la decisión es tuya…, pero en ese caso iré contigo. Prácticamente soy tu esposo, y te aseguro que sé hablar mucho mejor que este vagabundo.

Diana se volvió en cuanto llegó a la puerta.

–No. No te pareces en nada a lo que debería ser un esposo.

Ozzie señaló al niño regordete.

–Oliver tendría que venir con Arquímedes y conmigo.

Hans soltó una risa forzada. – ¿Arquímedes? ¿Quién más está fuera en el coche, Platón? Dejad que se encargue de hablar.

Los cinco salieron de la casa y corrieron hacia los vehículos ignorando el chorro de protestas que seguía lanzando Hans.

Los dientes de Al Funo estaban castañeteando a toda velocidad y su rostro estaba hinchado y manchado por las lágrimas, pero se limpió los ojos con la manga de su camisa de seda en cuanto vio unas siluetas que salían rápidamente del dúplex al final de la manzana.

"Ahí está Scott Crane -pensó-, con una mujer que debe de ser la famosa Diana. El señor Bigotes le está dando a Crane algo del otro vehículo, y

ahora Crane y Diana se meten dentro del Mustang; y el señor Bigotes y Ozzie y un chaval se meten en el otro vehículo. ¡Qué trasto más ridículo, si parece una especie de jeep! Pero no cabe duda de que corre lo suyo… -admitió ante sí mismo-. Aparte de un conductor profesional, dudo mucho que haya alguien capaz de haberles seguido tal como hice yo cuando salieron de ese supermercado. Me alegra haberme dado cuenta de que estaban persiguiendo a ese Mustang y no intentando despistarme antes de que tuviera la oportunidad de ponerme a su lado y dispararles, porque en ese caso jamás habría tenido ocasión de conocer a Diana… Y es una mujer muy atractiva. Bueno, eso no es ningún problema para mí. No soy uno de esos tipos que se sienten amenazados por las mujeres atractivas."

Puso en marcha el motor y dio unas palmaditas sobre el volante. "Y esta vez podré mantenerme pegado a ellos -pensó-. Este Porsche es capaz de seguir a lo que sea y adelantarlo si hace falta. No encontrarás gentuza sin importancia conduciendo un Porsche, no señor…"

Diana conducía. El viento nocturno que entraba por el hueco de su ventanilla hacía revolotear su cabellera rubia.

–Chiflado -dijo con voz inexpresiva-. Baker. Mapas. Adelante Pez. – Volvió la cabeza hacia Crane-. ¿Quién es ese tipo y cómo ha dado con mi hijo?

–Bueno, se llama… -Crane puso cara de impaciencia y chasqueó los dedos un par de veces-. Snayheever, Dondi Snayheever, y creo que está chiflado. Le conocimos en Baker, y habla como…, como si estuviera chiflado. Es una de las personas que han sido… despertadas, motivadas, galvanizadas o llámalo como quieras por todas las cosas que están ocurriendo aquí y ahora. El vendaval de Pascua está a punto de llegar de nuevo, y es muy probable que la partida del lago empiece la semana próxima por primera vez en veintiún años. No es el único con el que nos encontramos al atravesar el desierto, y probablemente haya unos cuantos más viniendo hacia aquí desde otras direcciones. En Baker habló de ti…, es decir, de la Reina de Corazones. Tenía un montón de mapas que creía podían conducirle hasta ti. Le robamos unos cuantos, pero supongo que alguno de los que le quedaban le ha permitido encontrarte. – ¿No le llevasteis hasta mí?

–No. Llegamos justo a tiempo para ayudarte a responder al teléfono. Te hemos estado buscando en todos los supermercados de la ciudad desde la

noche del sábado. Esta noche estuvimos a punto de no encontrarte. Te reconocí.

La luz de un farol sombreó las facciones de Diana durante un momento y quedó atrás enseguida. – ¿Así que todo esto es cierto? – preguntó con irritación-. ¿Toda esa mierda sobrenatural es verdad?

Crane pensó en la criatura que había parecido ser el fantasma de su difunta esposa.

–Creo que debe de serlo.

–Dios. – Diana tragó una honda bocanada de aire y la dejó escapar-. Me parece que nunca llegué a creerme de verdad todas las advertencias de Ozzie.

–No te sientas mal por ello. Yo tampoco las creí. – ¿Qué quieres decir con eso de que no me sienta mal? Me recuerdas a ese loco del teléfono. "Ya sé que esto debe molestarte…" La vida de mi hijo corre peligro porque no hice caso de lo que me dijo ese anciano.

–Diana, mi esposa murió porque yo tampoco le hice caso. Te aseguro que no intentaba dar la impresión de que no te estaba tomando en serio.

Diana le contempló en silencio durante unos momentos.

–Lo sé, y lo siento. Cuando murió… Lo capté, ¿sabes? Pensé llamarte, pero no se me ocurrió qué podía decirte y luego me…, me pareció que ya era demasiado tarde.

–Habría fingido que mi esposa se encontraba estupendamente. Engañé a todo el mundo…, al final incluso conseguí engañarme a mí mismo.

–Bien, ¿qué vamos a hacer cuando lleguemos allí?

–Cristo, no lo sé. Creo que sólo quiere hablar contigo, pero también es posible que sólo quiera matarte. No creo que tenga nada contra tu hijo… ¿Scat?

–Un apodo. Se llama Scott. Le puse tu nombre.

Crane recordó que había escrito Scott en el retrato suyo que había hecho cuando tenía ocho años de edad -había cruzado la T con una- barra porque le parecía que así quedaba muy elegante-, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Diana, te juro que os sacaremos de este lío. Diana no respondió y siguió con los ojos clavados en los coches que tenían delante, pero alargó un brazo y le apretó la mano.

Era su primer contacto en dos décadas.

Nardie Dinh se desmayó sobre el volante de su taxi mientras esperaba pasaje delante del Four Queens. Sólo estuvo inconsciente durante un momento, y por fortuna no durante el tiempo suficiente para que algún sueño iluminara su subconsciente indicando su posición a su hermano, pero su taxi rodó hacia adelante y tocó el parachoques del taxi que tenía enfrente.

Dinh abrió la puerta del taxi y salió con paso tambaleante al pavimento ruidoso, atestado de gente e iluminado por los trallazos de claridad. Sacó a tientas una botellita de plástico del bolsillo de su camisa y masticó dos cápsulas de anfetamina.

El conductor del otro taxi estaba de pie junto al parachoques delantero de Dinh. Había estado maldiciendo hasta que vio que el conductor descuidado era una hermosa joven asiática, y a juzgar por su expresión ya sólo estaba un poco malhumorado.

–Un momento -le dijo Dinh-, volveré dentro de un momento.

Entró corriendo en el casino y se abrió paso por entre la penumbra que olía a tabaco hasta que encontró una mesa de blackjack. El empleado estaba utilizando una baraja múltiple, y dos de las manos que había sobre el fieltro rojo que cubría la mesa mostraban un jack de corazones al lado de una reina de corazones.

–Mierda -murmuró Dinh.

Estaba realmente asustada por primera vez desde que había escapado de DuLac.

Dondi Snayheever estuvo esperando dentro de su coche con el motor al ralentí en el aparcamiento de la gasolinera abandonada hasta que no hubo faros demasiado cerca de él en ninguna de las dos direcciones. Snayheever apagó sus faros, salió del aparcamiento avanzando muy despacio sobre el viejo pavimento lleno de grietas y se metió por el camino de tierra.

Su padre había comprado aquel terreno a comienzos de la década de los cincuenta, y quizá aún fuese propietario de él. El viejo había dicho que aquel lugar tenía unas vibraciones muy fuertes, y que sería un buen sitio para que un chico aprendiera porque allí las cartas estarían más animadas.

Su padre… Su padre venía a verle por primera vez en nueve años. ¡Y con su madre!

Snayheever no parecía ser capaz de capturar ninguna sensación referente a su padre.

Durante los años transcurridos desde 1981 hubo momentos en los que había echado de menos al viejo de una forma tan insoportable que había vuelto a la caja de Baker, había entrado en ella arrastrándose y le había llamado a gritos hasta enronquecer pensando que quizá podría hacer retroceder el tiempo de tal manera que su padre aún no habría desaparecido; y hubo otros momentos en los que había querido matarle por abandonar a su hijo permitiendo que se enfrentara a un mundo incomprensible en la soledad más absoluta.

El pequeño Morris llegó a la cima de la colina con un último bamboleo, y Snayheever pudo ver su caja. La estructura de madera se alzaba a la izquierda entre un macizo de yucas.

De repente, y sin saber por qué, Snayheever pensó que el pequeño Aristarco era su hermano. Snayheever le estaba tratando de una forma un poco dura para ser un hermano. Tendría que levantar al chico y colocar un almohadón sobre el asiento para que estuviese más cómodo.

Habían salido de la ciudad. Los haces luminosos de los faros del Mustang se deslizaban sobre la autopista que venía velozmente a su encuentro, y eran las únicas luces visibles aparte de la débil claridad plateada arrojada por la media luna.

"Tendría que haber sacado a los chicos de la ciudad en cuanto colgué el auricular después de hablar con Scott la noche del viernes -pensó Diana-. Tendría que haber hecho algo, cualquier cosa…, como la madre de Moisés que puso a su bebé en un botecito y dejó que el río se lo llevara, pero no tendría que haber permitido que siguieran en Las Vegas para que acabara ocurriéndoles esto. Eso es lo que habría hecho una buena madre. Por lo menos Oliver está en la camioneta con su abuelo a cien metros detrás de nosotros…" -La gasolinera cerrada está delante nuestro -dijo Scott.

–La veo.

Diana redujo la velocidad e indicó que iba a girar a la derecha…, y entonces vio algo por el rabillo del ojo, dio más gas e hizo girar bruscamente el volante, y el coche se desvió sobre la gravilla y acabó deteniéndose junto a la cuneta meciéndose sobre los maltratados amortiguadores con el capó señalando hacia la dirección por la que habían venido. El motor se había calado y ya no hacía ningún ruido. – ¿Qué ocurre? – murmuró Scott con voz apremiante.

Su mano se había deslizado debajo de su camisa y tenía los dedos cerrados sobre la culata del revólver.

–Un coche… -El polvo levantado por los giros se arremolinaba al otro lado de las ventanillas del coche, que seguía meciéndose cada vez más lentamente, pero Diana podía ver lo suficiente para darse cuenta de que había sido una alucinación-. Debo de estar volviéndome loca. Creí ver un coche que salía por el camino a toda velocidad y estallaba…, por ahí arriba.

Señaló hacia un muro de cemento medio derruido que se alzaba al sur del aparcamiento de la gasolinera.

Crane volvió la cabeza hacia la dirección que le estaba señalando y entrecerró los ojos, y durante una fracción de segundo pudo ver una bola de fuego que se iba hinchando y se volvía de color negro en los bordes alzándose hacia el cielo en el silencio más absoluto…, y un instante después la bola de fuego había desaparecido sin dejar más rastro que un manchón negro en su campo visual.

–Yo también lo he visto durante un segundo… -empezó a decir Crane.

Después se calló, pero siguió con la boca abierta. Lo había visto con su ojo derecho.

Con el ojo de plástico… -¿Qué está pasando? ¿Qué era?

–No lo sé -dijo Crane.

Abrió la puerta y puso los pies sobre el pavimento de la autopista. El muro de cemento del extremo sur del solar estaba lleno de grietas y se había derrumbado en algunos puntos, y la basura traída por el viento se acumulaba a su alrededor. Parecía como si nadie se hubiera acercado a él durante décadas.

Diana también había salido del Mustang y estaba inmóvil sobre la acera. El viento nocturno barrió el polvo y se lo llevó hacia el desierto.

Crane la miró y se encogió de hombros.

–Quizá fuese algo que ocurrió aquí hace mucho tiempo, y el que el jack y la Reina de Corazones hayan llegado juntos ha extraído viejas imágenes de las ruinas.

–Bueno, volvamos al coche. El camino está…

El seco chasquido ahogado de un disparo resonando al aire libre la interrumpió, y Crane oyó el gemido de un proyectil rebotando en el asfalto una docena de metros a su derecha. – ¡Mi padre primero! – gritó una voz desde lo alto de una colina que había detrás de la gasolinera-. Mi madre

espera en el coche, sólo un minuto. ¡Todo va estupendamente! ¡Todo va estupendamente!

"Bueno, parece que sí tienes un arma", pensó Crane recordando lo que Snayheever les había dicho en Baker hacía dos días.

–De acuerdo -murmuró-. Ozzie y Arky están aparcados un poco más atrás. Puedes ver su vehículo con las luces apagadas… ¿Lo ves? Si oyes otro disparo ve corriendo hacia allí. Ellos tendrán algunas ideas. – ¡Pero tú no eres el padre de ese tipo! ¿No crees que se dará cuenta enseguida?

–Está muy oscuro, y aparte de eso está chiflado -dijo Crane-. Si puedo acercarme a él y no está apuntando con un arma a tu hijo le mataré. Supongo que apuntará el arma hacia mí…

–Y entonces serás tú el que morirá.

–Quizá no. De todas formas ya estoy muerto…, pregúntaselo a Ozzie.

Se irguió y fue cojeando lentamente hacia el coche. Diana había apagado los faros del Mustang y la única luz era la de la luna, pero su resplandor era lo suficientemente intenso para revelar la gasolinera abandonada, el aparcamiento y el camino de tierra que serpenteaba alejándose detrás de ella hasta llegar a la cima de la colina.

–Scott.

Crane volvió la cabeza. Diana estaba inmóvil detrás del coche, y en cuanto la miró corrió hacia él y le estrechó entre sus brazos.

–Te quiero -dijo-. Vuelve.

–Dos pajaritos enamorados -canturreó Snayheever en lo alto de la colina-, sentaditos en un árbol be e ese a ene de o ese e…

–Cristo -murmuró Diana-, aleja a mi hijo de ese hombre.

–Lo haré -dijo Crane mientras volvía a ponerse en movimiento hacia la colina-.

Quédate detrás del coche y no te muevas de ahí.

Crane subió cojeando por el camino lleno de baches y desniveles, y la brisa no sólo enfrió su piel sino que pareció clavarle un millón de aguijones como si se hubiera frotado todo el cuerpo con loción para después del afeitado. Su pierna herida le dolía mucho. ¿Por qué no había obtenido una cerveza de Mavranos aparte del arma?

Se preguntó si se parecería mucho al padre de Snayheever, y si el joven chiflado se limitaría a dispararle desde lejos en cuanto viese que Crane no

era el hombre al que estaba esperando. ¿Estaría tensando su dedo sobre el gatillo en aquel mismo instante?

Crane se encogió sobre sí mismo, pero continuó cojeando colina arriba.

Intentó imaginarse lo que sentiría al recibir un disparo con la débil esperanza de que imaginarlo le permitiría enfrentarse a ello en vez de quedarse quieto donde estaba durante un momento, girar sobre sí mismo y volver al coche cojeando, resbalando y lanzando gemidos.

"Un impacto como el de un martillazo y luego te encuentras caído en el suelo -pensó-, y después empiezas a sentir que el sitio en el que te han herido se pone caliente, se entumece y va sangrando…"

No le sirvió de nada. Cada segundo era una difícil elección entre el seguir avanzando y el volver corriendo a la maravillosa y acogedora penumbra proyectada por la carrocería del coche.

"Si te mata lo único que ocurrirá es que te reunirás con Susan", se dijo. Pero la única imagen de Susan que podía conjurar en aquellos momentos era la de la criatura que se había estado convulsionando dentro del armario cuando Crane salió por entre los cristales rotos de la ventana de su dormitorio la noche del viernes.

"Vas a morir de todas formas por haber cometido la estupidez de haberte sentado a la mesa en esa partida de asunción -pensó con desesperación-. De esta forma morirás intentando salvar la vida del hijo de Diana…, será una muerte con un propósito en vez de una muerte totalmente inútil…, pero el morir a causa de la partida de asunción no es algo que vaya a ocurrir esta noche. Si sales corriendo mañana podrás desayunar, te podrás comer un buen desayuno acompañado por un bloody mary enorme en algún local agradable sentado al lado de Ozzie… ¿Qué haría el viejo si diera la vuelta? ¿Me lo reprocharía, me odiaría por ello? Sí -pensó Crane con desesperación y casi con enfado -, lo haría…"

Empezó a alargar el paso gruñendo al sentir las punzadas de dolor que recorrían la pierna en la que se había clavado el cuchillo. – ¡Papá! – gritó Snayheever.

Crane se detuvo tan de repente que se bamboleó hacia adelante y alzó sus ojos irritados por el sudor, pero no pudo verle. – ¿Sí, hijo?

–Has cambiado. Veo que conseguiste hacer el truco que les tiene tan nerviosos a todos. ¡Has sacado las cartas de un nuevo cuerpo! – La

excitación hizo que la carcajada del joven sonara muy estridente-. ¿Ahora también eres hermano mío?

Crane no podía aplicar la lógica a todo aquello, por lo que se limitó a responder a gritos. – ¡Exacto!

Y siguió cojeando colina arriba.

–Eso ha sido un disparo -dijo Mavranos clavando la mirada en una zona del parabrisas de la Suburban donde no había grietas y observando lo que tenían delante.

–Sí -dijo Ozzie-, pero Scott empezó a subir por la colina sin tratar de ocultarse. ¿Y Diana? ¿Sigue junto al coche?

–Sí, está agazapada detrás de él. ¿Cuánto tiempo quieres que esperemos antes de ir para allá?

–No lo sé.

Desde el asiento trasero llegó la especie de estornudo ahogado de una lata de cerveza al ser abierta.

Mavranos miró hacia atrás, se inclinó sobre el asiento y aceptó la lata que le ofrecía Oliver.

–Gracias, chico…, pero a partir de ahora yo seré el único que tocará las cervezas, ¿de acuerdo?

–Yo bebo cerveza -dijo Oliver poniéndose a la defensiva-. Dame un arma… Soy pequeño. Puedo acercarme sin que me vea y cargarme a ese gilipollas.

–A ver si hablamos mejor, Oliver -dijo Ozzie con voz malhumorada sin apartar la mirada del Mustang.

–Me llaman Perro Mordedor. – Los acontecimientos de aquella noche parecían haber provocado una excitación febril en el niño-. Hablo en serio. Yo metí al crío en esto por dejarle solo, y puedo sacarle del lío.

–No te muevas de donde estás, Oliver -dijo Mavranos con impaciencia-, y si sales de esta camioneta te atraparé y te daré una azotaina en el trasero tal como haría con un niño pequeño, ¿entendido? Y te la daré al lado de la carretera para que todo el mundo pueda verlo.

Un deportivo blanco había pasado junto a ellos y los pilotos traseros brillaron cuando se detuvo detrás del Mustang. – ¿Quién infiernos es ése? – preguntó Ozzie.

–Probablemente un desconocido que cree que Diana necesita ayuda. Espero que consiga librarse de él.

–Vete preparando para llegar allí lo más deprisa posible.

Diana había albergado la débil esperanza de que el coche que acababa de llegar fuese de la policía, pero en cuanto vio al desconocido elegantemente vestido que bajó de él y empezó a caminar hacia ella se mordió el labio y fingió estar contemplando las protuberancias de la funda de cuero que cubría su volante.

Después alzó los ojos hacia él y le sonrió.

–No necesito ayuda, gracias. Mi marido se fue a buscar un teléfono hace ya bastante rato. Volverá con una grúa en cualquier momento.

–No tendrías que estar agazapada en la carretera de esa forma, Diana -dijo el desconocido-. Un coche podría atropellarte, ¿sabes? Y si conozco a Scott te apuesto dólares contra donuts a que se ha largado en busca de una partida de póquer.

Diana se incorporó lentamente sintiéndose incapaz de hacer una inspiración profunda.

Aquel hombre debía de ser socio del chiflado de la colina.

–Tú y yo podemos ser amigos, ¿verdad? – preguntó el joven.

Estaba sonriendo, pero la claridad de la luna revelaba un rostro hinchado donde el rubor alternaba con la palidez.

–Claro -se apresuró a decir Diana.

Al parecer aquel hombre también estaba loco. "Cuando tratas con chiflados hay que seguirles la corriente", se dijo.

El joven dejó escapar el aliento como si sintiera un gran alivio y le puso un brazo sobre los hombros. Diana se obligó a no retroceder y a mantener la mueca que tensaba los músculos de sus mejillas sin preguntarse qué clase de sonrisa estarían formando.

–Dime la verdad -murmuró el hombre -. ¿Me encuentras atractivo?

"Oh, Dios", pensó Diana.

–Claro que sí -dijo. El hombre no se movió. Su cabeza aún estaba inclinada hacia abajo, como si estuviera aguzando el oído. Al parecer lo que le había dicho no era suficiente -. Yo… -Diana no sabía qué decir-. No creo que exista ninguna mujer que no le encuentre atractivo.

"Scott, ¿qué estás haciendo? – pensó-. ¿Tienes a Scat? Mata al chiflado de ahí arriba, baja enseguida y mata a este otro chiflado…"

El hombre soltó una risita.

–En esta ciudad hay algunas mujeres muy extrañas, Diana, y no lo digo en broma.

Scott puede llevar tu coche a Las Vegas, ¿verdad? ¿Qué te parece si tú y yo nos metemos en mi Porsche y vamos a cenar? Las Vegas puede ser una ciudad muy romántica… -Le apretó los hombros-…, si posees la madurez y la confianza en ti mismo necesarias y si estás abierto a nuevas experiencias.

–Creía que…, que ustedes querían hablar conmigo…, los dos, quiero decir. ¿Y mi hijo? – ¿Tienes un hijo? Estupendo, me gustan las mujeres que han tenido un poco de experiencia de la vida. Yo… -¿Sabe por qué estoy aquí?

–Supongo que habrás tenido algún problema con el coche. Probablemente será algo muy sencillo, algo que Scott no posee la aptitud mecánica necesaria para resolver.

Después de la cena podemos…

Diana se retorció librándose de aquel medio abrazo y retrocedió dos pasos sobre el pavimento. – ¿Me está diciendo que no es más que un tipo que pasaba por aquí? ¿No tiene nada que ver con todo esto?

–Quiero participar en lo que ocurre -se apresuró a decir el hombre-. Deja que te ayude. Sé comportarme durante las crisis…

Diana estaba sollozando de pura furia. – ¡Déjame en paz, montón de mierda! ¡Largo, joder! Llévate ese culito de inútil tuyo a ese coche de mamón, ponlo en marcha y sal pitando de aquí. ¡Vete!

El hombre había empezado a retroceder.

–D-D-Diana, no voy a tolerar…

Diana abrió la puerta derecha del Mustang, se metió dentro y la cerró dando un golpe seco.

–Esfúmate, cebo para maricas -dijo.

El hombre volvió corriendo a su coche, lo puso en marcha y pasó a toda velocidad junto al Mustang a tan poca distancia que Diana tensó los músculos preparándose para el impacto. El hombre esquivó el Mustang por los pelos, y un instante después su coche blanco ya no era más que dos puntitos rojos que se fueron empequeñeciendo en el espejo retrovisor.

–Tendría que matarte, papá.

La brisa que soplaba en lo alto de la colina enfriaba el rostro sudoroso de Crane.

Estaba jadeando, en gran parte por el esfuerzo que le había exigido subir hasta la cima.

–No conoces toda la historia -dijo.

Quería volver la cabeza para mirar hacia el sitio en el que le esperaba Diana, pero se obligó a clavar la mirada en los ojos de Snayhee-ver y a sonreír confiadamente mientras concentraba una parte de su atención en la pequeña automática que el joven sostenía en su mano. – ¿He visto este cuerpo antes…, el nuevo?

–No lo creo -dijo Crane.

Agradeció el que su cabellera empapada en sudor le hubiese caído sobre la frente y el haber estado en el aparcamiento de El Griego Loco durante casi toda la partida de Adelante Pez.

Snayheever mantuvo su arma apuntada hacia él durante casi diez segundos mientras el viento siseaba por entre los matorrales resecos. Después se volvió y apuntó el cañón hacia el desierto.

–Vayamos a la caja -dijo-. Me alegra que estés aquí, eso es lo que es la verdad.

Necesito saber más cosas sobre mi madre antes de hablar con ella.

Crane sabía muy bien que lo que debía hacer era sacar su arma y disparar contra el joven sin perder ni un instante -y su mano se movió hacia el faldón de la camisa que aleteaba en el viento-, pero un instante después Snayheever ya había hecho girar el cañón de su automática y el arma apuntaba al plexo solar de Crane.

El momento había pasado.

–Después de ti, papá -dijo el joven.

Crane se encogió de hombros hirviendo de furia por dentro y reprochándose su indecisión, y empezó a caminar.

La caja resultó ser una especie de cobertizo hecho con delgadas planchas de madera.

Crane tuvo que inclinarse para entrar en ella. Había una claraboya, y la luz de luna que se filtraba en el interior le permitió ver un niño sentado en una silla. Una ancha tira de cinta adhesiva brillaba sobre su boca y sobre sus muñecas allí donde estaban sujetas a las patas de atrás de la silla. El niño tenía los ojos muy abiertos.

Crane volvió la mirada hacia Snayheever, quien había entrado detrás de él. El cañón del arma de Snayheever apuntaba a un punto intermedio entre

Scat y Crane.

"Todavía no -pensó Crane-. Espera hasta que haya desviado el arma o, por lo menos, hasta que me apunte de lleno."

Contempló el interior del cobertizo mientras intentaba parecer lo más relajado posible.

En un rincón había una caja cubierta con una tela que parecía franela, y la presencia de la claraboya le sorprendió lo suficiente para alzar los ojos hacia ella. La claraboya era de cristales coloreados, aunque en aquellos momentos sólo emitía un espectro de grises.

Crane había soñado con aquel sitio el día anterior. En el sueño había una copa y una punta de lanza sobre la caja tapada con la tela.

–Aja -dijo Snayheever asintiendo espasmódicamente con la cabeza-. Ayer fui el cuidador. El Sábado Santo todos tendréis que luchar para decidir quién se queda con ellas durante el próximo ciclo.

Snayheever estaba temblando y tenía el ceño fruncido. Crane hizo un ensayo mental de cómo sacaría la 357, la apuntaría y dispararía.

–Estos temblores son culpa tuya -dijo Snayheever-. Disquinesia tardía provocada por las cantidades excesivas de torazina que me administraron. –Movió el arma que oscilaba hacia arriba y hacia abajo, y señaló con el cañón al niño de la silla-. Ahora mamá está aquí, y la verdad es que no necesito hermanos. En mi cabeza algunas veces los ojos ruedan a causa de esto, y después Aristarco se soltaría y me mataría para no compartir a la madre.

El niño tenía los ojos abiertos como platos. Sus muñecas sujetas por la cinta adhesiva tiraban de las patas de la silla, y un zumbido estridente escapaba de debajo de la tira que le cubría la boca.

Crane no podía disparar contra Snayheever…, no mientras su arma apuntase a Scat.

Había muchas probabilidades de que el shock provocado por el impacto de una bala hiciese que Snayheever apretara el gatillo.

Cuando abrió la boca y habló, Crane pudo sentir el palpitar de la sangre en sus oídos.

–Mira lo que te he traído -dijo en voz baja y suave.

Snayheever hizo girar el arma hacia él, y Crane movió la mano y sacó la 357 de debajo de su cinturón.

La pequeña automática de Snayheever disparó, y mientras disparaba su arma Crane sintió aquel puñetazo caliente en su costado justo sobre el extremo de su pelvis. Amartilló el revólver para volver a disparar, saltó a un lado haciendo caer la silla al suelo y se puso de rodillas detrás de ella ocultando a Scat con su cuerpo para protegerlo de nuevos disparos.

La detonación del 357 había hecho que le zumbaran los oídos y el destello surgido del cañón casi le había cegado, pero pudo ver cómo Snayheever buscaba a tientas la automática. El arma giraba sobre el suelo en el centro de un charco de claridad lunar.

Crane alzó el revólver por encima de su hombro y lo dejó caer con fuerza sobre la nuca de Snayheever.

El revólver casi le dislocó la muñeca cuando volvió a disparar pillándole por sorpresa y sin que tuviera los músculos preparados para aguantar el retroceso, y mientras se desplomaba hacia adelante cayendo sobre el cuerpo de Snayheever fue rociado por un diluvio de trocitos de cristal.

Crane se sentó en el suelo, cogió el arma de Snayheever con su mano izquierda y la arrojó por el hueco de la claraboya destrozada. Después se puso en pie y se apoyó en la caja-altar para no perder el equilibrio.

Snayheever parecía estar inconsciente. Crane volvió a guardar el revólver recalentado por los disparos debajo de su cinturón y metió la mano en el bolsillo para coger su cuchillo. Todo su cuerpo temblaba violentamente.

La Suburban ya estaba aparcada detrás del Mustang cuando Crane y el chico llegaron a la cima de la colina, y Mavranos había recorrido la mitad de la distancia que había entre la cima y la autopista corriendo agazapado con la 38 brillando en su mano. Ozzie abrazaba a Diana al lado del Mustang, quizá para impedirle que se moviese de allí. – ¡Todo va bien! – gritó Crane con voz enronquecida, y se tambaleó. Tenía la mano derecha tensa sobre el costado-. ¡Soy yo, con el chico!

Mavranos corrió el resto de la distancia hasta la cima y se detuvo junto a él jadeando.

–Maldita sea, Pogo -boqueó Mavranos-, ¿estás herido?

–Sí -murmuró Crane entre dientes-. Salgamos de aquí antes de ocuparnos de eso.

El chiflado está inconsciente dentro de un cobertizo que hay por ahí atrás. No creo que haga falta volver y matarle, ¿no te parece?

–No, no, limitémonos a salir de aquí tal como dices. Diana y sus crios pueden estar en Provo o en algún otro lugar al amanecer. Y tú, chico, ¿estás bien?

Scat asintió en silencio.

–Tu mamá está ahí abajo. Ve a decirle hola. El chico miró colina abajo, vio el Mustang de Diana y echó a correr. – ¡Con cuidado, chico! – gritó Mavranos siguiéndole con la mirada. Después se inclinó y tiró de la camisa de Crane apartando la tela empapada en sangre de su costado-. Oh, esto no es tan grave como parece, amigo. Sólo te ha hecho un surco…, ni siquiera ha tocado la capa muscular, y la hemorragia no es más abundante que la que obtendrías de un corte profundo. No hay derramamiento arterial. Puedo vendártelo; no es nada comparado con lo que le hiciste a tu pierna.

Crane dejó que sus hombros se encorvaran.

–Estupendo. Ocúpate de eso y luego nos iremos de aquí.

Se había pasado todo el apresurado y difícil trayecto desde la caja hasta la cima de la colina imaginándose que iba a desmayarse por la pérdida de sangre, y que en el mejor de los casos acabaría despertando en una cama de hospital con el cuerpo convertido en un alfiletero de drenajes y tubos intravenosos y con una bolsa de colostomía.

–Arky -dijo con un hilo de voz-, cuando lleguemos ahí abajo me beberé una de tus cervezas a toda velocidad, y luego me beberé otra muy despacio.

Mavranos se echó a reír.

–Y yo te acompañaré, y si el viejo Ozzie pone pegas me sentaré encima de él.

Mavranos deslizó un brazo bajo los hombros de Crane sosteniendo su peso y empezaron a bajar por el camino de tierra. Crane pudo ver cómo Diana se apartaba de Ozzie y echaba a correr atravesando el aparcamiento de la gasolinera y dejaba atrás el muro de cemento.

–Ahí viene Diana -dijo Crane. Se sentía tan feliz que se olvidó de tragar aire-. He salvado a su hijo.

–Y has obtenido una herida en la batalla -dijo Mavranos-. Quizá debería dejar que fuese ella quien se encargara de remendarte…

Unos faros se aproximaban por la autopista desde el sur, y la velocidad con que venían hacia ellos disminuyó en cuanto estuvieron más cerca de los

dos vehículos aparcados junto a la cuneta oeste. Crane hizo que sus pupilas se centraran en ellos esperando que no fuese la policía.

No, no era más que un deportivo blanco, un Porsche.

Un Porsche blanco.

"No -pensó, pero su corazón ya había empezado a latir más deprisa-, no, ves Porsches blancos por todas partes…, infiernos, había uno aparcado junto a nuestra plaza de estacionamiento en el motel."

Había uno aparcado junto a nuestra plaza de estacionamiento en el motel… -¡Agachaos! – gritó con toda la potencia de sus pulmones ignorando el dolor de su costado-. ¡Que todo el mundo se tire al suelo! ¡Oz, haz que se tiren al suelo!

Se libró del brazo de Mavranos, sacó el 357 e intentó apuntar el cañón hacia el coche blanco que acababa de frenar junto a la cuneta de enfrente.

Mavranos había sacado su revólver de debajo del cinturón. – ¿Qué pasa? – preguntó-. ¿Ese coche blanco…? – ¡Sí!

"No puedo disparar -pensó Crane -. ¿Y si no es más que un buen samaritano? Y a esta distancia y con este cañón de cinco centímetros tienes muchas probabilidades de herir a Ozzie o a Diana…"- ¡Que todo el mundo se tire al suelo! – volvió a gritar.

Nadie le estaba obedeciendo. Scat seguía bajando a la carrera por la pendiente de la colina, y Diana seguía corriendo hacia arriba para reunirse con él, y Ozzie avanzaba con el cuerpo encorvado hacia adelante a la que debía de ser su velocidad máxima a una gran distancia por detrás de ella. El niño regordete había bajado de la camioneta y estaba inmóvil al lado del vehículo.

Un pop ahogado resonó en la autopista en el mismo instante en que la ventanilla izquierda del Porsche quedaba iluminada por un guiño de luz amarilla.

Scat se lanzó sobre el polvo a media pendiente de la colina y resbaló un metro con el rostro pegado al suelo. Después no volvió a moverse.

El grito de Diana llenó el desierto y casi pareció ahogar los rugidos del 357 de Crane y el 38 de Mavranos cuando vaciaron sus armas contra el cada vez más diminuto coche blanco, que siguió acelerando sin la más mínima sacudida.

22

Sangre de caimán Diana fue la primera en llegar a Scat…, pero cuando llegó al sitio en el que yacía su hijo se quedó inmóvil durante unos momentos y después se limitó a arrodillarse junto a él con las manos medio alzadas hacia el cielo.

Crane bajó la pendiente saltando, tropezando y sudando. Mavranos le adelantó corriendo a toda velocidad, y Crane le vio bajar la mirada hacia el chico y retroceder tambaleándose.

La cabeza de Scat parecía haber sido atravesada directamente por la bala. Su sien derecha estaba alzada hacia el cielo nocturno y era un resto ensangrentado destrozado por una explosión: el ojo derecho quedaba demasiado expuesto, y la oreja parecía estar medio arrancada. El niño respiraba con jadeos convulsivos que dejaban chorros de sangre esparcidos sobre la tierra iluminada por la luna.

Diana alzó los ojos hacia Crane.

–Un hospital, deprisa…, en la trasera de la camioneta. ¿Cómo vamos a llevarle?

Mavranos seguía contemplando al niño y su rostro estaba muy tenso, y Crane se acordó de que Mavranos tenía hijos. – ¡Arky! – dijo secamente-. ¡Una manta!

Mavranos parpadeó y asintió, y un instante después echó a correr hacia la camioneta.

Diana jadeaba y miraba a su alrededor. – ¿Quién le ha disparado?

Crane se había estado temiendo aquel momento.

–Un tipo que iba en un Porsche blanco le ha disparado desde el otro lado de la carretera. Creo que… -¡Cristo, pero si estuvo hablando conmigo! – Diana estaba sollozando y se hallaba al borde de la histeria-. ¡El tipo del coche blanco cuando te estaba esperando aquí abajo! ¡Le dije que se fuese a la mierda, y ha vuelto y me ha disparado!

–Diana, él… -¡Me apuntaba a mí, yo he tenido la culpa! – Su mano temblorosa flotaba sobre la cabeza ensangrentada de Scat, y Diana la bajó y le acarició lentamente el hombro como si apenas se atreviera a tocarle -. Yo he hecho esto…

El brazo derecho del niño empezó a temblar espasmódicamente, y Crane pensó que aquella respiración líquida y enronquecida debía de estar a punto de cesar para siempre.

–No, Diana -dijo Crane sabiendo que estaba comprando su cordura a cambio del altísimo precio de que le odiase para siempre. "Hace un minuto era un héroe -pensó con abatimiento-. Me amaba. Me sigue amando, y me amará durante un segundo y medio más." -. Escúchame… No, ese tipo me disparaba a mí. Me disparó en Los Ángeles el martes pasado. Yo… Supongo que…, que nos siguió hasta aquí.

Cuando Diana alzó la mirada hacia él Crane vio que tenía los ojos muy abiertos y que toda la circunferencia de los iris estaba rodeada por un círculo blanco.

–Sí -dijo en voz baja-, conocía nuestros nombres…, el tuyo y el mío. –Mostró los dientes en una gran sonrisa-. Tus amigos no tienen muy buena puntería, ¿verdad?

Crane no supo qué responder, y pasados unos momentos Diana volvió a bajar la mirada hacia su hijo.

Mavranos llegó resoplando con una manta. La desplegaron sobre el suelo y dieron comienzo a la difícil labor de levantar al niño lo más delicadamente posible y colocarlo encima de ella.

Cuando llegaron a la sala de urgencias del Hospital Desert Springs en Flamingo Road los médicos se apresuraron a poner al niño encima de una camilla y se lo llevaron para operarle. La herida de Crane fue vendada y protegida convenientemente, y después él y Diana rellenaron impresos en el mostrador del cubículo acristalado de recepción.

Estaban el uno al lado del otro, pero no se hablaban. En cuanto hubieron acabado con el papeleo Diana fue a un teléfono público para llamar a Hans, y Crane fue a reunirse con Ozzie, quien estaba sentado en uno de los sofás de la sala de espera.

El anciano alzó la mirada hacia él y en sus ojos no había ni la más mínima esperanza.

–El crío sólo es el primero de nosotros -murmuró Ozzie -. Ahora ya no puede salir de la ciudad. Cuando llegue la Pascua todos estaremos muertos.

–Supongo que tienes razón -dijo Crane con voz átona. Vio una cafetera sobre la mesa que había debajo de un televisor sujeto a la pared que emitía imágenes con el sonido tan bajo que apenas se oía-. ¿Quieres un café mientras tanto?

–Claro. Solo.

Cuando Crane volvió con dos vasos de plástico que echaban humo Diana estaba sentada al lado de Ozzie con una revista abierta sobre su regazo y los ojos clavados en un artículo que explicaba cómo construir un horno para barbacoas en tu patio trasero.

Crane se dio cuenta por primera vez de que Diana aún llevaba puesto su uniforme del Smith, unos pantalones negros con rayas rojas y una camisa roja y blanca que la sangre de su hijo había enrojecido todavía más. – ¿Café, Diana? – se atrevió a preguntarle.

Diana meneó la cabeza, y Crane suspiró y dejó el café de Ozzie sobre la mesa.

Ya no intentaba hablar con ella.

Durante el veloz trayecto hasta el hospital Ozzie les había explicado qué parte de lo ocurrido podían contar a la policía y Crane -con los ojos clavados en los carriles y los coches que iban dejando atrás- había tartamudeado intentando gritar una disculpa a Diana, que estaba encogida sobre su hijo en la trasera de la camioneta, pero Ozzie le interrumpió cuando sólo llevaba pronunciadas unas cuantas sílabas.

–Hijo -le había dicho-, ahora no quiere oír hablar de eso.

Crane siguió sentado en el sofá, tomó sorbos de su café y esperó.

"El azar -pensó-. La probabilidad de que la bala hiriese al chico era tan reducida que apenas existía. Sabía que había varias personas siguiéndonos la pista, pero ¿cuál puede ser la razón de que los dados de Dios parezcan decididos a jodernos cada vez que dictan la suerte? La fibrilación de Susan, el cáncer de Arky… Tendré que preguntarle por sus preciosas estadísticas."

Mavranos se había llevado a Oliver en el Mustang y les esperaba en el bar-carrusel del Circus Circus. Diana y Ozzie habían estado de acuerdo en que sería mejor que nadie volviera al apartamento. Crane se preguntó si habría conseguido convencer a su "compañero de por vida" de que abandonara el apartamento durante su breve llamada telefónica. Crane suponía que no.

Un par de personas estaban sentadas en dos sillones más cerca del pasillo -un joven con una camiseta sin mangas que sujetaba un trapo empapado en sangre sobre su antebrazo, y una mujer que le hablaba en susurros a un niño que lloraba sobre su regazo-, pero las únicas voces que Crane podía oír eran las ocasionales llamadas lacónicas en código que salían del sistema de megafonía del hospital.

Unos minutos después un agente de policía que vestía un uniforme marrón claro de manga corta entró en la sala de espera acompañado por el médico que parecía estar al cargo del caso. El agente de policía y el médico se quedaron junto a la ventanilla de recepción y empezaron a hablar. El agente sostenía en su mano una tablilla de anotaciones, y Crane se puso en pie -sintió unos tirones y punzadas ardientes en su pierna y su costado- y se acercó un poco más a ellos con la esperanza de oírles decir algo tranquilizador sobre el estado de Scat.

El agente estaba rellenando un impreso de hospitalización por herida de arma de fuego, y Crane oyó que el médico le decía que el disparo había sido efectuado desde una distancia bastante grande, que el calibre podía ser cualquiera entre los 32 y los 9 milímetros; que el proyectil había destrozado la órbita del ojo derecho, había entrado en el cráneo y había salido por detrás de la oreja en la zona del lóbulo temporal. El lóbulo temporal estaba dañado, era demasiado pronto para saber si de forma muy grave, aunque la "postura" -el retraimiento de los brazos- no era buena señal y, no, la herida no podía haber sido autoinfligida.

El agente acabó pasando junto a Crane y habló con Diana durante unos momentos.

Después Diana se puso en pie y le siguió caminando lentamente sobre la alfombra del pasillo.

Crane volvió a reunirse con Ozzie.

–Probablemente le dirá que un amigo mío disparó contra Scat.

Ozzie suspiró y se frotó su frente cubierta de manchitas marrones.

–No, hijo. Ha comprendido que convertirlo en un asunto interestatal probablemente involucraría al FBI, y de esa forma sólo se conseguiría retrasar todavía más el que ella y sus hijos puedan salir de Las Vegas.

Crane se sentó y tomó un sorbo de su café sosteniéndolo con las dos manos para que no le temblara el vaso.

–Ojalá pudiéramos permitir que el FBI tomara parte en esto.

–Claro -dijo Ozzie-. Explícales que todo es una batalla para decidir quién se convertirá en el Rey Pescador, y que el chiflado encontró a Diana consultando mapas de Polonia… Nunca accede-rían a otorgarle la clase de custodia protectiva y traslado de testigos que Diana necesita.

Crane terminó su café, cogió la revista que había estado mirando Diana y contempló las fotos de la barbacoa hágala-usted-mismo. Intentó

imaginarse a él, Ozzie, Diana y los dos niños preparando hamburguesas, lanzando un Frisbee de un lado a otro, entrando en la casa después de que hubiese oscurecido para ver Big en el vídeo…, pero era como tratar de imaginarse la vida cotidiana en la Roma de la antigüedad.

Diana y el agente volvieron a entrar en la sala de espera, fueron hacia el sofá y Diana se sentó.

El agente miró a Crane. – ¿Es usted Scott Crane, la otra víctima del tiroteo?

Era más joven que Crane y tenía un bigote que quizá habría sido invisible con una iluminación más intensa, pero estaba tan relajado como si el hablar con madres de niños que acababan de recibir un balazo fuese algo que hacía cada noche.

Crane inició el gesto de señalar su herida -su camisa desgarrada hacía que resultara claramente visible-, pero le temblaba la mano y acabó dejando que cayera sobre su regazo.

–Sí -dijo. – ¿Tendría la bondad de venir conmigo?

Crane volvió a ponerse en pie y siguió al agente hasta un cuartito que había al final del pasillo. El agente cerró la puerta y Crane miró a su alrededor. La atmósfera de anonimato de la habitación -un sofá, un par de sillas, una luz suave procedente de la lámpara que había junto al teléfono colocado sobre una mesa- parecía incongruente en un hospital; y Crane pensó que se habría sentido más cómodo hablando en un pasillo blanco donde la conversación fuese interrumpida a cada momento por médicos que pasaban a toda prisa y enfermeras que empujaban camillas con botellas de suero colgando sobre ellas. – ¿Puede mostrarme algún documento de identificación, por favor?

Crane sacó su cartera del bolsillo y le alargó su permiso de conducir de California.

–Siéntese -le dijo el agente, y Crane se instaló de mala gana en una silla-. ¿Esta dirección de Santa Ana es la actual?

–Sí -dijo Crane.

El agente anotó la dirección y le devolvió el permiso de conducir.

–Voy a redactar el informe sobre el tiroteo -dijo-. ¿Por qué no me cuenta lo que ocurrió?

Crane le contó lo que había ocurrido sin mentirle en ningún momento. Empezó con la llamada telefónica de Snayheever, aunque -tal como había

insistido Ozzie que debían hacer durante el veloz trayecto hasta el hospital-dio a entender que habían salido de Los Ángeles para visitar a Diana puramente por razones sociales, y no le habló de que le habían disparado en Los Ángeles el martes o de que habían conocido a Snayheever en Baker; y le dijo que Snayheever le había dicho cómo se llamaba aquella noche. Cuando estaba a mitad de su historia el agente usó su transmisor para enviar un coche de policía al sitio en el que Crane había dejado a Snayheever inconsciente y, probablemente, herido de bala.

–Creo que el hombre que disparó contra su hijo se aloja en nuestro motel -dijo Crane-. El tipo que ocupaba la habitación contigua a la nuestra conduce un Porsche blanco, y el otro día mi padre adoptivo le llamó zombi y el tipo pareció cabrearse bastante…, y esta noche un hombre que conducía un Porsche blanco y que probablemente sea el mismo tipo intentó ligar con Diana en el sitio donde ocurrió todo y ella le mandó a la mierda. Puede que disparase contra ella o contra el anciano.

–De acuerdo. – El agente hizo unas cuantas anotaciones-. Los detectives se encargarán de comprobarlo. – Observó a Crane sin la más mínima curiosidad-. El revólver con el que disparó contra el secuestrador… ¿Dónde está?

–En el coche, fuera. – ¿Es suyo?

–Sí. – ¿Está registrado a su nombre?

–Sí.

–Bien. ¿Dónde se van a alojar?

–Dios, no lo sé. Supongo que en el Circus Circus.

–Vayan ahí y comuníquennos su número de habitación en cuanto se hayan registrado.

–De acuerdo.

El agente presionó el botón de su bolígrafo haciendo desaparecer la punta y lo guardó en el bolsillo de su camisa.

–De momento tomaremos en consideración estos dos acontecimientos posiblemente relacionados. Tengo los nombres y las direcciones de los otros testigos, y ellos también me han dicho que se alojarán en el Circus Circus. Es probable que los detectives quieran hablar con todos ustedes mañana.

Crane le miró y parpadeó un par de veces. – ¿Eso es todo?

–Por esta noche sí. Quédese aquí; el médico no tardará en venir con los otros miembros de la familia.

El agente se puso la tablilla de anotaciones debajo del brazo y salió del cuartito cerrando la puerta a su espalda.

Crane se reclinó en la silla y dejó escapar el aire. Había sido bastante sencillo. Había temido que le encarcelarían automáticamente por disparar contra una persona o, como mínimo, que le confiscarían el arma. "Supongo que tengo cara de inocente -pensó-.

Pero… ¡Maldita sea, soy inocente! ¡Mi único error fue jugar a la asunción hace veintiún años!"

Crane pensó en el bourbon y la cerveza que se había bebido en el Whiskey Pete la noche del sábado, y se apresuró a expulsar el recuerdo de su mente haciendo una mueca de impaciencia.

La puerta volvió a abrirse, y Ozzie y Diana entraron en el cuartito caminando muy despacio seguidos por el joven médico. Crane descubrió que su cabellera negra perfectamente peinada le irritaba. Nadie se sentó, por lo que Crane se puso en pie y apoyó la espalda en la pared.

–Soy el doctor Bandholtz -dijo el médico-. Naturalmente todos ustedes saben que han disparado contra el chico. La bala destrozó el anillo de hueso alrededor de su ojo, y el hueso de la sien hasta la oreja. La herida sangró mucho ya que la cabeza es una zona muy vascularizada, pero la pérdida de sangre no ha sido grave. Creo que podremos salvarle el ojo y reconstruir la órbita. – ¿Sufrirá algún daño cerebral? – murmuró Diana.

Bandholtz suspiró y se pasó los dedos de una mano por los cabellos dejándoselos un poco desordenados.

–Probablemente hay algún daño cerebral -dijo-, pero en circunstancias normales el ochenta y cinco por cien del cerebro no se utiliza nunca, y es muy frecuente que las funciones de las áreas dañadas sean asumidas por otras. El problema al que tendremos que enfrentarnos es la congestión del cerebro, y es un problema relativamente grave porque el cerebro no dispone de más sitio que ocupar sin cortar el suministro de sangre.

Le estamos administrando esteroides para evitarlo…, treinta miligramos de decadrón por vía intravenosa esta noche y después le administraremos cuatro miligramos cada seis horas. También le estamos administrando manitol, que es un diurético, para que ayude a encoger los tejidos. Algunos médicos utilizarían barbitúricos para desconectar las funciones cerebrales durante un tiempo, pero yo opino que ese procedimiento aún se halla en la

fase experimental y no voy a hacerlo. – ¿Cuándo recuperará el conocimiento? – preguntó Diana.

–Es difícil decirlo. A efectos prácticos el ordenador ha sido desconectado mientras intenta autorrepararse. El cerebro es…, es algo así como una copa de helado de varios sabores. La cereza que hay arriba de todo es la corteza cerebral, la parte que nos hace ser humanos donde reside el pensamiento, la consciencia y todo lo demás. Debajo están los cacahuetes, el chocolate y el resto de los adornos son niveles que gobiernan otras funciones y, por debajo de eso está el helado en sí…, el nivel de mantenimiento, la parte que se encarga de la respiración, el pulso cardíaco y todas esas cosas. En un traumatismo de estas características la cereza es la primera en desconectarse…, y hasta el momento es la única parte del cerebro que ha dejado de funcionar.

Crane supuso que el médico había escogido una metáfora tan trivial y alegre para disipar una parte de su shock y su preocupación. Miró a Ozzie y Diana, examinó sus propios sentimientos y acabó decidiendo que sólo había conseguido confundirles todavía más de lo que ya estaban al principio.

Diana lanzó una mirada inexpresiva a Ozzie, y acabó volviendo la cabeza hacia el médico. – ¿Está en coma?

–Sí, la palabra "coma" es la que mejor describe su estado actual -dijo Bandholtz-, pero es joven y está recibiendo la atención médica más avanzada de la que se dispone en la actualidad. Oiga, no recuperará el conocimiento esta noche. Supongo que querrá estar descansada y alerta cuando le vea mañana, así que ahora váyase a casa. Puedo darle un sedante, si cree que…

–No -dijo ella-, no lo necesito. Me gustaría verle antes de irnos. – Diana lanzó una rápida mirada de soslayo a Crane-. A solas.

–De acuerdo -dijo el médico-, pero sólo un momento. Le advierto que está conectado a un sistema de apoyo vital…, hay lo que llamamos un catéter de triple lumen insertado debajo de su clavícula para asegurarnos de que la presión sanguínea en los pulmones no sube demasiado, y…

–Sólo quiero verlo.

–Muy bien, la acompañaré. Caballeros, ustedes dos pueden volver a la sala de espera.

Ozzie estaba sentado al lado de Crane y Diana iba en el asiento trasero de la camioneta. Cada vez que el tráfico se lo permitía Crane ladeaba la

cabeza para verla en el espejo retrovisor. Diana tenía los ojos entrecerrados y la mirada fija en la ventanilla, y las luces que desfilaban junto a ellos hacían que los resplandores y las sombras se fueran alternando sobre su perfil.

Diana no abrió la boca hasta el momento en el que Crane torció hacia la derecha para entrar en el Strip y la camioneta empezó a avanzar bajo las luces rojas y azules de Barbary Coast.

–Aun suponiendo que hubieran accedido a trasladar a Scat en avión hasta un hospital de fuera de la ciudad habría sido fácil seguirle la pista -dijo con voz pensativa-. Y yo iría con él, y los malos sabrían que yo le acompañaría.

Ozzie tragó aire como si se dispusiera a discutir, pero acabó exhalándolo y asintió con la cabeza.

–Cierto.

El Flamingo era una masa ondulante de luces color fuego a su derecha, pero de repente llamas anaranjadas de verdad y una nube de humo ondulante manchado por las luces surgió más allá del tráfico por delante de ellos, y Crane lanzó un juramento y levantó el pie del acelerador.

–Es el volcán que hay delante del Mirage -dijo Diana-. Se pone en funcionamiento cada veinte minutos. La gente de la ciudad está empezando a acostumbrarse, aunque no creo que haya mucha gente de la ciudad en esta multitud… -Bostezó. Crane conocía muy bien aquella clase de bostezo, y sabía que era una señal indicadora de tensión sostenida durante mucho tiempo, no de aburrimiento-. He de permanecer en la ciudad -dijo Diana-, y no les resultará muy difícil encontrarme incluso si voy al hospital disfrazada. Necesito una ventaja. Necesito algo…, alguna clase de poder, algún armamento.

–Tenemos armas -dijo Crane-. Podemos ayudarte…

–Quizá quiera vuestra ayuda y quizá no -dijo Diana-, y conseguiré un arma. Pero lo que quiero decir, lo que realmente necesito es… esta clase de poder. – Crane alzó la mirada hacia el espejo retrovisor, y vio cómo movía una mano señalando las gigantescas moles de los casinos que se alzaban a su alrededor-. Ciertas personas quieren matarme porque represento alguna clase de amenaza para ellas. Soy la Reina de Corazones, ¿no?

Soy la hija biológica de mi madre, alguien a quien estaban convencidos de que debían matar.

Ozzie abrió la boca para hablar, pero Diana le hizo callar golpeándole suavemente un hombro con el dorso de los dedos.

–Quiero aprender a ser una amenaza activa -dijo-, no meramente una amenaza pasiva. Quiero ser el blanco que cobra vida y empieza a devolver los disparos. Quiero convertirme en esa tal Isis…, sean cuales sean los poderes que posee, y sea lo que sea aquello a lo que temen.

Estaban justo enfrente del volcán llameante del Mirage, y Crane volvió la cabeza hacia la izquierda para contemplar a las multitudes inmóviles a lo largo de la barandilla que corría por la acera. Había bajado el cristal de su ventanilla y podía oír el rugir de las llamas imponiéndose a los sonidos de la multitud, y creyó que podía sentir el calor incluso desde aquella distancia.

Pensó en lo que acababa de decir Diana. "Esto es todo tuyo, Ozzie -pensó -.

Cuando se empieza a hablar de estas cosas quedo fuera de juego."

Durante casi un minuto Ozzie se limitó a fruncir el ceño y a contemplar el tráfico que se movía por delante de ellos.

–Cristo -dijo por fin con voz pensativa-. Apostarlo todo… Se te ha estado penalizando como si fueras una participante en un torneo que ha llegado tarde porque se ha quedado dormida y tiene que cargar con la deducción automática de todas las apuestas de apertura y las apuestas a ciegas aguantando que se las deduzcan de su inscripción, y esas apuestas involuntarias te…, te han salido espantosamente caras.

Ahora estás despierta, aunque con el cañón apuntándote y te encuentras con un jack y un cuatro ocultos y una reina al descubierto. Pero son del mismo palo. – Ozzie se removió en el asiento y se volvió hacia ella-. Cariño, ¿podrías pasarme una cerveza de esa nevera que hay ahí? No importa -añadió mirando a Crane-, el cuatro de corazones tiene permiso para beber…, pero el jack todavía no.

Diana le abrió una lata y se la alargó por encima del asiento, y el anciano tomó un largo trago de cerveza.

–Sí -siguió diciendo-. Has pagado esta última apuesta involuntaria, y ahora es muy posible que lo único que puedas hacer sea apostarlo todo…, empujar todo tu montón de fichas hasta el centro de la mesa.

"El viejo vuelve a perseguir la línea blanca -pensó Crane -. Va hacia una partida en la que es probable que nos maten a todos." -No esperarán sangre

de caimán en alguien que ha estado de una forma tan prudente -dijo Ozzie.

Crane se acordaba de la expresión "sangre de caimán"…, era la que empleaba el viejo Johnny Moss para describir la dureza de los verdaderos jugadores de póquer. Por lo que sabía Crane, Moss aún ganaba torneos en el Binion's Horseshoe, y Moss ya debía de ser tan viejo como…, tan viejo como Ozzie. – ¿Y cuáles son las fichas? – preguntó Diana-, ¿Y cómo las coloco en el centro de la mesa?

–Eh… Tendrías que consultar con la Reina -dijo Ozzie -, pero está muerta. Me refiero a tu madre, ¿sabes? – El anciano tomó un sorbo levantando su cerveza con una mano que estaba consiguiendo no temblase mediante un visible esfuerzo de voluntad-.

Es probable que su…, su fantasma aparezca pronto ahora que esa Semana Santa tan poco santa ya casi está encima de nosotros y la luna está en su fase media y va creciendo poco a poco, por lo que ella y tú deberíais ser más poderosas. Y a estas alturas habrá otras mujeres en la ciudad que intentarán convertirse en reinas, pero tú eres la hija y ya te encuentras en el sitio al que quieren llegar. Quieren encontrarte y borrarte del mapa para colocarse en tu sitio. Tú eres la única a la que la verdadera Reina de Corazones concedería una…, una audiencia.

Crane tuvo que detenerse delante de un semáforo cerca del Caesars Palace, y contempló la multitud de peatones que cruzaban la calle dirigiéndose hacia las antorchas y las estatuas de rostros imperiosos que se alzaban sobre la entrada al casino en forma de templo.

–Bien, ¿y qué he de hacer? – preguntó Diana-. ¿Consultar un tablero Ouija? ¿Tomar una dosis de ácido y citarme con mi madre en una alucinación?

–No, no. Estoy seguro de que ese tipo de cosas sólo servirían para volverte más conspicua de lo que ya eres y permitir que tus rivales supieran con toda exactitud dónde estabas…, y mantente alejada de las cartas o de cualquier tipo de juego de azar. De hecho, mantente alejada de Scott…, él es para el Rey lo que tú eres para la Reina, y cuando los dos estáis juntos es probable que seáis tan visibles como una bengala.

–Eso no será ningún problema -dijo Diana.

Crane clavó los ojos en el parabrisas agrietado y manchado por los neones multicolores y no dijo nada, pero sus labios se tensaron revelando sus dientes apretados.

"Me clavé un cuchillo en la pierna para poder advertirte de todo esto hace tres días -pensó -. Si hubieras huido entonces Scat estaría perfectamente. Subí hasta la cima de esa colina. Conseguí que el chiflado apartara el cañón de su arma de tu hijo y que me apuntara a mí…" -Agua, agua fresca -estaba diciendo Ozzie -. Está asociada con la diosa de la luna.

Creo que si pudieras bañarte en el agua fresca y salvaje de este lugar e intentaras…, intentaras pensar como tu madre, como Lady Issit…, bueno, quizá consiguieras algo.

–Bañarme -dijo Diana con voz dubitativa-. Pero Ozzie, me bañé en el agua de este lugar esta misma tarde y no ocurrió nada. ¡Me he estado bañando con el agua de este lugar cada día durante ocho años!

–No, no lo has hecho. ¿Es que no lees los periódicos? Durante los últimos tiempos Nevada ha estado viviendo una guerra del agua. Hasta el mismo nombre de la ciudad, Las Vegas…, en castellano eso quiere decir lagunas de poca profundidad, y la ciudad se encuentra en una cuenca artesiana; pero los pozos empezaron a secarse en los años cuarenta, el nivel del agua de la cuenca empezó a descender y no tardaron en aparecer agujeros por los que se escapaba. La ciudad no tuvo acceso al agua del Lago Mead hasta 1982, y ahora ya no es suficiente y andan detrás del agua que hay en el centro de Nevada…, el valle Railroad, Ely, Pioche. Se supone que Las Vegas no tomará más agua de la que devuelven las lluvias, pero la ciudad ha solicitado el derecho a obtener más agua…, es lo que llaman "explotación minera" de sus acuíferos.

Crane pensó en aquella visión de entidades colosales que se movían en las profundidades de la cuenca de agua psíquica, y se preguntó si su nivel también estaría empezando a bajar y si estaba siendo agotada por algún uso inimaginable.

–Es casi seguro que el Rey malvado ha impulsado todo este proceso -siguió diciendo Ozzie-. No quiere que exista ningún poder salvaje de la diosa debajo del suelo.

Quiere agua domesticada para que sirva como contrapeso. No te acerques al Lago Mead antes de hablar con tu madre.

El Holiday estaba en obras. Crane miró hacia la derecha, frunció el ceño y contempló la inmensa réplica de una embarcación fluvial iluminada por los neones. La gigantesca estructura repleta de balconadas daba al norte, y Crane recordaba con toda claridad que cuando le prestó atención por última

vez daba al oeste. ¿Estaría girando? – ¿Algo así como…, como un pozo? – preguntó Diana hablando muy despacio-. ¿Agua de lluvia?

El espejo retrovisor mostraba que el lado derecho de su cara quedaba emblanquecido por las palabras casino holiday que se encendían y apagaban con parpadeos eléctricos sobre la enorme rueda de paletas de la embarcación.

Crane pensó en el aspecto que había tenido aquel lugar cuando fue allí con su auténtico padre hacía ya tanto tiempo. El Frontier no era más que un local al estilo del oeste, El Rancho Vegas que se divisaba ante ellos había sido un pequeño albergue de aspecto español y el Flamingo alzaba su solitaria grandeza muy a lo lejos en la oscuridad del sur.

–O los cubitos de hielo de las bebidas que sirvieron en los años cuarenta -le dijo a Diana.

23

OceanofPDF.com

Haz un cerdito con él El bar-carrusel del Circus Circus se encontraba en el segundo piso, y en realidad consistía en una espaciosa balconada rodeada por una barandilla que recorría toda la circunferencia del enorme casino de tal forma que las hileras de ruidosas máquinas tragaperras eran visibles en la oscuridad que había debajo. De hecho el casino estaba hueco; arriba, más allá de las gigantescas redes suspendidas en el punto central de la altura del casino, acróbatas vestidos con mallas cubiertas de lentejuelas giraban a través del firmamento saltando de un trapecio a otro bajo el distante techo salpicado de luces.

El bar giraba lentamente y mientras seguía a Diana hasta el suelo en movimiento -apretando un poco el paso para llegar a la puerta al mismo tiempo que ella y no tener que esperar a que la rotación hiciese aparecer la puerta siguiente -, Crane recordó haberse preguntado si todo el Holiday estaba girando poco a poco sobre un eje central.

Mavranos estaba sentado en un reservado con Oliver al lado. Diana se instaló junto a su hijo y le abrazó, y Crane desvió la mirada para no ver la expresión desdeñosa de Oliver.

–Creen que se recuperará -dijo Diana.

Mavranos miró a Crane y enarcó las cejas, y Crane respondió con un encogimiento de hombros impregnado de impotencia.

–Voy a llevar a Diana y a Oliver a recepción y les conseguiré una habitación -dijo Ozzie poniendo una mano sobre el hombro de Diana-. Vamos, cariño.

Diana se puso en pie tirando de la mano de Oliver y siguió al anciano hasta los taburetes del centro, donde al parecer Ozzie le dijo que le esperase.

Ozzie volvió cojeando al reservado cuando Crane acababa de sentarse delante de Mavranos.

–No te culpa de lo ocurrido -dijo Ozzie en voz baja-. Te quiere, pero quiere más al chico, naturalmente, y en estos momentos no puede pensar con mucha claridad.

–Gracias, Ozzie. Yo también la quiero. Y a ti.

El anciano asintió.

–Coged una habitación para los dos, y si puedes utiliza el apellido de Arky. Si podéis ayudarnos en algo me pondré en contacto con vosotros.

Ozzie giró sobre sí mismo y volvió al sitio en el que le esperaban Diana y el niño, y los tres salieron de la superficie giratoria y no tardaron en desaparecer entre las multitudes que iban y venían de un lado a otro sin dejar de hablar y reír.

Mavranos cogió el vaso medio lleno de cerveza que tenía delante e hizo girar el líquido. – ¿Sigues queriendo esas dos cervezas?

Crane se estremeció. Quería beberse las dos cervezas de las que había hablado en la cima de la colina cuando el mundo aún no se había derrumbado, pero quería tomarse seis antes de esas dos. Maldición, ¿acaso había alguna razón por la que no debiera emborracharse?

"Que los teléfonos públicos empiecen a sonar -pensó-. Es casi seguro que nunca volveré a ver a Diana, y Susan…, la criatura que conseguiré tomar por Susan si estoy lo suficientemente borracho…, bueno, es probable que a estas alturas ya haya conseguido ser bastante sólida."

Pero Ozzie había dicho que Diana aún le quería, y que se pondría en contacto con Crane si podía ser de alguna ayuda. Si había estado bebiendo lo único que conseguiría sería llevar a Dionisos hasta ella.

"Pero no puedo ayudarles en nada…"

El carrusel ya había completado la mitad de su rotación. Crane había quedado de espaldas a los comercios brillantemente iluminados del segundo nivel, y podía ver el abismo en el que tintineaban las máquinas tragaperras.

–Claro -dijo.

Mavranos se encogió de hombros e hizo una seña a una camarera que estaba pasando junto al reservado, y unos instantes después Crane tenía delante dos botellas frías de Budweiser, dos recipientes de cristal oscuro cubiertos de una delgadísima capa de escarcha.

Mavranos había pedido otra Coors para él y tomó un sorbo. – ¿Qué tal ha ido todo? – preguntó-. Creía que a estas alturas estarías en la cárcel.

Crane le describió su breve conversación con el agente de policía.

–Supongo que estaba claro que fue un caso de defensa propia -dijo como conclusión -. Me dijo que les comunicara dónde me alojaba.

–Uh. Escucha, tendrías que haber oído al joven Perro Mordedor cuando veníamos hacia aquí. – ¿Perro Mordedor? – murmuró distraídamente Crane -. Oh, claro, Oliver… ¿Qué te dijo?

Mavranos contempló a Crane con los ojos entrecerrados y se preguntó cómo podía explicárselo.

El chico olía a cerveza, y Mavranos comprendió que debía de haber metido la mano en la nevera en cuanto Mavranos cogió el 38 y echó a correr hacia el camino de tierra apisonada. Le había parecido que el impulso resultaba bastante extraño -sobre todo teniendo en cuenta que su hermano pequeño corría peligro en la cima de la colina-, pero Mavranos había pensado que no era el momento de darle una bronca por haberse bebido una cerveza a escondidas, y aunque lo hubiese sido tampoco era algo que le correspondiera hacer a él.

Pero cuando puso en marcha el Mustang de Diana y torció hacia el norte por la autopista de Boulder viendo cómo las luces de la Suburban se alejaban a gran velocidad por delante de ellos, el chico dejó escapar una risita.

Mavranos volvió rápidamente la cabeza hacia él.

–Bien, Oliver, ¿ha ocurrido algo gracioso de lo que no me haya enterado?

El chico frunció el ceño.

–Mi nombre…

–He oído decir que te llaman Perro Mordedor.

Oliver se relajó. – ¿Algo gracioso? – dijo -. No lo sé. Quizá resulte gracioso que un niño crezca de golpe en una noche. – ¿Quién ha hecho eso? ¿Tú?

–Claro. Mis amigos me han explicado que la vida y la muerte están en las cartas, y que si alguien cercano a ti muere lo que has de hacer es encogerte de hombros y seguir jugando. No me había dado cuenta de que tenían razón…, hasta ahora.

Mavranos recordó la noche en que una de sus hijas había sido arrestada por robar en una tienda de discos. Tenía quince años, y cuando Mavranos fue a la tienda para recogerla se mostró tan desafiante como si ya no le quedara más salida que una vida de crímenes y estuviera convencida de que debía empezar a comportarse como una criminal lo más deprisa posible.

Acordarse de eso hizo que Mavranos decidiera emplear su tono de voz más afable.

–No eres responsable de esto. Le diste esquinazo esta noche cuando estabais jugando, de acuerdo, y eso estuvo mal pero no es culpa tuya que…

–Lo hecho hecho está.

Mavranos estaba empezando a impacientarse. – ¿Quiénes son esos amigos tuyos? ¿Quiénes son esos tipos tan importantes que te han puesto el apodo de Perro Ladrador? – ¡Tú te llamas Arquímedes! – replicó secamente Oliver-. ¿Crees que no es un…, un nombre de mierda? – Hizo unas cuantas inspiraciones profundas y aquella extraña calma de antes volvió a adueñarse de él-. Pero… Sí, más o menos. La gente ya me llamaba así, pero esta noche lo convirtieron en mi nombre del club. Es mi persona, si es que puedes entenderlo… Van de un lado a otro en furgonetas blancas El Camino, pero quitan El y la C del logotipo del parachoques para que sólo quede "amino". Se llaman los Amino Ácidos. – ¿Y todos tienen vehículo? ¿Qué edad tienen esos chicos?

–No son chicos, son…

El niño se quedó callado de repente y cuando Mavranos le miró al principio tuvo la impresión de que estaba intentando no echarse a llorar. Después abrió los párpados y sus ojos giraron hacia arriba, y Mavranos pensó que tendría que seguir a Crane hasta el hospital porque Oliver parecía estar sufriendo un ataque; pero un instante después el niño se relajó y contempló lo que tenían delante con expresión hosca. – ¿Estás bien, chico? – le preguntó Mavranos, que se había puesto bastante nervioso.

–No soy un chico.

No volvieron a hablar hasta que Ozzie, Diana y Crane se reunieron con ellos en el bar-carrusel.

Mavranos le describió la conversación a Crane mientras el bar giraba lentamente, y sintió una vaga curiosidad al darse cuenta de que Crane aún no había tocado ninguna de sus dos cervezas.

–Tu hermana tiene un crío muy raro -concluyó Mavranos-.

Estaba oyendo hablar a un niño pequeño, desde luego, pero era como si una parte suya se hubiese secado…, como si se hubiera despedido de la infancia con un beso y se hubiera convertido en adulto porque no podía hacer otra cosa, como he leído que puede ocurrir cuando se le quitan ciertas glándulas a una larva y ésta se envuelve en un capullo antes de lo que debería, y la mariposa adulta que acaba saliendo de él es una criatura deforme y horrible que no puede volar y tiene que arrastrarse.

Crane estaba pensando en el club de los Amino Ácidos y en la observación de que "todo estaba en las cartas", y acabó decidiendo que tenía que contárselo a Ozzie.

Mavranos señaló las dos botellas de cerveza que había delante de Crane. – ¿Vas a beberte esas cervezas?

Crane cogió una, la olisqueó y acabó dejando escapar un suspiro.

–No -dijo-. Puedes quedártelas.

Mavranos cogió una botella y la inclinó para llevársela a la boca…, y un instante después se atragantó y volvió a dejarla sobre la mesa. La espuma se deslizó por su cuello, brotó de la botella y empezó a formar un charquito encima de la mesa.

Mavranos tosió y miró a su alrededor con expresión avergonzada.

–Debo de haber tirado un poco de ceniza de cigarrillo dentro sin darme cuenta. La ceniza de los cigarrillos hace que empiecen a echar espuma como locas.

Crane asintió, pero sospechaba que la responsable era Susan. Debía de estar irritada por la grosería de Crane. Había pedido las cervezas y luego había cambiado de parecer y se las había pasado a un amigo, y eso significaba que acababa de rechazarla.

–Deja que te invite a una Coors, Arky -dijo obligándose a usar un tono de voz jovial y despreocupado-. Creo que tampoco vas a tener mucha suerte con la otra botella.

Conseguir una habitación pagándola con dinero en efectivo demostró ser lo más sencillo del mundo, y Crane fue en línea recta hacia el teléfono después de que Mavranos hubiese abierto la puerta. Telefoneó a la policía metropolitana y le pusieron en comunicación con el detective Frits, quien anotó el número de la habitación.

–Oh, señor Crane -añadió Frits-, un equipo de agentes fue a la autopista Boulder y encontró ese cobertizo. Dicen que había sangre, cristales rotos y una silla con trozos de cinta adhesiva pegada a ella y un arma tirada sobre la arena fuera del cobertizo, pero no había nadie. Unas huellas de neumáticos detrás del cobertizo indican que puede haberse marchado en un coche muy pequeño.

–Vi el coche -se apresuró a decir Crane-. Se me olvidó mencionárselo… Es una cosita que parece una caja, algo así como un Volkswagen británico…, un Morris. Estaba tan cubierto de polvo que no había forma de adivinar su color.

–Ah. Eso nos ayudará, gracias.

Crane colgó el auricular y Mavranos abrió la puerta que daba al pasillo.

–Voy a recorrer la ciudad, Pogo -dijo -. Tienes tu llave, ¿no?

–Sí. Que te diviertas. – ¿Cómo podría no hacerlo en una noche como ésta? – respondió Mavranos con voz opaca.

Salió de la habitación, cerró la puerta a su espalda y movió el picaporte haciéndolo sonar para asegurarse de que había quedado cerrada.

Crane contempló la habitación. La alfombra y las sillas eran de un color rojo fuerte, y las paredes estaban cubiertas de rayas azules, rosas y rojas. Apagó la luz.

Se desnudó envuelto en aquella misericordiosa penumbra que casi llegaba a ser oscuridad y se metió en la cama que había junto a la ventana preguntándose si conseguiría dormir. Durante el último centenar de horas se había convertido en un noctámbulo, pero se suponía que en aquella ciudad eso no tenía ni la más mínima importancia.

Logró quedarse adormilado, pero abrió los ojos unas cuantas horas después…, y tensó los músculos sintiendo cómo el sudor brotaba de repente de sus poros para cubrir todo su cuerpo.

Una rata que casi era lo bastante grande para parecer una zarigüeya colgaba de la pantalla de la lámpara que había al otro extremo de la habitación. La rata se estaba comiendo muy despacio un insecto muy grande -uno de esos escarabajos blancos conocidos como gorgojos de ¡a patata o grillos de Jerusalén que los españoles llaman niños de la tierra -, haciendo girar su pata libre y bajando la cabeza y volviéndola a subir de tal forma que sus ojos brillaban al reflejar la luz que entraba por la rendija de las cortinas. El insecto también se movía lentamente y agitaba sus largas y gruesas patas llenas de articulaciones. Toda aquella actividad no creaba ningún sonido.

Crane se limitó a contemplar el espectáculo suspendiendo todo juicio consciente mientras su corazón latía a toda velocidad.

Permaneció totalmente inmóvil, tan rígido como una estatua y casi sin respirar, durante lo que quizá fueran diez minutos y observó cómo la rata devoraba al escarabajo, y después de hacerlo la rata dejó de moverse. Primero la cabeza detuvo su lenta oscilación, y después la larga cola que había estado flexionándose en el aire se enroscó alrededor del cuerpo y desapareció. El insecto ya no existía y las patas delanteras de la rata se doblaron, y a partir de entonces el bulto de oscuridad suspendido de la pantalla de la lámpara ya no hizo ningún movimiento más.

Crane estiró el brazo desplazándolo con la misma inquietante lentitud que habían estado utilizando los dos bandos que habían tomado parte en aquel combate de animales y encendió la lamparita que había al lado de su cabeza.

La repentina claridad amarilla le permitió ver que la masa oscura pegada a la pantalla de la lámpara no era más que su camisa, arrojada allí descuidadamente cuando se había quitado la ropa.

Crane vio que Mavranos aún no había regresado. Salió de la cama y fue hacia la lámpara. Se quedó inmóvil durante un rato contemplando su camisa, y acabó levantándola con mucha cautela y la arrojó a una esquina de la habitación.

Volvió a meterse en la cama -su facultad de emitir juicios seguía inactiva-, cerró los ojos y esperó a que el sueño le reclamara.

–He visto a su amiguito entrando y saliendo -dijo pacientemente Trumbill-, pero hasta el momento ella aún no ha aparecido.

Estaba sentado en una silla junto al marco de aluminio de la ventana y sólo llevaba puesto un holgado par de pantalones cortos blancos. Aparte de la silla el austero apartamento sólo contenía una mesilla de televisión, un teléfono, dos ventiladores en funcionamiento, una nevera de plástico y un montón de tubos de antitranspirante Ban vacíos esparcidos alrededor de las patas de la silla. Trumbill estaba esparciendo el contenido de un tubo recién abierto sobre los tatuajes de colores chillones que cubrían su enorme vientre.

Había alquilado a toda prisa aquel apartamento al amanecer, y aunque el propietario había conseguido conectar el teléfono el aparato del aire acondicionado no funcionaba, y Trumbill estaba perdiendo su preciosa humedad corporal a pesar de los antitranspirantes.

–Seguiré insistiendo en lo del aire acondicionado -dijo Betsy Reculver,- que estaba de pie detrás de él-, pero tienes que quedarte aquí. No podemos perderla tal como perdiste a Se…, como perdiste a Crane en California.

La alfombra barata no conseguía amortiguar los ecos quebradizos de su voz.

Trumbill le alargó el tubo de Ban sin apartar los ojos de la ventana. –¿Te ocupas de mi espalda?

–Olvídalo Trumbill pudo captar claramente la repugnancia que había en su voz.

Se encogió de hombros y siguió esparciendo Ban sobre su carne densamente ilustrada sin apartar la mirada del hueco entre las cortinas a través del que podía ver el dúplex blanco que se alzaba al otro lado de la calle.

Deseó estar en casa haciendo las labores domésticas o rastrillando su jardín de gravilla, o transportando el viejo cuerpo de León a alguna parte en el Jaguar con aire acondicionado, pero comprendía que aquello tenía que hacerse. Estaba claro que aquella mujer era la Diana a la que intentaban encontrar. El informe policial había relacionado a la Diana que vivía en la dirección del dúplex con Scott y Ozzie Crane, y Betsy enseguida se había dado cuenta de que la dirección era Isis en Venus. – ¿No lo has gastado todo? – preguntó Betsy.

Durante un momento Trumbill pensó que había cambiado de parecer en cuanto a lo de untarle la espalda, pero la mujer estaba junto a la mesa y sostenía en su mano una masa de semtex rosa tan grande como un puño.

–Con toda esa cantidad se podría volar la mitad de la calle -dijo-. Los dos trozos que eran como pelotas de golf que pegué a las rejas del sótano serán más que suficientes…, y aunque sólo he colocado esos dos trozos no pienso estar pegado a esta ventana cuando lo haga estallar. Estaré en el pasillo al otro lado de la esquina.

–Parece…, parece mazapán.

–Adelante, haz un cerdito con él. No puede estallar sin un detonador. Probablemente hasta podrías comerlo sin que te ocurriese nada.

La mujer se estremeció y dejó el trozo de semtex sobre la mesa.

–Supongo que te gusta esta decoración -dijo pasados unos momentos.

Trumbill se permitió lanzar una rápida mirada a la desnudez de las paredes amarillas y el techo lleno de manchas.

–Pintado de blanco y mucho más fresco no estaría nada mal. – ¿Qué tienes contra las cosas más…, con más vida?

"Las amo, Betsy -pensó Trumbill-, pero quiero que todas estén dentro de las fronteras de mi piel." -¿No tienes que ir a ver a Newt?

–No hasta esta tarde, pero… Muy bien, te dejaré a solas. – Trumbill oyó el sonido de sus pies moviéndose sobre la alfombra en dirección a la puerta-. Pero te llamaré cada quince minutos más o menos -añadió.

–No hace falta que me llames -dijo Trumbill, pero la mujer ya había cruzado el umbral y acababa de cerrar la puerta detrás de ella.

Aquello significaba que la tendría al teléfono cada dos por tres durante todo el día…, a menos que Diana apareciese de una vez. Trumbill suspiró, clavó los ojos en el dúplex y metió la mano en la nevera para coger una de las tiras de carne de cordero cruda.

Los rayos del sol del mediodía que entraban por la ventana ardían con un resplandor rojo en el pisapapeles con forma de prisma que el detective Frits tenía sobre su desordenado escritorio, pero naturalmente el despacho estaba helado. Crane se había instalado en una silla giratoria enfrente de la que ocupaba Frits, y estaba deseando haberse traído una chaqueta. Su taza de café seguía humeando junto al canto del escritorio, pero ya casi se la había acabado y Crane aún no quería apurarla hasta el final.

Crane acababa de contar a Frits la misma historia que había contado al agente de la policía metropolitana la noche anterior, y el detective estaba pasando las páginas de un cuadernillo de anotaciones aparentemente al azar y sin buscar nada en concreto. Su rizada cabellera castaña estaba desordenada y el nacimiento del cabello ya había empezado a apartarse de su amplia frente, y cuando Crane estrechó su mano por primera vez pensó que aquel detective alto y flaco probablemente había sido músico de rock durante su no tan lejana juventud.

Los pensamientos de Crane estaban muy lejos del pequeño despacho y el desgarbado detective.

"Apostarlo todo…"

Crane no estaba seguro de si su alucinación de anoche -la visión de la rata devorando el escarabajo- había sido el fruto de un leve ataque de delirium tremens o no, pero tanto si lo era como si no había tomado la decisión de mantenerse sobrio.

Cuando él y Mavranos iban a la cafetería del Circus Circus a desayunar aquella mañana una mujer de mediana edad había interpuesto un cochecito de bebé en su camino y había pedido a Crane que curase a su hijito tocándole. Crane había rozado la frente del bebé para librarse de ella -fuera cual fuese su problema no hubo ninguna mejoría visible -, pero cuando le pusieron delante sus huevos fritos con bacon un rato después Crane pensó que aquella mujer quizá no fuese una simple chiflada. Quizá había captado qué clase de…, de príncipe heredero era Crane.

Y también le pasó por la cabeza que a pesar de que había aceptado el dinero por la mano de asunción en el sesenta y nueve Diana quizá no fuese

la única persona que podía convertirse en un blanco capaz de devolver los disparos…, que, por utilizar la expresión de Ozzie, podía apostarlo todo. Quizá la única forma de sobrevivir era desafiar a su auténtico padre en los términos fijados por el viejo.

Frits había detenido su hojear en una página del cuadernillo de anotaciones y acababa de alzar la mirada hacia él.

–Así que ustedes tres decidieron hacer una visita a su hermana adoptiva.

Crane parpadeó y se obligó a prestar atención a lo que acababa de decirle.

–Exacto.

–Y Mavranos es su vecino…, vive al lado de usted en Santa Ana.

–Exacto. Tiene cáncer, y nunca había estado en Las Vegas. – ¿Y dónde vive su padre adoptivo?

–No lo sé -dijo Crane meneando la cabeza y pidiéndole disculpas con una sonrisa-.

Nos encontramos con él por casualidad en Isla Balboa. – Se encogió de hombros -. Fue una de esas decisiones que se toman al momento, ya sabe.

–Casi toda la gente que viene aquí hace lo mismo.

Frits suspiró y siguió pasando las páginas de su cuadernillo de anotaciones.

Crane asintió y cogió su café con una mano que ya no temblaba, y no permitió que su rostro, su respiración o cualquier otra reacción visible delatara el alivio que sentía.

Frits alzó la mirada y al verle sonreír Crane pensó que iba a hacer otra observación sobre los viajes improvisados a Las Vegas. – ¿Por qué gritó "Todo el mundo al suelo" cuando el Porsche se detuvo?

–Me pareció obvio que no era un buen samaritano que venía a ayudarnos -dijo Crane al instante comprando la virtud de una réplica aparentemente no muy meditada al precio de comprometerse con un comienzo aleatorio -. Después de todo había dos vehículos aparcados tocándose el uno al otro como si estuviéramos usando cables de batería, y cuatro adultos y un par de niños visibles. – Ya lo tenía-. Estaba claro que no necesitábamos ayuda. Pensé que tenía que ser un socio del secuestrador, un observador que nos había estado vigilando desde lejos y que había acudido a toda velocidad en cuanto Arky llegó con la Suburban y bajó de ella con un arma en la mano.

–Y de hecho luego disparó contra el niño.

–Exacto -dijo Crane. Se acordaba de lo que le había dicho al agente de policía la noche anterior, por lo que siguió hablando-. Pero después Diana nos contó que aquel tipo del Porsche había intentado ligar con ella y tuve la impresión que se trataba del mismo al que Ozzie había llamado zombi el día anterior…, y parece que no era socio del secuestrador después de todo. – Meneó la cabeza-. Aunque tal como acabaron saliendo las cosas es como si lo fuese.

Frits le contempló en silencio. Crane le devolvió la mirada, al principio con el rostro inexpresivo y luego con una débil sonrisa de interrogación, la misma que habría empleado con alguien que tardara mucho rato en abandonar la partida o decidir si aceptaba un farol.

–Podría hacerle arrestar -dijo Frits. – ¿Por qué motivo? – se apresuró a preguntar Crane, y no necesitó fingir alarma-. ¿Por disparar contra el chiflado que secuestró al niño o por disparar contra el Porsche?

–Digamos que por disparar contra el Porsche. – Frits siguió mirándole durante un momento, y Crane se limitó a devolverle la mirada con los ojos un poco más abiertos que antes-. ¿Dónde conoció a Alfred Funo? – preguntó Frits.

Crane dejó escapar el aliento.

–Supongo que es el nombre del tipo que ocupó la habitación contigua a la nuestra en el motel, ¿no? Nunca lo había oído antes. ¿Cómo iba a conocerle? ¿Vive en el condado de Orange?

–No, en el condado de Los Ángeles.

–Nunca había oído el nombre de ese tipo. Nunca había visto el coche antes del día de ayer, a menos que pasara a mi lado por la autopista en algún momento.

Frits dejó transcurrir tres segundos que Crane encontró muy largos, antes de volver a bajar la mirada hacia su cuadernillo de anotaciones. – ¿Se aloja en el Circus Circus?

–Exacto, en la habitación a nombre de Mavranos.

–De acuerdo. – Frits se echó hacia atrás y sonrió-. Nos mantendremos en contacto.

Gracias por venir.

Crane se inclinó hacia adelante frunciendo el rostro en una mueca de concentración.

–Oiga, puede que esta…, esta actitud amenazadora y estas insinuaciones sean el procedimiento habitual, pero si realmente cree que estoy involucrado en este asunto me gustaría que me lo dijera claramente para que pudiera explicarle lo que sea que no ve claro. No…

Frits había estado asintiendo con expresión comprensiva. El detective alzó una mano y Crane dejó de hablar.

–Gracias por venir -dijo Frits.

Crane vaciló y acabó dejando el café sobre el escritorio.

–Eh… Gracias a usted.

Se levantó de la silla y salió del despacho.

Mavranos le estaba esperando en la camioneta.

–No has tardado mucho -dijo después de que Crane entrara y cerrase la puerta-. ¿Y Diana y Ozzie? ¿Estaban ahí?

–No -dijo Crane -, supongo que habló con ellos previamente. Habría preferido que Ozzie no se los hubiera llevado a todos antes de que tuviéramos ocasión de comentar la historia un rato. "¡Nos encontramos con Ozzie en Balboa por casualidad, lo dejamos todo y nos fuimos corriendo a Las Vegas!" ¿Qué tal se comportó ese detective contigo?

–Como si todo fuese una…, una mera formalidad. – Mavranos puso en marcha el motor y la Suburban vibró -. Se limitó a hacerme recitar toda la historia. ¿Por qué lo preguntas? ¿Estuvo duro contigo?

–Sí, un poco.

–Uh. Bueno, por lo menos sigues libre.

Mavranos hizo girar la camioneta azul y atravesó el aparcamiento en dirección a la salida que daba al Strip.

–Oye, voy a probar suerte en las apuestas deportivas del Caesars…, tienen una sala tan grande como un hangar de aviones en la que debe de haber algo así como cien pantallas de televisor adornando la pared, y los efectos de lo que aparece en las pantallas se extienden en ondulaciones sobre las personas que las están observando igual que el viento sobre un campo de trigo. Puede que encuentre una pista allí. ¿Quieres venir conmigo o te dejo en algún sitio?

–Sí, puedes dejarme en…, en el próximo salón de lectura de cartas que veas.

Mavranos le lanzó una mirada llena de curiosidad.

–Creía que Ozzie te había dicho que se suponía que debías mantenerte alejado de esa clase de cosas.

Crane se frotó el rostro, y se preguntó si tendría aspecto de estar tan agotado como se sentía.

–Ese consejo sólo tiene validez si echo a correr con la esperanza de que conseguiré mantenerme escondido. Si quiero hacer algo creo que tendré que enfrentarme con…, con eso, con ellos o con lo que sea.

Mavranos suspiró y acarició con los dedos de una mano el pañuelo que llevaba anudado debajo del mentón. – ¿Nos has llevado a morir en el desierto porque no había tumbas en Egipto? – dijo en voz baja casi como si hablara consigo mismo. – ¿Tu amigo Eliot?

–El Éxodo. La Biblia tiene montones de pasajes muy interesantes, Pogo.

Crane meneó la cabeza.

–Ozzie me dijo que no empezara a leer libros que tuvieran muchas páginas.

24

Fragmentos del Libro de Thot A comienzos de la tarde Betsy Reculver había llamado a Trumbill una docena de veces para preguntarle si Diana aún no había aparecido o si había visto a Crane, y se había quejado de todo lo imaginable desde dolores en las articulaciones hasta las pésimas lecturas que estaba obteniendo de las cartas que salían en sus solitarios.

Durante su última llamada -después de haberle vuelto a advertir de que no debía permitir que Diana Ryan se le escapara – Trumbill oyó el sonido del timbre de su puerta seguido por los ladridos de LaShane. – ¿Es Newt? – preguntó Trumbill.

–Deja que lleve mis viejos y cansados huesos hasta un sitio desde el que pueda ver la pantalla.

Trumbill oyó cómo su respiración se hacía un poco más ruidosa, y el teléfono portátil dejó de transmitirle sonidos después de que la mujer cruzase un umbral.

Trumbill pensó en lo aliviado que se sentiría cuando la nueva partida hubiese terminado y el alma de Georges León tuviera a su disposición cuerpos nuevos a los que animar y pudiese emplear todo el lote concebido y pagado en 1969.

"El pobre tipo debe de echar de menos sus pelotas -pensó Trumbill-. Veinte años es un período de gestación muy largo si necesitas a los chicos, especialmente cuando no te queda otro remedio que concebir más antes de que puedas tener acceso al lote original…

Es una forma muy extraña de llegar a ser Rey."

Trumbill suponía que en el pasado los Reyes Pescadores se habían limitado a tener hijos y que no necesitaban matar las mentes de sus hijos y robarles los cuerpos, y creía que un Rey así habría reinado sobre una tierra verde y fértil y no sobre un desierto estéril, y que habría compartido su poder con una Reina. Habría tratado cara a cara con las inmensas y antiquísimas entidades que eran conocidas con los nombres de Arquetipos o dioses, y no mediante la mediación formal y a distancia de aquellas cartas terribles.

Oyó el gruñido de sorpresa lanzado por Reculver.

–Dios mío, Vaughan -dijo la mujer-, es ese tipo. ¡Es Al Funo! Y está hecho un desastre… No se ha afeitado, y no para de temblar. – Trumbill oyó el chasquido del intercomunicador de Reculver-. ¿Sí?

Después oyó la voz de Funo. Los dos altavoces por los que debía pasar antes de llegar hasta él hacían que sonara levemente metálica.

–Necesito hablar con usted, señora Reculver.

–Concierta una cita -dijo Trumbill-. Piensa en algún sitio en el que podamos verle.

–Eh… Podemos verle en… -dijo Reculver alzando la voz para que se la oyera claramente a través del intercomunicador-. Podemos volver a quedar en la Deli de Lindy, en el Flamingo. – ¡Necesito hablar con usted ahora! – gritó Funo.

–No -dijo Trumbill al instante.

El intercomunicador chasqueó al ser desconectado. – ¡Vaughan, si no hablo con él se marchará, y es la única pista que puede llevarnos hasta Diana! No volverá al apartamento que estás vigilando, no es tan estúpida… ¡Que estés sentado allí como un maldito sapo es una pérdida de tiempo! He de hacerlo todo yo sola, ¿verdad?

–Betsy, métete en el cuerpo de Hanari, ¿quieres? Funo está chiflado…

–Se va… -Trumbill oyó un golpe ahogado y comprendió que la mujer acababa de dejar el teléfono sobre la mesita que había al lado de la puerta

principal, y un instante después volvió a oír el chasquido del intercomunicador-. Muy bien -oyó que decía-, entre.

Oyó el click que hizo la cadena de seguridad al volver a ser colocada en su sitio.

Trumbill se puso en pie, y su vientre multicolor se balanceó delante de la ventana del austero apartamento que daba a la avenida Venus. – ¡Coge un arma al menos! – gritó por el teléfono -. ¡Maldita sea, Betsy, coge un arma!

Oyó los ladridos de LaShane al otro extremo de la línea telefónica seguidos por el inconfundible bam de un disparo a muy poca distancia del auricular. Un instante después oyó un segundo disparo. El perro dejó de ladrar.

–Mierda -murmuró Trumbill, y lanzó una mirada de impaciencia al dúplex que se alzaba al otro lado de la calle mientras sus dedos apretaban el auricular del teléfono -. ¿Betsy? – gritó-. Betsy, ¿estás bien? ¡Respóndeme enseguida o llamaré a la policía!

Sabía que si podía oírle cogería el teléfono y le ordenaría que no lo hiciera.

Pero lo único que podía oír era el suspiro casi imperceptible de la línea. – ¡Betsy! – volvió a gritar. La calle vacía era como un gran bostezo al otro lado del cristal de la ventana-. Betsy, ¿qué ha ocurrido?

Arrojó el tubo de Ban al suelo y desconectó los dos ventiladores para oír mejor cualquier sonido que pudiera llegar desde el otro extremo de la línea.

Acabó oyendo un click, como si alguien hubiera cogido una extensión.

–Cinco-cinco-cinco tres-ocho-uno-cero -dijo una voz de mujer joven-, aquí la operadora con una interrupción de emergencia de Richard Leroy en el cinco-cinco-cinco tres-cinco-nueve-tres. ¿Tendría la bondad de dejar libre la línea?

–Sí -murmuró Trumbill tensando las mandíbulas. Oyó otro chasquido.

–Vaughan, soy yo -dijo una estridente voz masculina un instante después-. Estoy dentro de Richard. – Richard estaba jadeando-. ¡Je-Jesús, me disparó! – Hizo una pausa para toser, y Trumbill se alegró de que no le hubiese telefoneado desde el asmático cuerpo de Beany-. Funo me disparó. Me desangré encima del umbral y me morí diez segundos después de que me hubiese disparado y echado a correr. – Durante un momento Trumbill sólo pudo oír sus jadeos -. Merde, Vaughan -siguió diciendo Richard-, ¡el cuerpo de Reculver está tirado allí medio dentro y medio fuera del

apartamento! – ¿Dónde estás? – ¿En la casa de Richard? No lo sé, estoy en un pasillo donde hay un teléfono…, supongo que es la biblioteca de la universidad, sólo la he visto un momento, el tiempo suficiente para llegar hasta un teléfono. Ahora sólo veo a través de Beany. Dentro de Beany estoy llamando un taxi delante del Flamingo; eso me llevará a casa más deprisa que ir hasta mi coche en el campus. ¡Maldita sea, espero que nadie haya avisado a la policía para informar de que ha oído disparos o avisar de que ha visto ese pobre cuerpo! – ¿Crees que el viejo Newt tendrá el suficiente sentido común para entrarlo?

–Newt… Buena idea. Quizá… Hace treinta años que me debe su alma; y supongo que no querrá verse metido en ningún lío con la policía. Claro que si lo ve desde la calle quizá se limite a pasar de largo en el coche.

Trumbill dejó escapar un lento y ruidoso suspiro.

–Creo que debería quedarme aquí.

–Sí, claro. Cuando dije que Diana no aparecería por ahí no estaba pensando con claridad. Quédate ahí y mátala. No puedo permitir que haya una Reina de Corazones en circulación mientras sólo dispongo de tres cuerpos… Trabajaré a través de Richard y Beany.

Trumbill sabía que el viejo no querría ocupar el cuerpo de Art Hanari. Era su artículo preferido de exhibición, tal como lo había sido Richard la última vez. Querría que Hanari estuviera descansado y lo más hermoso posible para dirigir la nueva serie de partidas de asunción. – ¡Renaissance Drive, esquina de Tropicana y la Este! – gritó de repente la voz de Richard.

La conexión se interrumpió.

Trumbill comprendió que el último grito había sido un eco involuntario del viejo Beany gritando la dirección a un taxista delante del Flamingo, y que Richard se lo había transmitido desde la biblioteca de la universidad.

Unas cortinas en las que había estampadas siluetas ocultaban las ventanas de la habitación, y aunque había unos cuantos tubos fluorescentes encendidos alrededor de las estanterías y vitrinas que se alineaban a lo largo de la pared de atrás, después de que Crane hubiese entrado y cerrado la puerta a su espalda casi toda la luz disponible procedía de una lámpara de hierro negro colocada sobre la gran mesa redonda.

Un hombre bastante mayor, delgado y con una barba blanca, dejó un libro a un lado y se puso en pie, y Crane vio que llevaba una túnica de satén

azul. "Bueno, al menos se esfuerza por crear atmósfera", pensó Crane nerviosamente. – ¿Puedo ayudarle en algo, señor? – preguntó el hombre.

–Eh… Espero que sí -dijo Crane -. Necesito que me echen las cartas.

La fría atmósfera olía débilmente a incienso y limpiador de alfombras, y le recordó que su aliento probablemente debía de oler a cebollas. Mavranos había insistido en que hiciesen una parada para comer una hamburguesa de queso, aunque después de entrar en el local Mavranos se había limitado a dar unos cuantos mordiscos a la suya.

–Muy bien. – Si había captado el olor de las cebollas había decidido no hacer ningún comentario al respecto -. Tenga la bondad de sentarse a la mesa. Me llamo Joshua.

–Scott Crane.

La mano de Joshua estaba fría y fláccida, y Crane la soltó después de darle dos débiles apretones.

El anciano abrió la puerta para colgar un letrero de plástico sobre el que se leía "Se ruega no molestar" del picaporte, y volvió a ocupar su asiento en el lado norte de la mesa mientras Crane se instalaba en el cómodo sillón de cuero que había enfrente de él. La mesa estaba cubierta con un cristal y era tan grande que si hubieran estado jugando al ajedrez Crane habría tenido que estirarse para mover las piezas más alejadas.

–Una lectura normal, es decir, echar las diez cartas con las cartas de los veintidós Arcanos Mayores, son cincuenta dólares -dijo el anciano. – ¿Hay…, hay alguna lectura más concienzuda?

–Sí, señor Crane. Podría hacer un despliegue en herradura con las setenta y ocho cartas. Requiere bastante más tiempo, pero también revela más cosas y cobro cien dólares por ella.

–Vayamos a por la herradura.

Crane sacó un billete de cien dólares de su bolsillo y lo puso sobre el cristal. Crane pensó que si hubiera alguien observándoles probablemente esperaría que el anciano lo tapara con otro billete de cien dólares sacado de su bolsillo y que luego repartiese una mano de póquer, pero los largos y pálidos dedos de Joshua se limitaron a hacer desaparecer el billete de Crane.

Joshua empezó a desplegar un paño cuadrado de tela púrpura de grandes dimensiones que había levantado de lo que resultó ser una caja de madera pulimentada. – ¿Le han echado las cartas del tarot con anterioridad?

–No…, no lo creo. No, la verdad es que no. ¿No puede llevar a cabo el…, el procedimiento con cartas de una baraja normal?

–De una forma tosca, sí. – Joshua sonrió mientras abría la caja y sacaba de ella una baraja de cartas más grandes de lo normal con el reverso adornado por un dibujo de cuadrados -. Pero la lectura resulta tan imprecisa que no aceptaría dinero a cambio de hacerla, y no la recomiendo para responder a ninguna pregunta mínimamente seria. El tarot es el instrumento original, y las cartas que se usan en los casinos no son más que una forma simplificada y truncada concebida para los juegos. Esto no es un juego - añadió clavando los ojos en el rostro de Crane, y no sonreía.

–No estaría aquí si creyese que lo era.

Crane se reclinó en el sillón ocultando el nerviosismo que sentía. Era la tercera vez en que iba a exponerse a las cartas del tarot, y la primera en que las cartas le hablarían respondiendo a una pregunta formulada por él, y Crane no estaba muy tranquilo. – ¿Cómo funciona? Quiero decir… ¿Cómo se las arreglan las cartas para averiguar cosas sobre mí?

–Si le dijera que lo sé con certeza le mentiría. – Joshua había esparcido las cartas boca abajo sobre el paño de seda y estaba moviéndolas de un lado a otro con las dos manos-. Algunas personas creen que es pura magia, y tengo en mi poder un librito ridículo que le dirá que los rayos vibratorios emitidos por sus dedos se las arreglan para combinarse con el oxígeno de la habitación decidiendo qué cartas han de salir. – Joshua había vuelto a reunir las cartas e hizo chocar suavemente los bordes del mazo con el cristal para igualarlos-. El hecho es que funciona.

Formó un puente con los dedos debajo del mentón después de haber dejado el mazo de cartas delante de él.

–Puede que sean los fragmentos que han sobrevivido del Libro de Thot -dijo Joshua-. Se supone que el libro fue recopilado por el dios Thot y que fue difundiéndose de forma muy discreta a partir de los primeros reinos egipcios. Jámblico, el sirio del siglo cuarto, afirmaba que los cultos mistéricos de Osiris encerraban a los iniciados en una habitación sobre cuyas paredes estaban pintadas veintidós imágenes simbólicas capaces de producir efectos muy considerables…, y esas imágenes son las veintidós cartas de los Arcanos Mayores, las cartas que no pertenecen a ningún palo que han sido suprimidas de la baraja moderna que se emplea para los juegos de azar. Sea lo que sea lo que representan las cartas no cabe duda de que

producen… resonancias muy claras y potentes al entrar en contacto con ciertos elementos de la psique humana, de la misma forma que el diapasón de un afinador de pianos puede hacer vibrar una copa de cristal situada al otro extremo de la habitación. Creo que ya sea en un aspecto micro o macroscópico hay una consciencia detrás de ellas, y que las cartas captan nuestra presencia.

"Entonces probablemente me reconocerán -pensó Crane-. Sube a mi rodilla, Sonny Boy…"

Se limpió las palmas en las perneras de los pantalones.

–Y ahora quiero que limpie su mente dejándola vacía salvo por la pregunta que ha venido a formular -dijo Joshua-. Esto es serio, así que tómeselo en serio.

"Despeja tu mente para las cartas", pensó Crane.

Asintió e hizo una inspiración lo más profunda posible. – ¿Cuál es su pregunta? – preguntó Joshua.

Crane reprimió una sonrisa, y cuando habló su voz sonó firme y clara. – ¿Cómo puedo conseguir el empleo de mi padre?

Joshua asintió con la cabeza. – ¿Puede barajar las cartas? – le preguntó empujando el mazo hacia Crane.

–Sí.

Crane cortó el mazo y barajó las cartas rápidamente siete veces poniéndolas planas sobre la mesa de forma instintiva para no correr el riesgo de tener un atisbo de la última.

Después empujó el mazo devolviéndoselo a Joshua. – ¿Corto?

–No.

El anciano formó dos montones de cartas, uno el doble de alto que el otro. Después el montón más alto fue tratado de igual forma, y el montón más alto de los dos fue dividido según la misma relación dos por uno…

Joshua acabó obteniendo seis montoncitos de cartas. Cogió el que estaba más al oeste y empezó a colocar las cartas sobre la mesa formando una hilera vertical.

La primera carta era el paje de copas, una imagen de un joven vestido a la moda del renacimiento en pie delante de un océano estilizado sosteniendo en su mano un cáliz del que asomaba una cabeza de pez.

Crane se relajó sintiendo una mezcla de alivio y decepción. El dibujo era de estilo decimonónico, no una de las imágenes vividamente coloreadas

del quattrocento que había utilizado su padre. "Con esta baraja probablemente no ocurrirá nada", pensó.

El débil chasquido de la carta al entrar en contacto con la seda fue seguido por el golpeteo de las gotas de lluvia cayendo sobre el cristal de la ventana que había detrás de las cortinas.

"Cuando el cielo está gris", pensó Crane.

La carta siguiente era el Emperador, un rey muy anciano sentado en un trono con las piernas cruzadas en una postura bastante incómoda como a causa de una herida.

Un trueno que pareció sonar muy cerca hizo vibrar el cristal, y Crane oyó el chirrido de neumáticos y el estruendo metálico de una colisión automovilística en la calle. La lluvia caía con más abundancia y siseaba sobre el pavimento.

Joshua alzó la mirada con expresión sobresaltada, pero puso la tercera carta sobre la mesa.

Era el Loco, un joven que bailaba junto al borde de un precipicio mientras un perro intentaba morderle los talones.

Las cartas restantes salieron despedidas de la mano de Joshua y volaron hacia Crane, quien se agachó mientras silbaban y caían al suelo detrás de él. Una carta había chocado con su ojo de plástico, y durante un momento de sorpresa e incomprensión Crane volvió a ser un niño aturdido por el daño físico y el peso insoportable de la traición.

Pero se obligó a pensar y a recordar quién era y por qué estaba allí.

"Las cartas -se dijo enérgicamente -, ¿recuerdas? No llores, ya no tienes cinco años… Viniste a consultar las cartas. Parece que después de todo da igual qué baraja de tarot se utilice…"

El corazón le latía a toda velocidad.

"Pero la respuesta no me gusta -pensó-, o no la entiendo."

Crane dejó escapar el aliento que había estado conteniendo y se irguió mientras oía cómo las cartas seguían cayendo sobre la alfombra detrás de él. Giró sobre sí mismo moviéndose cautelosamente en el sillón. Las cartas se deslizaban de un lado a otro sobre la alfombra como si el edificio estuviese siendo sacudido por un terremoto de gran magnitud.

La lluvia caía a torrentes del cielo.

Joshua había echado su silla hacia atrás y se había puesto en pie.

–Salga de aquí -murmuró mirando a Crane. Tenía el rostro blanco-. No quiero saber quién es usted. Salga…, salga de aquí ahora mismo.

La respiración de Crane se había acelerado y el anhelo de tomar una copa era tan intenso que sus manos casi parecían garras, pero meneó la cabeza.

–Sigo necesitando una respuesta a mi pregunta -dijo articulando cuidadosamente cada palabra.

El anciano emitió un estridente gemido de miedo y preocupación. –¿Acaso no resulta obvio que no puedo ayudarle? Dios mío… Se calló.

Y de repente Crane estuvo seguro de que había estado a punto de decir algo como "¡Ni siquiera tal-y-tal podría ayudarle!". – ¿Quién? – preguntó Crane -. ¿Quién puede ayudarme?

–Vaya a ver al Papa. No lo sé. Si no se marcha de aquí ahora mismo llamaré a la policía…

–Conoce a alguien que juega a esto sin límites de ninguna clase, ¿verdad? Dígame quién es.

–Le juro que no conozco a nadie que pueda ayudarle, y llamaré a la policía si…

–Estupendo -dijo Crane con una gran sonrisa, y se puso en pie -. Si no me dice quién es volveré…, no, averiguaré dónde vive e iré allí y… -¿Qué podría asustar al anciano? – . Me desnudaré y haré un solitario en su porche usando una baraja de esas malditas cartas, yo… -Crane había empezado a gritar-. Llevaré conmigo una docena de cadáveres y jugaré a la asunción con ellos, y utilizaremos hostias de comunión como fichas. ¡Seré el jodido jack tuerto y jugaré por mi ojo! Alzó una mano hasta su cara, se quitó el ojo de plástico y extendió su puño tembloroso hacia el anciano.

Joshua se había derrumbado en su silla durante el estallido de ira de Crane y estaba llorando. Los dos hombres permanecieron en silencio durante unos momentos.

–De todas formas no importa -sollozó Joshua por fin -. No me atrevo a seguir en Las Vegas, no después de haber hecho esa lectura…, esa lectura parcial… -Su túnica azul estaba retorcida alrededor de su torso y le daba un aspecto entre ridículo y patético-. Maldito sea…, y tendré que buscarme otro trabajo. No podré volver a echar las cartas en lo que me quede de vida. Ahora conocen mi rostro… En el nombre de Dios, ¿por qué acudió a mí?

–Saqué una carta de la baraja y le tocó a usted -dijo Crane obligándose a no compadecerse del anciano. Volvió a colocar su ojo de plástico en la cuenca y fue hacia la ventana-. ¿Quién es?

Joshua sorbió aire por la nariz y se puso en pie.

–Por favor…, si aún queda algo de humanidad dentro de usted… ¿Cómo dijo que se llamaba?

–Crane, Scott Crane.

–Scott, si le queda algo de compasión humana no le diga que he sido yo quien le ha enviado. – Joshua se limpió los ojos con una manga de la túnica-. No sé cuál es su verdadero nombre; le llaman "Araña" Joe. Al parecer vive en una caravana cerca de Rancho, en la autopista Tonopa. Está a la derecha de la autopista, a dos horas de la ciudad…, una caravana y unos cuantos cobertizos con un cartel enorme en el que hay un dos de picas.

Las cartas habían dejado de girar sobre la alfombra. Joshua se arrodilló y empezó a usar el paño de seda para recogerlas tomando todas las precauciones posibles para asegurarse de que no las tocaba con los dedos.

–Scott, ¿querrá hacerme otro favor? – preguntó con voz temblorosa. Crane asintió-.

Coja estas cartas…, coja mis cartas y lléveselas con usted…, y llévese también su billete de cien dólares. No, no puedo usarlo para nada y aunque lo quemase podría atraer más atención psíquica hacia mí.

Crane había descorrido la cortina para observar la calle mojada por la lluvia.

–De acuerdo -asintió mientras se encogía de hombros.

Joshua bajó la cremallera de su túnica de satén azul y se la quitó moviéndose despacio y con gestos cansados. Debajo llevaba pantalones cortos y una camiseta de polo Lacoste.

Parecía en buen estado físico, como si se ejercitara continuamente, y de repente Crane tuvo la certeza de que su verdadero nombre era mucho más prosaico y menos impresionante que el bíblico que había escogido para su oficio.

–He oído decir que hay que cruzarle la palma de la mano con plata -dijo el anciano con voz cansada-. Consiga dos dólares de plata…, de plata auténtica, ¿entiende? Afirma que eso impide que las cosas le vean, que ciega los ojos de los muertos; es algo relacionado con la vieja costumbre de poner monedas sobre los ojos de un muerto.

Joshua arrojó el billete de Crane sobre la mesa al lado del mazo de cartas y Crane se inclinó para recogerlo todo.

Se metió el billete y las cartas en el bolsillo de la chaqueta.

–Iré a verle hoy mismo -dijo.

–No. – Joshua estaba detrás de una caja registradora que había junto a las estanterías, y los tubos fluorescentes empezaron a apagarse con una serie de chasquidos ahogados-. No hará nada mientras este mismo sol se encuentre en el cielo. Tiene que ser un nuevo día. Hoy todo está demasiado…, demasiado despierto.

Crane vio que las lágrimas seguían corriendo por las mejillas del anciano. – ¿Y un…, y otro billete de cien dólares que no fuera ése? – preguntó sintiéndose bastante incómodo.

–No puedo tocar su dinero. – El anciano estaba sacando billetes de la caja registradora, y parecía tratar de ocultarlos como si quisiera evitar que los ojos de Crane se posaran en ellos-. Y ahora, ¿por qué no se va? ¿No cree que ya ha hecho más que suficiente?

Los ojos de Crane se posaron en un estante lleno de "Remedios florales", y se preguntó para qué enfermedades podían necesitar remedio las flores. Después asintió sintiéndose cada vez más avergonzado y fue hacia la puerta, pero se detuvo después de haber dado un par de pasos y giró sobre sí mismo.

–Oiga, ¿es que creía que todo esto no tenía…, no tenía dientes para morder? – preguntó con voz enronquecida-. Quiero decir que… Usted se gana la vida con esto…, bueno, se la ganaba. ¿Creía que todo era un té para ancianas y universitarias? ¿No sabía que hay monstruos ahí fuera?

–Le aseguro que ahora lo sé -dijo el anciano-, y creo que usted es uno de ellos.

Crane contempló las inocuas pinturas, libros y frascos repletos de hierbas que llenaban la penumbra a su alrededor.

–Espero que esté en lo cierto -dijo.

Salió de aquel salón en el que ya no se volverían a echar las cartas y se alejó bajo el martilleo de la lluvia.

Su día ya había quedado dos días atrás, pero Snayheever se había vuelto a poner el sombrero de plumas indio. Las plumas se iban inclinando bajo la lluvia.

Estaba sentado sobre la hierba mojada de la angosta franja de terreno que corría a lo largo del Strip en el lado del Mirage. Delante de él -más allá de la barandilla en la que las oscuras siluetas de los turistas que enarbolaban cámaras de vídeo se empujaban las unas a las otras a pesar de la lluvia-, las revueltas aguas de la laguna se extendían hasta llegar a la base del volcán, y aunque el viento nocturno estaba impregnado por el olor de los tubos de escape y la tela empapada Snayheever tenía la sensación de estar a una gran profundidad bajo la superficie del agua. Cuando el viento hacía que las plumas mojadas entraran en su campo visual parecían frondas de helechos y algas marinas.

Eso le servía para mantener a raya el dolor de su mano destrozada. Cuando recobró el conocimiento la noche anterior se encontró yaciendo sobre el suelo de madera de su caja de la autopista de Boulder. Echó un vistazo a su mano derecha y lo único que hizo después fue llorar. La bala se había limitado a hacerla pedazos, y un dedo había desaparecido para siempre. Snayheever intentó volver a Las Vegas en el viejo Morris, pero llegar con la mano izquierda a la palanca del cambio de marchas le resultaba demasiado difícil y de todas formas no podía ver con claridad. Cada par de faros que se le aproximaba quedaba duplicado, y había dos lunas colgando en el cielo. Snayheever acabó abandonando el coche al lado de la cuneta y regresó a la ciudad a pie.

Había sido una caminata muy larga. Cuando empezó a ser capaz de ver con más claridad el dolor de su mano destrozada creció hasta convertirse en un palpitante ardor rojizo, y Snayheever obligó a su mente a hundirse en el nebuloso aturdimiento de la conmoción que se iba desvaneciendo poco a poco.

Se había sentido como un nadador que deja salir el aire de sus pulmones en un reguero de burbujas para poder sumergirse, y había comprendido vagamente que lo que estaba abandonando era algo parecido a su identidad, su personalidad y su voluntad, pero de todas formas nunca había considerado que tuviesen un gran valor.

Y las otras personas nunca le habían parecido estar realmente vivas, pero acababan de quedar disminuidas hasta convertirse en móviles llenos de ángulos que oscilaban impulsados por un viento carente de importancia y habían abandonado toda pretensión de poseer tres dimensiones. Snayheever acababa de comprender que las personas habían parecido poseer

profundidad y volumen físicos por la única razón de que siempre estaban de cara a él, y que la apariencia de sus superficies cambiaba en cuanto él se movía.

Las personas habían dejado de ser una distracción, y eso le permitía ver a los dioses.

Los había visto mientras caminaba por la acera del Strip bajo la lluvia de aquel anochecer sintiendo como si estuviese nadando y utilizaba su mano torpemente vendada igual que si fuera una aleta, y la irrelevancia del tamaño aparente hizo que en un momento parecieran empequeñecer con su mole los gigantescos casinos cuando caminaron junto a ellos y, al siguiente, que dieran la impresión de imitar los adornos de los capós de los coches que pasaban a su lado.

En la entrada del Imperial Palace había visto al Mago sentado ante una mesa cubierta por un fieltro verde sobre la que había una pila de monedas, una copa y un globo ocular; y la Muerte momificada había caminado por el centro de la calle moviéndose sobre piernas tan largas como zancos en las que las rodillas eran la parte más gruesa, esparciendo un lento temblor por las multitudes de siluetas que parecían hechas con líneas; y el Ahorcado se había balanceado en el cielo que se oscurecía sobre el Flamingo, y la plácida mirada invertida de aquel rostro puesto del revés se había posado sobre Snayheever.

Las siluetas que había delante de él estaban empezando a moverse de forma más nerviosa, y Snayheever se puso en pie. Las llamas habían empezado a brotar de la cima del volcán.

Pero de repente ya no era el volcán del Mirage. Era la Torre, altísima e inmensa, y tan vieja que sus piedras estaban erosionadas como las de una protuberancia natural del terreno, y un relámpago cegador cayó del cielo para golpear las ruinosas almenas de sus baluartes; trozos inmensos de la estructura giraron por el aire mientras caían moviéndose a cámara lenta, y una silueta envuelta en un manto que sólo podía ser el Emperador cayó con ellos.

Snayheever giró sobre sí mismo y se fue alejando lentamente entre la penumbra relativa de los casinos que se alineaban a lo largo del Strip.

25

Y te has reservado para mí Los nubarrones de tormenta se acumulaban sobre el desierto como navíos gigantescos. Las cortinas de lluvia empezaron creando neblinas de polvo, y después fueron llenando los lechos de los arroyos y las cañadas con torrentes de agua marrón. La larga curva de la 1-15 se oscureció y no tardó en reflejar los haces luminosos de los faros que se movían a lo largo de ella como lentas balas trazadoras.

En la calle Fremont los coches mojados relucían con el reflejo de los arco iris de neón, y los niños que esperaban a sus padres sobre las alfombras de las aceras se habían refugiado en las entradas de los casinos. El siseo de la lluvia era el sonido dominante.

Ahogaba el tintineo veloz como ráfagas de ametralladora de las máquinas tragaperras, y aunque los huelguistas apostados delante del Binion's Horseshoe seguían yendo de un lado a otro enarbolando sus pancartas la ausencia de su megáfono eléctrico había hecho que los gritos de la joven que encabezaba el piquete sonaran menos estridentes.

Dentro de los casinos lo único que podía revelar a la clientela que fuera estaba lloviendo era la ocasional vaharada a humedad que brotaba de una cabellera mojada, pero en las mesas de blackjack las cartas ganadoras quedaban reveladas en una de cada dos ocasiones, y las mesas en las que se jugara activamente a la ruleta resultaban difíciles de encontrar debido al número de ruletas que habían sido detenidas para someterlas a una comprobación porque daban el cero y el doble cero con más frecuencia de la que deberían hacerlo; y unos cuantos de los asiduos a las tragaperras más veteranos tuvieron que ser acompañados fuera del casino mientras lloraban y se quejaban de que las máquinas les estaban mirando.

Había mucho tráfico en el extremo sur de la calle Fremont -autobuses, viejos escarabajos Volkswagen, Rolls-Royce nuevos y una procesión de Chevrolet blancos modelo El Camino -, y había hileras de gente vestida con trajes de noche y fracs esperando pacientemente bajo la lluvia iluminada por las luces blancas delante de las capillas nupciales. Los grandes casinos del sur -el Sands, el Caesars Palace, el Mirage y el Flamingo- eran masas de colores chillones que ardían en la noche lluviosa.

Diana estrechó los pliegues del albornoz alrededor de su cuerpo en el tejado del inmenso edificio rosa y blanco del Circus Circus entre cables y tuberías, por debajo del bosque de antenas y platos de las parabólicas, y se estremeció mientras la lluvia tamborileaba y crepitaba a su alrededor.

La ciudad que se extendía debajo de ella en todos sus palacios y arterias incandescentes parecía estar tan lejos como los nubarrones oscuros que había sobre su cabeza. La luna lejana que en aquellos momentos ni siquiera era visible parecía estar más cerca.

Había telefoneado al hospital hacía una hora, y el doctor Band-holtz le había dicho que el estado de Scat había empeorado un poco.

El chico ya había sido conectado a un catéter insertado por debajo de una clavícula que se las arreglaba para deslizarse por una vena primero y por el "corazón derecho" hasta acabar alojándose en la arteria pulmonar -su función era asegurarse de que la presión sanguínea dentro de los pulmones no aumentaba, pues si lo hacía los pulmones no serían capaces de seguir absorbiendo oxígeno-; pero en aquellos momentos estaba respirando a través de un "tubo endotraqueal" sujeto a su boca. Si su respiración no se estabilizaba pronto tendrían que colocarle en un IMV, y Diana supuso que se trataría de una máquina de respiración asistida utilizada en casos realmente graves.

Después de hablar con el hospital Diana marcó el número de su apartamento.

Y lanzó un suspiro de alivio y frustración en cuanto Hans cogió el auricular. Por lo menos seguía vivo.

–Hans -le dijo -, tienes que salir de ahí. No es un lugar seguro.

–Diana, confío en la policía -había dicho él.

Diana había esperado unos momentos pensando que le oiría decir que si hubiese permitido que la policía se ocupara del secuestro la noche anterior Scat no estaría muñéndose en el hospital. Hans se lo había dicho cuando le telefoneó la noche anterior y Diana le había colgado, y sabía que si lo repetía volvería a hacer lo mismo.

Hans no lo repitió.

–Además tu hermano adoptivo le pegó un tiro a ese tipo, ¿no? – dijo Hans.

–No, ¿es que no me escuchas? El hombre que hirió a Scat no tiene nada que ver con todo esto, conoce mi dirección y probablemente aún está en la ciudad. Sal de ese apartamento ahora mismo.

–Si me estás expulsando tengo derecho a que se me avise con treinta días de antelación -replicó Hans en su mejor tono altisonante. – ¡Esas personas no te darán ni treinta segundos, idiota! – Diana pensó que Hans

era culpable de lo que Ozzie solía llamar "estupidez criminal" -. Telefonearé a la policía y les contaré que tienes plantas de marihuana, y… -¿Has visitado a Scat hoy? – la interrumpió Hans con voz irritada.

–No -murmuró Diana.

–Hmmm… No sé por qué, pero me lo había imaginado. ¿Irás a visitarle esta noche?

–No lo sé.

–Comprendo. ¿Por qué no consultas con un tablero Guija para averiguar si sería peligroso ir a verle? – preguntó Hans, y el peso del sarcasmo hizo temblar su voz. – ¡Sal de ahí! – chilló Diana, y colgó el auricular un instante después.

Si sería peligroso.

"Alfred Funo -pensó mientras la lluvia repiqueteaba en los charcos que había alrededor de sus pies descalzos -. Espero que algún día podré ajustarle las cuentas al señor Alfred Funo."

Funo se había marchado del motel antes de que la policía fuera en su busca la noche anterior, pero su partida parecía haber sido un poco apresurada y los agentes habían descubierto un par de balas de 9 milímetros debajo de la cama. Diana no tenía ni la más mínima duda de que Funo era el hombre que había herido a su hijo.

Y había otros rondando por la ciudad. Aquella criatura llamada Snayheever, y el gordo del Jaguar y, según Ozzie, decenas más…

"Báñate en el agua fresca y salvaje de este lugar", le había dicho Ozzie.

Su falda empapada, sus zapatos, su blusa y su ropa interior colgaban sobre un cable tenso encima de un enorme aparato de aire acondicionado. Diana abrió su albornoz, lo dejó caer de-tras de ella y permaneció inmóvil bajo el aguacero que azotaba su cuerpo.

"Madre -pensó alzando los ojos hacia el cielo-. Madre, escucha a tu hija. Necesito tu ayuda."

Transcurrió un minuto durante el cual lo único que ocurrió fue que la intensidad del aguacero disminuyó un poco y el aire se enfrió. Los charcos que había alrededor de sus pies hervían y burbujeaban, y era como si se estuviese bañando en soda. Diana se estremeció y apretó las mandíbulas para impedir que le castañeteasen los dientes.

"¿Qué estoy haciendo? – se preguntó de repente-. Si sigo aquí me van a arrestar.

Nada de todo esto es verdad."

Se volvió hacia donde sus ropas colgaban en la oscuridad, pero se quedó inmóvil antes de ir hacia ellas.

"Ozzie lo cree -pensó-. Le debes mucho. ¿No puedes creerlo tú también aunque sólo sea durante unos minutos?

"¿Y qué otra posibilidad os queda a ti a y tus hijos?

"Y, de todas formas, ¿qué he de creer? ¿Que soy capaz de encontrar un hombre con el que compartir mi vida? ¿Que Scat está bien? ¿Que Oliver es un chico normal? ¿Que soy capaz de obtener esa cosa que necesito tanto como las flores necesitan la luz del sol, una familia que sea algo más que la caricatura patética de una familia? ¿Qué razón has tenido en el pasado para creer en alguna de esas cosas?

"Intentaré creer en esto -pensó mientras las lágrimas se mezclaban con la fría agua de lluvia que goteaba por su rostro-. Soy la hija de la diosa de la luna. Eso es lo que soy, y puedo llamarla."

Volvió a alzar la mirada hacia las nubes que llenaban el cielo. La lluvia volvió a caer de repente todavía con más intensidad que antes y le aguijoneó el rostro, los hombros y los pechos, pero a pesar de que las ráfagas de viento la obligaron a dar un paso hacia atrás para no perder el equilibrio no tuvo frío. Su corazón latía a toda velocidad, y sus dedos extendidos fueron recorridos por un veloz cosquilleo, y el abismo de veintinueve pisos que había más allá del extremo del tejado y que la había puesto algo nerviosa cuando abrió la puerta y cruzó el umbral se había convertido en una presencia tonificante.

Durante un momento un reflejo muy, muy viejo la hizo desear que su hermano adoptivo pudiera estar allí experimentando todo aquello con ella, pero Diana expulsó el pensamiento de su mente.

"Madre… -Intentó arrojar el pensamiento hacia el cielo como si fuese una lanza-.

Quieren matarme… Ayúdame a luchar contra ellos."

Diana creyó distinguir un creciente lunar brillando en el cielo por entre los nubarrones oscuros que desfilaban velozmente sobre su cabeza.

Las nubes parecían haberse convertido en alas o capas inmensas, y Diana creyó oír música bajo el siseo de la lluvia, un coro de miles de voces que sonaba débil sólo porque le llegaba desde una distancia titánica.

Otra ráfaga de viento muy fuerte creó un chorro horizontal de lluvia, y en ese mismo instante Diana tuvo la seguridad de que ya no estaba sola en el tejado.

Se apoyó en el cable tenso. La ráfaga de viento había hecho que la lona alquitranada que recubría el tejado pareciera balancearse como la cubierta de un barco, y un momento después sus fosas nasales se dilataron y captaron un olor imposible, el aroma salado del mar, y el retumbar del trueno le pareció el estrépito de unas olas colosales que se estrellaban contra los acantilados.

La espuma salada hizo que le escocieran los ojos, y cuando volvió a ser capaz de parpadear y contemplar lo que la rodeaba vio que estaba en un barco, y se estremeció aunque su mente se negaba a creerlo. Estaba apoyada en una barandilla de madera, y le habría bastado con caminar unos metros sobre las planchas de la cubierta para llegar a la escalerilla del castillo de proa. Las olas chocaban con las rocas en algún punto de la oscuridad que la envolvía.

"Ha ocurrido cuando pensé en un barco -se dijo frenéticamente-. No cabe duda de que realmente está pasando algo, pero se está adornando con mi imaginación."

Volvió a distinguir el creciente lunar que había entrevisto antes sobre su cabeza, pero enseguida se dio cuenta de que no era la luna…, y tampoco podía haberlo sido cuando lo vio hacía unos momentos, pues se acordaba de que aquella noche había media luna. El creciente reposaba sobre la coronilla de una mujer inmóvil en el castillo de proa. La mujer vestía una túnica, y su rostro era hermoso y de rasgos enérgicos y bien definidos, pero en los ojos abiertos no había ni rastro de humanidad.

El coro sonaba más potente -quizá estuviera en la costa que le ocultaba la oscuridad-, y estaba claro que los sonidos que llegaban del cielo eran un batir de alas.

La frente de Diana entró en contacto con las planchas mojadas de la cubierta, y comprendió que había caído y estaba apoyada en las manos y las rodillas.

Había caído sobre la cubierta porque el núcleo más viejo y profundo de su mente acababa de comprender que estaba en presencia de la diosa. Aquella mujer era Isis, la misma que había devuelto la integridad corporal a Osiris, el dios del sol que era su hermano y su esposo, después de que

hubiera sido asesinado y desmembrado en el antiguo Egipto; la misma que en Babilonia había rescatado a Tammuz del mundo subterráneo; era Artemisa, la hermana gemela de Apolo, y también era Palas Atenea, la diosa de la virginidad, y Eileitia, la diosa del parto.

Los griegos habían sacrificado una doncella a la diosa antes de zarpar hacia Troya; había devuelto la vida a su hijo Horus después de que le matara la picadura de un escorpión; y aunque los animales salvajes le estaban consagrados era la cazadora de los dioses.

Era Perséfone, la doncella de la primavera y la amante de Adonis, la que había sido raptada por el rey de los muertos para llevarla al mundo subterráneo.

Y un instante después el pavor que se había adueñado de Diana se desvaneció por sí solo o fue expulsado por una fuerza misteriosa, y volvió a ser consciente de la existencia de una mujer llamada Diana Ryan que residía en una ciudad llamada Las Vegas.

Se puso en pie y se movió cautelosamente sobre la cubierta que se bamboleaba de un lado a otro.

La mujer que se encontraba en aquella otra cubierta situada por encima de ella la estaba mirando a los ojos, y Diana comprendió que la mujer la amaba, que la había amado cuando era un bebé y que había seguido amándola durante los treinta años que había durado su separación.

"¡Madre!", pensó, y dio un paso hacia adelante. Las planchas de la cubierta eran una superficie resbaladiza y llena de bultos bajo las plantas de sus pies desnudos.

Pero había siluetas que se interponían entre ella y la escalerilla, siluetas que le daban la cara y le obstruían el paso. Diana entrecerró los ojos para protegerlos de las rociadas de espuma y se volvió hacia la más próxima…, y de repente sintió el frío de la noche en toda su terrible intensidad.

Era Wally Ryan, su ex esposo, el hombre que había muerto en el accidente de coche hacía dos años. Los ojos que la contemplaban debajo de la cabellera pegada al cráneo por la lluvia estaban tranquilos y totalmente inexpresivos…, pero estaba claro que no la dejaría pasar.

Y a su lado estaba Hans, su rala barba oscurecida por la lluvia. "Oh, no -pensó Diana-, ¿él también es un fantasma? ¿Le mataron en un intento de llegar hasta mí? ¡Pero si hablé con él hace menos de una hora!"

Había un par de figuras más, pero Diana no alzó la mirada hacia sus rostros.

Alzó la vista hacia la mujer, quien parecía estar contemplándola con amor y compasión.

Diana dio un paso hacia atrás. El retumbar del oleaje se había hecho más fuerte. La canción del lejano coro de voces que no podía oír con claridad había adquirido una amenazadora monotonía.

"No son fantasmas -pensó-. No, no se trata de eso… Hans no está muerto. Son imágenes de los hombres que han sido mis amantes. Los hombres con los que he vivido me impiden llegar hasta mi madre…"

Diana intentó disolver los fantasmas con un esfuerzo de voluntad, tal como había sido capaz de hacer en sueños que habían empezado a desintegrarse convirtiéndose en el estado de vigilia…, pero las siluetas siguieron inmóviles donde estaban, tan aparentemente sólidas como la cubierta y la barandilla. Todo aquello era fruto de su imaginación, pero Diana no lo controlaba.

"¿Por qué? – pensó sintiéndose inmensamente desgraciada-. ¿Se suponía que debía haber permanecido virgen durante todos estos años?"

Alzó la cabeza entrecerrando los ojos entre la lluvia hasta que su mirada se encontró con la de la diosa, e intentó creer que la respuesta era no. Durante un período de tiempo que quizá no excedió el minuto siguió intentando creer que la respuesta era no mientras las siluetas que se alzaban delante de ella no se movían salvo para seguir las oscilaciones de la cubierta, y la lluvia caía sobre las planchas repiqueteando como una granizada de fichas de barro.

Y acabó rindiéndose.

Intentó enviar la idea de que no era justo, de que era una persona que vivía en aquel mundo, no en otro.

Después bajó la vista y clavó los ojos en sus pies descalzos inmóviles sobre la cubierta, e intentó recordar cuáles habían sido las circunstancias para su madre.

Y no pudo recordarlas.

"Madre -pensó volviendo a alzar la cabeza y lanzándole una mirada de desesperación-, ¿no hay ninguna forma de que pueda llegar hasta ti?"

Y entonces un concepto surgió de repente en su cerebro, una idea abstracta y totalmente desprovista de palabras o imágenes. Mientras se

desvanecía Diana intentó sostener palabras delante de él con el objetivo de definirlo para sí misma. "¿Símbolo? – pensó-. ¿Reliquia, eslabón, talismán, recordatorio?" ¿Algo de un tiempo en el que habían estado juntas?

El concepto se esfumó, y lo único que le quedó en la mente eran las palabras que recordaba haber intentado encajar en él.

El rayo brilló sobre las luces de la ciudad, y el retumbar que lo siguió era un trueno, no el oleaje. Estaba en el tejado del Circus Circus, sola, temblando bajo la lluvia.

Permaneció inmóvil durante varios minutos con la vista alzada hacia el cielo. Después volvió a ponerse de mala gana sus ropas empapadas y fue lentamente hacia la puerta del tejado.

Nardie Dinh había captado el terrible acercamiento, y había sentido la proximidad de la luna que aún no era su madre.

Por suerte no llevaba pasaje en el taxi. Hizo girar el volante y cruzó el pavimento mojado de dos carriles del Strip provocando bocinazos irritados de los coches que iban detrás de ella, y pisó el pedal del freno con todas sus fuerzas deteniendo el taxi junto a una acera roja en Hacienda Camperland al sur de la avenida Tropicana.

Y perdió el conocimiento mientras apagaba el motor.

Y soñó. En el sueño volvía a estar en aquella habitación larga de techo muy alto de la casa de masajes cercana a Tonopah, y aunque los veintidós cuadros de las paredes parecían estar moviéndose dentro de sus marcos Dinh no los miró.

Las paredes retumbaban y crujían a su alrededor como si todas las chicas de los cuartitos que había alrededor de aquella estancia estuvieran ocupadas atendiendo a clientes enormes, minotauros y sátiros en vez de simples hombres de negocios y camioneros. Dinh se sentó sobre la moqueta que cubría el suelo, y se obligó a respirar de forma regular y sin hacer ruido con la esperanza de que el poder de su hermano seguiría teniendo vigencia incluso en un sueño, y de que su medio hermana iba a estar prisionera en el centro de aquel foco de carnalidad pero no tendría que participar de ninguna manera en él.

Los cuadros habían empezado a emitir ruidos. Pudo oír unas risas muy débiles, gritos y música marcial. Los marcos repiqueteaban contra los muros de yeso.

Después oyó otro repiqueteo más débil. Era el picaporte de la puerta que había delante de ella. Dinh retrocedió moviéndose sobre las manos y los pies hasta quedar detenida por la pared que había enfrente de la puerta, y recordó que el cuadro que colgaba sobre su cabeza mostraba al Loco.

La puerta giró sobre sus goznes y su hermano entró en la habitación.

Su negra cabellera estaba untada con brillantina y echada hacia atrás formando una cola de caballo, y llevaba una túnica negro azabache que llegaba hasta el suelo y resultaba curiosamente incongruente. En su mano derecha sostenía una cruz de oro que terminaba en un aro, el ankh egipcio.

–Así que por fin estás soñando, mi encantadora hermanita asiática -dijo Ray-Joe Pogue con su voz meliflua y afectada. Su delgado rostro estaba retorcido en una sonrisa, y fue lentamente hacia ella. Los cuadros chocaron violentamente contra las paredes cuando pasó junto a ellos -. Y te has reservado para mí.

–No me he reservado para ti -logró decir Dinh en un tono de vez lo suficientemente alto para que pudiese ser oído por encima del estrépito.

"Despierta -se apremió -. Pon la frente sobre el anillo de la bocina, abre la puerta del taxi, escucha las llamadas de la centralita…" -Y justo en la ciudad, ¿eh? – dijo Pogue-. Al sur de donde estoy, cerca de Marina y la Tropicana. Voy hacia allá. Tú y yo tenemos que recuperar montones de tiempo perdido.

No disponía de la mitad femenina de la magia, y me he encontrado con muchos obstáculos… Tuve que matar a Max, y después el Lago Mead se negó a aceptar su cabeza. Creo que el lago la aceptará si se la das, o si se la damos los dos después de habernos apareado. ¿Quieres que lo averigüemos?

Dinh se puso en pie lentamente deslizando la espalda por la pared, y siguió empujando con los hombros incluso cuando sintió el temblor del marco del Loco rozándolos.

El cuadro se soltó del clavo y cayó, y durante un momento vio cómo la boca de su hermano se abría en una mueca de abatimiento y decepción…, y cuando el cuadro chocó con el suelo el ruido que hizo no fue el de la madera chocando con la moqueta.

Era el sonido de un bocinazo, y cuando levantó la cabeza apartándola del volante el bocinazo dejó de sonar y Dinh se echó hacia atrás y apoyó la espalda en el asiento de su taxi aparcado junto a la acera, jadeó y vio cómo

el limpiaparabrisas iba y venía limpiando los goterones de lluvia que caían sobre el cristal. Alargó una mano temblorosa e hizo girar la llave del encendido.

El motor se puso en marcha al instante. Dinh metió la marcha y se deslizó cautelosamente entre el tráfico.

"Esta vez he logrado escapar -pensó -, pero ahora sabe que estoy en la ciudad. Iré a la 15 por el norte y saldré de ella en algún sitio cerca de la calle Fremont."

Su rostro estaba cubierto por una capa de sudor helado.

"Si supiera rezar diría una plegaria por el alma del pobre Max -pensó -, que en tiempos me amó…, pero ojalá arda en el infierno para siempre."

Al Funo se desperezó en el asiento trasero del Dodge del 71 que acababa de comprar e intentó ponerse cómodo. El coche estaba aparcado en una oscura calleja lateral, y al parecer los propietarios anteriores habían tenido un perro al que le gustaba viajar en aquel asiento pero que odiaba bañarse.

Funo había vendido su Porsche a un tratante en coches usados de Charleston para poder comprar regalos con auténtica clase que entregar a Diana y Scott. Los dos estuches negros de joyero meticulosamente envueltos -contenían dos collares de oro macizo que le habían costado casi mil dólares cada uno- estaban dentro del bolsillo de su chaqueta en el asiento delantero.

Tenía que comprar regalos para sus amigos para borrar cualquier posible malentendido, pero seguía estando enfadado con el tratante en coches usados porque había dicho que el Porsche 924 no era más que "un Volkswagen con ínfulas", y sólo le había dado tres mil quinientos dólares a cambio de él. El Dodge le había costado mil, y al final del día sólo le quedaban quinientos dólares; y Funo no quería usar una tarjeta de crédito si podía evitarlo. Estaba casi seguro de que a esas alturas la policía ya debía conocer su identidad, y si utilizaba una tarjeta estaría dejando un rastro.

Tendría que salir de la ciudad lo más pronto posible, no sólo por la policía sino porque Vaughan Trumbill también le estaría buscando…, y Funo podía sentir una tensión en el aire, como si alguien se estuviera apoyando sobre el cristal de un escaparate ejerciendo una presión cada vez mayor, o como si una fiebre intensa acompañada por convulsiones y alucinaciones estuviera subiendo poco a poco en algún lugar. Iba a ocurrir

algo, y fuera lo que fuese había muchas probabilidades de que involucrase al gordo, Scott y Diana, y cuando ocurriese Funo quería estar a salvo en Los Ángeles viviendo bajo una de sus identidades alternativas.

Rodó sobre el estrecho asiento e intentó ignorar el tamborileo de la lluvia que caía sobre el techo del coche. "Si quieres tener suerte con Diana mañana será mejor que duermas un poco", se dijo.

26

¡Un millón de gracias, Diana!

Diana telefoneó al servicio de habitaciones del Circus Circus poco después de que amaneciese, y pidió que le trajeran una cafetera llena. Oliver seguía durmiendo en la cama, pero Diana llevó su taza humeante hasta el teléfono y marcó el número de la habitación de Ozzie.

–Mffff… ¿Diga? – Su voz de anciano sonaba un poco pastosa-. ¿Diana?

–Sí -dijo ella-. Yo… -¿Desde dónde me llamas? ¿Fuiste al hospital ayer? Te dije que te mantuvieses alejada…

Diana tensó los labios.

–No, no fui. No me atreví. Scat tampoco se habría enterado de que estaba allí, naturalmente, pero aun así me sentí como si…, como si le estuviera abandonando. Oz, escucha, yo… -Dejó escapar una risita nerviosa-. Anoche me duché con lluvia, y creo que vi a mi madre. No pude acercarme ni hablar con ella, y se me ha metido en la cabeza la idea de que no pude hacerlo porque no soy virgen.

Diana se dio cuenta de que Oliver estaba despierto. El chico puso los ojos en blanco, se metió el índice en la boca y fingió sufrir violentas arcadas.

–Un minuto -dijo Ozzie. Diana oyó cómo el anciano dejaba el teléfono sobre una mesa, y después oyó un lejano ruido de agua corriendo. Ozzie volvió a coger el auricular pasados unos momentos-. Ojalá siguieras siendo virgen -dijo con voz malhumorada-.

Esos jóvenes que… Bah, olvídalo. De acuerdo, puede que sea por eso. Creo que el hecho de que la hija de la luna sea virgen quizá tenga cierta importancia, pero sigues siendo su hija biológica. Puede que haya alguna forma simbólica de que…, de que recuperes tu virginidad, ¿entiendes? ¿Hubo algo que te diera esperanzas?

–Bueno, al final hubo un pensamiento que no sé de dónde salió…, después de haberle preguntado si había alguna forma de que llegara hasta ella. Era una idea, algo parecido a "reliquia" o "conexión", algo de cuando estaba con ella hace treinta años. He estado pensando en eso la mayor parte de la noche, y creo que si pudiera echar mano a algo que hubiese pertenecido a mi madre…, a Lady Issit, algo que me conectara con ella…, quizá podría llegar hasta su presencia.

–Dios, no tengo ni idea de cómo podrías arreglártelas. Supongo que si pudieras averiguar de dónde vino o algo por el estilo…

–Oz, esa manta en la que estaba envuelta cuando me trajiste a casa…, cuando tú y Scott vinisteis a Las Vegas en 1960… ¿La habíais traído en el coche o me encontrasteis envuelta en ella? – ¡Sí! – exclamó el anciano -. ¡Sí, cuando te encontramos detrás de los arbustos estabas envuelta en ella! ¿Aún la conservas?

–Bueno, no la tengo a mano, pero creo que sé en qué lugar del apartamento está. Voy a enviar a Oliver a vuestra habitación. Si no me matan intentando recuperar la manta esta mañana te haré llamar en…, en el vestíbulo del Riviera a las diez de la mañana. Está justo al otro lado de la calle. Si pregunto por Oliver Crane sabrás que todo ha ido bien; si pregunto por Ozzie Smith sabrás que me han pillado, y en ese caso quiero que lleves a Oliver a casa de una amiga mía que vive en Searchlight. Se llama Helen Sully, está en el listín de teléfonos… Trabajé una temporada con ella. Helen Sully, anótalo, ¿de acuerdo?

No le importará que le lleves a Oliver, tiene un montón de crios. – Había tomado la decisión de ser fría y enfocarlo todo como si fuese un asunto de negocios, pero había lágrimas en sus mejillas y cuando siguió hablando le temblaba la voz-. En cuanto a Scott… Quiero que le obligues a hacer todo lo posible para proteger a Scat, incluso morir por él si llega a ser necesario. Él tiene la culpa de que dispararan contra mi niño.

Oliver se había erguido en la cama, pero la estaba contemplando con una expresión de lánguida impaciencia.

–No quiero ir a ningún sitio con el viejo y… -empezó a decir, pero su madre le hizo callar con un gesto de la mano.

–No, Diana -estaba diciendo Ozzie con voz temblorosa-. Iré yo. No se fijarán en mí…

–No sabrías en qué sitio buscarla, Ozzie. Puede que no esté donde creo que está. No tardaré nada…, no, escucha, me pondré un relleno debajo de la ropa para parecer más gorda y llevaré una peluca o algo por el estilo e iré en un taxi, y si hay alguien vigilando el apartamento no estará seguro de si soy yo… -Había subido el tono de voz para ahogar las estridentes protestas del anciano -. Y después me marcharé por la puerta trasera, saltaré la valla y saldré a la avenida Sun y cogeré otro taxi en el Centro Cívico. – ¡Diana, haré pedazos la casa hasta que encuentre esa manta! – gritó Ozzie -. Yo…

–También andan detrás de ti, Oz -dijo Diana-. Si están allí no te darán el tiempo suficiente para que la encuentres. A las diez en el vestíbulo del Riviera, y "Ozzie Smith" quiere decir que debes salir huyendo.

Colgó el auricular interrumpiendo las súplicas del anciano.

Ozzie también colgó el auricular y marcó el número de la policía sin perder ni un instante. En cuanto le contestó una voz de mujer, el anciano empezó a hablar a toda velocidad intentando dar con las palabras y el tono que harían acudir a la policía al apartamento de Diana lo más deprisa posible.

Ozzie estaba sentado en la cama del hotel con el torso inclinado sobre el teléfono, y su flaca mano cubierta de manchas marrones aferraba el auricular.

–Me llamo Oliver Crane -decía con voz estridente -, y ella se llama Diana…, eh…, Ryan. Estoy tranquilo. Quince quince Venus, en el norte de Las Vegas. Su hijo fue secuestrado anoche y le pegaron un tiro, habrá algo sobre eso en sus archivos… No, no sé qué aspecto tiene ese tipo; se llama Alfred Funo… Hoy su detective dijo que… ¡Créame, corre peligro! ¿Qué? Sí, el idiota con el que vive estará allí, se llama Hans… No, no sé cuál es su apellido…, metro ochenta, gordo, un poco de barba. Irá en un taxi… ¡Pues claro que no sé de qué compañía! No, no estaré aquí; voy a salir para allá ahora mismo… No, me voy, he de estar allí. Oiga, intente que sean dos unidades, ¿de acuerdo?

Ozzie colgó el auricular, y apenas había tenido tiempo de ponerse los pantalones y una camisa cuando llamaron a la puerta de su habitación.

El anciano cruzó cojeando la habitación y dejó entrar al niño regordete. – ¿Dónde está tu madre? – le preguntó secamente mientras ponía los pies sobre la moqueta del pasillo y volvía la mirada de un extremo a otro.

Oliver se encogió de hombros.

–Se ha ido. Sostuvo abierta la puerta del ascensor hasta que vio que me dejabas entrar. Estará dentro de un taxi antes de que hayas podido ponerte los zapatos.

Oliver fue hacia la ventana y descorrió las cortinas.

La blanca luz del desierto hizo que Ozzie torciera el gesto.

–No tardaré ni un segundo en llevarlos puestos, chaval.

Lanzó una mirada instintiva a su cafetera portátil. "No hay tiempo para eso", pensó, y vaciló. "No -se dijo-, la necesitaré…" Después fue rápidamente hacia la cómoda y sus dedos temblorosos abrieron una bolsita de plástico con cremallera y echaron un montón de café instantáneo dentro de uno de los vasos del hotel.

–Y ahora escúchame bien -dijo mientras llevaba el vaso al cuarto de baño -, voy a dejarte en la zona infantil del hotel. – Abrió el grifo del agua caliente de la pileta-. Y quiero que me esperes allí, ¿has entendido? – gritó para hacerse oír por encima del rugido del grifo. El agua se calentó muy deprisa. Ozzie dejó caer un par de dedos en el vaso y removió la espumosa sustancia marrón con el mango de un cepillo de dientes obsequio del Circus Circus-. Creo que estaré fuera cosa de una hora, pero si llega el mediodía y aún no he vuelto telefonea a la policía y cuéntaselo todo, y diles que necesitas esconderte de la misma gente que le disparó a tu hermano.

–Todo el mundo me deja tirado -dijo Oliver.

Ozzie volvió corriendo a la habitación y se sentó en la cama al lado de sus zapatos.

–Lo siento -le dijo al chico-, pero si hay problemas…, bueno, no quiero meterte en ellos. – Apuró el café ultrafuerte apenas caliente con una rápida serie de tragos-. Cristo.

–Meneó la cabeza-. Oh, y no telefonees a esos amigos tuyos…, nada de Amino Ácidos, ¿de acuerdo? ¿Me lo prometes?

El chico se estremeció.

–Soy mayor. Puedo decidir con quién hablo.

–No hasta que esto haya acabado, chaval.-Ozzie arrojó el vaso vacío sobre la cama, se inclinó lanzando un gruñido a causa del esfuerzo, cogió sus zapatos y empezó a meter sus pies desnudos en ellos-. No tienes ni idea de lo que está ocurriendo. Confía en mí.

Soy tu abuelo, y estamos haciendo esto porque tu madre corre peligro y no queremos que le pase nada.

Cuando volvió a hablar Oliver usó un tono de voz bastante más bajo.

–Llámame Perro Mordedor.

Ozzie cerró los ojos.

"No puedo marcharme -pensó -. Si dejo a este crío solo llamará a esos horribles amigos suyos tan seguro como que estoy sentado encima de la cama.

"Bueno…

"Bueno, entonces quédate aquí y no vayas a la avenida Venus. Los policías estarán allí. ¿Qué puede hacer por ella un viejo que no puedan hacer los policías? Especialmente un viejo que está empezando a tener problemas con las tripas, y que no ha tenido tiempo de ir al cuarto de baño para vaciarlas como es debido…" -Bien, señor Perro Mordedor -dijo con voz cansada -, eso que has dicho de que todo el mundo te deja tirado…, quizá tengas razón, quizá no esté bien. Quizá tú y yo podríamos ir a…, a desayunar a algún sitio después de…

–Que sea un sitio en el que sirvan cerveza -le interrumpió el chico -. Tú la pides y yo me la bebo cuando no estén mirando, ¿de acuerdo?

–No, no puedes beber cerveza. Dios mío, pero si aún no son las ocho de la mañana…

Ozzie no había soltado los cordones de su zapato derecho, y le sorprendió ver que sus nudosos dedos de anciano estaban haciendo el nudo. "Calcetines -se dijo-. Si no vas a Venus tienes tiempo de ponerte los calcetines."

Sus dedos acabaron de hacer el nudo y se desplazaron al otro zapato, aparentemente por decisión propia.

–Oh, y de todas formas eres demasiado joven para beber cerveza – añadió -. Antes de que me interrumpieras iba a decir que tú y yo podríamos desayunar en algún sitio después de ir a casa de tu mamá para asegurarnos de que está bien. – Los cordones de los zapatos ya estaban anudados, y Ozzie se puso en pie sintiéndose muy frágil. El café era como una paletada de alquitrán dentro de su estómago -. ¿Estás listo para salir?

Queremos llegar allí antes que ella. Iremos lo más deprisa posible y nos adelantaremos, y espero que Diana tendrá el suficiente sentido común para hacer que su taxista dé un par de vueltas a la manzana antes de bajar, pero nos lleva un poco de ventaja. Vamos. – ¿Y si no quiero ir a…? – empezó a

decir el chico, pero se encogió sobre sí mismo y se calló en cuanto el anciano le fulminó con la mirada.

–Vamos -repitió Ozzie en voz baja y suave.

Oliver le contempló en silencio durante un momento. Después dejó que sus hombros se encorvaran hacia adelante y volvió a ser un niño, y siguió a su abuelo cuando salió de la habitación.

Hans estaba comprensiblemente preocupado.

Cuando respondió a los apremiantes golpes asestados en la puerta los agentes de policía le apuntaron con sus revólveres -¡oh, tenían que usar justo ése de entre todos los trucos baratos al estilo John Wayne! – , pero los enfundaron cuando parpadeó contemplándoles con adormilado estupor; y mientras hacía café en la cocinita sin dejar de temblar Hans agradeció el que aquel viejo loco que Diana tenía por padre adoptivo hubiera tenido el detalle de darles una descripción suya. ¡Estaba claro que si no le hubiesen reconocido como el "compañero de Diana" del que había informado le habrían esposado y le habrían arrojado al suelo!

Alzó la cabeza y contempló a los dos policías inmóviles delante de la ventana en un trozo de alfombra bañado por los rayos del sol. – ¿Quieren café?

El más viejo de los dos, Gould, le lanzó una mirada inexpresiva y meneó la cabeza.

–No, gracias.

–Eh… -Hans observó cómo el recipiente de cristal de la cafetera se iba llenando de vapor a medida que el café caliente caía dentro de él gota a gota -. Completamente chiflada -siguió diciendo intentando no hablar demasiado deprisa o dar la impresión de que intentaba caerles bien -. El viejo cree que es Isis, la diosa egipcia…, y el hermano de Diana también lo cree.

–No nos interesan sus creencias religiosas, señor Ganci.

–Estupendo. – Hans se encogió de hombros y asintió poniendo cara de aprobación -. Anoche les dije que debían acudir a la policía.

–Ya nos lo ha contado.

El agente Gould movió la cabeza señalando la ventana.

–Creo que Hamilton ha visto un taxi.

Hans salió de detrás del mostrador de la cocinita y se reunió con ellos para mirar por la ventana. Uno de los agentes inmóviles al lado del segundo coche patrulla no apartaba la mirada del extremo de la calle que llevaba al

Centro Cívico. Pasados unos segundos un taxi pintado de amarillo se detuvo detrás del segundo coche patrulla, y un instante después una mujer gorda bajó de él.

Hans ya había abierto la boca para decirles que no era Diana, pero entonces vio el rostro de la mujer. Parpadeó y se frotó los ojos. Era Diana, pero se había metido algo en el fondillo de los pantalones y debajo de la camisa con lo que daba la impresión de estar gorda y, al mismo tiempo, embarazada.

–Sí -murmuró con voz sorprendida-, es ella.

El policía de fuera – Hamilton, al parecer- fue hacia Diana mientras pagaba al taxista, y un instante después ya estaba escoltándola hacia el apartamento.

El taxi se alejó y Hamilton y Diana apretaron el paso acercándose por el camino que llevaba a la puerta principal, y Hans se irritó al ver que Diana no parecía irritarse ante la presencia de los agentes de policía. "La atención de un hombre que viste uniforme", pensó.

El más viejo de los dos agentes apartó a Hans y abrió la puerta. Diana y Hamilton entraron en el apartamento trayendo consigo los aromas de limpieza y espacios abiertos del césped y el pavimento que se esparcieron por la penumbra que olía a cerrado. Hans deseó que su padre adoptivo le hubiese telefoneado para avisarle de que iba a venir la policía. De haberlo sabido se habría duchado.

–Como probablemente le habrá dicho el agente Hamilton, señora, recibimos una llamada telefónica en la que se afirmaba que su vida corría peligro -dijo Gould mirando a Diana-. La llamada fue hecha por un tal Oliver Crane, quien suponemos es su padre adoptivo.

–El chiflado de tu papá -dijo Hans.

–Cállate, Hans -dijo Diana.

–Señor Ganci, ¿por qué no se sienta mientras hablamos con ella? –preguntó Gould en un tono no demasiado cortés.

El taxi de Ozzie había doblado la esquina de Venus justo a tiempo de permitirle ver cómo el agente entraba en la casa con la ridículamente acolchada Diana. Ozzie suspiró, se relajó un poco y apoyó la espalda en el vinilo negro del asiento.

–Parece que tu mamá está bien -le dijo por encima del hombro a Oliver, quien estaba sentado en el asiento trasero.

–Aquí dentro huele a vomitona -dijo el chico.

El taxista -que a juzgar por su aspecto quizá hubiera sido boxeador- alzó la vista hacia el espejo retrovisor y le lanzó una mirada de irritación. –¿Quiere que pare?

–Eh… -Seguía existiendo la posibilidad de que hubiera tiros o de que ocurriese algo en cualquier momento y Ozzie no podía llevar al niño al interior de la casa, pero si le dejaba solo en el taxi probablemente se escaparía-. No, aparque por aquí. Quiero ver cómo se va con los policías.

–Usted manda.

El taxista detuvo el taxi junto a la acera un par de edificios más allá del dúplex de Diana y puso el motor en punto muerto.

Hans había observado con mucho interés cómo Hamilton recorría toda la casa moviéndose con cautela para asegurarse de que no había asesinos agazapados en ninguna de las habitaciones, y había estado tomando anotaciones mentales para poder incorporar una escena así a su guión. No había nada comparable a la observación directa.

Pero cuando el agente dijo que echaría un vistazo en el patio trasero Hans tuvo que quedarse sentado mientras Hamilton salía por la puerta de atrás y bajaba los dos peldaños de madera, y conformarse con albergar la esperanza de que nadie se diera cuenta de lo pálido y sudoroso que se había puesto de repente.

"Las plantas de marihuana -pensó con una mezcla de asombro y terror-. Encontrará las plantas de marihuana e iré a la cárcel. Afirmaré que no sé nada sobre ellas, que creí que no eran más que hierbajos que habían crecido al lado de la valla… ¿Creerán que soy un traficante? ¿Descubrirán que soy amigo de Mike, quien sí trafica en drogas? En un libro de Hunter Thompson leí que en Nevada si te condenan por tráfico de drogas te puede caer… ¡cadena perpetua! No puede seguir siendo verdad."

Pensó que se iba a orinar en los pantalones allí mismo. "Dios -pensó -, que no las encuentren. ¡Por favor, Dios! Iré a la iglesia, pondré a un cristiano como protagonista de mi guión, me casaré con Diana, pero deja que vuelva sin haberlas visto para que el mundo pueda seguir siendo tal como era."

No se atrevía a coger su taza de café. Le temblarían las manos y los policías se darían cuenta porque estaban adiestrados para fijarse en aquella clase de cosas; pero lo que hizo fue recorrer el apartamento con la mirada.

Cada objeto trivial le pareció repentinamente precioso y perdido para siempre, como las bicicletas y las cañas de pescar que se veían en segundo plano en las fotografías antiguas. Volvió la cabeza hacia Diana, y la amó como nunca había conseguido amarla antes.

La puerta de atrás chirrió y las botas hicieron ruido sobre el linóleo del suelo. Hans fingió estar estudiando el calendario que había encima del teléfono.

–Usted es la señora cuyo hijo fue secuestrado y herido anoche, ¿verdad? – oyó que decía Hamilton. Diana debió de asentir con la cabeza, porque el agente de policía siguió hablando -. ¿Y este hombre es amigo suyo? ¿Vive aquí con usted? – Hubo un silencio-. De acuerdo. – Hans le oyó suspirar-. Volveré dentro de una o dos horas después de haber echado un vistazo a un libro en la comisaría para averiguar qué forma tiene cierta clase de hoja, ¿entendido? – Hubo otro silencio -. ¿Entendido?

Hans alzó la mirada, y se dio cuenta de que el agente de policía le estaba hablando a él. Su rostro enrojeció al instante.

–Entendido -dijo con un hilo de voz.

Gould había estado hablando por su radio portátil, y acababa de deslizaría debajo de su cinturón.

–Frits dice que el anciano tiene ochenta y dos años de edad y que no estuvo muy claro sobre nada, ni siquiera sobre el porqué está en la ciudad; y la operadora dijo que casi daba la impresión de haber soñado esta emergencia. Creo que lo único que pasa es que está preocupado por su nieto y que eso le ha desorientado un poco. – Miró a Diana-. Me parece que nos vamos a marchar, pero tenga mucho cuidado con cosas como el abrir la puerta, señora Ryan, y llámenos si recibe visitas o llamadas telefónicas raras.

–Lo haré -dijo Diana sonriendo, y estrechó la mano del policía-. Gracias por la ayuda aunque fuese una falsa alarma.

Cuando los agentes se hubieron marchado por fin y la puerta se hubo cerrado detrás de ellos y Hans oyó el ruido de los motores al ponerse en marcha para alejarse, cogió su taza de café y la arrojó contra la pared.

El café caliente se esparció por toda la cocina y los fragmentos de cerámica tintinearon y giraron sobre el suelo. – ¡Todo esto es culpa de tu maldita familia! – gritó.

Diana había corrido hacia el dormitorio y Hans fue detrás de ella. – ¿Qué voy a hacer con esas plantas? – preguntó-. ¿Quemarlas? No puedo tirarlas a la basura; ¡están esperando que haga algo por el estilo! – Diana había abierto el arcón en el que guardaba los trastos viejos y recuerdos como sus anuarios de la secundaria, y estaba lanzando muñecas y cajas de música al suelo -. Y ahora me estarán vigilando -siguió diciendo Hans-. ¡Cada vez que coja el coche y vaya por la calle me estarán vigilando! ¿Cómo crees que me las voy a arreglar para ver a Mike? – Golpeó la pared con el puño dejando una señal en ella-. ¡Un millón de gracias, Diana! ¡Creía que te habías ido!

Diana se puso en pie. Sus manos sostenían lo que parecía una vieja mantita amarilla en bastante mal estado.

–Es lo que voy a hacer ahora mismo -dijo.

El teléfono de la cocina empezó a sonar. – ¡No contestes! – se apresuró a decir Diana, por lo que Hans fue corriendo a la cocina y descolgó el auricular con una sonrisa de triunfo. – ¿Diga?

Diana estaba justo detrás de él y seguía sosteniendo aquella ridícula manta amarilla en las manos. A Hans le complació ver que su expresión tengo-cosas-más-importantes-que-tú-en-las-que-pensar había desaparecido para ser sustituida por el miedo puro y simple. Estupendo. – ¿Dice que quiere hablar con Diana? – dijo prolongando el placer de aquel momento.

Diana se había puesto blanca y meneaba la cabeza lanzándole la mirada más implorante que Hans había visto nunca en un rostro humano.

–No -murmuró-. ¡Hans, por favor!

Durante un momento estuvo a punto de dejarse ablandar, y le faltó muy poco para decir "No, no ha estado en casa desde ayer; su hermana está aquí si quiere hablar con ella".

Diana ya había sufrido bastante en las últimas veinticuatro horas. Dejar atrás todas sus posesiones personales, su hijo casi muerto en el hospital…

Todo por culpa suya y por haber despreciado los buenos consejos que él le había dado, y a efectos prácticos Hans ya podía dar por desaparecidas sus plantas de marihuana, y se había convertido en un hombre marcado a los ojos de la policía.

Una deliciosa malicia curvó su sonrisa.

–Cl-a-a-a-aro que está aquí -dijo.

Diana había echado a correr hacia la puerta trasera gritándole que la siguiera en cuanto oyó la primera palabra.

Hans incluso llegó a colgar el auricular y dar un paso en pos de ella antes de acordarse de su orgullo. "No necesito tener a mi lado a una maldita histérica -se dijo -. Soy un escritor…, un creador que no necesita ayuda de nadie para crear."

27

El coche me da igual, pero ¿podríamos irnos ahora?

Trumbill lanzó una última mirada al dúplex que se alzaba al otro lado de la calle, dejó el auricular sobre su soporte, cogió el diminuto transmisor de radio y se levantó. Se había puesto los pantalones, la camisa y los zapatos en cuanto vio llegar a la policía, y un instante después ya estaba doblando la esquina del pasillo llevando consigo el transmisor para estar lo más lejos posible del cristal de la ventana.

Diana corrió por entre los cubos de basura y la barbacoa de gas y cruzó a toda velocidad la extensión de hierba seca y rala dirigiéndose hacia la valla de madera que había en la parte trasera del patio, y en el mismo instante en que se preguntaba si no estaría haciendo el ridículo ya había saltado hacia arriba, se había agarrado a la parte superior de un par de tablones sintiendo cómo amenazaban con astillarse bajo sus dedos y estaba corriendo a través de la calzada desierta de la avenida Sun con la vieja mantita amarilla aleteando suspendida de su puño.

Ozzie había abierto la puerta del taxi, había sacado los pies para colocarlos encima del pavimento y había empezado a incorporarse… … cuando el bam ensordecedor golpeó el aire y cerró la puerta del taxi haciéndola chocar con él y derribándole sobre la hierba.

Toda la parte delantera del apartamento de Diana acababa de estallar convirtiéndose en un millón de tablones y trozos de cemento que volaron por los aires y se esparcieron por la calle, y cuando el aturdido anciano consiguió sentarse sobre la hierba vio cómo una nube de humo sucio se alzaba hacia el cielo azul igual que si fuera un hongo. Lo único que podía oír era el estridente zumbido de sus oídos, pero pudo ver trozos de tejas y ladrillos que caían sobre la hierba a su derecha y se desmenuzaban al chocar con la acera repentinamente cubierta de humo, y sintió la picazón de un acre olor químico muy parecido al del ozono empezando a irritarle la nariz.

Oliver ya había salido del taxi y corría hacia el apartamento destrozado. El taxista tiró de Ozzie ayudándole a levantarse. Estaba gritando algo, pero Ozzie le apartó de un empujón y echó a correr en pos del chico.

Era como caminar en ciertos sueños particularmente frustrantes que había tenido. El esfuerzo de arrastrar primero una pierna y luego la otra moviéndolas a través de la espesa sopa en que se había convertido el aire resultaba tan agotador que Ozzie tuvo que bajar la vista hacia la acera llena de escombros para asegurarse de que estaba avanzando, y de que su cuerpo no se limitaba a flexionar los músculos y sudar sin moverse del sitio.

Un trozo de cañería metálica de medio metro de longitud se estrelló contra el pavimento delante de él y salió despedido al instante para destrozar un arbusto de la acera, y Ozzie oyó el tañido débil y distante que había producido al caer. Un chorro de llamas de un metro de largo aleteaba allí donde había estado la cocina. El apartamento contiguo estaba relativamente intacto, aunque no había cristales en ninguna de sus ventanas.

Oliver estaba inmóvil en la acera con los brazos extendidos a los lados. Un instante después cayó de rodillas y pareció estar vomitando violentamente o sufriendo convulsiones, y Ozzie tuvo la impresión de que el chico se estaba obligando a hacer todo aquello -a pesar de que los espasmos parecían estar a punto de romperle las costillas-, de la misma forma en que una persona podría cortarse la mano hasta convertirla en un montón de cintas ensangrentadas sólo para separar de su carne la insoportable intrusión de una astilla que no tenía nada que ver con ella.

Un instante después Ozzie parpadeó y se frotó los ojos, y se preguntó si habría sufrido una conmoción al ser golpeado por la puerta del taxi, pues le pareció estar viendo doble.

Al lado del niño acurrucado sobre la acera y ocultando la mitad de su cuerpo había un duplicado suyo semitransparente.

Oliver no se movió, pero el duplicado se puso en pie, giró sobre sí mismo y se fue volviendo cada vez más transparente hasta alcanzar la invisibilidad.

Ozzie tenía dificultades para respirar, y cuando dejó escapar el aire se dio cuenta de que le sangraba la nariz. Debía de haber sangre por toda la pechera de su camisa.

Logró cojear hasta Oliver, que se había puesto de rodillas. Ozzie se arrodilló a su lado.

El rostro del niño estaba muy rojo y convulsionado por violentos sollozos, y cuando Ozzie le rodeó con sus brazos Oliver se aferró al anciano como si fuera la única persona que había en el mundo aparte de él.

Diana estaba en la lavandería del edificio de apartamentos que había al otro lado de la avenida Sun. Se había apoyado en una lavadora y esperaba a que su respiración y su pulso se calmaran un poco.

La terrible onda expansiva que había hecho temblar la calle bajo sus pies la había dejado demasiado aturdida para llorar, pero en su cabeza sólo había un gemido incesante que repetía una y otra vez la misma palabra. "Hans, Hans, Hans…"

Pasado un rato logró respirar por la nariz y se irguió. Sacó tres monedas de veinticinco centavos de su bolsillo -más que nada porque se encontraba delante de una lavadora-, las puso en los agujeros que había en el mango de la máquina y lo empujó hacia dentro.

La lavadora se puso en marcha con un clunk ahogado y Diana pudo oír el ruido del agua moviéndose dentro de ella. La atmósfera encalmada de la habitación olía a lejía y detergente.

"Hans, maldito idiota arrogante y falso -pensó -. No te merecías ningún futuro maravilloso, pero sí algo mejor que esto…"

Se obligó a no recordar los momentos -en la cama, pero también cuando preparaba la cena o cuando estaba de vacaciones con Scat y Oliver- en los que Hans había sido considerado y tierno y la había hecho reír. – ¿Qué ha sido eso, una bomba? – preguntó una voz de mujer detrás de ella.

Diana giró sobre sí misma. Una mujer de cabellos blancos que empujaba un caminador de aluminio estaba entrando en ángulo por el umbral, impulsando delante de ella una cesta de plástico llena de ropa a base de darle patadas.

Diana comprendió que debía decir algo y dar la impresión de que sentía curiosidad.

–No lo sé -dijo-. Eh… Parecía una bomba, sí.

–Ojalá pudiera ir a echar un vistazo. Estaba empujando esto por el patio y de repente, buuuum, ¡veo salir volando toda esa mierda por los aires! Probablemente era una fábrica de droga.

–Una fábrica de droga…

–PCP -dijo la anciana-. Oiga, ¿podría poner mi ropa ahí? Agacharme me destroza la espalda.

–Claro.

Diana se guardó la mantita amarilla en el tenso bolsillo de su cadera, sacó las ropas de la cesta y las metió dentro de una lavadora.

–Necesitan productos químicos para fabricar su PCP…, éter y no sé qué más, y tienen que calentarlos, y como están drogados no son lo bastante cuidadosos. ¡Buuum! – La anciana volvió la cabeza hacia la otra lavadora, que seguía haciendo girar su tambor vacío-. Encanto, esas lavadoras están reservadas a los inquilinos.

–Acabo de mudarme.-Diana sacó un billete de veinte dólares de su bolsillo -.

Todavía no tengo coche. ¿Podría pagar a alguien de aquí para que me lleve a trabajar?

Está…, un poco más allá de la universidad.

La anciana clavó los ojos en el billete.

–Si puede esperar a que acabe de lavar la ropa yo misma puedo llevarla, siempre que no le importe que la vean en un Plymouth que tiene diez años y está bastante baqueteado.

–El coche me da igual, pero ¿podríamos irnos ahora? – ¿Y sus ropas?

Diana movió una mano señalando el estante de madera que había en la pared blanca.

–Estoy segura de que la próxima persona que utilice la lavadora las dejará ahí.

–Seguro. – La anciana cogió el billete de veinte dólares -. De acuerdo, si vuelve a sacar mis ropas y las lleva al apartamento. Supongo que puedo lavarlas luego.

–Estupendo -dijo Diana.

Sus codos y sus rodillas habían empezado a temblar y sabía que no tardaría en perder el control y se echaría a llorar, y no quería que ocurriese mientras seguía estando cerca de aquel barrio de cuerpos celestes que parecían traer tan mala suerte.

Crane se disponía a salir de su habitación del Circus Circus cuando sonó el teléfono.

Había dejado una nota para Mavranos, quien estaba fuera persiguiendo su cambio de fase estadístico en algún lugar de la ciudad. Había deslizado su 357 debajo del cinturón y había subido la cremallera de su chaqueta de

nylon, pero se quedó inmóvil con la mano sobre el picaporte y volvió la cabeza hacia el teléfono, que seguía sonando.

"Ozzie o Arky -pensó-. Ni siquiera Diana sabe que estamos aquí. Si es Arky querrá que le ayude a hacer alguna estupidez, y he de ir a la caravana de "Araña" Joe. Si es Ozzie tendrá noticias sobre Diana, naturalmente; me dará alguna forma de que pueda ayudarla, algo que me permita redimirme ante sus ojos aunque sólo sea un poquito… Si es por Diana retrasaré otro día el ver a "Araña" Joe", pensó mientras empezaba a retroceder hacia el teléfono.

Cogió el auricular. – ¿Diga?

Al principio no supo quién era, sólo que estaba sollozando. – ¿Qué? – murmuró Crane empezando a ponerse nervioso -. ¡Hable!

–Soy Ozzie, hijo. – Las lágrimas hacían que la voz del anciano sonara débil y estrangulada-. Vuelvo a estar en la comisaría de policía, y quieren que tú también vengas aquí. Y Arquímedes. – ¿Por qué? ¡Deprisa!

–Está muerta, Scott. – El anciano sorbió aire por la nariz-. Diana ha muerto. Volvió a su apartamento para coger algo y la hicieron volar por los aires. Yo estaba allí, lo vi y…, la habría seguido y habría entrado con ella, pero tenía a Oliver conmigo y… Oh, Dios, ¿de qué os he servido a los dos?

Diana estaba muerta.

Toda la tensión y la esperanza se esfumaron, y cuando volvió a hablar Crane usó el tono de voz suave y relajado de la desesperación más absoluta.

–Has…, has sido un buen padre, Ozzie. Todo el mundo muere, pero nadie ha tenido un padre mejor de lo que tú lo has sido para nosotros dos. Ella te quería, y yo te quiero, y los dos siempre supimos que nos querías. – Suspiró, y bostezó -. Oz… Vete a casa.

Vuelve a las cosas que dijiste que te gustaban, a tus novelas de Louis L'Amour y tus pipas Kaywoodie.

"Aléjate sin prisas hacia esa noche amable -pensó-, reposa en paz con la muerte de la luz."

El auricular era un peso tan tremendo que estaba empezando a fatigarle, pero Crane lo colgó sin hacer ni el más mínimo ruido.

Permaneció un rato sentado en la cama sin pensar prácticamente en nada. Sabía que la policía quería hablar con él y que acabaría llamando a su puerta, pero no sentía el impulso de ir en su busca o de evitarles.

El teléfono volvía a sonar. Crane dejó que sonara.

Había leído en algún sitio que el peso del aire al nivel del mar era de aproximadamente un kilo por centímetro cuadrado, y se preguntó distraídamente si sería capaz de aguantarlo o, incluso, si podría impedir que le echase hacia atrás obligándole a desplomarse sobre la cama.

Un olor acabó abriéndose paso hasta su cerebro, un olor matinal. Crane sabía qué era…, café caliente.

Volvió la cabeza hacia la mesilla de noche…, y se estremeció.

Había una taza de café humeante al lado del reloj, una taza blanca modelo "Buenos días" del McDonald's idéntica a aquella media docena que él y Susan habían sacado ya no recordaba de dónde.

Crane se puso en pie y salió de la habitación.

La policía podía ir a buscarle al bar-carrusel, por lo que Crane cogió el ascensor hasta la planta baja y salió por la puerta principal del Circus Circus, y cruzó el enorme aparcamiento en el que un gigantesco mono de piedra blanca hacía señas al tráfico que iba en dirección sur a lo largo del bulevar Las Vegas bañado por el sol. Llamó un taxi y pidió que le llevase al Flamingo.

El taxista le dejó en su destino y Crane cruzó lentamente la acera repleta de gente, subió los peldaños, dejó atrás la puerta de cristal con marco de estaño y entró en el casino. Después avanzó por la repentina penumbra enmoquetada serpenteando por entre las máquinas tragaperras y las mesas de blackjack hasta llegar al bar de la parte de atrás.

–Un Wild Turkey y una Bud para acompañarlo -le dijo a la camarera que acabó acercándose a la mesa de un rincón en la que se había instalado -. Oh, ¿podría traerme un teléfono a esta mesa? Estoy esperando una llamada.

El bar estaba casi vacío a aquella hora tan temprana de la mañana, y se encontraba lo suficientemente iluminado para que la sala de juego que se extendía más allá de la arcada quedara convertida en una masa de oscuridad llena de ruidos sin sentido y luces que parpadeaban.

–Encanto, puedo traerle un teléfono, pero será mejor que llame usted a esa persona.

Tenemos un montón de líneas…, hay muy pocas probabilidades de que reciba una llamada aquí.

Crane se limitó a asentir y despidió a la camarera con un gesto de la mano.

Se echó hacia atrás y lanzó una nerviosa ojeada a los cuadros enmarcados que colgaban de las paredes. "El sitio favorito de mi padre -pensó -. Me pregunto si sigue viniendo aquí, si aún tiene un escondite para las cosas que podrían hacerle daño… En tal caso podría estar en cualquier parte. No podría estar en el mismo sitio de antes, en ese agujero del estuco debajo de los peldaños de la entrada. Esos peldaños han desaparecido junto con la Torre Champagne, la rosaleda de Siegel y la extensión de césped que había delante del casino. Quizá siga volviendo aquí…, quizá volverá en algún momento del futuro utilizando mi cuerpo en cuanto se haya apoderado de él."

Crane pensó en su padre y en las muchas veces que le había llevado a pescar al Lago Mead cuando era pequeño, en cómo le había enseñado a comprender las mareas de las cartas…, y en el daño que le había hecho después y en cómo había desaparecido de su existencia para siempre.

El whisky y la cerveza llegaron junto con el teléfono, y después de haber pagado a la camarera Crane se limitó a quedarse inmóvil y contempló durante unos momentos los tres objetos que había sobre la superficie de madera oscura.

"Adiós a la idea del blanco que devuelve los disparos -pensó-. Adiós al apostarlo todo. Estoy a punto de quedar al descubierto con las manos vacías; de abandonar después de haber aguantado todas las apuestas salvo esa última y terrible subida…" ¿Qué había dicho Ozzie?

"La hicieron volar por los aires."

"Supongo que no sentí su muerte a través de nuestra vieja conexión psíquica porque ella tampoco la sintió -pensó Crane -. Destrucción instantánea… No hubo nada que transmitir, ¿verdad?"

Alzó el vaso de whisky y contempló el líquido ambarino que contenía. "Podría no hacerlo -pensó-. Podría dejar este vaso encima de la mesa y coger un taxi para ir a la comisaría de policía. Podría ver la apuesta y seguir viviendo… ¿Para qué? No compartí su dolor porque no hubo ningún dolor que compartir, pero quizá estoy compartiendo su muerte."

Apuró el whisky de un solo trago, y sintió cómo la agradable quemadura del líquido le calentaba la garganta y el estómago. Después se bebió la mitad de la Budweiser helada, se echó hacia atrás hasta quedar apoyado en el respaldo de la silla de lona y esperó parpadeando de vez en cuando. Sus ojos estaban totalmente inexpresivos.

El teléfono que había delante de él sonó. Crane cogió el auricular y se lo llevó a la oreja.

–Hola, Susan -dijo. Tragó aire, lanzó una mirada impregnada de indiferencia a la barra buscando algún factor que pudiera retrasar lo que iba a ocurrir, no encontró ninguno y siguió hablando -. ¿Podrás perdonarme?

Y en el vestíbulo, el casino y los restaurantes de la Riviera la voz sin cuerpo del sistema de megafonía repitió unas cuantas veces "Llamando a Oliver Crane, llamando a Oliver Crane" por encima del parloteo de los huéspedes y los jugadores y el incesante tintinear de las fichas hasta que decidió olvidarse de él, y pasó a dar otros avisos y llamadas.

Libro tercero – Jugando las manos Mas una voz se oyó entre los himnos sagrados cual de las aguas surgida, pues en los profundos abismos tiene su morada, tranquila aunque vientos airados hagan temblar el mundo, y cuando los continentes son por ellos azotados poder tiene para caminar sobre las aguas como nuestro Señor.

ALFRED, LORD TENNYSON, Los idilios del Rey Y en un cielo de cobre ardiente el Sol de sangre, al mediodía, encima del mástil se hallaba y no mayor que la Luna parecía.

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE, La oda del viejo marinero Nano: Y ahora, dulce alma mía, dime de entre tal variedad qué cuerpo escogerías para conservar de tu posición la calidad. andrógino: A decir verdad, aquí estoy y aquí me quedaría. nano: ¿Porque aquí el deleite de cada sexo ya variar no se podría? andrógino: Ay, esos placeres se han ajado y olvidado.

BEN JONSON, El zorro Las esperanzas mueren, y sus tumbas son la prueba de que el fin de su pena y su alegría llega cuando el tiempo que con todos los hombres acaba ha acabado con la fe que a los amigos unía.

ALGERNON CHARLES SWINBURNE, Dedicatoria

28

Por fin es hora de acostarse, ¿eh?

Ozzie llevaba más de veinte años ausente de Las Vegas antes de aquel viaje, pero conocía aquella clase de bar alejado del Strip. A primera hora de la noche habría estado lleno de corpulentos obreros de la construcción que bebían sus cervezas de después del trabajo, pero cuando entró en él la clientela estaba formada por gente del teatro y de los casinos, y la bebida servida con más frecuencia era el vino blanco frío. Después de la

medianoche las prostitutas aparecerían para tomar la bebida que estuviera más de moda últimamente entre ellas.

Para Ozzie aquel bar era el ojo del huracán, el período de calma que separa la primera pelea de la última.

Ozzie abrió el paquete de Chesterfield que había comprado en la máquina de cigarrillos del rincón y lo sacudió hasta sacar uno. Había dejado de fumar en 1966, pero nunca había logrado olvidar del todo la a veces profunda satisfacción que le proporcionaba encender un cigarrillo y aspirar el humo hasta llenarse los pulmones con él.

El camarero dejó caer una carterita de cerillas sobre la barra junto a la jarra de cerveza que había pedido Ozzie.

Ozzie le dirigió una sonrisa cansada.

–Gracias.

Rascó una cerilla y encendió el cigarrillo.

Antes de guardarse la carterita echó un vistazo a las otras posibilidades.

"Un mensaje en la columna de anuncios personales del Sun o el Review-Journal -pensó -. No, Scott no leerá los periódicos… Y quizá ya he hecho más que suficiente dejando el mensaje en la recepción del Circus Circus -pensó un instante después-. He dejado al joven Oliver con una mujer llamada Helen Sully que vive en Searchlight. Figura en el listín telefónico. El último deseo de Diana era que cuidaras de sus dos hijos. Es lo que puedes hacer…, hazlo. Te quiere, Ozzie.

Pero Scott quizá no volviera al Circus Circus.

Ozzie tomó un sorbo de cerveza fría, frunció el ceño y se acordó del niño regordete y de cómo le había suplicado que le dejara quedarse con él.

–No eres demasiado viejo para ser nuestro padre -le había dicho Oliver con los ojos llenos de lágrimas mientras Ozzie conducía el Mustang de Diana en dirección sur por la 95 aquella tarde yendo hacia Searchlight-. Scat y yo necesitamos un padre.

El chico seguía pareciendo asustado y aún temblaba un poco. La explosión de su hogar y la muerte de su madre le habían arrebatado toda su arrogancia anterior.

–Intentaré conseguir que tengáis un padre, Oliver -había dicho Ozzie-. Lo siento… ¿Te molesta que te llame Oliver?

–Es tu nombre -había dicho el niño-. No me molesta. No me llames nunca por ese otro nombre…, el que quería que utilizarais antes. Era el…

No sé qué era. Lo arranqué y lo eché fuera…

Helen Sully vivía en una casa muy grande estilo rancho que se encontraba justo allí donde terminaba Searchlight. Había trabajado con Diana en una pizzería hacía cuatro años, se había encariñado con ella y había seguido siendo amiga suya. Tenía seis niños, y accedió sin hacerse de rogar a cuidar de uno o de los dos chicos de Diana hasta que su tío volviera a aparecer.

"Lo arranqué y lo eché fuera…"

Ozzie dio una profunda calada al cigarrillo y no tosió. Sus pulmones se acordaban del humo, y no cabía duda de que se habían estado preguntando qué había sido de él. "Y lo que dijo el chico no era ninguna metáfora -pensó Ozzie mientras tomaba otro sorbo de cerveza-. Cuando estaba delante de las ruinas del apartamento vi cómo la personalidad de Perro Mordedor se alejaba de él."

No, Scott quizá no iría al hotel y un anuncio en el periódico no daría ningún resultado.

Ozzie acabó su cerveza y apagó el cigarrillo aplastándolo en un cenicero.

Después volvió la vista hacia el camarero hasta que consiguió atraer su atención. – ¿Tiene una baraja a mano? – preguntó.

–Creo que sí.

El camarero hurgó entre los objetos que se amontonaban al-rededor de la caja registradora, y acabó arrojando una cajita sobre la barra delante de Ozzie. La tapa estaba adornada con una foto a color de una mujer desnuda que sonreía, y cuando la abrió y sacó las gastadas cartas de ella Ozzie vio que en el dorso de cada una había la misma foto.

–Qué maravilla -dijo secamente.

–Puede apostar a que sí. ¿Sabe hacer algún truco con las cartas?

–No. – Ozzie se preguntó por qué nunca había aprendido a hacer nada con las cartas aparte de ganarse la vida con ellas de la forma más discreta y cautelosa posible-.

Siempre les he tenido demasiado miedo -dijo. Alzó la mirada hacia el camarero y se dio cuenta de que aunque era de mediana edad y tenía una considerable barriga que tensaba su delantal era más joven que Scott, e incalculablemente más joven que el mismo Ozzie.

"No hay tiempo que perder", pensó-. ¿Se las puedo comprar? –preguntó, y golpeó la vieja y gastada baraja con las puntas de los dedos.

La expresión de perplejidad del camarero se convirtió en desprecio mal disimulado.

–Puede quedárselas, abuelo -dijo.

El camarero giró sobre sí mismo y clavó los ojos en el televisor que colgaba debajo del techo encima de un estante.

Ozzie sonrió amargamente para sí mismo. "Cree que voy a volver a alguna habitación de hotel y…, y que haré algunos trucos con las cartas -pensó-. Cree que usaré este patético y repetitivo harén de papel para… Oh, bueno, La opinión que un camarero tenga de mí es un factor muy poco importante en todo esto."

Pero se dio cuenta de que estaba empezando a enrojecer, y acarició el nudo cuidadosamente hecho de su corbata sintiéndose un poco incómodo.

Se acordó de que el norte estaba a su derecha. Barajó rápidamente las cartas siete veces y colocó cuatro cartas sobre la barra formando una cruz. La carta que quedó en el extremo norte de la cruz era el jack de corazones.

"Bien, pues al norte", pensó. Bajó del taburete apoyándose en su bastón ortopédico de aluminio, metió la mano en el bolsillo para pagar la cerveza y, como siempre, dejó el quince por ciento de la consumición como propina.

Crane se removió en su asiento y observó el curso de las apuestas que se estaban desarrollando sobre el fieltro verde.

Se encontraba en la sala de juego del Binion's Horseshoe, justo a la derecha de la nueva puerta que se abrió en la pared cuando el Horseshoe compró el Mint. Los paneles de madera que cubrían las paredes estaban llenos de fotos enmarcadas de los miembros del Salón de la Fama del Póquer – Wild Bill Hickock, Johnny Moss, Doyle Brunson-, que parecían contemplar las partidas desde lo alto, y mientras tomaba un sorbo del último bourbon con hielo que le habían servido Crane se preguntó qué pensarían los viejos maestros de su forma de jugar.

Había abierto con el cañón apuntándole -Crane era el primer jugador a la izquierda del que daba cartas-, teniendo tres jacks. Aquella noche parecía incapaz de obtener una mano mala jugara donde jugase, y tres jugadores más acababan de ver los cincuenta dólares que había apostado. Eso era bueno. Pediría dos cartas para añadirlas a sus jacks, y los otros jugadores probablemente pensarían que estaba tan borracho que su objetivo era una

pareja reforzada, o incluso un full, o nada salvo sueños en vez de lo que realmente andaba buscando.

Y no cabía duda de que estaba borracho. Su campo visual parecía estar cambiando continuamente, como si se hubiera convertido en un aparato de televisión que tenía problemas de sincronía vertical, y Crane se veía obligado a bajar la cabeza a cada momento para centrar su mirada en algo.

Y cada vez que echaba un vistazo a sus cartas tenía que cerrar su ojo de plástico porque si no lo hacía veía la mano como si estuviera formada por cartas de tarot. No eran cartas de la baraja letal de su padre, gracias a Dios, y ni siquiera de la que el pobre Joshua había intentado utilizar con él, sino de una baraja con la que había soñado…, la baraja en la que el dos de bastos era la cabeza de un querubín atravesada por dos varillas metálicas. – ¿Cartas? – preguntó en voz alta el empleado del casino.

Crane comprendió que se estaba dirigiendo a él, y pensó que probablemente era la segunda vez que se lo preguntaba. Alzó dos dedos y se desprendió del cuatro y el nueve de corazones. Las cartas que recibió a cambio eran el nueve y el dos de picas, y no le servían de nada.

Los dos jugadores sentados a su izquierda se limitaron a golpear la mesa con los nudillos. Estaban satisfechos o, por lo menos, había decidido fingir que sus manos eran inmejorables.

"Y tanto el uno como el otro han estado jugando de una forma muy conservadora -pensó Crane con tristeza-. Si tienen doble pareja de valor bajo lo dejan correr, no intentan conseguir escaleras y al parecer jamás se echan faroles…" Había muchas probabilidades de que tuvieran manos inmejorables, y Crane estaba seguro de que por lo menos uno de ellos la tenía.

Lástima de tres jacks.

Crane pasó en vez de apostar y cuando uno de los jugadores apostó y el otro subió la apuesta y la apuesta "fría" llegó a él deslizó dos de sus jacks debajo de sus fichas, y arrojó las otras tres cartas sobre la mesa. Cuando le pidieran que enseñase las cartas con que abría el juego mostraría la pareja, que era el mínimo exigido para que un jugador pudiera abrir; y dado el puesto que ocupaba en la mesa abrir con sólo un par de jacks era una jugada carente de sentido. Dar la impresión de que había cometido esa estupidez serviría para confirmarle como un borracho imprudente ante los ojos de los otros jugadores.

Crane llevaba unas dieciséis horas jugando al póquer por toda la ciudad. Había empezado en la sala de juego del Flamingo después de recibir la primera llamada telefónica del fantasma de Susan. Después de aquella llamada el fantasma le había telefoneado en varias ocasiones haciendo sonar teléfonos públicos situados cerca de Crane. Su voz sonaba muy ronca, y nunca hablaba más tiempo del necesario para decirle que le perdonaba y le quería. Crane sabía que fuera cual fuese el motel que escogiera le estaría aguardando acostada sobre la cama de la habitación de motel en la que acabaría, pero se sentía como un novio nervioso en su noche de bodas y quería tomar un par de copas más antes de…, de retirarse.

Entre los mil fragmentos de conversaciones que habían llegado a sus oídos había dos -la primera vez en el Sands, y la segunda cuando un taxista le preguntó a qué se dedicaba-, que hacían referencia a una serie de partidas de póquer que se jugarían en una casa-barco del Lago Mead la semana próxima. La serie de póquer empezaría el miércoles por la noche y continuaría hasta que acabara el Viernes Santo.

Crane intentó no pensar en aquello.

Alargó la mano hacia su bebida, vaciló antes de que sus dedos se hubieran cerrado sobre ella y miró a su derecha…, pero, naturalmente, no había ninguna mujer de pie a su lado. Llevaba todo el día captando aquellos fugaces atisbos por el rabillo de su ojo de plástico. Crane no estaba muy seguro del porqué, pero el que fuera capaz de ver a través del hemisferio de plástico pintado no le preocupaba en lo más mínimo. En lo más hondo de su ser siempre había sabido que su padre era capaz de devolverle lo que le había arrebatado.

Richard Leroy y Vaughan Trumbill estaban a quince metros de él contemplando la partida de póquer por encima de dos tragaperras cuyas pantallas de vídeo mostraban cartas de póquer. El Horseshoe estaba repleto incluso a una hora tan tardía una noche de miércoles, y los dos hombres no paraban de introducir monedas de veinticinco centavos en las ranuras y pulsaban los botones sin prestar ninguna atención al resultado para no perder el sitio.

–Beany va a tener que gastar más dinero en fichas -dijo Trumbill contemplando la partida con expresión impasible. – ¿Hmmm? – murmuró Richard siguiendo la dirección de la mirada del gordo-. Oh, sí.

Su rostro volvió a quedar vacío de toda expresión. Un hombrecillo de cabellos blancos sentado a la mesa de póquer, que tenía un inhalador contra el asma delante de él, sacó un fajo de billetes del bolsillo de su chaqueta y separó de él veinte billetes de cien dólares.

Los arrojó sobre el fieltro verde, y el empleado deslizó varios montones de fichas verdes hacia él.

La animación volvió al rostro de Leroy un instante después.

–Ya está -dijo-. Eh, ¿has visto lo que ha hecho nuestro pez? Abrir con jacks con el cañón apuntándole… Está tan maduro que le debe de faltar muy poco para caer del árbol.

–Enseñó dos jacks, Betsy -dijo Trumbill-. Lo siento, quería decir Richard… Podría haber sacado doble pareja o incluso un trío. No estoy convencido de que esté tan a punto de ser recogido corno crees.

Si hubiera estado usando el cuerpo de Betsy Reculver el anciano seguramente se habría enfadado, pero estaba usando el de Richard y se limitó a reír.

–Vamos, pero si lleva todo el día bebiendo como una esponja… Está tan suelto como un coágulo de sangre viajando por una arteria.

Trumbill se limitó a encogerse de hombros, pero estaba un poco nervioso y la comparación empleada por el anciano no le había hecho ninguna gracia. Varios hombres que conducían coches con matrículas de Nevada habían estado en el motel en el que se había alojado Crane haciendo preguntas sobre Scott "Espantapájaros" Smith, y Trumbill temía que algún jack andará tras la pista de Crane y que quisiera eliminar uno de los cuerpos que Georges León se disponía a asumir dejándole sin su valioso pez, y aunque no estaba muy seguro del porqué seguía estando preocupado por el asesinato de aquella mañana…, quizá porque lo habitual era que las explosiones despedazaran los cuerpos y arrojaran los fragmentos en todas direcciones para que acabaran secándose sobre los tejados y las ramas de los árboles, y Trumbill seguía notando el incómodo peso de LaShane en su estómago. Aquella tarde -totalmente desnudo salvo por el esplendor de sus mil tatuajes-, Trumbill había arrastrado el perro muerto hasta el patio y se había comido un poco más de la mitad crudo. Después Richard se había encargado de limpiarle con una manguera.

Un joven que llevaba un suéter fue hacia Trumbill.

–Uno de los coches que estaban en el motel acaba de aparcar al lado de la licorería en la esquina de la Primera -murmuró-. Tres tipos que no paran de arrojar monedas al aire, vienen hacia aquí.

Trumbill asintió.

–Que tus chicos sigan vigilándoles -dijo en voz baja.

El joven asintió y se fue a toda prisa.

Richard le estaba contemplando con las cejas enarcadas.

–No somos los únicos que hemos captado el que estuviera jugando -dijo Trumbill-.

Tres tipos vienen hacia aquí…, tienen que trabajar para algún jack. ¿Aún no puedes sacarlo del agua? – preguntó Trumbill.

–No, no hasta el día antes de Pascua. – ¿Por qué no lo intentas? Si tenemos que salir a toda prisa nos ayudaría bastante el que cooperase.

Richard vaciló durante unos momentos, pero acabó asintiendo con la cabeza y clavó los ojos en Crane.

Crane se estaba llevando el vaso a la boca…, y de repente su brazo sufrió un espasmo y el borde del vaso le golpeó en la nariz, y sintió el escozor del bourbon en los ojos. Su boca se abrió de golpe y emitió una especie de prolongado rebuzno.

Después parpadeó rápidamente sintiendo cómo su rostro se enrojecía con la aparatosa vergüenza del borracho, y bajó cautelosamente el vaso vacío hasta dejarlo sobre la servilleta de papel que había encima del fieltro verde.

–Eh… Lo he hecho para despabilarme -le dijo al empleado del casino, quien le estaba contemplando con cara de sorpresa.

–Quizá sea hora de irse a acostar -sugirió el empleado.

Crane se imaginó una cama de motel en una habitación sumida en la penumbra iluminada por el resplandor blanco del farol que se alzaba al otro lado de la cortina, y una silueta acostada en la cama que extendía sus blancos brazos hacia él.

–No, todavía no. ¡Aún me queda algo de dinero!

–Claro, déjele jugar -dijo el hombre de negocios bien vestido y aparentemente inglés que había ganado la partida iniciada por Crane. La línea del nacimiento de su cabellera canosa estaba un poco humedecida, y hasta el momento había jugado de una forma muy cautelosa y conservadora. Crane supuso que se sentía incómodo en una mesa con

apuestas altas, y que agradecía la presencia de un imbécil borracho -. Estamos en un país libre, ¿no? – dijo el hombre obsequiando a Crane con una sonrisa nerviosa.

Crane asintió lentamente.

–Desde luego que sí.

–Y es un país maravilloso -se apresuró a añadir el hombre de negocios-, aunque tienen muchos matones.

El empleado del casino se encogió de hombros y empezó a repartir cartas a los jugadores desrizándolas sobre la mesa. El botón que indicaba la banca honoraria quedó colocado delante de Crane, y la primera carta fue entregada al jugador sentado a la izquierda de Crane, el inglés. – ¿Que tenemos un montón de qué? – preguntó Crane.

–De matones -dijo el inglés-. Mires donde mires hay matones por todas partes.

El empleado del casino era muy rápido. Cada uno de los ocho jugadores ya tenía cinco cartas boca abajo delante.

Crane asintió con cara de perplejidad.

–Sí, supongo que sí.

–Es inútil -dijo Richard Leroy apoyando los codos sobre la máquina tragaperras.

Metió distraídamente una moneda de veinticinco centavos en la ranura, pulsó el botón que daba cartas y la pechera de su chaqueta quedó iluminada por un parpadeo multicolor cuando las cartas aparecieron en la pantalla.

–Desde luego, a menos que quieras provocarle un ataque -murmuró Trumbill.

Crane se limpió el mentón con la manga de la camisa y alzó su vaso vacío hacia la camarera cuando pasó a su lado.

"Temblorinas y ruidos animales -pensó confusamente-. Bueno, por lo menos estoy consiguiendo fabricarme una imagen de lo más impresionante… Espero que no acabaré vomitando, perdiendo el control de mis tripas o algo por el estilo."

El inglés había abierto el juego en primera posición, y Crane estaba seguro de que como mínimo debía de tener un par de ases. Ningún jugador aceptó la apuesta de cincuenta dólares de apertura, y cuando le llegó el turno Crane se acordó de que debía curvar hacia arriba la esquina de sus cartas, cosa que no había hecho todavía, y las contempló con su ojo derecho

cerrado. Tenía los reyes de picas y tréboles, el dos de picas y el de diamantes y el siete de corazones, una bonita doble pareja. Dejó que las cartas volvieran a caer sobre la mesa y empujó hacia adelante una ficha negra de cien dólares.

–Subo la apuesta -dijo articulando claramente cada palabra.

El inglés aceptó el envite y pidió una carta. Crane no creía que tuviera el valor necesario para tratar de conseguir una escalera o color contra una subida de la apuesta; probablemente quería obtener una doble pareja, y era improbable que consiguiera algo capaz de vencer a los reyes de Crane.

Crane pensó en plantarse para asustarle y hacerle abandonar, pero acabó decidiendo que el inglés supondría que se estaba echando un farol o, quizá, que estaba lo bastante borracho para ver un color donde no existía; y lo que hizo finalmente fue desprenderse del siete y arriesgarse con la probabilidad entre once de obtener otro dos u otro rey y conseguir un full.

Pero cuando tiró del siete el dos de diamantes le acompañó como si las dos cartas estuvieran pegadas.

Crane alzó las cartas de la mesa poniendo expresión sorprendida y abrió su ojo derecho. Después cerró el izquierdo.

Visto a través del ojo de plástico de Crane el rey de tréboles era un rey que sostenía una varilla metálica y estaba sentado en un trono con forma de león; el rey de picas era un extraño rey de espadas reducido a una cabeza coronada que asomaba de la superficie de una masa de agua y cuyo brazo levantado por encima del agua sostenía en alto una espada; y el dos de tréboles era el a esas alturas ya bastante familiar dos de bastos, la cabeza de querubín atravesada por dos varillas metálicas.

Las tres caras estaban vueltas hacia él, y sus ojos pintados parecían lanzar una mirada apremiante que se clavaba en el ojo de plástico de Crane.

Crane deseó sin mucho entusiasmo que todo aquello acabara de una vez. ¿Dónde demonios estaba la bebida que había pedido?

Pero arrojó obedientemente las otras dos cartas sobre la mesa conservando los reyes y el querubín.

Cerró su ojo derecho y abrió el izquierdo. La sesión de guiños y forzar la vista unida al baño de bourbon había hecho que le empezaran a lagrimear los ojos.

–Dos -le dijo al empleado del casino.

A pesar de las lágrimas que corrían por sus mejillas estaba muy tranquilo, y su voz sonó firme y segura de sí misma.

Vistas con su ojo izquierdo las tres cartas que tenía en la mano volvían a ser los reyes de picas y tréboles y el dos de tréboles. Romper la doble pareja y quedarse con una pareja era una decisión que ningún jugador de póquer mínimamente experto habría aprobado, pero las dos cartas que el empleado del casino hizo deslizarse hacia él resultaron ser los reyes de corazones y diamantes. Crane tenía cuatro reyes, lo que casi con toda seguridad era mejor que la mano que pudiera tener el inglés.

Su único oponente empujó cuatro fichas de veinticinco dólares hacia el centro de la mesa y Crane subió la apuesta con ocho fichas, y el inglés la volvió a subir, y Crane también, y se fueron alternando en subir la apuesta que hacía cada uno -la única pausa fue el tiempo que necesitó Crane para apurar de un trago la bebida que acababan de servirle y pedir otra-, hasta que los algo más de mil doscientos dólares en fichas de Crane quedaron acumulados en el centro de la mesa. Tenía dinero en los bolsillos, y Crane deseó que las reglas le permitieran comprar más fichas durante una mano.

Crane parpadeó y contempló con curiosidad al inglés, al que a juzgar por su aspecto parecía faltarle muy poco para imitarle arrojándose una bebida a la cara y empezando a rebuznar. Estaba temblando, y tenía los labios muy blancos. – ¿Y bien? – murmuró con voz quebradiza. Crane puso sus cartas boca arriba sobre la mesa.

–Cuatro reyes -dijo.

El inglés parpadeó. Todo su rostro se había puesto blanco, pero estaba sonriendo y meneando la cabeza, y un instante después se incorporó bruscamente para clavar la mirada en las cartas de Crane.

Sus labios se movieron sin emitir ningún sonido como si estuviera contando los reyes…, y su cuerpo se estremeció violentamente y rodó hacia atrás derribando su silla y desplomándose sobre la moqueta que cubría el suelo.

El empleado del casino se puso en pie y alzó una mano. Unos segundos después dos guardias de seguridad aparecieron junto a la mesa, evaluaron la situación con un rápido vistazo y se inclinaron sobre el inglés caído en el suelo.

–Parece el corazón -dijo uno de ellos-. Sí, las uñas casi están negras…

Empezó a golpear el pecho del inglés con un puño mientras el otro guardia de seguridad cogía su radio portátil del cinturón y hablaba por ella.

Crane había oído decir en más de una ocasión que los jugadores de Las Vegas sólo pensaban en el juego, pero varias personas abandonaron las máquinas tragaperras o incluso partidas de póquer para acercarse y contemplar al hombre caído en el suelo.

Mientras especulaban en susurros sobre las posibilidades de salir bien librado que tenía Crane, se alegró de que no pudieran saber que había sido él quien había provocado el infarto de aquel inglés inofensivo. Volvió a pasarse el puño de la camisa por los ojos para limpiarse las lágrimas. "Podría haber arrojado las cinco cartas -pensó-. Pero ¿cómo podía saberlo? No ha sido culpa mía. ¿Para qué estaba jugando si no podía permitirse el perder?"

El empleado del casino se inclinó sobre la mesa -las dos puntas de su corbata de lazo se bambolearon debajo de su mentón, cada una con HORSESHOE escrito en letras plateadas-, y fue poniendo lentamente boca arriba las cartas del inglés con expresión pensativa.

Un ocho y cuatro reinas. Sí, el inglés había sido derrotado de forma inapelable.

Crane cerró su ojo izquierdo y contempló las cartas que había dejado sobre la mesa.

Los reyes y la cabeza de querubín atravesada por las varillas metálicas sonreían con expresión triunfal.

–Que venga alguien con una bandeja para mis fichas -le dijo al empleado del casino con voz áspera-. Quiero cambiar lo que he ganado.

El empleado del casino le lanzó una mirada totalmente inexpresiva.

–Por fin es hora de acostarse, ¿eh?

Cuando vio que Crane se levantaba de la mesa Trumbill giró sobre sí mismo e hizo una seña al joven del suéter, quien estaba alimentando con gestos mecánicos una máquina tragaperras a tres hileras de distancia. El joven asintió y movió la mano haciendo una señal a alguien que estaba más atrás.

–Me encargaré de él en cuanto estemos fuera -dijo Trumbill volviéndose hacia Leroy-. No me ha visto nunca, y la gente confía en los gordos.

–Si sonríen -dijo Leroy con voz tensa mientras observaba cómo Crane iba colocando los montoncitos de fichas en la bandeja de madera que le

habían traído-. ¿Puedes sonreír?

Miró a Trumbill.

Las mejillas de Trumbill se tensaron hacia arriba, su labio inferior se abultó separándose de sus dientes y sus ojos se convirtieron en rendijas chispeantes.

–Jo, jo, jo -dijo.

–Olvídalo -dijo Leroy. Crane acababa de coger la bandeja y había empezado a abrirse paso por entre la multitud en dirección al recinto del cajero, y Leroy le siguió con Trumbill al lado-. Finje que estás tan triste como si hubieras perdido los ahorros de toda tu vida -dijo Leroy mientras avanzaban a base de codazos por entre las falanges de jugadores-. Supongo que un gordo triste también servirá.

Crane colocó la bandeja sobre el mostrador de caja y la mujer que ocupaba el recinto la metió dentro.

–Cristo, efectivo otra vez -dijo Trumbill unos instantes después viendo cómo Crane aceptaba un rollo de billetes, lo doblaba y se lo metía en el bolsillo-. Con lo que ha ganado en el Dunes y el Mirage debe de llevar encima veinte de los grandes.

–Puedes quedarte el dinero cuando le hayamos echado el guante. Va hacia la puerta… Los chicos de Moynihan tendrán una furgoneta esperando en algún lugar de la acera. Mételo dentro.

–De acuerdo. – ¡Maaaaaaala suerte!

El piquete seguía yendo y viniendo por la acera de la Calle Fremont, y la joven de cabellos cortos había vuelto a usar su megáfono eléctrico. – ¡Maaaaaala suerte en el casino! – zumbó su átona voz amplificada naciendo vibrar la atmósfera recalentada cuando Crane salió tambaleándose a la noche repleta de luces del sur de Las Vegas-. ¡Salid, peeeeeeeerdedores!

"Ya voy -pensó Crane mientras se daba palmadas en los bolsillos intentando encontrar sus cigarrillos-. Por suerte para el medio ambiente soy sociodegradable."

Encontró un paquete de Camels de Arky, logró extraer un cigarrillo y lo metió entre sus labios resecos. Bien, ¿tenía cerillas? Volvió a palmearse los bolsillos.

El humo y el agotamiento le habían irritado el ojo sano, por lo que Crane permitió que se cerrara y contempló lo que le rodeaba con su ojo de plástico. Vistos a través de él la calle y los casinos resultaban tan exóticos

como una alucinación, paisajes imposibles de Samarkanda repletos de palacios resplandecientes y enormes avenidas en las que se movían reyes y reinas vestidos con mantos y túnicas.

Crane sonrió y tragó una honda bocanada de aire mientras sentía el zumbido del licor en sus venas.

Y de repente todo empezó a cambiar. El clank-clank-clank metálico de las máquinas tragaperras se convirtió en el veloz sonido de fondo de una música salvaje y martilleante que sólo podía ser interpretada por una orquesta de bocinazos enfurecidos, tacones que repiqueteaban sobre el pavimento y gritos de borrachos. – ¡Hora de ir a casa, peeeeeerdedores! – gritó la huelguista en estridente contrapunto a esos sonidos.

Las personas que caminaban por las aceras se movían tan espasmódicamente como si fuesen marionetas; al parecer eran participantes involuntarios en una degradante danza mecánica.

Crane tuvo la repentina sensación de estar al borde del pánico. Abrió los dos ojos y respiró profundamente. Captó el olor de los humos que brotaban de los tubos de escape, del sudor y del eterno viento cálido del desierto.

Estaba en la calle Fremont y las personas que había a su alrededor no eran más que turistas traídos allí por el azar, y lo único que le ocurría era que estaba borracho.

El cigarrillo seguía colgando de su labio inferior, y Crane pensó que si conseguía encenderlo se sentiría mejor y no tan borracho. – ¿Necesita lumbre? – preguntó alguien a su lado.

Crane giró sobre sí mismo empezando a curvar los labios en una sonrisa de alivio…, y se quedó paralizado ante la superposición de imágenes con la que se encontró en cuanto hubo completado el movimiento.

Por su ojo izquierdo veía al gordo que había registrado su apartamento, el gordo que tenía aquel sobre con la anotación CLAUSURAR CON LA MÁXIMA URGENCIA referente a Diana sobre el asiento del Jaguar gris, el gordo que se había comido las hojas de la planta que había delante de su casa de Santa Ana al otro lado de la calle.

Y por su ojo derecho Crane veía a una esfera negra del tamaño de un hombre con una cabeza negra recubierta de verrugas y brazos rechonchos erizados de vello negro; y lejos de los confines de aquella criatura y excluidos por ella hervía un aura Kirlian de zarcillos verdes, caparazones agrietados, colas de pez de color verde y arterias rojas.

"¡Manillar! – pensó Crane-. No, el Hombre Mandelbrot…" Y un instante después ya había echado a correr ignorando la quemadura del dolor en su pierna herida, tambaleándose por entre la multitud sin poder oír nada salvo el gemido que resonaba dentro de su cabeza.

Un semáforo debía de estar verde bajo los soles azules y blancos de los neones del Horseshoe, pues la multitud se estiró hasta ocupar toda la anchura de la calle Fremont y Crane se encontró en la acera de enfrente antes de haberse dado cuenta de que había puesto los pies en la calzada.

El gentío parecía ser menos espeso a su izquierda, y Crane corrió en esa dirección.

Sus zapatos golpeteaban rítmicamente el pavimento lleno de manchas oscuras. Una calle se abrió a su derecha, y Crane dobló la esquina y estuvo a punto de perder el equilibrio cuando su rodilla derecha se negó a flexionarse, y medio saltó y medio trotó hacia los neones azules y rojos que anunciaban marcas de cervezas de la licorería que había delante de él.

Su confusión aumentó al ver que aquella calle estaba casi vacía. Había un taxi con el motor en punto muerto aparcado junto a la acera delante de él, y un hombre vestido con un mono de faena caminaba por la otra acera moviéndose lentamente bajo la cornisa de un garaje. Crane echó a correr hacia el taxi…, pero vio por el rabillo del ojo que el hombre del mono se tensaba, miraba hacia la calle Fremont y le señalaba. – ¡Sí! – gritó alguien detrás de Crane.

De repente el hombre del mono se volvió hasta quedar de cara a él, se agazapó y extendió los puños apretados hacia Crane.

Bam.

Un chispazo de luz blanca que sólo duró un segundo hizo desaparecer los puños del hombre, y trocitos de cemento salieron despedidos de la pared y golpearon la espalda de Crane.

Crane bajó la cremallera de su chaqueta casi sin pensar, como si otra persona estuviera actuando a través de él, y sacó el 357. Otro disparo estalló en el borde de la acera delante de él, pero Crane alzó el revólver con las dos manos, apuntó el cañón hacia el hombre inmóvil al otro lado de la calle y tiró del gatillo.

La explosión le ensordeció y el destello le deslumbró, y el retroceso pareció destrozar los huesos de su maltrecha muñeca. Crane dio un paso hacia atrás, cayó pesadamente y acabó sentado en la acera.

Dos detonaciones procedentes de la calle Fremont crearon nuevos ecos a su alrededor. Crane miró en esa dirección parpadeando a toda velocidad en un intento de ver algo a través del manchón rojizo que flotaba delante de sus ojos, y vio a la criatura que era al mismo tiempo el gordo y la esfera negra. Estaba aumentando de tamaño, y agitaba sus brazos deformes mientras corría hacia él.

Crane se puso en pie y amartilló el arma temiendo lo que otro retroceso podía hacer con su muñeca, y por el rabillo de su ojo de plástico captó un fugaz atisbo de una mujer inmóvil a su lado y, una vez más, se volvió de forma involuntaria para mirar.

Y aquella vez estaba allí. Era una asiática bajita que parecía tener veintitantos años.

Vestía uniforme de taxista, y le había cogido del brazo.

–Dispáreles desde el taxi mientras nos alejamos -dijo-. ¡Deprisa, entre!

El pulgar de Crane bajó el percutor del revólver mientras abría la puerta derecha del taxi y se deslizaba en el asiento de pasajeros. La joven ya estaba sentada detrás del volante, y la repentina aceleración incrustó a Crane en el respaldo del asiento mientras cerraba la puerta.

29

El mismísimo señor Apolo Júnior Crane deslizó el revólver debajo de su cinturón. El taxi hizo un chirriante giro a la izquierda con los faros apagados para meterse por Bridger, aceleró dejando atrás la masa oscura del edificio de los tribunales y pilló todos los semáforos en verde a lo largo del Strip y los barrios sumidos en las tinieblas que había más allá. – ¿Le he dado? – jadeo Crane mientras se agarraba al brazo del asiento y clavaba los ojos en el asfalto que corría hacia ellos-. El tipo al que…, al que le disparé…

–No -dijo la taxista-, pero el gordo que le seguía sí le dio. Dos disparos, y los dos dieron en el blanco… El señor Mono de Faena acabó caído sobre la acera. ¿Quién era ese gordo?

Crane frunció el ceño, y su cerebro aturdido por el alcohol intentó imaginarse una razón por la que el gordo quisiera salvarle.

Acabó rindiéndose antes de haberla encontrado.

–La verdad es que no lo sé -dijo-. ¿Quién es usted?

–Me llamo Bernardette Dinh -dijo la taxista.

Había girado a la derecha por Maryland Parkway, y estaba conduciendo el taxi a velocidad normal por un vecindario lleno de árboles, farolas y casas bastante viejas.

Había dos gorras de béisbol en el asiento entre ellos. Dinh cogió una y la colocó en la parte de atrás de su cabeza de tal forma que su larga cabellera negra quedó atrapada debajo de ella. La rapidez y facilidad con que lo hizo indicaban que tenía mucha práctica.

–Llámeme Nardie, y póngase la otra gorra. – ¿Qué papel juega usted en todo esto? – preguntó Crane mientras se ponía la gorra.

–Dentro de un minuto. Abra la guantera. Eso que hay ahí dentro y que parece una piel de ratón es un bigote postizo. Póngaselo.

Crane abrió la guantera. El bigote se parecía más a una tira de cuero de caballo que a una piel de ratón, y cuando hubo colocado el lado adhesivo sobre su labio superior -que empezaba a necesitar un afeitado-, las cerdas del bigote le colgaron encima de la boca.

Crane pensó que debía parecerse bastante a Mavranos.

Se encogió en el asiento para que el tambor del 357 no se le clavara en el hueso de la cadera.

"Esta noche había montones de armas en la calle Fremont", pensó.

El pensamiento creó un eco dentro de su cabeza, y un instante después Crane estaba lanzando risitas suaves y muy poco alegres porque acababa de comprender que cuando le habló de que "había matones por todas partes" el pobre inglés del casino debía de referirse a aquello.

–Daremos una vuelta a la manzana alrededor del Flamingo en la dirección del parabrisas para asegurarnos de que no captan su presencia -dijo la joven.

Crane se limpió los ojos con el puño de la camisa. – ¿El parabrisas?

–Sí, daremos una vuelta en el sentido del parabrisas -dijo-. Ya sabe, en sentido contrario a las agujas del reloj… Diesel quiere decir en el sentido de las agujas del reloj.

Crane se acordó de que Ozzie había utilizado aquellas palabras cuando hizo que él y Arky cambiaran de lado los neumáticos de la Suburban. "Así que el viejo estaba hablando de eso… Gilipolleces que no sirven de nada." Crane dejó escapar un suspiro y apoyó la espalda en la maltrecha tapicería del asiento.

–Apesta a alcohol -dijo Nardie, y parecía sorprendida-. ¡Y de bastantes grados! ¿Está borracho?

Crane pensó en lo que le acababa de preguntar.

–Me encuentro más sobrio que cuando estaba en el casino -dijo por fin-, pero…, sí, no cabe duda de que estoy borracho.

–Y aun así los dados me condujeron hasta usted -murmuró Nardie con voz pensativa-. Sí, debe de ser el hijo biológico. Un mero… aspirante ambicioso como mi medio hermano quedaría descalificado para siempre con sólo tomar un sorbito de cerveza. Yo nunca he probado el alcohol.

–No se le ocurra empezar nunca -dijo Crane. Los faroles pasaban sobre su cabeza en un desfile de brillante monotonía, y estaba empezando a entrarle sueño-. No es para aficionados.

Vio las luces del supermercado Smith en el que había trabajado Diana delante de ellos, pero por suerte Nardie giró hacia la derecha y se metió por la avenida Sahara.

–No soy una aficionada, amigo -dijo Nardie en un tono de voz tan salvaje que Crane volvió la mirada hacia el esbelto perfil revelado por las luces junto a las que pasaban-. ¿De acuerdo?

–De acuerdo -dijo Crane-. ¿Qué es?

–Soy una aspirante. Oiga, sé que acaba de encontrarse con la aspirante a Reina de Corazones que tiene más posibilidades. Yo… Cuando usted y ella se tocaron por primera vez el lunes por la noche lo sentí, ¿entiende? Y esta noche me lo encuentro actuando en contra de sus propios intereses. Se emborracha, deja que los tipos de Neal Obstadt estén a punto de matarle…

–Está muerta -dijo Crane, y su voz parecía llegar desde muy lejos-. Alguien mató a la Reina de Corazones esta mañana.

Nardie Dinh le miró fijamente. – ¿Esta mañana?

–A primera hora.

La joven parpadeó, abrió la boca y volvió a cerrarla.

–De acuerdo -dijo por fin-. Vale, así que la han borrado del mapa, ¿no? Bueno, mire, usted es… -Le miró-. Sabe qué está ocurriendo, ¿verdad? ¿Sabe qué es?

Crane se había derrumbado en el asiento y tenía los ojos casi totalmente cerrados.

–Soy el hijo del Rey malvado -canturreó-. Eh, ¿no podríamos parar en algún sitio a tomar un trago?

–No. ¿Acaso no sabe que el alcohol le debilita, que le deja a merced del Rey y de todos los jacks? Si no la caga tiene una posibilidad bastante buena de quitarle el puesto a su padre. – Nardie se frotó el rostro con una mano y exhaló -. Pero hay una cosa que no tiene.

–Un diploma -dijo Crane con voz adormilada pensando en la película El mago de Oz -. Una medalla. Una placa conmemorativa.

–Una Reina -dijo Nardie con impaciencia-. Necesita dos cartas para entrar en la partida…, en este caso necesita un Rey y una Reina.

Crane se acordó de que la joven había dicho que era una aspirante. Se irguió en el asiento y la observó atentamente con los dos ojos, aunque apenas podía ver nada por el de plástico.

Vista con el ojo izquierdo no cabía duda de que era una esbelta joven asiática vestida con el uniforme de taxista y bastante atractiva a pesar de la expresión de dureza de su boca. ¿Había algo distinto en ella vista a través de su ojo de plástico? ¿La sospecha de un débil resplandor, la sombra de un creciente lunar suspendido sobre su gorra?

–Eh… ¿Se…, se está ofreciendo para el puesto? – balbuceó.

–La hija de la luna ha muerto, y ahora soy lo mejor que puede encontrar -respondió Nardie-. He estado expuesta a las imágenes. Debo dar por supuesto que sabe a qué imágenes me refiero, claro…

Crane suspiró. ¿Dónde podría encontrar algo de beber? Susan le estaba esperando.

–Sí, conozco las malditas imágenes.

Volvió la cabeza hacia la ventanilla y vio un letrero. ART, BAR Y RESTAURANTE -ESPECIAL NOCHE, leyó. "Oh, sí, no hay nada como las noches de Las Vegas", pensó.

–Y llevo años sin comer carne roja o algo que haya sido cocinado en una sartén de hierro y… -La joven clavó los ojos en su rostro-. Y soy virgen.

"Cristo", pensó Crane.

–Me alegro, me alegro… ¿Cómo has dicho que te llamabas? Disculpa, pero se me ha olvidado.

–Nardie Dinh.

–Estupendo, Nardie. Escucha, pareces buena chica así que voy a darte un consejo que creo deberías seguir, ¿de acuerdo? Márchate de Las Vegas y olvida todo esto. Vete a Nueva York, vete a París, vete muy lejos de aquí y

no juegues nunca a las cartas. Si te metes en estos asuntos sólo conseguirás que te maten. Dios mío, hace unos minutos viste cómo le disparaban a un tipo. ¿Es que eso no…?

–Cierra… tu… jodida… boca -dijo Nardie.

Había tensado las manos sobre el volante y el aire silbaba al salir por sus fosas nasales. La joven tenía la mitad de su edad, pero Crane descubrió que estaba encogiéndose sobre sí mismo para alejarse de ella y su más que evidente rabia le hizo enrojecer. – ¡Osiris! – escupió Nardie-. Adonis, Tammuz, el mismísimo señor Apolo Júnior…, no sólo es un viejo borracho que no se sostiene en pie, sino que además es… ¡Es un idiota presuntuoso que no ve lo que tiene delante de los ojos! Cristo, juro que comparado contigo mi hermano es una maravilla.

El taxi se había detenido en el carril de giro a la izquierda delante del cruce con el Strip.

–Oye -dijo Crane empezando a tirar de la manija de la puerta-, me voy a bajar aquí y…

Nardie dejó caer el pie sobre el pedal del acelerador, y el taxi salió disparado hacia el tráfico del Strip mientras la joven hacía girar el volante para torcer a la izquierda y desviar el vehículo del torrente de faros que se lanzaba sobre ellos. La puerta que Crane acababa de abrir giró sobre sus goznes, y Crane tuvo que plantar los pies en el suelo y apoyar su mano izquierda en el salpicadero para no caer sobre el pavimento que pasaba velozmente junto a él. Las bocinas sonaron y los neumáticos chirriaron, y Crane oyó por lo menos un ruido metálico a su espalda antes de que Nardie hiciera girar el volante en sentido contrario y acelerase por el afortunadamente vacío carril que llevaba en dirección sur.

Crane se relajó un poco. Cuando el viento impulsó la puerta abierta hacia él agarró la manija y cerró la puerta con tanta fuerza que se quedó con la manija entre los dedos.

"Un coche es un arma mortal -pensó-, y no quiero morir estando más sobrio de lo que sea estrictamente necesario, así que síguele la corriente a esta lunática." -Me refería a que… -empezó a decir Crane en un tono de conversación tan jovial que resultaba grotesco, pero la joven le interrumpió.

–Oh, no -dijo con fingida alegría-, deja que acabe de decir lo que me está pasando por la cabeza, querido. – Estaba conduciendo a gran velocidad y dejaba atrás otros vehículos mientras el horrible payaso gigante de color

blanco y rosa que había delante del Circus Circus pasaba velozmente al lado de Crane-. Veamos… Para empezar no soy una chica, ¿de acuerdo? Creo que nunca lo he sido. Y tampoco soy buena…, la víspera de Año Nuevo acuchillé a una vieja en una casa cerca de Tonopah, y espero que mi hermano sea la única persona a la que tenga que matar entre este momento y la Pascua, pero no vacilaré en hacerlo… Si tu Reina de Corazones no estuviese muerta no habría vacilado en matarla apenas se hubiese interpuesto en mi camino. – Hablar parecía haber servido para disipar su ira, y Nardie meneó la cabeza con una expresión casi de perplejidad-. Si fuera una buena chica no podría salvarte la vida.

Crane había vuelto a relajarse en el asiento y estaba ordenando a los músculos de sus párpados que se flexionaran rítmicamente para mantenerlos abiertos.

–De todas formas no creo que puedas hacerlo, Nardie -dijo-. Mi padre me ha clavado el anzuelo muy hondo. Creo que no ha habido ninguna esperanza para mí desde el sesenta y nueve cuando jugué a la asunción en su casa-barco.

Nardie giró bruscamente a la derecha y metió el taxi en el aparcamiento del Caesars Palace. Después aceleró por el carril de entra-da y acabó deteniéndose al final de la hilera de taxis que esperaban en la parada.

Luego giró en el asiento hasta quedar de cara a él. Tenía los ojos muy abiertos. – ¿Jugaste a la asunción?

Crane asintió con un lento y pesado movimiento de cabeza.

–Y… Bueno, supongo que se podría decir que gané. Acepté dinero a cambio de mi mano concebida.

–Pero… No, ¿por qué iba a hacer eso? Ya eras su hijo.

–No lo sabía. Yo tampoco lo sabía. – ¿Y cómo demonios fuiste a parar a su embarcación? ¿Fuiste atraído hacia ella o algo por el estilo?

Crane se encogió de hombros.

–No lo sé. Era jugador de póquer profesional, igual que mi padre adoptivo. Era una partida de póquer.

–Sal del coche.

Crane alzó la manija desprendida de la puerta.

–Tendrás que dejarme salir.

Un instante después Nardie ya había abierto su puerta, había pasado corriendo por delante del coche y había abierto la puerta de Crane.

Crane se puso en pie y se desperezó sintiendo la seca caricia del aire caliente. – ¿Quieres que te dé un buen consejo? – dijo Nardie alzando la cabeza hacia él y lanzándole una mirada cuyo significado Crane no consiguió descifrar.

Crane sonrió.

–Supongo que es tu turno.

–No te ofendas pero, francamente, tal como están las cosas creo que lo mejor que podrías hacer es suicidarte.

–Pensaré en ello.

Nardie volvió a rodear el taxi hasta llegar a la puerta que había dejado abierta y se metió dentro. Cuando puso en marcha el motor Crane se fijó en la pegatina que había en el parachoques de atrás: UNA FAMILIA NUCLEAR PUEDE ARRUINARTE EL DÍA.

Después de que el taxi se hubiera alejado Crane se quedó inmóvil durante unos momentos con la mirada vuelta hacia el otro extremo del bulevar Las Vegas y la inmensa pira de neones que era el Flamingo.

El Flamingo empezó a aumentar de tamaño, y Crane comprendió que estaba yendo hacia él. "Supongo que siendo miércoles tendrán alguna habitación disponible", pensó.

30

Cuando crezcas quizá también podrás jugar con basura Susan le había estado esperando, naturalmente… y estaba impaciente. Crane se había quitado la ropa a toda velocidad y se había metido en la cama con ella, y habían hecho el amor desesperadamente durante horas.

Crane ni siquiera se había dado cuenta del momento en que su consciencia había acabado sucumbiendo a la nada del sueño. Había una botella de whisky Wild Turkey llena en la habitación del hotel y Crane había apartado la boca de la cálida humedad de Susan cada vez que empezaba a deshincharse debajo de él, y en cada ocasión había tomado otro trago de la botella para devolverle su exigente y sudorosa solidez…, pero cuando despertó varias horas más tarde su sobresalto fue tan intenso que casi llegó a lo audible.

Estaba desnudo sobre la alfombra en el centro de un retazo de sol, y permaneció durante varios minutos en esa postura sin realizar ningún movimiento salvo el necesario para hacer funcionar sus pulmones. La

maltratada maquinaria de su organismo tenía trabajo más que suficiente con intentar mantener a raya los dolores y envaramientos esparcidos por todo su cuerpo que parecían haberle cosido al suelo. Su cabeza y su ingle eran los cascarones inconcebiblemente resecos de animales atropellados que yacían en la cuneta de una autopista salvaje.

Un pensamiento logró acabar abriéndose paso por entre las ruinas de su mente como un hombre emergiendo por el pasillo sin techo repleto de escombros de una casa bombardeada. "Si eso era sexo me encantará entregarme a la Muerte…"

Desde donde estaba podía ver la botella de Wild Turkey vacía y caída de lado sobre la alfombra. Crane se dio cuenta de que volvía a ser incapaz de ver por su ojo de plástico.

Durante un rato no hubo más pensamientos. Crane logró ponerse de rodillas -se mareó, y se dio cuenta de que la cama estaba vacía aunque manchada de sangre y bourbon-, acabó incorporándose y se balanceó peligrosamente de un lado a otro mientras iba tambaleándose hacia la ventana desprovista de cortinas.

Debía de estar en el décimo piso. Debajo de él se extendía una enorme piscina en forma de óvalo con los extremos recortados, y el techo lleno de protuberancias de un edificio que reconoció de inmediato a pesar de verlo desde arriba por primera vez enmarcaba la piscina al este como si fuese un paréntesis.

Era el edificio de tres y cuatro pisos del Flamingo original, empequeñecido y humillado por los rascacielos de cristal que lo rodeaban por tres lados e impedían divisarlo desde el Strip, y ver todo aquel cemento y las tumbonas de color rosa con cuerpos bronceados encima cubriendo el lugar donde había estado la rosaleda de Ben Siegel hizo que Crane experimentara una inexplicable sensación de depresión.

Se apartó con paso tambaleante de la ventana y alargó una mano temblorosa hacia sus pantalones. "Si tu ojo te ofende arráncatelo -pensó -, y si el estar sobrio te ofende sal a la calle y encuentra algo para ahogar tu sobriedad."

Había una licorería en Flamingo Road justo detrás de la estructura de varios niveles del aparcamiento del hotel, y después de entrar en ella y recorrer sus angostos pasillos durante un rato Crane separó torpemente un billete de cien dólares de uno de los fajos que había en su bolsillo y compró

una docena de Budweiser y -no sabía por qué, pero le pareció que la necesitaba- una gorra de cuero barato estilo Jughead con animalitos de plástico pintados de color plateado colgando alrededor y las vegas escrito en letras de oro delante. El dependiente no tuvo ningún problema para darle cambio de cien.

Crane se puso la gorra, se metió la bolsa de papel con las cervezas debajo del brazo e inició el trayecto de vuelta al Flamingo. Después de haber dado unos cuantos pasos bajo los calientes rayos del sol sacó una lata de cerveza de la bolsa y la abrió. "En esta ciudad no hay ninguna ley que prohíba beber en la calle", se dijo.

Tomó un sorbo del líquido frío y espumoso y sonrió mientras la cerveza enfriaba la maquinaria recalentada de su organismo. "Y la malta hace más que Milton -pensó citando a A. E. Housman-, para justificar cómo Dios al hombre trata."

Había empezado a caminar más despacio disfrutando del seco calor solar de la mañana en su rostro, y empezó a cantar.

Me desayuno seis…, pop-pop-pop-pop-pop-pop…, latas de cerveza.

Luché con la bebida y la… bebida ganó.

Luché con la bebida y la… bebida ganó.

Se rió, tomó otro trago de cerveza y empezó otra canción.

He vuelto a empinar el codo otra vez, voy a cargar… con la vieja Vera Cruz otra vez daré la bienvenida a esa pérdida otra vez, y nada recordaré, ay, ay, nada recordaré esta vez.

Había media docena de hombres sentados formando un círculo al lado de un container de basura detrás de la licorería, y Crane fue hacia ellos con paso tambaleante.

Cuando estuvo a pocos metros del container los hombres alzaron la cabeza para lanzarle miradas recelosas, y Crane vio que estaban jugando a las cartas. Las edades de cinco de ellos iban desde los veintialgo a los treinta y tantos, pero el sexto parecía tener cien años. Vestía un sucio traje de poliéster verde, y su calva cabeza y sus manos huesudas estaban puntuadas por manchas marrones.

Uno de los hombres más jóvenes observó a Crane con cara de pocos amigos. – ¿Tienes algún problema, tío?

Crane sonrió mientras se acordaba de que había dejado su revólver en algún lugar de la habitación. – ¿Un problema? – dijo-. Sí, tengo un

problema. Llevo un montón de cerveza debajo del brazo, y no consigo encontrar a nadie que quiera bebérsela conmigo.

El joven se relajó y sonrió, aunque siguió con el ceño fruncido.

–Aquí tenemos la sana costumbre de ayudar a los forasteros. Siéntate.

Crane se sentó sobre el asfalto y apoyó la espalda en el metal recalentado del container. Los seis nombres estaban jugando al póquer "bola baja", una modalidad del juego en la que ganaba la peor mano, y apostaban monedas de veinticinco, aunque Crane vio que cuando le llegaba el momento de apostar el viejo usaba óvalos marrones que antes de haber quedado aplastados habían sido monedas de veinticinco centavos.

–El doctor Leaky tiene que jugar con esa basura porque es el que paga la bebida -explicó el joven que había interpelado a Crane, y que parecía llamarse Wiz-Ding-. Si continúas por el buen camino, cuando crezcas quizá también podrás jugar con basura.

Crane logró encontrar un par de dólares en monedas de veinticinco centavos en sus bolsillos y jugó unas cuantas manos, pero seguía sacando fulls y parejas altas igual que ayer, y en el póquer "bola baja" aquellas manos siempre eran derrotadas. – ¿Venís mucho a jugar por aquí? – preguntó Crane pasado un rato.

El viejo llamado doctor Leaky se encargó de responderle.

–He estado jugando aquí desde siempre -dijo -. Solía jugar entre los cubos de basura que había detrás del Flamingo…, había…, por aquel entonces había una especie de bungalows…, con Frank Sinatra y Ava Gardner. – Dejó escapar una risita distraída-.

Esa chica tenía una boca de lo más sucio. Nunca he vuelto a oír palabrotas semejantes.

Entre sorbo y sorbo de cerveza Wiz-Ding tomaba tragos de un perro corto, una botella de vino barato reforzada con licor igualmente barato, y no paraba de perder monedas de veinticinco centavos.

El joven fulminó a Crane con la mirada.

–Desde que te has sentado con nosotros cada vez que pido una carta saco pareja.

La cerveza se le había empezado a subir a la cabeza, pero a pesar de ello Crane comprendió que ya era hora de marcharse.

–Yo he estado sacando manos que me han hecho desear que estuviéramos jugando al póquer normal -dijo en tono conciliador-, y os

habéis quedado con todas mis monedas. – Apoyó las palmas de las manos sobre el asfalto para levantarse-. Volveré en cuanto haya cobrado el subsidio del gobierno.

Wiz-Ding golpeó a Crane mientras estaba intentando incorporarse, y Crane cayó de lado agitando los pies en el aire. La punzada de dolor que le atravesó la cuenca del ojo izquierdo le dejó totalmente desorientado. Cuando consiguió rodar sobre sí mismo y quedar medio incorporado dos hombres habían agarrado a Wiz-Ding y le estaban conteniendo.

–Lárgate -le dijo uno de ellos.

El doctor Leaky estaba mirándoles con los ojos muy abiertos y parecía no entender nada. – ¿Su ojo? – murmuró-. ¿Qué le ha pasado a su ojo?

Crane cogió la gorra, volvió a ponérsela en la cabeza y se levantó. Tenía la experiencia suficiente en aquel tipo de situaciones para comprender que sería mejor que se largara sin abrir la boca y sin hacer el más mínimo intento de recuperar las cervezas restantes.

Se limitó a asentir con la cabeza y se volvió hacia la licorería.

"Otra copa y luego otra más -pensó, esta vez citando a Ornar Khayyám-, para ahogar el recuerdo de esta impertinencia."

Pero después de que hubiera entrado en la licorería y hubiese ido hasta las neveras volviendo al mostrador con otra docena de cervezas, el dependiente contempló el hinchado ojo izquierdo de Crane y meneó la cabeza.

Crane suspiró y salió con las manos vacías a la recalentada acera de Flamingo Road.

Cuando vio el convertible Cámaro azul aparcado junto a la acera recordó que había estado esperando verlo aparecer. Susan estaba sentada detrás del volante y parecía totalmente sólida. Su esbelto y pálido rostro reflejaba la luz del sol de una forma tan creíble como el de cualquier otra persona, y su sonrisa era radiante.

Crane fue hacia el coche después de haber permanecido inmóvil durante diez segundos y abrió la puerta de la derecha. Había una lata de Budweiser recién abierta sobre el asiento, y Crane dejó que la cerveza decidiera por él.

"Esto también es legal -pensó mientras se llevaba la lata a los labios, se sentaba y cerraba la puerta del coche con su mano libre -. Mientras la persona que conduzca no beba…" -¿Qué le ha pasado a tu ojo, querido? –

preguntó Susan mientras deslizaba el Cámaro entre el tráfico y se metía en el carril de giro a la izquierda.

–Alguien llamado Wiz-Ding -dijo Crane.

Su ojo izquierdo estaba tan hinchado que apenas podía abrirlo, pero por suerte acababa de descubrir que podía volver a ver a través de su ojo de plástico. De momento las cosas parecían tener un aspecto bastante normal: el cielo azul, la fachada roja del casino Barbary Coast alzándose a su derecha, el letrero del Dunes delante de él con la ondulación de sus luces aún débilmente visible incluso bajo la potente luz solar…

–Ah, ese tipo.

Susan se rió, y Crane comprendió que fuera lo que fuese aquella criatura con forma de mujer conocía de forma muy íntima a todas las personas que intentaban suicidarse bebiendo.

Crane sintió una punzada de celos.

El cuerpo de Crane seguía estando convencido de que le habían dado un concienzudo repaso con bates de béisbol. – ¿Qué puedes decirme sobre esos enormes escarabajos blancos? Niños de la tierra ya sabes…

Susan volvió a reír mientras giraba a la izquierda para entrar en el Strip.

–No puedes seguir estando enfadado conmigo por eso. Una mujer despreciada, ya sabes… Te había estado protegiendo del delirium tremens, me pediste que fuera a verte y cuando llegué habías cambiado de parecer y me ofreciste a tu amigo. – La criatura volvió sus ojos plateados hacia él durante un momento-. Podría haber sido algo mucho peor que una rata y un bicho al otro extremo de la habitación.

Crane se imaginó lo que habría sido aguantar a unos cuantos niños de la tierra de gran tamaño y con muchas patas en la cama, y se estremeció bajo los cálidos rayos del sol.

–Lo pasado pasado está -dijo moviendo despreocupadamente una mano-. ¿Adonde vamos?

–Apenas te acuerdas de nada, ¿eh? – dijo Susan, y asintió poniendo cara de aprobación-. Vamos a dar un paseo por el desierto. Visitaremos una capilla en ruinas que estará allí sólo para nosotros. Será muy beneficioso en el aspecto espiritual, y te ayudará a…, a convertirte en el Rey.

"O viceversa -pensó distraídamente Crane -. Ayudará al Rey a convertirse en un servidor."

La lata que sostenía en la mano estaba vacía.

–Haremos una parada en una licorería para conseguir provisiones -dijo Susan, que naturalmente ya se había dado cuenta del problema. Se rió-. Sabes, cuando te dije que te comprases un sombrero estaba pensando en algo más…

Crane volvió la cabeza hacia ella y la obsequió con un altivo enarcamiento de ceja. – ¿Tienes alguna…, alguna crítica que hacer a mis gustos sobre tocados masculinos?

–Supongo que es un canario tirando a negro -admitió ella.

La frase le afectó a pesar de la neblina tranquilizadora en que le había envuelto el alcohol. Era una línea de uno de los libros que él y Susan -la verdadera Susan, la que había muerto-, habían amado, Luz en la neblina, de Hope Mirlees. Al protagonista del libro se le reprochaba haberse vestido de color amarillo canario en un momento de distracción cuando estaba de luto, y él intentaba defenderse alegando que era un canario tirando a negro.

Crane se preguntó si la criatura que conducía el coche sería Su-san en algún sentido real de la palabra. ¿Y si pretendía darle a entender que debería estar llevando duelo se suponía que era por Diana? ¿Por Susan? ¿Quizá…, quizá por él mismo?

Cuando estuvieron al sur del Aladdin desvió el coche hacia el aparcamiento de una pequeña licorería desde el que se podían ver las chillonas torres multicolores del Excalibur. El letrero estilo años cincuenta situado encima de la puerta decía el paraíso del licor.

–Te esperaré aquí fuera -dijo cuando hubo apagado el motor.

Crane asintió y salió del coche. Volvió la cabeza hacia la puerta de cristal de la licorería y parpadeó mientras pensaba que acababa de ver a un niño encorvado entrando en ella, pero la puerta estaba inmóvil y quizá no se hubiese abierto desde hacía horas… o días.

Crane se encogió de hombros y fue hacia ella.

El contraste con la cegadora claridad del sol del desierto hacía que el interior pareciese estar sumido en la penumbra, y Crane tuvo la impresión de que los estantes estaban llenos de latas de hortalizas cuyas etiquetas habían ido perdiendo el color con el paso del tiempo. Debajo de una estantería repleta de jarras de cerámica de Elvis para coleccionistas cubiertas de polvo, había una caja registradora y un mostrador y una anciana con una estrella tatuada en la cara que iba desde el mentón hasta la frente abarcando de una oreja a otra. Crane tardó unos momentos en verla.

La saludó con una seña de cabeza y fue hacia la parte de atrás del local. No parecía haber nadie más.

Había una nevera de gran tamaño pegada a la pared trasera, pero los estantes sólo contenían perros cortos, botellas de litro de vinos reforzados de marcas como Thunderbird, oporto blanco Gallo o Tren Nocturno. "Oh, bueno -pensó Crane, y sonrió mientras estudiaba las etiquetas-, en una tormenta cualquier oporto es bueno…"

Los carteles sujetos con cinta adhesiva al cristal anunciaban un vino llamado Perro Mordedor. "¡Basta con decir Guau!", pregonaban los carteles.

El nombre del vino le recordó algo -algo que un niño herido podía permitirse el lujo de perder y que al parecer otro niño herido podía encontrar reconfortante-, pero Crane pensó que perseguir recuerdos a esas alturas no iba a servirle de nada. Abrió la puerta de la nevera, cogió una botella con cada mano agarrándolas por el cuello y fue hacia la caja registradora.

Ozzie acababa de pasar delante del aparcamiento de la licorería en el Mustang marrón de Diana cuando el Cámaro giró para aparcar, pero había visto cómo el Jaguar gris se detenía junto a la acera detrás de él y había comprendido que el conductor debía de ser el gordo. Mientras seguía al Cámaro después de verlo aparcado delante de la licorería al lado del Flamingo Ozzie había intentado mantener la esperanza de que era otro Jaguar de los muchos que había en Las Vegas.

Llevó el coche de Diana hacia el aparcamiento de una agencia de viajes y dio la vuelta porque quería estar preparado para salir de allí lo más deprisa posible en cuanto los otros dos coches se pusieran en movimiento.

La vieja baraja con las mujeres desnudas en el reverso de las cartas yacía esparcida sobre el asiento contiguo. Mirarlas le deprimía a pesar de que habían acabado llevándole hasta Scott, por lo que Ozzie las recogió, golpeó el mazo sobre la tapicería hasta dejarlo lo más cuadrado posible y se lo guardó en el bolsillo del pecho.

"Llevo unas cartas de lo más sucio en mi bolsillo", pensó. Se acarició el mentón y deseó haber tenido ocasión de afeitarse.

Alzó la mirada hacia el parabrisas cubierto de polvo y contempló la autopista que se cocía bajo el sol y el solar repleto de hierbajos secos que había al otro lado. "En Las Vegas -pensó-. Donde la meseta de agua espiritual está tan agotada como la del agua material, donde se da el índice

de suicidios más elevado del mundo, donde el Strip es llamado el Paraíso no por ninguna cualidad que lo asemeje al Edén sino porque hace tiempo había un club llamado el Pair ODice… No es el sitio que habría escogido, pero no puedo decir que no supiera que estaba en…, sí, en las cartas. Compré esta mano el sábado por la mañana cuando aguanté hasta el final en la partida de póquer de siete cartas con apuestas de dos y cuatro dólares del Commerce de Los Ángeles."

El dos de picas había significado la partida y el despedirse de los seres queridos; el tres de tréboles había significado un segundo matrimonio para uno o ambos de esos seres queridos; el cinco de diamantés era un regalo de bodas que prometía felicidad y prosperidad en aquel matrimonio o matrimonios; el nueve de corazones, la "carta de los deseos" era otro regalo de bodas, el ver cómo las ambiciones se convertían en realidad.

Todas aquellas cartas eran para Scott y Diana. Las tres cartas que habían estado boca abajo eran las que había tenido que comprar para él en un intento de adquirir vidas para ellos. El cuatro de corazones era la carta del "viejo solterón" que le identificaba; el ocho de diamantes representaba a una persona muy anciana que hacía un viaje y se encontraba muy lejos del hogar; y, naturalmente, el as de picas representaba a la Muerte.

Se removió en el asiento y sus fosas nasales captaron un resto casi imperceptible del perfume de Diana.

"Tiempo -pensó-. Tiempo…, tiempo…, tiempo."

Pero cuando se palmeó el bolsillo de la chaqueta el peso y el bulto de su pequeño revólver del 22 cargado con magnums de punta hueca le tranquilizaron un poco.

"Has tenido tres días -se dijo-. Es tiempo suficiente."

OceanofPDF.com

31

¿Fuiste a buscar a tu padre a la estación?

Susan torció por la 1-15 al llegar al sur de la ciudad. Los conos rojos que indicaban obras estrecharon la autopista dejándola reducida a un solo carril durante un tramo, pero el tráfico era tan escaso que no hubo ningún momento en el que se viera obligada a ir a menos de sesenta por hora y cuando las obras hubieron quedado detrás de ellos aceleró hasta alcanzar los cien. Crane tuvo la impresión de que las casitas y ranchos separados por grandes extensiones de tierra que se alzaban en el desierto tenían una vaga apariencia de estar a la defensiva, como si fuesen fuertes.

Al sur de Las Vegas las torres y las calles quedaban detrás y el paisaje se iba ampliando. La inmensa llanura que había a su alrededor no era totalmente plana, sino que iba subiendo en los bordes para confundirse con las montañas. Crane pensó que un coche sin el freno de emergencia puesto podría rodar desde allí hasta acabar en aquella autopista, aunque desde donde estaba ni siquiera podría verlo.

La brisa que agitaba su cabellera canosa era bastante caliente, y la ausencia de techo hacía que el sol fuera un peso que le oprimía los brazos y las piernas. Crane desenroscó el tapón de una botella de Perro Mordedor sintiendo el frescor del cristal en sus dedos y tomó un largo trago de vino.

El vino tinto tenía un sabor mucho más áspero que la cerveza y pareció generar un fuego en su interior que empezó a repeler el calor del desierto. El trago también sirvió para despabilarle y despojarle de la blanda manta de distracción que le había envuelto, pero Crane se llevó la satisfacción de descubrir que ya no necesitaba aquella manta. La muerte de Diana o los problemas de Ozzie y Arky ya no le importaban en lo más mínimo.

"Al fin -pensó-.

Esto es real, es la edad adulta pura y dura, ese momento en el que ya no necesitas a tu padre para nada…" -¿Quieres un poco? – preguntó ofreciéndole la botella a Susan.

–Soy lo que hay dentro de esa botella, querido -dijo ella sin apartar los ojos de la carretera-. ¿Qué tal te encuentras?

Crane se tomó unos segundos para responder con la mayor sinceridad posible.

–Suelto y lejos de todo -dijo por fin.

–Estupendo.

Lo que parecía una estructura de piedras se hizo visible delante de ellos a la derecha de la autopista, y Crane se inclinó hacia adelante mientras sentía cómo los frenos de disco del convertible entraban en acción.

Crane contempló el lugar que parecía ser su destino. Los espejismos hacían difícil juzgar con exactitud la forma de la estructura. En un momento dado sus muros medio derruidos de piedra gris parecían extenderse hasta una gran distancia de la autopista, y al instante siguiente parecían no ser más que los restos de una pequeña iglesia abandonada.

Crane sintió un destello de reluctancia e inquietud que intentó abrirse paso a través del optimismo cortante como el filo de una navaja de su borrachera matinal. – ¿A quién vamos a ver ahí? – preguntó articulando con mucha claridad cada palabra. – ¿Fuiste a buscar a tu padre a la estación? – preguntó Susan con voz temblorosa repitiendo un chiste que su verdadera y difunta esposa le había contado en una ocasión-. ¡No, le encontré hace años al salir de la sala de partos del hospital!

Hizo girar el volante y llevó el convertible hacia la gravilla de la cuneta. Cuando apagó el motor el silencio se desplomó encima del coche durante unos momentos, y después retrocedió lentamente dejando oír el débil siseo del viento moviéndose entre los arbustos resecos que se alzaban alrededor de las ruinosas paredes de piedra.

Cuando salió del coche llevando consigo las botellas metidas en la bolsa y la que se estaba bebiendo en aquellos momentos Crane se dio cuenta de que había un Jaguar gris aparcado unos cien metros por detrás de ellos, y un instante después un Mustang de color marrón pasó por la autopista dejando una tenue estela de polvo.

Sabía que si se tomaba la molestia de intentarlo acabaría acordándose de los dos coches, pero no tenía ganas de hacerlo. Crane no estaba totalmente seguro de que fuera así, pero confiaba haber dejado atrás sus emociones junto con el cascarón de la juventud que se había desprendido de su nuevo ser.

Susan había dado tres pasos sobre la arena alejándose de la autopista en dirección al umbral que sostenía un dintel de piedra desgastado por la intemperie que hacía pensar en un segmento de Stonehenge y se volvió hacia él.

–Demos un paseo.

Crane alzó la botella abierta para tomar otro trago de Perro Mordedor. – ¿Por qué no?

El umbral llevaba a un área redonda y sin techo en la que sólo había arena color hueso cubierta de ondulaciones. Cactus muertos se alzaban como crucifijos colocados al azar en la extensión de arena llena de hoyos e irregularidades. Crane parpadeó y se frotó el ojo de plástico, pero no consiguió calcular la distancia que le separaba de la pared de enfrente.

Susan cogió la bolsa de las botellas y le estrechó la mano. Empezaron a avanzar sobre la arena reseca y la mano que Crane sostenía entre sus dedos se fue volviendo cada vez más seca, y los nudillos dieron la impresión de convertirse en guijarros. Bebió un poco de vino para devolverle la flexibilidad, y tuvo que repetir la acción antes de que hubiera pasado mucho rato.

El sol era un trozo de magnesio que ardía con una deslumbrante llama blanca en la cúpula del cielo. Crane podía sentir cómo su seco calor le iba robando la sustancia y le empequeñecía poco a poco.

Hasta las piedras que había debajo de sus pies parecían debilitadas por la podredumbre, como si una extraña erosión interna hubiera estado llenándolas de huecos; y Crane vio serpientes que se escurrían entre ellas y escorpiones inorgánicos hechos de joyas y piedras pulidas; y cascarones resecos que habían sido pájaros pasaron velozmente sobre su cabeza emitiendo sonidos como los de un cristal al hacerse añicos.

Crane sabía que si hubiese podido abrir el ojo izquierdo cerrado por la hinchazón vería un paisaje distinto al que le estaba mostrando su ojo de plástico.

Cuando salió del coche vio manchas verdes y flores blancas, rojas y anaranjadas que habían brotado del desierto gracias a la lluvia de la noche del martes; pero después de entrar en las ruinas de la capilla y haber caminado un rato sobre su inmenso suelo sólo podía ver piedra, arena y los cactus resecos de color amarronado, y cuando él y Susan dejaron atrás el primer cactus vio que estaban abiertos por la mitad mostrando núcleos de encaje endurecido que recordaban la médula de un hueso seco.

Sus manos también habían empezado a resecarse y llenarse de grietas, por lo que Crane dejó caer al suelo la botella vacía y sacó otra de la bolsa que llevaba Susan.

Desenroscó el tapón y empezó a tomar sorbos con más frecuencia que cuando estaba bebiendo de la botella anterior porque tenía que beber para mantener la solidez de los dos. Un sudor astringente aguijoneó su frente bajo la visera de su gorra Jughead.

El viento canturreaba en los riscos desiguales de las paredes medio derruidas creando un coro monótono que a Crane le pareció brotaba de la garganta reseca del mismísimo desierto idiota que les rodeaba, un cántico al que una senilidad tan profunda como maligna había arrebatado todo el mensaje que pudiera contener en un principio.

Ozzie había hecho girar el Mustang en la cuneta y había avanzado en dirección norte volviendo hacia el edificio en ruinas, una estructura que Ozzie sabía no habría tenido que estar allí. Redujo la velocidad y se desvió hacia el lado este de la autopista después de haber visto al gordo y a un hombre de cabellos blancos que cruzaban el umbral de piedra entrando en la inmensa ruina. Un tercer hombre -más joven y vestido con el uniforme marrón de un guardia de seguridad- también había bajado del Jaguar gris, pero se había detenido en la cuneta y estaba observando cómo Ozzie aparcaba al otro lado de la autopista.

Ozzie se fijó en la funda que colgaba del cinturón del joven. "Bueno -pensó mientras apagaba el motor del Mustang-, yo también voy armado. Tendré que ocuparme de este tipo y no olvidar en ningún momento para quién trabaja…"

Se abotonó la chaqueta con dedos temblorosos, abrió la puerta dejando entrar el calor del desierto y empezó a concentrarse en la lenta tarea de sacar su bastón de aluminio a través de la puerta del otro lado.

Pudo oír los zapatos de calle del guardia de seguridad creando ecos sobre el pavimento de la autopista detrás de él. Los pasos se estaban acercando. Ozzie metió la mano en el bolsillo de su chaqueta ignorando el gemido de desesperación que resonaba dentro de su cabeza.

Durante su larga vida había tenido que apuntar a un hombre con un arma en cuatro ocasiones, y el mero hecho de apuntarle ya había bastado para hacerle sentir náuseas.

Nunca había llegado a disparar contra nadie.

El hombre acababa de gritar algo.

Ozzie volvió la cabeza y contempló al joven guardia de seguridad por encima del hombro. Estaba justo detrás de él. – ¿Qué?

La mano morena del guardia de seguridad reposaba sobre la culata de madera del revólver del 38 que había dentro de la funda.

–He dicho que salga de ese jodido coche. – Sacó el arma y apuntó a las rodillas de Ozzie -. No lleva plumas, así que debe de ser el viejo, ¿no? ¿Se llama…, eh…, doctor Leaky?

"La veo y subo la apuesta", pensó Ozzie.

–Exacto, hijo.

–De acuerdo. El señor Leroy me dijo que quizá aparecería por aquí. Tiene que quedarse fuera. Me han dado instrucciones de matarle si intenta seguirles, y le aseguro que lo haré. – ¿Puedo sentarme en el Jaguar y poner el aire acondicionado?

El joven seguía apuntando el arma a las rodillas de Ozzie y no apartaba la mirada de su rostro. Sus ojos se desviaron de él durante un instante demasiado breve para contemplar el Jaguar aparcado al otro lado de la autopista.

–Supongo que sí. – ¿Podrías sacar mi bastón ortopédico del coche? Me cuesta mucho inclinarme.

El joven le lanzó una mirada de exasperación, y su expresión indicaba con toda claridad que se estaba preguntando si valía la pena que se tomara la molestia de cachearle.

–Oh, infiernos -dijo por fin.

Guardó su arma en la funda y dio un paso hacia el Mustang.

"Que Dios me perdone -pensó Ozzie -. No olvides para quién trabaja. Es un soldado de su ejército…"

Ozzie se echó hacia atrás apartándose de la puerta abierta.

El guardia de seguridad metió medio cuerpo dentro del coche y Ozzie sacó el pequeño revólver del 22 del bolsillo de su chaqueta, y extendió el brazo hasta que el cañón rozó los mechones rizados que cubrían la nuca del joven.

Y apretó el gatillo sintiendo cómo su alma se encogía y se marchitaba dentro de su pecho.

El joven se desplomó hacia adelante cayendo encima del asiento. Sus piernas se flexionaron y asomaron del coche durante un momento mientras su torso se debatía, temblaba y lanzaba gruñidos dentro de él. Un instante después el cuerpo se relajó hasta quedar totalmente fláccido, y Ozzie volvió

la cabeza hacia un extremo y otro de la autopista vacía intentando ver algo por entre las lágrimas que habían invadido sus ojos.

La carrocería del coche había ahogado la detonación convirtiéndola en un seco chasquido metálico, y Ozzie sabía que el viento se la habría llevado lejos sin que nadie pudiese oírla.

Pensó si debía doblar las piernas del muerto debajo del volante, y un instante después pensó en que tendría que sacar su bastón ortopédico de debajo del cadáver.

Acabó inclinándose sobre la ancha espalda del muerto clavando los ojos en la funda de su arma para no ver la sangre, sacó el revólver y giró sobre sí mismo para cruzar cojeando la autopista sin la ayuda de su bastón ortopédico y entrar en la capilla peligrosa del erial.

32

He de acercarme a ellos La superficie sobre la que caminaban Susan y Crane estaba surcada por trincheras que recordaban el suelo de las ruinas del Coliseo, como si fuese el techo de un sótano inmenso lleno de pasillos que se habían derrumbado hacía mucho tiempo. Avanzar por las trincheras impedía que la arena impulsada por el viento se les metiera en los ojos, aunque no les protegía del peso del sol.

Cada vez que trepaban una pendiente de arena para volver al nivel del suelo Crane podía ver que la pared se había acercado un poquito más a ellos.

La herida de su muslo se había estado curando, pero hacía un rato que volvía a sangrar y había creado una negra mancha reluciente en sus téjanos.

Crane trepó una última pendiente y vio que entre él y la pared no había nada más que una llanura arenosa, y pudo ver una vieja brecha de la arquitectura obstruida por un matorral espinoso.

Volvió la mirada hacia atrás para averiguar si podía hacerse una idea de cuánta distancia habían recorrido, pero un objeto suspendido de uno de los cactus más cercanos le hizo dar un respingo y soltar una maldición ahogada.

Era un cuerpo humano reseco que colgaba cabeza abajo. Un tobillo estaba unido por un trozo de cuerda a la punta del cactus y la otra pierna -aunque obviamente tan rígida como un trozo de madera seca- se había doblado en el pasado a la altura de la rodilla a causa de la gravedad y había quedado inmovilizada en esa postura para toda la eternidad. La

deshidratación había hecho que el rostro adquiriese una expresión de apacible compostura.

Y entonces los párpados se abrieron de repente, y el blanco de los ojos creó un agudo contraste con el marrón de aquel rostro que parecía de cuero, y Crane gritó y retrocedió tambaleándose para alejarse de la malicia autista que ardía en las relucientes pupilas negras.

Susan le puso una mano en el brazo.

–Te acuerdas de él. Ven a conocer a los otros.

Crane dejó que le hiciera girar hasta quedar de cara al umbral.

El matorral espinoso que obstruía la entrada era tan grande como una cocina de carbón, y la esfera de tallos resecos estalló justo cuando Crane centraba su ojo en ella.

Una detonación ahogada hizo vibrar el aire superrecalentado, y Crane comprendió que alguien acababa de disparar una escopeta contra la bola de espinos.

Se quedó inmóvil y contempló el arbusto destrozado.

Y giró sobre sí mismo en cuanto oyó los dos chasquidos metálicos de la escopeta al ser recargada.

El gordo estaba unos metros detrás de él y avanzaba con paso lento y cauteloso sobre el terreno lleno de hoyos e irregularidades. Vestía un traje de ejecutivo y llevaba una escopeta debajo del brazo con el cañón apuntando al suelo. Crane sintió una vaga alegría al ver que no se había presentado con su aspecto de esfera recubierta de verrugas. Unos cuantos pasos detrás de él había otro hombre, y Crane no consiguió que su ojo de plástico se centrara en él. Al parecer habían estado siguiendo a Susan y Crane por una de las trincheras que corrían en paralelo a la que habían utilizado.

Los dedos huesudos de Susan seguían posados sobre el brazo de Crane.

–Ven -dijo-. Ven a conocerme.

Crane dejó que le empujara a través de los restos del umbral de piedra. Dio unos cuantos pasos sobre el suelo de la extensión de arena al aire libre que había más allá, se dio la vuelta y la miró.

Y un alarido silencioso de horror y sorpresa resonó dentro de su cabeza, pero lo único que hizo fue dar un paso hacia atrás.

Al parecer Susan se había quitado toda la ropa desde la última vez que la miró. Si se hubiera dado cuenta de ello Crane la habría advertido de lo

que iba a ocurrir, de lo que había ocurrido de hecho… Susan se había secado por completo, y su desnudez se había vuelto horrible.

Era un esqueleto envuelto en una delgada capa de cuero tensado por el sol; sus pechos eran dos faldones vacíos que colgaban sobre las costillas y su ingle era un agujero abierto en una muñeca rellena de serrín. Su boca y sus ojos estaban tan abiertos que no podía cerrarlos, y el vapor brotaba de los orificios mientras su lengua y sus globos oculares se iban deshinchando rápidamente.

Pero estaba sonriendo, y Crane vio cómo un huesudo pie marrón golpeaba una bola de tallos espinosos desprendiéndola de la arena, y un instante después Susan fue con zancadas largas y rápidas hasta otro arbusto que también arrancó de una patada.

Crane se dio cuenta de que había montones de bolas espinosas sobresaliendo de la arena, y cuando consiguió que su ojo se centrara en ellas vio que eran las cabezas parpadeantes de rasgos convulsos de personas enterradas hasta el cuello en el desierto; y vio que también había brazos que sobresalían del suelo sosteniendo cartas desplegadas en abanico.

Susan saltaba ágilmente de un lugar a otro agitando sus largos y flacos brazos marrones por encima de su cabeza como un mono, deteniéndose sólo el tiempo suficiente para patear otra cabeza arrancándola al tallo de su cuello antes de dar un nuevo salto que la llevaba hasta otro objetivo.

El coro senil del viento deslizándose entre las piedras agrietadas era más potente allí, y de repente Crane sintió la desesperada necesidad de tomar un trago.

La botella que sostenía en la mano sólo contenía unos tres centímetros de vino recalentado que chapoteaba dentro de ella, y Crane alzó la botella hasta sus labios…, y un instante después se atragantó, bajó la cabeza y llenó la botella con un vómito de sangre. La arrojó a lo lejos, y la sangre que salió despedida por el gollete se secó tan deprisa que se había convertido en polvo antes de caer al suelo.

Y Susan había echado a correr y se había alejado por el desierto con las otras dos botellas. Bueno, quizá se dejaría alcanzar.

Georges León usó los ojos legañosos de Richard Leroy para ver cómo Crane se alejaba tambaleándose en pos de la Muerte que hacía cabriolas sobre la arena, y la boca de Leroy sonrió expresando la satisfacción de León.

Estaba claro que no habría ningún problema. Había acompañado a Trumbill en aquella iniciación por la única razón de que cuando estaba en el cuerpo de Betsy Reculver creyó haber detectado algo extraño en Scott Crane, algo que le había causado una vaga e inexplicable inquietud.

Pensar en Reculver hizo que lanzara un suspiro. Trumbill había enterrado su cuerpo -intacto, León había insistido en ello- en el patio trasero de la casa de Renaissance Drive.

Betsy Reculver tenía diecinueve años cuando la vio por primera vez durante la primera partida en el lago el año 1949. Por aquel entonces era una joven esbelta de piernas muy largas que poseía la peculiar gracia de una potranca. Sus mechones castaños caían sobre sus ojos mientras contemplaba sus cartas con los párpados entrecerrados, y sus labios se curvaban en una sonrisa picara cada vez que subía la apuesta; y cuando cortó la baraja para la asunción y ganó su cuerpo León fue amargamente consciente de las cicatrices que cubrían el vacío de su ingle, y deseó por un momento poder haberla convertido en su Reina mediante el procedimiento tradicional en vez de conformarse con hacer de ella uno más de sus hijos honorarios.

Y veinte años después, en 1969, había sido allí mismo, en aquella capilla ruinosa conjurada mediante la magia, donde había visto por última vez a la persona que fue Betsy Reculver.

Naturalmente a esas alturas ya hacía mucho tiempo que la bebida y los malos sueños le habían arrebatado aquel encanto de duende travieso que había poseído en el pasado, pero a sus treinta y nueve años de edad seguía siendo una mujer asombrosamente hermosa; y había mantenido el mentón erguido mientras seguía a Dionisos-y-la-Muerte -León recordaba que en su caso había adoptado la forma de su padre- hasta llegar a la capilla en ruinas del erial.

Casi siempre proyectaban las facciones de algún miembro de su familia sobre el rostro destructor de Dionisos. En el caso de Crane durante un tiempo había parecido que se trataba del fragmento marchito de un niño, pero al final y en la capilla había sido la imagen de su esposa muerta…, hasta que se había despojado de todas las imágenes y se había alzado ante él en su innegable desnudez.

Pero Crane seguía persiguiéndola porque no podía hacer otra cosa.

León volvió la cabeza hacia la dirección de la que habían llegado y contempló los muros medio derruidos que ocultaban la autopista. No podía captar ninguna personalidad humana que estuviese al otro lado, ni siquiera la del guardia de seguridad. Quizá se había dormido y no estaba soñando.

Se preguntó si su cuerpo original les seguiría hasta allí. Ya tenía noventa años de edad, y León sabía que tendría que prestar más atención al maldito trasto que, aunque ya no fuera nada más, seguía siendo el recipiente que contenía el ADN original de León. Si el clonaje de cuerpos humanos llegaba a convertirse en una realidad algún día aquel cascajo senil que sólo servía para guardar sangre podría ser utilizado para obtener otra copia de su auténtico cuerpo -completa y con genitales incluidos-, y León podría asumirla en una partida y volver a ser el que había sido antes de aquel catastrófico disparo de escopeta recibido en 1948.

León escupió en la arena delante de sus pies y contempló el hervor siseante de la saliva. Pero el doctor Leaky era una caricatura tan humillante… Y León se había asegurado de que hubiera muestras de sangre a buen recaudo en un montón de bancos de sangre esparcidos por todo el mundo.

"Por lo que a mí respecta ese viejo hijo de puta puede ponerse delante de un autobús cuando le dé la gana -pensó-. No seré el responsable. No habré matado nada a lo que se pudiera llamar mío en ningún sentido de la palabra."

León volvió la cabeza hacia Trumbill. El gordo sudaba junto a él, y había empezado a masticar otro tallo de apio. Desde que la Muerte se había quitado el disfraz no paraba de meter las manos en los bolsillos para sacar aperitivos.

–Le seguiré durante otro Arcano Mayor -dijo León.

Trumbill asintió -tenía la boca llena y no dejó de masticar ni un segundo- y los dos hombres volvieron a ponerse en movimiento.

Ozzie había estado avanzando lentamente con el cuerpo encogido y pegado a los restos del muro mientras jadeaba, parpadeaba para quitarse el sudor de los ojos y rechinaba los dientes a causa del dolor de hombro que le causaba el esfuerzo de mantener cinco cartas desplegadas delante de él con la figura hacia adelante de tal forma que cada vez que alzaba la mirada sus ojos se encontraban con cinco imágenes del rostro sonriente de la mujer desnuda que adornaba el reverso de cada carta. No paraba de acordarse de

los soldados de Macduff en Macbeth cuando se habían acercado cautelosamente al castillo de Dunsinane sosteniendo ante ellos haces de ramas para que no se les viera.

Ozzie se detenía aproximadamente cada treinta metros y trazaba un pequeño círculo caminando en sentido contrario al de las agujas del reloj mientras flexionaba sus dedos acalambrados. Después cogía la baraja y escogía otras cinco cartas para renovar su protección. Siempre había seleccionado cinco cartas que estuvieran llenas de contradicciones como la impotencia y la promiscuidad, la infancia o la senilidad o la histeria y la astucia; pues sabía que aquella clase de combinaciones creaban manos nulas indicadoras de que no había ninguna mente humana oculta detrás de ellas y, al mismo tiempo, en cierto aspecto describían aquel lugar y podían ser utilizadas como camuflaje psíquico.

Las inmensas piedras grises del muro estaban tan erosionadas y llenas de irregularidades como si hubieran soportado siglos de intemperie, pero de vez en cuando Ozzie podía ver figuras que habían sido talladas con surcos tan profundos que seguían siendo visibles bajo los implacables rayos del sol en forma de arañazos. Vio soles y lunas de contornos angulosos, y escritura que le recordó mapas de rutas de autobuses, montones de líneas rectas que se cruzaban unas con otras en ángulos distintos, y en un punto del muro vio una tosca imagen de un pez atacando el vientre de un ciervo.

Y cuando se apoyaba en ellas algunas piedras estaban muy frías, y algunas estaban tan oscuras como si se encontraran a la sombra a pesar de que el cielo azul cobalto se hallaba totalmente libre de nubes, y dos estaban mojadas y cuando probó el agua que las cubría con la yema de un dedo Ozzie descubrió que sabía a agua de mar. Estaba claro que aquella catedral en ruinas o lo que fuese aquella estructura no se encontraba del todo en aquel lugar, y hasta era posible que nunca estuviese presente del todo en ningún tiempo determinado.

Ozzie había evitado barajar las cartas en ningún momento. Sólo Dios sabía qué retratos de espantosa antigüedad podía formar el mazo, o qué clase de atención atraería.

Cada vez que se encontraba con una brecha lo suficientemente grande para mirar por encima de ella Ozzie echaba un cauteloso vistazo. Crane y la mujer junto a la que estaba caminando habían tardado tanto rato en entrar y salir de aquella larguísima trinchera llena de obstáculos e interrupciones que

había podido mantenerse a su altura a pesar de lo que le costaba caminar y, naturalmente, el gordo y el hombre de cabellos blancos que le acompañaba se limitaban a seguir a Crane.

Las cuatro figuras que avanzaban por el interior de la estructura se habían detenido delante del segundo umbral, y Ozzie había podido agazaparse y observarlas por encima de un trozo de muro que le llegaba a la altura de la cintura. El gordo había disparado su escopeta, y Ozzie se había erguido al instante tomando puntería a lo largo del reluciente cañón de acero inoxidable del 38 que le había quitado al guardia de seguridad disponiéndose a enviar una bala hacia el centro de su espalda antes de comprender que el escopetazo había tenido como blanco el matorral espinoso.

Ozzie bajó el percutor con un dedo tembloroso. Estaba demasiado lejos del gordo, y el hombre de los cabellos blancos habría buscado algún refugio y habría empezado a devolverle el fuego, y de todas formas Ozzie sólo estaba interesado en el hombre de los cabellos blancos.

Tenía que ser el cuerpo que estaba utilizando el auténtico padre de Crane, y había muchas probabilidades de que su padre fuera el causante de que Diana hubiese muerto.

Incluso había una posibilidad -pero sólo una- de que fuera el único cuerpo que le quedaba al viejo caníbal psíquico.

"Ya va siendo hora de que deje de andar de puntillas -pensó Ozzie-. He de acercarme a ellos. Pero… ¿Seré capaz de disparar por la espalda y sin avisar?"

Meterle una bala al guardia de seguridad en la nuca había sido y seguía siendo algo demasiado horrible e imposible de digerir a lo que no podía enfrentarse, algo tan insoportable como alzar la mirada hacia el sol del mediodía.

"Ya lo averiguarás cuando estés ahí", se dijo.

Deslizó el revólver debajo de su cinturón, y trepó sobre la fría y húmeda pared moviéndose despacio y con muchas dificultades bajo el sol abrasador del desierto.

Crane sólo había avanzado una docena de metros en pos de su terrible novia cuando el muslo herido le falló y le hizo caer pesadamente sobre la arena caliente. Hormigas que parecían limaduras de cobre enroscadas sobre

sí mismas empezaron a deslizarse diligentemente sobre el dorso de sus manos.

Oyó ruido de pisadas a su espalda y miró hacia atrás. El gordo y aquel acompañante al que no podía ver con claridad estaban inmóviles sobre la arena unos cuantos pasos más allá del segundo umbral. Visto a través del ojo de plástico de Crane el rostro del acompañante era un borroso manchón de claridad que se encendía y se apagaba como si estuviera girando sobre sí mismo a gran velocidad.

Y Crane vio a otro hombre, un anciano inmóvil detrás de los otros dos en la penumbra de los restos del umbral, y pasado un momento le reconoció. Era Ozzie, su padre adoptivo. Ozzie llevaba consigo una bolsa dentro de la que había tres copas de oro y sostenía una cuarta copa en su mano derecha.

Al verle, Crane sólo sintió impaciencia. Estaba seguro de que su viejo padre adoptivo no tenía nada importante que decir o hacer allí, pero cerró su ojo derecho y alzó una mano para abrir por la fuerza su hinchado ojo izquierdo.

Y vio que la mano derecha de Ozzie sostenía un revólver de gran tamaño y que el cañón apuntaba sin ninguna vacilación a las espaldas de los dos hombres. El anciano pareció dudar durante unos momentos, y luego…

–Quietos -dijo en voz alta.

Los dos hombres giraron rápidamente sobre sí mismos volviéndose hacia aquella voz surgida de la nada, y el arma de Ozzie retumbó dos veces en el mismo instante en que empezaban a buscar refugio y el gordo agarraba el cañón de su escopeta para alzarla.

Un chorro de sangre roció a Crane. El acompañante cuyo rostro no había podido ver con claridad asintió violentamente con la cabeza, se desplomó hacia atrás y sus hombros y su nuca destrozada chocaron con la arena, y el gordo se tambaleó.

Pero logró alzar la escopeta y disparar.

La camisa blanca de Ozzie se llenó de rojo, y el impacto de los perdigones hizo que sus pies dejaran de tocar el suelo y le lanzó hacia atrás.

Toda la seca madurez de Crane fue destrozada por la explosión de aquel disparo, y su boca se abrió en un alarido de negativa desprovisto de palabras mientras daba un paso hacia adelante.

El gordo giró torpemente sobre sí mismo y torció el gesto mientras deslizaba la corredera de la escopeta hacia atrás y hacia adelante. El mecanismo del arma no hizo el más mínimo ruido en aquella atmósfera perpleja que aún no había dejado de vibrar.

El cañón apuntó a la rodilla de Crane y le hizo detenerse patinando sobre la arena.

El rostro del gordo estaba tan blanco como la leche, y la sangre que brotaba del surco que la bala de Ozzie había hecho en su sien por encima de su oreja se derramaba sobre su ceja derecha y bajaba por su cuello. Sus labios se movieron lentamente. Estaba diciendo algo, pero los oídos de Crane se negaban a funcionar. El gordo volvió la mirada hacia el cadáver de su acompañante.

Crane tenía la sensación de haberse encogido y estar hueco por dentro, como si el chorro de perdigones hubiera dado en su pecho y no en el del anciano. No podía mirar a Ozzie, y durante un momento se limitó a seguir la dirección de la mirada del gordo.

Los cambios que se habían estado sucediendo en el rostro agujereado fueron perdiendo velocidad, y Crane por fin pudo distinguir las facciones mudables de un momento al siguiente como las de un viejo que llevaba una corona, un hombre bronceado de cabellos oscuros que estaba lleno de vida y energía y un niño. El hombre de los cabellos oscuros era Ricky Leroy, naturalmente, el anfitrión de las partidas de asunción celebradas en el lago el año 1969…, pero reconocer al niño fue lo que hizo que cayera de rodillas sobre la arena sin poder creer en lo que estaba viendo.

Era el rostro de Richard, su casi olvidado hermano mayor, el compañero de juegos infantiles de Scott antes de que su hermano mayor perdiera su personalidad y asumiera su cometido de vigilante encaramado al tejado del bungalow de la avenida Bridger.

Los rostros cambiantes empezaron a sustituirse los unos a los otros más despacio hasta que las facciones del viejo quedaron inmóviles sobre el suelo. Su corona ya no era visible.

Crane apoyó una mano en la arena y rozó los cabellos manchados de sangre con la otra, pero lo que estaba tocando había sido un cadáver desde hacía mucho tiempo…, por lo menos desde 1949.

Crane acabó alzando la cabeza y empezó a reptar sobre las manos y las rodillas hasta Ozzie, un bulto ensangrentado que yacía inmóvil sobre la

gravilla.

Era vagamente consciente de que el gordo se había inclinado para recoger la escopeta y que estaba retrocediendo lentamente por el umbral en dirección a la autopista y el Jaguar aparcado que le aguardaba en ella; y un instante después Crane vio una figura agazapada sobre Ozzie.

Era la Susan reseca, y su sonrisa de cadáver muerto de hambre se volvió hacia Crane como un reflector que atravesara un acuario de aguas envenenadas. Sus locas piruetas le habían hecho perder aquella piel que parecía cuero, y la habían convertido en un esqueleto carente de sexo al que sólo envolvían las hebras más tenues de sustancia orgánica imaginables.

Crane comprendió que aquello ya no era la bebida. Dionisos había sido sustituido por la Muerte indiferente. Aquella silueta no era aliada de nadie.

Y se había llevado a Ozzie. Crane no podía soportar la visión del pecho destrozado del anciano, y clavó los ojos en las viejas manos llenas de arrugas que habían sostenido, barajado y rechazado tantas cartas y que ya no sostendrían nada más.

La Muerte extendió lentamente un brazo y tocó la frente de Ozzie con un dedo esquelético, y el cuerpo de Ozzie se convirtió en polvo grisáceo. El proceso sólo dejó intacto el arrugado traje del anciano, y un instante después una ráfaga de viento muy caliente cegó a Crane con la arena que transportaba y se llevó el traje y el polvo en un remolino que salió volando sobre los muros en ruinas y se dispersó sobre los kilómetros de vacío que eran el rostro del desierto.

La ráfaga surgida de la nada había dejado a Crane yaciendo sobre la espalda. Crane esperó a que se hubiera alejado rumbo a las distantes montañas y se irguió parpadeando para expulsar la arena que se le había metido en los ojos. El esqueleto animado había desaparecido, y Crane se había quedado solo en las ruinas desoladas con el cadáver de Richard Leroy por única compañía.

El sol ardía sobre su cabeza. Su ridícula gorra había salido despedida y había caído sobre la arena. Crane se puso en pie haciendo un gran esfuerzo y contempló los muros semiderruidos que se alzaban a su alrededor.

"Crees que tu viejo está chiflado, ¿verdad?", recordó haberle oído decir a Ozzie aquella noche del año 1960 cuando fueron a Las Vegas en busca de Diana; y se acordó de Ozzie apretando el paso desesperadamente para seguirle por la escalera del Hotel Mint llorando y suplicando cuando Crane

se marchaba para tomar parte en la partida del lago el año 1969; y recordó lo frágil y animado que parecía el anciano el domingo por la mañana -¡sólo hacía cuatro días de aquello! – , cuando él y Arky acudieron a su cita en Isla Balboa.

"Vuelve a tus novelas de Louis L'Amour y tus pipas Kaywoodie", le había dicho Crane el día anterior. Pero el anciano no había estado dispuesto a alejarse hacia la paz de la noche, y no había querido dejarse llevar por la agonía de la luz. ¿Y Crane? ¿Estaba dispuesto a seguir el camino que Ozzie no había querido tomar?

Contempló las manchitas oscuras esparcidas sobre el muro de piedra. Probablemente eran sangre de Ozzie.

No, todavía no. Crane giró sobre sí mismo y avanzó con paso cojeante hacia la autopista.

33

También tengo un regalo para Scott Diana estaba en el segundo piso y caminaba a lo largo de la pasarela de cemento protegida con una barandilla. La luz dorada de primera hora de la tarde caía sobre ella mientras contemplaba los números de las puertas de los apartamentos que iba dejando atrás. Había una piscina en el patio debajo de ella, y el aire olía a clorina.

Había pasado la mayor parte del día en una colina cubierta de hierba del Community College del Condado de Clark alternando el dormitar con el preocuparse usando la vieja mantita hecha una bola como almohada. En el pasado había pensado más de una vez en lo maravilloso que sería disponer de un poco de tiempo libre lejos de Scat y Oliver, pero durante aquellas horas de soledad no había hecho más que pensar en ellos. Se preguntó si Ozzie habría llevado a Oliver a Searchlight y lo habría dejado en casa de Helen Sully.

Diana la había telefoneado, pero no obtuvo respuesta. ¿Y si Funo o alguien había seguido a Ozzie y le había matado a él y a su hijo? ¿Y si alguno de los jugadores involucrados en aquel horrible embrollo había ido al hospital y había matado a Scat desde su última llamada?

Desde que la explosión destrozó su apartamento Diana había estado intentando convencerse de que los chicos estaban más seguros lejos de ella, pero la simple visión de los rayos del sol cayendo sobre el verdor de los

árboles le hacía sentir una culpabilidad casi insoportable, y se había dado cuenta de que no podía permitirse el pensar en Scat despertando en el hospital para descubrir que su madre no estaba allí o muriendo a solas, o en Oliver rodeado por desconocidos y convencido de que ella estaba muerta.

Se detuvo delante de la puerta del apartamento 27, y se obligó a respirar despacio y a recordar el propósito que la había traído hasta aquel lugar. Sólo había estado allí en una ocasión, de noche, y no recordaba muy bien la disposición del edificio, pero según el buzón de la planta baja aquél era el apartamento de Michael Stikeleather.

Llamó a la puerta con los nudillos, y unos instantes después vio cómo el delgado haz de luz que brotaba por el agujero de la mirilla se debilitaba hasta desaparecer. Después oyó el tintineo de la cadena de seguridad al ser sacada de la guía y la puerta se abrió.

"Un surfista entrado en años perdido en el desierto", pensó al ver la sonrisa de placer y sorpresa de Mike.

Stikeleather llevaba unos pantalones azul celeste y una camisa blanca a medio abotonar que mostraba el rizado vello rubio de su pecho. Los faldones de la camisa estaban sueltos, y Diana supuso que la llevaba así para ocultar su barriga. – ¡Sé quién eres! – exclamó Mike con voz jovial alzando una mano-. Eres…

Su rostro se ensombreció de repente -estaba claro que acababa de acordarse de lo ocurrido-, e hizo un visible esfuerzo para fruncir el ceño tal como exigía la situación.

–Eres la chica de Hans. Lo sentí mucho, créeme. Era un buen tipo, sí, lo era… Eh, entra.

Diana entró en la sala, una estancia iluminada por hileras de focos de estilo muy moderno. Acuarelas de tigres y mujeres bonitas elegantemente enmarcadas colgaban de las paredes pintadas de color marrón claro, y un estéreo negro protegido por puertas de cristal se alzaba en la esquina al lado de un sofá marrón claro. – ¿Te llamabas…? – murmuró Mike.

–Doreen -dijo Diana.

–Claro, claro, Doreen. Doreeeeen… ¿Quieres beber algo?

–Claro. Cualquier cosa que esté fría.

Mike le guiñó el ojo, asintió y entró en la cocina iluminada por fluorescentes. Diana pudo oír cómo abría la nevera y golpeaba una bandeja

de cubitos de hielo contra el mostrador. – ¿Te sientes capaz de hablar de ello? – preguntó Mike.

Diana se sentó en el sofá.

–Claro -dijo en voz alta.

Seis ejemplares de la revista Penthouse reposaban desplegados en abanico sobre la mesita de cristal.

Mike volvió a entrar en la sala trayendo consigo dos vasos de cóctel.

–Siete y Siete -dijo entregándole un vaso y sentándose a su lado en el sofá-. Leí en los periódicos que la policía decía que había sido una bomba.

Diana tomó un buen sorbo de la bebida.

–No lo creo -dijo-. Hans estaba intentando fabricar PCP en el trastero. Tenía montones de…, de éter y otras cosas. Creo que cometió algún error y consiguió saltar por los aires.

El brazo de Mike se había posado sobre el respaldo del sofá detrás de sus hombros, y un instante después su mano le dio unas palmaditas en la cabeza.

–Ah, qué pena. Supongo que la policía cree que una bomba asustará menos a los turistas que una fábrica de droga, ¿eh? – Se rió, pero enseguida se acordó de fruncir el ceño-. Mierda, polvo de ángel… Tendría que habérmelo dicho. Podría haberle conseguido todo el que quisiera.

–Siempre dijo que se podía confiar en ti. – Diana se obligó a alzar la mirada hacia los ojos azules de Mike -. Me dijo que acudiera a ti si alguna vez necesitaba ayuda.

Estaba claro que Mike había albergado la esperanza de que la conversación seguiría aquel rumbo. Su mano había empezado a amasarle el hombro, y su rostro redondo y bronceado estaba un poco más cerca del suyo. Su aliento apestaba a Binaca; debía de tener una botellita de elixir dental guardada en la cocina.

–Comprendo, Doreen. ¿Necesitas un sitio en el que alojarte?

Diana clavó los ojos en su vaso.

–Sí, eso… Y quiero que alguien me acompañe a su funeral mañana por la mañana.

"Y si todo sale tal como espero tiene que ser alguien que se dedique al tráfico de drogas", pensó.

–Acabas de encontrar a tu hombre -dijo Mike en voz baja y suave.

Quizá se disponía a besarla, pero Diana sonrió y se echó hacia atrás apartándose de él. – ¿Puedo usar tu teléfono para hablar con mi hijo? Está en casa de una amiga. Vive en Nevada, así que será una llamada local.

–Oh, claro, Doreen, claro. El teléfono está en el mostrador de la cocina.

Diana se puso en pie y fue hacia el teléfono. Mientras tecleaba el número de Helen Sully se dio cuenta de que Stikeleather seguía en la habitación.

La señal de llamada sonó seis veces, y su corazón ya había empezado a retumbar ruidosamente dentro de su pecho cuando por fin oyó un click y la voz de Helen. – ¿Diga?

Diana dejó escapar el aliento en una ruidosa exhalación y se apoyó en el mostrador de la cocina.

–Helen -dijo-, soy…, soy yo. ¿Y Ollie? ¿Está contigo? – ¡Cristo! – exclamó Helen al otro extremo de la línea-. ¿Diana? ¡Oliver y ese anciano nos dijeron que estabas muerta! ¿Eres Diana? Dios, yo…

–Sí, soy yo. Era un error. Obviamente, ¿no? Escucha, ¿está Ollie ahí? ¿Puedo hablar con él?

–Claro, encanto. Quizá consigas que pronuncie dos palabras o que mire a alguien a la cara. ¿Cuánto tiempo tendremos que…? Quiero decir… ¿Cuándo vas a…?

–En Pascua, le recogeré por la Pascua… -"Y si no lo hago querrá decir que estoy muerta -pensó Diana-. ¿Y qué será de mis hijos si muero? Ah, Cristo…" -. Helen, no sé cómo decirte lo agradecida que te estoy… Te debo…

–Oh, Diana… Qué demonios, una semana y media con otro crío en la casa no es nada… Yo… Sí, es tu mamá…

Diana oyó un ruido al otro extremo de la línea, y un instante después Oliver ya estaba jadeando al teléfono. – ¿Mamá? ¿Eres tú, mamá?

–Sí, Ollie, soy yo. Estoy bien, cariño… Estoy estupendamente. – ¡Vi cómo la casa volaba por los aires! – ¿Viste..,? Dios, lo siento, debiste de pensar que… Olvídalo, estoy perfectamente y no me ha ocurrido nada. ¿De acuerdo? Y… -¡Mamá, lo siento! – ¿Qué es lo que sientes? No hiciste…

–Siento lo de Scat, y el que volaran la casa. Todo fue culpa mía. Yo… -¡No tienes la culpa de ninguna de las dos cosas! Cariño, fue como cuando el rayo cae sobre alguien… ¡No tuviste nada que ver con eso! Y Scat se pondrá bien, los médicos dicen que… -Diana fingió toser mientras intentaba

contener los sollozos-. Scat saldrá del hospital enseguida. Le dejarán como nuevo, de veras, y te recogeré por la Pascua o antes, una semana y media como máximo… -Tapó el auricular con una mano e hizo un par de inspiraciones lo más profundas posible-. Bueno… ¿Qué tal te va en casa de Helen? ¿Te gusta la comida?

Diana se acordó de cómo había intentado obligarle a hacer régimen incluso cuando el niño sólo quería una manzana o unos pepinillos, y lamentó el que se le hubieran escapado aquellas palabras apenas las hubo pronunciado.

–Bueno, la verdad es que todavía no hemos comido nada. Supongo que cenaremos perritos calientes. ¿Cuándo podrás venir a recogerme? Tú… Mamá, ¿sabes una cosa?

–Yo… ¿Qué, Ollie?

–Eh… Bueno, te quiero. Quería…, quería que lo supieras, nada más.

El corazón de Diana pareció dejar de latir. El niño nunca le había dicho que la quería; quizá ella tampoco se lo había dicho nunca.

–Dios, Oliver, yo también te quiero. Iré a buscarte…

Volvió la mirada hacia el otro extremo de la habitación enmoquetada y sus ojos se posaron en el rostro de Mike Stikeleather.

–Iré a buscarte en cuanto me haya ocupado del par de cosas pendientes que he de resolver aquí, ¿de acuerdo?

–De acuerdo -dijeron Oliver y Stikeleather.

Los aspiradores zumbaban alrededor de las mesas y hombres uniformados se movían por entre las hileras de máquinas tragaperras haciendo girar llaves que metían en las cerraduras de las máquinas para recoger las monedas en cubos de plástico mientras los guardias de seguridad les observaban con cara de aburrimiento.

Arquímedes Mavranos se apoyó sobre el canto acolchado de una mesa de dados y deseó no haber pensado en comerse el pez que llevaba dentro del bolsillo.

Hacía una hora había decidido que el sol ya debía de estar brillando sobre el mundo real que había en el exterior, y se había obligado a ir a la cafetería del casino -no tenía ni idea de en cuál estaba, y le daba igual- para meterse en el estómago unas tostadas y unos huevos revueltos, pero se había mareado y había tenido que ir corriendo al cuarto de baño para

vomitarlo todo. Cuando salió la cajera le estaba esperando junto a la puerta para cobrarle la consumición.

Pero seguía teniendo hambre y hacía unos momentos se había preguntado si el pez dorado metido en la bolsa llena de agua que llevaba en el bolsillo seguiría vivo, y durante unos segundos había tomado en consideración la posibilidad de comérselo.

Luchó con las náuseas hasta disiparlas y clavó la mirada en su apuesta. La ficha negra de cien dólares que había puesto sobre la Línea de Paso se había convertido en dos fichas, y había tres más fuera de la línea en la que había optado por la apuesta libre. Su apuesta había ganado mientras Mavranos no prestaba atención a lo que ocurría en la mesa y los dados ya volvían a rodar, por lo que sin quererlo había dejado pasar la ocasión. Mavranos cogió las tres fichas que había fuera de la línea y se preparó para volver a poner un par de ellas en cuanto el que tiraba los dados obtuviese un punto.

El empleado del casino movió el disco blanco hasta el cuatro en la parte superior de la parrilla del fieltro verde. Era la sexta vez consecutiva en que el tirador actual había conseguido un cuatro como su punto, y el empleado -un hombre bastante mayor de expresión amargada que llevaba una corbata de lazo que parecía estar estrangulándole-cogió los dados y los examinó concienzudamente.

Mavranos se acordó de poner dos fichas negras fuera de la Línea de Paso para la apuesta libre, y un instante después el jugador sacó otro cuatro.

El empleado lanzó una mirada gélida a Mavranos. Estaba claro que había empezado a preguntarse si se hallaría involucrado en algún intento de estafar al casino. Mavranos no podía culparle. ¿Cuáles debían de ser las probabilidades en contra de sacar un punto tan difícil como el cuatro seis veces seguidas, especialmente con un vagabundo que parecía estar enfermo siguiendo la racha con fichas negras y dejando pasar la última apuesta?

Mavranos había ganado casi dos mil dólares sólo con aquel jugador que se había estado limitando a apostar en favor de su suerte con fichas naranjas de diez dólares; pero estaba mareado y se encontraba fatal, y no pudo evitar llevarse una mano al pañuelo atado alrededor de su cuello y acariciarse el bulto que tenía debajo de la oreja. No cabía duda de que estaba más grande que cuando él, Scott y el anciano habían salido de California. Mavranos estaba perdiendo algo más que peso, estaba perdiendo su mismísima

sustancia, y no le extrañaba que comerse el pez dorado le hubiera parecido una idea tan seductora durante unos momentos.

Y estaba viendo cosas extrañas en el juego, pero nada que pudiera serle útil.

Se preguntó qué tal les iría a Scott, Ozzie y Diana en sus respectivas búsquedas desesperadas, y se preguntó si el niño internado en el hospital estaría mejorando. El recuerdo de la cabeza del niño desgarrada por la bala le hizo estremecer.

Durante un momento sintió remordimientos por haberse marchado del Circus Circus sin haberles proporcionado ninguna forma de ponerse en contacto con él.

Meneó la cabeza. Bueno, que contrataran un chófer. Mavranos tenía sus propios problemas.

Recogió sus fichas con las dos manos y se alejó de la mesa. Atraer la atención no serviría de nada. En algún casino de los que había visitado aquella noche -la noche anterior, si es que en el exterior ya era de día- había ganado tanto dinero en una mesa de blackjack subiendo y bajando las apuestas en un intento de adaptarse al ritmo casi de reggae que creaban las campanillas de las máquinas tragaperras que el personal había dado por sentado que era un genio en el arte de contar las cartas. Dos hombres le habían pedido que se identificara y le habían dicho que si volvía a entrar en aquel casino sería arrestado al instante.

Mavranos dejó caer su montón de fichas sobre el mostrador del recinto de caja y frunció el ceño. No podía recordar en qué casino le había ocurrido aquello. Podía volver allí por accidente…

–Jesús -dijo alguien a su espalda. Mavranos giró sobre sí mismo y vio a un hombre que le contemplaba con una mezcla de diversión y desprecio-. ¿Qué pasa, amigo? ¿Tenía una racha tan buena que no podía ir al lavabo de caballeros?

Mavranos siguió la mirada del hombre y bajó los ojos hasta ver que la pernera izquierda de sus téjanos descoloridos estaba oscurecida por una mancha de humedad.

Durante un momento de horror pensó que el hombre debía de tener razón, que su agotamiento había hecho que se meara en los pantalones sin darse cuenta. Después se acordó del pez, y su mano temblorosa se apresuró a meterse en el bolsillo de su chaqueta de pana.

La bolsa estaba fláccida. Debía de haberla reventado con su codo cuando llevaba las fichas al recinto de caja. El pez dorado -Mavranos lo llevaba encima como "cristal semilla" porque había leído en algún sitio que nunca morían de causas naturales- estaba muerto o agonizando.

No había dormido desde hacía veinticuatro horas, y de repente la idea del diminuto pez dorado muriendo en el interior de su bolsillo le hizo sentir una tristeza tan intensa que casi resultaba insoportable; y la idea de que el padre de sus hijas estaba en un casino al amanecer pareciendo haberse meado en los pantalones le resultó igualmente dolorosa.

Cuando salió por la puerta principal al calor de horno de la mañana la respiración de Mavranos se había vuelto irregular y las lágrimas le nublaban la vista.

La puerta derecha de la furgoneta Nissan de Mike Stikeleather tenía un espejo retrovisor atornillado, y después de que el breve y escasamente concurrido servicio fúnebre hubiera terminado y hubieran vuelto al aparcamiento Diana lo había movido para poder observar el tráfico que tenían detrás…, y ver que el Dodge blanco les estaba siguiendo le había hecho sentir una tensa complacencia.

La noche anterior Mike la había llevado a un restaurante italiano que estaba cerca del Flamingo y cuando volvieron a su apartamento intentó besarla. Diana se lo quitó de encima, pero lo hizo con una sonrisa melancólica y le dijo que la muerte de Hans aún estaba demasiado reciente. Mike se lo había tomado bastante bien, y había dejado que durmiera en su cama de agua mientras él se instalaba en el sofá, aunque se las había arreglado para dejar bien claro que era sólo-por-la-primera-noche.

Diana se levantó con las primeras luces del alba, registró el dormitorio prestando la máxima atención a los ronquidos que le llegaban desde la sala y encontró un maletín dentro del armario. Se aprendió de memoria su posición fijándose especialmente en que estaba apoyado en un par de botas de esquí, lo sacó y lo abrió. El polvo blanco guardado en una abultada bolsa de plástico con cierre de cremallera tenía el sabor entumecedor de la cocaína, y una vez sumados los fajos de billetes de veinte dólares le dieron un total superior a los veinte mil dólares. Diana volvió a dejarlo todo tal como estaba y se metió en la cama. Un rato más tarde se las arregló para deslizar un cuchillo para la carne dentro de su bolso mientras preparaba el café, aunque el tener que utilizarlo no formaba parte de su plan.

De momento todo iba sobre ruedas.

Y unas horas después Diana dirigió una plegaria de agradecimiento a su madre mientras estaba en el funeral, pues uno de los asistentes era nada menos que Alfred Funo.

Diana había albergado la esperanza de que estaría allí. Era la única forma de encontrarla que se le había ocurrido, y encajaría perfectamente con el enfoque extrañamente sociable del asesinato que empleaba.

Y allí estaba, inmóvil detrás de los padres de Hans bajo el pabellón de lona instalado sobre la hierba contemplándola con una sonrisa apenada en los labios desde el otro lado del reluciente ataúd de fibra de vidrio. Diana le devolvió la sonrisa, asintió y le guiñó el ojo.

No podía entender cómo era capaz de suponer que quería verle, pero el guiño de respuesta que obtuvo le hizo comprender que eso era justo lo que suponía.

El coche al que subió después del funeral era mucho menos rápido que el Porsche que había estado conduciendo cuando le vio el lunes por la noche -el Porsche desde el que le había disparado a Scat-, pero por lo menos se las estaba arreglando para no perder de vista a la Nissan de Mike.

Cuando Mike detuvo la furgoneta junto a la acera delante del edificio en el que estaba su apartamento el Dodge blanco aparcó a unos treinta metros detrás de ellos.

Diana bajó de la furgoneta y esperó a Mike junto al parachoques delantero.

–No te vuelvas -dijo en voz baja-, pero un amigo de Hans nos ha seguido cuando terminó el funeral. Creo que quiere hablar conmigo.

Mike frunció el ceño y puso cara de preocupación, pero no se volvió. –¿Nos ha seguido hasta aquí? Eso no me gusta…

–A mí tampoco. Trafica con drogas, y Hans nunca confió en él. Oye, déjame las llaves y le seguiré cuando se vaya. – ¿Que le seguirás? ¿Por qué? Tengo que ir a trabajar…

–Quiero asegurarme de que se larga de esta zona. Volveré dentro de diez minutos como máximo.

–Bueno…, de acuerdo. – Mike empezó a sacar una llave de su anillo -. Para ti, Doreen -añadió con una sonrisa.

Diana se guardó la llave en el bolsillo, le sopló un beso y empezó a caminar hacia el Dodge blanco.

"Sube al apartamento, Mike -pensó mientras las suelas de sus zapatos se movían lentamente golpeando la acera bañada por el sol y su bolso oscilaba de un lado a otro a su lado-. No asustes a este tipo quedándote a mirar…"

No volvió la vista, pero al parecer Mike no había hecho nada que pudiese alarmar a Funo. Cuando llegó al sitio en el que había aparcado su coche Funo se estiró sobre el asiento de pasajeros y quitó el seguro de la puerta de aquel lado.

Diana la abrió y se sentó dejando la puerta abierta.

Funo sonreía, pero estaba pálido y daba la impresión de estar agotado. Su camisa blanca y sus pantalones marrones parecían nuevos, y las Reeboks blancas que calzaba relucían. "Como los vientres de langostas albinas", pensó Diana.

–Mi hombre misterioso -dijo.

–Eh, Diana -se apresuró a responder Funo-. Siento que empezáramos con tan mal pie la otra noche. No comprendí que estabas preocupada por tus hijos.

Diana tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para seguir sonriendo.

Pero ¿cómo podía decirle algo semejante…, después de haber disparado contra uno de sus hijos?

–Los médicos dicen que el chico se pondrá bien -murmuró.

Se preguntó si Funo habría telefoneado al hospital y se habría enterado de que no era eso lo que opinaban, pero pensó que probablemente no importaría. Diana había empezado a tener la sensación de que todo aquello era como una charada carente de lógica donde lo único que se esperaba de ella era que le dijera cosas agradables.

–Eh, eso es magnífico -dijo Funo, y chasqueó los dedos-. Tengo algo para ti.

Diana se envaró y se dispuso a sacar el cuchillo de su bolso, pero lo que Funo sacó de debajo del asiento era un estuche de joyería, una caja rectangular de color negro.

Cuando lo abrió y vio la cadena de oro que reposaba sobre el forro de terciopelo rojo ya le conocía lo suficiente para comprender que debía limitarse a mostrar placer, no asombro.

–Es muy hermosa -dijo procurando que su voz sonara un poco enronquecida-. No habrías debido… Dios mío, ni siquiera sé cómo te

llamas.

–Al Funo. También tengo un regalo para Scott. ¿Se lo dirás?

"Se lo diré cuando le vea en el infierno", pensó Diana.

–Claro. Estoy segura de que querrá darte las gracias.

–Ya le he regalado un encendedor Dunhill de oro -dijo Funo.

Diana asintió anhelando desesperadamente la normalidad de la calle bañada por el sol que veía al otro lado de las ventanillas del coche, y se preguntó durante cuánto tiempo sería capaz de mantener aquel diálogo de fantasía sin cometer ningún error.

–Estoy segura de que le encanta tener un amigo tan generoso -se atrevió a decir.

–Oh -replicó Funo como sin darle importancia-, hago lo que puedo. Mi Porsche está en el taller. Esto es un préstamo, ¿sabes?

–Ah. – Diana asintió-. ¿Crees que podríamos cenar juntos en alguna ocasión?

–Sería divertido -replicó Funo con gran seriedad. – ¿Hay…, hay algún número de teléfono en el que pueda localizarte?

Funo sonrió y le guiñó el ojo.

–Yo te encontraré.

La audiencia parecía haber terminado.

–Muy bien -murmuró Diana mientras desplazaba su peso al pie derecho que acababa de poner sobre la acera-. Esperaremos hasta tener noticias tuyas.

Funo puso en marcha el motor.

–Per-fecto.

Diana salió del coche y se quedó inmóvil en la acera. Funo se inclinó sobre el asiento, cerró la puerta y un instante después ya se estaba alejando.

Diana se obligó a volver a la furgoneta Nissan caminando muy despacio hasta que el Dodge dobló la esquina torciendo hacia la derecha. Después corrió hacia ella.

El tráfico en Bonanza Road era muy fluido, y Diana tuvo que mantener la furgoneta bastante alejada del Dodge para que hubiera otros vehículos interponiéndose entre ella y Funo. Hubo dos momentos en que temió haberle perdido, pero un instante después del último sobresalto vio cómo el Dodge giraba hacia la derecha y entraba en el aparcamiento de un Marie

Callender. Diana pasó de largo por delante del local, volvió a él tomándose su tiempo y metió la furgoneta en el aparcamiento.

El Dodge estaba aparcado delante de una parte del restaurante desprovista de ventanas, y estaba vacío.

Perfecto.

Diana se quedó allí el tiempo necesario para aprenderse de memoria el número de la matrícula y ni un segundo más. Después salió del aparcamiento y volvió al apartamento de Mike.

Cuando abrió la puerta del apartamento vio a Mike yendo y viniendo por la cocina.

–Bueno -dijo en tono de impaciencia-, ¿dónde ha ido?

–No lo sé, se fue por Bonanza. Oye, tengo su número de matrícula porque… Bueno, cuando hablé con él me preguntó si eras Mike, el amigo de Hans, y sabe que eres traficante. Supongo que Hans debió de contárselo. – ¿Que Hans le contó…? Hans tiene mucha suerte de estar muerto. – Diana pensó que Mike parecía enfadado y, al mismo tiempo, al borde del llanto-. ¡Ya tengo bastantes problemas para que encima…!

Diana fue hacia él y dio un par de palmaditas sobre sus mechones rubios atiesados por la espuma fijadora.

–No sabe cómo te apellidas -le dijo-, y tampoco sabe en qué apartamento vives.

–De todas formas tendría que hablar con mi…, con el tipo al que yo… Oh, mierda, me obligará a marcharme de aquí.

–Tienes que empezar a trabajar. – Diana le sonrió. – . Esta noche averiguaré si puedo…, si puedo hacerte olvidar tus preocupaciones durante un rato.

Eso animó considerablemente a Mike.

–Quedas contratada -dijo-. Dame mi llave.

Diana se la entregó y después de que se hubiera marchado y hubiera oído cómo su furgoneta se ponía en marcha y se alejaba fue hasta el teléfono y pidió un taxi.

Después entró corriendo en el dormitorio, deslizó un colgador de alambre alrededor de su muñeca y sacó el maletín del armario. Metió los fajos de billetes en su bolso y vació la bolsa de cocaína en el retrete, después de lo cual hizo funcionar la cisterna tres veces esperando pacientemente a que volviera a llenarse en cada ocasión.

La cisterna estaba volviendo a llenarse con un siseo ahogado cuando Diana sacó el maletín vacío al pasillo y cerró la puerta detrás de ella.

El Dodge seguía en el aparcamiento del Marie Callender, y Diana se alegró de que Funo fuera un hombre al que no le gustaba desayunar con prisas.

"Ahora tendrás que funcionar a base de nervios durante unos minutos", pensó después de haber pagado al taxista.

Fue hacia el coche de Funo obligándose a no apretar el paso, cogió el colgador de alambre sacándoselo de la muñeca y desenrolló la doble espiral de su cuello. Curvó el alambre formando un ángulo más agudo y cuando llegó al coche lo deslizó entre el cristal de la ventanilla del conductor y el marco de la ventanilla.

Le temblaban las manos, pero el alambre que apareció al otro lado del cristal siguió el curso previsto y Diana logró pasarlo alrededor del seguro interior en el primer intento. Tiró hacia arriba y el seguro subió con un clank casi inaudible.

Diana miró nerviosamente a su alrededor, pero no había nadie observándola y Funo aún no había salido del restaurante.

Abrió la puerta y deslizó el maletín vacío debajo del asiento.

Volvió a cerrar la puerta, dio la vuelta al coche y soltó el seguro del capó. El capó chirrió al subirlo, pero Diana se obligó a no perder la calma y alargó una mano hacia el distribuidor de aceite colocado sobre los seis cilindros del motor dispuestos en ángulo y lo hizo girar hasta dejarlo suelto. Después sacó un puñado de monedas de su bolsillo y las echó por el agujero oyendo cómo las monedas de uno, diez y veinticinco centavos tintineaban al caer sobre las válvulas.

Un instante después ya había vuelto a poner el distribuidor en su sitio, había bajado el capó y estaba cruzando el aparcamiento respirando con más facilidad a medida que cada paso la alejaba del coche del hombre al que acababa de condenar a muerte.

Se había guardado una moneda de veinticinco centavos para llamar a otro taxi.

34

Ray-Joe activo Nardie Dinh descubrió que los patos del estanque apreciaban el queso todavía más que el pan, y la totalidad de su parco

almuerzo no tardó en desaparecer.

Se sentó a la sombra de un chopo, y alzó la cabeza dejando que su mirada fuese más allá del estanque de los patos y las colinas cubiertas de césped del parque y acabara posándose en el edificio de oficinas en el que trabajaba durante el día. Su hora del almuerzo no tardaría en llegar a su fin, y Dinh volvería allí sin haber comido nada.

Otra vez.

Desde la tarde del miércoles no había comido nada dejando aparte una ensalada, y de eso ya hacía más de cuarenta y ocho horas. De hecho, no había comido nada desde el momento en que había rescatado a Scott Crane de los asesinos de Neal Obstadt.

Y, naturalmente, no había dormido -salvo dos breves siestas durante la última semana-, desde el comienzo del año.

Había celebrado el Tet en Las Vegas entre los ruidos, bocinazos y neones de la calle Fremont y los casinos del Strip en vez de entre los mercados de flores, los petardos y los puestos callejeros que vendían té y frutas confitadas de la Hanoi que recordaba, y todas las personas que celebraban el Año Nuevo a su alrededor iban en coches en vez de en bicicletas, pero en ambos sitios había la misma atmósfera de jolgorio bajo la sombra del desastre. En las aceras de Hanoi había pequeños refugios aéreos redondos cavados cada quince metros en los que había que meterse cuando los bombarderos estadounidenses estaban a treinta kilómetros y sonaba la segunda alarma, y en Las Vegas había tenido que tragar anfetaminas cada vez que los hechizos que le impedían dormir empezaban a debilitarse.

Estaba ayunando porque la visión de cualquier alimento -y, en especial, la perspectiva de metérselo en la boca, masticarlo, engullirlo y asimilarlo- le producía una repugnancia invencible. No era una medida adoptada conscientemente como sí lo era el mantenerse despierta, pero Dinh era incómodamente consciente del paralelismo mitológico. En una traducción inglesa del texto francés del siglo XIII conocido como Marte Artu, la Doncella de Astolat, que en el poema de Tennyson se convirtió en la Dama de Shalott, se ofrece a Lancelot y se suicida negándose a comer o dormir después de que el caballero la haya rechazado. Su cuerpo es colocado en una barcaza de remos y se aleja Támesis abajo.

La noche del miércoles Dinh se había ofrecido a Scott Crane y podía decirse que se habían rechazado el uno al otro. Dinh se preguntaba si aquel

ayuno involuntario podía ser una consecuencia de lo ocurrido esa noche.

Los patos emprendieron el vuelo con un repentino chapoteo y batir de alas. Dinh se sobresaltó y alzó los ojos hacia ellos con expresión alarmada para averiguar qué rumbo tomaban, pero los patos se limitaron a dispersarse por el vacío azul del cielo alejándose en todas direcciones y unos segundos después Dinh se encontró sola contemplando las aguas revueltas del estanque.

Se puso en pie con un movimiento flexible y lleno de gracia. "Está aquí -pensó, y se dio cuenta de que tenía la boca seca y de que el corazón le latía a toda velocidad-.

Ray-Joe Pogue está en algún sitio cerca de aquí… Henderson está muy lejos, pero aun así ha conseguido encontrarme."

Sus ojos recorrieron velozmente las verdes colinas visibles desde el sitio en el que estaba, pero no había nadie.

"Tendría que echar a correr -pensó-. Pero ¿en qué dirección? Y el no haber comido me ha debilitado, y si me ve podrá correr más que yo y me alcanzará… Tendría que echar a correr. ¡Correr, correr, correr! Estoy desperdiciando los segundos…"

El cielo parecía estar hinchándose como si quisiera caer sobre ella y Dinh temió que la mera visión de su medio hermano – alto, esbelto y pálido, vestido como Elvis Presley, otro Rey al que no se le permitía estar muerto-, moviéndose sobre la cima de una de esas colinas le arrebataría la capacidad de hacer el más mínimo movimiento.

Había pegado la espalda a la rugosa corteza del árbol. Dinh giró bruscamente sobre sí misma y abrazó el tronco, y no comprendió que tenía intención de trepar por él hasta que hubo recorrido varios metros de tronco grisáceo con probables resultados catastróficos para su chaqueta y su falda de lana.

El follaje del árbol era una densa masa de hojas redondas de un color verde amarillento, y Dinh pensó que si conseguía llegar hasta una de las ramas casi verticales quedaría escondida por él. El aliento cálido y rápido que brotaba de sus pulmones le abrasaba la garganta, y chispas con todos los colores del arco iris bailoteaban en su campo visual, pero no se desmayó a pesar de que temía que en aquellos momentos le bastaría con imaginarse una carta para hacerla caer de espaldas sobre la hierba inconsciente y a merced de su medio hermano.

Logró poner sus manos llenas de arañazos sobre el nacimiento de la rama más baja, y deslizó una pierna encima de ella rompiendo la costura de su falda. Después colocó su tobillo al lado de su mano izquierda y logró quedar a horcajadas sobre la rama con un esfuerzo que le arrancó un gemido. No descansó hasta haberse incorporado y haber vuelto a pegar la espalda al tronco con los pies apoyados en la rama a la máxima altura posible. Después se quedó inmóvil y concentró todas sus energías en normalizar el jadeo enronquecido en que se había convertido su respiración.

Pasado un rato consiguió respirar sin hacer ruido a pesar de que seguía obligada a hacerlo por la boca. Podía oír el susurro del tráfico que se movía por la calle McEvoy, y le pareció que era un ruido curiosamente idéntico al de las maletas arrastradas por la cinta transportadora de un aeropuerto, y las hojas que la rodeaban se movían lentamente con un débil chasquear como el que podrían emitir un gran número de castañuelas muy lejanas. Una cuña de vacío entre las hojas le permitió ver el cuadrado amarillo de una loncha de queso Kraft balanceándose lentamente sobre la superficie del estanque.

Intentó creer que se había equivocado y que su medio hermano no estaba allí, pero no lo consiguió; y cuando oyó el ruido de unos pies deslizándose por entre el verdor de los tallos de hierba se limitó a cerrar los ojos y los mantuvo cerrados durante un momento.

–Bernardette -dijo su medio hermano en voz baja y suave debajo de ella.

Dinh tuvo que morderse el labio para no responder, para no gritar como haría una niña en un juego del escondite sólo porque quería poner fin al terrible suspense que la oprimía cuando Ello estaba tan cerca.

–Nada de tocino, ¿eh? – dijo su medio hermano.

Había pronunciado las palabras con mucha claridad y no había forma humana de que las hubiera entendido mal, pero aquella frase que no tenía ningún sentido hizo que el deseo de gritar se hiciera aún más fuerte que antes. ¡Tenía que saber dónde se estaba escondiendo y se limitaba a torturarla!

–Queso -dijo- y pan. Estupendo, veo que sigues manteniéndote alejada de la carne… Ésa es mi chica. Sigues siendo la hija de la señora Porter, ¿eh?

Se acordó de que en una ocasión Ray-Joe le había hablado de una canción muy antigua que había perdurado hasta la época actual, aunque en

la versión que seguía circulando Perséfone había sufrido una considerable degradación fonética y se había convertido en Señora Porter.

Miró hacia abajo…, y sintió cómo su pendiente se desprendía de su lóbulo y caía, y pegó su codo a la corteza del árbol en ese mismo instante consiguiendo atrapar la bolita de oro entre el tronco y la tela de su chaqueta. Podía sentir cómo presionaba la carne por encima de su codo, y se preguntó cuánto tiempo transcurriría antes de que los músculos de su brazo empezaran a temblar.

"Y entonces se levantó y se puso la ropa -dijo con gran alegría-, y abrió la puerta de la habitación; dejó entrar a la doncella, para que de allí ya no volviera a salir doncella."

Estaba recitando uno de los canturreos enloquecidos de Ofelia en Hamlet. Ray-Joe le había leído la obra muchas veces cuando estaba prisionera en aquella vieja y sucia casa de masajes llamada DuLac's. Dinh recitó los dos versos siguientes, pero consiguió hacerlo en su mente y no en voz alta.

Los jóvenes lo harán si hacerlo pueden. y tan culpables como el gallo serán.

Se preguntó si sería capaz de intentar oponerle resistencia si llegaba a descubrir su escondite.

Su medio hermano se echó a reír. – ¡Ray-Joe Activo! – dijo imitando a un presentador de televisión-. ¡Ray-Joe Vegas Libre!

Nardie Dinh podía verle. Estaba justo debajo de ella y su cabellera relucía sobre el enorme cuello adornado con cristalitos tallados de su chaqueta blanca. Llevaba una pistola de aire comprimido en la mano, y Dinh sabía con qué clase de dardo estaría cargada. Sería un dardo tranquilizador con una aguja hipodérmica en la punta y una carga CAP-TURA como el que la había hecho desplomarse aquella mañana de diciembre en el desierto de Tonopah mientras las plumas color rojo fuerte de la guía del dardo sobresalían de la manga de su blusa como si fueran un adorno excéntrico.

Su brazo -el mismo brazo que había recibido el impacto del dardo- había empezado a temblar. No tardaría en perder su incómoda presa sobre el pendiente, y el pendiente caería. Dinh miró hacia abajo y calculó que aterrizaría al lado del pie izquierdo de su medio hermano. Ray-Joe oiría el ruido, miraría hacia abajo, lo vería y alzaría la cabeza.

–Me pregunto si puedes oírme -murmuró Ray-Joe-. Dentro de tu cabeza, quiero decir… Me pregunto si volverás a este árbol si espero lo suficiente. Los dos sabemos que quieres hacerlo, ¿verdad? El miércoles por la noche le conociste, ¿no? El hijo del Rey, el príncipe, el jack de corazones genético…, y eso hizo que te se te pudiera seguir la pista; y estoy casi seguro de que si hubieras jodido con él no se te podría seguir la pista. ¿Qué sacas en claro de todo eso?

"¿Que me estoy reservando para ti? – pensó ella-. ¿Es eso lo que te imaginas?"

El hombro le había empezado a doler de una forma terrible. "¿Me estoy reservando para él? – se preguntó-. ¿Será posible que todo esto…, el haber apuñalado a Madame DuLac, la huida a Las Vegas, usar los poderes que me proporcionó para evitar el tener que dormir…, que todo esto no haya sido más que un desafío melodramático, un gesto, una reverencia dirigida a mi autorrespeto antes de permitirme aceptar el cómodo y seguro papel de Reina-zombi que ha planeado para mí? Quizá temí que Scott Crane siguiera siendo capaz de vencer a su padre y me limité a aprovechar la primera excusa plausible para huir de él… Quizá quiero entregarme a Ray-Joe Pogue. No ·- pensó-. No, ni aun suponiendo que sea verdad… Aun suponiendo que haya vivido engañada los últimos tres meses declaro aquí y ahora que la mentira es real."

Pegó su codo al árbol obligándose a ejercer todavía más presión que antes mientras deseaba que hubiera alguna forma de incrustar el pendiente en su carne.

Un ruido había emergido del telón de fondo del tráfico. Un coche se estaba acercando a ellos.

Miró hacia abajo y vio que Pogue volvía la cabeza hacia el otro extremo del parque, y comprendió que el coche debía de estar moviéndose sobre la hierba, y un instante después comprendió que había más de un coche.

–Mierda -murmuró Pogue.

Pogue dio un rápido paso atrás alejándose del árbol, y un instante después ya sólo pudo oír el ruido que hacía al moverse rápidamente sobre la hierba. Alzó su brazo y dejó caer el pendiente, y mientras lo hacía se preguntó si lo había dejado caer demasiado pronto…, si habría tenido la intención de dejarlo caer demasiado pronto.

Oyó ruido de neumáticos aplastando la hierba, giró sobre sí misma dando la espalda al estanque y apartó unas cuantas hojas; y durante una fracción de segundo pudo ver un vehículo blanco que se movía velozmente sobre la hierba. Era una furgoneta, una de ésas… ¿Cómo las llamaban? Sí, una El Camino. Un instante después vio otra furgoneta idéntica a la primera. ¿Habrían seguido a Pogue hasta el parque?

No había oído gritos ni disparos…, y pasados varios minutos oyó sirenas de policía que se aproximaban. El sonido de las furgonetas rodando sobre la hierba se fue debilitando, y se alejó en una dirección que no pudo precisar.

Cuando oyó el inconfundible sonido de una sirena de la policía acercándose seguido por los ruidos de un coche que se detenía y el cambio de marchas dejando el motor al ralentí acompañados por los murmullos de una radio policial cercana se relajó y empezó a bajar del árbol.

"Cuando vi esas furgonetas rodando encima de la hierba trepé a ese árbol, agente -pensó iniciando el ensayo mental de lo que iba a decir-. Me llamo Bernardette Dinh, señor, y trabajo en esa agencia de seguros que hay al otro lado del parque…"

Aquella vez había tenido suerte.

Diana vio cómo la furgoneta de Mike se detenía y aparcaba en la ya bastante oscura calle, pensó que no tendría que fingir estar asustada y deseó que sus conjeturas sobre lo que haría fuesen correctas.

Unas horas antes había quitado el panel de vidrio de la ventana de la sala del apartamento. Después había ido al dormitorio de Mike, había sacado todos los cajones para arrojarlos al suelo y había sacado todas las cajas del armario esparciéndolas también por el suelo; y mientras lo hacía deseó haberse fijado en qué marca de cigarrillos fumaba Funo para poder encender uno y apagarlo a pisotones sobre la moqueta marrón.

La puerta del apartamento estaba abierta, y pudo oír el pesado caminar de Mike acercándose por la pasarela del segundo piso.

Y aquí estaba, sonriendo y alisándose el pelo engominado con la mano, y apestando a Binaca a pesar de que había dos metros de aire del atardecer interponiéndose entre ellos. – ¿Qué ocurre, querida? – preguntó obsequiándola con una mirada que Diana pensó pretendía ser tranquilizadora, un vamos-vamos-muñeca expresado con los ojos.

–Entraron a robar mientras estaba en el supermercado -dijo ella con voz tensa y un poco ronca.

La sonrisa de Mike desapareció, pero su boca siguió abierta.

–No sabía si querrías que llamara a la policía -añadió Diana-, así que he estado esperando a que llegaras. No me ha parecido que se hayan llevado nada, pero quizá tú encuentres a faltar algo. El dormitorio es la habitación que está peor.

–Cristo -gimoteó Mike, mientras daba un paso hacia la puerta del dormitorio-, maldita puta, el dormitorio, Cristo, haz que no sea verdad, haz que no sea verdad…

Diana le siguió y vio cómo iba en línea recta hacia el armario. Mike clavó los ojos en las botas de esquí que ya no sostenían ningún maletín y acabó bajando la vista hacia el suelo.

–Cristo -murmuraba como si no se enterara de que estaba hablando-, estoy muerto, estoy muerto. Ha sido tu amigo, el amigo de Hans, él ha hecho esto, esa mercancía no me pertenecía, tendrás que decirle a Flores que todo ha sido culpa tuya…, no. No. No puedo contarle que permití que te quedaras en el apartamento, una mujer que…, que llevó a otro traficante hasta aquí. Maldita seas, tienes que salir de aquí ahora mismo y no volver nunca, llévate las mierdas que hayas traído contigo y vete. – Cuando se volvió hacia ella su rostro estaba tan pálido y tan contorsionado por el terror que Diana retrocedió un paso -. Ese número de matrícula -dijo con voz apremiante-. ¡Si no recuerdas ese número de matrícula te mataré aquí mismo!

Diana le recitó el número de matrícula.

–Era un Dodge blanco -añadió-, creo que un modelo de 1970 o por ahí. Se llama Al Funo, F-U-N-O. – Se acordó de que debía seguir interpretando su papel, y le lanzó una mirada llena de tristeza y desolación-. Lo siento, Mike. ¿No puedo quedarme aquí?

Esperaba que…

Mike había empezado a moverse lentamente hacia el teléfono.

–Búscate un chulo y sal de mi vida.

Diana ya había metido la mantita amarilla en su bolso. Fue hacia la puerta del apartamento, cogió el bolso por el camino y se lo colgó del hombro.

Cuando bajó la escalera de cemento que llevaba a la acera y la calle pensó en Scat y en que iba a pasar su decimoquinta noche en el hospital unido al catéter y los tubos de ventilación, y esperó que lo que había hecho sirviera para vengar al chico.

La bolita de plástico blanco yacía en el casillero del doble cero verde de la ruleta tal como acababa de proclamar el croupier, y un instante después extendió el rastrillo y se llevó la última ficha azul de la tabla periódica mística dibujada sobre la mesa.

Arquímedes Mavranos había perdido todo el dinero que había ganado durante sus tres días de juego, y perderlo le había exigido todavía menos tiempo del que había necesitado para ganarlo. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y el croupier le lanzó una mirada expectante -al parecer suponía que iba a comprar más fichas-, pero Mavranos se limitó a palpar la bolsa de plástico. El agua seguía estando fría; y había muchas probabilidades de que el pez dorado que nadaba en ella siguiera estando vivo.

Pero Mavranos aún no había descubierto la clase de cambio de fase que esperaba sería capaz de convencer a las células de su sistema linfático de que abandonaran su rebelión y volvieran a funcionar con normalidad.

Había descubierto otras cosas: las ancianas que jugaban tan obsesivamente como él y que llevaban puestos guantes de jardinería para fertilizar un suelo frío y reseco mientras tiraban de las palancas de las máquinas tragaperras; había visto a jugadores aturdidos por las ganancias obtenidas antes del amanecer que no daban ni un centavo de propina a los empleados después de horas de juego y de haber ganado miles de dólares o que entregaban centenares de dólares a camareras a cambio de un vaso de agua mineral sin darse cuenta de lo que hacían; había visto jugadores tan obesos o deformes que su mera presencia habría provocado gritos de asombro involuntario en cualquier ciudad que no fuese Las Vegas y en los que los hechos de la acción hacían que la apariencia física resultara auténticamente irrelevante; y a jugadores que "habían quebrado" -como se decía en Las Vegas-, sin dar ninguna señal de sorpresa y que intentaban reunir el dinero necesario para hacer otra apuesta que sabían de antemano -y parecía como si esa seguridad no les turbara en lo más mínimo- no tardarían en perder, y uno de aquellos jugadores le había dicho a Mavranos

que sólo había una cosa más agradable que el jugar, y que era el jugar y ganar.

Y había momentos en los que Mavranos creía seguir percibiéndolos borrosos contornos de su propia salvación en todo aquello…, o intentaba creer que los veía.

Se acordó de Arthur Winfree, el hombre que había destruido el ritmo circadiano de los mosquitos encerrados en una jaula con un destello luminoso después de haber calculado meticulosamente el segundo adecuado con el resultado de que a partir de aquel momento los mosquitos dormían y zumbaban sin ajustarse a ninguna pauta temporal, y sólo se les podía devolver a su pauta arriba-cuando-oscurece y a-la-cama-cuando-amanece mediante otro destello luminoso. Al parecer Winfree había logrado descubrir el punto vulnerable o la singularidad geométrica estudiando la forma de los datos disponibles sobre los mosquitos en vez de los números que creaban aquella forma.

En Las Vegas las personas se comportaban siguiendo pautas tan carentes de sentido y tan impredecibles como las que gobernaban a los mosquitos de Winfree. En los casinos no había relojes ni ventanas, naturalmente, y el hombre que estaba sentado a tu lado mientras almorzabas podía ser un enfermo de insomnio que había abandonado su habitación para un "tentempié" de medianoche. Mavranos se preguntó si alguna de las pruebas nucleares nocturnas llevadas a cabo durante los años cincuenta habría proyectado su luz cegadora sobre la ciudad en un instante de singularidad.

La idea de que su máxima esperanza de curar su cáncer podía ser la detonación de otra bomba atómica en los alrededores hizo que sus labios se curvaran en una sonrisa impregnada de amargura.

La ruleta volvía a girar. Era el único juego del casino en el que las fichas no tenían un valor fijo y donde el croupier se limitaba a asignar un color distinto a cada jugador.

Mavranos se apartó de la mesa para que otra persona pudiera jugar con las fichas azules.

Aún disponía de unos cincuenta dólares en efectivo. Estaban en la camioneta, doblados y metidos dentro de uno de los mapas de aquel chiflado llamado Dondi Snayheever, y…, y Mavranos no sabía qué hacer con ellos. Podía hacer un nuevo intento de comer algo, aunque estaba

empezando a parecerle un ejercicio tan inútil como humillante, y también podía utilizarlos para entrar en alguna partida. ¿En qué juegos no había probado suerte todavía? Keno…, la Rueda de la Fortuna…

Superó la resistencia de los muelles adosados a las puertas de cristal y vio que era de noche -sólo Dios sabía qué hora era- y que había estado en el casino Sahara.

Avanzó con paso vacilante por el sendero que llevaba al aparcamiento e intentó comprender qué era lo que quería en realidad, y se vio a sí mismo en el garaje trabajando en un coche viejo mientras su esposa estaba dentro de la casa removiendo un guiso puesto encima del fuego, y sus dos chicas contemplaban la televisión sentadas en el sofá que había vuelto a tapizar. "Si utilizo los cincuenta dólares para comprar gasolina podría estar allí mañana por la mañana -pensó – y me quedaría…, puede que un mes de vida más o menos antes de que me encuentre tan mal que no me quede más remedio que ir al hospital."

Tenía contratado un seguro sanitario, una póliza que le costaba doscientos dólares al mes y en la que constaba que debía pagar los dos mil primeros dólares de gastos médicos producidos en un año -después de eso la compañía de seguros pagaba el ochenta por cien de los gastos o algo por el estilo-, pero aun suponiendo que el morir no costase ni un centavo lo único que le dejaría a Wendy y a las chicas sería un par de subsidios del gobierno y ningún ingreso estable. Wendy tendría que volver a conseguir un trabajo de camarera en algún sitio.

Se quedó inmóvil bajo el resplandor blanco de un farol suspendido sobre su cabeza y se miró las manos. Estaban cubiertas de cicatrices y de las callosidades producidas por años de aferrar mangos de herramientas, y algunas de las cicatrices de los nudillos se remontaban a colisiones con mandíbulas y pómulos ocurridas durante su juventud. Hubo un tiempo en el que Mavranos era capaz de hacer cosas con aquellas manos.

Se las metió en los bolsillos y siguió caminando.

35

La división de Polonia, 1939 Mavranos se detuvo cuando estaba a pocos metros de su camioneta. El aparcamiento estaba sumido en la penumbra, pero podía ver una silueta encorvada encima del capó.

"¿Qué demonios ocurre? – pensó nerviosamente-. ¿Un ladrón? Ahí dentro hay dos armas y todo el dinero que me queda… Pero ¿por qué está inclinado encima del capó?

Quizá no sea más que un borracho que ha decidido hacer una paradita para vomitar sobre mi camioneta…"

La silueta alzó la cabeza hacia él.

–Arky, tienes que ayudarme.

La voz sonaba muy débil, pero Mavranos la reconoció. Era Scott Crane.

Mavranos fue hasta la puerta del conductor, abrió la puerta con su llave y la hizo girar sobre sus goznes. La luz del techo iluminó la cara de Crane a través del parabrisas creando un claroscuro de sombras y luces tenues, y Mavranos torció el gesto al ver el ojo ennegrecido, las mejillas chupadas y la cabellera despeinada y sucia.

–Hola, Pogo -dijo Mavranos en voz baja-. ¿Cuál pareeeece ser el problema?

Mavranos entró en la camioneta y se inclinó sobre el asiento para abrir la puerta de la derecha.

–Entra y háblame de él -dijo.

Crane fue con paso vacilante hasta la puerta y trepó al asiento. Después echó la cabeza hacia atrás mientras cerraba los ojos y durante un rato se limitó a respirar por la boca. Su aliento olía igual que la caja de tierra de un gato.

Mavranos encendió un Camel. – ¿Quién te ha pegado?

–Un vagabundo borracho. – Crane abrió los ojos y se irguió en el asiento-. Espero que Susan le haga ver un montón de insectos bien grandes.

Mavranos sintió cómo las lágrimas fáciles del cansancio le hacían arder los ojos. Su amigo -el amigo más íntimo con el que contaba en aquellos últimos tiempos, aquella época horrible- estaba destrozado. Bastaba con verle para darse cuenta de que Crane no conseguía librarse de sus problemas.

"Pero yo tampoco lo estoy consiguiendo -pensó Mavranos-. Tengo que volver a casa mientras aún pueda hacerlo; he de pasar el tiempo que me pueda quedar al lado de mi familia. No puedo malgastar ni un segundo de ese tiempo intentando ayudar a un hombre condenado, incluso si es…, si era mi amigo." Del útero a la tumba -pensó de repente -, del parto a la tierra.

"Cierra el pico", se dijo.

–Ozzie ha muerto -estaba diciendo Crane-. El gordo le disparó. Ozzie murió salvándome. Por lo menos ha conseguido librarme de ellos durante algún tiempo… Me salvó la vida, me la devolvió.

–No puedo… -empezó a decir Mavranos, pero Crane le interrumpió.

–Siempre solía ponerme un…, un plátano en la bolsa de mi almuerzo cuando iba a la escuela -dijo Crane con el rostro contorsionado en lo que quizá fuese una sonrisa-. ¿Quién va a querer comerse un plátano blanducho y recalentado al mediodía, me lo puedes decir? Pero nunca me decidía a tirarlo y siempre acababa comiéndomelo porque…, porque se había tomado la molestia de…, de ponerlo ahí, ¿entiendes? Y ahora se ha tomado la molestia de…, de devolverme la vida y… Jesús, y eso le ha matado.

–Scott -dijo Mavranos con un hilo de voz-, no voy a…

–Y después me dieron la nota que me había dejado diciendo que debía cuidar de los hijos de Diana. Diana también está muerta. La hicieron volar por los aires, pero sus hijos siguen vivos. – Crane exhaló, y Mavranos bajó el cristal de la ventanilla-. Tenemos que salvarlos.

Mavranos meneó la cabeza poniendo cara de incomodidad y le apretó el hombro. Casi nada de lo que había dicho tenía sentido para él -insectos y plátanos y no sabía qué más-, y temía que la mayor parte fueran tonterías fruto de las alucinaciones.

–Ve a salvarles, Pogo -dijo en voz baja-. Estoy demasiado enfermo para serte de alguna utilidad, y tengo una esposa y dos hijas que deberían verme antes de que me muera.

–Puedes… -Crane tragó una honda bocanada de aire-. Puedes apretar un gatillo.

Puedes ver lo bastante bien para conducir de día. Cuando amanezca he de ir a ver a un tipo que vive en una caravana en las afueras de la ciudad. Intenté ir a verle ayer, pero…

–Se rió -. Pero acabé sintiéndome tan jodidamente deprimido que no pude. El delirium tremens me atizó realmente fuerte, y me pasé casi todo el día sentado dentro del coche de Diana llorando en un aparcamiento. Tenía la cara llena de agujeros y había montones de insectos que salían por ellos… ¡Imagínatelo! Pero ahora me he metido algo de comida en el estómago, y creo que estoy bien.

"Por lo menos tú aún eres capaz de comer", pensó Mavranos con irritación.

–Entonces vete -replicó con aspereza-. ¿Dónde está su coche ahora?

–Aparcado más abajo. He recorrido los aparcamientos de todos los casinos de la ciudad buscando esta camioneta. En el Circus Circus me dijeron que te habías marchado sin dejar ningún mensaje.

–No te debo ningún mensaje…, no os lo debo a ninguno de vosotros. Maldita sea, Scott, tengo mi propia vida…, o lo poco que me quede de ella. ¿Qué infiernos te imaginas que podría hacer? Y, de todas formas, ¿quién es ese tipo contra el que quieres que…, que apriete el gatillo?

–Oh, no lo sé… Puede que yo mismo. – Crane parpadeó contemplando lo que le rodeaba y acabó cogiendo los mapas de Snayheever-. Si vuelvo a convertirme en Perro Mordedor, por ejemplo… Por lo menos puedo asegurarme de que mi verdadero padre no dispondrá de este cuerpo para joder a la gente con él.

Un coche pasó a su lado moviéndose a gran velocidad, y el reflejo rojo de los pilotos se deslizó por las grietas del parabrisas de la Suburban como la estela luminosa de una colilla de cigarrillo arrojada al aire.

–Quieres decir que deseas que yo me asegure de ello -dijo Mavranos-, con lo que probablemente acabaré muriéndome en la cárcel del condado de Clark en vez de con mi familia. Mira, tío, te aseguro que lo siento muchísimo pero…

Se calló. Crane acababa de desdoblar un mapa de California sin prestar atención al billete de cincuenta dólares que cayó de entre los pliegues, y estaba volviendo a contemplar las líneas que Snayheever había dibujado sobre el trazo lleno de entrantes y salientes que representaba la frontera este del estado.

–Estas líneas no son carreteras -dijo Crane como si hablara consigo mismo-. Son los contornos de algo, ¿ves? El Lago Havasu…, el sitio donde han reconstruido el Puente de Londres es el puente de la nariz, y Blythe es el mentón, y la autopista 10 es la línea de la mandíbula. Y ahora puedo reconocer el retrato…, es Diana.

Su rostro estaba totalmente inexpresivo, pero las lágrimas corrían por sus mejillas.

Mavranos no quería hacerlo, pero no pudo contener el impulso de echar un vistazo al mapa; y en cuanto lo hizo se dio cuenta de que las líneas de lápiz formaban el perfil de un rostro femenino levemente ladeado y con el

ojo visible cerrado. Mavranos supuso que podía ser un retrato de la tal Diana.

Diana desplegó el mapa de "La división de Polonia, 1939", y en cuanto lo hizo Mavranos se dio cuenta de que los gruesos trazos de lápiz dibujaban la silueta de una persona gorda de sexo indeterminado vestida con una túnica que bailaba grácilmente con un diablo de patas de chivo; y se imaginó que aquello también podía tener relación con los problemas de Crane.

–No puedo ayudarte, Scott -dijo -. No me queda dinero. Puedo dejarte en algún sitio ahora mismo siempre que quede en el camino de salida de la ciudad y en dirección sur.

Crane parecía estar muy tranquilo, y Mavranos esperó que le pediría que le llevara al Flamingo o a algún sitio parecido porque eso le permitiría fingir que le estaba haciendo un último e insignificante favor.

–Ahora no -dijo Crane en voz baja-. Cuando haya salido el sol, y antes quiero tratar de dormir un par de horas.

Mavranos meneó la cabeza, entrecerró los ojos y mostró los dientes mientras intentaba no recordar las muchas tardes que había pasado en el porche de Crane bebiendo cerveza.

"Del útero a la tumba, del parto a la tierra." -No, me marcho ahora -se obligó a decir. Crane asintió y abrió la puerta de la Suburban.

–Te esperaré al amanecer en…, en el aparcamiento de la Capilla Nupcial Troy y Cress. – Puso los pies sobre el pavimento -. Oh, toma - añadió. Metió la mano en el bolsillo de sus téjanos y arrojó un grueso fajo de billetes de veinte dólares sobre el asiento-. Si andas corto de dinero… - ¡No! – gritó Mavranos sintiendo que se le formaba un nudo en la garganta-. No estaré allí. No puedes… ¡No puedes pedirme que haga esto!

Crane no respondió, y Mavranos vio cómo la flaca silueta de su amigo desaparecía en la oscuridad. Pasado un rato oyó cómo un coche se ponía en marcha y se alejaba.

Mavranos se palmeó el bolsillo para averiguar si tenía cambio, salió de la Suburban e inició el trayecto de vuelta al casino. Necesitaba oír la voz de su esposa lo más pronto posible.

Había una hilera de teléfonos públicos en el vestíbulo del Sahara. Uno de los teléfonos no paraba de sonar, y Mavranos metió torpemente una

moneda de veinticinco centavos en la ranura del que estaba más alejado del ruido y tecleó el número de su casa.

Y el diafragma le transmitió la voz de Wendy, pastosa y un poco enronquecida por el sueño. – ¿SÍ?-dijo-.¿Arky?

–Sí, Wendy, soy yo. Siento llamarte a estas horas…

–Gracias a Dios, estábamos tan preocupadas…

–Escucha, Wendy, no puedo hablar mucho rato, pero voy a volver a casa.

Se tapó la oreja libre y maldijo mentalmente a la persona que estaba haciendo sonar aquel teléfono durante tanto tiempo. – ¿Has…?

–No. No, sigo estando enfermo, pero quiero…, quiero estar contigo y con las chicas.

"Estar y no estar, ser y no ser", pensó con amargura.

Hubo un largo silencio durante el que Mavranos no pudo evitar el ir contando los timbrazos del teléfono que seguía sonando al otro extremo de la hilera.

–Lo entiendo, cariño -le oyó decir por fin a Wendy-. Las chicas querrán verte. De una forma o de otra, tienen un padre del que pueden estar orgullosas.

–Supongo que estaré allí antes de la hora de almorzar. Te quiero, Wendy.

–Te quiero, Arky -dijo ella, y Mavranos captó la sombra de las lágrimas en su voz.

Colgó el auricular y empezó a caminar hacia la puerta, pero se detuvo delante del teléfono que seguía sonando, hizo una mueca de irritación y cogió el auricular. – ¿Qué pasa? – aulló.

La risa enronquecida de una mujer rechinó en su oído.

–Te quiero, Arky -dijo la mujer-. Dile a Scott que le quiero, ¿de acuerdo?

Mavranos estaba temblando, pero se obligó a hablar en un tono de voz suave y tranquilo.

–Adiós, Susan.

Colgó el auricular y salió del casino.

Volvió a la camioneta, puso en marcha el motor…, y se quedó inmóvil en la oscuridad de la cabina contemplando el dinero que Crane había arrojado sobre el asiento.

"Un padre del que pueden estar orgullosas -pensó-. ¿Qué significa eso? Debería significar un padre que no las ha abandonado… Un padre del que pueden estar orgullosas… ¿Qué tiene de malo un padre al que sólo podrán querer durante unas semanas? ¿Qué infiernos hay de tan espantosamente terrible en eso?"

"Te quiero, Arky", le había dicho Wendy. Bueno, ¿a quién se refería? ¿Quién era el hombre al que amaba? ¿El hombre que se había marchado en busca de su salud con la cabeza orgullosamente alta y que era capaz de ser fiel a sus amigos? "Han conseguido cargarse a ese tipo, cariño -pensó-. Ya no existe."

Cogió el dinero y se lo guardó en el bolsillo sabiendo que él y Wendy lo necesitarían.

"Maldita sea -pensó-. ¿Eres realmente capaz de preferir un muerto del que puedas estar orgullosa a…, a un hombre destrozado al que por lo menos podrás estrechar entre tus brazos? No podríamos limitarnos a fingir que no he conocido a Scott Crane?"

Al amanecer los espaciosos carriles del Strip estaban un poco menos concurridos, y el grueso del tráfico estaba formado por Cadillacs que volvían a los hoteles después de una noche de apuestas muy elevadas y maltrechas rancheras que se dirigían hacia los desayunos de cuarenta y nueve centavos, y Crane se alegró de poder meter el Mustang en el aparcamiento del Troy y Cress y alejarse de él. La policía podía estar buscando el coche, y aunque no deberían tener ninguna razón para echarle el guante Crane aún recordaba con toda claridad la expresión que había en el rostro del teniente Frits cuando le dijo que podía meterle en la cárcel.

Crane dejó atrás las multicolores puertas cerradas de las unidades del motel para lunas de miel caminando despacio y sin hacer ruido. Una leve sonrisa llenó de arruguitas su rostro mientras pasaba junto a ellas. "Que tengáis una vida maravillosa, recién casados -pensó-. Poned esas matrículas en las que se lee fugados en vuestros coches, guardad como si fuesen tesoros esas fotos y esos vídeos, volved a casa con la placa del Credo Matrimonial y colocad-la en una pared de vuestro nuevo hogar."

Cuando llegó a la acera se apoyó en un farol y volvió la cabeza hacia un extremo y otro del Strip buscando la camioneta azul. La atmósfera reseca del desierto estaba totalmente encalmada, y aún se hallaba suspendida entre el frío de la noche y el calor de horno del nuevo día que estaba a punto de

llegar. Le temblaban las manos, y acarició la idea de hacer una parada para desayunar durante el trayecto hasta la caravana de "Araña" Joe, pero temía que Mavranos -suponiendo que apareciese- no querría comer nada.

Anoche le había dado la impresión de que no había estado comiendo mucho últimamente.

Mavranos quizá estuviera avanzando por Barstow en aquel mismo instante disponiéndose a recorrer de nuevo el laberinto de las autopistas del condado de Orange para volver a su hogar. Crane esperaba que no fuera así.

Los primeros rayos del sol se reflejaban en la cima del Mundo Vegas que se alzaba al otro lado de la calle volviéndola de color amarillo, y cuando miró hacia el este Crane pudo ver la torre del Hotel Landmark silueteada contra el resplandor del sol que asomaba sobre el horizonte.

Volvió la cabeza hacia un extremo y otro de la ancha avenida, y no vio ninguna camioneta azul.

Suspiró, giró sobre sí mismo y echó a caminar hacia el aparcamiento del Troy y Cress sintiéndose repentinamente mucho más viejo. "¿Qué hago? – se preguntó -. ¿Cojo el coche? ¿Cuánto tiempo podría tenerme encerrado Frits? Podría llamar un taxi, pero no sé si el taxista estaría dispuesto a esperarme delante de la caravana de "Araña" Joe… Si las cosas empiezan a volar por los aires tal como ocurrió en el gabinete de cartomancia del pobre Joshua el miércoles lo más probable es que no me espere…"

Subió al coche de Diana y puso en marcha el motor. "Ve al primer negocio de compra y venta de coches que veas y compra un coche -pensó-. No es dinero lo que te falta, ¿verdad?"

Pero no alargó la mano hacia la palanca del cambio de marchas. Alzó la cabeza y recorrió el interior del coche con la mirada. Las cassettes de música country de Diana, un viejo cepillo para el pelo, un paquete de Chesterfield encima del salpicadero… Crane se preguntó si Diana los fumaba. Antes de que dejara de fumar Ozzie siempre fumaba Chesterfields, y Crane se preguntó si el anciano habría comprado un paquete sospechando que el fumar o no hacerlo ya no tenía ninguna importancia.

Un disparo de escopeta en el desierto…, y luego un montoncito de polvo dispersándose sobre la arena estéril. Crane apoyó la cabeza en el borde del volante y por fin se permitió llorar al padre adoptivo asesinado que le había encontrado hacía tanto tiempo, que le había llevado consigo y le había convertido en su hijo.

Pasado un rato cobró consciencia del traqueteo ahogado de un motor de gran tamaño con un silenciador claramente defectuoso que sonaba detrás de él ahogando el ronroneo de los ocho cilindros en V del Mustang.

Alzó la mirada hacia el espejo retrovisor, y sonrió sin dejar de llorar al ver la masa azul de la Suburban y el flaco rostro de Mavranos fulminándole con la mirada desde detrás del volante.

Apagó el motor, bajó del coche y Mavranos abrió la puerta derecha de la camioneta.

–Anoche me diste ochocientos pavos -dijo Mavranos en el tono de quien se prepara a iniciar una discusión mientras Crane se instalaba en el asiento y cerraba la puerta-. ¿Tienes mucho más?

–Sí, Arky, tengo… -Crane sorbió aire por la nariz y se limpió los ojos con una mano -. No lo sé… Creo que veinte o treinta mil dólares. – Se palmeó el bolsillo de la chaqueta-. Lo que te di sólo eran los billetes de veinte que llevaba encima. Últimamente no consigo perder por mucho que lo intente…, salvo si juego al bola baja.

–De acuerdo. – Mavranos hizo rodar la camioneta hacia adelante un par de metros y luego puso la marcha atrás-. Quiero todo ese dinero salvo lo que necesitemos para los gastos a cambio de ayudarte en ese sitio al que quieres ir. Mi familia va a necesitarlo.

–Claro. – Crane se encogió de hombros-. Cuando dispongamos de un par de horas libres te conseguiré mucho más.

Mavranos retrocedió hasta una plaza de aparcamiento libre, puso la primera e hizo girar el volante para salir del aparcamiento. – ¿Hay muchas probabilidades de que nos maten allí donde vamos hoy?

Crane frunció el ceño.

–No, no lo creo. En cuanto tenga algún tipo de contacto con las cartas el gordo sabrá dónde me encuentro, pero para cuando llegue allí ya deberíamos encontrarnos a mucha distancia incluso si no está en un hospital…, y de todas formas al parecer trabaja para mi padre. Quiere mantenerme con vida. – Crane volvió la cabeza y contempló los trastos amontonados en la parte trasera de la camioneta-. ¿Aún tienes tu 38 y la escopeta?

–Sí.

–Espero que nos encontremos con el gordo.

–Estupendo. Bueno, escucha, antes de que vayamos ahí quiero pasar por una estafeta de la Western Union y enviarle un buen fajo de dinero a Wendy.

–Oh, claro. – Crane le miró-. ¿Has…, eh…, has hablado con ella?

–Sí, anoche…, y volví a telefonearla antes de venir a recogerte -dijo Mavranos-. Le dije que no iba a…, a dejar a medias nada que debiera terminar. Lo entendió. – Su rostro cansado estaba totalmente inexpresivo -. Creo que está orgullosa de mí.

–Bueno -dijo Crane sin entender nada-, eso es magnífico. Eh, no hagas ruido al pasar al lado de esas habitaciones. Están llenas de recién casados dormidos que intentan digerir el champán de su noche de bodas.

Y un instante después torció el gesto y cerró los ojos porque Mavranos lanzó un juramento ahogado, y no dejó de tocar la bocina hasta que hubieron llegado a la calle.

36

¿Eres sacerdote católico o algo así?

–Ése es el sitio -dijo Crane dos horas después inclinándose hacia adelante y señalando el enorme letrero oxidado del dos de picas que ondulaba entre la calina ante ellos.

–Mierda -dijo Mavranos. Alzó su lata de Coors y cuando estuvo vacía la arrojó a la parte trasera de la camioneta haciéndola volar por encima de su hombro-. Creí haberte oído decir que tienes un montón de dinero.

Crane tuvo que admitir que la solitaria aglomeración de estructuras formada por la caravana y los cobertizos situada al lado de la autopista del desierto no ofrecía un aspecto muy próspero.

–No creo que haga esto por dinero -dijo. Extendió la palma de su mano y le mostró los dos relucientes dólares de plata que había sobre ella-. Me dijeron que sólo debía traer esto.

–Uh.

Apenas habían hablado durante el trayecto desde la ciudad. Crane había pasado la mayor parte del tiempo vigilando el tráfico que se movía detrás de ellos, pero no había visto ningún Jaguar gris. Él gordo quizá había muerto a causa de la conmoción cerebral producida por su herida, o quizá no podía seguirle la pista cuando Crane estaba… rehuyendo a Susan.

Mavranos redujo la velocidad e indicó que iba a salir de la autopista, y Crane contempló el extraño reducto que era su destino. El núcleo original parecía estar formado por una casa-caravana de gran tamaño rodeada por refuerzos de madera, llena de remiendos y pintada en varios tonos de verde considerablemente descoloridos, pero detrás se le habían añadido un gran número de cobertizos con el techo de hierro corrugado, y parecía haber gallineros y apriscos al lado. Dos camionetas cuya antigüedad debía de remontarse hasta 1957 se habían convertido en ruinas oxidadas en el patio sin pavimentar que se extendía entre la caravana y la autopista, y detrás de ellas había una furgoneta Volkswagen que parecía más nueva. Bastaba con echarle un vistazo para darse cuenta de que todo lo que tenía delante había sido cocido y deformado por décadas de un sol implacable.

–Chez "Araña" Joe -dijo Crane con falsa jovialidad.

–El tipo que te habló de este sitio te tomó el pelo -dijo Mavranos mientras reducía la velocidad hasta casi detener la camioneta y giraba para meterla en el patio. La camioneta tembló y los neumáticos emitieron crujidos y chasquidos mientras giraban-. Te tomó el pelo.

Mavranos acabó apagando el motor. Crane esperó hasta que la mayor parte de la nube de polvo que habían levantado se hubo disipado y abrió la puerta. El viento era cálido, pero enfrió el sudor que le cubría la cara.

Dejando aparte los ruiditos del motor y el lento chuff-chuff de sus pasos cuando él y Mavranos avanzaron hacia el porche delantero el único sonido audible era el zumbido entrecortado de un aparato de aire acondicionado. Crane se dio cuenta de que alguien les estaba observando, y comprendió que había estado experimentando aquella misma sensación durante el último kilómetro y medio del trayecto.

Subió al porche y llamó a la puerta de rejilla con los nudillos. La penumbra de una habitación sin luces en la que se podían ver un sofá y una mesa parecía acechar al otro lado de la pantalla de alambre. – ¿Hola? – preguntó con voz nerviosa-. Eh… ¿Hay alguien en casa?

Sus ojos se habían acostumbrado a la penumbra lo suficiente para poder distinguir las piernas de alguien que llevaba unos téjanos sentado en una silla dentro de la habitación, pero unos roces y crujidos procedentes de la esquina oeste de la caravana le hicieron mirar en aquella dirección.

Y de la sombra de la caravana emergió algo, y durante un momento que le heló la sangre en las venas Crane creyó que era una araña gigante que

caminaba hacia ellos.

Crane y Mavranos bajaron del porche dando un salto, pero cuando Crane observó con más atención a la silueta que acababa de detenerse delante de ellos vio que era un hombre con decenas de largas antenas metálicas brotando de su cinturón y que oscilaban en el aire rodeándole por todas partes. Cada antena estaba doblada formando un arco distinto al de las demás, y algunas rozaban el flanco de la caravana mientras otras trazaban líneas en el polvo. – ¡Cristo! – exclamó Mavranos poniéndose una mano sobre el pecho-. ¡Menuda colección de busca-aceras! ¿Qué le ocurre, amigo? ¿Teme que se le rayen los tapacubos al aparcar su monopatín?

Crane acababa de darse cuenta de que la cabeza terminada en una barba canosa del hombre estaba echada hacia atrás y alzada hacia el cielo, y de que llevaba gafas de sol.

–Tranquilo, Arky -dijo en voz baja mientras ponía una mano sobre el brazo de Mavranos-. Creo que es ciego. – ¿Ciego? – chilló Mavranos, quien estaba claro no había superado la irritación producida por el susto que acababa de llevarse-. ¿Me has hecho recorrer toda esta distancia para consultar a un echador de cartas ciego?

Crane se acordó de la otra persona que había dentro de la caravana.

–No creo que sea él -dijo -. Disculpe, señor -siguió diciendo en voz más alta mientras su corazón continuaba latiendo a toda velocidad a causa del susto que le había dado la repentina aparición de aquel hombre que parecía un insecto lleno de patas-, somos…

–Soy "Araña" Joe -dijo el hombre hablando en voz muy alta para hacerse oír por encima de las risitas que había empezado a soltar Mavranos-. Y estoy ciego.

El rostro visible sobre su descuidada barba estaba oscurecido por el sol y repleto de profundas arrugas, y el sucio mono de trabajo que vestía le daba el aspecto de un mecánico que estuviera pasando por una época difícil.

–Yo… -murmuró Crane-. Me dijeron que usted podía…, eh…, que podía leer las cartas del tarot.

Las carcajadas de Mavranos habían alcanzado tal intensidad que le hacían temblar, y le habían obligado a doblarse por la cintura abrazándose las rodillas. – ¡Te han tomado el pelo, Pogo! – jadeó.

–Leo las cartas del tarot cuando me parece que he de hacerlo -dijo el hombre con voz impasible-. Entren.

"Joshua sabía unas cuantas cosas sobre las cartas -se recordó Crane mientras se encogía de hombros y daba un paso hacia adelante-, y su terror de aquel día no era fingido." -Vamos, Arky -dijo.

"Araña" Joe movió un delgado brazo señalando la puerta.

–Les seguiré.

Mavranos seguía soltando risitas que sonaban un poco más forzadas. Él y Crane volvieron a subir al porche y cruzaron el umbral de la puerta de rejilla. El interior de la caravana olía a libros viejos y semillas de comino.

La persona sentada en la silla era una anciana que sonrió y asintió al verles, después de lo cual movió la cabeza señalando un sofá pegado a la pared de enfrente. Crane y Mavranos pasaron junto a una mesita de madera para llegar hasta él -Crane se tambaleó al sentir que el suelo alfombrado se hundía debajo de sus pies-, y se sentaron.

La silueta de "Araña" Joe apareció en el umbral y entró en la caravana acompañada por un estrepitoso coro de chirridos, arañazos y crujidos de los alambres que la envolvían.

Crane vio que el descolorido papel de pared de la pequeña habitación estaba lleno de señales y desgarrones. La tapicería del sofá estaba cubierta de pelusas, y todos los estantes habían sido colocados a gran altura para quedar fuera del alcance de las antenas de "Araña" Joe.

–Moco -dijo "Araña" Joe.

Crane le miró.

–Quizá podrías hacer café para estos dos hombres -siguió diciendo "Araña" Joe.

La anciana asintió, se puso en pie y salió presurosamente de la habitación sin dejar de sonreír. Crane comprendió que debía de llamarse Moco y, a pesar de todo, no se atrevió a mirar a Mavranos por miedo a que los dos sucumbieran a la histeria nerviosa y cayeran del sofá presas de un incontenible ataque de risa.

–Eh… -dijo haciendo todo lo posible para que su voz sonara firme y calmada-.

Señor…

–Me llaman "Araña" Joe -dijo el hombre de la barba canosa. Se había quedado inmóvil en el centro de la habitación con los brazos cruzados delante del pecho-. ¿Qué pasa, quería hacerme un cheque? No acepto cheques. Espero que haya traído dos dólares de plata.

–Claro, yo sólo…

–Antes ella y yo teníamos nombres distintos, pero dejamos de utilizarlos hace mucho tiempo. Los nombres con los que se nos conoce ahora son los que usa la gente de Indian Springs cuando vamos de compras.

–Son unos nombres un poco raros -observó Mavranos.

–Son una humillación -dijo "Araña" Joe.

Parecía estar expresando una verdad, no quejándose.

–Me estaba preguntando… -dijo Crane-. Si es ciego, ¿cómo lee las cartas?

–Nadie debería leer las cartas del tarot a menos que fuese ciego-dijo "Araña" Joe -.

Un cirujano no utiliza un escalpelo que tenga una segunda hoja en vez de empuñadura, ¿verdad? Mierda.

Giró sobre sí mismo haciendo mucho ruido, y alzó una mano morena hacia un estante en el que había unas cuantas cajas de madera colocadas como si fuesen libros. Deslizó los dedos sobre las caras de delante y acabó escogiendo una.

Después se sentó delante de la mesa con las piernas cruzadas-sus antenas oscilaron y chasquearon al engancharse en la desgastada alfombra que cubría el suelo- y puso la caja sobre la mesa.

–Ésta es la baraja que utilizo con más frecuencia -dijo mientras levantaba la tapa y quitaba la tela que envolvía las cartas-. Utilizar cualquier baraja de tarot siempre supone correr un cierto peligro, y esta configuración es particularmente potente…, es todo un peso pesado del mundo de las cartas, pero ya me he dado cuenta de que estáis francamente jodidos así que… Bueno, qué demonios.

Crane recorrió la habitación con la mirada fijándose especialmente en las manchas de comida que había en la alfombra y el montón de maltrechos ejemplares de la revista Mundo femenino apilado sobre una mesa, y se acordó del gabinete elegantemente amueblado e impregnado de atmósfera mística de Joshua. "Bueno -pensó Crane -, si tu materia prima es de alta calidad quizá no necesitas adornarla…"

El ciego hizo caer las cartas boca abajo y puso la caja a un lado. Después dio la vuelta a las cartas con un barrido de sus manos que indicaba una considerable práctica y las desplegó.

Crane se relajó al ver que no era la baraja que había utilizado su auténtico padre, pero a pesar de la penumbra pudo reconocer el estilo mórbido y opulento de aquellos dibujos hechos con trazos elegantes y delicados.

–He visto esta baraja -dijo-, o parte de ella.

"Araña" Joe se echó hacia atrás y dos de sus antenas se soltaron de la alfombra en la que se habían enganchado y oscilaron en el aire. – ¿De veras? ¿Dónde?

–Bueno… -Crane dejó escapar una risita nerviosa. "La última vez que la vi fue en una partida de póquer de cinco cartas en el Horseshoe", pensó -. El dos de copas es el rostro de un querubín atravesado por dos varillas metálicas, ¿verdad?

"Araña" Joe dejó escapar el aire de sus pulmones con un ruido sibilante. – ¿Eres…, eres sacerdote católico o algo así?

Mavranos intentó reírse, pero la carcajada murió antes de nacer.

–No -dijo Crane -. Soy jugador de póquer, si es que puede decirse que sea algo, claro… Todo esto es muy raro, así que voy a contarle la verdad… El único tipo de contacto que he tenido con estas cartas ha sido en alucinaciones, y las he visto en sueños.

–Estás hablando de una variación de la baraja Sola Busca -dijo "Araña" Joe con voz pensativa-, una de la que incluso yo apenas he oído hablar. Nunca la he visto, y se supone que el único ejemplo conocido se encuentra en una cripta del Vaticano que siempre está cerrada con llave. Ni siquiera los eruditos con las mejores credenciales académicas pueden obtener permiso para verlas, y se sabe que existe sólo gracias a una carta de un tal Paulinus da Castelletto escrita en 1512.

La anciana conocida como Moco volvió a entrar en la habitación trayendo consigo una bandeja y haciendo un considerable ruido de cucharas y tazas. Moco se inclinó y la dejó cautelosamente sobre la alfombra al lado de la mesa. – ¿Leche o azúcar? – preguntó "Araña" Joe.

–Solo -dijo Mavranos.

Crane asintió, y Moco les entregó dos tazas llenas de café humeante. Después echó tres terrones de azúcar en cada una de las dos tazas restantes y le ofreció una a "Araña"

Joe.

–Mi baraja es el mazo Sola Busca estándar, pero servirá. Es una reproducción de una baraja que era propiedad de una familia milanesa llamada Sola Busca…, por cierto, eso quiere decir "la única partida de caza". Los Sola Busca permitieron que la baraja fuese fotografiada en 1934, y tanto la familia como las cartas originales desaparecieron poco después.

Mavranos tomó un sorbo de café, se inclinó hacia adelante y alargó una mano para acariciar el canto de una de las cartas. – ¡Están marcadas! – exclamó-. Aunque supongo que debería decir "brailleadas"…

Crane bajó la mirada hacia las cartas, y se dio cuenta de que cada una de ellas tenía por lo menos un agujero en algún lugar. Era como si hubieran sido clavadas con chinchetas, desclavadas y vueltas a clavar en una sucesión de paredes y en toda clase de posiciones.

–Sí, así es como las leo -dijo "Araña" Joe-, pero el que cada carta de una baraja de tarot potente tenga por lo menos un agujero en ella también es una especie de medida de seguridad. Todas las barajas de los siglos quince y dieciséis realmente cargadas tienen agujeros en las cartas.

–Caray -dijo Mavranos-, eso me recuerda a la estaca atravesando el corazón de un vampiro o las balas de plata para un licántropo.

"Araña" Joe sonrió por primera vez desde que le habían conocido.

–Me gusta eso. Sí, supongo que funciona de una forma parecida, pero sólo en…, en la cabeza del espectador. Si no hay nadie…, si no hay ningún ser humano que las esté contemplando las cartas no son más que rectángulos de cartón. Lo que tiene verdadera potencia es aquello en lo que se convierten cuando entran en tu cabeza a través de los ojos, y unos cuantos agujeros abiertos en ellas constituyen una violación topográfica lo bastante seria como para reducir su poder. Es como el equipo anticontaminación en los motores de los coches modernos. – Se meció lentamente hacia adelante y hacia atrás y sus antenas oscilaron en el aire-. Poneos los dólares de plata sobre los ojos durante un momento y pasádmelos.

Crane alzó las dos monedas hacia sus ojos y permitió que el canto de una rozara la superficie de su ojo de plástico para que le diera suerte. Después se las pasó a Mavranos, quien las puso sobre sus párpados cerrados durante unos momentos y acabó colocándolas sobre la mesa de fórmica con un leve tintineo metálico.

"Araña" Joe las encontró y se las puso detrás de los cristales de sus gafas de sol.

Después golpeó la mesa con los cantos de las cartas para cuadrar el mazo y lo deslizó hacia Crane boca abajo.

–Baraja.

Crane barajó el mazo siete veces, aunque cada vez le resultaba más difícil deslizar las cartas hasta formar un bloque porque los agujeros se enganchaban en los cantos.

"Araña" Joe alargó una mano, la movió hasta encontrar la baraja y la llevó hasta su lado de la mesa. – ¿Cómo te llamas?

–Scott Crane. – ¿Y cuál es tu pregunta?

Crane extendió las manos con una mueca de cansancio, y un instante después se dio cuenta de que su anfitrión no podía ver el gesto. – ¿Cómo puedo conseguir el empleo de mi padre? – preguntó.

"Araña" Joe movió la cabeza a un lado y a otro como si estuviera contemplando la mísera sala de estar de su caravana.

–Eh… Supongo que sabes que estás metido en un lío bastante serio, ¿no? Es algo relacionado con una partida que debiste de jugar en Lago Mead hace veinte años… -Sonrió y dejó al descubierto unos dientes amarillentos y desiguales-. Quiero decir que…

Bueno, ¿ésa es tu pregunta? ¿Es algo que tiene que ver con tu papá?

Crane le devolvió la sonrisa aun sabiendo que no podía verla.

–Aja.

Moco emitió una especie de ronroneo gutural desde lo más profundo de su garganta, y Crane supuso que era muda.

–Mira, chico -dijo "Araña" Joe con repentina irritación-, estoy aquí para ayudarte.

No estoy aquí para hacer ninguna otra cosa, ¿entiendes? Creo que hay muchas probabilidades de que estés muerto y de que seas un hombre expulsado, pero es posible que aún puedas hacer algo para evitarlo. Pregúntale eso a las cartas, no les preguntes por un maldito empleo…

–Es mi padre -dijo Crane -. Quiero su empleo. Veamos qué dicen las cartas.

–Vamos, empiece a poner las cartas sobre la mesa -le dijo Mavranos a "Araña"

Joe-. Si no quedamos contentos con lo que salga volveremos a la ciudad y conseguiremos dos pavos más.

"Araña" Joe se limitó a mecerse sobre la alfombra durante varios segundos. Su rostro delgado y moreno estaba totalmente inexpresivo.

–De acuerdo -dijo por fin, y cogió la baraja.

37

Un muerto que no sabes cómo se llama La primera carta que quedó boca arriba sobre la mesa era el paje de copas, y el dibujo mostraba a un joven vestido a la moda del Renacimiento contemplando una lámpara colocada sobre un pedestal.

Crane descubrió que se había tensado sobre el maltrecho sofá en la penumbra de la sala de la caravana y que había aguzado los oídos esperando oír la lluvia, el sonido de los coches estrellándose en la autopista o, quizá, el ruido de las cartas emprendiendo el vuelo para lanzarse hacia su cara; pero aunque los rayos de sol que entraban en ángulo oblicuo por entre las tablillas de la persiana parecían haber adoptado de repente una indefinible cualidad cristalina -como luz vista a través de una gelatina muy clara-, y el thwick de la carta al chocar con la superficie de la mesa había sido particularmente líquido y claro, el único cambio físico que había tenido lugar en la habitación era la zumbante intrusión de dos moscas salidas de la cocina que habían empezado a trazar círculos en el aire.

La carta siguiente mostraba a un hombre con armadura delante de un globo cortado en tres secciones, y debajo del grabado se leía NABVCHODENASOR, lo que probablemente era un intento de escribir Nabucodonosor.

Crane se dio cuenta de que aquellas cartas no mostraban ninguna tendencia a revolotear impulsadas por la brisa psíquica, y se acordó de que "Araña" Joe había dicho que la baraja era un peso pesado del mundo de las cartas.

Más moscas habían entrado en la sala de estar, y todas zumbaban alrededor de las cartas como si la baraja fuera un montón de comida que las había atraído con su aroma.

Los dedos de "Araña" Joe resiguieron los agujeros de las dos cartas. Dejó escapar un gruñido ahogado y un instante después abrió la boca y empezó a hablar.

–Hagioplastia uno-dos-tres -dijo con voz enronquecida. Las palabras parecían ser escupidas de sus labios como otros tantos coágulos de sangre-. Gumby gumby, pudding y pineal, y Bob es tu tío y la luna es mi madre. Podría presentar acusaciones, pero no hay sediciones y barcazas y ríos y pescadores, y siempre está pescando allí, y por eso se le llama pescador.

Aquellas palabras carentes de sentido crearon ecos muy potentes dentro de la cabeza de Crane, y un instante después pensó que se formaban allí primero y que luego eran repetidas por "Araña" Joe. Una opresión invisible que le había estado atenazando el cerebro parecía estar esfumándose poco a poco, y Crane fue consciente de que acababa de recibir una invitación a dejar volar sus pensamientos tan libremente como si fuesen pájaros para permitirles que investigaran en todas direcciones; y de repente le pareció terriblemente importante hacer callar al ciego para impedirle que dijera todo aquello delante de las moscas.

Había cosas de todas clases, y todas ellas eran importantes. Crane comprendió que tendría que estar fuera de la caravana leyendo lo que las nubes intentarían transmitirle en cuanto saliera.

Mavranos se había inclinado hacia adelante y tenía la boca abierta. El zumbido de las moscas se había vuelto muy ruidoso-debía de haber por lo menos un centenar de ellas girando a toda velocidad en el aire por encima de la mesa-, y Crane se preguntó si Mavranos tendría intención de comérselas para enterarse de qué sabor tenían, y pensó que las moscas probablemente sabían a muchas cosas. La anciana se había levantado y estaba bailando lenta y torpemente sobre la alfombra. Tenía los brazos extendidos y el café se iba derramando de la taza que seguía sosteniendo en una mano.

–El padre juega a la bola baja por basura siguiendo la pista del jack tuerto -estaba diciendo "Araña" Joe.

–No -murmuró Mavranos con voz estrangulada. Alzó una mano temblorosa y golpeó las dos cartas haciendo que salieran despedidas de la mesa. Después se puso en pie y golpeó la mano de "Araña" Joe arrebatándole el resto de la baraja-. No -repitió en voz más alta-. Esto no es lo que quiero.

"Araña" Joe se encogió sobre sí mismo sin decir ni una palabra-el ataque de convulsiones y temblores dejó de dominar su cuerpo y su mandíbula quedó totalmente fláccida-, de tal forma que sólo sus antenas

arqueadas parecieron mantenerle en posición vertical. Las moscas se dispersaron en todas direcciones.

–Tú tampoco quieres esto -dijo Mavranos con voz temblorosa mirando a Crane.

Crane tragó una honda bocanada de aire e intentó poner algo de orden en sus pensamientos.

–No -murmuró por fin moviendo la mano para alejar a las moscas de su ojo.

La boca de "Araña" Joe se cerró con un chasquido claramente audible y un instante después se puso en pie con sorprendente agilidad. Los alambres de sus antenas oscilaron por entre las moscas que trazaban círculos a su alrededor.

–Ninguno de nosotros quiere esto -dijo. Cogió los dólares de plata que había colocado detrás de los cristales de sus gafas de sol y los arrojó sobre la mesa-.

Salgamos. Que uno de vosotros traiga a Moco.

La anciana había dejado de bailar y Mavranos la cogió por un codo y siguió a "Araña"

Joe, quien cruzó torpemente el umbral acompañado por un tañido de antenas y bajó los peldaños de madera. Crane les siguió al exterior evitando volver la mirada hacia las cartas caídas sobre la alfombra.

Los reflejos del sol en el desierto y en la autopista le obligaron a entrecerrar los ojos, y el calor repentino era como un peso sobre su cabeza, pero la plana inmensidad del paisaje suponía un gran alivio después de la atmósfera claustrofóbica de la caravana.

"Araña" Joe cruzó el patio hasta que sus antenas rozaron el parachoques de la camioneta más próxima. Después giró sobre sí mismo y volvió sobre sus pasos recorriendo la mitad de la distancia que había andado.

–Sigo siendo un canal para ellos – dijo-, y a veces toman posesión de mí de esa forma, igual que hacen los loas vudús con los haitianos. El Loco nunca lo había hecho.

"Y apostaría a que Dondi Snayheever tampoco", pensó Crane.

–El empleo de tu padre… -dijo "Araña" Joe y meneó la cabeza-. Tendrías que haberme dicho quién eres. Creo que me habría ocupado de este asunto por teléfono o a través del correo.

–No soy… -empezó a decir Crane.

–Calla. – Mavranos y Moco se habían sentado en los peldaños del porche dejando que Crane y "Araña" Joe tuvieran todo el patio para encararse el uno con el otro -. Hace tiempo Moco y yo trabajamos para tu padre. – "Araña" Joe se frotó la cara-. Nunca hablo de esto, así que escúchame con atención. Yo era pintor miniaturista. Aprendí el oficio de pequeño en Italia, y me adiestraron para que fuese uno de los pintores de la baraja de tarot más potente que te puedas imaginar, la bomba de hidrógeno del mundo de las barajas de tarot…, la que es conocida con el nombre de baraja Lombardía Zeroth.

Extendió un brazo y señaló a Crane.

–Viste una de mis barajas cuando jugaste a la asunción. – "Araña" Joe meneó la cabeza, y una ráfaga de aire caliente agitó su barba canosa-. Nunca ha habido más de un par de tipos en todo el mundo capaces de pintarla, y aunque seas joven y tengas la mente y el cuerpo en el mejor estado posible hace falta un mínimo de un año para pintar todo un mazo, y créeme cuando te digo que no es un año muy agradable…, y después necesitas unas largas vacaciones. Te aseguro que puedes pedir lo que te dé la gana a cambio.

"Araña" Joe empezó a moverse y trazó un rápido círculo en sentido contrario a las agujas del reloj, y Crane pensó que el sentido de la acción era el mismo que el persignarse de un católico.

–Moco era una rémora -siguió diciendo "Araña" Joe-. Le hacía pequeños trabajos a cambio del tipo de gran vida más elegante que Las Vegas podía proporcionar, e incluso en los años cuarenta y cincuenta podía ser una gran vida realmente a lo grande. En 1960 había una mujer que suponía una amenaza para él. Moco entró en contacto con ella, se hizo amiga suya y la…, la convenció de que quedara con ella en el Sahara una noche.

Moco no acudió a la cita, y Vaughan Trumbill apareció en su lugar y mató a la mujer.

Acababa de tener un bebé, una niña, y Trumbill no consiguió acabar con él, pero Moco también se había encargado de hacer los arreglos para que el bebé muriese.

Crane no pudo contenerse y volvió la cabeza hacia la anciana. Su rostro estaba totalmente inexpresivo.

–Le pinté una baraja -dijo "Araña" Joe-. La necesitaba para la primavera del sesenta y nueve, ¿entiendes? La utilizó, y un día Moco y yo fuimos a verle porque teníamos una cita con él. – "Araña" Joe había tensado los puños, pero su voz seguía sonando firme y tranquila-. Estaba en uno de los cuerpos que había asumido después de la partida, una mujer llamada Betsy, y mientras le escuchábamos ella…, bueno, sólo llevaba uno o dos días dentro del cuerpo y…, y ella salió a la superficie durante unos segundos, y durante unos segundos esa mujer, esa tal Betsy, pudo ver a través de sus ojos.

Crane volvió a mirar a Moco. Su rostro seguía sin mostrar ninguna emoción, pero sus arrugadas mejillas estaban cubiertas de lágrimas.

–Estaba llorando -dijo "Araña" Joe en voz baja-, y nos suplicó que…, que la sostuviéramos, que hiciéramos algo, lo que fue-se…, que impidiéramos que volviera a hundirse para toda la eternidad en la laguna oscura donde se mueven los Arquetipos y donde las mentes individuales están condenadas a disolverse en las profundidades. – "Araña" Joe tragó una honda bocanada de aire y la dejó escapar-. Y un instante después él volvió a recuperar el control. La mujer se había esfumado, se había perdido en la oscuridad y…, y entonces descubrimos que sabíamos bastante más sobre la Muerte de lo que sabíamos al entrar en esa habitación. Moco y yo recibimos nuestras órdenes, salimos de allí y nos marchamos del mundo…, dejamos atrás nuestras casas y nuestros coches, nuestros platos de gourmet y nuestro soberbio guardarropa, incluso nuestros nombres…, y no volvimos nunca. Moco se cortó la lengua con los dientes y yo me saqué los ojos. – ¡Jesús! – le oyó murmurar Crane a Mavranos detrás de él.

Y durante un par de segundos Crane no pudo creerlo. Después clavó la mirada en las mejillas cubiertas de profundas arrugas de "Araña" Joe y recordó el trauma psíquico resultado de haber visto las cartas de la baraja Lombardía Zeroth…, e intentó imaginar hasta dónde podía llegar el horror de descubrir que los muertos no siempre se desvanecen en la nada y el olvido sino que pueden volver para encararse contigo y mostrarte sus sufrimientos; y pensó que después de todo quizá fuese cierto que aquella mujer había escogido enmudecer para siempre antes que volver a hacer posible una muerte con sus mentiras; o que aquel hombre hubiera preferido infligirse la ceguera para no ser capaz de volver a pintar otra baraja como aquélla.

"Araña" Joe se encogió de hombros.

–El empleo de tu padre -repitió -. Tengo que decirte que tu padre ya casi te tiene en sus manos. Ya te ha obligado a realizar un sacrificio humano y… -¿Cuándo? – Crane meneó la cabeza-. ¡Nunca he matado a nadie!

"Salvo a Susan -pensó-. Una enfermedad aleatoria. Causada por mí. ¿Y Diana? ¿También la maté?" -Quizá no supieras lo que estabas haciendo, muchacho -dijo "Araña" Joe, y por su tono de voz casi parecía como si intentara consolarle-, pero te entregó el cuchillo y tú lo utilizaste. La lectura fue muy breve, pero incluso así pude verlo en el perfil de tu personalidad tan claramente como si fuese una marca de nacimiento. Ya te he dicho que quizá no llegaste a enterarte… Debió de ser en algún momento de esta última semana, indudablemente de noche y es probable que estuviera relacionado con el jugar a las cartas, y también es probable que la víctima procediera de un lugar separado de éste por agua no domesticada…, quizá del otro lado del mar.

–Aaah, Dios -gimió Crane-, el inglés.

"En este país hay matones por todas partes", había dicho aquel hombre y tenía razón.

"Un montón de matones que ni siquiera saben que lo son", pensó Crane. Parpadeó a toda velocidad, y consiguió expulsar el recuerdo del rostro jovial del inglés de su mente.

–El empleo de tu padre -volvió a decir "Araña" Joe-. Es tu padre, así que teóricamente podrías conseguirlo. No sé cómo… Tienes que consultar con un viejo Rey. – ¿Quién?

–No lo sé. – ¿Dónde puedo encontrarle?

–No lo sé. Probablemente en un cementerio…, los viejos Reyes casi siempre están muertos.

–Pero ¿cómo voy a…?

–Eso es todo -dijo "Araña" Joe-. La lectura se ha acabado. Vete de aquí.

Probablemente debería matarte…, podría hacerlo, ¿sabes? Y te aseguro que es lo que haré si se te ocurre volver aquí.

La brisa siseó entre los matorrales resecos que flanqueaban la autopista.

Mavranos se había puesto en pie y había empezado a caminar hacia la Suburban.

–Bueno, yo también les deseo que tengan un buen día -dijo-. Vamos, Scott.

Crane parpadeó y meneó la cabeza, y un instante después descubrió que estaba siguiendo a su amigo. – ¡Oh, una cosa más! – gritó "Araña" Joe. Crane se detuvo y giró sobre sí mismo.

–El otro día te encontraste con tu padre…, bueno, por lo menos te encontraste con su viejo cuerpo, el que ya no utiliza. Lo vi cuando estaba poseído por el Loco. El cuerpo estaba jugando al póquer bola baja, y las apuestas no valían nada.

"Araña" Joe se volvió hacia la caravana y fue hacia Moco. Sus antenas dejaron líneas sobre el polvo.

–Bueno -dijo Mavranos mientras hacía girar el volante y pisaba el acelerador-, eso lo aclara todo, ¿eh? – Había bajado el cristal de su ventanilla, y el aire que empezó a entrar por ella en cuanto la camioneta fue adquiriendo velocidad agitó su negra cabellera.

Mavranos alzó la lata de Coors que acababa de abrir y tomó un sorbo de ella-. Basta con que le hagas unas cuantas preguntas a un muerto, un muerto que no sabes cómo se llama y que no tienes ni idea de dónde está enterrado… Mierda, es tan fácil que creo que lo habremos resuelto todo para la hora de cenar.

Crane estaba contemplando los arbustos y las rocas que se convertían en manchones borrosos en la media distancia y que se esfumaban confundiéndose con la nítida línea del horizonte que se recortaba contra el azul del cielo.

–Me pareció que tenía cien años -dijo Crane en voz baja-, pero cumplirá los noventa y nueve este año. ¿Cómo le llamaron? ¿Coronel Blip? No… Doctor Leaky.

Mavranos volvió la cabeza hacia él y le dirigió una sonrisa vacilante. – ¿Quién es ese tipo? ¿Tu Rey muerto?

–En cierto modo. No, es el cuerpo de mi verdadero padre. No es más que una ruina senil, y supongo que ya no lo utiliza y que le deja dar vueltas por donde le dé la gana.

Recuerdo que…, que me llevaba a pescar al Lago Mead y que me enseñó a poner el cebo en el anzuelo, y el último día que estuve con él yo tenía cinco años y me llevó a desayunar al Flamingo y después almorzamos en el Moulin Rouge. Creo que se quemó en la década de los sesenta.

Crane meneó la cabeza y deseó poder tomarse una de las cervezas de Mavranos.

"Una cerveza realmente fría bebida lo más deprisa posible -pensó-, y luego sientes cómo el líquido frío se va desenroscando en tu estómago… No, y menos ahora que tengo algo que hacer." -Aquella noche me destrozó el ojo derecho. Me arrojó una baraja de esas cartas Lombardía Zeroth a la cara, y el canto de una se me clavó en el ojo. No me extraña que la personalidad de Perro Mordedor encaje tan bien conmigo…, un trozo desprendido de un niño herido y abandonado que ha sido cauterizado hasta que es incapaz de sentir nada.

–Pogo, te juro que estoy intentando creerte, pero… Bueno, tendrías que ayudarme un poco, ¿sabes?

Crane no estaba escuchando a Mavranos.

–Creo que si hubiera sabido quién era ese viejo decrépito cuando me encontré con él hace dos días habría… No sé que habría hecho. Quizá habría sentido el deseo de abrazarle, o puede que incluso le hubiera pedido que me perdonase lo que le hizo enfadarse tanto conmigo fuera lo que fuese. Creo que aún le quiero, creo que la parte de mi ser que sigue siendo un crío de cinco años aún le quiere. – Crane sacudió el paquete de Camel de Mavranos hasta sacar un cigarrillo, rascó un fósforo y lo encendió protegiendo la llamita del viento con la mano-. Pero eso era antes de que su gordo matara a Ozzie. – Apagó el fósforo de un soplido y lo metió en el cenicero-. Ahora creo que me gustaría destrozar esa cabeza de viejo que no para de parpadear con una palanqueta…

La expresión de Mavranos indicaba sin lugar a dudas que apenas había entendido nada, pero acabó asintiendo con la cabeza.

–Así me gusta, Pogo.

Crane volvió a observar la autopista en ambas direcciones intentando detectar el Jaguar gris.

No prestó ni la más mínima atención a la enorme caravana Winnebago de color marrón con la baca llena de bicicletas y una pegatina CLUB DEL BUEN SAM adherida a la ventanilla trasera. La dejaron atrás y la caravana siguió avanzando laboriosamente detrás de la estela de polvo, pero no llegó a perderles de vista del todo ni un instante.

Hicieron una parada en un Burger King para almorzar, y Crane se comió dos hamburguesas de queso mientras Mavranos conseguía engullir la mayor parte de un batido de vainilla. Crane pensó que Mavranos parecía tener dificultades para tragar.

Consiguieron una habitación en un pequeño motel de la avenida Parkway pagándola en efectivo, y mientras Mavranos dormía para recuperar fuerzas antes de ir a una tienda de animales a comprar un pez dorado e iniciar otra noche en la que perseguiría su cambio de fase estadístico Crane sacó unas cuantas latas de Coca-Cola de la máquina que había en la recepción del motel; y después estuvo dando vueltas alrededor de la piscina contemplando el agua mientras intentaba pensar en alguna forma de encontrar un Rey muerto.

Arky entró tambaleándose en la habitación a medianoche. Crane estaba sentado en el saco de dormir que había colocado sobre el suelo y hacía garabatos en un bloc.

–Fuera luces, Pogo -dijo Mavranos con la voz enronquecida por el agotamiento, y se derrumbó sobre una cama sin haberse quitado la ropa.

Crane se puso en pie, apagó la luz y volvió a meterse en el saco de dormir, pero permaneció despierto durante mucho rato con los ojos clavados en el techo de la habitación.

Faltaban dos días para que la luna estuviese llena. Georges León puso el auricular del teléfono sobre su soporte manejándolo con mucha delicadeza y pensó en lo mucho que le irritaba el que los rayos de la luna que entraban por la ventanilla de la Winnebago aparcada al este de Paradise brillaran con una intensidad superior a la de cualquier luz artificial. Odiaba la luz natural, especialmente la de la luna.

No estaba dispuesto a dejarse irritar por las cosas que Moynihan le había dicho mientras hablaban por teléfono, ni por la cantidad de dinero que había pedido.

Podía oír el ruido que hacía Trumbill chapoteando en la pequeña bañera, y la fría atmósfera olía a apio, sangre, hígado y aceite de oliva a pesar de que el aparato de aire acondicionado estaba puesto a la máxima potencia. León esperaría a que Trumbill saliera.

No quería entrar y ver el enorme cuerpo desnudo cubierto de tatuajes arrodillado en el suelo con la cabeza y los brazos enterrados en la asombrosa ensalada que había preparado dentro de la bañera y que estaba devorando a toda velocidad.

León estaba usando a Benet, un cuerpo viejo que tenía las piernas arqueadas -tendría que asegurarse de que nadie siguiera llamándole Beany-, y temía el momento en el que tendría que dar órdenes y emitir una aureola

de autoridad llevándolo puesto. El rostro era demasiado redondo y enrojecido, las mejillas y los ojos estaban demasiado impregnados por la sonrisa fatua que León le había permitido asumir cuando le había dejado funcionando en piloto automático para que trabajara como relleno de partidas de póquer en varios casinos. Le recordaba a Mickey Rooney, e incluso la voz seguía intentando sonar estridente y quebradiza, y León no había podido evitar notarlo cuando estaba hablando por teléfono.

El soberbio cuerpo de Art Hanari seguía reposando en una cama de La Maison Dieu y conservaba toda su perfección física, naturalmente, pero León quería reservar aquel cuerpo para estrenarlo la noche del miércoles cuando empezara la primera de las partidas de la Semana Santa que se celebrarían en el lago.

Bueno, ya sólo faltaban cuatro días para eso y mientras tanto se las arreglaría con Benet.

Y el Sábado Santo podría empezar a asumir los cuerpos que había definido y pagado en 1969.

Ya era hora, desde luego. Habían sido veintiún años muy largos, y meterse en unos cuantos anfitriones nuevos resultaría muy agradable. Scott Crane tenía bastante buen aspecto -León volvió la mirada hacia la ventana para asegurarse de que la habitación del motel ocupada por Crane seguía a oscuras-, y unos cuantos de los que Trumbill ya había capturado y llenado de sedantes hasta las cejas estaban pero que muy bien. La gente cuidaba su físico mucho mejor que antes.

Oyó ruido de agua corriendo en el cuarto de baño y los gruñidos que soltaba Trumbill mientras se secaba con una toalla. La caravana Winnebago se bamboleó levemente sobre sus amortiguadores.

Unos minutos después Vaughan Trumbill entró en la pequeña habitación. Las voluminosas perneras de sus pantalones bailoteaban alrededor de los tonos azules y rojos de sus pies descalzos y la tela se hinchaba alrededor de su enorme vientre como si fuese la vela de un navío. El vendaje que había encima de su oreja ya había empezado a teñirse de rojo otra vez, y León pensó que la presión sanguínea de Trumbill no tenía nada que envidiar a la que ejercía el agua sobre la presa Hoover. – ¿Vienen? – preguntó Trumbill.

–Ha dicho que no vendrán hasta mañana, y tendrá que hacerse lejos de las multitudes y me dijo que se limitaría a llevarse un cuerpo inconsciente.

Creo que sus hombres ni siquiera irán armados.

Trumbill enarcó las cejas y el vendaje se movió de un lado a otro.

–Moynihan no me conoce -siguió diciendo León obligándose a hablar con voz firme y tranquila-. Le dije que Betsy Reculver y yo teníamos negocios juntos, y me dijo que tendría que haber hecho que fuera ella quien le telefonease…, o por lo menos Ricky Leroy. Le dije a Moynihan que hablara contigo del asunto, y replicó que había oído comentar que te habían disparado. ¿Qué tal van tu brazo y tu pierna?

Trumbill movió su gigantesco hombro derecho.

–Ahora sólo lo siento un poco cansado y dolorido, como si hubiera estado mucho rato cavando trincheras. Ya no está entumecido, y he estado comiendo unas cuantas cosas para recuperar toda la sangre que he perdido. – Volvió la cabeza hacia la ventana y contempló la habitación a oscuras-. Odio las heridas en la cabeza.

–Tuviste suerte. Richard y el guardia de seguridad fueron borrados del mapa. – León acarició su nueva frente -. Es la segunda vez que me echan a tiros de un cuerpo en una semana.

Trumbill dio la espalda a la ventana y le contempló con expresión impasible.

–Es muy molesto, ¿verdad?

León sonrió, pero dejó de hacerlo en cuanto se acordó del aspecto que adquiría su cara de payaso en cuanto sonreía.

–Llamaré al garaje al amanecer y ordenaré que nos envíen el Cámaro -dijo-. Este trasto puede seguirles, pero no serviría de nada en una auténtica persecución.

–De acuerdo, y yo he cargado la pistola tranquilizadora.

León se sentó y movió la silla hasta dejarla enfilada a la ventana.

–Me ocuparé del primer turno de guardia -dijo -. Te despertaré sobre las… -Echó un vistazo al reloj colgado en el panel de madera de la pared-. Sobre las cuatro.

–De acuerdo. – Trumbill se puso de lado y avanzó lentamente hacia el catre de la parte trasera de la caravana-. Puede que el cuarto de baño esté un poco perfumado cuando llegue la mañana.

–En cuanto hayamos metido a Crane dentro de una jaula venderemos este trasto esté como esté.

El sol había subido en el cielo, y el aire ya estaba bastante caliente cuando Crane volvió de la recepción del motel y golpeó la puerta de la habitación con la punta del pie.

Tanto su rostro como su cabellera indicaban que se había despertado hacía poco rato, y cuando Mavranos abrió la puerta y parpadeó ante la claridad solar Crane le alargó una de las latas de Coca-Cola frías.

–No tienen café -dijo entrando en la habitación y cerrando la puerta-. Esto servirá.

Por lo menos tiene cafeína.

–Cristo.

Mavranos abrió la lata, bebió un sorbo y se estremeció.

Crane se apoyó en la maltrecha mesita.

–Arky, ¿has hecho submarinismo alguna vez? – preguntó.

–Fui un chico de ciudad.

–Maldición. Bueno, puedes esperar en el bote.

–Es lo que pienso hacer. Esperaré en el bote. Así que tu Rey muerto está debajo del agua, ¿eh? ¿Dónde se encuentra?

–Creo que está en el Lago Mead -dijo Crane -. Por lo menos creo que su cabeza está ahí…

Mavranos tomó otro sorbo de Coca-Cola, dejó la lata sobre la mesilla y salió de la habitación. Crane oyó el ruido de la puerta de la camioneta, y cuando volvió a entrar en la habitación Mavranos llevaba en la mano una lata de Coors de la que caían gotitas.

–Vi las moscas zumbando alrededor de las cartas -dijo Mavranos hablando muy despacio después de haber tomado un buen trago de cerveza-, y oí las palabras del tal Snayheever saliendo de la boca de Joe el Patas…, y dijo cosas muy raras. Y estoy dispuesto a admitir que están ocurriendo cosas muy raras. Pero ¿cómo demonios vas a mantener una conversación con una cabeza sin cuerpo debajo del agua? – Mavranos dejó escapar una carcajada en la que no había ni rastro de buen humor-. Y con ese trasto que los submarinistas llevan metido en la boca, claro…

–Oh -dijo Crane moviendo la mano distraídamente como si abofeteara el aire-, en cuanto a eso… No lo sé.

Mavranos suspiró y se sentó en la cama. – ¿Por qué crees que está en el lago? – preguntó.

–Cuando Snayheever habló con Diana por teléfono dijo que alguien intentó hundir una cabeza en el Lago Mead. – Crane había empezado a ir y venir por la habitación, y las palabras iban brotando de sus labios cada vez más deprisa-. Snayheever sabe mucho de estas cosas aunque esté chiflado, y puede que echar cabezas cercenadas en el lago sea algo que las personas que están metidas en toda esta mierda suelen hacer. Y por lo que dijo… Bueno, saqué la impresión de que el lago no la aceptó y de que ese tipo cometió una estupidez intentándolo porque… Bueno, porque dentro del lago ya había una cabeza, ¿entiendes? El lago no podía aceptar otra, por lo menos no de esa clase. El Lago Mead es agua domesticada… ¿Te acuerdas de que Ozzie lo dijo? Quizá domestica todo lo que se le eche dentro, y sería un buen sitio en el que guardar la cabeza de un viejo Rey si eres el nuevo Rey y quieres que el anterior no esté en condiciones de crearte problemas. Y no creo que fuera mi verdadero padre, el Rey actual, el que hizo que…, mierda, que matara a un pobre inglés en una mesa de póquer en el Horseshoe. Creo que fue el Rey del lago el que me obligó a hacerlo. Creo que era él quien me sonreía desde el dos de bastos con su cabeza cortada y dos varillas metálicas atravesándola.

Crane se volvió hacia Mavranos y sus labios se curvaron en una sonrisa de loco. – ¿Me vas siguiendo?

–Tú… Pobre hijo de perra, estás realmente jodido.

–Y aparte del dos de bastos en el que había esa cabeza cercenada tenía un rey de espadas muy extraño, un brazo que sobresalía de una masa de agua sosteniendo una espada en la mano como si el arma estuviera siendo ofrecida por alguien que se encontraba debajo de la superficie.

Mavranos se limitó a poner cara de irritación y perplejidad…, y a parecer terriblemente cansado. – ¿Y…?

–Y cuando sueño que estoy jugando a la asunción en el Lago Mead veo al Loco bailando junto al borde de un acantilado, pero también veo…, bueno, no, la verdad es que lo percibo más que verlo…, me doy cuenta de que hay un gigante oculto en el lago, y aunque no puedo verle sé que sólo tiene un ojo.

–El Orfeo de los mitos griegos… Le cortaron la cabeza y siguió hablando durante un tiempo. Profecías y ese tipo de cosas… – Mavranos se puso en pie-. De acuerdo, de acuerdo. ¿Has hecho submarinismo con anterioridad?

–Oh, claro. La última vez que me sumergí me atravesé el tobillo con el arpón.

Crane acompañó las palabras con una sonrisa, pero un instante después se acordó de que Diana -que por aquel entonces tenía quince años-, le había telefoneado tan pronto como volvió a casa del hospital y torció el gesto.

–Bueno, supongo que será mejor que vayamos allí lo más pronto posible -dijo Mavranos-. Mi cura misticomática no quiere aparecer, así que…

Crane abrió la puerta. – ¡Puede que lo que estás esperando esté meneándose en el baile esta noche! – dijo repitiendo lo que Riff le había dicho a Tony en West Side Story.

Mavranos sonrió con amargura, y se palmeó el bolsillo para asegurarse de que las llaves estaban dentro.

–Acuérdate de que Riff y Tony acabaron muertos.

Vaughan Trumbill dejó atrás el paso elevado de la 93, cogió el teléfono a pilas del Cámaro y pulsó el botón de la memoria para volver a llamar.

Había echado el asiento todo lo atrás que permitían las guías, pero el volante no paraba de rozar su vientre y el coche seguía apestando al perfume a flores típico de una anciana que empleaba Betsy Reculver.

–Sí, Vaughan -dijo la voz estridente de Benet al otro lado de la línea.

–Bea… Eh, Benet…

–A partir de ahora limítate a llamarme Georges, ¿entendido?

Trumbill le había conocido en muchos cuerpos, pero se dio cuenta de que nunca le había llamado por ese nombre. Cuando empezó a trabajar para él León ya ocupaba el cuerpo de Richard Leroy.

–De acuerdo, Georges. Van hacia Fremont. O piensan volver al sitio en el que ese chico resultó herido o van a seguir por la autopista Boulder hasta llegar al lago.

–Donde ese chico resultó herido. – Trumbill no sabía por qué, pero la voz de Georges sonaba dura e inflexible a pesar de que era producida por las cuerdas vocales del cuerpo de Benet-. Sí, me acuerdo de ese sitio. Una estúpida destruyó un Chevrolet estupendo de mi propiedad allí mismo. – El teléfono que Trumbill sostenía junto a su oreja permaneció silencioso durante unos momentos, y lo único que pudo oír fue el rugido ahogado del motor del Cámaro -. De acuerdo -siguió diciendo Georges-, si se detienen allí encárgate de ellos cuando salgan de la camioneta. Es un sitio estupendo

y muy discreto, y no veo que haya ninguna razón para que vayan armados. ¿Sigues teniendo a los chicos de Moynihan cerca?

Trumbill echó un vistazo al espejo retrovisor. La camioneta de la floristería seguía allí, un par de coches por detrás de él.

–Sí.

–Bien, mata al bigotudo y clávale un dardo a Crane. Pero si pasan de largo por allí y si se dirigen al lago… ¿Por qué van a ir al lago? Es una pregunta retórica, no necesito oír tus hipótesis. Si van allí… No me gusta. –Suspiró-. Encárgate de ellos en algún lugar del desierto al norte de Henderson. Dispara contra un neumático o haz lo que te parezca más adecuado, y luego encárgate de ellos, ¿entendido?

–En el desierto.

Trumbill tuvo que hacer un esfuerzo para expulsar de su mente el recuerdo de haber visto a la Muerte hacía tan sólo tres días, el espectáculo obsceno del esqueleto debajo del vestido de piel seca que saltaba y danzaba en el desierto al sur de la ciudad.

"Encárgate de ellos -pensó mientras aceleraba el Cámaro a través del cruce del Desert Inn Road y veía cómo la polvorienta camioneta azul seguía avanzando por la reluciente cinta de la autopista delante de él-. El viejo me considera una herramienta valiosa -pensó-, pero cuando llega el momento de la verdad no soy más que un factor de la ecuación del que puede prescindir si no hay más remedio. Cosa que siempre he sabido, claro…"

Dejó escapar un prolongado suspiro.

–Si me matan espero que no olvidarás cumplir con tu parte del trato que hicimos hace tanto tiempo -dijo acercando los labios al teléfono atrapado debajo de los oscilantes pliegues de carne de su papada.

Georges también suspiró, y Trumbill oyó su suspiro con toda claridad.

–Vaughan, antes de que haya transcurrido una hora de tu muerte tu cuerpo estará metido en un cubo de cemento. No te preocupes, ¿de acuerdo? Pero no creo que haya muchas probabilidades de que esos tipos acaben contigo. Lo que acabará contigo será tu presión sanguínea, amigo mío. Algún día tendrás la madre de todos los infartos.

Trumbill sonrió sin apartar sus ojos impasibles de la camioneta que avanzaba delante de él.

–De acuerdo. Te llamaré después.

Colgó el teléfono en el soporte, y volvió a concentrar toda su atención en la camioneta azul.

OceanofPDF.com

38

El hombre delgado no La gasolinera abandonada pasó velozmente a su derecha. Ni Crane ni Mavranos dijeron una palabra.

"Ahí es donde todo empezó a ir realmente mal -pensó Crane-. Y pensar que de haberlo sabido podríamos haber matado a Snayheever, haberle roto los brazos o algo por el estilo en Baker…, si las malditas cartas se lo hubieran dicho a Ozzie cuando jugó al póquer en el casino de Los Ángeles todo habría sido distinto. Pero no ocurrió así, y ahora estamos aquí y a estas alturas es probable que Scat ya haya muerto en el hospital y que Oliver esté en algún orfanato estatal. Diana y Ozzie no cabe duda de que están muertos, Arky y yo no tenemos muy buen aspecto… ¿Por qué no podría haberlo visto en las cartas?"

Crane se removió en su asiento y miró hacia atrás. "No hay ningún Jaguar -pensó-, pero ese Cámaro verde ya lleva un buen rato detrás de nosotros. Probablemente sólo son turistas que quieren echar un vistazo a la presa…, pero si no nos deja atrás pronto le diré a Arky que se detenga junto a la cuneta y que le deje pasar."

Crane contempló las llanuras de polvo y matorrales resecos que se alejaban hasta las montañas distantes que se alzaban bajo el cielo sin nubes, y recordó que había recorrido esa misma autopista a primera hora de aquella noche del año 1969 en un Cadillac convertible con… ¿Cómo se llamaba? Con Newt, sí, con Newt al volante explicándole nerviosamente las reglas del póquer asunción; y mientras Crane le escuchaba Ozzie ya debía de haber salido del Mint y estaría volviendo a casa a toda velocidad para sacar de allí a Diana y todas sus pertenencias y clavar el documento de transmisión en la puerta con un par de chinchetas. No se le había ocurrido antes, pero en ese momento Crane comprendió que Ozzie debía tener el documento a mano por si llegaba el momento en el que el terrible padre de Crane se convirtiera en una amenaza para Diana. Bueno, dio la casualidad de que el padre de Crane no se había convertido en una amenaza, y fue el mismo Crane quien creó esa amenaza. Crane estaba casi seguro de que había conducido al gordo hasta ella.

Volvió a mirar por encima del hombro. El Cámaro seguía a varios largos de coche detrás de ellos, y su carrocería cromada reflejaba el sol pareciendo hacerle guiños; y detrás del Cámaro había una camioneta, y de repente

Crane tuvo la impresión de que también llevaba un buen rato en aquella posición.

Abrió la hebilla de su cinturón de seguridad, giró sobre sí mismo y se arrodilló sobre el asiento para hurgar en la trasera de la camioneta. – ¿Has cambiado de parecer en lo de la cerveza? – preguntó Mavranos.

–Probablemente son imaginaciones mías -dijo Crane mientras encontraba su 357 y el 38 de Mavranos y los envolvía en una camisa-, pero… ¿Por qué no te paras junto a la cuneta y dejas que ese Cámaro y esa camioneta nos pasen si es que quieren hacerlo?

Crane volvió a sentarse y desenvolvió las armas.

Mavranos enarcó las cejas cuando vio lo que Crane se había puesto en el regazo. – ¿Que pare dónde? Esta cuneta es gravilla pura. Cuando haya reducido la velocidad lo suficiente nos habrán dejado atrás o se nos habrán comido el tubo de escape.

Crane guardó silencio durante unos momentos sin apartar los ojos del parabrisas, y acabó señalando con la mano.

–Ahí delante hay una zona despejada donde empieza un camino de tierra, ¿la ves? Si nos metemos en ella podrías girar sin tener que reducir mucho la velocidad, y si son los malos deberíamos poder dejarles atrás en el camino de tierra. Ninguno de esos dos trastos tiene el suelo a tanta altura como esta camioneta.

–Mierda -dijo Mavranos-. Ojalá le hubiera enviado otros cinco de los grandes a Wendy…

Alargó la mano, cogió su revólver y lo deslizó debajo de su cinturón.

La camioneta se bamboleó cuando los enormes neumáticos entraron en contacto con la superficie sin asfaltar, y la palanqueta para cambiar las llantas, el gato hidráulico y la caja de herramientas volvieron a caer ruidosamente sobre la chapa después de haber sido arrojadas al aire. Crane se vio lanzado hacia adelante y tuvo que apoyarse en el salpicadero agarrando el 357 que rebotaba en su re-ó el gatillo con tanta fuerza que faltó poco para que el arma se disparase. La camioneta oscilaba violentamente hacia atrás y hacia adelante, y Mavranos había entrecerrado los ojos y no paraba de lanzar maldiciones.

Crane se agarró al respaldo del asiento, volvió la cabeza hacia la nube de polvo creada por la camioneta que remolineaba detrás de ellos, y durante un momento creyó que los dos vehículos habían pasado de largo por la

autopista y abrió la boca para decirle a Mavranos que redujera la velocidad; pero un instante después vio el morro del Cámaro atravesando la polvareda para seguirles.

Su dedo se tensó y una vez más faltó poco para que disparase. – ¡Nos persiguen! – gritó para hacerse oír por encima de la cacofonía de chirridos y golpes-. ¡No pares!

Mavranos asintió y agarró el volante con más fuerza. Se habían adentrado en el camino de tierra -probablemente era un sendero abierto por algún topógrafo- y avanzaban hacia el desierto haciendo mucho ruido moviéndose a lo que parecía una velocidad suicida.

Crane volvió a mirar hacia atrás. La suspensión del Cámaro no había sido concebida para un camino tan lleno de baches, y se había quedado un poco atrás. Crane vio que la camioneta también había abandonado la autopista y que les seguía por detrás del Cámaro y a bastante distancia. Una triple estela de polvo brotaba del camino y se alejaba lentamente hacia el sur.

Un bache particularmente profundo arrojó a Crane contra la puerta. Volvió la mirada hacia el parabrisas y parpadeó intentando ver algo por entre las grietas. Había una pequeña cañada que corría en paralelo al camino por la izquierda, y una loma no muy alta que iba subiendo a la derecha. El camino seguía extendiéndose delante de ellos en una línea tan recta como si fuese un trazo hecho con lápiz, y Crane se preguntó si llegaría hasta la I-15. Estaba seguro de que habrían dejado atrás a sus perseguidores bastante antes de llegar a ella, suponiendo que los baches no destrozaran un eje o que no se les reventara un neumático.

El estrépito era infernal, pero aun así Crane pudo oír el retumbar de un disparo. – ¡Más deprisa! – gritó.

Cerró una mano sobre la manija de la ventanilla y empezó a bajar el cristal pensando en disparar al Cámaro, pero el asiento saltaba con tanta violencia debajo de él que apenas si conseguía bajar el cristal, y comprendió que disparando desde una posición tan precaria y con tantas sacudidas no tendría muchas probabilidades de acertar al coche que les perseguía, y si la camioneta tenía que detenerse necesitaría todas las balas de que disponía.

Y el segundo boom coincidió con una especie de eco ahogado que llegó desde la parte de atrás de la camioneta, y un instante después la Suburban empezó a patinar hacia la derecha dando saltos sobre el camino de tierra sin

que la velocidad se redujera en lo más mínimo. Crane se agarró al salpicadero con la mano libre y apoyó los pies en el suelo mientras pensaba que la camioneta no tardaría en dar una vuelta de campana. Mavranos estaba luchando con el volante e intentaba hacerlo girar hacia la derecha para controlar el patinazo.

–Se ha cargado el neumático izquierdo de atrás jadeó Mavranos.

Un instante después consiguió enderezar la trasera, y dejó caer el pie sobre el freno haciendo que la camioneta se detuviera con un estrepitoso frenazo que la dejó atravesada en el camino con el morro apuntando hacia la loma y la trasera enfilada hacia la cañada.

Mavranos puso la palanca del cambio de marchas en la posición de paro, y un momento después él y Crane ya habían salido del vehículo.

Crane no sabía dónde estaba Mavranos, pero se agazapó junto al parachoques delantero pegando el cuerpo a la loma mientras la nube de polvo le irritaba la garganta obligándole a toser. Entrecerró los ojos y contempló lo que le rodeaba por encima del cañón del 357 que acababa de amartillar mientras lo hacía girar de un lado a otro por encima del capó recalentado.

En vez de los dos disparos recientes lo que resonaba dentro de su mente era el escopetazo que había oído hacía tres días. "Dios, tráeme al gordo y podrás quedarte conmigo después", rezó. – ¡Quietos! El grito enronquecido emergió de la calina saturada de polvo. La voz parecía a punto de quebrarse-. ¡Policía, teniente Frits! ¡Crane y Mavranos, apártense de la camioneta con las manos encima de la cabeza!

El viento estaba empezando a disipar la nube de polvo, y Crane no tardó en poder ver a Mavranos. Estaba avanzando lentamente hacia la cañada alejándose del aprachoques trasero con las manos vacías levantadas sobre la cabeza.

Crane había bajado su arma y estaba empezando a incorporarse.

Una silueta borrosa se hizo visible delante de él recortándose contra la carrocería del Camaro. – ¡Crane! volvió a gritar la voz-. ¡Aléjese de la camioneta ahora mismo!

Crane vaciló durante un momento, pero acabó apartándose del morro de la Suburban y dio dos pasos por la loma. Seguía teniendo el arma en la mano, pero la sostenía junto a su flanco y el cañón apuntaba al suelo.

Una ráfaga de viento acabó de limpiar la armósfera. El gordo, Vaughan Trumbill, estaba inmóvil delante del Camaro con los dos brazos extendidos hacia delante. Su mano izquierda apuntaba una automática a Mavranos y la derecha apuntaba un rifle a Crane.

Un vendaje blanco bailaba sobre la esfera de su calva cabeza, pero sus manos no podían estar más firmes.

–No es la policía dijo Trumbill-. Déjala caer, Crane.

La camioneta acababa de detenerse detrás del Camaro con un último bamboleo. Su parabrisas había quedado opacado por una capa de polvo, y Crane se preguntó cuántas armas podían estar apuntándoles detrás de él.

"Claro pensó-. Frits habría usado sirenas o una luz de la policía aunque no fuera en un coche patrulla…"

Crane volvió la cabeza hacia Mavranos, quien estaba inmóvil al otro lado del camino.

Mavranos entrecerró los párpados. Sus ojos le contemplaron por encima del polvoriento bigote, y un chispazo de lo que casi parecía buen humor iluminó sus pupilas. – ¡Estoy bien! gritó Mavranos-. Yo también apreciaba a Ozzie.

Trumbill había empezado a caminar hacia Mavranos. Su corbata y los faldones de su camisa aleteaban de un lado a otro como los estandartes de un navío. – ¡Deja caer el arma o mato a tu amigo, Crane! gritó.

Sus ojos enmarcados por bolsas de carne se clavaron en el rostro de Crane. – ¡Ja! chilló Mavranos, y pateó la arena con un pie.

La cabeza de Trumbill giró rápidamente hacia él, el cañón de su automática se movió hacia arriba…

Y Crane, tan consciente de las armas que imaginaba apuntándole detrás del parabrisas como lo habría sido de un escorpión suspendido delante de suc ara agradeció asu amigo el que se lo hubiera puesto tan fácil… … mientras alzaba su revólver y acariciaba el gatillo del arma amartillada.

El bam ensordecedor hizo que le diera vueltas la cabeza, y Crane dejó que el retroceso le hiciese girar sobre sí mismo hasta acabar cayendo de rodillas con el arma apuntando hacia el parabrisas de la camioneta.

La camioneta debía de tener puesta la marcha atrás, pues su morro se hundió en el mismo instante en el que Crane empezaba a caer de rodillas, y el vehículo retrocedió a toda velocidad mientras sus neumáticos delanteros removían la arena creando dos nubes que se arremolinaron delante de ella.

Crane hizo girar su arma apuntando el cañón hacia la parte trasera de la camioneta, pero Mavranos estaba solo e inmóvil en el camino dando la espalda a Crane y empezando a desviar la mirada del vehículo que se alejaba para bajarla hacia la cañada.

Crane bajó el cañón del arma después de un instante más de tensión y de respirar con dificultad y se puso en pie.

La camioneta -Crane pudo ver el logotipo de una floristería en su flanco- había llegado a un punto del camino más ancho y estaba dando la vuelta. Un instante después ya volvía a avanzar por el camino, regresando a la autopista y cobrando velocidad a cada momento que pasaba.

Crane bajó por la pendiente de la loma, cruzó el camino y se detuvo en el borde de la cañada a unos cuantos metros de Mavranos.

Trumbill yacía acostado de espaldas sobre el lecho arenoso de la cañada unos metros por debajo de ellos. Tenía la chaqueta abierta, y la tela blanca de la camisa que cubría su vientre se estaba enrojeciendo muy deprisa. El rifle había caído sobre el camino cerca de Mavranos, y la automática estaba apoyada en una piedra hacia la mitad de la pendiente de la cañada con el cañón apuntando al cielo.

–Buen disparo, Pogo -dijo Mavranos.

Crane le miró. Su amigo no había recibido ningún impacto de bala, pero se tambaleaba, estaba muy pálido y parecía a punto de vomitar.

–Gracias -dijo Crane.

Supuso que él debía de tener un aspecto muy parecido.

–Cámaro -dijo Trumbill en voz alta-. Llevadme al… teléfono. –Pronunciar aquellas palabras parecía estar costándole un terrible esfuerzo, pero su voz seguía siendo firme y clara-. Medivac…

"No", pensó Crane.

–No -dijo en voz alta.

"Tengo que matarle -pensó sintiendo una mezcla de asco y asombro-, he de acabar con él. No puedo hacer prisioneros. ¿Qué haría la policía? ¿Le metería en la cárcel? ¿Por qué motivo? El cuerpo de Ozzie ha desaparecido, y aun suponiendo que el gordo hubiera dejado pruebas suficientes para que se le acusara del asesinato de Diana, lo cual no es nada probable, no cabe duda de que quedaría en libertad bajo fianza. Estaría en un hospital durante mucho tiempo, naturalmente, pero eso no le impediría trabajar para mi padre desde allí, ¿verdad? No permitiría que Scat y Oliver se le escurrieran

entre los dedos como le ocurrió con Diana cuando era un bebé… Y yo estaría en la cárcel aunque sólo fuese por poco tiempo…, y puede que durante mucho. Demonios, ¿qué clase de historia podría contarle a la policía? He de matarle. Aquí mismo, ahora." -Mavranos -dijo Trumbill-. Puedo curar tu cáncer. Puedes… volver con tu familia… siendo un hombre sano. Décadas. – Tragó aire haciendo el ruido suficiente para que los dos hombres inmóviles al borde de la cañada pudieran oírle con toda claridad -. Dardos tranquilizantes… en el rifle. Dispárale uno a Crane.

Crane giró sobre sí mismo y contempló el rifle caído a un metro de los pies de Mavranos. Después alzó la cabeza y su mirada se encontró con la de Mavranos.

Crane no creía que Mavranos pudiera coger el rifle antes de que él pudiese levantar el revólver y dispararle…, pero se dio cuenta de que era físicamente incapaz de disparar contra Arky. Abrió lentamente la mano y dejó que el revólver cayera sobre la arena.

–Haz lo que tengas que hacer, Arky -dijo.

Mavranos asintió lentamente con la cabeza.

–Estoy pensando en Wendy, y en las chicas -dijo.

Fue hacia el rifle caído en el suelo moviéndose muy despacio, y cuando llegó a él le dio una patada enviándolo hacia uno de los neumáticos delanteros de la camioneta.

–Wendy te salvó.

Crane exhaló y asintió. Después se volvió hacia Trumbill y tragó saliva haciendo bastante ruido mientras se inclinaba para recuperar el revólver.

–De acuerdo -gimió Trumbill. Su rostro estaba muy pálido y el sudor que lo cubría brillaba bajo aquel sol implacable, y sus rechonchas manos se habían tensado-. ¡Última petición! Llamad a este número…, decidle dónde está mi…, mi cuerpo. Tres, ocho, dos…

–No -dijo Crane alzando el revólver que brillaba como si se hubiera convertido en un espejo con una mano temblorosa-. No sé qué clase de magia podría hacer con tu cadáver. – Parpadeó para librarse de las lágrimas que habían invadido sus ojos, pero cuando volvió a hablar su voz sonó firme y tranquila-. Será mejor que te pudras aquí y que sirvas de alimento a las aves y los insectos. – ¡No-o-o-o-o! – La herida de Trumbill era terrible, pero a pesar de eso se las arregló para rugir, y aquel sonido espantoso y ensordecedor que subió desde el fondo de la cañada pareció llenar el

desierto y hacer temblar la lejana bóveda del cielo-. El hombre delgado no, el hombre delgado no, el…

Crane pensó en Ozzie y en Diana, y en que aquel hombre los había matado a los dos.

Y apretó el gatillo.

Bam.

–El hombre delgado-o-o-o-o-o…

Bam. Bam. Bam. Bam.

Click.

La atmósfera recalentada de la inmensa llanura desértica no devolvió ningún eco de los disparos. Crane bajó el revólver vacío y contempló con expresión asombrada el cuerpo tachonado de manchas rojas que yacía inmóvil sobre la arena del lecho reseco.

Y un instante después la superficie del camino estaba debajo del rostro de Crane y entre sus manos extendidas, y estaba vomitando espasmódicamente las heces de la Coca-Cola que había bebido en el desayuno.

Cuando por fin pudo rodar sobre sí mismo hasta quedar de lado sin dejar de escupir y jadear vio por entre un velo de lágrimas que Mavranos había abierto la puerta trasera de la camioneta y estaba llevando el gato hidráulico hasta el neumático deshinchado.

–Puedo hacerlo yo solo, Pogo -dijo Mavranos-. ¿Por qué no averiguas si puedes empujar ese Cámaro hasta el fondo de la cañada? Tengo un par de lonas que podríamos echar encima asegurándolas con rocas. Que tarden un tiempo en detectarle no le hará daño a nadie, y no creo que los chicos de esa camioneta vayan a hacer ninguna llamada.

Crane asintió y se puso en pie con un considerable esfuerzo.

Quince minutos después estaban avanzando lentamente por el camino de tierra en dirección a la autopista. Mavranos maldecía distraídamente los daños que imaginaba había sufrido la suspensión de la camioneta. Crane se bamboleaba de un lado a otro en el asiento contiguo con los ojos clavados en las piedras agrietadas del desierto intentando sentir una austera satisfacción por haber vengado a Ozzie, orgullo por haber liquidado al gordo de un disparo tan competente y certero o alguna emoción que no fuese el horror que recordaba haber experimentado mientras apretaba una vez y otra y otra más aquel gatillo que el sudor había vuelto tan resbaladizo.

Después de haber vuelto a entrar en la autopista y estar rodando de nuevo en dirección sur hacia el lago Crane se contempló la mano derecha, y durante un momento deseó que su padre consiguiera despojarle de su cuerpo.

39

Combinación de dos -Esto no se parece mucho a Las Vegas -dijo Mavranos mientras conducía la temblorosa camioneta cubierta de polvo por las tranquilas calles de Boulder City.

La radio estaba emitiendo la que Crane creía era la mejor canción rock jamás grabada, Combinación de dos, de Big Brother y the Holding Company.

Pero Crane se sentía como si hubiera perdido el derecho y la capacidad de participar en todas las cosas de las que hablaba aquella canción.

Parpadeó y miró a su alrededor contemplando las verdes extensiones de césped y las casas de estilo español que parecían tan complacientemente seguras de sí mismas. – ¿Hmmm? Oh… No, no se parece en nada a Las Vegas. – Su voz sonó extrañamente átona dentro de su cabeza. Crane estaba haciendo un esfuerzo para hablar en un tono normal, el mismo tono que habría empleado si no acabara de…, de matar a un hombre-.

Es el único sitio de Nevada en el que el juego no es legal -añadió tozudamente -. De hecho, no legalizaron la venta de licor hasta el año 1969. – ¿No se puede jugar a nada?

–Aja. – Crane curvó los labios en una tensa sonrisa y meneó la cabeza-. Salvo a…, a cierta variedad del póquer en unas partidas que se celebran en una casa-barco más o menos cada veinte años.

"Y empezarán a jugar mañana por la noche -pensó-, y cuando esta última serie de partidas haya terminado y llegue el Sábado Santo él asumirá mi cuerpo a menos que consiga impedírselo de alguna manera."

Janis Joplin gemía en la radio, pero no por él.

–Uh -dijo Mavranos-. Nada que pueda resultarme útil. Quizá consiga participar en una partidita de parchís.

Crane volvió la cabeza hacia Mavranos, y en cuanto lo hizo empezó a sentirse preocupado por él. Mavranos estaba innegablemente más delgado y pálido que cuando habían salido de Los Ángeles, y ya nunca se quitaba el pañuelo que llevaba anudado alrededor de la garganta. "Me pregunto si

Trumbill podría haberle curado el cáncer -pensó-. No, estoy casi seguro de que sólo era un farol desesperado…" -Ahí delante a la izquierda, por Lakeshore Road -dijo Crane. – ¿No vamos a la presa?

–No. Las playas y los atracaderos más cercanos están en la orilla oeste del lago, y ahí es donde podremos alquilar un bote y un equipo de submarinismo. En la presa lo único que puedes hacer es contemplar el paisaje.

–Quería ver la presa.

–Iremos a verla luego, ¿de acuerdo? – dijo Crane en un tono un poco seco-. Más avanzada la semana… Podrás comprarte una camiseta y todos los recuerdos que quieras.

–Es una de las siete maravillas del mundo creadas por el hombre.

–Ah, ¿sí? ¿Y cuáles son las otras?

–No lo sé. Creo que la Venganza de Montezuma en la Granja de Cerezas Knott es otra.

–Pasaremos por allí cuando volvamos a casa y también tendrás una camiseta de ese sitio.

La carcajada que salió de sus bocas fue tan breve como tensa. Mavranos acabó su cerveza y abrió otra lata. Janis Joplin aullaba desde los altavoces suspendidos de las guías del techo con cinta adhesiva detrás del asiento delantero como si su triste final nunca hubiera ocurrido.

Crane alquiló un equipo de submarinismo nuevo de Buceadores U.S. y un traje de goma con capucha, pies de pato y una bolsa para guardarlo todo en una tienda especializada que había cerca del Muelle del Gobierno. Alquilaron una motora en el Círculo de Recreo del Lago Mead, y al mediodía estaban surcando a toda velocidad el rostro azul del lago bajo el vacío azul del cielo.

Unos minutos después ya habían dejado atrás a los que practicaban el esquí acuático y habían llegado a una zona del lago en la que el viento creaba olas. Crane deslizó la mano hacia atrás por la palanca Morris invirtiendo el motor y haciendo que la embarcación adquiriese una no muy estable y bastante agitada inmovilidad. Mavranos había pasado todo el trayecto de saltos y rociadas de espuma agarrado al salpicadero de la motora, y en cuanto se detuvieron se quitó su gorra de pescador griego, la golpeó contra su rodilla y se la volvió a poner. – ¿Has acabado de

menearnos? – preguntó rompiendo el repentino silencio-. Voy a acercarme a la nevera, pero si piensas hacerme salir despedido por la borda no lo haré.

–Tranquilo, me lo voy a tomar con calma.

Estaban solos en el agua bajo la bóveda del cielo desprovisto de nubes, pero Crane tuvo que enfocar su ojo para dejar de ver el cuerpo del gordo saltando y reventando con cada impacto de bala y bostezó para que se le destaparan las orejas porque quería disfrutar el placer de que los únicos sonidos audibles fueran el del viento y el ronroneo del motor en punto muerto.

"Bueno -pensó-, aquí estoy. ¿Qué hago ahora? ¿Zambullirme sin más?"

Un botecito de pesca de color rojo se mecía sobre el agua a cien metros de distancia, y el hombre que iba en él parecía estar mirándoles. Crane se preguntó si su estrepitosa llegada habría asustado a todos los peces.

Mavranos volvió y se instaló en el asiento del piloto con una lata de cerveza recién abierta soltando espuma en su puño.

–La cabalgada no le ha sentado muy bien a la cerveza -gruñó limpiándose la espuma del bigote-. ¿Dónde está la cabeza?

–Mea por encima de la borda y la encontrarás, amigo -dijo Crane-. No, ya te entiendo. – Apartó los mechones de cabello desordenados por el viento que le habían caído encima de la frente y contempló la inmensa faz del lago-. Yo… Bueno, la verdad es que no lo sé con exactitud. Probablemente estará en esta parte del lago, en la Cuenca Boulder…, también está el Brazo Overton, la Cuenca del Templo y la Cuenca Gregg a unos cuantos kilómetros por detrás de esas montañas, pero no cabe duda de que ésta es la parte más accesible.

"Tendría que haber una mano sosteniendo una espada que asomara del agua", pensó.

Desdobló el mapa que le había entregado el empleado que les había alquilado la motora.

–Veamos qué tenemos aquí -dijo deslizando un dedo por el contorno de la Cuenca Boulder-. No sé… Aquí está Cala Luna, parece una posibilidad. Y la Isla del Muerto, me gusta.

Mavranos se inclinó sobre él y su aliento le envolvió en una nube de vapores de cerveza.

–Cala Correcaminos -leyó-. Me gusta. Bip-bip.

Crane volvió la cabeza hacia la bolsa del equipo y se preguntó si llegaría a ponerse el traje de goma.

–Bueno, habrá que moverse -dijo por fin-. Iré despacio, pero agárrate.

Hizo avanzar la motora en dirección norte a treinta kilómetros por hora durante una hora siguiendo un rumbo paralelo a la orilla oeste que acabaría llevándoles a Cala Luna.

"Deja tu mente en blanco -se dijo -. Puede que el Rey muerto esté intentando guiarte, pero el jaleo de la estática de tus pensamientos le impide establecer contacto."

Crane lo intentó, pero no consiguió llegar a relajarse del todo. Dejar en blanco su mente en aquellas circunstancias era demasiado parecido a dejar el motor del coche en marcha y la puerta abierta en un barrio de pésima reputación.

Unos minutos después llegaron a la punta norte de la cala. Crane consultó el mapa y se enteró de que lo que tenían delante era conocido como Cava de la Bomba. Una casa-barco con toldos de un color azul bastante chillón estaba atracada allí, y Crane pudo ver una familia, un perro y una mesa plegable de excursión en la playa.

No parecía el sitio que andaban buscando. Crane estaba empezando a sentir cómo el sol le calentaba la cabeza, y envidió la gorra de Mavranos y sus cervezas.

Hizo girar la motora y volvió en dirección sur alejándose un poco más de la orilla y dirigiéndose hacia la hilera de islas que sobresalían del agua como las vértebras de un dios muerto alzándose en la parte sur de la cuenca.
– ¿Qué clase de peces hay por aquí? – preguntó Mavranos gritando para hacerse oír por encima del rugido burbujeante del motor.

–He oído comentar que hay siluros enormes -respondió Crane en un tono de voz igualmente alto mientras entrecerraba los ojos para protegerlos de la brisa-. Y también hay carpas, y percas.

–Carpas -repitió Mavranos -. Una carpa es un pececito dorado que se ha hecho adulto, ¿sabes? He oído decir que no mueren de causas naturales, y sobreviven a inviernos tan duros que las dejan atrapadas en el hielo. Las moléculas de sus células se niegan a adoptar la forma de la cristalización.

Crane se alegró de que la brisa y el rugido del motor hicieran que no contestar pareciese la reacción más natural. Su búsqueda de una cabeza cercenada sumergida en las aguas del lago casi parecía racional cuando se la

comparaba con las ideas sobre las matemáticas y las ciencias que tenía Arky. Cerveza anticarcinógena, cambios de fase en las apuestas deportivas del Caesars Palace, peces dorados a los que no se podía matar…

La Isla del Muerto -apenas un peñasco de buen tamaño con una angosta playa a su alrededor- era la más cercana de las islas. Crane la contempló con los ojos entrecerrados, y después clavó la mirada en el bote de pesca rojo inmóvil en el agua a muy poca distancia de la orilla este.

Mavranos había cogido sus maltrechos binoculares Taso 8 x 40 antes de salir de la camioneta, y Crane redujo la velocidad y los sacó de su estuche.

Se incorporó sobre el suelo de fibra de vidrio y se apoyó en la parte superior del parabrisas para que los binoculares se movieran lo menos posible. El bote de pesca entró en su campo visual, y Crane movió la ruedecilla del foco para distinguirlo con más claridad.

La pequeña embarcación pareció saltar hacia él y se volvió tan nítida como si estuviera a una docena de metros de distancia. El pescador era un hombre delgado que tendría unos treinta y pocos años. Su reluciente cabellera negra estaba peinada hacia atrás, y sonreía mientras miraba a Crane. Un instante después le vio agitar su caña de pescar como si le saludara.

–Arky, ese tipo que está pescando ahí -dijo Crane hablando muy despacio-. ¿Es el mismo tipo que vimos cuando hicimos la primera parada? Te lo pregunto porque no entiendo cómo puede habérselas arreglado para llegar aquí tan… -¿Pescando dónde? – le interrumpió Mavranos. Crane señaló por encima de la proa del bote sin dejar de observar al pescador por los binoculares.

–Ahí, al lado de la isla.

–No veo a nadie. Hay unos cuantos esquiadores acuáticos, pero están bastante lejos.

Crane bajó los binoculares y miró a Mavranos. ¿Estaría tan borracho que no podía ver?

–Arky -dijo armándose de paciencia-, allí mismo, junto ala…

Crane se calló. El bote de pesca ya no estaba ahí, y para desaparecer detrás de la isla habría necesitado un mínimo de varios minutos y, desde luego, no le habría bastado con el segundo y medio que mantenido desviada la mirada. – ¡Se ha esfumado! – exclamó Crane a pesar de que parecía un comentario bastante estúpido.

Mavranos le estaba contemplando con expresión impasible.

–Vale, te creo.

Crane exhaló, y se dio cuenta de que tenía las palmas de las manos cubiertas de sudor y de que el corazón le retumbaba dentro del pecho.

–Bueno, supongo que ya sé dónde he de sumergirme -dijo.

Se sentó y pisó cautelosamente el pedal del gas.

El nivel del lago estaba un poco bajo, y la parte inferior de la orilla de la Isla del Muerto era una confusión de manzanitas que en tiempos habían estado sumergidas y que habían vuelto a aparecer. Sus cortas ramas estaban festoneadas por ristras de algas, y Crane pensó que parecían hilachas de musgo suspendidas de los cipreses acuáticos de un pantano. Aquí y allá se veían objetos angulosos recubiertos de algas que debían de ser cañas de pescar perdidas hacía mucho tiempo. Las rocas no eran más que jorobas de aspecto resbaladizo que habían perdido toda definición bajo la manta de algas verdosas que las cubrían, y la brisa que soplaba en los alrededores de la isla estaba impregnada por el desagradable olor a humedad y fermentación que desprendía.

–Vas a sumergirte en una auténtica sopa -observó Mavranos.

Crane estaba sentado en la borda e intentaba meter un brazo en una de las húmedas mangas del traje.

–Y además fría -dijo Crane con voz abatida-. Y los trajes de goma alquilados nunca te quedan lo suficientemente ceñidos. Cuando estoy demasiado rato sumergido en agua fría siempre acabo sintiendo un dolor de cabeza muy especial.

Crane llevaba un buen rato luchando con el traje de goma, estirándolo y dándole tirones, y se había pasado el Control Regulador de Flotabilidad por encima de la cabeza.

El artefacto parecía un chaleco salvavidas desinflado.

–Tendrías que usar uno de esos trajes de buceo rígidos que parecen hechos para el espacio exterior -dijo Mavranos-. O un batiscafo.

–O haber escogido otro sitio para la cita -dijo Crane.

Aseguró las tiras del arnés e hizo que Mavranos sostuviera el tanque de oxígeno mientras deslizaba los brazos por entre las tiras. Después se inclinó hacia adelante dejando caer el peso sobre su espalda para que quedaran bien ajustadas, y se aseguró de que el cierre del cinturón se encontraba al descubierto y de que se abría hacia la izquierda. A pesar de su reluctancia a

sumergirse en aquellas aguas frías y fangosas le complacía ver que aún recordaba cómo vestirse.

Esperaba no haber olvidado cómo se respiraba a través de un regulador. Su instructor de buceo siempre había insistido en que el mayor peligro de practicar el submarinismo estaba en el comportamiento de los gases cuando se encontraban cometidos a la presión.

Crane acabó de vestirse el cinturón de lastre quedó colocado encima de todo lo demás con su seguro de abertura rápida lo bastante alejado del CRF para que no tuviera problemas con él-, se puso en pie y se estiró. El traje de goma le quedaba lo suficientemente ceñido como para que estirar los dos brazos le exigiera un cierto esfuerzo, pero Crane pensó que le estaba un poco holgado en la zona del pecho.

"Oh, bueno pensó-. Me daré una buena ducha con agua caliente en el motel al que vayamos aparar después."

Llevaba la máscara en la frente y la boquilla del regulador colgada junto a su codo.

Crane se volvió hacia Mavranos antes de poner las dos cosas en su sitio.

–Si… digamos que si pasan cuarenta y cinco minutos y no he vuelto puedes largarte dijo-. El dinero está en un calcetín envuelto con mis pantalones.

Mavranos asintió estólidamente.

–De acuerdo.

Crane apartó la máscara de su frente y se la puso sobre la cara. Después colocó la boquilla del regulador entre sus dientes, respiró por ella unas cuantas veces y pulsó el botón de purga para comprobar si el resorte de la aguja funcionaba bien, y acabó colocando un pie sobre la borda.

"Eh, Pogo", oyó que decía Mavranos. Su voz quedaba debilitada por la tira de la máscara y la espuma de neopreno de la capucha.

Crane se volvió. Mavranos le estaba alargando la mano y Crane la estrechó con la suya.

–No la cagues dijo Mavranos-.

Crane formó un círculo con el pulgar y el índice. Después pasó por encima de la borda y saltó al agua con los pies juntos y la mano derecha puesta detrás de la cabeza para sostener el depósito hacia abajo.

Chocó con el agua, y se sumergió oyendo el chisporroteo de las burbujas ahogado por la capucha del traje de goma.

El agua debía de estar a cero grados y, como siempre, la primera parte de su cuerpo que quedó empapada fue la ingle. Crane dejó escapar un relincho a través del regulador y una nube de burbujas salió despedida y desfiló por delante del cristal de la máscara.

Tragó saliva, movió la mandíbula sintiendo el chasquido en sus oídos al igualarse la presión y empezó a respirar. "Despacio y a fondo se dijo mientras movía los pies por el agua sin fondo-. Si no vas con cuidado el frío hará que empieces a respirar deprisa y tragues poco aire."

Se estaba hundiendo poco a poco. Crane se relajó y dejó que su cuerpo se fuera sumergiendo. La visibilidad era terriblemente mala. Un polvillo compuesto por algas de un verde amarronado flotaba en el agua que se iba oscureciendo rápidamente, e hilachas que parecían copos de cereales hinchados giraban a su alrededor.

Cuando llegó a los dos metros de profundidad atravesó uno de los planos de diferencia de temperatura llamados termoclinas, y el repentino enfriamiento del agua hizo que volviera a lanzar otro relincho. Crane extendió los brazos y movió las piernas deteniendo su descenso.

Podía ver el borroso perfil de la pendiente de la isla a través de la neblina de algas. Las rocas del tamaño de adoquines estaban recubiertas por una especie de pelusa viscosa de un color entre marrón y amarillo, y Crane se preguntó cómo se las arreglaría para reconocer una cabeza cercenada entre aquellos bultos.

Pero entonces recordó que cuando había visto al pescador estaba un poco más lejos de la isla. Crane empezó a nadar abriéndose paso por entre aquel líquido oscuro y fangoso impulsándose con potentes patadas mientras sentía el tirón en los tendones de sus empeines a cada movimiento.

La cuchillada que se había asestado hacía ocho días en la pierna izquierda no tardó en dolerle.

Las rutinas repetitivas del respirar y el mover las piernas para impulsarse empezaron a hipnotizarle. Crane recordó zambullidas en la costa de Catalina después de las lluvias de primavera en que la visibilidad alcanzaba hasta los treinta metros de azul cristalino, y el plano-frontera entre la capa superior más dulce y la más salada que había debajo era una línea de refracción ondulante que hacía pensar en el bailoteo de la calina sobre una autopista; y recordó haber bajado hasta el fondo de los estanques creados por la marea en La Jolla para coger pulpos diminutos y acariciar

temblorosas anémonas que tenían todos los colores del arco iris y haber tenido que desenredarse pacientemente de las largas tiras gomosas del kelp que le habían atrapado; y cómo en una ocasión había rozado sin querer la hebilla de apertura de su cinturón de lastre con un codo y había visto cómo caía hasta perderse en la nada girando a través del agua tan límpida que parecía un espejo.

Lo único que podía oír era el eco metálico de su respiración resonando en la botella de acero del oxígeno, y el aire que tragaba en lentas aspiraciones absorbiéndolo por la válvula del respirador estaba frío y tenía un sabor metálico y, como le ocurría siempre que practicaba el submarinismo y sin que Crane hubiera podido averiguar nunca el porqué, el aire que llegaba a su boca parecía estar saturado de arenilla en suspensión.

Echó varios vistazos a su reloj y al indicador de la presión, pero llevaba un rato sin comprobar ninguno de los dos aparatos cuando empezó a oír un sonido casi imperceptible distinto al de su respiración.

Era un sonido estridente y rítmico, una mezcla de crujido y arañazo demasiado lento para ser el eco de un motor. La neblina de algas le impedía averiguar si estaba subiendo o bajando, y Crane procuró respirar despacio y con regularidad mientras recordaba que contener la respiración en un ascenso submarino podía significar el que acabaras con un pulmón perforado sin ningún aviso previo fuera cual fuese la distancia recorrida.

El sonido que estaba oyendo era música, una melodía al estilo de los años cuarenta con muchos instrumentos de viento.

Crane arqueó la espalda, extendió los brazos hacia adelante y se quedó inmóvil en la penumbra opaca de las aguas marrones. ¿Sería lo que estaba buscando? ¿Iba a ocurrir algo? En una ocasión había visto una especie de sirena que se suponía era sumergida en el agua para guiar a los buceadores en el trayecto de vuelta a las embarcaciones, y también había oído hablar de altavoces submarinos terriblemente caros, y había leído en algún sitio que era posible seguir el rastro de los submarinos mediante la música que sonaba dentro de los camarotes…

Pero nunca había oído música estando debajo del agua.

El sonido se había vuelto más claro. La canción era Begin the Beguine, y Crane no tardó en poder oír un ruido de fondo que no cabía duda estaba formado por risas y conversaciones.

"Un viejo Rey muerto", pensó con un estremecimiento en el que había algo más que temor o preocupación, y volvió a impulsarse hacia adelante moviendo las piernas.

Una columna de piedra en forma de pirámide recubierta de protuberancias nudosas fue materializando su silueta en la penumbra por delante de él. Crane volvió a erguirse en el agua permitiendo que el CRF a medio hinchar le mantuviera en un estado de flotabilidad neutral, y fue impulsándose con las manos para acercarse lo más despacio posible a la torre sumergida.

El aire que siseaba en el regulador cuando inhalaba estaba más caliente que hacía unos momentos, y llevaba consigo los olores del humo de los cigarrillos, la ginebra y el papel de los billetes.

Cuando estuvo a un metro del objeto pudo ver que el bulto que había en lo alto de aquella especie de columna era una cabeza, un cráneo envuelto por algas en vez de por carne.

Los pómulos y las cuencas oculares se habían convertido en coral, y una perla de gran tamaño relucía en la órbita izquierda.

Crane comprendió que aquel cambio marino era una reparación de los daños sufridos, una especie de curación póstuma, y pensó en la cabeza de querubín con las dos varillas metálicas atravesándole la cara dibujada en la carta de la baraja Lombardía Zeroth.

La música sonaba más fuerte, y Crane casi pudo distinguir palabras en el telón de fondo de las voces y las risas. Sus fosas nasales captaron con toda claridad el olor del bistec a la plancha y la salsa bearnesa.

Crane extendió lentamente un brazo a través del agua fangosa, y acarició la perla que era el ojo de la cabeza con la yema de su dedo índice.

40

La mosca Y retrocedió violentamente dejando escapar un chorro de aire en un involuntario grito de sorpresa.

Estaba sentado en una silla junto a una mesa delante del hombre al que había visto pescando en el bote, y se encontraban en una habitación alargada de techo bajo con dos grandes ventanales detrás del pescador que permitían ver un cielo azul lleno de sol.

Crane permaneció lo más inmóvil posible.

La boquilla del regulador seguía estando entre sus dientes, pero ya no llevaba una máscara de buceo y a pesar de eso podía ver con toda claridad, lo cual quería decir que estaba fuera del agua.

Movió un brazo con mucha lentitud y se sacó el regulador de la boca.

Y su boca se llenó al instante de agua del lago. Crane volvió a ponerse la boquilla del regulador entre los labios y expulsó el agua por la válvula de salida.

"De acuerdo -pensó asintiendo para sí mismo mientras intentaba contener el pánico que amenazaba con adueñarse de él-. Sigues estando debajo del agua. Esto es una visión…, una alucinación. Este hombre debe de ser el famoso Rey muerto."

Crane aún no quería enfrentarse a la mirada de su anfitrión, y fue moviendo la cabeza lentamente de un lado a otro para contemplar la habitación. Una gran viga de cemento atravesada en ángulo recto por vigas de madera corría a lo largo del techo; paisajes enmarcados colgaban de las paredes color crema y divanes, sillones y mesas estaban esparcidos como al azar sobre la enorme alfombra marrón claro. Las ventanas abiertas que había detrás de su anfitrión le permitieron oír risas y el chapoteo indicador de que alguien acababa de lanzarse a una piscina.

Todo aquello resultaba confuso y difícil de entender.

El aire que había en su boca olía levemente a cloro, y por debajo de ese olor estaban los débiles aromas del cuero y la loción para después del afeitado.

Crane acabó volviendo la mirada hacia el hombre sentado al otro lado de la mesa.

Y, una vez más, vio que parecía tener treinta y pocos años, cabellos castaño oscuros alisados hacia atrás gracias a la brillantina, labios gruesos y ojos con pestañas muy largas que hacían que su leve sonrisa pareciese ocultar un secreto. Una chaqueta a rayas de corte excelente abierta revelaba una camisa de seda blanca con unas solapas muy grandes.

La reluciente superficie de la mesa que se interponía entre ellos contenía dos terrones de azúcar envueltos en papel, una lata de insecticida Flit, una copa dorada parecida a un cáliz y una hoja oxidada y sin mango que mediría unos quince centímetros de longitud.

Crane se acordó de que las copas eran su palo en la baraja del tarot, y alargó una mano -vio que él también parecía llevar una camisa de seda con

gemelos de ónice, cosa que no le sorprendió demasiado- y señaló la copa.

El hombre sonrió, aparentemente complacido, y se puso en pie. Crane vio que llevaba unos pantalones a rayas de cintura muy alta que hacían juego con la chaqueta, y unos zapatos de cuero con las punteras muy puntiagudas que parecían bastante caros.

–Sigues siendo tú -dijo el hombre, y Crane se dio cuenta de que la voz no estaba del todo sincronizada con el movimiento de los labios-. Temía que no fuera así. – Metió una mano dentro de su chaqueta y sacó de ella una reluciente pistola automática. Crane se tensó disponiéndose a saltar sobre él, pero el hombre cogió el arma por el cañón y la dejó encima de la mesa delante de Crane-. Cógela. El seguro no está puesto, y hay una bala en la recámara. Lo único que has de hacer es echar el percutor hacia atrás y apretar el gatillo.

Crane cogió el arma. Era una Springfield Arms del calibre 45 con cachas de madera, y pesaba bastante. Después de haberla cogido se quedó inmóvil durante unos momentos preguntándose si su anfitrión quería que hiciera algo con ella, y un instante después vio que el hombre se daba la vuelta hasta quedar de espaldas a él. Crane se encogió de hombros, y deslizó la pistola automática debajo del cinturón de los pantalones grises que habían sustituido a los pantalones de goma negra del traje de buceo.

El hombre fue hacia una puerta corredera de cristal abierta que había en una esquina del lado de la habitación que daba a la piscina, miró hacia atrás y le indicó que le siguiera con una mano pulcramente manicurada.

Crane se puso en pie -se dio cuenta de que llevaba zapatos en vez de pies de pato y de que no parecía sentir el peso del tanque de oxígeno sobre su espalda-, cruzó la alfombra y siguió a su anfitrión hasta salir a una pequeña terraza cuadrada.

Debajo de ellos había una extensión de césped puntuada por palmeras que llegaba hasta la franja de cemento que circundaba la piscina, y al otro lado de la piscina estaba el casino, un edificio pintado de color verde pistacho. Más allá del casino y de la angosta franja de la autopista el desierto se extendía hasta confundirse con el horizonte, y Crane tuvo que inclinarse sobre la barandilla de la terraza y mirar a su derecha para ver el edificio más próximo, una estructura no muy alta situada al otro lado de la autopista a un kilómetro en dirección norte.

La reconoció. Había estado allí muchas veces cuando era pequeño.

Era el Last Frontier, una mezcla de rancho, casino y motel decorado al estilo del oeste detrás del que había una "calle" formada por edificios de pueblos fantasma desmontados y vueltos a montar allí que servía para entretener a los niños.

Después fue vendido, se volvió a abrir en 1955 después de que se le cambiara el nombre por el de New Frontier y acabó siendo derribado en 1965. El Casino Frontier en el que había estado jugando al póquer la semana pasada había sido construido en 1967 en el mismo sitio.

Y, naturalmente, sabía dónde se encontraba. Miró hacia abajo y se estremeció al ver la rosaleda que tan bien recordaba.

Estaba en el nivel de apartamentos-terraza del Hotel Flamingo tal como había sido el lugar a comienzos del año 1947 antes del asesinato de Benjamin Siegel, popularmente conocido como "Bugsy", aunque casi nadie se había atrevido a utilizar aquel apodo delante de él. Ése era el aspecto que había tenido el Flamingo cuando era el único casino-hotel elegante de Las Vegas, cuando sus cuatro pisos lo habían convertido en el edificio más alto que había en un radio de quince kilómetros.

Crane se irguió y contempló al hombre vestido con elegancia un tanto chillona que tenía delante. Intentó decir "Señor Siegel", pero sólo consiguió soltar aire por el regulador.

–Sabes qué sitio es éste -dijo Siegel.

Crane captó una débil huella de acento neoyorquino, y se dio cuenta de que el sonido había conseguido sincronizarse con el movimiento de los labios.

Crane asintió.

–Mi castillo… -dijo Siegel girando sobre sí mismo y volviendo a entrar en la sala-.

Tu padre probablemente te trajo aquí después de disparar contra mí.

Se detuvo delante de una librería adosada a la pared cuya parte inferior estaba incrustada en la mampostería. Siegel le guiñó un ojo y levantó el estante que estaba al nivel de su rodilla esparciendo los libros por el suelo. Debajo del estante en vez del estrecho recinto de un armarito había un pozo rectangular que se iba alejando hasta perderse en la oscuridad que había más abajo con una escalerilla de madera instalada en la pared del otro lado.

–Caja fuerte y escondite -dijo Siegel.

Arrojó el estante a un lado, fue hasta la mesa y volvió a sentarse.

–Siéntate -dijo Siegel.

Crane cruzó la alfombra y se instaló en el borde de la silla que había delante de Siegel consciente del bulto duro de la pistola automática que llevaba debajo del cinturón. Se recordó que debía respirar despacio y con regularidad sin contener el aliento en ningún momento. En el mundo real del año 1990 podía estar subiendo o bajando, e incluso era posible que estuviese flotando en la superficie del lago.

–En una ocasión John Scarne me enseñó un truco para proponer una apuesta -dijo Siegel, y empezó a desenvolver los terrones de azúcar. Después dejó los cubitos blancos encima de la mesa y desenroscó la parte superior de la lata de Flit-. Se llama la mosca.

Siegel metió una mano debajo de la mesa y cogió el micrófono de un intercomunicador.

–Eh, chef -dijo -. Aquí Benny. Jack está aquí y necesitamos una mosca viva.

Soltó el micrófono, y éste se disolvió convirtiéndose en humo.

Siegel introdujo un dedo en la lata de insecticida y rozó la parte superior de cada terrón con la yema.

–Una vez le gané diez de los grandes a Willie Moretti con este truco en esta misma habitación. Verás, la idea es que apuestas sobre en qué terrón de azúcar se posará la mosca. Parece una apuesta cincuenta-sobre-cincuenta, ¿verdad? Pero lo que haces es dar la vuelta a los terrones para que el que ha escogido el otro jugador tenga la cara con DDT arriba, y dejas el segundo terrón con la cara del DDT abajo. La mosca siempre acaba posándose encima de la cara que no está envenenada, y tú ganas la apuesta.

Un golpecito suave resonó en el pasillo detrás de Crane. – ¡Entre! – dijo Siegel.

Crane oyó el ruido de una puerta abriéndose, y un instante después una silueta vestida de frac pasó junto a su espalda y se detuvo al lado de su silla. Siegel señaló la mesa.

Crane consiguió no gritar a través del regulador, pero en cuanto vio la mano del camarero del servicio de habitaciones se retorció en su asiento echándose hacia atrás.

Era la mano de un esqueleto, y los huesos estaban cubiertos de algas húmedas de color marrón. Los largos dedos depositaron delicadamente una

cajita de cartón con la tapa agujereada de la que brotaba un estridente zumbido encima de la mesa.

Uno de los ojos de Siegel se había vuelto blanco y había adquirido el lustre de una perla, pero su anfitrión sonrió a Crane y dio la vuelta a uno de los terrones de azúcar y después levantó la tapa de la cajita.

La mosca era un insecto zumbante que parecía tener el tamaño de una ciruela. Un instante después ya estaba fuera de la cajita y había empezado a revolotear alrededor de la mesa con sus patas multiarticuladas colgando fláccidamente debajo del cuerpo rechoncho.

Crane se encogió sobre sí mismo para apartarse de ella, pero la mosca ya estaba trazando círculos sobre los terrones de azúcar.

–Digamos que apuestas cinco de los grandes a que se posa encima de ése -dijo Siegel con voz jovial señalando el terrón que tenía la cara untada con DDT hacia arriba.

La mosca se posó sobre el otro terrón. Sus largas patas parecieron abrazar el cubo de azúcar, y su cabeza empezó a moverse sobre la superficie.

La luz que entraba por las ventanas se estaba debilitando. Siegel movió una mano morena y varias lámparas se encendieron proyectando una claridad amarilla sobre la mesa. El movimiento había asustado a la mosca haciendo que emprendiera el vuelo, y mientras volvía a trazar lentos círculos por el aire Siegel cogió el terrón que el insecto había despreciado y lo arrojó por encima de su hombro. El terrón salió volando por la ventana.

–Eso era para apostar -dijo Siegel. Su voz se había vuelto un poco rasposa, y Crane le miró. La piel bronceada de la mejilla de Siegel se estaba desprendiendo y dejaba al descubierto la rugosa superficie azulada del coral-. Esto es… una lección.

La mosca volvió a posarse sobre el terrón de azúcar y empezó a mordisquearlo. Crane pudo oír un rechinar casi imperceptible.

–Sabe que hay un terrón envenenado -jadeó Siegel-, pero no se ha dado cuenta de que es éste. Ve la cara dulce y comestible, y no sabe que esconde el mismo veneno.

Unos puntitos parecieron materializarse y esfumarse sobre la cara del terrón convirtiéndolo en un dado blanco; y un instante después las marcas que aparecían y desaparecían en la penumbra de la sala parecieron convertirse en figuras de las cartas.

La mosca estaba arrojando a un lado fragmentos del terrón en su apresuramiento por devorarlo, y su cabeza erizada de pelos había quedado enterrada en el agujero que había hecho en el cubo de azúcar.

Y de repente la mosca se estremeció y cayó del terrón. Quedó acostada de espaldas moviendo sus largas patas en el aire mientras un líquido oscuro brotaba de su cabeza.

–Comprende su error cuando ya es demasiado tarde -dijo la voz enronquecida de Siegel.

Las ventanas que había a su espalda estaban cerradas y, como si se hubieran convertido en los paneles de un inmenso acuario, Crane pudo ver las aguas llenas de algas del Lago Mead moviéndose lentamente detrás de él.

Las paredes y el mobiliario se estaban disolviendo, y la luz se debilitaba muy deprisa.

La cabeza de Siegel flotaba en la penumbra humeante delante del rostro de Crane. La cabellera había desaparecido, y la piel se había convertido en una lustrosa superficie lisa salvo allí donde se veía el coral.

–Me mató -rechinó la cabeza-. ¡Me reventó un ojo de un disparo, me cortó la cabeza en la funeraria y la arrojó al lago! Haz esto también en memoria mía.

El reborde de goma de la máscara de buceo volvió a ejercer presión sobre el rostro de Crane y sus lados le obstruyeron la visión periférica, y pudo sentir el deslizarse de la delgada capa de agua que había entre su piel y el traje de neopreno. Cuando se alejó de la cabeza que reposaba en el extremo de la columna impulsándose con las piernas sus pies de pato le desplazaron una considerable distancia hacia atrás, y la cabeza se convirtió en un bulto que coronaba la columna y que apenas podía verse entre las aguas fangosas.

Crane se debatió espasmódicamente respirando a toda velocidad por la boquilla del regulador, y avanzó rápidamente a través del agua fría y sucia.

"De acuerdo -se dijo nerviosamente-, piensa. ¿Qué he sacado en claro de todo esto? Me he enterado de que mi padre mató a Bugsy Siegel, quien al parecer fue Rey antes que él. Pero ¿qué hago ahora? ¿Qué se supone que he de hacer…, echar un terrón de azúcar envenenado en el café de mi padre o algo por el estilo?"

Fuera lo que fuese lo que había ocurrido en el lago estaba claro que había terminado.

Crane giró sobre sí mismo y empezó a nadar en la dirección por la que había venido. Su pierna izquierda estaba rígida y dolorida, y cada vez que respiraba podía oír un brooong metálico en el tanque de oxígeno, una señal inequívoca de que le quedaba poco aire.

Arqueó la espalda hacia arriba disponiéndose a subir hacia la superficie…, y vio las siluetas de dos buceadores moviéndose por encima de él. Los dos llevaban fusiles lanza-arpones.

Y estaba claro que ambos acababan de captar su presencia. Los buceadores se doblaron sobre sí mismos y empezaron a bajar extendiendo los fusiles lanza-arpones hacia él.

Crane se retorció con una mezcla de sorpresa y horror, y empezó a debatirse con la esperanza de bajar lo más deprisa posible hacia las oscuras profundidades del lago, pero los arpones le golpearon un instante después.

Uno de ellos le hizo girar la cabeza al arrancarle la máscara, y el otro chocó con la hebilla y la gruesa trama de su cinturón de lastre. Crane se dio cuenta de que el segundo impacto le había herido.

Los espolones se habían enganchado en el desgarrón de su traje de goma, y Crane pudo sentir el tirón hacia arriba. Si el arpón quedaba suelto el buceador lo recuperaría tirando del cable, volvería a cargarlo en el fusil y haría un segundo disparo. El otro buceador probablemente ya estaba recuperando su arpón, y quizá ya lo tuviera en la mano y estuviera recargando el arma.

Crane se llevó las manos al cinturón y agarró el astil del arpón enganchado. Un instante después encontró el cable y tiró de él impulsándose hacia el buceador.

Crane tenía los ojos abiertos, pero ya no llevaba puesta la máscara. No podía ver nada en el agua fangosa, y tenía que exhalar por la nariz como si fuese un novato. A pesar de su pánico una parte de su mente volvió a oír la música, Begin the Beguine, y la confusión de risas y conversaciones en voz alta.

Un instante después Crane vio la masa borrosa del buceador encima de él a pesar de haber perdido la máscara y en el mismo instante el cable se aflojó entre sus dedos. El buceador había soltado el fusil lanza-arpones, y

probablemente se estaría preparando para agarrar a Crane y liquidarle con un cuchillo.

Estaba muy cerca…, a sólo dos metros de distancia.

Crane actuó sin pensar. Movió la mano hacia atrás y volvió a cerrar los dedos sobre su cinturón…, y descubrió que la 45 de Siegel estaba allí. La sacó e hizo retroceder el percutor mientras la alzaba y apuntaba el cañón hacia la silueta, tan cercana que ya podía sentir cómo removía el agua, y apretó el gatillo.

La pistola disparó aunque Crane no vio ningún destello, y estar debajo del agua hizo que el sonido del disparo pareciese un grito enronquecido.

Crane vio cómo la silueta se convulsionaba encima de él.

"Cristo, le he herido, puede que le haya matado -pensó Crane confusamente -. ¿Cómo iba a saber que una 45 puede disparar debajo del agua?"

Oyó un chasquido ahogado y la correa de la máscara tiró de su garganta. El otro buceador había vuelto a disparar su fusil y el arpón había vuelto a chocar con la máscara de Crane, rompiéndola y haciendo que se balanceara por debajo de su oreja derecha.

Crane alzó su mano libre y agarró el astil del arpón mientras su otra mano levantaba la 45 que había vuelto a quedar amartillada automáticamente.

Sus ojos intentaban ver algo en aquellas aguas llenas de suciedad mientras los veloces regueros de burbujas que brotaban de su nariz giraban delante de su rostro…, y un instante después Crane descubrió que volvía a ser capaz de ver con su ojo de plástico.

Una silueta de un blanco luminoso recortada contra un fondo negro que habría podido ser el cielo nocturno venía hacia él. Era un buceador con máscara y pies de pato pero, como en una doble exposición fotográfica, también era un Rey barbudo vestido con una túnica y el objeto que sostenía ante él era al mismo tiempo un fusil lanza-arpones y un cetro.

Crane alzó su brazo derecho viéndolo envuelto en una manga muy holgada y también en una funda de neopreno negro, y aunque sentía el roce de la automática del 45 en sus dedos le pareció que estaba sosteniendo un cáliz de oro.

Su tanque de oxígeno resonaba con cada inspiración que hacía -brooong, brooong-, y no llenar de aire los pulmones a través del regulador

estaba empezando a exigirle un considerable esfuerzo.

"Tienes que disparar -se dijo intentando acallar el estridente gemido de desesperación que resonaba dentro de su cabeza-. Tienes que apretar el gatillo y matar a otro hombre…, y de todas formas puede que la pistola se niegue a disparar por segunda vez debajo del agua."

La silueta que parecía fruto de una doble exposición fotográfica ya estaba casi encima suyo. Si el arma disparaba Crane no podía fallar.

Apretó el gatillo y el breve grito del disparo volvió a hacer temblar las aguas…, y un instante después Crane sólo pudo ver el agua sucia delante de su ojo izquierdo.

Se alejó impulsándose con los pies arrastrando el arpón consigo. El único tirón transmitido por el cable era el de un fusil lanzaarpones descargado, y Crane se sintió lo suficientemente seguro como para guardar la 45 debajo de su medio desgarrado cinturón de lastre.

Miró hacia arriba, extendió el arpón por encima de su cabeza y empezó a impulsarse rumbo a la superficie. Sin la máscara no podía ver lo deprisa que subían sus burbujas y no tenía ni la más mínima idea de a qué profundidad se encontraba, por lo que se obligó a mover las piernas despacio a pesar de que sus cansados pulmones le apremiaban a subir lo más deprisa posible.

Suponiendo que quedara algo de aire dentro del tanque sus pulmones ya no tenían la energía necesaria para aspirarlo, pero Crane mantuvo el regulador sujeto entre los dientes para que le ayudara a resistir el impulso cada vez más espasmódico de tragar el agua del lago.

Crane no paraba de exhalar por la nariz, pero ya no le quedaba mucho aire dentro de los pulmones. "Vamos, he de ser capaz de contener el aliento -pensó desesperadamente-. ¡Si el maldito tanque está vacío ya no hay presión que pueda reventarme un pulmón!"Pero recordó que en una ocasión vio cómo un buceador salía a la superficie con un pulmón reventado y el cristal de la máscara opacado por una espuma sanguinolenta, y siguió soltando aire por la nariz.

"Estoy yendo hacia abajo -pensó de repente, y sintió que le invadía una oleada de pánico -. Me he estado impulsando hacia abajo. Voy a llegar al fondo, no a la superficie…"

Se quedó inmóvil con el corazón latiéndole a toda velocidad y bajó la mirada hacia sus pies de pato y más allá de ellos para ver si el agua estaba

más iluminada en aquella dirección…, y de repente sus oídos emergieron del agua.

Echó la cabeza hacia atrás, escupió la boquilla del regulador y permaneció más de medio minuto flotando en la superficie con los ojos clavados en el cielo azul mientras se llenaba los pulmones con grandes bocanadas del aire cálido y seco. "Si estoy cerca de una embarcación de los malos que me disparen -pensó-. Por lo menos moriré con oxígeno en la sangre…"

Nadie le disparó. Pasado un rato cogió el CRF e hinchó el artefacto lo suficiente para poder flotar sin verse obligado a mover las manos o los pies.

Cuando alzó una mano para quitarse la capucha del traje de goma oyó una voz que gritaba su nombre. Crane giró sobre sí mismo y vio la Isla del Muerto, y a unos cien metros la motora con Mavranos en pie detrás del parabrisas.

Crane movió su mano libre. – ¡Arky! – chilló con voz enronquecida.

La motora rugió, enfiló su proa hacia él y empezó a aumentar de tamaño subiendo y bajando y lanzando chorros de espuma hacia los lados.

Crane esperaba que Mavranos podría manejar la motora lo suficientemente bien para no atropellarle…, y la posibilidad resultaba más preocupante porque Mavranos no paraba de mirar hacia estribor y señalaba algo con la mano.

Crane parpadeó para quitarse el agua de su ojo bueno y miró hacia allí. Mavranos estaba apuntando su revólver hacia algo.

Crane retorció la cabeza en esa dirección, y vio otra motora con un par de siluetas de pie en ella.

Y un instante después Mavranos ya había llegado y estaba haciendo girar la motora deteniéndola entre un arco de espuma, y el casco impidió que Crane pudiera ver la otra embarcación. – ¡Arriba, Pogo!

Mavranos arrojó un cable por encima de la borda. Crane lo agarró, tiró de él y se impulsó con las piernas y logró trepar a la motora a pesar de que seguía llevando puesto el tanque y el cinturón del lastre al precio de consumir sus últimas reservas de energía.

–Coge el arma -dijo Mavranos poniendo el revólver en la mano temblorosa y goteante de Crane-. Voy a salir de aquí.

Crane obedeció e intentó sostener el arma y apuntar el cañón hacia los hombres de la otra motora. – ¿Quiénes… son? – jadeó.

–No lo sé. – Mavranos se dejó caer sobre el asiento del piloto y empujó la palanca del gas hacia adelante -. Su jefe y otro tipo se sumergieron llevando fusiles lanza-arpones poco después de que bajaras -gritó Mavranos para hacerse oír por encima del rugido del motor-, y yo les miré y ellos me miraron, pero ni ellos ni yo teníamos una auténtica excusa para armar jaleo…, pero cuando uno de ellos volvió a la superficie se pusieron realmente nerviosos. Supongo que debía de ser su jefe.

Mavranos apartó una mano del volante para señalar, y Crane corrió el riesgo de apartar la mirada de la otra embarcación el tiempo suficiente para ver la cabeza oculta por la capucha y la máscara que asomaba de las aguas y se balanceaba fláccidamente de un lado a otro detrás de ellos. La estela de su motora hizo oscilar la cabeza en ese mismo instante, y Crane vio que se bamboleaba tan libremente como si fuese una pelota de baloncesto arrojada al lago.

–No saben si está muerto -dijo Mavranos -, y creo que nos conviene estar muy lejos de aquí antes de que hayan decidido qué van a hacer.

Crane permitió que su brazo tembloroso bajara el arma y se quedó inmóvil jadeando durante una docena de saltos y rebotes sobre las olas. Después se puso de rodillas, pulsó el botón de apertura de su cinturón de lastre… y aunque podía sentir el calor de la sangre deslizándose sobre su piel bajo el desgarrón del traje de goma contempló durante varios segundos el objeto que el cinturón había estado sosteniendo junto a su cuerpo.

Aún se lo podía reconocer como una pistola semiautomática, pero las cachas de madera habían desaparecido, la corredera había quedado soldada al marco por una capa de óxido y las costras marrones de la corrosión se habían ido acumulando sobre el agujero del cañón hasta dejar un orificio tan pequeño y de contornos tan irregulares que no habría dejado pasar ni una bala del calibre 22.

Crane dejó lo que había sido un arma sobre las protuberancias de la cubierta de plástico blanco, y pasado un momento se acordó de la herida de su flanco y alargó una mano hacia la hebilla del arnés que sostenía el tanque de oxígeno.

La sangre se había deslizado por debajo de la piel de neopreno goteando por su pierna hasta llegar muy cerca de la rodilla y le había empapado la ingle, pero el corte en sí no era muy profundo a pesar de que era bastante largo y los labios de la herida estaban considerablemente desgarrados.

Crane ató las mangas de su camisa alrededor de su cintura formando una bola con la tela encima del corte, y le pareció que la tela no tenía que absorber mucha sangre.

Cogió el arma corroída, avanzó tambaleándose hacia la proa y se dejó caer en el asiento contiguo al que ocupaba Mavranos. La caricia de la brisa del lago resultaba maravillosamente fresca sobre su pecho sudoroso y su cabellera mojada.

–Ése era…, era su jefe -dijo en voz alta-, y creo que está muerto. El lago se niega a aceptar la cabeza de un aspirante al trono muerto. Si hubiera muerto ahí abajo sería mi cabeza la que estaría asomando de las aguas.

Mavranos volvió la mirada hacia él y le contempló enarcando una ceja mientras entrecerraba los ojos. – ¿También mataste al otro tipo?

–Yo… Sí, creo que sí.

Crane había empezado a temblar. – ¿Con qué? ¿Con tu cuchillo?

–Un… Con esto.

Mavranos bajó la mirada hacia el montón de metal corroído que reposaba sobre el regazo de Crane y abrió mucho los ojos.

–Eso es una pistola, ¿verdad? ¿Qué hiciste, darles en la cabeza con ella?

Crane estaba apretándose el costado por encima de la curva de la pelvis. La herida le estaba empezando a doler, y se preguntó si las aguas del Lago Mead estarían lo bastante sucias como para que corriese un grave peligro de infección.

–Tendría que tratar de comer algo -dijo-. Te lo contaré todo mientras cenamos en Las Vegas. Ahora lo que tenemos que hacer es devolver esta motora y alejarnos lo más deprisa posible de estas montañas. El traje está demasiado manchado de sangre para devolverlo a la tienda, y un arponazo desgarró el cinturón del lastre… Meteré todo el equipo dentro de la bolsa y la hundiremos antes de llegar al atracadero. La tienda puede cargarlo en mi Visa.

Mavranos meneó la cabeza y escupió por encima de la borda.

–Hay que ver cómo tira el dinero esta jodida familia real.

Mavranos hizo retroceder la Suburban sacándola del aparcamiento del muelle y puso la primera, pero después de hacerlo se quedó inmóvil y alzó una mano señalando el parabrisas agrietado y cubierto de polvo.

–Mira eso, Pogo -dijo.

Crane se removió en el asiento y clavó la mirada en la hilera de coches aparcados que se cocían al sol enfrente de ellos. Había tres furgonetas blancas El Camino. – ¿Quieres ir a averiguar si El C tiene problemas con la corona?

–No -dijo Crane, quien llevaba puesta una camiseta de recuerdo del Lago Mead pero seguía temblando de vez en cuando -. No, larguémonos de aquí.

–Bueno, la verdad es que no creo que haga falta ir a husmear -dijo Mavranos. Puso en marcha la camioneta y bajó por la rampa que llevaba hasta la carretera. Un cartel avisaba de que Lakeshore Road quedaba a la derecha, y Mavranos hizo girar el volante en esa dirección-. Creo que has matado al Rey de los Amino Ácidos.

El hombre vestido con harapos estaba en el aparcamiento del centro comercial Fashion Show al otro lado del Strip delante del Desert Inn contemplando la caravana aparcada mientras se tiraba del dedo índice de la mano izquierda y se preguntaba cuándo conseguiría algo de comer.

Ya no podía disfrutar los almuerzos de gambas gratis en el Lady Luck de la Tercera junto a la estación de autobuses de la Continental Trailways - una camarera del local le había dado cinco dólares y le había dicho que si volvía a aparecer con aquellas pintas y oliendo tan mal avisaría a la policía-, pero Dondi Snayheever aún podía conseguir montones de palomitas de maíz gratis en los Slots of Fun del Strip.

Y en los abundantes bares y restaurantes baratos que había esparcidos por la ciudad se había tropezado con especímenes que tenían un aspecto mucho peor que el suyo.

Snayheever también había descubierto que el mendigar se le daba estupendamente.

Las siluetas oscuras de movimientos mecánicos solían convertirse en Personas reales cuando se aproximaba a ellas, aunque no durante mucho tiempo; y un instante después la Fuerza con su león humillado o el Ermitaño, o el hermafrodita desnudo que era el Mundo o los Amantes, suponiendo que se tratara de una pareja, dejaban caer monedas de oro en la palma de su delgada y sudorosa mano derecha. Las Personas siempre desaparecían a toda velocidad después de darle las monedas y dejaban en su lugar a los hombrecitos y las mujercitas hechos de sombras que lograban expresar una mezcla de vaga perplejidad, repugnancia y sorpresa ante lo

que acababan de hacer -a pesar de que sus rostros delgados como hojas de papel resultaban muy difíciles de ver-, y las monedas de oro se convertían en fichas y monedas de veinticinco centavos, pero Snayheever podía utilizarlas y probablemente resultaban más fáciles de gastar de lo que lo habrían sido auténticas monedas de oro.

Sabía sobre qué acantilado estaba destinado a bailar muy pronto, el próximo viernes, el Viernes Santo -había visto una foto en un expositor de postales en una tienda de recuerdos-, pero aún tenía que encontrar a su madre.

Y matar a su padre porque le había traicionado.

Esa última parte iba a ser bastante difícil porque su padre podía cambiar de cuerpos. El día anterior Snayheever había estado contemplando a las figuritas que se balanceaban en los trapecios del Circus Circus, y de repente había estado hablando con su padre -gumby gumby, pudding y pineal-, pero los guardias de seguridad le habían obligado a marcharse de allí y no había permanecido en contacto con él el tiempo suficiente para averiguar dónde se encontraba físicamente.

Los dedos de su mano derecha seguían ocultos debajo del sucio vendaje que envolvía su mano izquierda moviendo la fría carne del índice de un lado a otro.

Había visto a un hombre saliendo de la caravana aquella mañana, y estaba casi seguro de que era su padre. El hombre vestía una chaqueta de cuero blanca con lentejuelas cosidas, calzaba botas blancas de media caña y su cabellera había sido dominada con brillantina hasta formar un tupé realmente impresionante, pero se había metido en un taxi y se había ido antes de que Snayheever pudiera cruzar el aparcamiento y llegar hasta él; y debía ser consciente de la presencia de Snayheever porque se había mantenido alejado de la caravana desde aquel momento.

"No regresará hasta que me vaya -razonó Snayheever-. Cree que entonces podrá largarse en la caravana volviendo a dejarme tirado, pero pondré un localizador en su vehículo y así siempre podré saber dónde se encuentra."El dedo se desprendió por fin sin ningún dolor, pero con una débil vaharada pestilente. Snayheever lo sacó del vendaje y vio que se había vuelto de color negro. "Puede que me esté convirtiendo en un negro", pensó.

Fue hacia la caravana arrastrando los pies abriéndose paso a través del aire espeso que se oponía a su avance moviendo las manos como si nadara, se agazapó al lado del parachoques trasero e incrustó el dedo detrás de la placa de la matrícula.

Ya podía irse. Volvió a nadar a través del aparcamiento y fue hacia los Slots of Fun.

41

Caja fuerte y escondite La mañana del domingo Crane estaba sentado en la habitación de un motel cerca de Paradise con los ojos clavados en el teléfono. La brisa que brotaba del ruidoso aparato de aire acondicionado le hizo estremecer, y apretó con la mano el vendaje que le cubría el hueso de la cadera mientras se preguntaba si debería volver a cambiarlo.

Habían transcurrido casi veinticuatro horas desde que el arpón le había herido el flanco, pero la herida seguía sangrando. No sangraba mucho, pero cada vez que se quitaba la camisa y apartaba el vendaje Crane veía sangre fresca manchando la compresa.

Y sentía picores en el cuero cabelludo y en la cicatriz del tobillo, y un lento palpitar en la cuenca de su ojo derecho, pero aunque los músculos de sus brazos y sus piernas tendrían que estar doloridos por el ejercicio físico que había hecho ayer en el lago se sentía más fuerte y animado de lo que se había sentido en años.

Mavranos estaba sentado en una silla junto a la ventana deslizando un dedo sobre el delgado papel con que había envuelto uno de los McMuffins de salchicha con huevos, y Crane vio cómo se llevaba el dedo a la boca y lamía el queso que estaba empezando a solidificarse de nuevo. Mavranos tragó saliva, aunque al parecer tuvo que girar la cabeza para conseguirlo.

–Siento la garganta reseca sin importar lo mucho que trague – dijo con irritación-. Ni siquiera el agua me ayuda. – Miró a Crane, quien seguía apretándose el costado -. ¿Aún te sangra?

–Probablemente -dijo Crane.

–Bueno, está justo donde te dio la bala de Snayheever. Ese pobre costado no ha tenido ocasión de curarse.

Crane tomó un sorbo de su café. Mavranos había entrado la nevera en la habitación y estaba bebiendo de una lata de cerveza, naturalmente.

–Se supone que el Rey Pescador ha de estar herido -dijo Crane-. Puede que esto sea una buena señal.

–Me gusta tu manera de tomarte las cosas. Si se te cura siempre puedes volver a clavarte un cuchillo en la pierna. – Mavranos volvió la cabeza hacia la radio-reloj que había sobre la mesilla de noche-. Tu hombre probablemente sólo quería librarse de ti.

A mediados de la tarde del día anterior Crane había empezado a telefonear a los echadores de cartas y las tiendas de ocultismo y Nueva Era de la zona, y aquella mañana le habían dado el teléfono y la dirección de un librero de San Francisco especializado en barajas de tarot antiguas.

Al principio el librero había intentado que Crane se interesara en algunas de las barajas que se habían vuelto a imprimir en Europa el año 1977, que al parecer había sido declarado el seiscientos aniversario de los juegos de cartas y conmemorado como tal, pero cuando Crane le repitió el nombre de la baraja en la que estaba interesado y le dijo algunas de las cosas que le había dicho "Araña" Joe el librero se quedó callado durante tanto tiempo que Crane se preguntó si habría colgado el auricular. Después le pidió su número de teléfono y prometió que le llamaría.

–Quizá -dijo Crane-. Puede que me tomara el pelo.

Crane se preguntó si el librero le habría dado el número de teléfono de la habitación a alguna terrible Policía Secreta del Tarot, y si no tardarían en oír unos golpes en la puerta.

Lo que oyeron fue el timbrazo del teléfono, y Crane cogió el auricular. – ¿Hablo con el caballero que me preguntó por una baraja de tarot muy antigua? – preguntó el librero.

–Sí -dijo Crane.

–Estupendo. Siento el retraso… Tuve que esperar a que una empleada volviera de desayunar, y no quería hablar de este tema por el teléfono de la tienda. Estoy en una cabina telefónica. Eh… Sí, sé de qué baraja me está hablando. Al principio no la identifiqué porque no es buscada por los coleccionistas, y ni siquiera se la considera como una baraja antigua. Ninguna de las versiones que se conservan es anterior a la década de los treinta, aunque los dibujos parecen ser bastante antiguos, y tal como sugiere su nombre es posible que sean anteriores a las veintitrés cartas redescubiertas hace poco conocidas como cartas de Lombardía cuyo propietario ha escogido permanecer en el anonimato. Actualmente apenas

se utilizan dejando aparte unos cuantos psicoanalistas de vanguardia que no desean que se conozca ese hecho. La Asociación Médica Americana quizá no lo aprobaría, ¿hmmm? – ¿Psicoanalistas?

–Eso es lo que se me ha dado a entender. Son símbolos muy poderosos, ya sabe, y parece que resultan efectivos para revivir catatónicos y cosas parecidas…, en algunos casos es el equivalente a la terapia de electroshocks.

Crane oyó el retumbar de un camión pasando al lado de la cabina telefónica desde la que le hablaba el librero.

–Bueno -dijo el hombre cuando se le pudo volver a oír-, supongo que usted no es psicoanalista, pero que sabe algo acerca de esta baraja y esas cartas conocidas con el nombre de baraja Lombardía Zeroth. ¿Sabía que en estos momentos no hay nadie que las pinte? Hace tiempo existía una especie de gremio compuesto por unos cuantos hombres que podían… pintarlas, pero después de la guerra varios países europeos consideraron delito muy grave incluso el hecho de poseer una de esas barajas. No es algo que figure en los códigos legales, compréndame, pero a pesar de ello está considerado como un delito muy grave. Sí, muy grave… Pero da la casualidad de que conozco a una fuente. Debe comprender que esto exigiría una…, una considerable cantidad de dinero.

–Sí -dijo Crane.

–Claro, claro. Bueno, si pudiera traerme un depósito consistente en la mitad de lo que calculo que costará podré ponerme en contacto con la propietaria. Es una viuda bastante mayor que vive en Manhattan y guarda las cartas en… -El librero dejó escapar una risita algo nerviosa-, en una caja de plomo dentro de su bóveda de seguridad. Necesitaría…

Digamos que doscientos cincuenta mil dólares, preferiblemente en efectivo. Tiene veinte cartas de una baraja pintada en Marsella el año 1933 y…

–No -dijo Crane-, necesito una baraja completa.

"Y la necesito para este miércoles", pensó.

–Mi querido señor, el problema está en que no existe ninguna baraja completa. Por ejemplo, ni siquiera las colecciones Visconti y Visconti-Sforza contienen ejemplos supervivientes de las cartas del Diablo o de la Torre. Supongo que el…, el tratamiento de shock fue demasiado severo. Puedo afirmar con toda seguridad que suponiendo que exista alguna baraja

completa del tarot Lombardía Zeroth debe de estar en manos de alguna vieja familia europea, que no se halla a la venta y que su existencia ni siquiera sería admitida bajo ninguna circunstancia.

–Y una mierda -dijo Crane-. He visto dos barajas completas distintas, una en 1948 y otra en 1969, y he hablado con el hombre que pintó una de ellas.

Hubo un prolongado silencio al otro extremo de la línea.

–Y ese hombre… ¿Se encontraba bien? – preguntó por fin el librero en voz baja.

–Bueno, estaba ciego. – Esta vez fue Crane quien guardó silencio durante varios segundos-. Se…, se sacó los ojos hace veinte años.

–Vaya, vaya. Y usted ha visto las cartas…, una baraja entera de ellas. ¿Y qué tal se encuentra?

Crane se apretó el costado y observó con envidia cómo Mavranos tomaba un sorbo de cerveza.

–No muy bien.

–Volver a ver esas cartas no le ayudaría en nada, créame -dijo la voz que brotaba del teléfono-. Entreténgase resolviendo crucigramas o viendo los seriales de la televisión. De hecho, creo que lo mejor que podría hacer sería someterse a una lobotomía.

Hubo un chasquido y la comunicación se cortó.

–No ha habido suerte -observó Mavranos mientras Crane colgaba el auricular.

–No -dijo Crane-. Dijo que podía conseguirme parte de una baraja a cambio de medio millón de dólares, y después me dijo que debería hacerme una lobotomía.

Mavranos se rió y se puso en pie. Después se apoyó en la pared, acarició el pañuelo que llevaba anudado alrededor del cuello y lanzó una mirada de irritación a su lata de cerveza.

–No funciona, Pogo.

–Quizá no te las bebes lo bastante deprisa.

–Es posible. – Mavranos fue hacia la nevera y se inclinó para sacar otra lata-. Tu papi tiene una baraja.

–Claro, pero aun suponiendo que consiguiera dar con ella si las tuviera en mi poder él no podría utilizarlas, ¿verdad?

Mavranos parpadeó.

–Supongo que no. No se puede tener lo arcaico y comérselo…, ja, ja, ja. – Abrió la lata de cerveza-. Pero hace tiempo tenía otra baraja.

–Sí, la baraja con la que me dejó sin ojo. Probablemente no habrá vuelto a utilizarla porque está manchada con mi sangre. – ¿Crees que la tiró a la basura?

–Bueno… No. De hecho, creo que si tuvieras una de esas barajas y quisieras librarte de ella ni siquiera te atreverías a quemarla. Supongo que…

Crane se puso en pie y fue hacia la ventana. La brisa hacía que las palmeras se balancearan sobre el tráfico de la mañana.

–Supongo que la escondió junto con las otras cosas que podrían haber sido utilizadas para dañarle -dijo en voz baja. – ¿Sí? ¿Y dónde crees que escondería algo así?

Crane se acordó del último día que había pasado con su padre en el mes de abril del año 1948. Habían desayunado en el Flamingo, pero antes de entrar su padre había metido algo en un agujero que había hecho en el estuco debajo de los peldaños que llevaban a la entrada del casino. Crane aún recordaba los soles rodeados de rayos y las siluetas hechas con palotes arañadas en el estuco alrededor del agujero.

Pero aquel casino ya no existía. El edificio y la Torre del Champán que se alzaba en el extremo sur habían sido derribados en algún momento de los años sesenta, y el solar estaba ocupado por un enorme rascacielos de acero y cristal con el casino actual, mucho más grande que el antiguo, sirviéndole de planta baja.

Aun así seguía siendo el lugar que había pertenecido a su padre, el castillo en el erial propiedad del viejo…, su torre.

Crane se encogió de hombros.

–Vayamos a echar un vistazo por el Flamingo.

Al Funo golpeó el parabrisas del taxi con la yema de un dedo.

–Siga a esa camioneta azul -le dijo al taxista-. No la pierda y le saldrá a cuenta aunque tenga que seguirla hasta Los Ángeles.

La Glock de 9 milímetros cargada con dieciocho cartuchos de Remington 147 subsónicos granulados estaba dentro de la funda de su hombro, y llevaba el estuche de joyería en el bolsillo de la chaqueta. "Ya va siendo hora de que resuelva el asunto pendiente que tengo con Scott Crane -

pensó -. Le daré las buenas noticias… -se palmeó el bolsillo de la chaqueta-, y las malas", y se acarició el bulto que llevaba debajo del sobaco.

–No puedo salir de los límites de la ciudad -dijo el taxista.

–Entonces será mejor que rece para que no salgan de los límites de la ciudad -dijo secamente Funo.

–Mierda -replicó el taxista en un tono despectivo.

Funo frunció el ceño, pero se obligó a relajarse y observó la camioneta que tenían delante. Cogería un autobús para Los Ángeles aquella misma tarde. El Dodge en el que había estado durmiendo ya no funcionaba.

Cuando intentó ponerlo en marcha el sábado por la mañana en el aparcamiento del Marie Callender el motor había emitido el estrépito metálico más horrible que Funo había oído en toda su vida; pero unos instantes después había dejado de hacer ruido, y Funo había podido utilizar el Dodge hasta la noche anterior cuando pasó por encima de una protuberancia antivelocidad en el aparcamiento del supermercado Lucky de Flamingo Road. Aquel estrépito horrible volvió a brotar de debajo del capó y el motor dejó de funcionar para siempre. Funo había conseguido empujar el viejo Dodge hasta una plaza de aparcamiento y había pasado la noche durmiendo dentro de él.

Y mientras estaba desayunando aquella mañana alguien había entrado en el coche después de haber sacado la cerradura de la puerta del conductor. Funo no había descubierto que faltara nada, y a juzgar por las pelusas que había visto en el suelo los intrusos habían estado husmeando debajo del asiento delantero, pero Funo no tenía nada guardado allí.

Funo había empezado a balancearse ligeramente sobre el asiento del taxi sin apartar los ojos de la camioneta azul que tenían delante. "Cobrar la deuda -pensó nerviosamente -, darle lo suyo, tirar el martillo, venderle la granja, ponerle el culo en la mano, hacer que se coma sus calzoncillos…"

Mavranos aparcó la camioneta en el aparcamiento de varios niveles que se alzaba detrás de los edificios del Flamingo antiguo, y él y Crane salieron del vehículo y cogieron el ascensor para bajar hasta la calle. Después fueron por el Strip hasta la enorme estructura conocida con el nombre de Casino Hotel Flamingo Hilton.

Al norte de las grandes puertas del casino se estaba añadiendo una nueva fachada, y una alambrada separaba el tráfico del Strip de la tierra polvorienta que había debajo de la nueva fachada de cristal sobre la que

desfilaba una procesión de flamencos de cristal rosa de dos dimensiones, algunos de los cuales aún tenían adheridas las pegatinas del fabricante. Hombres tocados con cascos de plástico manejaban los martillos para colocar los encofrados de madera en las que se vertería el cemento, y Crane y Mavranos se detuvieron en la acera al lado de la alambrada y se apoyaron en ella para dejar pasar a las riadas de turistas. – ¿Dónde escondía sus secretos tu papi? – preguntó Mavranos.

Una mujer muy gorda y sudorosa que vestía un mono color naranja le miró mientras pasaba junto a ellos.

–Más o menos donde está trabajando ese tipo -dijo Crane -,pero han vuelto a edificar encima del solar. Ya no queda nada de los viejos tiempos.

Mavranos bostezó un par de veces, y luego frunció el ceño como si los bostezos no hubieran surtido el efecto esperado.

–Bueno, no me parece probable que las obras le pillaran por sorpresa. ¿Dónde crees que habría trasladado su escondite?

"Escondite -pensó Crane-. Caja fuerte y escondite…"

Se apartó de la alambrada.

–A un sitio que no haya cambiado desde los viejos tiempos. Vayamos a echar un vistazo al edificio del Flamingo original…, lo que ahora llaman el Edificio Oregón.

Volvieron por donde habían venido hasta llegar a la entrada principal, entraron en el edificio y avanzaron por la fría y ruidosa penumbra del casino serpenteando entre las hileras de máquinas tragaperras y la acumulación de mesas pegadas las unas a las otras -con Mavranos estirando el cuello a cada momento para ver las cartas esparcidas sobre las mesas de blackjack y, sin duda, deseando haberse traído consigo un pez dorado-, y acabaron saliendo por las puertas de atrás para seguir moviéndose bajo los rayos de sol que caían sobre el agua agitada por las zambullidas, el suelo color blanco hueso y los cuerpos bronceados untados de loción solar.

Y allí, al otro lado de la piscina de aguas cabrilleantes y enmarcado por los troncos curvados de las palmeras, se alzaba el edificio bajo y alargado que Crane siempre recordaría como el Flamingo.

Estaba pintado de un color marrón claro en vez del verde pistacho de antaño, habían atornillado balconcitos falsos de hierro forjado a la mitad inferior de las ventanas, y la angosta terraza sobre la que había creído estar con Benjamín Siegel al lado el día anterior quedaba oculta por paredes -

aunque Crane creyó poder distinguir sus contornos-, y a la derecha el cielo quedaba oculto por otra ala de gran altura del Flamingo Hilton y a la izquierda se alzaba una grúa enorme más allá de la cual se divisaban las torres coronadas por tejados estilo pagoda del Imperial Palace; pero aquel edificio descuidado y casi olvidado que yacía a los pies de los gigantes era el corazón del Flamingo, el corazón del Strip y de toda la ciudad de Las Vegas.

–Tu lugar preferido, papá -dijo Crane en voz baja mientras ponía los pies sobre la superficie de cemento y empezaba a reseguir el lado derecho de la piscina.

Crane y Mavranos empujaron una de las angostas puertas de cristal del Edificio Oregón y empezaron a pasear por el silencio de la rotonda cubierta por una moqueta verde. Crane golpeó un muro con los nudillos y captó el frío silencio del mármol debajo del papel de pared. Siegel había construido su castillo para que fuese lo más sólido posible.

Cogieron el ascensor y subieron al cuarto piso, pero en una de las puertas de doble hoja de lo que había sido la suite con terraza de Siegel había una placa sobre la que se leía "Suite Presidencial", y Crane pensó que fuera quien fuese el pez gordo que ocupaba la suite no dejaría que un par de tipos con aspecto de vagabundos entraran en ella y empezaran a quitar las estanterías de su librería.

Volvieron a coger el ascensor para bajar, salieron por una de las puertas de atrás y se encontraron en una pendiente cubierta de césped adornada por un flamenco de metal rosa. Crane recordaba un aparcamiento y un par de bungalows detrás de los que sólo había desierto, pero aquello también había desaparecido y había sido sustituido por una calzada de cemento y el Edificio Arizona, con una nueva estructura para aparcar asomando por encima de su tejado. – ¿Cavamos debajo de ese flamenco? – sugirió Mavranos.

Crane había vuelto la mirada hacia el apartamento de Siegel.

–En la…, la visión o la alucinación tenía una escalerilla escondida debajo de la librería -dijo con voz pensativa-. Parecía muy larga, y supongo que debía de terminar en el sótano. – Señaló un camino a la izquierda que llevaba hasta una entrada de servicio y entregas subterráneas-. Vayamos por ahí.

–Espero que sean indulgentes con los intrusos en esta ciudad -gruñó Mavranos mientras se ponían en movimiento.

–Finge que estás borracho y diles que estabas buscando el lavabo de caballeros.

–Creo que estoy borracho, y no me molestaría en lo más mínimo encontrar un lavabo de caballeros.

Mavranos sacudió un paquete de Camel hasta sacar un cigarrillo y lo encendió caminando de espaldas para proteger la llama de la corriente de aire. Después ofreció el paquete a Crane.

–No, gracias -dijo Crane.

–No has fumado un cigarrillo desde que saliste de las aguas del lago -observó Mavranos-. ¿También has decidido dejar ese vicio?

Crane se encogió de hombros.

–No me apetece. Creo que me ha dado por llevar una vida sana.

El camino que hacía pendiente no tardó en alejarles de la luz del sol, y les llevó a una zona de carga situada debajo del edificio. Una cinta transportadora bastante ancha llegaba hasta la superficie del muelle de carga, y grandes cajas de papel higiénico Soft Blend estaban amontonadas sobre las dos púas del soporte de un toro de pequeñas dimensiones aparcado junto a ella.

En el extremo opuesto del muelle de carga había una ventanilla de madera verde con un mostrador y un cartel en el que se leía NO SE ATIENDE A REPRESENTANTES colocado sobre la pared que se veía al otro lado. La ventanilla estaba vacía, y Crane pasó junto a un cubo de fregona de plástico y subió a toda prisa los tres peldaños. Mavranos iba detrás de él lanzando maldiciones ahogadas.

Un instante después estaban en el extremo sur de un pasillo muy largo con un montón de containers azules provistos de ruedas alineados a lo largo de la pared. Tuberías pintadas de blanco colgaban del techo, y su presencia hizo que Crane tuviera la impresión de que el techo era de bambú.

–La escalerilla tendría que bajar…, más o menos por ahí -dijo.

Avanzó por el pasillo intentando mantener grabadas en su mente la forma y las dimensiones del edificio.

Todas las puertas que iban dejando atrás tenían un letrero sobre el que se leía NO HAY SALIDA escrito en letras rojas, pero Crane se detuvo delante de una de ellas y trató de hacer girar el picaporte. La puerta se abrió

y entraron en una habitación de techo muy alto en la que palpitaba un enorme calentador de agua. Las tuberías y los diales obligaban a agacharse para ir de un lado a otro, pero Crane se encorvó y fue hasta el otro extremo de la habitación…, y se quedó inmóvil durante varios segundos contemplando la escalerilla de madera atornillada a la pared de cemento que desaparecía en la oscuridad del pozo que había arriba.

Crane estaba seguro de que llevaba hasta la librería de la suite de Siegel.

"Está claro que no fue una alucinación -pensó -. Ayer hablé con el fantasma de Bugsy Siegel…"

Acabó apartando la mirada de la escalerilla y movió lentamente la cabeza de un lado a otro contemplando la habitación.

–Todo esto es demasiado nuevo -le dijo en voz baja a Mavranos, quien seguía inmóvil junto a la puerta-, pero juraría que vamos por el buen camino.

Mavranos entrecerró los ojos y contempló los tablones de madera aglomerada, el cemento y la maquinaria que no paraba de vibrar mientras olisqueaba la atmósfera que olía a desinfectante.

–Si tú lo dices… Salgamos de aquí, ¿de acuerdo?

Crane emergió de detrás de la masa de maquinaria que le había estado ocultando, abrió la puerta y asomó la cabeza por el hueco, pero no había nadie. Salió de la habitación seguido por Mavranos y siguieron avanzando por el pasillo.

El pasillo se fue volviendo más oscuro, y se estrechó hasta casi convertirse en un túnel con cañerías corriendo a lo largo de las paredes así como sobre sus cabezas. El suelo de linóleo verde estaba agrietado y lleno de manchas de humedad, y Crane no tardó en tener la sensación de que aquellas paredes y aquel techo eran más antiguos y habían sido construidos con mayor solidez. Como para confirmarlo se dio cuenta de que las grandes latas de color verde oscuro colocadas sobre un estante que le llegaba a la altura de la pantorrilla atornillado al muro oeste llevaban etiquetas en las que se leía que el departamento de Defensa Civil certificaba que contenían agua potable. Al parecer aquella sección del edificio era lo bastante sólida como para haber sido convertida en refugio antiatómico oficial.

Se acordó de los muros de mármol ocultos por el papel de pared de arriba.

–Siegel hizo construir este túnel -dijo en voz baja mientras avanzaba apoyándose en las cañerías tratando de aprovechar al máximo la luz de las bombillas protegidas por jaulas de alambre que había esparcidas por el pasillo para no golpearse la cabeza con alguna de las válvulas que colgaban del techo-. Creo que estamos en la ruta de huida de emergencia del antiguo Rey.

"Caja fuerte y escondite", pensó.

Y un instante después fue Mavranos quien lo vio.

El mango rojo de un cuchillo sobresalía de la pared delante de ellos, y Mavranos lo señaló con la mano.

–Supongo que aquí es donde practicaba el lanzamiento de cuchillo -dijo.

El mango del cuchillo asomaba de un círculo de cemento más fresco que tendría unos treinta centímetros de diámetro, y Crane se estremeció al ver las siluetas arañadas en los viejos ladrillos que había a su alrededor. Soles, crecientes lunares, figuras dibujadas con palotes que blandían espadas…

Mavranos había cerrado los dedos de una mano sobre el mango del cuchillo y estaba tirando de él, pero el cuchillo se negaba a moverse. Mavranos lanzó una maldición y tiró con más fuerza llegando al extremo de apoyar una pierna en la pared, pero al final tuvo que darse por vencido y se limpió la mano en los téjanos.

–No hay forma de sacarlo -jadeó.

Crane dio un paso hacia adelante teniendo la sensación de estar tomando parte en un ritual muy, muy viejo y curvó su mano derecha sobre la empuñadura de plástico que había quedado cubierta por el sudor de Mavranos. El cuchillo parecía ser del modelo que usaba el ejército suizo.

Tiró de él, y el cuchillo salió del círculo de cemento con tanta facilidad que Crane golpeó una de las latas de agua apiladas en la pared opuesta con la punta del mango.

–Lo aflojé -dijo Mavranos.

Crane mantuvo cerrado su ojo derecho. No quería ver el cuchillo bajo la apariencia de una espada medieval.

Ya estaba empezando a oír cosas.

Usó su ojo bueno para mirar a un extremo y otro del pasillo, pero no había nadie visible salvo él y Mavranos; por lo que Crane ignoró las voces de las Hermanas Andrews cantando Ron y Coca-Cola, las carcajadas y el

tintineo de las fichas que parecían ecos procedentes del otro lado de una esquina inimaginable.

Hizo girar el cuchillo hacia la pared este, colocó la punta sobre el cemento más reciente y ejerció presión. La hoja se abrió paso a través de él con tanta facilidad como si fuese cartón, y después de unos momentos de aserrar observado por Mavranos Crane dejó suelto el disco de cemento y lo empujó hacia dentro. – ¿Oyes…, oyes música? – preguntó Crane.

–No oigo nada aparte de mi corazón, y no quiero tener que empezar a preocuparme por él. ¿Por qué lo preguntas? ¿Estás oyendo música?

Crane no respondió. Lo que hizo fue mirar dentro del agujero.

El espacio que había en el interior del muro tendría un metro cúbico de volumen. Crane entrevió una carta de tarot muy antigua y de aspecto muy frágil -la Torre- sujeta con chinchetas a la pared del fondo de la pequeña recámara. La carta estaba del revés.

Cerró el cuchillo, se lo guardó en el bolsillo, sonrió nerviosamente a Mavranos y metió la mano en el agujero.

La movió de un lado a otro muy despacio tanteando cautelosamente el interior de la cavidad, y encontró una bolsita de tela que resultó estar llena de dientes y un espejito resquebrajado con un marco de concha de tortuga -¿qué debía haber reflejado en el pasado, o qué no había conseguido reflejar? – , y en un rincón descubrió tres bultitos duros que quizá fuesen semillas de granada y, finalmente, sus dedos encontraron la caja de madera que recordaba oculta debajo de todos aquellos objetos.

Crane la sacó del agujero y la abrió, y se estremeció al volver a contemplar los dibujos geométricos de apariencia tan inocente que adornaban el reverso de las cartas.

Dio la vuelta a la primera. Era el paje de copas, un joven de pie al borde de un acantilado que sostenía una copa en la mano, y una esquina de la carta estaba manchada. Crane lamió la mancha después de un instante de vacilación, y creyó captar un sabor a sal y hierro tan débil que casi resultaba imperceptible.

Las Hermanas Andrews empezaron a cantar "Sonny Boy".

Cua-a-a-ando el cielo está gris no me importa que el cielo esté gris…

–Salgamos de aquí -le dijo Crane a Mavranos con voz enronquecida.

Dejó todos los objetos dentro del agujero salvo la caja de madera, que se guardó dentro de su chaqueta Levi's.

Un hombre alto y moreno que llevaba una camiseta hawaiana, una gorra blanca y auriculares Walkman Sony sonreía mientras barría la parte de atrás del Edificio Oregón con el objetivo de su cámara de vídeo. Los cristales relucientes de unas gafas de sol ocultaban sus ojos.

–La entrada de servicio del sótano debajo del edificio en el lado sur -dijo por el micrófono de la cámara de vídeo sin dejar de sonreír-. Ahora.

–Entendido -dijo una voz por los auriculares.

El hombre hizo girar la cámara de vídeo hacia la zona de carga que había debajo del edificio y centró su objetivo en un joven vestido con un traje oscuro que estaba inmóvil junto a la pila de cajas de papel higiénico como si no supiera qué hacer. El joven sostenía en su mano derecha un objeto oscuro de forma oblonga, y el hombre de la cámara de vídeo buscó instintivamente el bulto de la automática que llevaba en la funda de su cadera derecha oculta por el faldón de la camisa. Su sonrisa se había ensanchado hasta mostrar un montón de dientes muy blancos.

–Ahora -repitió.

Dos hombres vestidos con uniformes marrones habían empezado a bajar un container de basuras por la rampa, y una ranchera con matrícula de Montana serpenteaba por el camino que unía los edificios Oregón y Arizona.

Uno de los hombres de uniforme dejó de empujar el container y fue hacia el joven del traje. Su conversación fue breve y el sonriente hombre de la cámara de vídeo no oyó ni una palabra de ella, pero un instante después el hombre del traje se había doblado sobre sí mismo pegando el mentón a las rodillas y los dos hombres de uniforme le inmovilizaron, le quitaron un arma y le arrojaron dentro del container que empezaron a empujar rampa arriba.

La ranchera se había detenido. Su puerta trasera estaba bajada, y el hombre del traje fue sacado rápidamente del container e introducido en el vehículo. Los hombres uniformados se instalaron en el asiento trasero con él y cerraron la puerta.

El hombre sonriente se había puesto la cámara de vídeo debajo del brazo y había empezado a cruzar la extensión de césped en dirección a la ranchera. Se quitó la gorra blanca y se sentó en el asiento contiguo al del conductor sin dejar de sonreír.

La ranchera volvió a ponerse en marcha, giró hacia el este dejando atrás la estructura del aparcamiento y avanzó en dirección oeste hasta llegar a Flamingo Road anunciando cada giro con las luces y moviéndose a una velocidad lo bastante reducida para que nadie se fijara en ella.

Habían arrojado una manta sobre la cabeza de Al Funo, y podía sentir la mordedura de un cable de nylon tensado alrededor de sus muñecas detrás de su espalda. Sus tobillos también estaban inmovilizados, indudablemente con otro cable de nylon.

El corazón le latía a toda velocidad, pero podía volver a respirar y los labios pegados al metal corrugado del suelo de la ranchera estaban curvados en una sonrisa. "Siempre has tenido que sobrevivir mediante tu ingenio, viejo amigo -se dijo-, y darás con alguna manera de salir de este lío hablando, luchando o corriendo. Bueno, ¿y quiénes son estos tipos? ¿Amigos de Reculver y del gordo? Maldición, justo cuando por fin ya casi tenía a Scott Crane… Me pregunto si estos tipos tendrán intención de quedarse con la cadena de oro de Crane. Más valdrá que se lo piensen dos veces antes de hacerme esto…" -Tenemos tiempo para almorzar antes de que Flores llegue de Salt Lake -dijo uno de los hombres que le habían capturado-. Nunca desayuno.

–Claro -dijo otra voz desde el asiento delantero-. ¿Dónde crees que podemos ir?

–Vayamos a Margarita's -dijo el hombre que había hablado en primer lugar.

Funo odiaba que se le ignorase.

–El truco del container y de los uniformes ha estado muy bien-dijo desde debajo de la manta sintiéndose orgulloso del tono de humor irónico que impregnaba su voz-. Como tener un lápiz detrás de la oreja y llevar una tablilla de anotaciones en la mano…, alehops, y eres invisible.

–Cierra el pico, Fucko -dijo el hombre del asiento delantero-. Eso está en el Frontier, ¿no?-añadió. – ¿Y qué? – replicó el hombre que estaba sentado al lado de Funo -. Da la casualidad de que preparan el mejor chimichanga de toda la ciudad.

–Y un cuerno -dijo otra voz masculina.

–En el sótano del Flamingo hay un tipo que debería invitaros a almorzar, chicos -dijo Funo, y dejó escapar una risita-. Le habéis salvado la

vida. Pensaba regalarle esa cadena de oro y dejar caer el martillo sobre su trasero en cuanto se la hubiese dado.

–Cierra el pico, Fucko.

Funo sintió que se le enrojecía el rostro, y se alegró de estar tapado por la manta. Dios santo, acababa de decir que quería regalarle una cadena de oro a Crane y luego había hablado del "martillo" y de "su trasero"… ¿Y si aquellos tipos creían que quería sodomízar a Crane?

–Yo… Yo… Me acosté con la esposa de ese tipo y… -empezó a decir Funo con creciente desesperación.

–Cierra el pico de una jodida vez, Fucko. – Un nudillo le golpeó en la nuca naciéndole bastante daño -. Y preparan las tortillas ahí mismo, puedes ver al tipo mientras las hace.

–Yo me conformo con una hamburguesa en cualquier sitio-dijo el hombre del asiento delantero.

El rugido invariable del motor y la ausencia de sacudidas y saltos indicaron a Funo que estaban en una autopista. No podía saber en cuál, pero todas las autopistas de Las Vegas llevaban al desierto casi enseguida.

Uno de aquellos hombres podía ser la persona que siempre había sabido estaba esperando en algún lugar del mundo, la persona que le mataría algún día y que al hacerlo se convertiría en la más importante de la existencia de Al Funo.

Y ni siquiera… ¡Ni siquiera querían hablarle!

Cada vez que intentaba iniciar un diálogo lo más sincero y afable posible sin hacerles ninguna clase de reproches le golpeaban en la cabeza y le llamaban "Fucko", y eso era mucho peor que si le hubiesen llamado "fucker". Al menos "fucker" daba a entender que habías realizado el acto sexual, pero Fucko sonaba a nombre de payaso.

La ranchera por fin empezó a reducir la velocidad, y Funo no tardó en oír el crujido de la gravilla debajo de los neumáticos.

Tensó los músculos. Cuando la ranchera se detuviese del todo se erguiría echando la cabeza hacia atrás con la esperanza de golpear el rostro del hombre que tenía encima.

Una vez se hubiera quitado la manta de la cabeza quizá conseguiría coger su arma, y después intentaría llevar sus manos atadas lo bastante lejos hacia un lado del cuerpo para poder disparar.

La ranchera se detuvo con un último balanceo, y Funo usó el rebote de los amortiguadores para dar más impulso a su movimiento…

Pero al parecer el hombre que había estado erguido por encima de él se había apoyado en la puerta de atrás desde que habló por última vez, y la cabeza de Funo se limitó a rozar el techo de la ranchera antes de que su cuerpo volviera a caer de bruces sobre el suelo.

Funo pensó que los hombres que le habían capturado quizá ni siquiera se habrían dado cuenta de su acción. Oyó el sonido de la puerta de atrás al ser bajada, y a pesar de estar cubierto por la manta pudo oler el aroma acre y seco del aire del desierto mientras un par de manos le agarraban sin ninguna clase de contemplaciones por los tobillos. Otro par de manos le agarró por los brazos, y un instante después se encontró encima de la arena y alguien apartó la manta de su cara.

Funo retorció el cuello apartando la cara de la arena y la repentina claridad le obligó a parpadear. Los hombres habían retrocedido un poco. Uno de los tipos de uniforme tenía la cabeza vuelta hacia la autopista, y parecía estarla vigilando. El hombre alto de la camisa hawaiana se había vuelto a poner la gorra blanca y estaba sonriendo con todos sus dientes blancos mientras metía un cartucho en el arma de Funo.

–Hay algo que probablemente deberíais saber acerca de mí… -empezó a decir Funo con voz confiada.

Pero el hombre de la gorra blanca se limitó a seguir sonriendo y apuntó el cañón hacia el rostro de Funo, y Funo comprendió que se disponía a matarle sin ninguna clase de charla o discusión preliminar. – ¿Por qué, p-p-por qu-qué? – se atragantó Funo mientras empezaba a retorcerse sobre la arena reseca-. Me llamo Alfred FF-Funo, por lo menos dime cómo te llamas, somos imp-p-p-portantes el uno para el otro, ¡por lo menos dime cómo te lla-lla-llamas!

El booom del disparo se fue perdiendo sobre la inmensidad del desierto bañado por el sol sobresaltando a unos cuantos lagartos diminutos que corretearon velozmente sobre la arena para volver a quedarse quietos casi en seguida.

–Pudding Tame -dijo el traficante de cocaína limpiando el arma con un pañuelo y dejándola caer al lado del cuerpo atado-. Vuelve a preguntármelo y te diré lo mismo.

42

Telepórtame, Scotty El martes por la mañana Mavranos dejó a Crane delante de la licorería de Flamingo Road. Después condujo la camioneta alrededor de la manzana y la aparcó en el solar de la parte de atrás para observar el local desde su asiento.

Una vez dentro de la licorería Crane se dio cuenta de que el dependiente de la caja registradora no era el mismo que había estado trabajando el jueves pasado y, de todas formas, el ojo de Crane ya estaba mucho mejor y el color negro había desaparecido dejando una coloración amarillenta que apenas podía verse. Crane consiguió comprar una docena de Budweiser sin que el dependiente se fijara en él.

El teléfono público de la pared del fondo sonó cuando alargaba una mano para abrir la puerta que daba al aparcamiento de atrás, y Crane pensó que todo resultaría más plausible si iba hacia el container de basuras llevando una lata abierta en la mano.

Metió una mano en la bolsa de papel mientras salía al calor de la calle, cogió una lata y la abrió. La espuma fría brotó alrededor de su índice.

Su mano ya había recorrido la mitad de la distancia que la separaba de la boca con el dedo mojado extendido antes de que Crane se acordara de las decisiones que había tomado, y un instante después también se acordó del teléfono público que había sonado cuando estaba dentro de la licorería…, y bajó la mano y se limpió la espuma de la cerveza con la camisa.

Los jugadores volvían a estar acuclillados formando un círculo delante del container, pero Crane no pudo ver al viejo al que habían llamado doctor Leaky.

Les observó durante unos momentos y le pareció que Wiz-Ding, el joven que le había puesto el ojo negro, tampoco estaba allí.

–Soy yo, el hombre de la cerveza -dijo en un tono de jovialidad algo forzada cuando un par de jóvenes harapientos alzaron la mirada hacia él al oírle llegar.

–Ya iba siendo hora -comentó uno de los jugadores alargando su mano libre sin apartar la mirada de sus cartas.

Crane sacó otra cerveza de la bolsa, la puso en la mano extendida hacia él y dejó la bolsa sobre el pavimento recalentado por el sol. – ¿Dónde está

mi viejo amigo Wiz-Ding? – preguntó. El hombre que había hablado alzó la mirada hacia él.

–Ah, claro, eres el tipo al que le pegó la semana pasada, ¿verdad? ¿Qué hiciste, echarle una maldición gitana?

Crane volvió a pensar en el teléfono público que había sonado cuando estaba a punto de salir de la licorería.

–No. ¿Por qué dices eso?

–Esa noche los horrores le pegaron realmente fuerte…, tanto que echó a correr por entre el tráfico y se lanzó debajo de un autobús.

–Jesús. – Crane llevó la lata abierta hasta su boca y la inclinó asegurándose de que se limitaba a humedecerse los labios-. Eh, ¿qué ha sido de ese tipo que tenía cara de ser tan viejo? – dijo como si acabara de acordarse de él o como si quisiera cambiar de tema-. Se llamaba doctor Leaky, ¿no?

El jugador había vuelto a concentrar la atención en sus cartas.

–Ja. Has venido a vernos porque quieres llenarte el bolsillo de monedas aplanadas, ¿verdad? Hoy no ha venido por aquí.

Crane no quería que se dieran cuenta de que la pregunta que iba a hacer a continuación era muy importante para él, por lo que se sentó en el suelo doblando las rodillas con grácil agilidad mientras se rascaba su ya algo caliente cuero cabelludo y deseaba no haber perdido la gorra Jughead.

–Contad conmigo en la próxima mano -dijo-. Ese viejo, el doctor Leaky… ¿Viene a jugar aquí con frecuencia?

–Supongo que casi todos los días. Diez pavos para entrar.

Crane contuvo un suspiro mientras se resignaba a la idea de que tanto él como Mavranos iban a desperdiciar una hora de su tiempo, y metió la mano en su bolsillo.

La luna llena flotaba en el cielo al este corno la huella de una moneda manchada de cenizas sobre un tapete de terciopelo color índigo.

"Por fin es luna llena -pensó Diana mientras la veía brillar al otro lado del parabrisas-. Y nuestros ciclos mensuales están sincronizados, aunque no tengo ni idea de qué valor arcaico y repulsivo puede tener eso… Coge mi mano, madre."

Todos los bloques de edificios que había alrededor de Shadow Lane y el bulevar Charleston al norte del Strip y al sur de la calle Fremont parecían estar ocupados por hospitales, y Diana perdió diez minutos dando vueltas

antes de encontrar una plaza libre en el aparcamiento del Centro Médico de la Universidad. Cerró con llave la puerta del Ford alquilado, se subió las gafas de sol hasta el puente de la nariz y caminó rápidamente hacia los edificios grises agrupados al otro lado del aparcamiento. Llevaba una camisa holgada -que no era de lino -, téjanos y zapatillas deportivas por si tenía que correr, y se preguntó por qué no había pedido prestada un arma a Ozzie y Scott o incluso a Mike Stikeleather cuando había tenido la oportunidad de hacerlo.

Sus pies calzados en el par de Nikes de color blanco que acababa de comprar apenas hacían ruido sobre el asfalto y Diana extendió las manos delante de ella como si se entregara a algo o se rindiera, y echó a un lado la nube de su cabellera rubia para inspeccionar sus nudillos y sus muñecas.

Todas las viejas cicatrices habían desaparecido: la curva de la mordedura de un perro, la línea dejada por una navaja que se había cerrado de golpe cuando no lo esperaba…, todos los diminutos graffitis blanquecinos de los años se habían esfumado. Cuando despertó aquella mañana alzando la cabeza de otra almohada de hotel envuelta en la vieja mantita amarilla sintió un cosquilleo en la frente, y el espejo del cuarto de baño le mostró piel lisa allí donde el chico de cuarto curso la había golpeado encima del ojo derecho con una roca.

Y, naturalmente, había estado soñando con la isla de su madre por sexta noche consecutiva, la isla donde los búhos ululaban en los árboles de troncos retorcidos que no paraban de oscilar y el agua chocaba con las rocas y los perros ladraban en la oscuridad.

Su memoria estaba rejuveneciendo de la misma forma que su piel. El domingo había decidido visitar la tumba de Hans, pero después de subir a un taxi descubrió que no podía recordar dónde había sido enterrado y ni siquiera recordaba qué aspecto había tenido; y mientras luchaba con la confusión improvisando algún destino al que el taxista pudiera llevarla se dio cuenta sin sentir ni la más mínima alarma de que los rostros de todos sus amantes de antaño habían desaparecido; y ayer, después de sentir la muerte del hombre llama-do Alfred Funo pensó que lo único que sabía del hombre que había sido su único esposo era cómo se apellidaba, y eso gracias a que era el mismo apellido que figuraba en su carnet de conducir.

Pero su hijo Scat estaba en algún lugar del edificio que tenía delante con el cuerpo atravesado por drenajes y tubos, y su hijo Oliver estaba en la casa

de Helen Sully en Searchlight, y se acordaba de los dos y podía recordar perfectamente sus rostros, sus voces y sus personalidades; y aunque había tenido que hacerlo para protegerles el hecho de que les hubiese abandonado seguía aguijoneándola y se clavaba en su conciencia de forma tan dolorosa como una astilla infectada. Había hablado varias veces con Oliver por teléfono, y aunque Scat no había recuperado el conocimiento había telefoneado al médico cada día y había enviado un cheque para cubrir los gastos del tratamiento de Scat.

Y se acordaba de Scott Crane. Había estado con ella en la isla de su madre durante varios de sus sueños.

Se ruborizó, frunció el ceño detrás de sus gafas de sol y apretó el paso.

Tres ancianos que parecían bastante nerviosos estaban sentados a una mesa de la cafetería del hospital. Llevaban más de una hora sentados allí. Dos de ellos habían tenido que ir al lavabo, y el otro llevaba un pañal debajo de sus pantalones de poliéster de cintura exageradamente alta.

Georges León lanzó una rápida mirada de soslayo a sus compañeros a través de los ojos chispeantes y joviales del cuerpo de Benet. Newt parecía nervioso, y el doctor Leaky -con la mandíbula inferior colgando en una mueca de estupidez, naturalmente- tenía el mismo aspecto que si acabara de enterarse de que una espantosa amenaza se cernía sobre él.

El doctor Bandholtz había telefoneado al amanecer, y había informado a León en un tono de voz entre resentido y asustado de que Diana Ryan había vuelto a telefonear al hospital y de que esta vez había preguntado cuándo podría hablar con Bandholtz y visitar a su hijo.

Bandholtz tenía que encontrarse con ella en el vestíbulo en algún momento entre las diez y el mediodía, y después de que León razonara con él el médico accedió de mala gana a pasar por la cafetería antes y acudir a su cita acompañado por un hombre muy anciano.

León clavó los ojos en el rostro del doctor Leaky. "Vaughan -pensó-, ¿dónde estás cuando te necesito?"

Vaughan Trumbill nunca había regresado del último viaje que emprendió para ocuparse de Scott Crane. León había telefoneado a Moynihan a última hora de la noche del sábado, pero la voz aflautada del cuerpo de Benet no había poseído la autoridad suficiente para sacarle ni una brizna de información a aquel maldito gángster irlandés. Moynihan incluso había negado haber hablado con Benet anteriormente, y cuando le preguntó

por el paradero de Trumbill se limitó a reír y le colgó el teléfono. Las llamadas posteriores no habían sido respondidas ni devueltas. ¡Ah, si Funo no hubiese matado el cuerpo de Betsy Reculver!

León alzó su taza de plástico y curvó los labios sobre el café, pero seguía estando demasiado caliente. Dejó la taza sobre la mesa e hizo una profunda inspiración de aire intentando introducirlo en sus tubos bronquiales agarrotados por la tensión. Sacó el inhalador del bolsillo de su chaqueta y se administró dos dosis de Ventolín que parecieron ayudarle un poco.

El reloj de la cafetería indicaba que ya casi eran las once. El doctor Bandholtz no tardaría mucho en aparecer.

León albergaba la esperanza de que la policía mataría al doctor Leaky cuando le arrestaran. El cuerpo del viejo contaba con un montón de protecciones mágicas, pero una bala del 38 probablemente conseguiría abrirse paso a través de ellas.

Newt había acabado de apurar su café, y sus dedos temblorosos estaban arrancando tirillas de plástico del borde de la taza.

–No podrá hacerlo -murmuró-. Es tan imposible como el que yo pueda volar. Te apuesto a que lo ha vuelto a olvidar, y yo no pienso hacerlo, Beany.

–Llámame León, maldito seas. – León se inclinó hacia el cuerpo horriblemente viejo y emasculado que babeaba a su lado -. ¿Qué es lo que vas a hacer? – volvió a preguntar en voz muy baja.

El doctor Leaky se acordó. – ¡La mataré! – chilló con voz estridente mientras su mano hurgaba en la cinturilla de sus pantalones color verde lima buscando la pequeña automática Walther 380.

León hundió su codo en el estómago del viejo cuerpo que en tiempos había sido suyo.

–Cierra la boca, imbécil.

Después sonrió y dio un par de palmaditas sobre la calva del doctor Leaky en beneficio de quien pudiera haber estado observándoles. – ¡Son ellos! – se atragantó el doctor Leaky con los ojos llenos de lágrimas mientras parpadeaba y movía la cabeza en todas direcciones observando a las enfermeras-. ¡Son los habitantes de Ciudad Apocalipsis!

León abandonó toda esperanza de pasar desapercibido, y empezó a fingir en beneficio de los espectadores intentando dar forma a las

declaraciones que harían después. – ¡Basta! – dijo alzando la voz-. Tu esposa te disparó en 1948… Se acabó, está muerta… ¡Tienes que dejar de pensar en ello!

–Mi… ¡Mi cacharro! – exclamó el doctor Leaky-. ¡Me voló la polla de un tiro!

La mente de León captó una idea que no tenía nada que ver con él y que había surgido de las profundidades del cerebro de Benet, el cual le aseguró que las personas que les estaban escuchando darían por sentado que había disparado contra un hombre de ascendencia ruso-escocesa, un tipo llamado Dingus McCockov.

–Sí, sí -dijo León mientras intentaba borrar la sonrisa que había acompañado al pensamiento esperando que su tono sonara lo más conciliador posible-. Ya hace mucho tiempo de eso.

–Fue lo bastante real -dijo el doctor Leaky, y por fin bajó el tono de voz hasta el normal en una conversación-. Pero las cartas no se dejaron engañar por ninguna de las otras cosas. Los habitantes de Ciudad Apocalipsis, y todas las estatuas-sacrificios humanos que hay en la ciudad… Todos esos Fijis tuyos que murieron tampoco han servido de nada. – Sonrió con tristeza-. Al final no habrá nadie más que yo.

Los ojos rodeados de arrugas de Newt se habían cerrado.

–Telepórtame, Scotty -dijo en voz baja.

Aquel cliché sacado de la serie televisiva Star Trek dicho con tanta inocencia enfureció a León.

–Cállate -dijo tensando las mandíbulas-. Cierra la boca de una vez.

Ray-Joe Pogue hizo retroceder cautelosamente su camioneta hasta meterla en una de las plazas del aparcamiento del hospital, puso la palanca del cambio de marchas en la posición de neutral, apagó el motor y sacudió su cigarrillo desprendiendo un par de centímetros de ceniza.

La ceniza no llegó a entrar en contacto con la tapicería del asiento. Se convirtió en polvo en el aire al igual que había ocurrido antes, y la nubecilla giró creando el perfil tridimensional de un hombrecillo gordo sentado en el lado derecho del asiento.

"Hinchado, negro y fermentado -dijo la voz que hablaba dentro de la cabeza de Pogue -, desgarrado y hecho pedacitos por los dientes de los coyotes y cubierto de insectos. Lo que queda de mi vientre parece una tira de bacon frito. Los tatuajes están tan destrozados como un cuadro

maltratado por un vándalo." -Ya me dijiste que tu cuerpo estaba hecho una mierda -murmuró nerviosamente Pogue.

"Me mintió; no ha cumplido su promesa." -Es un auténtico bastardo -dijo Pogue.

Había visto por primera vez al fantasma aquella mañana. Había adoptado la forma de palomitas de maíz y colillas de cigarrillo esparcidas sobre el asfalto delante de la puerta de su caravana al amanecer, y su voz entrecortada y vacilante había resonado dentro de su cabeza, y después había tratado de animar una hoja del Las Vegas Sun sin conseguirlo. Después de unos diez minutos de intentos infructuosos se había conformado con la ceniza de los cigarrillos como medio más cómodo para adquirir una apariencia física.

"No me importa que mi mamá esté muerta -dijo la voz dentro de la cabeza de Ray-Joe Pogue- con tal de que no me llamen Ollie como a Hardy."

Pogue puso una mano sobre la manija de la puerta y contempló con cierta inquietud las cenizas que giraban lentamente sin dejar de formar la silueta del gordo.

–Creía que te llamabas Vaughan.

"Puedes llamarme así, o puedes llamarme Perro Mordedor. Nuestros cuerpos quedaron abandonados en el desierto. Nuestro nombre es Legión." -Como en la Biblia, ¿eh? – dijo Pogue -. Bueno, pero el Rey está en el hospital, ¿no?

"Sí."Pogue tenía un arma oculta debajo de la chaqueta, pero albergaba la esperanza de que no llegaría a necesitarla. Sacó la botella de plástico marrón del bolsillo de su chaqueta de cuero blanco adornada con lentejuelas.

–Inderal -dijo mirando la etiqueta-. He conocido a músicos que lo toman para no sufrir temblores y estar bien de los nervios cuando tienen que actuar, y sé que hay atletas que también lo toman. ¿Estás seguro de que servirá y no se limitará a ablandarle un poco?

"Es asmático. Le cerrará los tubos bronquiales." -Asmático…, claro. De acuerdo, tú eres el médico.

"Tu camuflaje." -No te preocupes, no se me ha olvidado.

Antes de salir de la camioneta Pogue se puso las gafas de sol Polaroid y se quitó los zapatos para ponerse las zapatillas de plástico con la suela llena

de agua que acababa de comprar.

–Y caminaré en sentido contrario al de las agujas del reloj hasta llegar a él -le dijo a la tenue silueta gris del fantasma mientras luchaba con los zapatos hasta conseguir ponérselos ocultando las zapatillas-. Igual que un… ¿Qué dijiste? Un parabrisas, sí, eso…

Después se puso una gorra de béisbol del Casino Tiara en cuyo logotipo estaba escrita la mejor mano del Bola Baja de Kansas City, 7-5-4-3-2 sin formar figura.

"Dentro de él hay un hombre delgado que espera el momento de salir", dijo la voz que resonaba en la cabeza de Pogue.

–Hombre delgado al timón -murmuró Pogue con voz nerviosa mientras abría la puerta de la camioneta y notaba el calor.

El fantasma se convirtió en un pellizco de polvo granuloso en su oído apenas cruzó el umbral de la entrada del hospital, y Pogue tuvo que resistir el impulso de rascárselo.

Esperaba que ninguna partícula se hubiera alojado en sus largas patillas, donde parecería caspa.

La voz del fantasma había quedado reducida a un zumbido monocorde que le iba dando instrucciones diciéndole que fuera por aquel pasillo o por aquel otro -y haciéndole detenerse con bastante frecuencia para trazar un pequeño círculo sobre la moqueta caminando en sentido contrario al de las agujas del reloj -, y cuando Pogue abrió la puerta de la cafetería el fantasma volvió a hablar.

"Ahí – dijo-. El hombre que está sentado a la izquierda en esa mesa de ahí." -¿Estás seguro? – susurró Pogue.

"El hombre que está sentado a la izquierda", repitió la voz.

Pogue suspiró sintiendo una mezcla de tensión y desilusión. Había sabido que el Rey podía estar ocupando cualquier clase de cuerpo, pero que aquel cuerpo fuera tan bajito y rechoncho y tuviera la cara tan roja y un aspecto tan jovial hizo que se sintiese ofendido.

"¡Si le pusieran una barba podría pasar por Santa Claus! – pensó-. Y qué traje tan barato lleva…"

Un periódico abandonado yacía sobre una mesa cercana a la que ocupaban los tres hombres, y Pogue se sentó y empezó a leerlo. La cafetería olía a macarrones y queso.

Podía limitarse a aguardar hasta que el Rey se marchara y pegarle un tiro en el aparcamiento, pero no sabía si se atrevería a esperar el tiempo suficiente para que se fuese. El hombre aún no le había mirado, pero Pogue temía que si el Rey llegaba a enfocar su mirada en él le vería y se daría cuenta de quién y qué era a pesar del hecho de que Pogue estaba encima del agua, había neutralizado cualquier posible emanación electromagnética de sus ojos ocultándolos detrás de los cristales de las Polaroid y llevaba en su gorra una mano de póquer que le disfrazaba.

Movió la mano dentro del bolsillo desenroscando el tapón de la botella e hizo caer una cápsula en la palma.

"Basta con que le pegues un tiro", dijo la voz dentro de su cabeza.

Pogue miró por el rabillo del ojo, y vio que el Rey se ponía en pie como si hubiera oído la voz. Pogue sintió que se le enfriaba la cara, y notó que una gota de sudor se deslizaba por sus costillas. Se mantuvo atento para detectar cualquier movimiento repentino en la mesa del Rey. Si alguno de los tres ancianos daba la impresión de ir a sacar un arma Pogue se arrojaría al suelo y sacaría la suya, empezaría a disparar y ya se preocuparía de la huida después.

–Cierra… el… pico -murmuró.

"No, dispárale ahora."

El Rey echó hacia atrás la silla de plástico en la que había estado sentado y se alzó sobre sus ridículas piernecitas arqueadas. Sus ojos recorrieron la habitación, pero su mirada se deslizó sobre Pogue sin detenerse. La mano de Pogue -la cápsula seguía en la palma- aferraba la culata de su arma y había empezado a cubrirse de sudor.

El Rey dijo algo a sus acompañantes y los otros dos ancianos también se pusieron en pie, y un instante después los tres cruzaron el umbral de la cafetería. Después se quedaron inmóviles mirando a uno y otro extremo del pasillo.

Pogue se levantó sintiendo cómo el cosquilleo nervioso producido por la parte de su mente que esperaba recibir un balazo le recorría la espalda, y pasó junto a la mesa en la que había estado sentado el Rey. Su mano izquierda aún sostenía unas cuantas hojas del periódico.

Cuando pasó junto a la mesa su mano derecha rompió la cápsula como si fuera un huevo diminuto y dejó caer dentro del café del Rey los gránulos minúsculos que contenía.

Siguió caminando. La única salida que había delante de él era la puerta de doble hoja metálica que llevaba a la cocina, por lo que Pogue empujó una hoja y se adentró en el estrépito y el vapor que había al otro lado.

"Vuelva y siéntese, Su Majestad -pensó mientras avanzaba por entre mesas calentadoras y personas con delantales blancos buscando otra puerta de salida-. Todo va bien. Siéntese y termine su café."

Diana llevaba un rato removiéndose nerviosamente en el sofá del vestíbulo del hospital, y acabó dejando a un lado la revista que había estado intentando leer.

Scat había sido transferido a aquel hospital el miércoles pasado, y aunque era la primera vez que iba allí Diana sabía en qué habitación estaba. El vestíbulo era el sitio en el que se suponía que debía encontrarse con el doctor Bandholtz…, quien probablemente era la única persona que sabía que estaba viva. ¿Habría vendido aquella información? O, lo que era más probable, ¿sería posible que alguien hubiera logrado averiguar a través de la policía que la bomba que había destrozado el apartamento de la avenida Venus sólo había causado una muerte y después hubiera ejercido presión sobre Bandholtz porque era la persona con más probabilidades de tener noticias de Diana?

Diana se incorporó y recorrió el vestíbulo con la mirada dándose cuenta de que su corazón había empezado a latir más deprisa de repente. La recepcionista estaba haciendo anotaciones en un expediente, y una pareja bastante joven estaba muy concentrada hablando con una mujer muy anciana sentada en otro sofá, y la joven asiática inmóvil junto a la puerta probablemente estaba contemplando a Diana y parpadeaba porque se había levantado de una forma tan brusca y no por ninguna otra razón.

Aun así no estaba dispuesta a esperar obedientemente a Bandholtz y a los acompañantes que pudieran presentarse con él.

Diana fue rápidamente hacia el ascensor y pulsó el botón de subida.

Nardie Dinh esperó a que la puerta del ascensor se hubiera cerrado, fue al ascensor contiguo y pulsó el botón de subida.

Estaba parpadeando a toda velocidad en un intento de quitarse las lágrimas de los ojos. "Puedo hacerlo -se dijo a sí misma-, y lo haré. No nací para esto, pero mi maldito medio hermano me ha moldeado y me ha enseñado a hacerlo. Será culpa suya, no mía."

Durante los últimos días había conseguido ingerir varias comidas -básicamente espinacas, judías y arroz con aceite de oliva- y se había bebido varios cartones de leche. Esperaba que tendría las fuerzas necesarias para hacer lo que la había traído hasta allí.

Las puertas del ascensor se abrieron ante ella. Acarició el bulto que había debajo de su chaqueta, y salió del ascensor con paso rápido y decidido.

Y un instante después alguien apareció a su espalda. Nardie giró sobre sí misma mientras las puertas se cerraban con un suspiro y reconoció a Ray-Joe Pogue. Su medio hermano la miraba y sonreía. – ¡Te pillé! – exclamó alegremente-. ¿Sabías que estaba aquí? Y te perdono. ¡Escucha, Nardie, acabo de matar uno de los cuerpos del Rey! Le oí decir a una enfermera que un viejo que estaba bebiendo café en la cafetería había dejado de respirar y luego había muerto de un ataque cardíaco masivo…, ¡la fibrilación ventricular se lo cargó antes de que pudiera hacer algo por él! – Pogue le puso una mano sobre el hombro -.

Voy a ganar, Nardie. El sábado tú y yo podremos casarnos.

El ascensor había empezado a subir. Nardie pudo sentir el aumento en su peso.

Sabía que Pogue tenía un arma. Bueno, ella también iba armada; pero dudaba mucho que ninguno de ellos pudiera sacar un arma sin que el otro le saltara encima antes de que hubiera conseguido utilizarla, y en un combate cuerpo a cuerpo Pogue saldría vencedor.

"No sabe por qué estoy aquí -pensó-, no sabe dónde voy. Finge que te entregas a él."

Y Nardie Dinh suspiró y asintió mientras bajaba la mirada hacia sus pies.

–Tuve que luchar -dijo -. Para seguir respetándome a mí misma, ¿entiendes?

–Y luchaste bien -dijo Pogue, y se rió -. Hubo un par de momentos en los que creí que conseguirías huir y que causarías nuestra ruina.

Pogue se estaba limpiando lo que parecía un polvillo caído sobre su oreja.

Las puertas se abrieron revelando el segundo piso, y una anciana que empujaba un caminador de aluminio delante de ella entró cojeando en la cabina.

–Me alegra que me hayas encontrado -dijo Nardie en voz muy baja.

–No te andaba buscando -dijo secamente la anciana.

Nardie alzó la mirada y sus ojos se encontraron con los de su medio hermano. Los dos sonrieron…

Y Nardie comprendió que estaban compartiendo una broma, y que quería matar a Diana y marcharse con aquel hombre al que al parecer seguía amando después de todo lo ocurrido. Abrió la boca para decirle por qué estaba allí y pedirle su ayuda…

Y no se dio cuenta de que aún le quedaba un poco de fuerza de voluntad -en la columna vertebral, ya que no en el cerebro- hasta el momento en el que sus nudillos chocaron contra la nariz de Pogue y cayó hacia atrás hasta apoyar la espalda en las puertas del ascensor.

La anciana dejó escapar un chillido muy agudo. Pogue había retrocedido tambaleándose hasta un rincón del ascensor, y chorros de sangre muy roja brotaban por entre los dedos de la mano que se había llevado a la cara. Sus pupilas aún estaban opacadas por el dolor y la sorpresa, y Nardie giró sobre sí misma, abrió las puertas con las manos y echó a correr por el pasillo.

Usaría la escalera para llegar hasta la habitación en la que estaba ingresado el hijo de Diana Ryan. Volvió a acariciar el bulto escondido de su arma y se preguntó si se había roto los nudillos. Aun suponiendo que no se los hubiera roto el retroceso resultaría muy doloroso. Sí, le dolería mucho.

Nardie se preguntó si se recuperaría alguna vez.

–No tiene aspecto de haber estado tan enferma que no podía visitarle -dijo la enfermera con voz gélida mientras permanecía inmóvil en una postura casi protectora junto a la cama de Scat-. Viéndola se diría que ha estado una temporada en algún centro de salud. – Sus ojos se encontraron con los de Diana y debió de captar la agonía que estaba sufriendo, pues su expresión se suavizó enseguida-. Bueno, está mejor. Ya puede ver que está respirando sin ayuda. Le estamos alimentando a través del tubo nasal gástrico; el tubo intravenoso es básicamente para mantenerle hidratado, administrarle antibióticos y disponer de una vía de entrada rápida que nos permita introducir en sus venas lo que queramos meter ahí en un momento dado. – Movió una mano señalando el monitor colocado encima de la cama-. Sus constantes vitales se han estabilizado. Está…

–La enfermera se encogió de hombros-. Bueno, está sumido en un sueño muy profundo, nada más.

Diana asintió. – ¿Podría quedarme a solas con él? – preguntó en voz baja.

–Claro.

La enfermera ya se dirigía hacia la puerta cuando Diana volvió a hablar.

–Se supone que he de ver al doctor Bandholtz en el vestíbulo dentro de unos minutos -añadió -. No le diga que ya estoy aquí, por favor. Bajaré enseguida.

–De acuerdo.

Diana contempló a su hijo acostado en la cama de hospital y se mordió el nudillo. La parte superior de la cama estaba inclinada hacia arriba, y el tubo nasal gástrico de plástico verde le apretaba los rizos rubios en el lado derecho de la cabeza. El lado izquierdo estaba vendado, pero Diana pudo ver que le habían afeitado el cuero cabelludo en aquel lado. Tanto su boca como sus ojos estaban cerrados, pero respiraba sin dificultad y el monitor que había encima de él emitía zumbidos regularmente y su pantalla negra mostraba una línea verde que iba saltando a intervalos igualmente regulares.

"Aunque hubiese estado aquí cada día no se habría enterado -se dijo Diana intentando convencerse a sí misma-. Probablemente ha soñado conmigo, y en sus sueños habré estado mucho más cerca de él de lo que habría conseguido estarlo con mi presencia física… hasta hoy. Hoy la luna llena brilla en el cielo, y el hecho de que esté aquí puede ayudar a cambiar las cosas."

Alargó el brazo hacia la manecita fláccida unida a la barandilla de la cama por una tira de plástico.

Y un instante después se quedó inmóvil porque acababa de oír el chasquido seguido de un crujido que hace una pistola automática cuando se le introduce un cartucho en la recámara justo detrás de ella.

Permaneció inmóvil con el brazo extendido hacia la cama el tiempo suficiente para que su corazón latiera tres veces. Después bajó el brazo y giró sobre sí misma.

Era la joven asiática a la que había visto en el vestíbulo de la planta baja. El cañón del arma que sostenía se prolongaba en un grueso cilindro metálico, y le bastó con verlo para estar segura de que era un silenciador. – ¿Tienes intención de matarme? – preguntó Diana. Su voz sonó firme y

tranquila a pesar de que el corazón le retumbaba dentro del pecho y de que sentía un feroz cosquilleo en las yemas de los dedos -. ¿Quieres matarle a él? ¿O piensas matarnos a los dos?

–Voy a matarte. Me llamo Bernardette Dinh.

–Diana Ryan. Uh… ¿Por qué?

Dinh estaba demasiado lejos para que Diana pudiera quitarle el arma de una patada, y no había nada cerca que pudiera coger y arrojarle. Podía saltar hacia la cama para esconderse detrás de ella, pero si Dinh le disparaba había muchas probabilidades de que la bala hiriese a Scat.

–Para ser Reina. ¿Llevas calderilla en los bolsillos? Sácala muy despacio, y si la arrojas te mataré.

Diana metió la mano en el bolsillo de sus téjanos poniendo cara de perplejidad pero alegrándose del retraso fuera cual fuese el motivo, cogió la calderilla y sacó la mano sosteniéndola sobre la palma.

Las monedas de veinticinco y diez centavos seguían emitiendo destellos plateados, pero todas las monedas de un centavo se habían puesto negras.

Dinh metió la mano libre en su bolsillo y extrajo una moneda de un centavo, un disco reluciente de un color rojo amarronado. – ¿Ves? – dijo-. Y si has intentando llevar prendas de lino durante los últimos días te habrás dado cuenta de que se ponen tan negras como las monedas de un centavo. – Dinh estaba hablando muy deprisa y se lamía los labios nerviosamente entre frase y frase-. Y la tela de color púrpura se vuelve blanca si la tocas, y si te acercaras a una colmena todas las abejas que hubiera dentro saldrían de ella. Durante lo que llevamos de año todas esas cosas me habían estado ocurriendo a mí cuando había luna llena.

–Quieres convertirte en Reina -dijo Diana-. ¿Por qué?

–No he venido aquí para hablar, pero… ¿Por qué? Para…, por el poder que eso comporta. Por la familia que trae consigo, para ser una…, una madre en el sentido más profundo de la palabra.

–Ya soy madre.

La mirada de Dinh fue más allá de Diana y se posó en Scat.

–Biológicamente hablando supongo que sí. Quizá le enviaste un montón de postales deseándole que mejorase pronto, ¿eh?

Diana sintió que se ponía roja, pero se obligó a sonreír. – ¿Y serías capaz de matarme para conseguir eso? ¿Dejarías huérfano a un chico de diez años por eso?

–Yo… Le adoptaré. Voy a tener una familia muy numerosa.

–Pero yo soy la hija de la Reina.

–Maldita sea, por eso tengo que hacerlo… Cuando hayas desaparecido seré la sucesora más natural. – Dinh dejó escapar un suspiro tembloroso -. Ya sabes que todo esto exige montones de muertes. La Muerte está oculta en el desierto y en el cielo caliente esperándonos a todos. No sé cuántas veces he pensado en el suicidio. – ¿Es importante? – ¿El suicidio?

–No, el número de veces que hayas pensado en él. ¿Es que eso va a crearnos un problema imposible de resolver? ¿No podríamos ponernos de acuerdo en que han sido…, no sé, digamos que cien veces y ser amigas?

Dinh parpadeó. Sus labios se movieron y acabaron formando una tensa sonrisa.

Diana movió lentamente la mano llevándosela al costado, fue doblando las rodillas para-inclinarse y puso los dedos sobre la mano de Scat. Dinh jadeó y miró al chico, y eso hizo que Diana pensara que no correría ningún riesgo mirándole.

Scat había abierto los ojos.

Sus pupilas azules fueron de su madre a Dinh y volvieron a su madre sin haberla reconocido, pero un instante después los iris se dilataron un poco y el chico pareció ver por primera vez lo que tenía delante de los ojos.

Scat abrió la boca, intentó hablar y dejó escapar una tos enronquecida.

–Mamá -logró graznar por fin.

–Hola, Scatto -dijo Diana-. Creo que no tardarás en volver a casa.

Volvió la cabeza y clavó los ojos en el rostro de Dinh. "Adelante - intentó decirle con la mirada-. Refuerza tu pretensión de convertirte en la Reina terrestre de la madre-diosa asesinando a una madre delante de los ojos de su hijo herido."

El rostro de Dinh se había puesto blanco, y la joven asiática bajó el arma.

–Pero ¿qué puedo hacer? – murmuró, y contempló a Diana parpadeando lentamente-. ¿Y por qué te lo estoy preguntando? ¿Eh?

El brazo que sostenía el arma se dobló bruscamente por el codo.

Y Diana saltó hacia adelante y golpeó el cilindro del silenciador apartándolo de debajo de la mandíbula de Dinh una fracción de segundo antes de que temblara.

El disparo hizo un ruido parecido al de una sábana que es desgarrada de un extremo a otro con un tirón que sólo dura un momento. Dinh cayó sobre la moqueta quedando apoyada en las manos y las rodillas, pero tenía la cabeza alta y Diana no vio que hubiera sangre en su negra cabellera. Diana alzó la mirada y vio el agujero de contornos lisos y regulares en el aislamiento acústico del techo.

Diana se arrodilló sobre la moqueta y puso las manos sobre los hombros de Dinh haciendo que se incorporase.

–Me lo estás preguntando porque puedo responderte -dijo con voz apremiante -.

Estoy en peligro, y tengo dos hijos que también están en peligro. – Dinh la estaba mirando, y Diana le enseñó los dientes en una sonrisa helada-. Voy a necesitar ayuda.

Dinh deslizó el arma debajo de su cinturón y torció el gesto.

–Y estás segura de que yo…

–No. No, tengo la esperanza de que me ayudarás. No me respondas ahora. Aún me zumban los oídos, y no te escucharé. Pero si me ayudas…, si ayudas a la Reina en vez de ser la Reina, si eso es algo que puedes hacer…, entonces reúnete conmigo mañana al amanecer en…, en la piscina del Flamingo.

Dinh se puso en pie.

–No…, no te mataré -dijo en voz baja-. Supongo que no voy a hacerlo. Bueno, parece que no voy a hacerlo, pero… No estaré allí.

–Yo sí -dijo Diana.

Seguía de rodillas sobre la moqueta, y alzó la mirada hacia Dinh.

Dinh giró sobre sí misma y salió de la habitación. Diana se puso en pie y fue hacia la cama de su hijo.

Scat estaba flexionando sus manos atadas, y sus pies se movían debajo de la manta.

El niño dejó escapar un débil gemido; el tubo nasal parecía estarle molestando.

Diana pulsó el botón que haría acudir a la enfermera y dio un paso hacia la puerta, pero un médico entró a toda prisa en aquel mismo instante. Estaba claro que Dinh había decidido que podía perder unos segundos antes de salir del hospital, y había avisado al personal de que el niño acababa de despertar.

43

El pot está incompleto Diana contempló la capa de rocío que se había acumulado sobre las tumbonas de plástico rosa esparcidas alrededor de la piscina y pensó que transmitía una impresión de valor melancólico. Aquella pobre humedad fugitiva brevemente condensada por el aire fresco del amanecer estaba condenada a volver a evaporarse en cuanto el sol de la mañana asomara por detrás del Edificio Oregón. En la tumbona más cercana unas cuantas gotas se habían deslizado por la curva del plástico hasta combinarse y formar un charquito, pero Diana sabía que eso no les serviría de nada.

La luna escondida detrás del rascacielos sur del Flamingo ya había dejado atrás la plenitud total por una fracción de milímetro, pero Diana sabía que su clarividencia actual duraría hasta la Pascua y que seguiría disfrutando de ella durante los cuatro días próximos. Su mirada se posó en la masa baja y alargada del Edificio Oregón. Era consciente de que estaba contemplando la Torre del Rey y de que Scott Crane había estado dentro de ella hacía poco tiempo, y sintió una punzada de inquietud.

Aún no había nadie en la piscina, pero las puertas del casino se abrían cada cuatro o cinco minutos al otro lado de ella dejando escapar una ráfaga del ruido y el tintineo de las partidas perpetuas, y el estrépito rasgaba el silencio del amanecer. Diana seguía con los ojos clavados en la línea oscura del nivel de apartamentos del Edificio Oregón, pero cuando las puertas se abrieron para dejar pasar a Nardie Dinh lo supo enseguida.

No se volvió. Oyó cómo los pies de Nardie se movían lentamente bajando los peldaños y contorneaban la piscina dejando atrás la puerta del bar, que aún estaba cerrado.

Nardie se detuvo detrás de ella.

–Ayer me salvaste la vida -dijo Nardie en un tono tan bajo que su voz ni siquiera pareció llegar hasta los arbustos oscuros que rodeaban el edificio -. Intentaré asegurarme de que no cometiste un grave error.

Diana giró sobre sí misma. Nardie llevaba puesto el uniforme y la gorra de taxista. – ¿Y cómo piensas hacerlo?

–Marchándome de la ciudad. Tengo dinero…, quizá vuelva a Hanoi. Si me quedara aquí lo más probable es que hiciera otro intento de matarte, y no creo que sea la forma más adecuada de agradecértelo.

–Quiero que te quedes -dijo Diana-. He de hacer muchas cosas antes de que llegue la Pascua, y voy a necesitar ayuda.

Nardie meneó la cabeza.

–Puede que no te mate -dijo-. Hasta es posible que decida permitir que el trono se me…, se me escurra entre los dedos, pero nunca te ayudaré a…, a que consigas sentarte en él.

Diana sonrió. – ¿Por qué no? Has invertido mucho tiempo y energías en todo esto. Si abandonas ahora lo abandonarás todo. Ni siquiera sabrás si habrá una Reina, y recuerda que no ha habido ninguna desde 1960…, desde 1947, en realidad. Si colaboras conmigo por lo menos seguirás trabajando a favor de lo que consideras valioso. ¿O es que crees que luchar porque haya una Reina sólo merece la pena si esa Reina eres tú?

–Serás valiosa sin mí.

–Ya. – Diana fue hasta la barandilla que circundaba las aguas inmóviles como un espejo de la piscina y volvió sobre sus pasos-. ¿Has oído hablar alguna vez de Nick el Griego? – preguntó -. Era un jugador de póquer… Mi padre le conoció. Tomó parte en la primera partida de póquer realmente seria que se jugó en el Binion's el año 1949, y al final él y Johnny Moss acabaron quedándose solos y jugaron sin límite de apuestas. El mano a mano duró cinco meses, y el Griego perdió unos dos millones de dólares. Años después estaba jugando al póquer de cinco y de diez cartas en Cárdena para ganarse la vida, y alguien le preguntó si no creía que había caído muy bajo después de aquello y él respondió "Sigue siendo emocionante, ¿no?"

El silencio más absoluto reinó en toda la zona de la piscina durante unos momentos.

Los tejados azules en forma de pagoda de las torres del Imperial Palace brillaban reflejando los primeros rayos oblicuos del amanecer.

Nardie dejó escapar una risita enronquecida. – ¿Y ése es el…, el incentivo que me estás ofreciendo? – Seguía hablando en voz baja, pero su tono se había vuelto un poco estridente y estaba impregnado de incredulidad-. ¿Puedo ser Nick el Griego y tú serás Johnny Moss? Cristo, muchacha, como sargento reclutadora eres un auténtico desastre, ¿lo sabías? No pienso…

–Quieres lo mismo que yo -la interrumpió Diana-. Quieres ser hermana, hija y madre en una familia de verdad, no en una asquerosa imitación que

parece haber sido creada para…, para que los demás puedan reírse de ella. Esa familia sigue estando aquí, por lo menos en potencia, y quiere que te unas a ella. Sé parte de nosotros.

Diana esperó una respuesta mientras se preguntaba qué habría respondido ella si estuviera en el lugar de Dinh.

Nardie alzó los ojos hacia el cielo y exhaló. Después se echó la gorra hacia atrás y se frotó los ojos.

–De momento -dijo por fin con voz casi inaudible-. Provisionalmente. – Bajó las manos y miró a Diana-. Pero si acabo matándote…

–Me habré equivocado al juzgarte. – ¿Y qué tal se te ha dado el juzgar a las personas hasta el momento?

Diana sonrió, y el sol se reflejó en las ventanas más altas de los rascacielos del Flamingo.

–Me alegra poder decir que no lo recuerdo.

Aquella mañana Crane vio al viejo en cuanto salió de la licorería con la bolsa llena de cervezas. El doctor Leaky era el único de los jugadores sentados junto al container que tenía la cabeza cubierta. Llevaba un enorme sombrero de paja adornado con una rosa de papel amarillo.

–El hombre de la cerveza -dijo Crane cojeando hacia el círculo de jugadores.

Tenía la pierna izquierda anquilosada y el costado oculto por el vendaje perpetuamente empapado le dolía un poco, pero se sentía joven y fuerte; y fingir que tomaba un sorbo de la lata de cerveza que sostenía en la mano no le exigió ningún esfuerzo de voluntad.

–Estupendo -se apresuró a decir uno de los jóvenes-. Pásanos la mercancía, amigo. – Crane dejó la bolsa de papel en el suelo y el joven soltó una lata de las seis que había arriba-. Bueno, ¿cómo te llamas? – preguntó después de haberse metido dentro una considerable cantidad de tónico matinal.

Crane se sentó y volvió la mirada hacia el doctor Leaky.

–Scotto -dijo.

El viejo frunció el ceño y le contempló con una expresión de inmensa perplejidad. Su boca estaba abierta, naturalmente. – ¿Scotto? – repitió.

–Exacto. Y no sé qué pensaréis vosotros, chicos, pero yo estoy un poco harto del bola baja, ¿hmmmm? Así que tengo una sugerencia… -Crane habló deprisa y en un tono de enérgica jovialidad, como si fuera un

apostador de casino que intentaba animar a los jugadores a que pusieran dinero sobre la mesa-. Se me ha ocurrido que podemos jugar a un juego nuevo, y como la idea ha sido mía os proporcionaré fondos a todos para las primeras manos, ¿qué os parece eso? – Sacó cinco rollos de billetes de un dólar sujetos con gomas de su bolsillo y entregó uno a cada jugador con excepción del cuerpo de su padre-. Cincuenta pavos para cada uno de vosotros. Supongo que a nadie le importará que el doctor Leaky siga jugando con la basura de siempre, ¿verdad?

Cada jugador quitó la goma que sujetaba su rollo y deslizó la yema de un dedo por el canto de los billetes contemplándolos con cara de incredulidad como en una coreografía cuidadosamente ensayada.

–Si te lo tomas así por mí podemos jugar a lo que te dé la gana, amigo -dijo el joven que había hablado antes, y alargó una mano mugrienta hacia Crane-. Me llamo Dopey.

Crane decidió que el joven quería decir que le apodaban así, y le estrechó la mano.

–Encantado de conocerte. – Crane se había quedado un rollo para él. Sacó un dólar y lo arrojó sobre el asfalto en el centro del círculo de jugadores-. Todo el mundo abre con un pavo.

El doctor Leaky estaba parpadeando a toda velocidad y meneaba la cabeza.

–No -dijo subiendo la voz hasta un tono casi interrogativo-. No voy a jugar contigo.

Su temblorosa mano derecha se deslizaba sobre la tela de sus pantalones color verde lima intentando rascarse algo que ya no estaba en la ingle.

Los otros jugadores ya habían puesto su dólar.

–El pot está incompleto… -dijo Crane en voz baja-, papá.

La última palabra afectó al doctor Leaky de forma claramente visible. Clavó los ojos en los billetes colocados sobre el pavimento del aparcamiento, y acabó posando la mirada en su montón de fichas agujereadas y monedas aplastadas. Después se inclinó moviéndose muy despacio y empujó una ficha hacia adelante.

–El pot está completo -murmuró.

–Muy bien -dijo Crane. Estaba muy tenso, pero consiguió que su voz sonara tranquila y segura de sí misma-. Este juego es una especie de póquer

de ocho cartas, pero tienes que componer tu mano comprando la de otro jugador.

Crane sacó la baraja de cartas Bicicleta de su bolsillo, las barajó y empezó a explicar lentamente y con la máxima claridad posible las reglas de la asunción.

"Esta noche…"

El cuerpo de Art Hanari -alto, musculoso y con los cabellos aún oscuros sin necesidad de tintes a los setenta y cinco años de edad, y vestido con un traje impecable- estaba inmóvil en la acera delante de la entrada de La Maison Dieu esperando impacientemente la limusina que había solicitado mientras los rayos del sol caían sobre él.

Georges León observó los enormes camiones pintados con las pautas del camuflaje que avanzaban por Craig Road desde detrás de los ojos azules que brillaban en aquel rostro sin arrugas bronceado por las lámparas ultravioleta. La Maison Dieu estaba al extremo norte de Las Vegas Norte y era un discreto complejo de edificios rodeados por extensiones de césped e instalaciones médicas incrustado entre el Campo de Golf del Rancho Craig y la Estación de Bombeo de la Base Aérea Nellis, y casi todo el tráfico de la zona estaba compuesto por vehículos militares.

"La partida empieza esta noche", pensó.

Salir de aquel superasilo para ancianos había resultado ser más difícil de lo que imaginaba. Cuando depositó su cuerpo perfecto allí para que estuviera a buen recaudo usando su identidad de Betsy Reculver, León se había asegurado de que el contrato estipulara que Hanari podía marcharse cuando le diera la gana, pero cuando trató de ejercitar aquella cláusula ayer por la mañana el personal había intentado retenerle haciendo que los agentes de seguridad le ataran a la cama y negándose a entregarle la ropa.

Y en cierto aspecto León no podía culparles por ello. Después de haber muerto sobre el suelo de linóleo de la cafetería del hospital ayer por la mañana, ser estrangulado lentamente por sus propios tubos bronquiales y haber sentido cómo su corazón se iba agarrotando dentro del pecho hasta dejar de funcionar había despertado en su cama de La Maison Dieu…, dentro del único cuerpo que le quedaba. Esperó a que su pulso y su respiración se hubieran normalizado y pulsó el botón que haría acudir a su cuidador…, pero cuando llegó y León abrió la boca de Hanari para pedir

que se le diera el alta oyó la voz temblorosa de una anciana saliendo de sus labios.

Era la voz de Betsy Reculver que gemía y se quejaba de haber sido abandonada en el desierto y estar a punto de perder su cuerpo, y un instante después oyó cómo la voz de Richard dejaba atrás las cuerdas vocales que intentaba controlar sin conseguirlo y aquellos dientes que no paraban de castañetear explicando en un zumbido monocorde que estaba sentado en el techo de un bungalow y que llovía, y naturalmente después le llegó el turno al viejo Beany y su voz cascada empezó a hablar del póquer y se entusiasmó recordando los fulls de ases que había conseguido en la Quinta.

Cuando por fin logró controlar su cuerpo y solicitó con voz firme y mesurada que se le diera el alta al principio el cuidador rechazó tajantemente la petición. León insistió amenazando con emprender acciones legales, y el personal intentó ponerse en contacto con Betsy Reculver o Vaughan Trumbill y, naturalmente, no lo consiguió.

Aquella mañana por fin habían decidido lavarse las manos quitándoselo de encima, y le hicieron firmar todas las declaraciones y garantías imaginables llegando al extremo de grabar un vídeo suyo para contar con una prueba de que parecía estar en plena posesión de sus facultades mentales.

Y por fin habían permitido que se vistiera, que pidiera una limusina por teléfono y que saliera del edificio. Se habían mostrado muy afables y le habían dado palmaditas en la espalda -algo que León odiaba- y le habían repetido varias veces que fuera a visitarles.

El masajista que se ocupaba de su terapia física había observado que el implante del pene por fin le iba a servir de algo y le había guiñado el ojo, pero León no había querido seguir allí dentro el tiempo suficiente para presentar una queja por escrito.

Tenía que encontrar al doctor Leaky y prepararse para la partida. Tendría que telefonear a Newt y recordarle que debía tener a trece jugadores preparados en el atracadero del Lago Mead en cuanto llegara el crepúsculo.

Pero lo primero que debía hacer era encontrar al doctor Leaky.

Cuando no estaba discutiendo con el personal León se había pasado todas sus horas libres del día anterior dando vueltas a algo que el doctor Leaky había dicho en la cafetería del hospital, y le había faltado muy poco para sucumbir al pánico.

"Todo lo demás… No sirvió de nada. Las cartas no se dejaron engañar -había dicho aquel cuerpo senil-. Los habitantes de Ciudad Apocalipsis, y todas las estatuas-sacrificios humanos que hay en la ciudad…"

Los técnicos nunca llegaron a saberlo, pero León sospechaba desde hacía años que los maniquíes de las casas que iban a ser destruidas por la onda expansiva de la explosión nuclear construidas en Yucca Fíats en la década de los cincuenta habían sido sacrificios a los dioses del caos que iban a ser invocados por la detonación de la bomba atómica; y también había empezado a pensar que el gran número de estatuas esparcidas por Las Vegas -desde los árabes de piedra colocados delante del Sahara en el Strip hasta la gigantesca figura de Vegas Vic que se alzaba sobre el Club Pioneer en la calle Fremont- continuamente expuestas al sol y la lluvia eran ofrendas a las pautas aleatorias de la climatología, la cual era otra manifestación de los dioses del caos. Después de todo el caos y la aleatoriedad expresados bajo la forma del juego eran los santos patronos de la ciudad, y tenían que ser apaciguados de alguna manera.

Si las cartas -las personificaciones del caos y la aleatoriedad- no se habían dejado engañar por aquellos símbolos del sacrificio humano…, bueno, eso a León le daba igual.

Pero el cuerpo del anciano -su cuerpo- había seguido hablando. "Todos esos Fijis tuyos que murieron tampoco han servido de nada. Al final no habrá nadie más que yo."

Y León había acabado comprendiendo que aquella frase aparentemente sin sentido podía ser una referencia a los cuerpos dentro de los que había vivido y que habían muerto, Reculver y todos los demás. El doctor Leaky quizá había querido decir "efigies", y en tal caso el significado de sus palabras era que las muertes simbólicas que León había sufrido no habían conseguido engañar a las cartas.

"Al final no habrá nadie más que yo…"

Y eso quería decir que a pesar de todos sus cambios de cuerpo León quizá siguiera estando condenado a morir cuando el cuerpo senil y emasculado del doctor Leaky muriese.

El cuerpo de Hanari se estremeció y León chasqueó los dedos con impaciencia. ¡Qué mal había cuidado de aquella ruina humana a la que tanto despreciaba durante los últimos años! Si estaba en lo cierto, había

escapado a la muerte por pura casualidad en muchas ocasiones. ¡Y ayer había llegado a albergar la esperanza de que la policía lo matara!

Tenía que dar por sentado que lo que había dicho era verdad y tomar medidas. Una semana y media antes, la misma noche en la que había sentido que el gran jack y el gran pez cruzaban la frontera de Nevada, una idea había surgido de la nada y se había abierto paso por su mente, y León había pensado en un corazón de gallina extraído de la gallina y mantenido con vida artificialmente durante un período de tiempo que excedía en mucho la vida normal de una gallina, un corazón que había crecido hasta alcanzar el tamaño de un sofá…

Tenía que encontrar el cuerpo del doctor Leaky antes de empezar los preparativos para la nueva partida en el lago, y tenía que ponerlo a buen recaudo allí donde no corriese ningún peligro. Después León sobornaría o aterrorizaría a algún médico hasta convencerle de que le extrajera el corazón y lo mantuviera funcionando durante décadas, y luego se lo pasaría a otros médicos para que lo mantuvieran latiendo durante siglos, con lo que sin duda crecería hasta alcanzar el tamaño de una casa.

La mente que era Georges León seguiría siendo inmortal y seguiría reinando.

León pudo ver cómo la limusina se aproximaba lentamente dejando atrás las colinas cubiertas de hierba del campo de golf.

"Tu próxima parada será ese aparcamiento detrás de la licorería en la que el viejo imbécil siempre está jugando a las cartas con los vagabundos -pensó León como si su mente pudiera establecer contacto con el chófer invisible detrás del parabrisas-. Y tendrás que ir mucho más deprisa que ahora…"

44

La mano debajo del cañón El sol ya casi estaba sobre sus cabezas, y Crane había tenido que dar dinero en dos ocasiones a uno de los jugadores para que fuera a la licorería en busca de más cerveza.

Por fin le había vuelto a tocar el turno de dar cartas -Crane agradecía que todos se hubieran puesto de acuerdo en que no se esperaba que el doctor Leaky participase en el reparto de cartas-, por lo que barajó rápida y concienzudamente y repartió las cartas a los jugadores; dos para cada uno, y luego una boca arriba sobre la que apostar.

Al principio los jugadores habían puesto objeciones a las cuatro cartas extra que Crane había incluido en la baraja, cuatro reyes con las letras KN escritas con rotulador sobre las caras, pero Crane había acabado consiguiendo que aceptaran las cartas como knights o valets con un valor intermedio entre los jacks y las reinas; y habían sido necesarias varias manos antes de que comprendieran cómo funcionaban las apuestas y el que era frecuente que un jugador pudiese ganar más dinero vendiendo la mano de cuatro cartas no concebida que comprando las cuatro cartas de otro jugador y aguantando hasta el desenlace de la partida, pero durante las últimas manos el juego se había desarrollado de forma bastante fluida y sin contratiempos. Un par de jugadores, Dopey incluido, habían aumentado de manera sustancial sus montoncitos de billetes y Crane había tenido que entregar rollos adicionales a dos jugadores y había accedido a hacer lo mismo con los demás.

Pero el doctor Leaky aún no había comprado ninguna carta, y parecía estar empezando a ponerse nervioso. Se había meado en los pantalones, y el olor a orina que se evaporaba sobre el pavimento recalentado parecía molestarle.

Crane no estaba muy seguro de si era prudente interferir con los procesos naturales que pudieran estarse desarrollando allí fueran los que fuesen, pero se suponía que la partida del lago iba a empezar aquella noche y el doctor Leaky daba la impresión de estar a punto de marcharse.

–Ya sabe que puede comprar una mano a algún otro jugador, ¿no? – le dijo al cuerpo de su padre.

El doctor Leaky le observó desde debajo del sombrero de paja adornado con la rosa de papel, y Crane casi creyó percibir un chispazo de inteligencia en su mirada. – ¿Crees que no conozco las reglas, Scotto?

Contemplar aquellos ojos de los que se acordaba tan bien hizo que Crane se sintiera pequeño y fútil a pesar de que el tiempo los hubiera enmarcado en bolsas de piel reseca y arrugada, y descubrió que había bajado la vista.

Recorrió el aparcamiento en busca de alivio mientras la apuesta iba corriendo a lo largo del círculo de jugadores. La camioneta azul de Mavranos estaba aparcada al otro extremo del solar y un taxi con el motor al ralentí estaba detenido a no mucha distancia de ella, y mientras tenía la

cabeza vuelta en aquella dirección Crane vio una reluciente limusina negra que venía de Flamingo Road.

–Te toca apostar, Scotto -dijo un jugador.

Crane vio que el doctor Leaky había empujado los tres óvalos de cobre hacia adelante torciendo el gesto como si estuvieran lo suficientemente calientes para que hacerlo le resultara doloroso. Crane arrojó tres billetes de dólar sobre el pavimento, y repartió una segunda carta boca arriba a todos los jugadores.

–El as apuesta -dijo haciendo una seña con la cabeza al jugador de su izquierda.

Y un instante después oyó el chirrido de unos neumáticos de gran tamaño deteniéndose cerca de él, y giró sobre sí mismo con una expresión de alarma en el rostro.

La limusina se había detenido a un par de metros de donde estaba sentado. Crane vio abrirse una de las puertas de atrás y un hombre bajó del vehículo. Era alto, estaba muy bronceado y tenía el cabello negro. Crane no le había visto nunca antes, pero reconoció el disco solar de oro suspendido de una cadena que colgaba alrededor de su cuello. Era idéntico al que Richard Leroy había llevado alrededor de su cuello cuando actuó como anfitrión de la partida celebrada en el lago el año 1969.

"Éste sí es mi padre", pensó Crane, y sintió un repentino vacío en el pecho.

La parte delantera de los pantalones del hombre estaba abulta-da, y Crane se preguntó qué podía haber en aquella escena capaz de proporcionarle la erección rampante que estaba empezando a experimentar.

Se puso en pie moviéndose muy despacio y siendo consciente de la rigidez de su pierna y del dolor de su costado, pero también del bulto del revólver que había dentro del bolsillo de su chaqueta.

Sintió un cosquilleo en las yemas de los dedos, y le pareció que vibraban como diapasones recién golpeados por el afinador. "Podría pegarle un tiro ahora mismo -pensó-. Pero ¿de qué serviría eso si tiene otro par de cuerpos a los que puede trasladarse? Y fíjate en todos esos testigos… Hasta el taxi viene hacia aquí." -Estamos en mitad de una mano -dijo Crane intentando con cierto éxito que la tensión no impulsara su voz hasta la gama del falsete-, pero podemos incluirle en la próxima.

El hombre volvió su rostro tranquilo y desprovisto de arrugas hacia las cartas esparcidas encima del pavimento.

–Veo que estáis jugando al razz, no cabe duda -dijo-. Los de vuestra calaña nunca tendrán clase… Bien, me temo que el doctor Leaky tendrá que renunciar a su mano.

Cubriré su inversión en el pot.

Deslizó una mano dentro de su chaqueta y sacó una billetera de cuero.

–El doctor acabará de jugar la mano -dijo Crane. Los ojos que brillaban en el rostro de piel morena y lisa se clavaron en Crane.

–Eres Scott Crane, ¿verdad? – El rostro no sonrió-. Te gusta ir de un lado a otro, ¿eh? Vete a ganar dinero a otro sitio. Te doy mi palabra de que será mucho mejor para ti.

–Bajó la mirada hacia los pantalones mojados del anciano -. Venga conmigo, doctor-dijo-. Tenemos que asearle.

Crane puso su mano izquierda sobre el huesudo hombro del doctor Leaky impidiendo que se levantara.

–Va a acabar la mano.

–Cristo, ¿a quién le importa? – oyó que decía Dopey a su espalda-. Deja marchar al viejo. – ¿Por qué no le espera ahí? – dijo Crane contemplando al desconocido alto y moreno que era su padre-. Creo que sólo tardaremos un par de minutos más.

Las cejas del hombre se enarcaron la distancia justa para expresar perplejidad.

–He dicho que cubriría sus apuestas con dinero en efectivo. – Meneó la cabeza-.

Oh, muy bien, esperaré.

Empezó a volverse hacia la limusina.

Pero entonces uno de los jugadores habló.

–Estupendo -dijo-. Quiero comprar el rey y el valet del viejo.

Y cuando el hombre volvió a dar la espalda a la limusina había un revólver de cañón corto y grueso en su mano. – ¡No, no va a jugar a la asunción! – gritó.

Los ojos del hombre se clavaron durante un segundo en el doctor Leaky, y Crane sacó su revólver con un movimiento tan rápido como fluido y estrelló la culata en el rostro del hombre impulsándola con todas sus fuerzas.

El cuerpo alto y fornido cayó pesadamente sobre el costado de la limusina, resbaló y acabó derrumbándose encima del pavimento convertido en un fláccido montón de carne.

El rojo de la sangre ya había empezado a enmascarar el rostro y a manchar el gris del asfalto.

Unos cuantos jugadores ya se estaban poniendo en pie, pero Crane hizo girar el revólver y les apuntó con él.

–Sentaos -dijo -. Vamos a acabar esta mano.

La limusina se puso en marcha y se alejó. La puerta de atrás seguía abierta y giraba sobre sus goznes. Los jugadores se fueron sentando con movimientos lentos y envarados.

–El as apuesta -repitió Crane-. Deprisa.

"Dios -pensó-, ¿cuánto tiempo pasará antes de que el chófer de la limusina avise a la policía por el teléfono que estoy seguro hay dentro de ese coche?"

El hombre que tenía el as al descubierto extendió una mano temblorosa, y depositó un billete de dólar en el centro del círculo sin apartar los ojos del arma de Crane. Todos los jugadores que podían apostar después de él decidieron quedar fuera de la partida con excepción del doctor Leaky, quien curvó los labios en una sonrisa vacua e hizo rodar una ficha agujereada hasta añadirla a las apuestas. Crane arrojó un billete de dólar.

Crane sonrió con los dientes muy apretados.

–La mano…, eh…, debajo del cañón queda abierta para la puja -dijo.

Nadie se movió ni dijo nada.

Mavranos había puesto en marcha el motor de la camioneta. El taxi seguía en el aparcamiento con el motor al ralentí, y se encontraba un poco más cerca de Flamingo Road que antes.

Crane podía oír sirenas. Aún no estaban llegando al aparcamiento, pero no se encontraban a muchos bloques de distancia.

Volvió la mirada hacia el cuerpo que yacía sobre el pavimento. Se preguntó si se estaría muriendo y qué le diría el teniente Frits sobre aquello, y tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para no sucumbir al mareo y las náuseas.

–La mano queda abierta para la puja -dijo, y fue consciente del tono suplicante que impregnaba su voz.

El doctor Leaky miró a su alrededor parpadeando lentamente.

–Voy con dos, Scotto -dijo y empujó hacia adelante dos monedas de diez centavos achatadas moviéndolas con bastante dificultad.

–Y yo no apuesto, ¡así que es suya! – gritó Crane.

Se metió el arma en el bolsillo y cerró los dedos sobre la mano del doctor Leaky y las cuatro cartas que el viejo había comprado. Después se puso en pie, saltó por encima del cuerpo inconsciente y echó a correr a través del asfalto recalentado en dirección a la camioneta azul de Mavranos.

La policía acababa de llegar. Crane captó el cambio en el eco de las sirenas, e incluso pudo oír el chirrido de los amortiguadores y el ruido de los neumáticos cuando los coches patrulla giraron para entrar en el aparcamiento.

La camioneta azul se había puesto en marcha y estaba girando para poder salir por el extremo del aparcamiento más alejado de Flamingo Road, y Mavranos había abierto la puerta derecha.

Crane corría a la máxima velocidad de la que era capaz y sus piernas se movían desesperadamente para seguir sosteniendo el peso del torso inclinado hacia adelante, pero sabía que los coches de la policía entrarían en el aparcamiento antes de que consiguiera llegar a la camioneta.

Oyó un chirrido de neumáticos, y vio por el rabillo del ojo cómo el taxi salía disparado hacia adelante y embestía al primer coche patrulla. Crane se dio cuenta de que las puertas del taxi se abrieron una fracción de segundo después de la colisión, pero ya había llegado a la camioneta y tuvo que perseguirla agitando los brazos para no perder el equilibrio mientras intentaba llegar hasta la puerta abierta.

Logró entrar a fuerza de manos, y se deslizó sobre el asiento mientras sus piernas seguían debatiéndose fuera del vehículo. – ¡Por atrás! – gritó.

Pero Mavranos acababa de hacer girar el volante en sentido contrario como si estuviera intentando conseguir que la camioneta describiera un ocho.

–He de recoger a las chicas -dijo alzando la voz para hacerse oír por encima del estrépito del motor.

La fuerza centrífuga estaba expulsando a Crane de la camioneta, y las cartas se arrugaron en su mano cuando tensó los dedos intentando hundirlos en la tapicería del asiento. – ¿Las chicas? – aulló mientras sus pies golpeaban la puerta que giraba locamente sobre sus goznes e intentaban encontrar algún punto de apoyo.

La puerta trasera se abrió un instante después a pesar de que la camioneta no había reducido la velocidad en ningún momento, y un par de personas se desplomaron sobre el suelo del vehículo. Crane oyó cómo el pedal del acelerador chocaba con el metal, y el carburador de cuatro válvulas dio el máximo de sí haciendo que la camioneta saliera despedida hacia adelante.

El pie derecho de Crane logró encontrar por fin el marco de la puerta y le impulsó hacia adentro, y en ese mismo instante se dio cuenta de que Mavranos había hecho una curva en U y acababa de meter la camioneta en lo que parecía un camino cubierto. Cuando se irguió y cerró la puerta vio que estaban en el aparcamiento del Flamingo. La camioneta avanzaba lentamente por la rampa de subida a menos de cien metros de donde habían dejado al coche patrulla con el que había chocado el taxi.

–Oh, Arky -jadeó Crane intentando recuperar el aliento -, creo que es una decisión muy peligrosa.

Mavranos tenía el ceño fruncido, y su rostro estaba cubierto por una reluciente capa de sudor.

–Mierda, Pogo, dime algo que no sepa. Pero si hubiéramos intentado largarnos por el Strip habrían avisado por radio y nos habrían atrapado con un bloqueo.

Mavranos hizo girar la camioneta alrededor de la primera curva y la metió en la rampa del segundo piso del aparcamiento. Crane podía oír sirenas, pero ninguna de ellas creaba los ecos indicadores de que los coches patrulla también estuvieran dentro del aparcamiento del Flamingo.

–Cristo, haz que funcione -murmuró agarrándose al salpicadero con una mano sudorosa-. Haz que no se les ocurra mirar aquí.

–Meterse aquí ha sido lo mejor que podía hacer -dijo una voz de mujer desde el asiento trasero, y Crane giró sobre sí mismo.

La que había hablado era una joven asiática que vestía uniforme de taxista. Un hilillo de sangre que se bifurcaba brotaba de su frente y le corría por la cara, pero Crane ya había dejado de mirarla y tenía los ojos clavados en su acompañante.

Y el corazón le latía más deprisa que cuando había estado corriendo. –¿Diana?

Le sangraba la nariz, y se la estaba pellizcando con un par de dedos para cortar la hemorragia.

–Sí -dijo Diana con voz pastosa-. Hola, Scott. Me alegra verte, Arky.

–Bueno, estoy disfrutando de la vida y aprendo a amarla -gruñó Mavranos.

Crane se sorprendió al descubrir que estaba más asustado que hacía unos momentos.

En una ocasión había tomado parte en un torneo de aguante en el que se exigía abonar una entrada inicial de quinientos dólares. Antes de empezar a jugar estaba demasiado borracho para entender las reglas, y no había esperado disponer de la opción de volver a entrar después de haberse quedado sin dinero; y cuando se quedó sin dinero y le ofrecieron volver a tomar parte en el torneo Crane la aceptó encantado y se apresuró a pagar quinientos dólares más…, pero las apuestas a ciegas y los límites no habían parado de aumentar, y la nueva apuesta mínima era de ciento cincuenta dólares y Crane comprendió demasiado tarde que el gasto de volver a hacer toda la inversión de entrada sólo había servido para permitirle jugar una mano más.

No podía recordar si había ganado aquella mano o no.

–Ibais en el taxi que embistió a ese coche patrulla -dijo Crane.

–Exacto -dijo la joven asiática-, y supongo que ahora estoy metida en esto hasta el cuello -añadió mirando a Diana-. Dejé mi taxi allí, y nos vieron huir. No puedo pretender que me estabas apuntando con un arma.

Mavranos acababa de girar hacia la tercera rampa de subida, pero seguía sin haber ninguna plaza vacía y el rugido del tubo de escape hacía vibrar el recinto de techo bastante bajo en el que estaban metidos.

–Ozzie dijo que habías muerto -murmuró Crane mirando a Diana-. Dijo que te hicieron volar por los aires.

–Faltó poco para que lo consiguieran. Mataron a mi pobre compañero. –Diana fulminó a Crane con la mirada-. ¿Qué tal está Ozzie?

–Lo siento. Ha muerto. – ¿Por culpa tuya?

Crane pensó si había sido culpa suya, y su rostro se fue ensombreciendo poco a poco.

–Sí.

–Ah.

Diana no mostró ninguna emoción, pero las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas y se mezclaron con la sangre en su mentón.

Mavranos hizo avanzar lentamente la camioneta por el cuarto nivel, y todos guardaron silencio durante unos momentos.

Crane por fin reconoció a la joven que al parecer había estado conduciendo el taxi.

–Te conozco, ¿verdad? – preguntó-. Me alejaste de aquel tiroteo junto al Binion's.

Te llamabas…

–Nardie Dinh. – La joven se estaba apretando la frente con un pañuelo-. Por cierto, retiro el consejo de que te mataras que te di entonces. En estos momentos y tal como estás eres la máxima esperanza de todos, y he descubierto que estoy en tu bando.

Crane contempló a las tres personas que compartían el interior de la camioneta con él. – ¿Así que somos un bando? – Su voz sonó quebradiza y huecamente jovial en sus oídos-. Y yo soy el líder, ¿verdad? ¿Qué opinión tienes de tu líder, Diana?

El rostro de Diana seguía sin mostrar ninguna emoción.

–Me hallo en un estado de admiración suspendida.

Mavranos hizo girar el volante y metió la camioneta en una plaza de aparcamiento vacía. Los neumáticos se deslizaron sobre el lustroso suelo de cemento creando un chirrido acompañado de multitud de ecos.

–Vamos a traer un poco de pintura aquí y pintaremos este trasto de otro color -dijo, y apagó el motor-. ¿Qué tienes ahí, Scott? ¿Algo digno de todo ese… furor?

–Sí. – Crane abrió el puño y alisó las ocho cartas arrugadas que había estado ocultando-. El verdadero cuerpo de mi padre.

OceanofPDF.com

45

Tomar media dosis no sirve de nada Crane pagó dos habitaciones contiguas en el Flamingo y compró dos barajas de recuerdo en la tienda de regalos antes de encabezar el desfile escaleras arriba.

Después se sentó sobre una de las camas de la habitación que iban a ocupar él y Mavranos, rompió los precintos de las barajas y dispersó las cartas boca arriba sobre la colcha.

Mavranos había subido la nevera, y Dinh telefoneó al servicio de habitaciones y encargó seis Coca-Colas. – ¿Qué estás haciendo? – le preguntó a Crane cuando hubo colgado el auricular.

Crane había empezado a ordenar las cartas.

–Intento dar con alguna forma de preparar una baraja trucada para una partida de póquer muy complicada. – Había separado las ocho cartas que habían formado la mano del doctor Leaky: el seis y el ocho de corazones, el valet de tréboles y el siete, el ocho, el nueve, el diez y el rey de picas-. Me gustaría que el…, el cuerpo de mi padre hubiera sacado una mano mejor. Que hubiera consistido en una mano mejor… Ésta tiene que ganar, y en una serie de trece manos de asunción una escalera con el rey como carta más alta no es ninguna maravilla. – ¿Alguien va a jugar con cartas del Flamingo? – preguntó Mavranos, y tomó un sorbo de una Coors.

Diana estaba inmóvil delante de la ventana y contemplaba la piscina.

–No -dijo Crane-, pero quiero usar estas cartas para preparar la estrategia. Eso me ahorrará muchos dolores de cabeza… La partida se jugará con… -Suspiró-. Con una baraja Lombardía Zeroth.

Nardie volvió la cabeza hacia él y le miró fijamente.

–Mi medio hermano tiene una carta de esa baraja -dijo-. La Torre… Quiere utilizarla para convertirse en Rey.

–Estupendo -dijo Crane-. Espero que la mire cruzando los ojos y que se vuelva loco.

–Ya lo ha hecho -dijo Nardie -. ¿Estás…, estás hablando de la partida del lago?

–Sí.

–No pensarás tomar parte en ella, ¿verdad? No otra vez…

–Sí.

Nardie se estremeció de forma muy visible.

–No podrías llevarme allí por nada del mundo.

Diana se volvió hacia ellos. – ¿Cuándo vas a hacerlo, Scott?

Crane no apartó la mirada de las cartas.

–Las partidas se jugarán mañana, mañana por la noche y durante el Viernes Santo.

Empezaré esta noche y seguiré jugando hasta que se me presente una ocasión. – ¿Y ese tipo al que dejaste sin sentido estará allí? – preguntó Mavranos.

–Sí -dijo Crane-. En ese cuerpo, suponiendo que no esté muerto o ingresado en un hospital. Es el anfitrión.

–Te reconocerá.

–Lo haría, pero me disfrazaré. – ¿Cómo?

Llamaron a la puerta y Diana cruzó la habitación y dejó entrar al botones, quien colocó la bandeja de Coca-Colas sobre la mesa, y le dio una propina. – ¿Cómo piensas disfrazarte? – volvió a preguntar Mavranos en cuanto el botones hubo salido de la habitación.

Crane miró a su amigo. Sus labios se curvaron en una sonrisa impregnada de preocupación y acabó meneando la cabeza.

–No lo sé. ¿Afeitarme la cabeza? ¿Llevar gafas? ¿Pintarme la cara y las manos de negro?

–No me parecen ideas demasiado buenas -dijo Diana.

–Podrías ir maquillado de payaso -dijo Nardie -. Creo que en el Circus Circus te maquillan gratis.

–O podrías usar un traje de mono -dijo Mavranos-. Tiene que haber un sitio en la ciudad donde alquilen trajes de mono.

–"Cada uno ha ofrecido sus sugerencias" -citó Crane con una sonrisa forzada-.

"Sugerencias que no tienen precio…" -Eso es de Lewis Carroll -dijo Nardie.

Crane la miró, y su sonrisa se volvió sincera.

–Exacto. – Ella y Diana le habían dicho qué relación tenía con todo aquello, pero Crane le prestó atención por primera vez y se fijó en su hermosa cabellera negra y su rostro de porcelana-. Adoro ese poema -dijo-. "Y no los abandonó lentamente, con la…" -Una mujer -le interrumpió secamente Diana.

Mavranos alzó su cerveza como en un brindis. – ¡Una mujer!

Crane miró a Diana y frunció el ceño. – ¿Qué?

–Ve disfrazado de mujer. Es el único disfraz que dará resultado.

Crane dejó escapar una breve carcajada…, pero se dio cuenta de que Mavranos y Nardie habían enarcado las cejas como si estuvieran tomando en consideración la idea de Diana.

–No -dijo-. Por el amor de Cristo, esto ya va a ser bastante duro para que encima vaya allí disfrazado de mujer. Me afeitaré la cabeza y usaré gafas. Eso…

–No -dijo Nardie con voz pensativa-, tienes unas facciones demasiado marcadas.

No te he visto muchas veces, pero te reconocería aunque llevaras gafas y estuvieras calvo. Creo que tendrás que disfrazarte de mujer…, montones de maquillaje, lápiz de labios, una peluca que corte la respiración…

–Ya me estoy empezando a poner caliente -confesó Mavranos.

–No dará resultado -dijo Crane usando un tono de voz entre despectivo y seguro de sí mismo-. ¿Y mi voz? ¿Queréis que hable así? – dijo en falsete.

–Habla con normalidad -dijo Diana-. Pensarán que eres un travestí al que le gusta llamar la atención, y ya no volverán a fijarse en ti.

–Nadie se fija mucho en un marica -dijo Mavranos-. Si alguien empieza a mirarte basta con que le guiñes el ojo.

El pánico producido por aquella nueva sugerencia era tan intenso que Crane sintió que le daba vueltas la cabeza, y se dio cuenta de que era capaz de empequeñecer su miedo a fracasar, a que Diana muriera y a que él mismo perdiera su cuerpo el Sábado Santo cuando su padre asumiera los cuerpos que había comprado durante las partidas del año 1969. "No lo haré -se aseguró a "sí mismo-. No te preocupes y no te pongas nervioso porque no lo haré."

Nardie le puso una mano en el nombro. – ¿Y si es la única solución? – le preguntó en voz baja y suave-. ¿Te acuerdas de Sir Lancelot? – Crane meneó tozudamente la cabeza y Nardie siguió hablando -. Iba a rescatar a la reina Ginebra, y durante el camino tuvo que viajar en una carreta. En aquellos tiempos viajar en una carreta se consideraba horriblemente deshonroso, naturalmente. Los criminales eran exhibidos por las calles en carretas para que la gente pudiera burlarse de ellos y arrojarles cosas, ¿no? Lancelot apenas vaciló un momento antes de subirse a la carreta, y cuando la hubo rescatado la reina se negó a hablarle a causa de aquella breve

vacilación porque durante un par de segundos Lancelot había puesto su dignidad personal por encima de su deber hacia ella…, y Lancelot admitió que tenía razón.

–Dios.

Crane bajó la cabeza y clavó la mirada en sus cartas.

"Sería el mejor disfraz -admitió para sí-. Y, realmente, ¿qué te importa que un montón de desconocidos… y tu padre, claro…, piensen que eres una maricona emplumada? No sabrán quién eres. ¿Acaso crees que la vida de Diana vale menos que tu…, tu maltrecha dignidad? Tu dignidad, la dignidad de un viejo vagabundo con temblorinas que sólo lleva seis días subido al carro de la abstinencia…, seis días en el carro de la abstinencia, y como máximo serán tres días en la carreta."

Miró a Diana, y Diana no rehuyó su mirada.

–Que conste en acta que no he vacilado durante más tiempo que Lancelot -dijo con voz enronquecida, y se volvió hacia Dinh-. Ginebra… ¿Le perdonó?

–Eso se contaba en el libro de Chrétien de Troyes, ¿verdad? – dijo Mavranos.

Durante un momento Dinh quedó claramente perpleja por su bárbara pronunciación del nombre, pero después indicó que le había entendido con un parpadeo y asintió-. Sí, acabó perdonándole -dijo Mavranos mirando a Crane.

–Mi señora, ¿habéis oído eso? – le dijo Crane a Diana.

Y como para castigarles a todos sacó la caja de madera de su padre del bolsillo, la abrió, dejó caer la baraja Lombardía Zeroth sobre la colcha y desplegó las cartas con mano temblorosa.

–Ah -suspiró Nardie, y su voz sonó repentinamente herida y triste.

Crane estaba contemplando las viejas miniaturas, aquellas imágenes mórbidas que podían afectar a quienes las veían de forma tan terrible; pero una parte de su mente se dio cuenta de que Mavranos se había puesto en pie y de que Diana se había acercado a él. Crane lamentó de repente lo que había hecho y alargó una mano para ocultar las cartas.

–No -murmuró Diana cogiéndole la mano y estrechándosela con fuerza-.

Necesito… conocer estas cosas.

–Ya está hecho -gruñó Mavranos-. Tomar media dosis no sirve de nada.

Se inclinó sobre la cama, y sus dedos cubiertos de callosidades desplegaron las cartas para verlas con más claridad sin que le temblara la mano.

El Loco y los Amantes y la Luna y la Estrella y el Emperador y la Emperatriz les devolvieron la mirada a los cuatro desde la colcha, y Crane descubrió que estaba apretando la mano de Diana contra su costado y que estaba estrujando la de Mavranos con la otra. Mavranos también había agarrado a Nardie de la mano.

Las cartas esparcidas sobre la cama no se movieron o cambiaron, pero las pautas y los dibujos temblaron dentro de su cabeza envueltos en una vaga iridiscencia como si fueran las escamas de una serpiente de cascabel que se desenrosca lentamente, y aunque el sol entraba a chorros por la ventana Crane se precipitó por el pozo hasta el fondo de su mente y cayó en el estanque subterráneo compartido por todos los pozos de aquellas características.

No supo cuánto tiempo transcurrió antes de que empezara a subir lentamente para acabar emergiendo en su propia consciencia.

Crane descubrió que estaba contemplando la carta del Mundo, la imagen de un hermafrodita que bailaba dentro de una guirnalda que era un óvalo con los extremos puntiagudos. "Hay que ser varón y hembra para hacer esto", pensó confusamente.

Descubrió que podía captar lo que había en las mentes de sus compañeros -la fachada de bravuconadas de Mavranos que ocultaba un miedo inmenso, la preocupación por sus hijos y el amor borrado y suprimido que sentía hacia Crane de Diana, la orgullosa desesperación de Nardie-, y supo que ellos también se estaban dando cuenta de cómo era él.

Acabó soltando sus manos, y cogió aquellas cartas que parecían estar tan terriblemente despiertas y atentas.

–He de ordenarlas -balbuceó-. Mientras lo hago las chicas quizá podríais bajar y comprarme ropa y unas cuantas cosas más.

–Creo que debes de tener la talla cuarenta y dos -dijo Diana, y se apartó de la cama.

Durante el trayecto en taxi hasta el Lago Mead Crane no logró olvidar en ningún momento el peso de la base de maquillaje, los polvos y la sombra que cubrían su cara y el de la espuma para el pelo que habían usado cuando le alisaron las cejas. Para gran humillación suya cuando le dijo al taxista

dónde quería ir intentó hablar en falsete. Fue un fracaso; el taxista se sobresaltó de forma claramente visible, se pasó los primeros minutos del trayecto murmurando obscenidades y acabó sumiéndose en un silencio ofendido.

Crane había pasado la media hora del trayecto intentando leer el manual de instrucciones que Dinh se había encargado de proporcionarle, un ejemplar de Póquer para mujeres, de Mike Caro. Los consejos que daba el libro le parecieron lógicos y bien fundados, pero naturalmente no había ningún capítulo que tratara de la asunción.

La baraja Lombardía Zeroth tensaba su bolso de cuero blanco como si fuera una automática cargada con el seguro quitado.

El taxi entró en el aparcamiento del atracadero, y Crane echó un vistazo a su nuevo reloj de pulsera con correa de oro. Sólo eran las cuatro y media. Esperaba que León permitiría que los jugadores subieran a la embarcación a pesar de que fuese tan temprano, porque si había algo que no deseaba era el dar vueltas por allí. Podía meterse en un bar, pero la idea de que alguien podía intentar ligar con él le hizo estremecer.

–Cincuenta dólares, cariño -dijo el taxista.

Crane le pagó sin abrir la boca y salió del taxi.

Dejó atrás el colmado y la tienda de cebos, y fue en dirección al atracadero resistiendo el impulso de extender los brazos a los lados para mantener el equilibrio. Caminar con tacones altos sobre una superficie de asfalto llena de protuberancias y guijarros incrustados era tan difícil e incómodo como caminar llevando patines para el hielo, y Crane podía sentir las oleadas de un pánico curiosamente parecido al que se decía sentían los actores antes de salir al escenario deslizándose a lo largo de sus costillas por debajo del vestido de algodón. Diana y Nardie también habían tenido que comprar un vestido de lino porque Diana lo había tocado, pero Crane no pudo ponérselo a causa de las marcas negras que habían dejado sus dedos.

La larga silueta blanca de la casa-barco estaba atracada en el mismo sitio que había ocupado hacía veintiún años. Crane se quedó inmóvil y la contempló respirando por la boca.

"El círculo se ha cerrado -pensó -. Otra vez, el eterno retorno, el perro que vuelve a su vómito y el criminal que regresa a la escena del crimen…"

Flexionó sus manos heladas y tragó una honda bocanada de aire.

Tres pescadores bastante mayores de rostros curtidos por la intemperie cargados con cañas de pescar y cestas venían de los muelles, y clavaron la mirada en Crane cuando pasaron junto a él. – ¡Ahí tienes a tu chica, Joey! – murmuró uno de ellos. – ¿Qué pasa, Ed? – dijo otro-. ¿Ya no saludas a tu mamá?

Crane pudo oír los bufidos que soltaron intentando contener la risa cuando le dejaron atrás, y empezó a moverse torpemente sobre sus tacones altos sintiendo que el rostro le ardía debajo de la capa de maquillaje.

Una El Camino blanca estaba aparcada junto al atracadero, y dos jóvenes estaban descargando cajas de licor y refrescos. Crane se fijó en el costado del vehículo al que se estaba acercando y no le sorprendió ver que tanto El como la C habían sido arrancadas.

"Parece como si los Amino Ácidos hubieran encontrado un nuevo rey al que servir", pensó.

Uno de los jóvenes alzó la mirada y vio a Crane.

–Jeeeeesús -dijo casi con respeto-. ¿Puedo ayudarte en algo, Mejillas de Rosa?

Crane siempre había sabido imitar muy bien el acento de Brooklyn, y decidió utilizarlo.

–He venido a jugar al póquer -dijo agitando el libro de Caro que sostenía en la mano.

–Estás en el sitio ideal -dijo el joven-, y llegas muy temprano. Sólo hay seis a bordo. Pasa por el detector.

Crane se fijó en los dos postes de plástico colocados en posición vertical sobre el atracadero. – ¿Es un detector de metales? – preguntó.

–Exacto.

"Oh, bueno -pensó Crane-, no he venido a ganar un fajo de billetes al que alguien pueda echarle el guante y salir huyendo, y no puedo permitir que me registren el bolso y descubran la baraja Lombardía Zeroth…" Metió la mano en el bolso, extrajo el 357 sosteniéndolo cautelosamente por el cañón y lo extendió con las cachas Pachmayr hacia el joven.

–Supongo que esto lo haría sonar, ¿no?

–Maldición. – El Amino Ácido cogió el arma que le alargaba Crane-. Sí, hermana, se pondría a sonar como un loco. ¿Qué planeabas hacer con este trasto?

–Es para protegerme -dijo Crane -. Una chica nunca es demasiado precavida en este tipo de sitios.

–Bueno, lo recuperarás cuando desembarques…, y si vuelves déjalo en casa.

Crane pasó por entre los postes del detector de metales sin hacer sonar la alarma.

Avanzó lentamente hasta el extremo del atracadero y se agarró a la barandilla de la embarcación -ver sus uñas pintadas de rojo le hizo torcer el gesto- y consiguió llegar a la cubierta de popa.

Oyó pasos a su derecha y alzó la mirada para ver a su anfitrión inmóvil delante de la entrada del salón. Los dos hombres se encogieron sobre sí mismos.

Georges León seguía usando el cuerpo que Crane había golpeado aquella mañana. Un grueso vendaje blanco rodeaba la cabeza por encima de la ceja izquierda desordenando los mechones de la cabellera impecablemente peinada, y el ojo que había debajo de él era una rendija brillante enmarcada por párpados hinchados de color grisáceo. El cuerpo esbelto y de aspecto musculoso vestía un traje blanco hecho a medida, y el disco solar dorado seguía colgando sobre su corazón. Crane se imaginó lo mucho que le habría disgustado aquella aparatosa herida que estropeaba la elegancia global de su apariencia.

Y en cuanto a lo que opinaba de la última incorporación al grupo de jugadores…, bueno, Crane no tenía imaginación suficiente para saberlo. Crane se había observado concienzudamente en el espejo después de que Diana y Nardie hubieran acabado de prepararle, y sabía que el vestido, el maquillaje y el sujetador relleno de calcetines constituían un disfraz muy efectivo, pero también sabía que no le daban un aspecto demasiado femenino.

–Me llamo Art Hanari -dijo su anfitrión.

Tenía voz de barítono.

Crane se dio cuenta de que no había pensado en qué nombre iba a utilizar.

–Dicotomía Jones -dijo usando el primero que se le pasó por la cabeza.

León estaba asintiendo, y no parecía muy feliz. – ¿Has venido a jugar? – ¡Sí, señor! He oído comentar que jugaremos a algo llamado asunción, ¿no?

–Sí. – La repugnancia que le inspiraba la espectacular apariencia de Crane resultaba evidente en la curvatura de su labio superior-. Es una especie de póquer de ocho cartas…

–Ya me lo han explicado -le interrumpió Crane -. Estoy lista para jugar.

–Entra y siéntate. Bebe algo si te apetece, y pronto habrá un buffet. Antes de que pase mucho rato debería haber trece jugadores, y zarparemos cuando todos estén a bordo.

Crane le pidió un vaso de agua mineral con lima al joven -otro Amino Ácido, indudablemente -, que se ocupaba del bar y se lo llevó a una silla en la esquina más alejada de la gran mesa redonda.

Estar allí sobrio y preparado para lo que ocurriría -o, por lo menos, todo lo preparado que podía estar- hizo que se sintiera relajado y casi satisfecho. Cuando recibiera la mano usar su baraja y hacer el cambio para negar el corte le exigiría una considerable destreza manual, y aquellas cartas eran más grandes que las de las barajas normales, pero Ozzie había enseñado al joven Scott cómo hacer aquellos trucos de forma discreta y eficaz antes de que cumpliera diez años y Crane estaba seguro de que sus manos no habían olvidado las habilidades que adquirieron entonces. Ozzie nunca le había recomendado que hiciera trampas, pero siempre había creído que un buen jugador de póquer debería conocer todas las formas posibles de hacerlas.

Las otras seis personas que había en la sala eran más jóvenes que él: una pareja de tipos con traje de tres piezas que parecían ejecutivos llegados de fuera de la ciudad; varios hombres vestidos con trajes de pana que quizá fueran jugadores profesionales y dos mujeres bastante jóvenes sentadas en un sofá con la mirada vuelta hacia el televisor suspendido encima del bar. Crane se preguntó qué pensarían de aquel viejo travestí que parecía haber corrido mucho mundo y qué pensarían si supieran que, entre otras cosas, estaba allí para salvarles la vida.

Abrió el libro de Caro y empezó a leer el capítulo sobre el póquer de cinco cartas sin prestar mucha atención al texto.

46

Ahora somos trece Unas cuantas personas más fueron llegando por separado durante la hora siguiente, y de repente un grupo de cuatro entró en la sala hablando en voz baja y arrastrando los pies. Crane alzó la mirada y reconoció a uno de los recién llegados, un tipo que ya había dejado bastante

atrás la juventud. El rostro había envejecido un par de décadas que parecían haber sido bastante duras, pero seguía siendo reconocible… Newt, así se llamaba, el hombre con el que él y Ozzie habían jugado al póquer de cinco cartas en el Mint el año 1969, el hombre que se reunió con Crane en el Horseshoe y que le llevó hasta la casa-barco aquella noche terrible hacía ya tanto tiempo. Al parecer Newt trabajaba para León y le suministraba material.

León entró en la sala unos instantes después, y Crane oyó cómo los motores de la embarcación se ponían en marcha.

–Ahora somos trece -dijo León sentándose a la mesa y colocando una caja de madera sobre ella con un ademán casi reverencial-. Juguemos a las cartas.

La embarcación se bamboleó levemente y empezó a avanzar sobre el lago iluminado por los últimos rayos del crepúsculo.

Crane había preparado su baraja Lombardía Zeroth de tal forma que necesitaba sentarse a la derecha de León, y logró llegar a aquel asiento un segundo antes de que lo hiciese una de las mujeres. León le lanzó una mirada gélida, pero permitió que ocupara el puesto.

–Se abre con cien dólares -dijo León- y luego son doscientos la apuesta y después está el apareamiento, y en ese momento se puede pujar por una mano o vender la que se tenga. Después hay otra ronda de apuestas, también a doscientos dólares.

"Las mismas cantidades de hace veintiún años -pensó Crane mientras sacaba su rollo de billetes del bolso, separaba uno de cien y lo arrojaba sobre el centro de la mesa-.

Una apuesta preliminar condenadamente alta, con lo que has hecho una inversión antes de haber visto tu primera carta y después nada de subidas bruscas que puedan expulsar a la gente del juego…"

Su padre abrió la caja de madera y desplegó las cartas de tarot sobre el fieltro verde que cubría la mesa.

Crane sintió el gemido estridente que las cartas enviaban a su mente, pero descubrió que podía mirarlas sin encogerse sobre sí mismo. Era como si verlas hubiera disgregado su identidad tantas veces que ésta había acabado intentando conformarse a ellas. El Ahorcado, la Muerte y el dos de bastos parecían contemplarle como si fuese su igual.

Otros jugadores no tuvieron tanta suerte. Uno de los ejecutivos tiró su bebida y se persignó con una mano temblorosa, las dos mujeres sufrieron un acceso de náuseas, y a juzgar por sus expresiones nadie parecía sentirse muy a gusto. Un hombre empezó a sollozar casi sin hacer ruido. Nadie se fijó en él.

Varias personas tenían cigarrillos humeando en los ceniceros, y el humo empezó a moverse desde todas las direcciones para flotar sobre el centro de la mesa.

León separó las veintiún cartas de los Arcanos Mayores y las dejó a un lado. Después cogió las cartas restantes, las barajó rápidamente siete veces y empezó a repartir las dos primeras cartas boca abajo.

Crane tuvo que esperar doce manos hasta que el reparto recorrió toda la mesa y llegó a él, naturalmente. No compró ni una sola mano durante todo aquel tiempo, pero consiguió vender sus manos incompletas de cuatro cartas en cinco ocasiones obteniendo dinero a cambio, y cuando le llegó el turno de dar cartas había ganado doscientos dólares. Varios jugadores parecían plantarse y apostar o retirarse sin someterse a la ordalía de echar un vistazo a las cartas que les habían tocado.

La baraja fue empujada sobre el fieltro verde en dirección a Crane. –¿Qué hora es? – preguntó con voz un poco nerviosa después de haberla cogido.

Durante el momento en que todo el mundo estuvo mirando su reloj de pulsera torciendo el cuello para encontrar un reloj colgado en la pared Crane desplegó los dedos de una mano para ocultar lo que iba a hacer, dejó caer la baraja en el bolso abierto que tenía sobre el regazo y sacó la baraja preparada.

–Las ocho y un poco de calderilla -dijo el Amino Ácido que atendía el bar desde el otro extremo de la sala.

–Gracias -dijo Crane-. Siempre tengo más suerte después de las ocho.

Cortó la baraja que había sacado del bolso y juntó las dos mitades del mazo, pero aprovechó el momento en que éstas seguían encontrándose en ángulo recto con todas las cartas tocándose para hacerlas pasar la una a través de la otra como si estuviera separando dos peines que se habían quedado enganchados. Repitió la operación rápidamente varias veces, y en cada ocasión se las arregló para dar la impresión de que barajaba

concienzudamente las cartas mientras que en realidad las mantenía en el mismo orden.

Acabó pasando la baraja al hombre sentado a su derecha para que cortara. Cuando hubo levantado la mitad superior del mazo y la hubo dejado al lado del otro bloque Crane completó el corte, pero dejó un diminuta irregularidad en la unión de los dos bloques de cartas, la "terraza infinitesimal" de Scarne; de tal forma que cuando levantó la baraja con una mano pudo invertir el corte con la palma y las bases de los dedos.

A pesar de que parecían haber sido barajadas varias veces y del corte final las cartas seguían estando en el mismo orden que cuando las tenía dentro del bolso.

Crane ya estaba absorto en la partida y se había olvidado de su ridículo disfraz.

Empezó a repartir las cartas sobre el fieltro verde, dos boca abajo y una boca arriba.

Un as de copas a la izquierda de León provocó la apuesta inicial de doscientos dólares, y la apuesta se fue repitiendo a lo largo de toda la mesa. La segunda carta boca arriba formó pareja con el diez de una mujer, y la mujer apostó doscientos dólares y la apuesta volvió a ser repetida por toda la mesa. Todo el mundo había decidido aguantar hasta el emparejamiento, tal como había previsto Crane.

Crane se había dado la mitad de la mano que el doctor Leaky había comprado aquella mañana, el diez y el ocho de espadas boca abajo y el siete y el nueve de espadas boca arriba. La otra mitad de la mano del doctor Leaky era la mano de León, quien enseñaba el seis y el ocho de copas, y como León era el jugador sentado a la izquierda de Crane su mano fue la primera que entró en subasta.

–Tenemos el seis y el ocho de copas para la puja -dijo Crane-. Tiene quinientos dólares en el pot.

Por lo menos uno de los trece jugadores tendría que ser expulsado cuando el apareamiento redujera el número de manos involucradas a seis, y el hombre al que Crane había escogido para ese destino -tenía al descubierto un nueve de copas y un dos de bastos- ofreció quinientos cincuenta dólares por la mano de León. Crane sabía que el hombre tenía el dos y el siete de oros boca abajo, y que albergaba la esperanza de obtener una escalera.

León meneó la cabeza.

–Seiscientos -dijo Crane.

León se encogió de hombros y asintió, y Crane alzó la mirada hacia el otro participante en la puja para ver si superaba su oferta.

Pero el otro jugador movió una mano indicando que se daba por vencido.

León puso boca arriba sus cartas ocultas y empujó las cuatro hacia Crane.

Crane las puso junto a las suyas con un movimiento rápido y seguro de su mano, separó seis billetes de cien dólares de su rollo y los arrojó sobre el fieltro verde delante de León.

Crane tenía la mano completa que el doctor Leaky había comprado en el aparcamiento de la licorería -una escalera de color con el rey como límite -, y si los otros jugadores seguían el curso de acción que Crane les había preparado ganaría la partida y León podría ejercitar su opción a la asunción.

El dúo as-rey que había puesto en marcha la puja preapareamiento fue comprado por uno de los ejecutivos -Crane sabía que para formar una escalera con el as como carta más alta-, y la mano siguiente fue adquirida por una de las mujeres para obtener tres cuatros tal como Crane había confiado que ocurriría.

Pero el siguiente jugador -su mano mostraba el tres de copas y el seis de oros, y se suponía que debía vender su mano al hombre que tenía al descubierto el nueve y el cinco de oros para obtener una escalera con el nueve como límite- se negó a hacer la puja que Crane esperaba de él.

Crane clavó la mirada en el hombre del nueve y el cinco. "Ofrécele más dinero -pensó intentando proyectar una orden telepática-. Tienes cuatro oros boca abajo, y él tiene uno boca arriba. ¡Tendrás una escalera de color, maldito imbécil! ¡Compra esa mano!"

Pero el hombre meneó la cabeza. Nadie más pujó por aquella mano y la mano siguiente entró en subasta.

La secuencia que Crane había construido con tanto cuidado y minuciosidad se había roto.

Se echó hacia atrás, y se apretó el costado con una mano mientras se preguntaba distraídamente si la continua hemorragia de la herida acabaría atravesando el vendaje y le mancharía el vestido. Intentó recordar todas las cartas de todas las manos y adivinar cómo podía acabar la partida cuyo

control acababa de perder. Su escalera con el rey como carta de máximo valor aún podía ganar. Crane se había asegurado de repartir cartas que parecieran buenas, pero que no pudieran formar ninguna mano imbatible.

Pero cuando la novena mano que mostraba un seis y un cuatro fue ofrecida en subasta el hombre que se había negado a vender el tres y el seis la compró.

"Eres un imbécil muy afortunado -pensó Crane con amargura mientras las cartas y el dinero eran intercambiados en la mesa-. Has pagado por una escalera baja, pero da la casualidad de que yo sé que has comprado un full, treses y seises… Lo cual quiere decir que he perdido. Y ni siquiera puedo albergar la esperanza de echarte con un farol cuando llegue el final…, no tengo al descubierto nada que asuste lo suficiente, ni una pareja. Está claro que no puedo tener nada mejor que una escalera."

Cuando la sexta mano fue apareada y concebida y la apuesta llegó a él Crane curvó los labios en una rígida sonrisa y puso boca abajo sus cartas.

–Estoy fuera -dijo.

El humo de los cigarrillos se limitó a flotar por debajo de los paneles del techo formando estratos alargados. Tanto Crane como León habían dejado de tomar parte en la partida.

A partir de aquel momento Crane sólo podía hacer una cosa: jugar por dinero y, naturalmente, no comprar ni una sola mano a León.

Y por dos veces tuvo que presenciar cómo León se convertía en padre de una mano ganadora, igualaba el pot y perdía la asunción, y no pudo hacer nada. En cada ocasión el hombretón moreno de negros cabellos sonrió bajo su vendaje mientras deslizaba los dedos a lo largo del mazo de cartas, y su sonrisa no se alteró cuando no logró localizar el dos con la diminuta doblez en el borde -debió de pensar que algún jugador había alisado la carta -, y escogió la carta baja incluso sin esa ayuda.

–Estás aceptando dinero por esa mano -dijo León en ambas ocasiones mientras el jugador recogía la enorme suma de dinero que había en el centro de la mesa con una sonrisa jovial -. Y yo la he comprado. La he asumido.

Los dos jugadores parecieron quedar un poco perplejos ante aquellas frases que sonaban a ritual, pero asintieron y ninguno de los dos pareció captar la intensa satisfacción de León.

El alba había hecho palidecer el cielo detrás de las escarpadas montañas cuando la casa-barco volvió traqueteando al atracadero, y los doce invitados

salieron a la cubierta parpadeando y tragando profundas bocanadas de la atmósfera limpia y todavía fresca mientras los Amino Ácidos ataban los cabos.

Todos se habían convertido en compañeros veteranos de la larga noche de juego, y algunos fueron hasta Crane, quien estaba inmóvil junto a la barandilla, e intentaron charlar con él; pero Crane ya estaba pensando en cómo prepararía la baraja para la partida de la noche y no tardaron en alejarse en busca de una compañía menos taciturna.

Un par de jugadores decidieron dormir en el Albergue Lakeview, y Crane pudo volver a la ciudad en el Cadillac de Newt. Un jugador se quedó dormido en el asiento trasero, y nadie habló mucho durante el trayecto.

Crane abrió la puerta de su habitación y entró en el frescor del aire acondicionado. La puerta que daba a la habitación contigua se hallaba abierta, y Diana estaba sentada sobre una de las camas. La mantita amarilla cubría una almohada, como si Diana se hubiera estado echando una siesta con la cabeza apoyada en ella. – ¿Te has levantado o sigues levantada? – preguntó Crane.

–Me he levantado -dijo Diana-. Cenamos pronto y todo el mundo estaba muy cansado, y me ha parecido que las cuatro de la madrugada eran la mañana.

Crane se quitó la peluca y la arrojó sobre una silla. – ¿Dónde están los crios?

–En Caesars, al otro lado de la calle. Están buscando una cura para el cáncer en las apuestas deportivas.

Diana se puso en pie y se estiró, y a pesar de su cansancio Crane se dio cuenta de que se estaba fijando en sus piernas delineadas por los téjanos muy ceñidos que llevaba y en la forma en que sus pechos tensaban la tela de su camiseta blanca.

–No se la vendiste, ¿verdad? – preguntó Diana.

–No. – Crane se quitó los zapatos de tacón alto de un par de patadas y fue al cuarto de baño-. Un tipo compró la mano que no debía -dijo alzando la voz para que Diana pudiera oírle- y ahora tengo que preparar trece manos más para esta noche haciendo todo lo posible para que encajen de la forma correcta. – Se lavó la cara con jabón y agua, pero vio manchas marrones de maquillaje en la toalla después de haberse secado -. ¿Cómo demonios te quitas esta cosa?

Oyó que Diana soltaba una risita, y un instante después estaba en el cuarto de baño con él.

–Crema desmaquilladora -dijo Diana-. Toma.

Desenroscó la tapa de un bote de plástico y empezó a masajearle la cara con la sustancia fría y resbaladiza que contenía. Crane cerró los ojos, se dejó atender durante unos momentos y acabó poniendo las manos sobre la cintura de Diana como para no perder el equilibrio. Diana no se encogió sobre sí misma y no dijo nada, y sus dedos continuaron ejerciendo su suave presión sobre el rostro de Crane.

–Supongo que querrás afeitarte -dijo cogiendo la toalla y pasándosela por la frente, la nariz y el mentón-. Debías parecerte a… ¿Cómo se llamaba? Sí, a Rosa Klebb en Desde Rusia con amor…, "la puta más vieja y fea del mundo".

–Es justo lo que necesito oír en estos momentos -dijo Crane, y asintió con la cabeza.

Sus manos seguían posadas sobre la cintura de Diana. Crane se fue inclinando lentamente hacia adelante y la besó en la boca. Diana separó los labios, y en el instante que tardó en echarse hacia atrás apartándose de él Crane captó el olor casi imperceptible del enjuague bucal con sabor a menta que había usado hacía poco.

–Lo siento -dijo Crane bajando sus manos vacías y un poco temblorosas-. No debería…

Diana le rodeó la mano izquierda con las suyas.

–Calla -se apresuró a decir-. Ayer todos estuvimos en las mentes de todos, y sé que sabes lo que siento por ti. Te…, te quiero. Pero ahí dentro hay una cama y la puerta tiene cadena de seguridad, y no nos detendremos después de darnos un beso, ¿verdad?

Crane la miró a los ojos y curvó los labios en una sonrisa melancólica.

–Pues claro que sí -dijo-. Confía en mí.

–El sábado -dijo Diana-. Cuando todo esto haya terminado y si ganamos…, nos casaremos en una de esas horrendas capillas nupciales de la ciudad. Tendrías que oír las historias que cuenta Nardie sobre la gente que ha llevado hasta allí en su taxi. – De repente Diana le lanzó una mirada entre perpleja y horrorizada-. ¡Dios mío! Suponiendo que quieras casarte conmigo, claro está…

Crane le apretó los dedos.

–Me has leído la mente. Ya sabes que sí. – Seguía estando terriblemente cansado, pero también se sentía excitado y un poco avergonzado. Soltó la mano de Diana y se dio la vuelta hasta quedar de espaldas a ella-. ¿Podrías bajarme la cremallera?

Un instante después Crane oyó el zumbido de la cremallera al ser bajada.

–Y ahora no hagas numeritos raros, ¿de acuerdo?

Volvió a girar hasta quedar de cara a ella.

–Seré bueno. Sabes, creo que es una suerte que queramos casarnos… Creo que de no ser por eso nunca conseguiríamos ganar.

–El Rey y la Reina han de estar casados -dijo ella-, y deben tener hijos. – Le acarició el cabello-. Eso no es Fórmula Grecian, ¿verdad?

–No. Estoy perdiendo las canas. – Crane le besó la frente-. Y tú has perdido esa cicatriz. Es la bendición del viejo Rey y de la Reina asesinados. Me pregunto cuánto llegaremos a rejuvenecer.

Diana le guiñó el ojo.

–Espero que no lleguemos a la prepubertad. – Después salió del cuarto de baño -. ¡Dúchate y duerme un rato! – le gritó desde la otra habitación-. ¿Cuándo quieres que te despierte?

"¿Cuándo? – pensó Crane -. Nunca." -Supongo que sobre las dos.

–De acuerdo.

Oyó el ruido de la puerta que daba a la otra habitación cerrándose, y se enfrentó a la tarea de quitarse el vestido mientras un torbellino de alegría y miedo empezaba a girar dentro de su mente.

Mavranos extendió una mano en la penumbra de la gran estancia y dio un par de palmaditas sobre el pecho derecho de Cleopatra.

El cuerpo femenino esculpido y pintado que acababa de tocar era el mascarón de proa del enorme navío mecido de un lado a otro por un sistema mecánico que se alzaba al lado de los escalones que llevaban hasta la Barcaza de Cleopatra, uno de los bares del Caesars Palace.

–Claro, chicas -dijo obsequiando a Diana y Dinh con una sonrisa cansada-, adelantaros y perded unas cuantas fichas. Yo tengo que poner remedio a mi deficiencia de cerveza, y estaré estupendamente con Cleo.

Diana cogió a Nardie por el codo y las dos mujeres fueron por el pasillo de suelo enmoquetado que llevaba hasta el nivel de juego. El bolso de

Diana -el bulto de la mantita doblada dentro era claramente visible- oscilaba entre las dos.

–Supongo que no vendió la mano senil al Rey y que los dos planeáis casaros el sábado -dijo Nardie en un tono de voz un poco tenso.

Diana la miró ocultando su sorpresa.

–Has acertado en las dos cosas. Espero que no te importe.

–Fracasar con el Rey… Sí que me importa. No quiero enganchar mi carreta a un caballo perdedor. Por si no lo sabes mi medio hermano también es candidato al trono, y tiene bastantes posibilidades de ocuparlo. Podría haber apostado mi dinero por él. En cuanto a con quien te cases…, eso no es asunto mío.

–Es asunto tuyo si estás con nosotros -dijo Diana-. Sé que intentaste seducir a Scott hace una semana.

Nardie torció el gesto y pareció disponerse a escupir. – ¿Seducirle? Salí huyendo. Le dije que debería suicidarse. – Movió el brazo bruscamente apartándolo de los dedos de Diana-. No os necesito, ¿sabes? Aún no me han eliminado de la competición. Sólo porque tú… -¿Sientes la tentación de volver con tu medio hermano?

Los labios de Nardie se tensaron revelando sus dientes, y tragó aire…, y un instante después sus esbeltos hombros se encorvaron y se limitó a suspirar.

–Sí, qué demonios. Si estuviera con él no tendría que mantenerme alerta y pensar todo el tiempo. Cada vez que estoy cerca de un teléfono público que empieza a sonar pienso que podría ser él y siento el deseo de coger el auricular. ¿No sentirías lo mismo si estuvieras en mi lugar?

Estaban entre las hileras de máquinas tragaperras que gruñían y tintineaban. Jóvenes vestidos con la coraza, los cascos y los faldellines de los soldados romanos permanecían tan inmóviles como estatuas sobre los altares de piedra que se alzaban detrás de las máquinas tragaperras, y un hombre disfrazado de Julio César y una mujer disfrazada de Cleopatra se abrían paso por entre la multitud dando la bienvenida al Caesars Palace y deseando a los jugadores que se lo pasaran lo mejor posible en un tono amable pero apremiante. Columnas dóricas, mármoles y gruesos cortinajes de color púrpura enmarcaban la confusión de luces y destellos eléctricos, y Diana se preguntó qué pensaría de aquel lugar un verdadero romano de la

época clásica si le hubieran hecho viajar a través del tiempo depositándole en el casino al final del trayecto.

–Arky tendría que haber venido con nosotras -murmuró Nardie dando un suave codazo a Diana y cerrando su mano sobre la tira del bolso-. Creo que vamos a disfrutar de una audiencia con Cleopatra.

La mujer vestida con el traje blanco ceñido por un cinto de oro y el tocado de Nefertiti venía hacia ellas caminando rápidamente sobre la moqueta adornada con números.

–Nos va a preguntar por qué no estamos jugando -dijo Diana.

Las dos estaban tocando la mantita guardada dentro del bolso, y la tela se encontraba tan caliente que le faltaba poco para quemar.

Y entonces Diana sintió que algo se movía en el espacio que la rodeaba y en las profundidades de su mente.

Casi todas las luces se apagaron de golpe, las carcajadas y el tintineo de las campanillas se esfumaron y el suelo se inclinó hacia un lado. Diana dio un respingo, retrocedió un paso para conservar el equilibrio, se dio cuenta de que acababa de poner los pies sobre la hierba y sintió la esponjosidad elástica de los tallos cediendo debajo de su peso.

La brisa fresca olía a árboles y al mar en vez de al papel de los billetes y a zapatos nuevos, y la mujer que venía hacia ellas era más alta, incalculablemente alta, y llevaba una tiara con un creciente lunar plateado sobre su frente pálida y despejada. Sus ojos brillaban en aquella claridad blanca que parecía cambiar continuamente de dirección.

Diana forzó la vista en un intento de conseguir que la silueta que se les aproximaba no se volviera borrosa. El rostro frío e inhumanamente hermoso estaba por encima de Diana, y parecía ser una parte más del cielo nocturno. Perros -o quizá lobos-, aullaban en algún lugar, y el oleaje se estrellaba contra las rocas. Una espuma salada tan fina que casi resultaba impalpable cubrió los labios de Diana como si fuese rocío.

Sintió un frío repentino en las rodillas, y comprendió que acababa de arrodillarse sobre la hierba húmeda.

Cuando habló la voz de la diosa sonó literalmente musical, como notas arrancadas a cuerdas inorgánicas y campanas de plata.

–Ésta es mi hija -dijo la voz-, que me complace.

Pero de repente Diana oyó el veloz clank-dank-dank de las monedas siendo escupidas en la bandeja de premios de una máquina tragaperras, y

durante un momento el sonido se convirtió en el de los cartuchos vacíos expelidos de la corredera recalentada de una pistola semiautomática que avanzaba y retrocedía a toda velocidad chocando con el pavimento de la acera mientras una mujer se des-plomaba con tres agujeros atravesándole la cabeza de parte a parte, y Diana giró sobre sí misma y empezó a reptar frenéticamente por la hierba en dirección a los árboles entre cuyas sombras ya se había ocultado Dinh.

"Es mi muerte -pensó Diana-. Se me está invitando a morir…"

Diana se quedó inmóvil sin apartar el rostro de los árboles, y pensó en la noche en que habían asesinado a su madre, esa noche en la que ella había sobrevivido y había sido encontrada por Ozzie y Scott.

Y volvió a pensar en Oliver y Scat.

Se obligó a respirar profundamente y a dejar de jadear. – ¿Hiciste eso? – preguntó en voz baja-. ¿Podrías haber…, haber escapado de la muerte si no hubieras perdido el tiempo necesario para dejarme en un lugar donde no corriese peligro y donde pudiera ser encontrada por unos desconocidos?

Su pregunta no obtuvo respuesta, y Diana acabó girando sobre sí misma -seguía arrodillada sobre la hierba- y alzó la cabeza.

Estaba temblando, pero mantuvo la mirada de la diosa.

–Levántate y acepta mi bendición, hija mía -dijo la voz.

Diana se puso en pie y tuvo que inclinarse un poco para resistir el empujón del cada vez más fuerte vendaval que llegaba del mar. Los búhos pasaron velozmente sobre su cabeza.

–Mi… amiga -se atrevió a decir-. Madre, ¿puede ser bendecida también?

–No veo a ninguna amiga.

Diana apartó su mirada del rostro que se inclinaba sobre ella contemplándola desde el cielo, y parpadeó intentando ver algo entre las sombras que se acumulaban bajo los árboles a su espalda.

–Nardie -dijo-. Sal de ahí.

–Moriré.

Los labios de Diana se curvaron en una sonrisa cansada.

–Eso aún tardará un poco en ocurrir.

–No pienso salir – sollozó Nardie entre las sombras-. No voy… ¡No voy vestida para algo así!

–Yo tampoco. No le importará. Vamos, sal…, si no estás demasiado asustada. Si lo estás lo comprenderé.

Nardie abandonó su escondite, empezó a avanzar con paso vacilante sobre la hierba iluminada por la luna y siguió caminando con un visible esfuerzo hasta detenerse al lado de Diana.

–Estoy demasiado asustada -dijo bajando la vista-. Pero aún me da más miedo lo que será de mí si no hago esto. – Tragó una profunda bocanada de aire -. ¿De acuerdo?

–Alza la vista -dijo Diana.

Nardie obedeció, y en la fracción de segundo que transcurrió antes de que Diana también alzara la vista hacia la mirada inhumana que la observaba desde lo alto vio cómo el rostro de su amiga quedaba iluminado por la luz reflejada.

–Sé una amiga sincera y fiel de mi hija, Bernardette Dinh.

–Sí -murmuró Nardie-, lo seré.

Una idea fue transmitida de repente -algo parecido a bañarse, limpiarse o recibir el bautismo-, y Diana vio dentro de su cabeza una imagen muy nítida y luminosa de un inmenso lago bajo una enorme presa construida por el hombre.

El rostro se acercó y su aliento cayó sobre ellas, y el viento cálido hizo que perdieran el equilibrio. La isla sumida en las tinieblas había desaparecido, y los cuerpos de las dos mujeres giraron locamente por inmensos salones dorados cuyas columnas vibraban con los ecos de un coro triunfante de acordes inhumanos, como si el mar y todas las montañas del mundo hubieran hallado voces con las que entonar un cántico más viejo que la humanidad.

Y la presencia de las dos fue percibida, y saludada desde una distancia inmensa.

Un instante después se encontraron ascendiendo por entre la oscuridad y la única ancla de Diana era la mano de Nardie que aferraba entre sus dedos. Las luces empezaron a hacerles guiños desde una distancia imposible de determinar, y un murmullo que recordaba al del oleaje se fue haciendo más claro.

Una vaharada de humo de cigarrillo entró en las fosas nasales de Diana produciendo un leve cosquilleo…, y un momento después el tumulto de las

voces humanas y el tintineo de las fichas invadió sus oídos, y pudo volver a ver.

Ella y Nardie estaban ocupando dos taburetes en otro de los bares sumidos en la penumbra de Las Vegas. Un instante después se soltaron de la mano y se contemplaron la una a la otra parpadeando con expresión aturdida. – ¿Qué tal os va, chicas? – preguntó el camarero.

Diana cogió el vaso que había delante de ella y olisqueó los tres centímetros de líquido que contenía. No consiguió detectar ningún olor, y carraspeó para aclararse la garganta.

–Eh… ¿Qué estamos bebiendo?

El camarero no llegó a poner los ojos en blanco, pero le faltó poco.

–Agua de quinina.

–Sí, ponnos otra ronda.

El corazón de Diana seguía latiendo a toda velocidad y no poseía visión periférica. Si quería que su mirada se encontrase con la de Nardie tenía que volver la cabeza hacia ella. Las cenizas que había en un cenicero cercano estaban totalmente inmóviles, pero Diana tuvo la impresión de que aún podía sentir el viento cálido del aliento de su madre en sus cabellos.

Nardie se había agarrado al borde de la barra. – ¿Crees…, crees que nos vamos a quedar aquí? – murmuró.

–Sí -dijo Diana-, creo que hemos terminado la maniobra de aterrizaje.

No existía ninguna razón lógica para que estuviese allí, pero una tortuga viva con un caparazón del tamaño de un plato estaba moviéndose lentamente sobre la barra en dirección a ellas apartando los vasos que se interponían en su camino con sus patas rechonchas de piel parecida al cuero.

Su boca en forma de pico sostenía una ficha de póquer. El caparazón y la piel de la tortuga parecían haber sido recubiertos con purpurina, lo que quizá fuera un efecto de la luz artificial. Nadie más parecía ver al animal.

Diana se obligó a no cerrar los ojos.

–Hum…, una tortuga -dijo, y consiguió que no le temblara la voz-. Se te está acercando por detrás.

Nardie frunció los labios y asintió. Después dejó escapar un suspiro y se volvió en esa dirección.

La tortuga ya estaba al lado de su vaso. El animal bajó la cabeza y abrió las mandíbulas, y la ficha cayó sobre la lisa superficie de la barra con un

leve chasquido.

Nardie alargó lentamente una mano y cogió la ficha. La tortuga volvió a inclinar la cabeza hacia la barra…, y se esfumó.

La brusca desaparición se llevó a cabo sin ningún ruido, y las dos mujeres se sobresaltaron un poco. El camarero que se aproximaba con sus bebidas derramó un poco de agua de quinina de uno de los vasos. – ¿Qué pasa? – preguntó con irritación mirando a su alrededor.

–Nada -dijo Nardie-. Lo siento.

Cuando el camarero les hubo dado la espalda meneando la cabeza Nardie extendió su mano hacia Diana con la ficha sobre la palma.

El centro del disco de barro estaba ocupado por el rostro de un arlequín sonriente muy parecido al del joker de la baraja. En el perímetro de la ficha estaban impresas las palabras MOULIN ROUGE, LAS VEGAS.

–Creía que eso estaba en París -dijo Nardie.

–También era el nombre de un local de Las Vegas -dijo Diana, y cogió su vaso -.

Creo que ardió en los años sesenta. Fue el primer casino que dejó entrar a los negros.

Fíjate en el dibujo del arlequín…, cuadrados negros y diamantes blancos.

–Ébano y marfil -canturreó Nardie con un hilo de voz-. Ya lo capto. – El borde de su vaso tintineó al chocar con sus dientes-. Adivina quién era la tortuga.

–Touché, Tortuga. Me rindo. ¿Quién era?

–Bueno, no lo sé. Pero crecí en Hanoi, ¿sabes? Y cerca de donde está la central de correos hay un lago que es conocido con el nombre de Lago de la Espada Restaurada.

Se supone que en el siglo quince un tipo llamado Le Loi fue a navegar por el lago en un bote, y una tortuga dorada nadó hasta el bote y recuperó una espada que se le había entregado para que expulsara a los invasores chinos. Eh, disculpe -dijo en un tono de voz más alto.

El camarero fue nuevamente hacia ellas. – ¿Puedo ayudarla en algo, señorita? – ¿Pueden hacerme una hamburguesa muy poco pasada?

–Si le apetece…, claro. ¿La guarnición habitual?

–Me da igual lo que pongan. Y una…, una Budweiser, por favor. – Nardie se volvió hacia Diana-. Ahora ya puedo sentir el frío del aire

acondicionado, y ver las cosas que tengo al lado.

Los ojos de Diana se movieron velozmente de un lado a otro y se estremeció.

–Yo también. Supongo que ya hemos llegado al final del trayecto.

Podía oler el agua de quinina que había dentro de su vaso.

–Pero la tortuga me dio esto cuando aún estábamos dando vueltas antes de aterrizar.

–Hizo rodar la ficha sobre el dorso de su mano y acabó guardándosela en el bolsillo de la camiseta-. Supongo que será mejor que no la pierda.

–Sí, puede que la necesites para cubrir una apuesta -dijo Diana.

Un par de minutos después Diana ya se sentía bastante a gusto en el frescor perfumado por el olor de la ginebra, pero Nardie aún estaba temblando. Diana le preguntó varias veces si le ocurría algo y si quería marcharse, pero Nardie se limitó a responder meneando la cabeza en cada ocasión.

El camarero acabó depositando la hamburguesa humeante y la botella de cerveza cubierta de vaho delante de Nardie, y la joven asiática cogió la hamburguesa y le dio un mordisco. Diana apartó la mirada para no ver el panecillo manchado de rojo que contenía la carne de buey casi cruda.

–Ya está -dijo Nardie pasados unos momentos después de haber tomado un largo trago de cerveza y haber dejado el vaso sobre la barra.

Estaba sonriendo, pero las lágrimas brillaban en sus ojos.

Diana la miró. – ¿Ya está? – repitió sin entender nada.

–Tú… me elevaste hasta tu madre, hasta la diosa. Le pediste que me bendijera, y nos dijo que nos limpiáramos en el lago…, las dos. No eres la primera persona que me toma por algo más de lo que soy en realidad, ¿comprendes? Pero eres la primera persona que lo hace sin sacar ningún beneficio de ello…, de hecho estás poniendo en peligro tu propia seguridad. Creo que después de haber recibido esa bendición podría haberte quitado el sitio.

–Ya -dijo Diana cautelosamente.

–Pero… Maldita sea, ¿es que no lo entiendes? – Las lágrimas escaparon de sus párpados y se deslizaron por las mejillas de Nardie-. ¡Acabo de comer carne roja que probablemente ha sido cocinada sobre una parrilla de hierro, y he bebido alcohol! ¡He dejado de ser una posible aspirante al trono

de la Reina! Acabo de ofrecerte toda mi fidelidad. Ahora ya no le sirvo de nada a mi medio hermano.

Diana lo entendió todo, y se inclinó hacia adelante y abrazó a su amiga sin hacer caso de la voz masculina que murmuró "¡Cristo, fíjate en esas tortilleras!" a su espalda.

–Gracias, Nardie -dijo Diana en voz baja-. Y juro por nuestra madre que no te abandonaré nunca. Te llevaré conmigo.

Nardie le dio un par de palmaditas en el hombro, y después las dos volvieron a echarse hacia atrás sintiéndose un poco avergonzadas. Nardie tomó otro sorbo de cerveza y tragó aire por la nariz.

–Bueno, más te vale -dijo-. En estos momentos soy una huerfanita que vaga por un océano condenadamente grande metida en un bote minúsculo.

Las dos mujeres volvieron al Flamingo y Diana despertó a Crane, quien se vistió despacio y con aire cansino y preparó café.

Después se sentó sobre la alfombra debajo de los rayos de sol del atardecer que entraban en una trayectoria oblicua por la ventana que no se podía abrir, y empezó a ordenar las cartas de la baraja Lombardía Zeroth de su padre. El día anterior León había quitado las veintidós cartas de los Arcanos Mayores, y Crane empezó a mover las cincuenta y seis cartas restantes creando combinaciones de cuatro cartas.

Era como hacer girar lentamente un caleidoscopio en el que no había trocitos de cristal coloreado sino rostros llenos de vida que se desplazaban dentro del cilindro formando nuevas pautas y alineaciones, y Crane adoptó una pasividad total y permitió que aquellas identidades tan nítidas y afiladas como navajas de afeitar fueran llenando su mente de ecos.

Volvió a tratar de ordenar las cartas de una forma que hiciera plausible el que pudiera comprar la mano de su padre después de todas las compras y ventas de manos, asegurando que su escalera con el rey como carta máxima saliera vencedora de la partida. En dos ocasiones se echó hacia atrás y tomó un sorbo de su café tibio confiando en haber dado con la respuesta, y las dos veces acabó descubriendo una compra que proporcionaría un full o un póquer a otro jugador y tuvo que volver a empezar.

Celosías cristalinas de odios, temores y alegrías que no tenían nada que ver con la humanidad se desarrollaban y se desintegraban dentro de su mente en un proceso que se repetía una y otra vez, como olas oceánicas que subían y caían para acabar derrumbándose convertidas en espuma.

Crane acabó dando con una disposición que le satisfizo, y fue recogiendo las cartas cuidando de no alterar el orden en el que habría que repartirlas. – ¡Servicio! – gritó mientras guardaba la baraja preparada dentro de su bolso.

Nardie Dinh apareció unos instantes después en el umbral de la puerta que conectaba las dos habitaciones. – ¿He de hacer de botones o qué? – preguntó.

–Era una broma -dijo Crane poniéndose en pie y deslizando los dedos por entre sus cabellos -. Lo siento. Oye, ¿podrías maquillarme? Creo que ya sabré ponerme el vestido sin ayuda.

–Claro, ven al cuarto de baño -dijo Nardie precediéndole. Después se quedó inmóvil, giró sobre sí misma y sonrió -. ¡Eh, Scott, te felicito por tu inminente matrimonio! Diana me lo dijo.

–Gracias. – Su ojo bueno ya estaba lo bastante fatigado para empezar a molestarle -. Espero que todos viviremos el tiempo suficiente para asistir a ella, pero ahora he de prepararme para mi…,mi despedida de soltero. – Movió una mano indicándole que fuese delante de él-. Supongo que muy pocos hombres han tenido a su padre como invitado en la despedida de soltero.

–Bueno, muy pocos hombres van por ahí vestidos de mujer -dijo Nardie poniéndose seria.

47

La monja volante Una hora después Crane se mantenía en equilibrio sobre sus zapatos de tacón alto delante del millón de dólares exhibido en el Binion's Horseshoe. Cien billetes de diez mil dólares protegidos por un cristal antibalas formaban cinco columnas de veinte billetes cada una enmarcadas por una gigantesca herradura de latón tan grande como un arco triunfal. Una pareja de robustos guardias de seguridad le contemplaban frunciendo el ceño con expresiones de franca desaprobación.

–Debe de ser duro -dijo alguien junto a su codo.

Crane miró hacia abajo y vio a Newt. El traje a cuadros de solapas anchas que llevaba le daba un aspecto marchito y viejo, y hacía que sus orejas pareciesen enormes.

"Bueno, henos aquí a los dos otra vez -pensó Crane -, veintiún años más viejos y con bastante mal aspecto." -Hola -dijo mirando a Newt-. ¿Puedo ir

contigo?

–Parece que sí -dijo el viejo-. Mis otros tres pasajeros no han aparecido…, apuesto a que las pesadillas les han tenido temblando toda la noche. Suele ocurrir. Les concederemos unos cuantos minutos de cortesía más. – Volvió la mirada hacia el bolso de Crane-. Espero que hoy no irás armada. Esta vez la arrojarían al lago…, y puede que a ti también.

–No, hoy no voy armada. De todas formas parecen un grupo de jugadores bastante pacíficos, ¿no? – Bajó la mirada desde la altura que le proporcionaban sus zapatos de tacón y contempló los ojos vacíos y de apariencia pajaril de Newt-. ¿Qué era eso que dijiste "debe de ser duro"?

–Afeitarse con todo ese maquillaje que llevas encima… Seguro que frena la cuchilla, y si usas maquinilla eléctrica se meterá por los agujeros.

–Bueno, supongo que eso es lo que ocurriría, pero siempre me afeito antes de maquillarme.

Crane estaba muy cansado y sintió el melancólico deseo de poder disfrutar de una cerveza -o de lo que la cerveza había sido para él- y fumar un cigarrillo y disfrutar del sabor que tenían antes; y empezó a pensar en el fantasma de Ben Siegel, quien se había tomado considerables molestias para revelarle que se podía engañar a una mosca para que comiera de un terrón de azúcar envenenado si la cara envenenada quedaba oculta y la mosca sólo veía la cara inofensiva.

–Es una lata -dijo distraídamente -, pero lo hago por el Señor.

Las frondosas cejas blancas del viejo habían recorrido la mitad de la distancia hasta donde había estado el nacimiento de su pelo en el pasado.

–Por el Señor, ¿eh?

–Claro. – Crane parpadeó, y tuvo que hacer un considerable esfuerzo para recordar lo que había estado diciendo -. No pensarás que he escogido vestirme así, sin ningún motivo que lo justifique ¿verdad? Por si no lo sabes soy miembro de una orden religiosa, ¿entiendes? Existen montones de órdenes religiosas que te obligan a vestir de una forma rarísima.

–Uh. Me parece que no van a venir. Me refiero a mis otros jugadores, no a tus órdenes religiosas… Larguémonos -dijo, y se apresuró a alzar una mano llena de arrugas-. Con lo que no estoy sugiriendo que nos fuguemos juntos ni…

–Cristo -dijo Crane, y siguió al hombrecillo a través de la penumbra del casino en dirección a la mancha de claridad de la puerta abierta que daba a

la calle Fremont-, te juro que no corres ningún peligro conmigo, Newt.

–Y nada de montar numeritos raros en el coche.

"Todo el mundo me advierte que no intente montar numeritos raros", pensó Crane.

–Tienes mi palabra de honor.

Habían llegado a la zona de ruido de las máquinas tragaperras, y Newt murmuró algo que a Crane le pareció era "Como aplicando nada".

Crane frunció el ceño. ¿Aplicando nada de qué? ¿De honor? ¿Sería posible que aquel extraño hombrecillo hubiera intuido que Crane planeaba destronar a su propio padre?

Crane se inclinó hacia él mientras zigzagueaban por entre la multitud. –¿Qué has dicho?

–He dicho "Como la Monja Volante". Una orden religiosa que te obliga a vestir de una forma muy rara… Podía volar, ¿te acuerdas?

Crane sintió un extraño alivio. Al parecer después de todo resultaba que no estaban hablando del honor… Estaban fuera del casino. Se detuvieron sobre la acera recalentada bañada por el sol, y Crane tuvo que gritar para hacerse oír por encima del monótono canturreo de la huelguista que blandía el megáfono. – ¡Sí, me acuerdo!

–Supongo que eso le compensaba tener que llevar puestas esas cosas todo el rato -dijo Newt-. Por lo menos podía volar.

–Supongo que sí.

Crane siguió al hombrecillo a través de la calle Fremont y por la Primera en dirección al aparcamiento de pago que había al final de la manzana. Era el sitio en el que le habían disparado hacía ocho días y donde había sido salvado por un par de proyectiles salidos del arma del gordo…, al que el mismo Crane había matado cuatro días después. Crane rascó las señales de la acera con la puntera de su ridículo zapato izquierdo, y deslizó las uñas pintadas de su mano derecha sobre el agujerito que había en la pared de ladrillo.

Crane iba a repartir.

El cielo estaba oscuro al otro lado de las portillas abiertas, y el viento todavía bastante cálido que olía a piedra lejana que se iba enfriando y a manzanitas había removido la superficie del lago creando un sinfín de pequeñas olas. Los niveles de las bebidas que había sobre el fieltro verde de la mesa no paraban de moverse y cambiar de ángulo. El humo de los

cigarrillos había creado una nube en forma de hongo sobre los billetes esparcidos encima de la mesa.

Newt se encontraba sentado a la derecha de Crane y estaba repartiendo la última de las dos cartas que quedarían boca arriba. – …y un pato para el siete -canturreaba Newt-, ninguna ayuda aparente, el siete recibe un siete, los sietes son baratos, la Monja Volante recibe un as y una posible escalera, otro diez para el diez de bastos, la pareja tiene buen aspecto y el nueve recibe… un ocho que le acerca a una escalera. – Newt se echó hacia atrás-. Los dieces son el poder.

Crane no quería volver a sentarse al lado de León y había preparado la baraja de tal forma que necesitaba sentarse dos sitios a la derecha de su padre, y había conseguido obtener aquel puesto. El hombre sentado entre Crane y su padre tenía la pareja de dieces, y golpeó la mesa con los nudillos indicando que se plantaba. León apostó doscientos dólares, todo el mundo vio la apuesta y después el hombre de los dieces la subió doscientos más. Todos los jugadores vieron la segunda apuesta.

La mano de Crane había entrado en subasta, y consiguió venderla por los setecientos dólares que había encima de la mesa. El hombre de los dieces rechazó una puja de setecientos dólares por su mano y después compró la mano de León por setecientos cincuenta.

–Muy bien -dijo mientras recogía las cartas boca arriba de León y las unía a las suyas, con lo que su mano mostraba una doble pareja con los dieces como máximos valores-. Quería esas cartas. Gracias, señor Hanari. Supuse que podría comprarlas. Me he dado cuenta de que usted siempre vende su mano. Nunca espera y compra la de otro.

Crane vio que el rostro de Art Hanari fruncía el ceño levemente por debajo del vendaje, y comprendió que a su padre no le hacía ninguna gracia que alguien de la mesa se hubiera fijado en la estrategia que utilizaba para jugar a la asunción. León obligó a los labios de Hanari a sonreír.

–Tendré que empezar a variar mi forma de jugar -dijo.

"Todavía no, por favor", pensó Crane.

La apuesta volvió a correr por la mesa y al final de la partida el hombre que había comprado la mano de León tenía un full con dieces como máximo, que fue derrotado por un full de ases.

Crane iba a repartir.

Recogió las cartas, y mientras arrojaba sobre el centro de la mesa el billete de cien dólares para abrir el juego golpeó el borde de su vaso de agua mineral y lo hizo rodar sobre la mesa esparciendo el agua en una serie de ondulaciones parecidas a una ola sinoidal.

Era una distracción soberbiamente conseguida, y Crane tuvo las cartas a buen recaudo dentro de su bolso abierto y la baraja preparada encima de la mesa antes de que ninguno de los presentes hubiera podido pasar de la primera sílaba de una maldición dicha en tono sorprendido.

–Lo siento, lo siento -murmuró Crane alargando una mano en un infructuoso intento de secar el líquido con una servilleta de papel. – ¡Stevie! – gritó el cuerpo de Hanari volviéndose hacia el Amino Ácido que se encargaba del bar-. ¡Trae una toalla, y deprisa! – El ojo no hinchado del padre de Crane le lanzó una mirada ira-cunda-. ¡La Monja Volante no parece comprender que estas cartas han sido pintadas a mano y que no deben mojarse!

–Ya he dicho que lo sentía -dijo Crane.

El fieltro verde estaba seco delante de él, y Crane empezó a manejar las cartas con rápida destreza haciendo el falso barajado. El mazo que estaba dentro de su bolso era el que contenía la carta del jack de copas que le había partido el ojo hacía cuarenta y dos años, y Crane deseó que fuese la baraja con la que repartiría cartas aquella noche mientras pensaba que quizá le habría dado suerte.

Después de siete falsos barajados pasó el mazo a Newt para que cortara, y eliminó el efecto del corte sin ningún problema rehaciendo la combinación anterior ocultando lo que hacía con la mano extendida. La atención de todos los demás seguía estando concentrada en la recogida del agua mineral que había derramado.

Cuando el fieltro verde hubo sido limpiado con una toalla y concienzudamente secado con un secador de mano que un Amino Ácido tuvo que traer del cuarto de baño León permitió que la partida siguiera su curso, y Crane repartió las tres primeras cartas a cada jugador, dos boca arriba y una boca abajo.

La primera ronda de apuestas añadió cinco mil doscientos dólares a la cantidad inicial, y después Crane repartió la segunda tanda de cartas boca arriba.

Su padre tenía el diez y el ocho de espadas boca abajo y el paje de bastos y el seis de copas al descubierto. Las cartas de Crane eran el resto de la mano que el doctor Leaky había comprado en la partida del aparcamiento el día anterior, el nueve y el rey de espadas boca abajo y el siete de espadas y el ocho de copas al descubierto. Crane podía comprar la mano de Art Hanari sin correr ningún riesgo dando la impresión de que intentaba conseguir la escalera de seis-siete-ocho.

–Y la mano del señor Hanari queda abierta para el apareamiento -dijo Crane después de que se hubiera hecho la última apuesta-. ¿Cuál es la puja?

Un hombre ofreció quinientos dólares y una mujer subió la puja a quinientos cincuenta, pero Hanari se limitó a menear la cabeza en ambas ocasiones.

–Subo a seiscientos -dijo Crane. "Y si entendéis el juego lo suficiente para comprar las manos que os he preparado ganaré esta partida con la escalera de espadas terminada en rey, so bastardos", pensó.

–Uh… -dijo León a través de los labios del cuerpo de Hanari-. No.

–Seiscientos cincuenta -dijo Crane disimulando su impaciencia.

Podía sentir la capa de sudor que empezaba a formarse encima del maquillaje que cubría su frente. Si tenía que seguir pujando en exceso por lo que parecía una escalera de tres cartas y valor medio acabaría despertando sospechas.

–No -dijo León-, creo que esta vez compraré una mano.

"Ha escogido precisamente esta mano para variar su forma de jugar -pensó Crane-, y todo por lo que ese hijo de puta dijo en la última mano." -Setecientos -dijo Crane intentando ocultar su desesperación.

–No -dijo León tragando la palabra de tal forma que sonó muy parecida al non francés-. La puja sobre estas cartas se ha cerrado.

El corazón de Crane había empezado a latir a toda velocidad, y mantuvo el mentón bajo para que nadie pudiera ver el palpitar del pulso en su garganta.

–De acuerdo -dijo-. En tal caso la siguiente mano entra en subasta. –Crane dejó que el aire saliera de su garganta en un prolongado suspiro-. ¿Cuál es su puja?

Crane había vuelto a perder la oportunidad de comprar la mano del doctor Leaky y dejar después que León se la comprara en la asunción.

León acabó comprando la mano de un joven que había estado jugando de una forma muy temeraria. Crane no tuvo más remedio que admirar su táctica. Si la mano concebida ganaba el joven sería el único jugador aparte del mismo León que podía escoger igualar la cantidad de dinero puesta sobre la mesa para la opción de la asunción.

Pero la doble pareja de León perdió ante una escalera, y las cartas fueron recogidas y apiladas y entregadas al hombre sentado a la izquierda de Crane para que las barajase y repartiera otra mano.

Y Crane tuvo que conformarse y volver a jugar con el único objetivo de ganar dinero hasta el amanecer.

Para gran disgusto suyo el apodo de Monja Volante hizo fortuna enseguida, y no tardó en ser utilizado por todos los jugadores. En un momento dado el anuncio de "¡Dos reinas para la Monja Volante!" provocó tales carcajadas que la ronda de apuestas se retrasó más de un minuto.

Cuando el cielo hubo empezado a iluminarse y todo el mundo se hubo levantado para ponerse el abrigo o la chaqueta y los motores empezaron a funcionar en marcha atrás impulsando la embarcación hacia los muelles del puerto León golpeó un vaso vacío con una larga uña impecablemente manicurada.

–Atención, jugadores -dijo. Estaba sonriendo por debajo del vendaje, pero la aspereza de su tono hizo callar al instante las voces cansadas que habían empezado a charlar-. Mañana es Viernes Santo, y por respeto a la festividad el juego terminará a las tres de la tarde. Así pues y para que haya una oportunidad de que disfrutemos de un poco de acción esta embarcación zarpará… al mediodía. Sólo faltan seis horas para ese momento, por lo que quizá quieran alojarse en el Albergue Lakeview y avisar en recepción de que se les despierte pronto.

La fatiga corría por las arterias de Crane como una droga de gran potencia, pero le pareció extraño que el juego debiera terminar a las tres; y se acordó de que cuando los comercios observaban la festividad del Viernes Santo cerraban desde el mediodía hasta las tres.

Si era un gesto de respeto parecía estar extrañamente invertido.

Bailando al borde del acantilado…

Dondi Snayheever avanzaba sobre la acera de la calle Fremont tambaleándose a través del aire todavía fresco, y su silueta quedó eclipsada

durante un momento por la sombra del gigantesco vaquero de acero y tubos de neón que se alzaba sobre el Pioneer.

Snayheever se detuvo, entrecerró los ojos y levantó la mirada hacia la figura que saludaba lentamente con una mano y se preguntó qué personaje podía ser el que estaba tan cerca de representar.

Su mano mutilada tiraba de él hacia adelante, y Snayheever reanudó el esfuerzo de impulsarse a través de la resistencia que le oponía el aire de la mañana.

"Formas que esperan -pensó -, como el torbellino implícito en una bañera que aguarda el momento de cobrar existencia cuando alguien tire del tapón. Como si cuando una formación de nubes estuviera condenadamente cerca de parecerse a cierto pájaro enorme que le estaba esperando en potencia llegara a convertirse en ese pájaro…"

Pájaros. El ojo de cuervo había sido la solución correcta la semana pasada, pero el templo de Isis había volado por los aires. Según los sueños el pájaro había cambiado y se había vuelto de color rosa.

Snayheever había visto como el gordo volaba el templo en uno de sus sueños. El gordo también había conseguido una forma. Se había convertido en el gigante lisiado y redondo que había perdido su color verde, se había convertido en la bola negra cubierta de verrugas del campo matemático que contenía todos los puntos que jamás llegarían a ser infinitos.

El gordo ya no era aquello. Estaba muerto, sus fronteras se habían roto y los puntos no tardarían en dispersarse a través del desierto quedando en libertad de volverse infinitos o de no hacerlo según les viniera en gana. Snayheever pensó en él mismo, y se preguntó cuánto tiempo seguiría siendo la cosa a la que había llegado a parecerse con tanta exactitud.

Bailando al borde del acantilado mientras el perro intentaba morderle los talones…

Podía sentir la presencia del dedo que había perdido. Estaba muy lejos de allí en dirección sur y a gran altura, y temblaba con las vibraciones de un tremendo poder hidroeléctrico.

No le quedaba más elección que ir allí. El personaje en el que se había convertido estaría allí y, naturalmente, necesitaría su forma.

Pero antes había alguien de quien debía despedirse, y alguien a quien perdonar.

48

El último aviso y la última llamada Cuando Crane hizo girar la llave en la cerradura de la puerta de la habitación del hotel y la abrió olió a café caliente. Diana y Dinh estaban junto a la ventana con una taza cada una, y se apresuraron a volver la mirada hacia él apenas entró.

–No -dijo Crane. Se quitó la peluca y se llevó la pequeña sorpresa de ver cómo su brazo se movía hacia atrás y arrojaba la gorra de cabellos rubio rojizos contra el espejo-.

No, no la ha comprado. He de volver allí antes del mediodía y he de volver a preparar la baraja antes de entonces. No tendré tiempo de dormir ni un minuto.

Diana fue corriendo hacia él y le acarició el brazo. Crane se obligó a no apartarse. – ¿Te apetece un poco de café? – le preguntó.

–Ojo de madera, ojo de madera -respondió Crane distraídamente repitiendo la penúltima frase de un viejo chiste que le gustaba mucho a Susan.

Diana le dio su taza, que estaba casi llena y seguía humeando.

–Toma -dijo-. Yo me prepararé otra. Crane la dejó sobre la mesilla de noche.

–No quiero café.

El olor del café flotaba en el aire como si fuera humo de cigarrillos, y Crane no podía quitarse de la cabeza la imagen de una taza de café metida dentro de un horno puesto al mínimo.

Y los enfermeros, y una ambulancia, y después de eso una botella para impedirle recordar los sueños.

–Es de un chiste -dijo con irritación-. "Ojo de madera, ojo de madera." - Diana le contempló con cara de no entenderle. Al parecer nunca había oído contar aquel chiste. ¿Cómo era posible que no lo conociera? – . Acaba con "Jorobado, jorobado" -dijo secamente Crane-, aunque también he oído una versión que acaba con "Labio leporino, labio leporino".

Mavranos acababa de llegar de la habitación contigua, y Crane le vio intercambiar una rápida mirada con Dinh. "Exacto, Arky -pensó-, me estoy volviendo loco… He empezado a hablar de jorobados y labios leporinos. Maldita sea mi alma, removería el cielo y la tierra por una…"

El teléfono que había sobre la mesilla de noche empezó a sonar, y todos se sobresaltaron salvo Crane. Dinh dio un paso hacia él, pero Crane estaba más cerca y cogió el auricular. – ¿A quién encontrarás que puedas amar, innoble criatura, salvo a Mí…, salvo a Mí? – canturreó la voz del teléfono.

Crane reconoció la cita. Eran dos líneas del poema favorito de Susan, El sabueso del cielo, de Thompson.

Y, naturalmente, reconoció la voz.

"Es mi esposa -pensó -. No debería hablar con ella.

"¿Por qué no?

"Porque no es mi esposa -se dijo-. ¿Te acuerdas? Es la bebida o la Muerte, o algo que es ambas cosas al mismo tiempo, así que ni siquiera puedo hablar con ella… Pero ¿y si también es ella, y si también contiene una parte de la auténtica Susan? Quizá realmente es su fantasma y todo lo malo que lleva consigo no es más que un añadido.

"Y aunque no haya nada de Susan en esa criatura, ¿y si la bebida puede crear una imitación convincente de ella? Probablemente moriré mañana después de no haber conseguido repetir ese estúpido juego de manos con las cartas por tercera vez. Dejaré de existir después de que mi padre me eche a patadas de mi cuerpo… ¿No podría hablar con esa criatura un par de minutos por teléfono? ¿Qué daño me hará escuchar lo que tenga que decirme? Y quizá pueda darme alguna información que necesito, y su voz suena tan parecida a la de Susan y estoy tan cansado que estoy seguro de que puedo obligarme a creer que es Susan. Ah, si me dejaran en paz…" -Un momento -dijo por fin, y puso la palma de la mano sobre la boquilla del auricular-. Es un asunto privado -dijo mirando a las otras tres personas presentes en la habitación-. ¿Os importaría…?

–Cristo, Scott -dijo Mavranos-, esa cosa no es… -¿Os importaría? – repitió Scott.

–A mí sí me importaría -dijo Diana, y su voz estuvo a punto de quebrarse -. Scott, por el amor de Dios…

–Bueno, si ni siquiera puedo… Todo lo que… – Crane meneó la cabeza como si intentara poner algo de orden en sus pensamientos-. Maldita sea, ¿queréis hacer el favor de ir a la otra habitación?

Mavranos, Diana y Dinh le contemplaron en silencio durante unos segundos. Después Mavranos movió bruscamente la cabeza señalando la

puerta que conectaba las dos habitaciones y los tres cruzaron el umbral sin decir ni una palabra y la puerta se cerró unos instantes después.

–Estamos solos -dijo Crane. – ¿Qué es lo que dicen en un bar cuando son las dos menos diez de la madrugada y es tu última ocasión de conseguir que te sirvan un trago? – preguntó la voz de Susan.

–Dicen "Último aviso".

Crane intentaba mantener la calma, pero le temblaba la voz.

–Éste es el último aviso y la última llamada -dijo Susan-. Es la última vez que te llamo. Después de que cuelgues el auricular me habré ido para siempre o estaré contigo para siempre.

–Eres… Hum… Eres un fantasma -dijo Crane.

Deseó poder pensar con claridad. Su ojo de plástico le estaba molestando mucho. No se lo había lavado y no había irrigado la cavidad desde el miércoles. Sabía que eso era como extender una invitación a la meningitis, y la pierna le dolía y podía sentir cómo la sangre empapaba el vendaje que llevaba debajo de las costillas del lado derecho. Una ola de agotamiento le obligó a cerrar los ojos.

–Si vinieras conmigo tú también serías un fantasma. Para toda la eternidad, y volverías a estar entero… Ve a jugar a las cartas, ¿por qué no? Finge que me has rechazado…, adelante, vuelve a preparar tu baraja si quieres, pero déjala dentro de tu bolso. ¿A quién le importa cuáles son las manos y dónde van a parar? Y tómate una copa…

–"Y cuando seas mía -dijo Crane citando otro de los poemas favoritos de Susan-, hermosa diosa del Vino, te besaré en mi copa." -"Y yo te devolveré el beso. Es mucho más agradable si no te resistes." -Estaba citando a Lauren Bacall en Tener y no tener-. "Oh, silba y acudiré…"

La última cita era de un relato de fantasmas. Bueno, Crane estaba viviendo un relato de fantasmas.

–Sé silbar -dijo Crane con voz adormilada-. Basta con poner los labios sobre el gollete y chupar.

Le reconfortaba saber que todo aquello tenía sentido para ella y que podía entenderlo, y saber que nadie que hubiera vivido fuera de las fronteras de aquel matrimonio dentro del que había sido tan feliz y con el que se había sentido tan a gusto habría podido comprender ni una sola palabra de cuanto estaba diciendo. Sí, tenía que ser el fantasma de Susan, no podía ser otra cosa…

–"Y puedes deslizarte hasta el final de la colina y dejar atrás la luz del sol…, sobre el viejo y querido Rosebud" -dijo la voz de Susan. Susan siempre había adorado Ciudadano Kane-. Lo que traducido para ti quiere decir Bud.

La taza de café seguía humeando sobre la mesa. Crane la tocó. El asa estaba tan caliente como si hubiera estado metida dentro de un horno, pero un instante después se enfrió y quedó cubierta de vaho, y la taza se convirtió en una botella de cerveza Budweiser.

Crane la cogió y la contempló con curiosidad. Parecía una botella de verdad.

–Es la única forma que te queda de llegar hasta mí.

"Un sorbito nunca ha hecho daño a nadie", pensó Crane. Alzó la botella, pero se quedó inmóvil cuando aún estaba a unos centímetros de sus labios.

–Adelante -dijo la voz del teléfono-. Sólo verán una taza de café. Diana nunca se enterará de lo nuestro. ¿A quién le importa cuáles son las manos y dónde van a parar?

"Un traguito y a dormir -pensó-, y Susan en mis sueños." -Volverás a tener dos ojos -dijo la voz-. Tu padre no te habrá hecho daño, y nunca dejará de estar a tu lado. Yo tampoco habré dejado de estar a tu lado.

Crane podía recordar cómo había adorado a su padre cuando tenía cinco años de edad, y cómo había amado a Susan. Aquellos sentimientos habían sido hermosos y buenos; nadie podía afirmar que no lo hubieran sido.

Alguien llamó a la puerta de entrada de la habitación. Crane dio un salto y derramó un poco de cerveza fría sobre su muñeca.

–Deprisa -dijo Susan.

Fuera quien fuese la persona que estaba en el pasillo había empezado a gritar. – ¡Heidi, Heidi!

–No es más que uno de mis borrachos -dijo Susan con voz apremiante-. Haré que se vaya. ¡Bébeme!

Crane podía sentir el frío de la cerveza en su muñeca. Se acordó del viejo Ozzie cuando preparaba los biberones para Diana. El padre adoptivo de Crane los calentaba en un cazo lleno de agua, y luego averiguaba si estaban a la temperatura adecuada dejando caer unas gotitas sobre su muñeca. Ozzie nunca le habría dado un biberón que estuviera tan frío.

"No puedo permitir que se lo tome estando tan frío -pensó Crane-. El amor que sentía hacia mi padre y el amor que sentía hacia Susan eran

buenos, pero Diana me quiere y yo la quiero, y eso es algo que está ocurriendo ahora y no algo del pasado."

Se preguntó si Diana estaría captando la tentación de reunirse con los muertos que sentía en aquellos momentos.

–No -dijo, y un instante después el frío del aire acondicionado atravesó su delgado vestido de algodón y le hizo estremecerse, y se le quebró la voz-. No… No lo haré, yo no… Yo no, tu esposo no. Si hay en ti alguna parte de mi…, de mi auténtica esposa no puedes desear que lo haga, no a este precio.

Crane dejó la cerveza sobre la mesilla de noche. – ¿Crees que puedes ayudar a tu hermana? – preguntó Susan con voz estridente -.

No puedes ayudarla. Oh, Scott, por favor… ¡Sólo puedes ayudar a tu esposa y a ti mismo!

Y a tu verdadero padre, y te recuerdo que no has pensado ni una sola vez en él y en lo que puede sentir. – ¡Heidi, Heidi! – volvió a gritar la voz desde el pasillo. – ¡Oh, muérete! – gimió Susan.

Crane pensó que probablemente estaba hablando con el hombre del pasillo, pero la desesperación le hizo decidir que las palabras iban dirigidas a él.

–Lo haré -dijo Crane- y moriré. Por lo menos yo…

"¿Qué? – pensó-. Me enteraré de lo que me ocurra. Seguiré siendo el hombre al que Diana ama."

Apartó el auricular de su oreja y lo llevó hacia el soporte del teléfono…, y sus dedos se entumecieron de repente y lo dejaron caer.

Alargó la otra mano hacia el auricular caído en el suelo y también perdió toda sensibilidad en ella, y lo único que pudo hacer fue rozar el plástico con las yemas de sus dedos repentinamente fláccidos. – ¡Tú me quieres! – chilló la voz que brotaba del auricular.

Crane se puso a cuatro patas jadeando y casi sollozando, y cogió el auricular entre los dientes. La voz suplicante y quejumbrosa de Susan era un zumbido en los músculos de sus mandíbulas, una vibración que resonaba en su cabeza. Se le nubló la vista y sintió que su mente se iba llenando de tinieblas, pero aumentó la presión que ejercía con los dientes y se puso de rodillas.

Las lágrimas y la saliva brillaron como perlitas sobre el auricular cuando por fin consiguió dejarlo caer sobre el soporte silenciando la voz, y

Crane vio que sus dientes habían dejado señales en el plástico.

Se dejó caer hacia atrás hasta apoyar la espalda en la cama y vio que la puerta que unía las dos habitaciones volvía a estar abierta. Diana y Dinh le estaban mirando con una expresión de alarma y de no entender nada, y Mavranos fue hasta la puerta de entrada y la abrió.

Dondi Snayheever entró caminando de puntillas moviendo la mano cubierta por el vendaje sucio arriba y abajo y abrió la boca enseñando todos sus dientes en una sonrisa de loco.

–Heidi, Heidi, jo -dijo.

Mavranos había retrocedido rápidamente hasta la cama y había metido la mano dentro de la bolsa de lona en la que guardaba su 38.

Crane se limpió la cara con la colcha y se puso en pie. – ¿Qué quieres? – le preguntó a Snayheever con voz temblorosa.

Seguía jadeando, pero intentó inyectar un poco de autoridad en su tono.

Snayheever había perdido peso. Su cráneo parecía brillar a través de su piel ruborizada por la fiebre, y Crane pudo entrever una débil aura rojiza que parpadeaba alrededor del cuerpo anguloso del joven. El brazo herido seguía moviéndose espasmódicamente. Los ojos encendidos de Snayheever se posaron en Diana, su boca dejó escapar un gruñido como si acabaran de herirle y cayó de rodillas.

–El ojo del flamenco -dijo-, no el del cuervo. Por fin te he encontrado, Madre.

Diana se quedó inmóvil durante unos momentos, pero acabó yendo hacia él ignorando el ladrido de advertencia lanzado por Mavranos y acarició la cabellera grasienta de Snayheever.

–Levántate -dijo.

Snayheever se puso en pie moviéndose con bastante dificultad porque su pierna izquierda había empezado a temblar.

–Si no le detengo el otro te encontrará y te matará -dijo-, pero lo haré. Es lo único que me queda por hacer. – Tiró de las solapas de su chaqueta de pana-. Una chaqueta que le pedí prestada a James Dean, y cantaré para vosotros dos como un pájaro, como una hermosa cigüeñita que vuela por el cielo haciendo círculos, ¿verdad que sí? Eso es de Hemingway. El vuelo es bueno y él picará. Sí, se podría decir eso… Tengo mi dedo sobre el pulso atrapado detrás de la placa de la matrícula, y está en las compuertas y los desagües y las represas, y él quiere dejar que la rueda siga girando y

girando veinte años más porque ahora tiene la nariz rota…, el pico torcido…, y no tiene Reina. Graznará y chillará en la longitud de onda para que nadie pueda oír nada hasta que sea demasiado tarde, y ensuciará el agua del baño hasta dejarla tan asquerosa que ya no se podrá usar para nada. Ray Joe, una lamentable salvación.

–Está hablando de mi hermano -murmuró Nardie-, y lo que dice tiene sentido.

–Oh, claro, cuenta con mi voto -gruñó Mavranos con su mano aparatosamente tensa sobre la culata del arma que había dentro de la bolsa-. Diana, ¿quieres hacer el favor de alejarte de él?

Diana dio un paso hacia atrás y se puso al lado de Crane.

–Quiere decir que mi hermano está en la presa Hoover -explicó Nardie con voz tensa- y que Ray-Joe intentará retrasar la sucesión, la coronación, la resurrección del Rey en sus nuevos cuerpos…, dejará que el círculo siga en movimiento sin que se decida quién ocupará el trono. Es lo que Ray-Joe haría. Si le fracturé la nariz no puede aspirar a ser Rey. El Rey tiene que ser físicamente perfecto, y aún debe de tener los dos ojos morados y toda la cara hinchada, ¿no? Lo que hará será…, generará una especie de ruido psíquico que ahogue la señal del Rey, y creo que luego se las arreglará para que el agua quede espiritualmente contaminada, y todo el mundo tendrá que esperar veinte años más hasta que vuelvan a darse las circunstancias adecuadas. A esas alturas el viejo Rey probablemente habrá muerto al no haber podido usar ningún cuerpo nuevo, y Ray-Joe habrá tenido tiempo para adiestrar otra Reina, probablemente desde el momento de su nacimiento…, y podrá subir al trono sin ninguna oposición y…, y se sentará en él.

–Dios -dijo Crane intentando que el nervioso alivio que sentía no resultara perceptible en su voz-, ¿y tan malo te parece eso? Si tu hermano consigue que mi padre no pueda hacer su truco de prestidigitación este año no perderé mi cuerpo. Y todos podremos volver a casa, ¿no? Y yo dispondré de veinte años más para pensar en qué he de hacer cuando su…, su hora vuelva a llegar por fin.

Nardie le miró fijamente.

–Sí, tienes razón -dijo-. Pero no tendrás una esposa. Ray-Joe buscará a Diana hasta encontrarla y la matará tal como dice este tipo. Ray-Joe nunca

querría alguien como ella para que fuese su Reina y el mero hecho de que esté viva la convierte en un gran problema para él, ¿entiendes?

–El teléfono es para llamar al servicio de habitaciones -dijo Snayheever señalando el auricular que Crane había mordido -. Se pide… comida, se piden varios platos del menú y luego te los comes. Lo que no haces nunca es comerte el teléfono. – Asintió enfáticamente-. Intentará comerme, no me extrañaría nada. Siempre tengo un perro.

Porque ahora ladra toda la noche y siempre está tirando de su correa.

Alzó la mirada hacia Diana.

–Podría decirse que este hijo vino aquí porque quería despedirse de su madre -murmuró-. No volveremos a vernos.

Los ojos de Diana estaban humedecidos por las lágrimas cuando volvió a ignorar el grito de advertencia de Mavranos y fue hacia Snayheever y le abrazó, y Crane comprendió que estaba pensando en Scat y Oliver.

–Adiós -dijo un instante después.

Sus brazos dejaron de rodearle, y Diana dio un paso hacia atrás.

–Ser hijo no resulta nada fácil -dijo Snayheever, y clavó su mirada ardiente en Crane-. Te perdono, papá.

Crane contempló el vendaje mugriento y lleno de manchas que había al final del brazo tembloroso, y asintió admitiendo ante sí mismo que agradecía el haber sido perdonado.

Después Snayheever giró sobre sí mismo y salió cojeando de la habitación.

Mavranos fue hacia la puerta llevando consigo la bolsa de lona sin sacar la mano de ella y la cerró.

–Últimamente hay un montón de gente muy jodida por los alrededores -dijo en voz baja, y se volvió hacia Nardie-. Tu hermano está en la presa, ¿no? Y si consigue desmontar el reloj del viejo vendrá en busca de Diana.

–Exacto.

Mavranos suspiró y acarició el pañuelo que llevaba anudado alrededor del cuello.

–Un día más -dijo -. Bueno, supongo que iré a la presa. ¿Alguien necesita que le lleven en dirección sur? Diana le contempló con expresión solemne.

–Gracias, Arky. Ojalá…

Mavranos la hizo callar con un gesto de la mano.

–A ninguno de nosotros le gusta mucho lo que tiene que hacer. Haré una parada en una tienda de animales durante el trayecto y compraré un pez dorado…, para que me dé suerte. Bien, ¿qué me dices de llevarte?

–Sí -dijo Diana-. Nardie y yo hemos de ser bautizadas.

Crane caminó lentamente alrededor de la cama y cogió su bolso.

–Dadme media hora para preparar mi baraja y yo también iré.

El día anterior Nardie y Diana habían comprado un par de latas de pintura roja y unos pinceles y habían pintado la Suburban de Mavranos.

Crane daba tumbos en el asiento delantero derecho de la tambaleante camioneta e intentaba mantener la cabeza en una posición en la que las grietas del parabrisas no tuvieran el rojo chillón del capó detrás. Ver lo que parecía una araña metálica de color rojo dando saltos en el horizonte no le resultaba demasiado agradable.

–Visiones, sueños y los delirios de un loco -dijo Mavranos en un tono entre irritado y resentido mientras entrecerraba los ojos y manejaba el volante con los dedos de una mano-. Bueno, lo más probable es que nosotros también estemos locos…, mira lo que han hecho con mi camioneta, mamá. – Cogió su lata de cerveza con la mano libre y tomó un sorbo de líquido espumoso-. Hace tiempo conocí a un tipo que afirmaba ser un marciano. Su televisor le había asegurado que era de Marte. Eso tiene tanto sentido como lo que está ocurriendo ahora. Pobre Joe Serrano… Tendría que pedirle disculpas.

Diana se removió en el asiento trasero.

–Serrano no es un apellido marciano – dijo -, es mexicano. ¿A quién estaba intentando engañar?

Crane se echó a reír y los demás no tardaron en imitarle, y Mavranos se puso la lata de cerveza entre los muslos para sujetar el volante con las dos manos.

49

¡Eh, Cenicienta!

Mavranos llevó la camioneta hasta la cuneta en la playa Boulder cuando aún estaban a cierta distancia del puerto para dejar que Diana y Nardie bajaran. La playa se encontraba a sólo cien metros de ellos más allá de las hileras multicolores de furgonetas y caravanas cuyos toldos aleteaban

impulsados por la brisa, y el lago era una masa azul que se recortaba contra las lejanas montañas marrones de la otra orilla.

–Al atardecer todo debería haber terminado -dijo Diana. Estaba sobre el camino de gravilla y se había inclinado hacia adelante para meter la cabeza por el hueco de la ventanilla de Crane-. Las chicas iremos al muelle caminando después de habernos dado el bañito. Scott dice que hay un hotel allí…, el Albergue Lakeview. Nos encontraremos en el bar.

Le besó, y Crane enredó los dedos en su rubia cabellera y le devolvió el beso con apasionamiento.

–Y mañana nos casaremos -dijo Crane con voz enronquecida cuando la hubo soltado.

–Eso es lo que haremos -dijo ella-. Arky, Scott… Tened mucho cuidado los dos, ¿me habéis oído? Y nosotras también tendremos mucho cuidado. Necesitamos una novia, un novio, un padrino y una madrina para la boda. Hemos de estar los cuatro.

Mavranos asintió, quitó el pie del freno y dio gas al motor, y unos segundos después ya había enfilado el morro de la camioneta hacia la autopista. – ¿Te dejo en el muelle? – preguntó alzando la voz para hacerse oír por encima del ruido del viento que entraba por las ventanillas abiertas.

–Claro. Está muy cerca. Ya empiezo a pillarle el truco a caminar con estos zapatos.

–Nadie lo diría viéndote.

–Me gustaría que lo intentaras.

–Apuesto a que te encantaría, Pogo. – Mavranos tomó otro sorbo de su cerveza-.

Lo del teléfono… ¿Intentó convencerte de que dejaras plantada a Diana y te fueras con ella?

–Sí. – Crane se estremeció-. Y yo me convencí de que no debía hacerlo.

–Hablaste y hablaste hasta escapar de la catástrofe, ¿eh?

–Sí, así fue.-Crane se removió en el asiento -. Arky, yo…

–No lo digas. Puede que vayas vestido de mujer, pero eso no quiere decir que también puedas besarme.

Crane sonrió y sintió el tirón del maquillaje en las arrugas de su rostro.

–De acuerdo. No hay que olvidar la cita de esta tarde, ¿eh?

Mavranos giró a la derecha en dirección al muelle, y Crane aprovechó un semáforo en rojo para bajar de la camioneta. Se alisó el vestido y golpeó

el capó con los nudillos por la misma razón por la que un jugador soplaba sobre los dados antes de arrojarlos. El semáforo se puso verde, y la camioneta repintada a toda prisa se alejó a través del cruce haciendo mucho ruido.

Crane bajó lentamente por la pendiente yendo hacia las relucientes embarcaciones blancas atracadas en las plazas del muelle, y ni siquiera oyó los gritos burlones salidos de un coche que pasó a su lado. Siguió caminando bajo la luz del sol envuelto en la brisa fresca y los olores del agua del lago, la gasolina y las manzanitas, y pensó en todas las personas que habían muerto. Susan, Ozzie, el gordo y probablemente Al Funo también, teniendo en cuenta la trampa que Diana explicó le había tendido… Y mañana por la noche Crane, Arky, Diana y Nardie quizá estuvieran debajo de aquellas aguas negras, allí donde vivían los Arquetipos. Crane se preguntó si los fantasmas podrían hablar entre ellos y, en tal caso, de qué hablarían. – ¡Eh, Cenicienta! – gritó una voz delante de él.

Crane alzó la mirada, y vio a un Amino Ácido haciéndole señas con la mano desde la cubierta de la casa-barco. Crane apretó el paso.

–Si esperas hasta el mediodía te convertirás en una calabaza y te quedarás tirada en el muelle -dijo el joven-. Venga, chica, mueve ese culo tan raro que tienes y acércate a mi detector de metales, como le dijo la araña a la mosca. Ya hay una docena de jugadores a bordo, y tú eres el número trece.

Diana podía sentir el calor de la arena debajo de sus Nikes. Volvió la cabeza hacia un extremo y otro de la playa y contempló las toallas de baño, las neveras repletas de cervezas y los niños que correteaban de un lado a otro.

–Supongo que ir a la cárcel por esto sería un error -le murmuró a Nardie.

–Sí, creo que por aquí son bastante conservadores -dijo Nardie, y dejó escapar una risita nerviosa-. Probablemente nos arrestarían incluso si nos dejáramos puesta la ropa interior… Habrá que meterse vestidas.

–Bueno, por lo menos me quitaré esto -dijo Diana. Se desabotonó la chaqueta de pana y la arrojó sobre la arena-. El trayecto de vuelta quizá no baste para secarnos, y supongo que en el bar tendrán aire acondicionado.

Dinh se limitó a rodearse el torso con los brazos y meneó la cabeza.

–Yo me meteré tal cual.

Unos cuantos niños muy bronceados estaban echándose agua los unos a los otros en la playa delante de ellas, y Diana se detuvo después de dar unos cuantos pasos por la pendiente y les miró.

Los rostros de los niños estaban tan rígidos que casi parecían pintados, y Diana tuvo la impresión de que sus brazos se movían como si tuvieran bisagras en vez de articulaciones.

Dinh se le había adelantado. – ¿Hmmm? – murmuró volviendo la cabeza hacia ella.

–Vayamos…, vayamos un poco más lejos -dijo Diana.

Crane subió a la embarcación y lo primero que vio fue al doctor Leaky sentado en una silla de ruedas en el rincón debajo del televisor. El anciano parecía estar bastante bien, dejando aparte el hecho de que se había orinado en los pantalones de su elegante traje azul celeste y no paraba de mover las manos intentando liberarse del cinturón que le mantenía confinado en la silla de ruedas sin conseguirlo.

–No presten atención al viejo del rincón -dijo León con su retumbante voz de barítono.

La mirada de Crane atravesó la sala enmoquetada de rojo y acabó posándose en su anfitrión, quien ya estaba ocupando su sitio en la mesa verde…, y Crane se obligó a sonreír y asintió con la cabeza.

El cuerpo de Art Hanari tenía mal aspecto. Líneas rojas que parecían ser venas inflamadas se enroscaban y bifurcaban sobre el lado herido de su cara, y los pómulos pronunciados y la mandíbula firme y decidida habían desaparecido bajo la hinchazón de las facciones. Crane supuso que León debía de estar deseando huir a un nuevo cuerpo tan desesperadamente como él había llegado a anhelar la huida del alcohol en sus peores momentos.

Los motores se pusieron en marcha y el suelo enmoquetado se inclinó ligeramente cuando la embarcación empezó a moverse.

–Que todo el mundo se siente -dijo León-. Sólo disponemos de tres horas, y queremos comprar y vender el máximo número de manos posible, ¿verdad?

"Exacto -pensó Crane con desesperación-. Una mano en particular…"

Tensó los dedos de una mano sobre su bolso, sintió el bulto de la baraja Lombardía Zeroth que había vuelto a preparar a toda prisa y apresuró el paso para dirigirse hacia el asiento que había escogido, el primero a la izquierda de León.

Había pensado en comprar un paquete de cigarrillos para poder tener uno echando humo a su lado aunque no pudiera suportar la idea de darle una calada y se le había olvidado, pero no importaba. El viejo Newt acababa de encender otro cigarrillo y su mano temblorosa estaba aplastando un Pall Mall en un cenicero que ya estaba lleno de colillas.

León abrió la caja de madera y esparció aquellas cartas terribles sobre el fieltro verde.

Un par de jugadores de ayer no habían vuelto y habían sido sustituidos por recién llegados, y Crane vio cómo se estremecían y luchaban con las náuseas.

León puso las cartas boca abajo y empezó a barajarlas. El humo de los cigarrillos se enroscó sobre la mesa, y Crane tuvo la impresión de que dos sonidos casi inaudibles hacían vibrar los niveles de las bebidas y resonaban en sus dientes -uno demasiado grave para ser oído, el otro demasiado agudo-, y pensó que la interferencia entre el uno y el otro debía de estar a punto de formar palabras que resonarían en las mentes de todos los presentes creando ecos tan profundos que jamás podrían recuperarse de ellos.

Las manos morenas de Art Hanari no temblaron en lo más mínimo cuando León pasó la baraja al hombre sentado a su derecha para que cortara.

Crane sintió un picor terrible en el ojo de plástico y se lo limpió con el pañuelo ribeteado de encajes que las chicas le habían comprado.

Los niños habían salido de las aguas del lago y habían empezado a caminar sobre la arena caliente moviéndose con gestos envarados y mecánicos. Detrás de ellos sus padres movían la mano y asentían lentamente, y sus cabezas hacían pensar en los pistones de las bombas que sacaban petróleo de los pozos.

Nardie y Diana se apresuraron a alejarse -se habían quitado los zapatos y los llevaban en la mano- en dirección al tramo de playa vacía que había a su derecha.

Diana intentó desviarse hacia el agua, pero un truco de la perspectiva que no podía comprender hacía que cada paso se deslizara a través de la arena que no paraba de moverse y temblar y la alejaba un poco más del lago.

Diana vio la primera señal de la rigidez en la curva de las rodillas de Nardie, y un instante después sintió un vacío helado en el vientre al darse cuenta de que sus brazos se estaban moviendo a los lados con la regularidad de un metrónomo y de que los pájaros, las olas y los arbustos que crecían en la orilla estaban cambiando de posición con la misma rigidez que si fuesen ángulos geométricos. – ¿Qué… está… ocurriendo? – preguntó Nardie, y el esfuerzo que tuvo que hacer para que la voz que salió de sus labios fuese algo más que un cacareo monótono resultó claramente perceptible.

"Madre, ¿qué está ocurriendo?", pensó Diana intentando no dejarse dominar por el pánico.

Un concepto y la imagen de una espada aparecieron dentro de su cabeza.

Diana intentó expresar el concepto en palabras.

–Cristalización -murmuró sin conseguir alzar el tono de voz en una inflexión interrogativa al final-. Como… -Hurgó en su mente buscando una imagen que pudiera encajar con la idea-. Como los cristales de silicio puro…, no sirven para…, para la transferencia de información. Necesitan… ser mezclados con un poco de boro o… algo. Si es de una sola sustancia no es más que un cristal…, esto es lo que ocurre.

Tragó una bocanada de aire con un movimiento casi convulsivo y la dejó escapar de forma igualmente temblorosa.

La imagen de una espada… Nardie había dicho que la tortuga del mito había ido a recuperar una espada.

–Saca… tu espada, tu ficha.

–Ficha -murmuró Nardie-. Ficha, lucha, dicha. Patata frita…, chip… de silicio. – Alzó el brazo como un robot que saluda y su mano rígida chocó con su frente-. No puedo… sacarlo.

–No -dijo Diana preguntándose durante cuánto tiempo seguiría siendo capaz de hablar. La atmósfera estaba tan inmóvil que parecía haberse solidificado-. Póquer…, ficha de póquer. – Repetir la palabra era la única forma de darle énfasis que seguía estando a su alcance -. Moulin Rouge.

Nardie asintió y siguió asintiendo sin poderlo evitar, pero sus dedos extendidos encontraron el bolsillo de sus téjanos y después de unos cuantos manotees terriblemente torpes alargó la mano hacia ella.

La ficha blanca y negra estaba sobre su palma, y el rostro andrógino y burlón sonreía bajo el dibujo de cuadrados y diamantes de la gorra de

bufón.

El aire onduló sobre la ficha, y cuando movió su mano Nardie pareció encontrar una cierta resistencia. Tuvo que curvar la palma alrededor de la ficha y empujarla a través de la atmósfera.

Diana sintió cómo unas grietas invisibles se abrían y se iban extendiendo por el espacio alrededor de Nardie. El campo de rigidez se estaba rompiendo.

Un instante después la atmósfera se agitó y pareció abrirse de golpe, y las articulaciones de Diana se relajaron tan bruscamente que faltó muy poco para que se cayera.

–Dios -dijo Nardie moviendo sinuosamente el cuerpo de un lado a otro y retorciendo los pies sobre la arena. Su voz liberada fue de un extremo a otro de la escala tonal-. ¿Qué infiernos era eso?

Diana suspiró.

–La oposición -dijo-. Entremos en el agua.

Se volvieron hacia la ancha franja de arena que las había separado de las olas azules y se quedaron inmóviles.

La atmósfera había dejado de estar tan límpida como un cristal.

Una multitud de siluetas traslúcidas y estructuras tan altas como pozos petrolíferos y tan insustanciales como la calina sobre el pavimento de una autopista se movía lentamente de un lado a otro bailando sobre la franja de arena que se interponía entre ellas y el agua.

Diana las observó con más atención e intentó distinguir las siluetas nebulosas que se confundían con el resplandor del sol, y se dio cuenta sin entenderlo de que no eran siluetas vivas sino estatuas casi transparentes dotadas de movimiento que quizá no se alzaban a varias distancias diferentes de ella sino que creaban esa ilusión porque habían sido esculpidas en una amplia gama de escalas. Forzó la vista para verlas con más claridad y vio que algunas vestían ropas y tocados árabes, que otras llevaban togas romanas y que había un par vestidas de vaqueros o buscadores de oro. Una era un simio gigante, aunque sus movimientos eran tan mecánicos y desprovistos de vida como los de las otras estatuas.

Alzó la mirada y vio que las dos estructuras eran el payaso colocado delante de la fachada del Circus Circus y Vegas Vic, el vaquero que saludaba moviendo la mano noche y día sobre el Pioneer en la calle Fremont.

Durante un segundo muy largo que pareció no iba a terminar nunca Diana se limitó a contemplar las estatuas con la mente en blanco y un vacío helado en el estómago.

Después logró contener un gemido de desesperación e intentó pensar a pesar de que el frenético palpitar de su corazón retumbaba dentro de su cerebro.

–Son todas las estatuas de la ciudad -dijo con voz temblorosa-. O sus espíritus, supongo…

–Sus formas. – Nardie meneó la cabeza. Su puño estaba rígidamente cerrado alrededor de la ficha-. ¿Qué les importa lo que hagamos o dejemos de hacer?

–Supongo que al padre de Scott sí le importa. – ¿Pueden hacernos daño? – preguntó Nardie, y faltó poco para que se le quebrara la voz.

–Dudo que hayan aparecido para escoltarnos hasta el agua. – Las dos mujeres habían dado un paso hacia atrás-. Esto es obra de su magia…, la magia del Rey. Única y exclusivamente masculina…, no quiere que haya ninguna Reina. – Diana puso una mano encima del esbelto hombro de Nardie y dejaron de retroceder sobre la arena-. Mi madre nos dio la ficha. Es yin y yang -dijo Diana con voz tensa-. Mezclado, opuestos unidos…, el rostro que hay en ella es masculino y femenino al mismo tiempo. Puede que a sus…, sus criaturas no les guste demasiado.

Nardie había estado apretando la ficha, y de repente dio un respingo y abrió el puño.

Había sangre en la palma de su mano.

–Tiene filo -dijo poniendo cara de sorpresa.

–Más le vale. – Diana alargó su mano hacia ella-. Córtame, y después averiguaremos si podemos hacerles un poco de daño.

Los hombros de cemento de la presa Hoover iban de un extremo a otro del desfiladero manteniendo prisionero al lago a ocho kilómetros en dirección sureste.

Mavranos aparcó la camioneta en el gigantesco solar que había junto al puesto de bebidas y bocadillos del lado de Arizona de la presa y empezó el largo paseo a través del calor que le llevaría hasta el arco de la presa, el lugar donde los turistas se amontonaban blandiendo sus cámaras cuando pasó con la camioneta, y lo primero que logró abrirse paso a través de la neblina de su agotamiento fue el llanto de los niños.

La Esclusa Arizona era un abismo inmenso y totalmente liso que se iba curvando gradualmente a su derecha. Mavranos la contempló sintiendo un leve mareo, y pensó que era lo bastante grande para que Dios se diera un baño o para que diez millones de expertos del monopatín se precipitaran por él hacia su muerte, pero lo que le llamó la atención fue la hilera de nerviosos seres humanos empequeñecidos hasta la escala de los insectos por la inmensidad de la presa.

Todo el mundo pasaba corriendo junto a él yendo en dirección al aparcamiento. Los niños gimoteaban, y las ruedas de los cochecitos de bebé alquilados empujados demasiado deprisa se deslizaban sobre el pavimento con un chirriar estridente, y todos los adultos parecían haber sufrido un considerable shock. Sus ojos estaban opacos e inexpresivos, y una mezcla de rabia, horror e hilaridad estúpida convulsionaba sus rostros. Las prendas veraniegas de colores chillones parecían haber sido colocadas encima de los cuerpos por celadores a los que no les importaba en lo más mínimo cómo pudieran quedar, y Mavranos deseó haber visto hileras de autobuses azules esperando en el aparcamiento listos para llevarse a todas aquellas personas de vuelta a un asilo imposible de imaginar. "Día especial para chiflados en la presa -pensó mientras intentaba sonreír y no dejarse dominar por el pánico-, y si bizquea y se pasa un dedo por los labios haciendo ruiditos raros sólo le cobraremos la mitad de la entrada."

Intentó ir más deprisa, pero no tardó en sudar y jadear, y tuvo que apoyarse en uno de los pilares de cemento de la barandilla.

Alzó la cabeza y contempló la curva de la presa. Parecía excesiva e imponentemente grande para estar tan lejos. Mavranos pudo ver coches que se movían lentamente por la autopista que la coronaba, y distinguió siluetas que se desplazaban sobre las aceras y los puentes que llevaban a las torres de captación que se alzaban por encima del agua; pero desde aquella distancia no podía ver nada capaz de causar semejante pánico colectivo.

Pero el miedo flotaba en el viento como el olor del metal recalentado, como una vibración en el aire, como una rata royendo lentamente algo por debajo del suelo.

Mavranos sintió un deseo casi incontenible de volver a la camioneta y alejarse por el lado Arizona, de seguir conduciendo hasta que se le acabara la gasolina y continuar a pie luego.

Pero en vez de eso lo que hizo fue apartarse del pilar de cemento y seguir avanzando por la espaciosa calzada en dirección al arco digno de una catedral que era la presa.

Crane vendió su primera mano de cuatro cartas a un hombre de edad mediana que llevaba corbata de lazo y una chaqueta deportiva, y después se dedicó a contemplar cómo se desarrollaba la puja por la próxima mano. Las ofertas no consiguieron atraer su atención. Seguía siendo un padre de la mano que incluiría las cuatro cartas que había vendido, y eso hacía que siguiera teniendo una posibilidad de ganar la décima parte del dinero que había encima de la mesa; pero no tenía ninguna posibilidad de igualar el total de la apuesta y reclamar la asunción.

Volvió la cabeza hacia una de las portillas, contempló el lago puntuado por las siluetas que practicaban el esquí acuático, y se concentró en la tarea de respirar profundamente.

Se había sentado a la izquierda de León, y le tocaría repartir las cartas de la próxima mano.

Las vibraciones inaudibles aguda y grave se habían alejado en ambas direcciones, y Crane ya no podía captarlas, pero tenía la impresión de que algunos jugadores aún podían hacerlo. León había meneado la cabeza un par de veces, Newt había tenido problemas con las cartas de su primera mano y había enseñado una de las que debían quedar boca abajo, y el Amino Ácido que se encargaba del bar había roto un vaso mientras servía el tercer martini a uno de los jugadores.

El estrépito del cristal haciéndose añicos había sobresaltado al doctor Leaky de una forma tan terrible que el olor predominante en la atmósfera de la sala no tardó en pasar de los vahos de la orina a algo que olía muchísimo peor.

Una escalera acabó venciendo a un trío. Ni León ni Crane eran padres de la mano ganadora, y después de que el ganador de la partida hubiera recogido el dinero con una sonrisa nerviosa León empujó las manos más próximas hacia Crane.

–Te toca repartir -gruñó la voz de barítono de Hanari-. A ver si vamos un poco más deprisa.

–Eh… Señor Hanari -dijo el Amino Ácido desde la barra-, ¿quiere que saque al capitán a cubierta para quitarle los pantalones y limpiarlo un poco con la manguera?

–No es el capitán -dijo León alzando la voz-. El capitán soy yo, ¿entendido? No, tiene una cita con un cirujano el domingo, y supongo que conseguirá seguir vivo hasta entonces. – Movió una mano poniendo cara de irritación-. Si quieres puedes abrir las portillas…, la brisa no estará fresca, pero por lo menos se llevará esta peste.

Crane pensó que en circunstancias normales casi todos los jugadores se habrían quejado del mal olor y habrían exigido que aceptara la sugerencia del camarero, pero aquel día incluso los más duros parecían estar un poco asustados y apenas se atrevían a hablar.

La última carta fue empujada sobre el fieltro verde hacia él. Crane cogió las cartas, las amontonó cuidadosamente formando un mazo y lo golpeó con suavidad hasta dejarlo perfectamente cuadrado.

"Todo el mundo me está mirando -pensó sin apartar los ojos de las cartas-. No puedo cambiar la baraja."

Cortó el mazo de cartas que tenía delante y las barajó de verdad.

–Ese cirujano debe de ser un buen hombre si atiende pacientes el domingo -dijo sonriendo a León.

Con un poco de suerte alguien discreparía o se mostraría de acuerdo con él, y eso apartaría la atención de la mesa.

–Supongo que sí -dijo León sin apartar los ojos de las cartas.

Nadie más abrió la boca.

–Eh, chico -dijo Crane volviendo la cabeza hacia el camarero mientras volvía a barajar las cartas-. ¿Qué hora tienes?

–Las doce y quince.

Nadie había desviado la mirada hacia la barra.

Crane volvió a barajar las cartas. El promedio de tiempo para una mano era de quince minutos, lo cual quería decir que quizá no volviera a tocarle repartir antes de que llegaran las tres y el final de la serie de partidas. Podía esperar y no perder la esperanza, y tratar de apresurar el juego, pero si las cosas seguían igual quizá tuviera que volver a reunirse con sus amigos y decirles que ni siquiera había conseguido sacar la baraja preparada de su bolso.

"¿Y qué he de hacer entonces? – pensó con creciente desesperación-. Supongo que suicidarme para impedir que León se apodere de mi cuerpo, ¿no?" -Empecemos -dijo Newt.

Crane sintió cómo una gota de sudor abandonaba su axila y era absorbida por el sujetador.

"Bueno, habrá que saltar y esperar que el agua sea lo bastante profunda", pensó.

Pasó la baraja a su padre para que cortara y en cuanto el cuerpo de Hanari hubo separado la mitad superior del mazo y la hubo colocado al lado de la otra mitad Crane se echó lánguidamente hacia atrás y empezó a cantar.

–Cuando el cielo está griiiiis… -¿Qué es lo que menos te importa? –aulló el doctor Leaky con su chirriante voz de falsete.

La interrupción fue tan repentina y ruidosa que Crane estuvo a punto de volver la cabeza hacia él tal como habían hecho el resto de los presentes; pero logró mantener la concentración, dejó caer las cartas dentro de su bolso y sacó a toda velocidad la baraja preparada colocándola sobre la mesa.

–Maldición -dijo, y no necesitó fingir para que su voz sonara muy nerviosa-, ¿qué le pasa?

La cabeza de Hanari había girado sobre su cuello, y el ojo no hinchado estaba clavado en el rostro de Crane. – ¿Por qué has empezado a cantar esa canción?

–No lo sé -dijo Crane-. ¿Es eso lo que le ha hecho ponerse a gritar? Tengo una cinta que suelo oír cuando voy en coche… Al Jolson, ¿sabes? Sí, ese blanco que siempre llevaba la cara pintada de negro… Jolson solía cantar esa canción.

Sus palabras parecieron afectar bastante a León.

–Reparte las cartas -murmuró mientras meneaba la cabeza-. Acabemos con esto.

Crane suplicó mentalmente a sus manos que no temblaran mientras empezaban a repartir las primeras cartas sobre la mesa. "No querréis cagarla ahora para que alguien se ponga a protestar y quiera anular el reparto, ¿verdad?", pensó.

Pero no parecía probable que nadie tuviera muchas ganas de protestar y perder el tiempo. Bastaba con echar un vistazo a los rostros de los jugadores para comprender que "Acabemos con esto" era el estado anímico predominante en la mesa.

Las estatuas animadas casi invisibles que se alzaban sobre la orilla del lago parecían ser balones ectoplásmicos llenos de ángulos. Cuando Nardie

las atacó con el filo de la ficha se convirtieron en cintas que se alejaron como semillas de diente de león hechas de celofán liberando ráfagas de aire caliente y reseco y un olor a materia orgánica que se había secado hacía mucho tiempo.

Y aunque la sustancia casi invisible de aquellas criaturas deformó la cegadora claridad del sol como si estuvieran rodeadas por lentes capaces de crear ondulaciones cuando se agruparon alrededor de las dos mujeres -lo que obligó a Diana a entrecerrar los ojos y mover la cabeza arriba y abajo para averiguar en qué dirección se encontraba el lago-consiguió apartarlas con tanta facilidad como si fueran enormes globos llenos de helio.

Las pieles que cedían bajo su presión estaban muy frías al tacto, y las manos de Diana no tardaron en quedar dolorosamente entumecidas a pesar de que el sol caía a plomo sobre su cabeza y su cara.

En un momento dado la transparencia gigante que era el payaso del Circus Circus dejó caer un pie ridículamente grande sobre ella, y durante un momento Diana lo vio todo como debía de verlo un pez dentro de su pecera, y sintió como si acabaran de darle una ducha de mentol.

–Creo que está justo delante nuestro -jadeó cuando el pie se hubo levantado volviendo a dejarla en libertad-. ¿Sabes que esto no está resultando tan terrible como me temía?

Dinh había estado manteniendo a distancia a las criaturas mediante continuos barridos del filo de la ficha.

–Pero se están volviendo más difíciles de atravesar -jadeó-. Sobre todo las que has tocado -añadió un instante después.

Diana se dio cuenta de que estaba muy cansada -se encontraba cubierta de sudor y respiraba a través de la boca, que estaba fláccidamente abierta-, a pesar de que lo que hacía era algo tan poco agotador como caminar lentamente sobre la arena caliente; y cuando contempló las siluetas de aspecto cristalino que la rodeaban y que había apartado de su camino le pareció que se habían vuelto más sustanciales, y que estaban claramente teñidas por matices rosas que filtraban débilmente los colores de la arena y el agua lejana.

De hecho, todas las figuras parecían más sólidas que hacía unos momentos.

Y de repente volvió a sentir un frío terrible, pero esta vez era producto del miedo, y se pegó a la espalda de Nardie.

–Dios, Nardie… -dijo con un hilo de voz-. No tengo ni idea de cómo lo han hecho, pero creo que han estado absorbiendo una parte de mi sustancia cuando las empujaba para apartarlas de mi camino…, como si me estuvieran devorando. Mantenlas alejadas con la ficha. No volveré a tocarlas.

–Tenemos que llegar al agua.

Diana se agachó para esquivar un diminuto vaquero cristalino cuyos brazos exageradamente largos se movían de un lado a otro.

–Y pronto -jadeó.

La atmósfera estaba impregnada por un olor rancio, como el de huesos muy viejos partidos por la mitad. – ¿Cómo es posible que quieran comerte? – Nardie movió la ficha apartando la silueta transparente de un árabe que sonreía-. ¿Por qué quieren comernos?

–Para que adquiramos sus…, sus formas, quizá. Quieren absorbernos antes de que lleguemos al agua, antes de que perdamos el…, el sabor que les gusta y nos volvamos incomestibles.

Diana estaba segura de que podía ver parte de la sustancia que había perdido y que había pasado a ser propiedad de los fantasmas. Sus brazos habían empezado a producir un silbido cuando hendían el aire, y sus pies dejaban huellas sobre la arena.

Los fantasmas habían adquirido peso.

El pie del payaso gigante del Circus Circus casi consiguió aplastarlas en dos ocasiones antes de que Nardie se moviera velozmente y le hiriera en el tobillo. Una pierna colosal se había vaciado y había desaparecido, pero el payaso seguía saltando de una duna a otra moviéndose sobre la pierna que le quedaba y aún era lo bastante sustancial para levantar nubes de arena que les irritaban los ojos, y parecía más que probable que acabaría consiguiendo dejar caer un pie del tamaño de un Volkswagen sobre ellas…, y en cuanto lo hiciera el impacto sería comparable al de un martillo neumático, no al de una ducha de mentol.

Las siluetas cristalinas teñidas de rosa avanzaban desde la orilla del lago. Diana y Nardie estaban siendo obligadas a retroceder lentamente hacia la autopista.

Y de repente las siluetas adquirieron lo que parecían uñas. Diana logró esquivar a una de ellas por los pelos en dos ocasiones, y el brazo que

levantó al inclinarse fue desgarrado por algo que le aguijoneó la piel y le dejó ampollas.

Y había algo aún peor que la posibilidad de la muerte física; la creciente convicción de Diana de que aquellas criaturas eran capaces de hacer más cosas, de que podían consumirla y consumir a Nardie y degradarlas hasta reducirlas a una sustancia psíquica mucho más primaria con la que llenarían aquella multitud de siluetas que de momento seguían estando básicamente vacías.

Y cuando eso ocurriera Nardie y Diana no serían más que fantasmas desprovistos de consciencia perdidos entre el ejército de maniquíes y efigies esparcido por la ciudad, y ya no supondrían ninguna amenaza para el Rey porque se habrían convertido en sacrificios semiconscientes ofrecidos a dioses tan caóticos como incognoscibles.

Diana mantuvo una mano apoyada sobre el hombro de Nardie, y las dos mujeres avanzaron, hicieron fintas y retrocedieron moviéndose en una diagonal que las fue acercando al agua paso a paso, y fueron dirigiéndose hacia ella en una línea oblicua para que las siluetas de tamaño más normal mantuvieran a distancia a los dos gigantes.

La mano de Nardie volvió a moverse con la rapidez de una serpiente, y una sonriente figura bidimensional que llevaba un delantal de tendero se disgregó en silencio convirtiéndose en astillas traslúcidas.

–Bien -dijo Diana con voz tensa-, ya casi hemos llegado.

–Pero nuestra ficha se está desgastando -jadeó Nardie mientras cortaba en dos a un romano del Caesars Palace-. Mira.

En la fracción de segundo que transcurrió antes de que Nardie volviera a usar el filo para herir una de las piernas del payaso gigante haciendo que la silueta iridiscente retrocediera dando saltitos Diana había podido ver que la ficha del Moulin Rouge no era más gruesa que una moneda, y que estaba tan blanca como un hueso.

–La espada que nos dio la tortuga se está desintegrando -murmuró Nardie apretando los dientes.

El viento soplaba con fuerza sobre la autopista que corría a lo largo de la presa. Al principio Mavranos creyó poder oír sollozos y carcajadas que flotaban en el viento, pero enseguida comprendió que los sonidos estaban dentro de su cabeza y que eran ecos emanados por los turistas que corrían

en todas direcciones para alejarse de lo que estaba provocando aquella locura colectiva.

Un hombre que llevaba una chaqueta de cuero blanco se inclinaba por encima de la barandilla a poca distancia de Mavranos y movía una mano sobre la inmensa pendiente que terminaba en el agua. Mavranos vio sangre en la mano del hombre, y comprendió que debía de ser Ray-Joe Pogue.

Los guardias de seguridad estaban dirigiendo el tráfico en la autopista, y tenían que gritar para que los conductores que sólo querían alejarse de allí lo más deprisa posible pudieran oírles por encima del rugir del viento; y antes de que dejara de observarles para volver la mirada hacia Pogue Mavranos vio cómo un guardia arrojaba su gorra al aire y echaba a correr por el centro de la autopista en dirección al lejano lado Nevada de la presa.

Mavranos quería bajar de aquellas montañas y regresar a las llanuras. Estaba demasiado arriba. El sol que arrancaba destellos tan cegadores a los cromados de los coches parecía estar demasiado cerca de su cabeza, y el estrépito de los motores no parecía todo lo potente que debería haber sido, como si el aire de aquellas alturas fuese menos capaz de transportar el sonido que el de las tierras bajas.

"Todo esto es obra de Pogue -sé dijo, y tuvo que hacer un considerable esfuerzo para poder captar sus pensamientos por encima de los gritos y sollozos que resonaban dentro de su cabeza-. Está dejando caer su sangre al lago y ha conseguido crear una reacción psíquica en cadena…, las mentes de todas estas personas reciben ecos de locura y los vuelven a emitir después de haberlos reforzado. Si consigo dejarle sin sentido…"

Podía sentir el inicio del gimoteo que estaba empezando a formarse en su garganta, y se preguntó durante cuánto tiempo sería capaz de agarrarse a aquel propósito y resistir el martilleo de las pasiones inducidas por Pogue.

"O matarle", pensó.

Velos de neblina rosa giraban y bailaban impulsados por el viento. Mavranos fue hacia la barandilla, bajó la mirada hacia el agua y vio que las hilachas de neblina cobraban existencia en el vacío debajo de donde Pogue se inclinaba sobre el parapeto. Las gotas de sangre parecían explotar convirtiéndose en vapor antes de llegar al agua.

Aún no había conseguido envenenar el agua.

Mavranos utilizó todas las reservas de energía que le quedaban para dar los últimos pasos a lo largo de la calzada y llegar hasta Pogue. Intentó

sonreír como si se dispusiera a pedirle un fósforo o preguntarle cómo se iba a algún sitio, y metió una mano en el bolsillo de sus téjanos para impedir que el faldón de su camisa aleteara en la brisa y dejara al descubierto la culata de nogal del 38 que había debajo de su cinturón.

La chaqueta de Pogue era de un blanco cegador, y los cristalitos tallados incrustados en el cuello de la prenda arrojaban agujas de luz irisada que hería los ojos entrecerrados de Mavranos. Pogue llevaba una gorra de béisbol roja sobre la perfección meticulosamente esculpida de su tupé, y cuando se volvió hacia Mavranos para fulminarle con la mirada de los dos ojos rodeados de morados que ardían sobre el vendaje blanco que le cubría la nariz Mavranos vio la carta de un tamaño muy superior al normal que había deslizado bajo la banda de su gorra.

Era la carta de la Torre de una baraja de tarot Lombardía Zeroth, y la imagen del rayo que golpeaba aquella torre tan parecida a la de Babel y los dos hombres que caían de ella hizo impacto en la mente de Mavranos con la fuerza física de un puñetazo.

Retrocedió tambaleándose y desvió la mirada obligándose a no rendirse a la violación de su mente que pretendía llevar a cabo aquel símbolo de increíble potencia. Aquella carta era la causa de todo el alboroto mental…, cada turista que había puesto los ojos en ella y había respirado los vapores que desprendía la sangre de Pogue había recibido el equivalente psíquico a un tratamiento de shock, e incluso los que no la habían visto se encontraban rodeados por la neblina mental, estaban captando la señal y la reforzaban antes de volver a emitirla.

Mavranos tensó el puño y se volvió hacia Pogue…, pero el hombre ya no estaba allí.

Estaba un poco más lejos, aunque seguía agarrado a la barandilla en la misma postura de antes. Mavranos se preguntó si su aparente proximidad de hacía unos momentos había sido una especie de ilusión óptica creada por aquella atmósfera tenue y traicionera.

Mavranos curvó los dedos de su mano derecha alrededor de las cachas de su 38 y empezó a avanzar hacia su objetivo, pero vio cómo Pogue volvía a alejarse sin necesidad de mover ni un músculo.

"Está haciendo magia -pensó Mavranos-. Está jugando con el espacio, la distancia y las perspectivas. ¿Qué demonios puedo hacer yo contra algo semejante? Parece que no puedo llegar hasta él y no me atrevo a disparar…,

por lo menos no sin saber dónde está en realidad. Podría darle a cualquier cosa, podría herir a alguien…"

Una mano muy delgada le agarró por el hombro y le apartó de un empujón, y Mavranos vio la silueta temblorosa y convulsa de Dondi Snayheever pasar cojeando junto a él y alejarse sobre la superficie de la autopista.

Snayheever avanzó sobre el pavimento azotado por el viento durante unos momentos y alzó sus flacos brazos -demasiado largos para su maltrecha chaqueta de pana-, y abrió la boca. – ¡Estoy ciego! – rugió alzando la cabeza hacia el cielo -. ¡Ciego como un murciélago!

Mavranos captó un eco de las palabras dentro de su pecho, y comprendió que sus cuerdas vocales estaban funcionando en sincronía con las de Snayheever sin que su voluntad tuviera nada que ver en ello; y también pudo oír cómo Pogue ladraba las palabras, y se le nubló la vista y todo se oscureció como si sus ojos estuvieran empezando a dejarse convencer por ellas. – ¡Ciego como un murciélago! – volvió a retumbar la voz de Snayheever-. ¡Y no puedo volar por el piélago porque no tengo ni una ramita de muérdago!

Y para Mavranos el volumen de aquella voz que parecía todo un coro fue lo peor de toda aquella escena enloquecida e incomprensible, y una terrible punzada de dolor atravesó sus pulmones cuando éstos intentaron imitar el alarido de Snayheever.

Mavranos descubrió que se había sentado sobre el pavimento y que sentía la frialdad de la culata clavándose en sus costillas. La gente estaba saliendo de los coches con tanto apresuramiento que ni siquiera apagaban el motor o ponían la palanca del cambio de marchas en neutral, y echaba a correr para huir de aquella voz espantosamente amplificada que había brotado de sus propias gargantas. Los coches abandonados seguían moviéndose hasta estrellarse contra el parachoques del vehículo que tenían delante y, a juzgar por los alaridos, habían aplastado las piernas de unos cuantos peatones cegados por la sugerencia de Snayheever.

Pogue había empezado a gritar, pero su voz sonaba frágil y quebradiza después de haber oído la de Snayheever. – ¡He de meter mi cabeza en el agua! – gritó Pogue-. ¡Una cabeza de Rey imperfecto! ¡He de parar todo esto! – Parecía estar hablando consigo mismo, como si intentara expulsar de

su cabeza las frases sin sentido con que Snayheever entorpecía el curso de sus pensamientos-. ¡Y lo haré en cuanto la jodida sangre deje de hervir!

Movía la mano furiosamente de un lado a otro, y chorros de vapor hervían y giraban a su alrededor.

El zumbante canturreo de Snayheever envolvió a Pogue y Mavranos.

–Y se dice que unos pies como los de Anteo no pueden despegarse del pavimento -siguió diciendo -, y no hay forma y es imposible y no puedes trepar y bajar volando hasta el agua…

Mavranos recordó cómo la voz retumbante de Snayheever había brotado de la garganta del ciego llamado "Araña" Joe en la sala de aquella caravana cubierta de polvo, y lo apremiante e irresistible que había parecido aquella locura que se les había impuesto, y comprendió que Snayheever estaba impidiendo que Pogue saltara a las aguas.

"Estupendo -pensó Mavranos-. Mejor tú que yo, Dondi."

Dejó escapar un prolongado suspiro sintiendo la resistencia del revólver que se clavaba en su carne, y se atrevió a albergar la esperanza de que quizá no tendría que utilizarlo.

Oyó un ruido y alzó la mirada. Pogue se había apartado tambaleándose de la barandilla y había bajado de la acera con paso vacilante. Parecía estar ciego, pero se guiaba por la voz de Snayheever e iba hacia él.

Y detrás y por encima de él la bóveda azul del cielo estaba manchada por puntitos de oscuridad que revoloteaban de un lado a otro.

Unos minutos antes era mediodía, pero el cielo estaba lleno de murciélagos.

La casa-barco parecía estar oscilando lentamente de un lado a otro, y los cansados jugadores habían empezado a removerse en sus asientos inclinándose en sentido contrario a las agujas del reloj, como si la embarcación estuviera atrapada en un torbellino no físico que la hacía girar en el sentido de las agujas del reloj.

De momento la sucesión de las cartas colocadas sobre la mesa no se había apartado de la preparada por Crane.

Todas las manos habían sido apareadas y concebidas salvo la de Crane, León y otro hombre, y por fin le llegó el turno de entrar en subasta a la mano de León.

–Se abre la puja de la mano del señor Hanari -dijo Crane con voz enronquecida-, y el que da cartas hace la primera puja con quinientos

cincuenta dólares.

Era la cantidad de dinero que León había puesto sobre la mesa hasta el momento.

–Yo subo a seis -dijo el joven de rostro un poco pálido cuya mano era la otra que aún no había sido apareada.

Pareció hablar de forma automática, como si el juego no le interesara en lo más mínimo. Desde que las silabas incomprensibles de la gran voz habían retumbado sobre el lago como un lamento llegado de lejanos estratos rocosos en movimiento la embarcación había parecido hacerse más pequeña, y los jugadores habían empezado a anunciar sus acciones más con gestos que con palabras, como si temieran ser oídos por algo oculto en el lago o en el cielo.

León estaba pálido. Le temblaban las manos, pero aferraba las cartas como si se estuviera ahogando y éstas fueran un cabo que le hubiesen arrojado.

La brisa caliente que entraba por las portillas enfriaba la frente sudorosa de Crane, y se preguntó distraídamente qué aspecto tendría su maquillaje.

–Siete -dijo estólidamente.

El doctor Leaky no había vuelto a hablar, pero se removió nerviosamente dentro de sus ropas manchadas por la orina y las heces intentando librarse del cinturón que le mantenía aprisionado en la silla de ruedas.

–Suya -dijo el joven.

Apartó la silla de la mesa y se levantó para ir al bar.

León dio la vuelta al seis y al ocho de copas que había tenido ocultos junto al paje de bastos y el siete de espadas, y empujó las cuatro cartas hacia Crane.

–Haga que nuestro hijo nazca sano, madre -dijo León.

Después se puso en pie y se alejó con paso tambaleante sobre la alfombra roja que se inclinaba a un lado yendo hacia la silla de ruedas en la que estaba prisionero el doctor Leaky, y todos pudieron oír los murmullos apremiantes con los que intentaba calmar al anciano.

Crane esperaba ser capaz de dar a luz al niño en cuestión. Dos jugadores habían comprado las manos equivocadas, y Crane sabía que uno de ellos tenía una escalera de oros con el as como máximo valor que vencería a la

escalera de espadas con el rey como máximo valor si los dos aguantaban hasta el final de la partida.

Crane extendió una mano y señaló a ese jugador, quien tenía dos ases al descubierto.

–Los ases son el poder -dijo Crane con voz átona.

El jugador -un joven flaco con barba de dos días-, parpadeó cuando Crane le habló y hurgó torpemente en su montón de billetes.

–Los ases valen dos -dijo, y arrojó dos billetes de cien dólares sobre el centro de la mesa.

Diana retrocedió a saltos alejándose de un par de maniquíes sin rostro, perdió el equilibrio al resbalar sobre la arena y acabó sentada pesadamente en ella; y las dos siluetas lograron arañarle el hombro y el costado antes de que pudiera levantarse y cojear hasta donde Nardie seguía asestando mandobles a derecha e izquierda con la ficha.

Los dos maniquíes se movían de forma tan torpe y rígida como si fueran dos potrillos mecánicos recién salidos del útero de su madre, y las cabezas sin ojos giraban de un lado a otro como un par de metrónomos.

Diana se agarró a la camisa de Nardie e intentó tragar hondas bocanadas del aire rancio y recalentado y mantener a raya la calina iridiscente de la inconsciencia.

No conseguirían abrirse paso a través de las criaturas para llegar hasta el lago.

Diana se preguntó si podrían volver a la autopista -las transparencias angulosas que se iban haciendo más sólidas a cada momento que pasaba también se habían vuelto más numerosas en aquella dirección, y los coches que se movían sobre la cinta de asfalto no eran más que manchones huidizos de colores refractados que se desplazaban por aquella lejanía incalculable-, y se preguntó con creciente abatimiento si recorrer la distancia que las separaba de la solidez del pavimento serviría de algo. ¿Y si los conductores de los coches resultaban ser más zombis con bisagras en vez de articulaciones?

Vio un par de siluetas por el rabillo del ojo. – ¡Detrás de ti! – gritó mientras los dos maniquíes sin rostro que la habían atacado hacía unos momentos se acercaban sobre la arena moviendo las piernas como si fuesen tijeras.

Pero ya no eran criaturas sin rostro. Sus facciones eran sólidas aunque inexpresivas, y bastaba con verlas para identificarlas como las de Nardie y Diana.

Nardie se encogió sobre sí misma al ver a las criaturas, y Diana tuvo que saltar a un lado para no ser derribada.

Y Nardie saltó hacia adelante con un movimiento convulsivo, y el filo de la cada vez más desgastada ficha surcó el espacio en el que habían estado las copias de sus rostros hacía tan sólo un instante.

La criatura-Diana y la criatura-Nardie agitaron los brazos y retrocedieron tambaleándose.

Nardie les dio la espalda y empezó a mover frenéticamente la ficha jadeando y abriéndose un camino entre los fantasmas como si la ficha del Moulin Rouge fuera un machete. Nardie deslizó sus pies sobre la arena reclamando cada metro, palmo o centímetro de terreno del que pudiera apropiarse para alejarse de las dos criaturas y, quizá, acercarse un poco más al agua, y Diana la siguió cojeando.

–Han empezado a…, a digerirnos -jadeó Diana. Una idea surgida de la nada se infiltró en su mente, y Diana no pudo contener un gemido de desesperación.

–Tenemos que hacer algo más -dijo con voz temblorosa a causa del agotamiento. – ¿Por ejemplo…? – jadeó Nardie.

–La maldita ficha es lo que no pueden digerir, lo que las repele -dijo Diana-.

Tenemos que hacer algo aparte de herirnos a nosotras mismas con ella… -Tuvo que volverse y golpear a uno de los Huck Finn del barco fluvial que adornaba la fachada del Holiday y lanzó un grito de dolor al sentir los dientes del muchacho sonriente desgarrándole la muñeca, pero la silueta no se desplomó-. Cortarnos las manos con la ficha fue un símbolo, un gesto -sollozó mientras meneaba su mano quemada-. Ahora se necesita algo más que símbolos… Fíjate en la ficha.

Nardie hizo una finta y aprovechó el segundo en el que las criaturas se retiraron para alzar lo que quedaba de la ficha del Moulin Rouge delante de sus ojos. La ficha se había convertido en un frágil disco blanco que parecía ser tan delgado como una hoja de papel.

–Pártela en dos y nos la comeremos -dijo Diana. La atmósfera gomosa silbó en su garganta cuando intentó recuperar algunas energías haciendo

una profunda inspiración-.

Cuando la ficha forme parte de cada una de nosotras no podrán digerirnos.

El mono gigante transparente como el celofán echó a correr sobre la arena en dirección a ellas, y Diana y Nardie tuvieron que retroceder unos cuantos metros antes de que un barrido de la ficha ahuyentara a la criatura.

–Nos matará -dijo Nardie.

Las palabras de Nardie parecieron quedar suspendidas en el aura de calor que las rodeaba.

"¿Nos matará, Madre? – pensó Diana-. ¿Es tu voluntad que tu hija y la amiga a la que diste tu bendición mueran por sus propias manos en vez de a manos de estas criaturas?"No captó ninguna respuesta.

–Dame la mitad de la ficha -dijo con desesperación.

–Cristo.

Nardie partió la ficha en dos trozos después de un instante de vacilación y alargó una mitad a Diana.

La voz retumbante que llegaba desde el otro lado del lago pronunció otro par de sílabas incomprensibles.

El gigantesco Vegas Vic del techo del Pioneer -un coloso cuya boca sonreía con el resplandor fantasmal de los tubos de neón colocados debajo de su inmenso sombrero de vaquero espectral-, se inclinó y golpeó a Diana con la palma de una mano.

Diana salió despedida y rodó sobre la arena caliente, pero logró conservar la mitad de la ficha que acababa de darle Nardie y se la llevó a la boca en cuanto dejó de dar tumbos.

Los cantos estaban muy afilados, y el trozo de ficha le hirió la lengua y el paladar cuando obligó a su garganta a engullirla.

Pero de repente sintió que había algo nuevo en ella, una parte que estaba en contacto con Scott, Oliver, Scat y Ozzie y que compartía sus personalidades y la de algo oculto en el lago, e incluso la del pobre Hans, y tuvo la seguridad de que no estaba tan agotada como para no poder volver a incorporarse.

Mavranos estaba seguro de que conseguiría engañar al cáncer muriendo de un infarto.

Avanzó cojeando a través de la calle sintiendo el sabor de la sangre en su boca sin saber si la sangre era suya o de Pogue, y la garganta le ardía por

haber gritado "¡Cómeme!" sin poder evitarlo en sincronía con la voz de Snayheever cuando ésta había hecho temblar la tierra hacía unos momentos.

Snayheever había trepado a la barandilla de la pared de enfrente y estaba bailando sobre ella envuelto en una velocísima aureola de murciélagos que giraban y revoloteaban de un lado a otro.

La pared que se desplomaba formando una pendiente casi vertical durante casi doscientos metros de vacío hasta terminar en el techo de cemento de la planta energética que había al otro lado de la presa…

Pogue estaba en la calle y avanzaba tambaleándose y tropezando con los coches abandonados en la calzada, y tan pronto parecía estar lo bastante cerca de Mavranos para que éste se lanzara sobre él como encontrarse a cincuenta o cien metros de distancia.

Mavranos temía que Pogue golpeara a Snayheever precipitándole hacia las profundidades de aquel cañón mitad natural y mitad creado por el hombre y que luego, una vez libre de la locura y la ceguera provocadas por Snayheever, volviera a cruzar la calle y se lanzara al lago deteniendo el reloj y contaminando el agua. Si Pogue intentaba hacerlo probablemente a Mavranos no le quedaría más remedio que tratar de disparar contra él.

El aire cada vez resultaba más difícil de respirar. La atmósfera había quedado saturada por una espesa y pegajosa neblina caliente, pero ya no parecía ser la sangre de Pogue.

Cuando Mavranos se pasó una mano por la boca se dio cuenta de que su bigote estaba cubierto por una sustancia viscosa que olía como las algas. Sacó el 38 de debajo de su cinturón, y lo sostuvo delante de él mientras tropezaba y daba tumbos por entre los coches persiguiendo a Pogue.

Y aunque seguía estando parcialmente cegado por las ensordecedoras proclamas de Snayheever estaba seguro de que algunas de las cosas que veía correr en círculos alrededor del flaco cuerpo que hacía cabriolas sobre la barandilla eran peces: carpas, percas, barbos con tentáculos que barrían el aire delante de sus bocas… Algunas de las siluetas provistas de aletas parecían ser tan diminutas que debían de estar describiendo círculos justo delante del rostro de Mavranos; y otras parecían ser inmensas y estar moviéndose a velocidades astronómicas en lugares tan distantes como la órbita de la luna.

El pavimento que había debajo de sus botas temblaba y bailoteaba, y cuando bajó la mirada Mavranos vio grietas que se abrían en el cemento y

que se expandían y se estrechaban tan rápidamente como arterias palpitantes -¿se estaría rompiendo la presa? – , y un instante después le pareció estar suspendido en el vacío a una gran distancia de la tierra y tuvo la impresión de que él también estaba en la órbita de la luna, y de que lo que le habían parecido grietas o arterias que se abrían o palpitaban debajo de sus pies eran inmensos deltas fluviales que cambiaban de forma continuamente bajo la radiación desplazada hacia el violeta de siglos que transcurrían a una velocidad imposiblemente acelerada.

Se obligó a alzar la mirada, y vio cómo los murciélagos se alejaban de Snayheever formando nubes revoloteantes compuestas por cuerpos negros surcados de nervaduras asustados por el nuevo rugido del loco.

–Rey y Reina de Caledonia, ¿cuánto falta para Babilonia?

Snayheever estaba bailando encima de la barandilla que le habría llegado hasta el pecho si hubiese estado en la calzada. Meneaba los brazos y alzaba los pies en salvajes patadas, y el viento húmedo hacía revolotear los faldones de su maltrecha chaqueta.

Mavranos tuvo la impresión de que era más alto que hacía unos momentos, y durante una fracción de segundo le pareció que se alzaba por encima de las montañas que había a cada lado de la presa y de que su rostro de idiota feliz vuelto hacia el cielo era el objeto más cercano al cielo que existía en todo el mundo.

–Cincuenta kilómetros y luego diez más hay que contar -canturreó Snayheever y los gritos de los murciélagos y los peces que volaban a su alrededor sirvieron de ecos a su voz enronquecida-. ¿Puedo llegar hasta allí con la luz de la luna? Sí, y después puedes regresar…

El cielo estaba tan oscuro como si se hubiera nublado de repente, pero la luna llena podía verse con toda claridad brillando sobre las montañas. Las turbulencias y la agitación del agua atrapada en las compuertas de control y las turbinas que eran el corazón de la presa hizo vibrar la muralla de cemento.

–Bueno, creo que insisto -dijo Crane mientras arrojaba otro par de billetes sobre el centro de la mesa intentando impregnar sus palabras con una desgana melodramática, como si tuviera una mano imbatible y quisiera crear la impresión de que tenía malas cartas para forzar el final de la partida.

Crane se había apresurado a subir la apuesta de doscientos dólares original, pero después de habérselo pensado unos momentos el joven había vuelto a subir la cifra.

Crane tenía la sensación de que su mano llevaba una hora en juego.

La casa-barco parecía estar girando sobre el agua, y Crane tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para no agarrarse a los cantos de la mesa tal como estaban haciendo algunos jugadores.

El joven se enfrentaba a otra subida de doscientos dólares. Se frotó los pelitos que le cubrían el mentón poniendo cara de perplejidad y contempló las seis cartas que Crane tenía al descubierto: el seis y el ocho de copas, el paje de bastos y el siete, el ocho y el nueve de espadas.

Crane sabía que su oponente tenía una escalera de oros con el as como máximo valor; y estaba claro que el joven se preguntaba si el siete, el ocho y el nueve de espadas de Crane podían formar parte de una escalera de color que le vencería.

Crane se dio cuenta de que las pupilas del joven se habían dilatado y comprendió que su oponente se disponía a poner fin a las apuestas y a hacer que la partida llegara a su fin.

Crane estaba a punto de perder. "Ozzie, ¿qué puedo hacer?", pensó desesperadamente.

"Ya lo tengo." -¿Cómo te llamas, chico? – preguntó Crane de repente.

Acompañó sus palabras con una amplia sonrisa llena de dientes indudablemente manchados de carmín, y rezó para que su oponente tuviera un nombre de una sola sílaba.

–Eh… -murmuró el joven distraídamente moviendo su mano hacia el montón de billetes-. Bob. – ¡De acuerdo, cartas boca arriba! – gritó Crane al instante. Hizo girar sus dos cartas ocultas, el diez y el rey de espadas, pero mantuvo la palma sobre el nombre impreso en la parte inferior de la carta del rey de tal forma que sólo se podía ver el extremo de una espada-. ¡Y yo tengo escalera de color con jack! – ¡No lo he hecho! – gritó el joven Bob -. ¡Sólo he dicho "Bob"! ¡Todos me habéis oído!

Crane volvió a hacer girar el rey, y después ocultó el diez de forma intencionadamente torpe para que todo el mundo pudiera verlo antes de que volviera a quedar boca abajo.

Después alzó la mirada intentando que sus tensos rasgos adoptaran una expresión de ira ofendida.

–Repito que pidió ver las cartas.

–Maldito fenómeno -murmuró Newt pasándose la mano por su viejo rostro cubierto de sudor-. Dijo "Bob".

Los otros jugadores asintieron con la cabeza y murmuraron que estaban de acuerdo con él.

León estaba mirando fijamente a Crane.

–Parece que tienes muchas ganas de hacer otra apuesta -dijo frunciendo el ceño y observándole con cara de perplejidad-, pero el chico dijo "Bob". – León volvió su ojo sano hacia el joven oponente de Crane -. ¿Quieres ver las cartas? – ¿Contra una escalera de color? No, muchas gracias. – El joven Bob puso sus cartas boca arriba y las apartó a un lado-. Por lo que a mí respecta la Monja Volante puede despegar cuando quiera.

Crane encogió los hombros intentando fingir que todo aquello le sabía muy mal, y alargó las manos hacia el montón de billetes. "Gracias, Ozzie", pensó. – ¡Ah, ah! – dijo León alargando una mano de piel lisa y bronceada-. Soy padre de esa mano, recuérdalo. – Volvió la cabeza hacia Crane y le obsequió con una sonrisa convertida en una mueca terrible por el vendaje, las venas inflamadas y la hinchazón púrpura y gris de su ojo-. Reclamo la asunción. – Sacó una cartera de su chaqueta blanca y empezó a sacar billetes de cien dólares-. Newt, cuenta el dinero que hay encima de la mesa, ¿quieres? – León volvió a sonreír a Crane-. Me toca hablar el último…, en todo y siempre.

Crane extendió las manos delante de él y mantuvo la cabeza baja para ocultar el rápido palpitar del pulso en su garganta. El cielo estaba muy oscuro, y Crane no se atrevía a mirar por las portillas. Temía que de hacerlo vería una sólida masa de agua marrón pegada a cada una, como si la embarcación se hubiera dado la vuelta y sólo una extraña fuerza centrífuga impidiera que los jugadores cayeran de sus asientos.

–De acuerdo -murmuró Crane-, aunque… Bueno, creo que algo de mí te pertenece. – ¡Y si eres de pie ágil y ligero hasta con la luz de una vela puedes llegar! – rugió Snayheever, y su voz hizo temblar las laderas de las montañas y desprendió chorros de polvo de ellas.

Ray-Joe Pogue seguía intentando cruzar la calle. Una anciana había vuelto la mirada hacia su gorra de béisbol y había empezado a gritar, y Pogue estaba manoteando torpemente intentando pasar junto a ella y dejarla atrás. Sólo había unas cuantas personas más que no parecían estar heridas

visibles a lo largo de la parte superior de la presa, y el resto de la multitud parecía haber huido a pie.

Mavranos había avanzado por entre los coches detenidos o accidentados haciendo zigzags moviéndose sobre la calzada hasta llegar a la acera del otro lado de la autopista.

Después puso los brazos sobre la barandilla a unos metros del punto en el que bailaba Snayheever, y durante un segundo en el que se quedó sin aliento dejó que sus ojos siguieran la línea del cañón de su 38 y atravesaran los volúmenes de aire neblinoso hasta llegar a los conductos de la planta energética que se alzaba muy por debajo de él con el remolino del agua agitada que escapaba de las compuertas de control tenuemente visible debajo y más allá de ellas…, y se apresuró a erguirse y clavó los ojos en el parapeto de cemento en el que se estaba apoyando, y deslizó la callosa palma de su mano libre sobre él.

Estaba tan ondulada y llena de irregularidades como si la hubieran estado trabajando con un buril, como si hubiera sido concebida para ser una exageración melodramática de un risco erosionado, y Mavranos se acordó de la carta del Loco en la baraja Lombardía Zeroth. El Loco bailaba al borde de un acantilado que presentaba aquellas mismas señales…

Y cuando volvió a alzar la mirada hacia Snayheever Mavranos vio que la chaqueta del joven loco se había vuelto más larga y holgada, y que estaba ceñida por una cuerdecilla, y que llevaba un tocado de plumas.

Y Snayheever era terriblemente alto.

Pogue logró llegar a la acera. Parecía estar a pocos metros de Mavranos. La carta seguía debajo de la banda de su gorra de béisbol como si fuese una lámpara en el casco de un minero, y Pogue alzó una pistolita automática moviéndola con dificultad a través del viento húmedo para apuntar a Snayheever.

Mavranos hizo girar el cañón de su 38 sin dejar de apoyarse en la barandilla, lo apuntó al pecho de Pogue sintiendo cómo las vainas de estaño de los cartuchos Glaser con punta de plástico emitían chasquidos metálicos dentro del tambor…, y se quedó inmóvil con el dedo acariciando los surcos del metal del gatillo, paralizado por la repentina convicción de que no era capaz de matar.

La pistola de Pogue disparó un proyectil haciendo que su mano saliera despedida hacia arriba, pero la loca danza de Snayheever siguió sin ninguna

vacilación. El primer disparo de Pogue se había perdido en la atmósfera espesa y cargada de humedad.

"Sigo siendo un tirador condenadamente bueno -pensó Mavranos, y movió el cañón para que apuntara al tembloroso blanco que era la mano extendida de Pogue-. Quizá no tenga que matarle…"

Apretó el gatillo haciéndolo pasar por el ciclo de doble acción sin que la mira del cañón temblara en lo más mínimo, y cuando el bang le hizo vibrar los tímpanos y el cañón subió impulsado por el retroceso vio que Pogue salía despedido hacia atrás girando sobre sí mismo.

Pero también había visto el surtidor de polvo que brotó de la pared y la acera, y se preguntó si la punta del Glaser se habría desprendido como un cartucho gastado antes de haber chocado con la mano de Pogue. En tal caso podía haber matado a Pogue a pesar del cuidado con el que había tomado puntería.

Pero Pogue ya se estaba incorporando, y su mano era un amasijo rojo y blanco del que brotaban chorros de sangre arterial. Estaba claro que el disparo de Mavranos había dado en el blanco al que apuntaba. Ver la mano destrozada hizo que una abrasadora columna de vómito subiera por su garganta, y Mavranos tensó las mandíbulas con todas sus fuerzas y tragó saliva…, pero durante un momento se preguntó si su arma se las había arreglado para disparar varias balas o, mejor dicho, varias cosas que parecían ser balas.

Pogue había empezado a aullar bajo la llovizna verde que sabía a algas, y un instante después se lanzó hacia los tobillos de Snayheever.

Mavranos volvió a alzar su 38, pero las dos siluetas estaban demasiado cerca la una de la otra y el pavimento temblaba sobre el palpitante corazón de la presa, y no se atrevió a disparar. Pogue había trepado al parapeto y se había sentado a horcajadas sobre él al lado de Snayheever, y su brazo bueno le rodeaba las piernas. La gorra había caído de su cabeza y había bajado dando vueltas a lo largo del muro de la presa, y su tupé se había desintegrado en una confusión de mechones empapados que se pegaban a su frente.

Snayheever se había quedado inmóvil sobre la superficie del parapeto, pero seguía moviendo los brazos y su rostro alzado hacia la oscuridad del cielo continuaba sonriendo. – ¡Ciego como un murciélago! – rugió, y tanto Pogue como Mavranos gimotearon las palabras en involuntaria

sincronización. – ¿Hay alguien que pueda oírme? – gritó Pogue para hacerse oír por encima del siseo de la lluvia caliente.

Sus ojos estaban tan oscuros e hinchados que no podía abrirlos, y el vendaje que había encima de su nariz estaba empapado en sangre. Mavranos movió la pistola de un lado a otro en un gesto de impotencia.

–Sí, puedo oírte -dijo.

–Por favor, ayúdame -sollozó Pogue -. Me he dado la vuelta, y estoy ciego, pero he de hundir mi cabeza ahora mismo. ¡No puedo esperar hasta que la sangre se porte bien! ¿Estoy en el lado de la autopista que da al lago? ¿Tenemos el lago debajo?

"Si digo que sí dejará de agarrarse a Snayheever y saltará -pensó Mavranos-, y podré bajar a Snayheever del parapeto.

"Pero si digo que sí habré matado a Pogue, será como si le hubiese pegado un tiro en la cara…

"Y si digo que no hará caer a Snayheever del parapeto y luego cruzará la autopista, y ya no habrá nada que pueda impedírselo. Esa magia suya que crea las ilusiones ópticas volverá a funcionar a plena potencia, y no conseguiré llegar hasta él para detenerle.

Saltará por el lado de la autopista que da al lago, y Diana estará condenada.

"Y si no digo nada…

"De acuerdo -pensó con desesperación-. Iré al infierno." -Sí, el lago está debajo de ti -dijo en voz alta sintiendo la quemadura que las palabras dejaban en su alma-. Estás en el parapeto del lado norte.

El delgado rostro de Pogue quedó dividido por una sonrisa blanca que brilló bajo los mechones empapados y el vendaje…

Y Mavranos vio cómo bajaba la cabeza y enterraba los dientes en la pantorrilla de Snayheever y hacía girar la pierna del lado de la autopista hacia arriba pateando la rodilla de Snayheever.

Snayheever perdió el equilibrio, y Mavranos lanzó una maldición horrorizada y corrió hacia adelante. No sabía si el frenético movimiento de los brazos de Snayheever era un intento inútil de recuperar el equilibrio o si seguía formando parte de su loca danza.

Snayheever desapareció detrás del parapeto y Pogue, con el brazo todavía alrededor de sus piernas y sus dientes aún clavados en su carne, cayó del parapeto y se precipitó con él.

Mavranos chocó con el cemento y se inclinó para mirar por encima del borde.

La nueva silueta única compuesta por Snayheever y Pogue giró entre la neblina que flotaba sobre el vertiginoso abismo durante varios segundos, y su tamaño fue disminuyendo rápidamente. Después los dos cuerpos entraron en contacto con el muro de la presa, rebotaron y se separaron, los brazos y las piernas se agitaron con una horrible flaccidez y los cuerpos siguieron cayendo y girando sobre sí mismos hasta el techo de cemento de la planta energética donde temblaron durante una fracción de segundo en lo que debieron de ser rebotes prodigiosos, y acabaron convirtiéndose en dos puntitos inmóviles.

La atmósfera saturada de vibraciones quedó repentinamente encalmada, como una cuerda de piano golpeada cuando un pie cae con fuerza sobre el pedal del instrumento, y la presa que había debajo de las botas de Mavranos volvió a ser tan sólida como las montañas y el flujo del agua que avanzaba a través de las gigantescas turbinas y las compuertas de control debió recuperar su fluidez habitual casi al instante, pues el río que corría debajo de la presa no tardó en quedar tan liso como un cristal.

La llovizna de agua del lago se interrumpió, el viento dejó de soplar a ráfagas irregulares y los murciélagos y los peces desaparecieron. Las nubes obstruían el sol de vez en cuando, y los bordes de las sombras proyectadas por las nubes sobre el pavimento estaban tan nítidos como si fueran trozos de cartón negro cortados a navaja.

Y Mavranos se apartó de la curva gradual que iba describiendo el parapeto que se extendía en un arco ininterrumpido y absolutamente inmóvil desde una montaña hasta la otra. Desamartilló su revólver, se lo puso debajo del cinturón y lo tapó con los faldones de su camisa. Hizo una profunda inspiración de aire, tragó saliva y volvió a tragarla.

Golpeó suavemente el bolsillo de su chaqueta con la palma de la mano y sacó la bolsa de plástico que llevaba dentro. La bolsa se había reventado en algún momento de los últimos minutos, pero el pececito dorado seguía debatiéndose entre el plástico mojado.

Mavranos fue rápidamente hacia la autopista y corrió por entre los coches hasta llegar al parapeto que daba al lago. Sostuvo los restos de la bolsa sobre el abismo y el agua del lago que había debajo de él, y la sacudió

hasta hacer caer al pez. Después se inclinó sobre el parapeto y contemplo cómo se alejaba hasta que ya no pudo verlo.

Su agotamiento había desaparecido. Corrió sobre el pavimento que ya empezaba a secarse, y avanzó por el centro de la larga curva de la autopista galopando con las rodillas bien levantadas y haciendo eses sin ningún esfuerzo para esquivar a los coches abandonados y volver al aparcamiento en el que había dejado la camioneta.

Y a cuarenta kilómetros en dirección noroeste, en Las Vegas, cada par de dados arrojado en cada mesa de juego cayó sobre el tapete mostrando los ojos de serpiente, y cada bola de ruleta acabó deteniéndose y quedó perfectamente inmóvil en el casillero del OO, y los motores de todos los coches de la ciudad que tenían la llave del encendido puesta se pusieron en marcha, y todo eso ocurrió en el instante de la muerte de Snayheever.

El cielo estaba casi tan oscuro como si fuese de noche sobre la orilla oeste del lago, y aunque la luna ya tendría que haber estado tres días más allá de la plenitud colgaba en lo alto tan perfectamente redonda como el delgado disco blanco que Diana y Nardie habían compartido.

Estaban solas en aquel tramo de playa. Nardie seguía agazapada en una postura defensiva a pesar de que tenía las manos vacías, y Diana se tambaleaba de un lado a otro aferrándose la garganta. Cien metros a su izquierda los niños y los padres caminaban con paso vacilante pero ya no mecánico moviéndose sobre la playa en dirección a sus toallas y sus parasoles con inconfundibles expresiones de perplejidad y vago disgusto en los rostros mientras se preguntaban si iba a llover.

Siluetas inmensas que cambiaban de forma y lanzaban suspiros inaudibles parecían moverse en el cielo impulsadas por el viento, pero fueran lo que fuesen Diana no captó ninguna amenaza en aquellas criaturas; y las olas habían aumentado de tamaño repentinamente, como si gigantes ocultos debajo de las aguas estuvieran removiéndose nerviosamente en sueños, pero Diana pensó que ninguno de esos gigantes le haría daño.

Escupió sobre la arena.

–Estoy sangrando. – Tenía una herida en el paladar, pero al parecer su mitad del disco se había desintegrado antes de llegar a su garganta. Volvió a escupir-. Y bastante.

Nardie se incorporó ágilmente y rió, aunque la carcajada fue interrumpida por una tos.

–Yo también. Pero supongo que no vamos a morir, ¿eh?

Diana dio un paso hacia el agua, torció el gesto y se preguntó cuántas costillas tendría fracturadas.

–Metámonos en el agua.

50

Subiendo la apuesta a ciegas Crane se permitió agarrarse al borde de la mesa durante un momento. El cielo estaba volviendo a iluminarse al otro lado de las portillas, y la claridad amarilla que las lámparas arrojaban sobre los paneles de madera de las paredes había empezado a parecer débil y tristona.

–Estoy mareada -dijo mientras Newt acababa de contar los billetes que había encima de la mesa.

El Amino Ácido que se encargaba del bar había vuelto a cerrar las portillas poco después de que la voz ensordecedora procedente de las Montañas Negras hubiese empezado a hacer rodar sus silabas a través del lago, y la atmósfera de la sala apestaba a humo de cigarrillos y al mal olor que desprendía el doctor Leaky. Crane pensó que su mareo podía ser tanto un resultado de las náuseas como de la ilusión de haber estado girando en el sentido…, en el sentido diesel, como habría dicho Ozzie.

–Siete mil novecientos -graznó Newt por fin.

León sacó de su billetera un grueso fajo de billetes de mil y de cien, y su ojo bueno clavó la mirada en el ojo bueno de Crane mientras arrojaba los billetes sobre el montón que Newt acababa de contar.

La cuenca del ojo de plástico de Crane palpitaba dolorosamente, y hacía rato que no conseguía llegar a cerrar del todo los párpados. "Sería una buena broma que saliera bien librado de esto y luego muriese de meningitis", pensó. Crane alzó una mano y rozó cautelosamente la comisura del ojo con la punta de un dedo. Le dolió, y la yema de su dedo quedó manchada de maquillaje.

–Corta para la carta más alta -dijo León.

Crane volvió la vista hacia el otro extremo de la habitación y el doctor Leaky. La mirada del anciano parecía haber vuelto a recobrar la viveza, y Crane se apresuró a desviar la vista para evitar que el cuerpo de su padre pudiera adivinar lo que iba a ocurrir y dijera algo que advirtiera a León.

Pero el cuerpo senil no podía estar tan despabilado como parecía o al menos no lo suficiente para haber adivinado el propósito de Crane, pues no dijo nada.

Crane flexionó su mano derecha, y se dio cuenta por primera vez de que se había mordido las uñas pintadas hasta la carne. Después bajó los dedos hacia la carta y levantó la mitad superior.

Enseñó la carta a los otros jugadores antes de mirarla.

El paje de copas. Ozzie había dicho que era su carta. ¿Sería sustituida pronto por el rey? Crane se apresuró a volver a dejar las cartas en el mazo temiendo que León pudiera darse cuenta de la mancha casi invisible que había en una esquina de la carta.

León estaba sonriendo, y jadeaba. – ¡Una carta difícil de vencer! – dijo.

Newt se inclinó hacia adelante, atrajo el mazo de cartas hacia él y volvió a barajarlo.

Después lo empujó hasta dejarlo delante del tembloroso cuerpo de Hanari.

Georges León alzó la mitad superior del mazo con mano temblorosa y vaciló antes de terminar el gesto.

El corazón de Crane parecía haberse detenido. "No ha logrado encontrar la carta que tiene el pliegue -pensó -. Sacará un as…"

Pero la carta que León mostró era el diez de espadas. El corazón de Crane volvió a latir. Dejó escapar una risita hueca y golpeó la mesa con el puño. – ¡Sí! – exclamó permitiendo que la oleada de triunfo que se había adueñado de él al ver la carta resultara claramente visible para que todos pudieran suponer que le complacía haber ganado la apuesta doblada-. ¡Te pillé!

–Bah, mala suerte -le dijo un jugador a León.

León torció el gesto y se encogió de hombros.

–Has ganado -le dijo a Crane-. No sé cuándo aprenderé que hacer ese tipo de apuestas es una estupidez.

–Gracias -dijo Crane con voz enronquecida.

–Te llevas el dinero -dijo León.

Crane pensó en Ozzie y clavó la mirada en el ojo no hinchado de aquel rostro.

–Eso parece.

–Estás vendiendo la mano. La he comprado, la estoy asumiendo.

–Es toda tuya, créeme.

Crane igualó los bordes del montón de billetes y lo deslizó entre sus codos dejando un billete de cien sobre la mesa como apertura para su próxima mano.

Lo había conseguido.

Acababa de vender a León la mano que el doctor Leaky había concebido en la partida de asunción informal celebrada detrás de la licorería junto al container de la basura el miércoles.

Crane no tenía ni idea de lo que ocurriría a partir de aquel momento. El plan quizá no funcionaría y aún cabía la posibilidad de que perdiera su cuerpo mañana, pero había hecho cuanto podía.

–Son doscientos para ti.

Crane apartó la mirada de sus uñas mordisqueadas. León acababa de hablarle.

–Oh -dijo Crane-. Lo siento. – Cogió cuatro billetes de cien de su montón y los arrojó en el centro de la mesa-. Que sean cuatro -dijo. – ¡No has mirado las cartas que tienes boca abajo! – exclamó Newt con irritación -. ¿Estás subiendo la apuesta a ciegas?

–Eso es justo lo que estoy haciendo -dijo Crane.

Caravanas y furgonetas con las bacas llenas de equipaje ocupaban las calles del muelle aquella tarde de viernes, y hombres y mujeres jóvenes y muy bronceados con trajes de baño reducidos al mínimo se apelotonaban en las aceras y bebían cerveza de latas cubiertas de gotitas frías, o conducían motos petardeantes por entre el lento tráfico y los gases de los tubos de escape que llenaban los carriles.

"Las vacaciones de Pascua -pensó Crane mientras caminaba lentamente por la calle con sus zapatos de tacón alto debajo del brazo sintiendo cómo el pavimento recalentado le abrasaba las plantas de los pies a través del nylon de las medias-. Creo que unas vacaciones nos sentarían estupendamente a todos…" -¡Eh, Pogo! – gritó una voz que logró atravesar el ruido de fondo formado por bocinazos, risas y conversaciones.

Los labios de Crane se curvaron en una sonrisa cansada. Miró hacia atrás y se hizo sombra en los ojos con una mano.

Arky Mavranos venía hacia él con sus andares contoneantes de antes, y aunque estaba un poco pálido también parecía solemnemente feliz.

–Hoy tienes un aspecto realmente asqueroso, créeme -dijo Mavranos en voz baja cuando hubo llegado hasta él.

Echaron a caminar hacia el Albergue Lakeview, con Mavranos manteniendo algo más de un metro de distancia entre él y Crane y permitiendo que algún transeúnte pasara de vez en cuando por el hueco.

–Lo has conseguido -dijo Mavranos.

–Se la vendí -dijo Crane-. La compró y pagó por ella.

–Bien. – ¿Qué tal te ha ido? – preguntó Crane aprovechando un momento en el que estaban solos en la acera bañada por el sol.

–Los dos están muertos -dijo Mavranos en voz baja-. Snayheever y Pogue… Pogue no consiguió lo que se proponía. Te…, te lo contaré. Os lo contaré a los tres…, dentro de un rato. – Mavranos tosió y escupió-. Puede que hoy no, ¿de acuerdo?

Crane ya se había dado cuenta de que fuera lo que fuese lo ocurrido había afectado profundamente a Mavranos.

–De acuerdo, Arky.

Alargó la mano y le apretó el codo.

Mavranos se apartó.

–Eh, nada de truquitos de marica.

–En serio, Arky… Gracias.

–No me… des las gracias. – Mavranos deshizo el nudo de su pañuelo y lo arrojó sobre el macetero junto al que estaban pasando-. La magia de Pogue era…, era algo que pertenecía a lo aleatorio, al desorden y el caos y cuando él…, cuando murió la presa volvió al orden de repente. Fue un cambio de fase de tales proporciones que si los mosquitos de Winfree hubieran estado por allí habrían empezado a cantar la Novena de Beethoven y la habrían acompañado con unos cuantos bailes al estilo Busby Berkeley.

Crane contempló a su amigo, parpadeó y se preguntó si estaba demasiado cansado para comprender lo que Mavranos le estaba diciendo. – ¿Quieres decir que crees que…?

Mavranos se acarició el bulto que tenía debajo de la oreja.

–Juraría que ya no es tan grande…, sí, noto que está más pequeño que cuando venía hacia aquí.

Crane estaba parpadeando a toda velocidad. Después se echó a reír y estrechó la mano de Mavranos. – ¡Eso es maravilloso, hombre! Maldita sea, no sé cómo hacerte entender lo mucho que…

Y un instante después se estaban abrazando en el centro de la acera, e incluso Mavranos ignoró las risas y los gritos burlones.

Entraron en el vestíbulo del Albergue Lakeview cada uno con un brazo sobre los hombros del otro, se abrieron paso por entre el gentío y apretaron el paso hasta llegar, jadeantes y sin aliento, a la penumbra del bar.

Diana y Nardie se levantaron de la mesa en la que habían estado esperando, y aunque torcieron el gesto y fueron hacia ellos cojeando como si hubieran hecho demasiado ejercicio recientemente cuando se reunieron con Crane y Mavranos les abrazaron y se echaron a reír.

Se sentaron a la mesa y Mavranos pidió una Coors, y después dijo que fueran dos, una para Nardie. Tanto Crane como Diana pidieron agua mineral.

–Se la has vendido -dijo Diana mirando a Crane cuando la camarera se hubo alejado hacia la barra.

–Sí…, por fin.-Crane se frotó la cara con las manos sin importarle lo que le pudiera ocurrir a su maquillaje. La cuenca del ojo derecho seguía escociéndole-. Y creo que tengo la aracnoides infectada.

–Araña -dijo Mavranos traduciendo la palabra-. Algo que se parece a una araña, vamos… ¿Qué pasa, es algo relacionado con "Araña" Joe?

–Es una parte del cerebro -dijo Crane hablando sin apartar las manos de la cara-.

Se infecta cuando tienes…, eh…, meningitis. La cuenca del ojo que perdí está…, bueno, parece como si tuviera fuego dentro. – Bajó las manos y se echó hacia atrás hasta apoyar la espalda en la tapicería del reservado-. Tengo la solución salina y el bulbo de goma dentro de mi bolso. En cuanto hayamos intercambiado las respectivas novedades iré al lavabo y me lavaré la cuenca.

Diana le había puesto una mano sobre el hombro.

–No -dijo con voz apremiante -, tienes que ir a ver a un médico ahora mismo. ¿Estás loco o qué? Dios mío, ¿meningitis? Dentro de un par de minutos iré a Searchlight para recoger al pobre Oliver. Puedo dejarte en un hospital…

–Iré a ver a un médico mañana -dijo Crane -. Tengo que volver a estar en el lago al amanecer. Mi padre querrá empezar a asumir cuerpos en cuanto haya salido el sol, y he de ver cómo termina todo. Y quiero desarmar las dos barajas y librarme de ellas si puedo, si el…, si el terrón de azúcar

envenenado consigue acabar con él. – Parpadeó y la observó con su ojo bueno-. Mañana -repitió-, no antes.

La camarera llegó con las bebidas y Crane tomó un buen sorbo de agua mineral, fría pero no reconfortante. Después tragó aire.

–Bien, señoras -dijo por fin-, ¿pudieron darse ese baño?

Diana apartó la mano del hombro de Crane y se reclinó en el asiento sin dejar de fruncir el ceño.

Nardie apuró un tercio de su cerveza de un trago.

–Costó un poco, pero nos bañamos -dijo, y se estremeció.

Les describió las estatuas fantasmas que habían intentado detenerlas, y cómo ella y Diana habían luchado con ellas y habían acabado venciéndolas comiéndose la ficha yin-yang del Moulin Rouge.

Mavranos se limpió la espuma de la cerveza del bigote y volvió la cabeza hacia Crane.

–Qué sacramento más raro -dijo con una sonrisa sardónica.

Nardie cogió el vaso de agua mineral de Diana.

–Y cuando por fin conseguimos meternos en el lago -siguió diciendo en voz baja-, antes de que llegáramos a un sitio lo bastante profundo para sumergirnos del todo, el agua empezó a hervir alrededor de los pies de Diana… ¡Así! – Hizo girar el vaso de Diana y creó un remolino de burbujas que giraron y sisearon dentro de él -. Y antes de que el viento las apagara hubo…, sólo duró un segundo y había sol así que apenas se las podía ver, pero… ¡Había llamas alrededor de sus tobillos!

–Parece un caso de electrólisis -dijo Mavranos. Había clavado la mirada en su cerveza, y Crane supuso que Mavranos había sido responsable directo de la muerte del medio hermano de Nardie en la presa y que no quería mirarla a los ojos-. Hiciste que el oxígeno se separara del hidrógeno, Diana. Recuerdo haberle oído decir al viejo Ozzie que el Lago Mead era agua domesticada…, quizá la has devuelto al estado salvaje.

–Lo hice -dijo Diana-. Con la ayuda de todos vosotros… El burbujeo siguió produciéndose prácticamente todo el tiempo que estuve metida dentro del agua, y pude… sentir…, o quizá oír o ver…, era como si estuviera cabalgando sobre toda aquella extensión de agua en libertad. Pude sentir cómo la casa-barco giraba al norte y también sentí el temblor de la presa.

Nardie había terminado su cerveza y agitaba el vaso vacío intentando atraer la atención de la camarera.

–Bien, ¿mataste a mi hermano? – preguntó en un tono de conversación perfectamente normal mirando a Mavranos.

Mavranos dejó su vaso de cerveza sobre la mesa, y Crane pensó que lo había hecho porque temía triturarlo dentro de su puño. Había cerrado los ojos, y permaneció unos momentos inmóvil antes de asentir.

–Lo hice -dijo por fin-. Yo… Le empujé y le hice caer por el lado de la presa opuesto al lago. Snayheever… También. Les maté a los dos.

Crane estaba mirando a Nardie, y vio cómo abría los ojos y se le aflojaban las comisuras de los labios durante un momento. Después la joven logró sonreír con un visible esfuerzo y dio un par de palmaditas sobre el dorso lleno de cicatrices de la mano de Mavranos.

–Este asunto ha hecho que cada uno de nosotros matara a alguien – dijo con la voz un poco enronquecida-. ¿Por qué creías que ibas a ser especial?

Crane se dio cuenta de que tenía razón. Él había matado a Vaughan Trumbill; Nardie había matado a aquella mujer del burdel de las afueras de Tonopah; Diana probablemente había matado a Al Funo…, y Mavranos acababa de perder una parte de sí mismo de la misma forma que ellos.

–Doctor, mi ojo -canturreó Crane en voz baja echando su silla hacia atrás y poniéndose en pie -. He de ir a irrigar la cavidad.

Mavranos también se puso en pie con cara de incomodidad.

–He de telefonear a Wendy -dijo-. ¿En casa mañana?

–Probablemente estarás en casa para la hora de almorzar-dijo Crane.

Nardie alargó la mano, y sus dedos se cerraron sobre la manga de la camisa de franela de Mavranos.

–Arky, si no lo hubieras hecho habría tenido que hacerlo yo-dijo-. Y me habría dolido mucho más de lo que te está doliendo a ti… Gracias.

Mavranos asintió y le dio una palmadita en la mano, pero siguió evitando su mirada.

–Aprecio esas palabras en lo que valen, Nardie -gruñó-, pero no me des las gracias.

Mavranos y Crane se separaron para ir a los teléfonos y al lavabo respectivamente, y Nardie y Diana tomaron un sorbo de sus vasos sin decir nada.

Epílogo – Te seguiré teniendo Mosca: ¿Acaso no eres el mismo que hoy en el tribunal ha declarado que desheredaba a su hijo? ¿Has hecho un perjuro de ti mismo? Ve a casa, muérete y apesta.

BEN JOHNSON, Volpone Pero si estuviera unido a ella viviríamos juntos como en una sola vida, y reinaríamos con una sola voluntad en todo.

Tendríamos poder sobre esta tierra oscura y la iluminaríamos, y tendríamos poder sobre este mundo muerto para darle vida.

ALFRED, LORD TENNYSON, Los idilios del Rey El amanecer no tardaría en llegar, y ya había hecho palidecer el cielo azul detrás de las montañas que se alzaban delante de ellos, pero el cielo que se veía por la ventanilla trasera de la camioneta bamboleante que avanzaba ruidosamente seguía siendo de un púrpura oscuro.

Nardie estaba sentada delante al lado de Mavranos, y Diana y el joven Oliver estaban en el asiento trasero. Crane, quien volvía a llevar sus maltrechas Adidas, téjanos y una camisa de manga larga, estaba recostado en la trasera de la camioneta rodeado de libros, latas de cerveza vacías y juegos de llaves inglesas. El ojo le dolía mucho. La camioneta olía como si Mavranos hubiera utilizado aceite en el que se habían freído montañas de patatas para engrasar el motor.

Oliver estaba sentado muy cerca de su madre. Diana había hablado con él por teléfono varias veces desde que el niño vio cómo su casa volaba por los aires y creyó que ella estaba dentro, pero parecía como si Oliver no hubiera llegado a creer del todo que seguía viva hasta que Diana había ido a Searchlight ayer por la tarde y le había abrazado en el patio de Helen Sully, e incluso después de las horas transcurridas tenía que volver a asegurarse de vez en cuando.

Mavranos giró a la izquierda y abandonó la autopista 93 para meter la camioneta en la no tan espaciosa carretera de Lake Shore dejando atrás el edificio del Centro de Visitantes, que aún seguía estando oscuro.

Encendió un cigarrillo, y Nardie bajó el cristal de su ventanilla. El aire del amanecer era fresco y olía a limpio.

–Quizá haya cogido las cartas y se haya largado a alguna parte-dijo Mavranos, y su voz casi sonaba esperanzada.

–No -dijo Nardie -. Si quiere apoderarse de los cuerpos…, si quiere obtener un auténtico nacimiento múltiple realmente efectivo del que pueda

disfrutar necesita una madre simbólica, y el lago será esa madre. Estoy segura de que sigue en la embarcación.

–Creo que el lago se ha convertido en algo más que un símbolo-dijo Mavranos.

Crane se estremeció temiendo el momento en que se enfrentaría a su padre. Podía sentir el bulto de la baraja Lombardía Zeroth que llevaba en el bolsillo interior de su chaqueta Levi's.

Diana giró sobre sí misma y le miró. – ¿Qué tal va el ojo? – preguntó en voz baja.

–Dentro de una hora no habrá empeorado mucho, y para entonces ya estaré en una sala de urgencias.

No le dijo que cuando había irrigado la cuenca con la solución salina el día anterior había sentido el bulto doloroso de lo que parecía alguna clase de tumor.

Pegó los codos al cuerpo para dejar de temblar. Diana parecía veinte años mayor, y el revoloteo de los cabellos rubios que se movían alrededor de las líneas perfectas de su mandíbula y su garganta le proporcionaba una belleza casi inhumana. Haberla conseguido para que un médico le dijera después que estaba condenado a muerte resultaría demasiado horrible, y Crane comprendió por primera vez lo que debía de haber sentido Mavranos durante los últimos meses.

–Puedo ver el lago -murmuró Oliver, y señaló con la mano.

Mavranos detuvo la camioneta en el aparcamiento de un restaurante de la cadena Denny's que estaba abierto toda la noche y que se encontraba casi al lado del muelle; y todos bajaron de la camioneta para estirar las piernas y dar unos pasos por la fresca atmósfera de la hora que precedía al amanecer.

–Nardie, Diana y Oliver pueden esperar dentro del restaurante mientras Scott y yo vamos a la embarcación -dijo Mavranos en voz baja. Caminó alrededor de la camioneta y abrió la puerta de atrás dejándola subida. El click-dick-click-click de las tiras metálicas y los goznes creó ecos en el aparcamiento vacío -. Si no hemos vuelto en… ¿Cuánto rato crees que tardaremos en volver?

Crane se encogió. Seguía temblando.

–Una hora -dijo.

–Digamos que una hora y media -murmuró Mavranos-. Si no hemos vuelto dentro de una hora y media subid a la camioneta y marcharos. Dejad

un mensaje en la recepción del Circus Circus. – Su mirada recorrió el aparcamiento casi vacío-. Y si Crane vuelve solo…

–Poneros en contacto con la policía o haced lo que os parezca más adecuado -dijo Crane con voz átona terminando la frase por él mientras se llevaba una mano al costado que seguía sangrando-. Mi padre podría haber asumido este cuerpo, y entonces sería él quien volvería, no yo.

–Ah, Oliver, y nada de llamaditas telefónicas por tu cuenta, ¿de acuerdo? – añadió Mavranos.

Oliver apretó los labios, meneó la cabeza y murmuró algo ininteligible.

Mavranos se inclinó hacia él. – ¿Qué has dicho?

Nardie se encogió de hombros.

–Él… Eh… Dice que tampoco te volverá a robar más cervezas.

–Uh. Bueno… De acuerdo.

Mavranos se colocó de tal forma que su espalda quedara vuelta hacia la claridad amarilla que brotaba de las ventanas del restaurante y pasó el 357 a Crane. Después envolvió la escopeta con empuñadura de pistola y cañón corto en una cazadora de nylon y la dejó sobre el asfalto.

Subió la puerta soltándola de los topes y dejó que se cerrara con un golpe seco.

Después hizo girar la llave en la cerradura y abrió la boca como si se dispusiera a decir algo…

Pero Crane acababa de dar un respingo involuntario y se había llevado una mano a la mejilla derecha y la frente apretándoselas con los dedos. El dolor de la cuenca ocular se había convertido en un calor insoportable tan cortante como el filo de una navaja de afeitar, y Crane se apresuró a arrancar el hemisferio de plástico que su cuenca parecía repentinamente incapaz de acoger y lo dejó caer sobre el asfalto. – ¡Está siendo asumido! – gritó Oliver con voz horrorizada, y se apresuró a retroceder apartándose de la camioneta.

Diana agarró a Crane por el codo libre, y a pesar del dolor que se había adueñado de su cabeza Crane comprendió que debía creer que estaba a punto de desplomarse.

"Una embolia -pensó Crane aterrorizado mientras la presión cada vez más intensa que sentía en la cuenca ocular hacía que un gemido estridente se abriera paso por entre sus dientes-. Un infarto, estoy teniendo un

infarto…" -¡Scott, no te encuentras en condiciones de hacerlo! – chilló Diana cogiéndole por el otro brazo y empezando a sacudirle.

Crane se había doblado sobre sí mismo. Tenía el mentón pegado al pecho, y le temblaban las rodillas.

Y entonces el dolor fue disminuyendo de forma tan inexplicable y rápida como había llegado. Lágrimas -y quizá sangre- brotaban de su ojo, pero Crane parpadeó con un repentino asombro y contempló sus rodillas, sus zapatos y el pavimento.

Lo estaba viendo todo en tres dimensiones.

Movió los párpados de los dos ojos y comprendió -el shock le había dejado tan aturdido que era incapaz de alegrarse- que tenía dos globos oculares.

El nuevo ojo le escocía, y el no estar acostumbrado a la luz hacía que los párpados siguieran moviéndose sin que Crane se lo ordenara, pero el dolor salvaje de unos momentos antes se había evaporado. – ¿Qué has dicho? – preguntó con voz enronquecida.

Diana seguía agarrándole de los brazos. – ¡He dicho que no estás en condiciones de hacerlo!

Crane tragó una honda bocanada de aire, se irguió y la miró con los ojos entrecerrados.

–Bueno, la verdad es que… creo que por fin estoy en…, en condiciones de hacerlo.

Sus cuatro compañeros le observaron sin entenderle y con una creciente alarma visible en sus rostros. – ¿Te…, te has vuelto a poner el ojo de plástico? – balbuceó Diana mientras bajaba la vista hacia el pavimento -. Me pareció que… Creo que no deberías…

–Le ha salido un ojo nuevo -dijo Nardie con voz átona-. Ahora tú y Scott estáis…, bueno, estáis en la mejor forma física posible, ¿no? Dejando aparte la herida que el Rey siempre tiene abierta en el costado, claro…

–Cristo -murmuró Mavranos.

Diana seguía teniendo agarrado a Crane por el codo y tiró de él atrayéndole hacia ella.

–Ven aquí, Scott.

Crane y Diana se alejaron una decena de pasos y se detuvieron al lado de la barandilla que protegía un macetero rojo cubierto de polvo. – ¿Te ha salido un maldito ojo nuevo? – preguntó Diana-. ¿Es verdad?

–Sí. – Crane respiraba deprisa y de forma un poco entrecortada.

"No me estoy muriendo", se atrevió a pensar.

–Scott, ¿qué está pasando aquí? – preguntó Diana en un murmullo apremiante.

–Creo…, creo que va a ocurrir -dijo Crane con un hilo de voz mientras sentía en su garganta el temblor inminente de lo que tanto podía ser la risa como el llanto-. Creo que tú y yo vamos a…, a convertirnos en el Rey y la Reina.

La respiración de ambos se había acelerado. – ¿Cómo…, hoy? ¿Qué significa eso? ¿Qué haremos?

Crane extendió las manos hacia ella en un gesto de impotencia.

–No lo sé. Casarnos, ser fértiles, tener hijos, trabajar, plantar jardines…

Diana casi parecía enfadada. – … encargar camisetas con un logotipo especial, papel de cartas…

Crane le sonrió, pero tragó una honda bocanada de aire y cuando volvió a hablar intentó usar un tono de voz más serio.

–Si tú y yo estamos sanos y somos fértiles la tierra también lo será. Nosotros y la tierra vamos a ser…, algo así como un par de muñecos vudú que se influyen el uno al otro. – Crane pensó en el sordo dolor continuo que sentía en la herida del costado -.

Luces de alarma que se avisan mutuamente de si algo va mal.

Los dedos de Crane rozaron los rubios cabellos de Diana.

–Puede que perdamos esta juventud honoraria durante los inviernos, pero apuesto a que volveremos a recuperarla casi toda cada primavera. Espero que pasará mucho, mucho tiempo antes de que los inviernos empiecen a resultarnos demasiado duros…

–No creerás que esto es la…, la inmortalidad.

–No. Estoy seguro de que una parte de nuestro trabajo es morir algún día para que otro Rey y otra Reina puedan subir al trono. Quizá nuestros hijos… Dentro de unos veinte años habrá jacks a los que vigilar, y la enfermedad siempre estará ahí y, con el tiempo, la vejez. La única forma de que todo esto nos proporcionara la inmortalidad sería… Bueno, convertirse en Saturno y devorar a tus hijos.

–Hasta ahora no he sido una gran madre -dijo Diana con voz temblorosa-, pero si ésa es la única forma de conseguirlo creo que paso.

–Y creo que tendremos visiones, sueños o alucinaciones en las que nos ocuparemos de esas cosas de las que las cartas no son más que imágenes…, los Arquetipos que impulsan a las personas desde las profundidades. Puede que incluso consigamos ser…, ser una especie de intermediarios diplomáticos y que logremos convencerlas de que formen combinaciones distintas a las actuales para que el mundo no sea un lugar tan horriblemente jodido. Mi padre no se atrevió a tratar con los Arquetipos cara a cara, y escogió el canal ritualizado de las cartas y usó a las personas como si fueran cerillas con las que iluminar las cosas. Aquí hay mucho poder… Lo que ocurre es que mi padre lo ha estado utilizando de una forma inadecuada…, como si tuvieras un coche con un motor magnífico y te limitaras a ponerlo en marcha para poder cocinar encima del capó. – Crane la miró, y sus labios se curvaron formando una sonrisa vacilante-. Creo que tendremos que aprender a conducir ese coche.

–Dios -murmuró Diana-. Bueno, supongo que podemos intentarlo.

Volvieron con los demás.

–Démonos prisa -le dijo Crane a Mavranos -. El sol no tardará en salir, y él empezará a reclamar los cuerpos.

Mavranos cogió la escopeta envuelta en la cazadora, y él y Crane se alejaron calle abajo en dirección a las siluetas oscuras de las embarcaciones.

Crane y Mavranos fueron interpelados apenas pusieron los pies sobre el atracadero.

–Vaya, chicos -dijo un joven desde la cubierta de la casa-barco de León. Crane le reconoció. Era Steve, el Amino Ácido que había estado ocupándose del bar durante las partidas-. Si queréis jugar al póquer llegáis un poco tarde, y si habéis venido con la intención de robar cámaras o equipo de pesca… -Salió de las sombras y dejó que vieran el revólver con el que les estaba apuntando-. Bueno, en ese caso os habéis equivocado de embarcación.

–He venido a hablar con el propietario -dijo Crane -. Creo que ya estará despierto. – ¡Cristo! – Stevie abrió mucho los ojos y extendió el brazo que sostenía el arma-.

Sois los dos tipos que estabais en ese bote en el Lago Mead el domingo. ¡Matasteis a nuestro Rey!

Mavranos se hizo rápidamente a un lado alzando la escopeta envuelta en la cazadora, y Crane movió velozmente la mano hacia el revólver oculto

debajo de su camisa.

Pero en ese mismo instante una voz de barítono gritó "¡Quietos!" desde las sombras que había detrás de Stevie, y todos se envararon sin mover ni un músculo.

–Tira el arma por la borda, Stevie -dijo León usando la voz de Hanari-. ¡Hazlo!

Durante un segundo la mano de Stevie se limitó a temblar y seguir extendida hacia ellos, y Crane pensó que León le dispararía por la espalda. Después Stevie lanzó una maldición temblorosa y arrojó el arma por encima de la borda.

Mavranos bajó la escopeta y dejó escapar el aire con un bufido a través de su bigote.

León dio un paso hacia adelante que le llevó a la cada vez más intensa claridad que llegaba del cielo. Estaba sonriendo bajo el vendaje que le cubría la frente. Crane volvió a fijarse en el bulto que tensaba la tela de sus elegantes pantalones cortados a medida, y supuso que su padre se había hecho colocar un implante artificial. "¿Es ésa su idea de la perfección física? – se preguntó-. ¿Tenerla tiesa en todo momento?" -Eres Scott Crane -dijo León en un tono de fría satisfacción. Su mano sostenía una automática de gran calibre a la altura de su muslo -. Pareces saber algo sobre todo esto…, sobre lo que tú y yo hicimos en la partida del sesenta y nueve. ¿Y has matado al candidato al trono que daba órdenes a este tipo? – León se echó a reír-. Bueno, gracias por haberme evitado la molestia de tener que hacerlo. ¿Por qué has venido aquí?

Crane se alegró de que nadie le hubiera reconocido como la pobre Monja Volante. Sus ojos fueron más allá de León y se posaron en el lago donde había matado al Rey de los Amino Ácidos con una automática del calibre 45 mágica, y se acordó del lugar en el que estaba el tótem físico del Rey.

–Voy a asumir el Flamingo -dijo Crane.

La risa de León se volvió un poco más ronca y gutural.

–Oh, ¿de veras? Eres un pez, hijito, no un jack. – Su rostro enrojecido se volvió totalmente inexpresivo en una fracción de segundo y desvió la mirada hacia el aún oscuro oeste. Un instante después el cañón de su pistola había subido y apuntaba al centro del torso de Crane-. ¡Stevie! – ladró León-. ¡Acércate a él y fíjate bien en sus ojos!

Stevie vaciló, pero acabó cruzando la cubierta hacia Crane y le miró a la cara.

–Eh -dijo -. Son azules… Sus ojos, ¿no? Están un poco inyectados en sangre…

–Buena señal -dijo León con recelo-. Sostén la llama de un encendedor delante de cada ojo… No le quemes, ¿entendido? Dime qué hacen sus pupilas.

El ojo nuevo que había surgido de su cuenca quedó deslumbra-do por la llama cuando Stevie la sostuvo delante de él, pero Crane consiguió no llegar a cerrar del todo ninguno de los dos.

–Las dos pupilas se han contraído enseguida -dijo Stevie.

León se relajó y volvió a reír, claramente aliviado.

–Lo siento, señor Crane -dijo -. Verá, es que hace tiempo conocí…, conocí a alguien que tenía su mismo nombre. Una vieja amiga mía llamada Betsy solía preocuparse mucho por eso, pero me temo que estaba empezando a volverse paranoica.

–León movió la pistola en dirección a Mavranos-. Ese tipo tiene un rifle o algo parecido oculto en la cazadora, Stevie. ¿Quieres hacer el favor de quitárselo?

Mavranos miró a Crane, quien asintió, y permitió que Stevie le quitara el arma.

–Bien, Crane -dijo León-. Ahora puedes subir a bordo y ser el primero… Después de todo estropeaste mi precioso Hanari, ¿no? Tu amigo puede esperar en el atracadero.

Probablemente tendrás algunas cosas de las que hablar con él cuando os marchéis.

Crane fue por el muelle hasta llegar a la sección del atracadero en la que la barandilla había sido levantada sobre sus bisagras. Llevar playeras en vez de zapatos de tacón le permitió salvar la distancia que le separaba de la embarcación sin ninguna dificultad.

Las cartas estaban esparcidas boca arriba sobre el fieltro verde que cubría la mesa -eran lo único que había encima de ella-; y a pesar de la luz del amanecer ya visible al otro lado de las portillas las lámparas de las paredes emitían una claridad casi crepuscular que iluminaba la sala. El doctor Leaky volvía a estar prisionero en su silla de ruedas, pero por fortuna llevaba un traje distinto al que se había ensuciado. Otro Amino Ácido

armado que estaba dando caladas a un cigarrillo montaba guardia frente al bar.

El aparato del aire acondicionado emitía un suave zumbido, y la más bien fría atmósfera de la sala estaba totalmente desprovista de olores.

El cuerpo de Art Hanari seguía empuñando el arma, y León se encaró con Crane desde el otro extremo de la habitación contemplándole a través de los inflamados ojos de Hanari. – ¿Por qué has venido aquí? Creo que no tienes ni idea de lo que va a ocurrir ahora -dijo.

"Tomas posesión de lo que has comprado -pensó-. Espero que no haya ningún error…" -Asumo el Flamingo.

La afirmación pareció volver a afectar mucho a su padre.

–Vendiste la mano -dijo León con voz átona pero en un tono bastante más alto-. Te convertirás en Rey de la misma forma que… ¡Que su comida! No tengo tiempo para… -¿Por qué tienes cerca a ese viejo payaso? – le interrumpió Crane señalando al doctor Leaky con la cabeza mientras parpadeaba para eliminar las lágrimas de su ojo nuevo-. ¡Eh, doctor! – gritó-. ¿Qué tal anda su vida amorosa últimamente?

El doctor Leaky empezó a soltar risitas y ruidos que intentaban imitar las ventosidades. – ¡Telepórtame, Scotty! – dijo.

El Amino Ácido arrojó su cigarrillo en un cenicero y dio un paso hacia adelante.

El rostro ya casi purpúreo de León se volvió de un color aún más oscuro, y clavó la mirada en los ojos de Crane…, alzó una mano…, y después cerró los ojos y tragó aire.

Y un instante después Crane empezó a caer por la oscuridad de su propia mente, y fue consciente de la presencia de los dioses antiquísimos que se removían en las profundidades a una inmensa distancia de él.

El último pensamiento coherente que pudo formar fue "No ha funcionado. Ha ganado".

Las criaturas giraban debajo de él como si fueran galaxias, y aunque no había luz podía verlas gracias a las imágenes que creaban ecos y vibraciones irresistibles dentro de su mente.

Estaba el Loco que bailaba junto al borde del precipicio, y las esfinges que tiraban de la espléndida Carroza, y el Juicio que convocaba a una multitud de siluetas haciéndolas salir de las tumbas que acababan de abrirse, y la Luna con la lluvia luminosa cayendo sobre un estanque y, más

cerca que las otras, el hermafrodita que era el Mundo, y un instante después pudo verse a sí mismo.

La forma que le pertenecía era el cuerpo envuelto en el manto y aureolado por la potencia del Emperador, y sostenía en su mano derecha la cruz lobulada egipcia, el ankh.

Se puso en pie y las otras entidades parecieron saludarle respetuosamente haciéndole una reverencia, y oyó un coro de cánticos, gritos y sollozos que evocaba el triunfo y la esperanza a pesar de contener todos los rugidos del horror y la rabia que erosionaban la límpida pureza de las voces intentando arrastrarlas hacia los tonos más graves de la escala tonal.

Siguió subiendo y se abrió paso a través de la negrura centelleante y llena de ecos que le rodeaba.

Y sus ojos recuperaron la capacidad de ver, y descubrió que estaba inmóvil sobre la alfombra roja en la sala de la casa-barco de su padre.

El cigarrillo del Amino Ácido chocó con el fondo del cenicero, y el joven dio otro paso hacia adelante.

El cuerpo de Hanari -su rostro se había vuelto repentinamente inexpresivo- dio un paso hacia atrás para no perder el equilibrio. – ¡No! – gritó de repente el doctor Leaky con voz aterrorizada-. No, esto no… Amo la vida, ¿mi vida amorosa? ¿Mi amada esposa, mi esposa que me ama? Me quemó el Chevrolet, se llevó a mi chico, sí, eso es lo que hizo… -Estaba haciendo inspiraciones muy profundas con los ojos cerrados, y Crane vio que el anciano había vuelto a mearse en los pantalones-. ¡No me hundiré en esto! – gritó el cuerpo del doctor Leaky-. Puedo pensar… -Volvió a quedarse callado, y Crane temió que León fuera capaz de utilizar aquel cerebro senil para dar otro salto y volver al Hanari inmóvil de mirada vacía-.

Recogeré las…, las…, ya sé qué voy a recoger…, las cartas, se me han caído… Bueno, la verdad es que las tiré.

El Amino Ácido se había quedado boquiabierto, y sus ojos iban y venían de un lado a otro mientras su mano apretaba convulsivamente la culata del revólver que no había llegado a sacar de la funda.

–Siéntate -le dijo Crane.

El joven asintió con la cabeza, volvió a la barra y se sentó en un taburete.

–Tú… ¡Ya lo tengo, ya lo tengo! – gritó el doctor Leaky sin abrir los ojos-. Puedo… empujar… -Sonrió, abrió los ojos y empezó a observarlo todo parpadeando muy deprisa y girando lentamente la cabeza hasta que vio el cuerpo de Hanari que seguía inmóvil al otro extremo de la habitación-. No, el maldito hijo de puta me cobró… ¿Cuánto? ¡Doscientos dólares! Por un motor usado en el cuarenta y cinco o, espera, no, eso es, sí, en el cuarenta y cinco… Yo… Yo le dejé muy claro lo disgustado que estaba, te lo aseguro. Desde luego que sí.

Crane contempló el cuerpo prisionero en la silla de ruedas que se debatía frenéticamente, y comprendió que era la primera vez en más de veinte años en que la mente de su padre estaba dentro del cuerpo de su padre. Aquel viejo tembloroso era su padre…, completo y por fin reunido.

Crane apretó los puños y se obligó a no correr hacia la silla de ruedas para abrazar al anciano. "Acuérdate de Ozzie -se dijo-. Ozzie era tu verdadero padre. Este hombre al que sigues queriendo tanto mató a Ozzie."

El doctor Leaky se estaba calmando, y las risitas no tardaron en volver a brotar de sus labios. – ¿Crees que ese chico lloró? – Frunció el ceño, y miró a su alrededor como si estuviera rodeado por una multitud de personas que ponían en duda sus palabras-. ¡Nada de eso! Le saqué el anzuelo del dedo y no se le escapó ni una sola lágrima…

Crane pasó junto al cuerpo inmóvil y sin mente de Art Hanari y fue hacia la gran mesa redonda en la que habían jugado a las cartas. Se inclinó sobre ella, extendió las manos y recogió las cartas de tarot formando un montón. Después le dio la vuelta y lo dejó boca abajo sobre el fieltro verde. – ¡No puede tocar esas cartas! – gritó el Amino Ácido.

Crane volvió la cabeza y le miró por encima de su hombro. El joven había desenfundado el revólver y le estaba apuntando con él. – ¿Por qué no? – Crane sonrió y señaló a Hanari con un pulgar-. Él no tiene ninguna objeción a que las toque. Pregúntaselo.

–Voy a tener que pedirle que se aparte de la mesa -dijo el joven-. El señor Hanari nos ha dicho que debemos matar a cualquier persona que intente tocar las cartas.

Crane no había previsto aquel problema. Pensó en el arma que llevaba debajo del cinturón oculta por el faldón de la camisa cuyo frío sentía en la carne, y comprendió que no podría sacarla antes de que el Amino Ácido hubiera tenido tiempo de dispararle un mínimo de dos balas…, y el joven

ya le tenía encañonado. Crane suspiró. – ¿Por qué os hacéis llamar Amino Ácidos? – preguntó en el tono de voz más afable de que fue capaz. – ¿Cómo lo sabe?

Que Crane estuviera enterado del nombre de su pandilla parecía producirle una mezcla de placer e incomodidad, como si fuera un escritor y acabara de conocer a alguien que había leído una obra suya.

–Perro Mordedor me lo dijo.

–Ah. – El joven movió el cañón del arma-. Apártese de la mesa.

Crane se apartó de ella, fue hacia Hanari y se detuvo junto a él.

–Se le ocurrió a nuestro líder -dijo el joven-. Somos… Éramos un club masculino, y todos estábamos muy entusiasmados con la sabiduría de la Nueva Era…, aunque mataron a nuestro líder la semana pasada y casi todos se han largado. Amino viene de ammon, una palabra griega que para su información también es el nombre del dios del sol egipcio…, y existen veinte aminoácidos que son la base de todas las proteínas, como el ADN, que es la moneda de la reproducción sexual y nosotros estamos en contra de ella.

–Se encogió de hombros-. Éramos veinte. Si quitas la Luna y los Amantes los Arcanos Mayores se quedan con veinte cartas. Pensamos que íbamos a ser el ÁDN del estanque psíquico y que concebiríamos de forma inmaculada un auténtico Rey Pescador en la persona de nuestro líder sin necesidad de utilizar ninguna mujer, y después de que nuestro líder fuera asesinado Stevie y yo conocimos al señor Hanari, que ya era esa clase de Rey.

Parpadeó y frunció el ceño.

–Y haga el favor de apartarse del señor Hanari también. No, un poco más lejos.

Siéntese en esa silla de ahí. Si es necesario no vacilaré en matarle, señor. El señor Hanari nos ha dado instrucciones muy claras y detalladas. – Crane se sentó en una de las sillas más alejadas, y el Amino Ácido volvió la mirada durante un momento hacia Hanari. El cuerpo de mandíbula fláccida y mirada vacía seguía totalmente inmóvil-.

Estoy seguro de que me dará instrucciones dentro de un momento. Cuando haya…, cuando haya acabado de pensar me dirá lo que he de hacer.

"Está vacío, chico -pensó Crane -. No volverá a hablar nunca más…, a menos que mi padre consiga sacar su mente de ese cuerpo de anciano con

su viejo cerebro senil, cosa que de momento todavía no ha conseguido hacer."

Crane volvió la cabeza hacia el doctor Leaky, quien alternaba el fruncir el ceño con el soltar risitas. "Pero si le damos el tiempo suficiente quizá acabe consiguiéndolo", pensó nerviosamente.

Recordó aquella borrachera durante la que se había hundido en una visión hasta llegar al nivel de los Arquetipos que había debajo de su mente, y que luego había subido por un pozo de personalidad equivocado y se había encontrado dentro de un cuerpo de mujer.

"Quizá podría hacer lo mismo ahora pero de forma intencionada, y acabar en el cuerpo de Hanari y ordenar a este joven que arroje su arma al lago y que se vaya…" Crane cerró los ojos, dejó que su mente descendiera hacia las profundidades y empezó a desprenderse de los aparejos, emblemas y velas de su individualidad a medida que iba bajando hacia el nivel compartido por todos los seres humanos.

Pero acabó encontrándose metido en un vivido sueño hipnagógico en el que estaba hundido en las oscuras aguas de aquel lago tan profundo. Sabía que seguía sentado junto a la mesa de juego en la casa-barco de su padre -podía ver los paneles de madera de las paredes, las lámparas encendidas y el cuerpo de Hanari que oscilaba lentamente de un lado a otro de pie sobre la moqueta-, pero también podía entrever los muros del apartamento del Flamingo que había ocupado Siegel, y las negras aguas del lago que había al otro lado de aquellas ventanas tan grandes como acuarios y la estantería debajo de la que estaba oculto el pozo que llevaba hasta el túnel del sótano.

En el sueño el pozo llevaba hacia arriba en vez de hacia abajo, y una voz que sonaba dentro de su cabeza -tan débil que Crane no podía estar seguro de que no la estuviera imaginando- empezó a hablarle. "Te has vuelto demasiado grande y no cabes -dijo la voz-. Queda muy poco de mí. Yo iré."

"Gracias por ayudarme", pensó Crane y un instante después temió que la personalidad deteriorada que habitaba en aquel lugar hubiese podido captar las emociones ocultas -la duda, la incomodidad y la repugnancia-, ocultas detrás del pensamiento que acababa de proyectar mediante un esfuerzo consciente.

Pero cuando volvió a hablar la voz usó un tono entre sarcástico y jovial. "Será un placer -dijo-. Procura ser un buen Rey, y ayuda a otro algún día."

"Te estoy agradecido -pensó Crane con más sinceridad que antes-. Te doy las gracias por mi familia."

Una rápida sucesión de asociaciones casi imperceptibles desfiló por la mente de Crane. Una reverencia, una mano que acariciaba el ala de un sombrero, una sonrisa…

Crane sintió cómo los restos de la identidad de Siegel empezaban a subir por el angosto pozo trepando o nadando.

Y el sueño se disolvió, y Crane volvía a estar entero sentado en la silla contemplando el cuerpo de Hanari…

Y vio cómo parpadeaba y abría la boca.

Crane lanzó una rápida mirada de soslayo al doctor Leaky, pero el anciano atrapado en la silla de ruedas seguía babeando con los ojos clavados en el televisor apagado.

–Fuera -dijo el cuerpo de Hanari hablando muy despacio-. Los dos.

Crane se puso en pie y salió el primero a la cubierta barrida por el viento, seguido muy de cerca por el Amino Ácido. El sol aún no era visible por encima de las Montañas Negras, pero una corona deslumbrante brillaba sobre las cimas que se alzaban en la lejanía.

Crane apartó la mirada de la claridad y vio a Mavranos y Stevie rígidamente sentados en sillas sobre la cubierta. Stevie tenía la escopeta encima de las rodillas.

–Scott Crane -dijo Hanari-, saca el arma que llevas debajo del cinturón muy despacio y con la mano izquierda, y arrójala por la borda.

Apenas oyó hablar de un arma Stevie se puso en pie y alzó la escopeta, y el otro Amino Ácido dio un paso hacia atrás para tener una línea de tiro despejada.

Crane metió su mano izquierda debajo del faldón de su camisa y tiró de las cachas Pachmayr de su arma. Cuando hubo logrado sacarla del cinturón se quedó inmóvil.

"Mi padre está dentro del cuerpo de Hanari -pensó-. Tendría que girar sobre sí mismo y tratar de acertarle…, y a los dos Amino Ácidos, claro."

Su cuerpo estaba cubierto por una capa de sudor helado, pero empezó a flexionar las rodillas para quedar ligeramente agazapado e intentó pensar en cómo movería el arma para que encajara en la palma de su mano y dónde se tiraría después del primer disparo.

–Caja fuerte y escondite -dijo Hanari en voz baja.

Era lo que Siegel le había dicho en un momento de la visión que había tenido debajo del lago.

"He de confiar en alguien -pensó Crane parpadeando para aliviar el escozor producido por la sal del sudor que se le había metido en los ojos-. ¿Voy a confiar nada menos que en… Bugsy Siegel?"

Se irguió, arrojó el arma por encima de la borda y oyó cómo se hundía con un chapoteo. Después tragó una honda bocanada de aire y la dejó escapar a continuación.

–Y ahora tú, Frank -dijo Hanari-. Tírala al lago. Un revólver pasó volando junto al hombro de Crane después de un instante de vacilación y se hundió en el agua.

–Stevie -dijo Hanari-, tráeme la escopeta.

Crane se volvió hacia el atracadero, y vio cómo Stevie avanzaba sobre la cubierta y entregaba la escopeta al cuerpo de Hanari -su rostro estaba de un rojo púrpura- y retrocedía respetuosamente después de hacerlo.

Hanari la sopesó y movió la corredera hacia adelante introduciendo un cartucho en la recámara.

Después apuntó con el arma a Frank.

–Ponte al lado de Stevie, muchacho -dijo cansinamente la voz de barítono-. Sobre el atracadero. Hay un nuevo Rey, y vosotros dos no tenéis nada que ver con él.

Frank y Stevie bajaron de la embarcación, y los dos Amino Ácidos pusieron los pies sobre las planchas del atracadero y se pegaron el uno al otro con expresiones atemorizadas.

Una luz blanca cayó sobre la calle. Crane miró hacia atrás y quedó deslumbrado por el primer rayo del sol del nuevo día que acababa de asomar sobre las cimas de las Montañas Negras.

–Iros muy lejos de aquí -dijo el fantasma de Benjamín Siegel a través de la boca del cuerpo de Art Hanari-. Olvidad todas esas ambiciones. ¡Marcharos!

Dio un paso hacia los dos Amino Ácidos, y los dos jóvenes empezaron a retroceder por el atracadero en dirección al aparcamiento.

El cuerpo de Hanari les siguió hasta el camino, y después se quedó inmóvil sosteniendo la escopeta en las manos y les siguió con la mirada mientras los dos jóvenes cruzaban a toda prisa el pavimento aún no

recalentado por el sol en dirección a las dos El Camino blancas aparcadas una al lado de la otra en el solar.

Mavranos, quien seguía sentado en la silla de cubierta, también les siguió con la mirada y después volvió la cabeza hacia Crane.

Crane movió una mano.

–Sube a bordo, Arky -dijo en voz baja.

Mavranos se detuvo en la entrada de la sala y su mirada recorrió la estancia yendo desde la mesa cubierta de fieltro verde hasta la temblorosa silueta del doctor Leaky en la silla de ruedas. El anciano estaba preguntando una y otra vez si alguien olía a rosas.

La mesa estaba vacía. Las cartas de la baraja Lombardía Zeroth estaban esparcidas sobre la moqueta roja. Crane dejó escapar un gemido ahogado.

–Ayúdame a recogerlas -dijo.

Mavranos caminó lentamente a lo largo de la barra y se inclinó para recoger las cartas, y Crane se puso a cuatro patas al lado de la mesa y empezó a recoger las que habían caído cerca de ella.

El doctor Leaky se removió en su silla de ruedas.

–Sube a mi rodilla, Sonny Boy -dijo.

Crane le ignoró.

"Dos de espadas -pensó mientras cogía aquella carta-. Y ahí está el diez de copas…"-Cuando… el… cielo… está… gris… -canturreó el doctor Leaky.

Crane había recogido bastantes cartas y se las metió distraídamente en el bolsillo para que no se le cayeran. Después se arrastró sobre la alfombra y siguió recogiendo cartas.

Y, finalmente, no pudo seguir soportando el que la estrofa incompleta de la canción flotara en la atmósfera de la sala. – ¿Qué es lo que menos te importa? – murmuró entre dientes.

–No me importa que el cielo esté gris… -canturreó León.

Crane metió unas cuantas cartas más en su bolsillo sin preocuparse de si se arrugaban, y avanzó sobre la alfombra hasta donde habían caído algunas más. Los rostros pintados le contemplaban mientras los recogía y los encerraba en sus puños. – ¿Qué le hago al cielo? – preguntó, enfurecido al darse cuenta de que aún recordaba la vieja rutina.

Seis de copas, as de bastos, el Loco…

–Haces que se vuelva azul…

"Cristo", pensó Crane mientras sentía cómo las lágrimas se acumulaban en sus ojos. – ¿Cómo me llamo? – preguntó obedientemente, y faltó poco para que se le quebrara la voz.

–Sonny Boy.

–Ya he recogido todas las que había por aquí -dijo Mavranos poniéndose en pie.

Tenía las dos manos llenas de cartas mientras evitaba mirar a Crane o al anciano.

–De acuerdo -dijo Crane poniéndose en pie y procurando hablar en un tono de voz firme y tranquilo -. Déjalas encima de la mesa. Clavaré las que hemos recogido y luego buscaremos las otras.

Sacó del bolsillo de sus téjanos el cuchillo plegable que había extraído de la pared del túnel debajo del Flamingo. Mavranos fue hasta la mesa y dejó sus cartas sobre el fieltro verde, y Crane sacó del bolsillo de su chaqueta las cartas que había ido recogiendo.

Después desplegó la hoja y colocó la punta sobre el reverso de la primera carta, y un instante después se acordó de la noche en la que se había herido la pierna y dejó caer el otro puño con fuerza sobre la empuñadura atravesando las cartas con el cuchillo.

La embarcación no se movió, no hubo ningún diluvio repentino que azotara las portillas y no se oyeron voces hablando sobre el lago.

El cuchillo estaba inmóvil en posición vertical con su punta enterrada en la madera debajo del fieltro verde.

–Hay unas cuantas más esparcidas por los rincones -dijo Mavranos en voz baja.

–Vamos a por ellas.

Crane se acuclilló sobre la media docena de cartas que habían caído junto a la moldura de estribor…, y pudo sentir los ojos del doctor Leaky clavados en él, los ojos de su padre que le observaban.

Alzó la vista hacia el otro extremo de la sala, y miró al anciano sentado en la silla de ruedas que le contemplaba con expresión implorante. – ¿Qué harán los amigos? – preguntó Crane en voz baja.

Su padre sonrió y abrió la boca.

–Los amigos pueden perdonarme…

–He terminado por aquí -dijo Mavranos yendo hacia la mesa con otro puñado de cartas.

–Y yo también he acabado con éstas -dijo Crane irguiéndose -. Creo que ya están todas. Ten, Arky, ¿te importaría contarlas? – Un sollozo estaba empezando a formarse en su garganta, y Crane esperó hasta estar seguro de que podría hablar sin que se le quebrara la voz-. Creo que no soy capaz de hacerlo.

–Claro.

Mavranos cogió las cartas que le alargaba, y Crane volvió la cabeza hacia su padre y le lanzó una mirada de irritación. – ¿Qué dejarás que hagan contigo? – preguntó.

–Dejaré que todos me perdonen…

–Setenta y ocho -dijo Mavranos, y su voz también sonó un poco temblorosa.

–Están todas -dijo Crane.

Sacó la segunda baraja del bolsillo interior de su chaqueta y la colocó al lado de la primera. Después arrancó el cuchillo de la mesa y empezó a cortar las cartas con el filo usándolo como si fuese una sierra.

Le pareció sentir movimientos y vagas resistencias debajo de la hoja, músculos invisibles que se flexionaban expresando su protesta y su furia mientras el filo del acero violaba las superficies de papel y rascaba la pintura, pero dos minutos después las cartas se habían convertido en un montón de fragmentos irregulares.

Crane retrocedió alejándose de la mesa. – ¿Qué seguirás teniendo? – preguntó distraídamente.

–Te seguiré teniendo a ti… -canturreó su padre.

"Sí, supongo que sí -pensó Crane, y no pudo contener la oleada de amargura que le invadió-. Por lo menos esa parte de mí que sigue siendo un niño de cinco años…"

Crane recogió los fragmentos de las cartas.

–Vamos a la proa -dijo volviéndose hacia Mavranos-. Las echaré al lago como si fueran las cenizas de alguien.

–Y démonos prisa -dijo Mavranos-. Tengo muchas ganas de largarme de aquí, ¿sabes?

Crane se quedó inmóvil durante unos momentos antes de salir a cubierta porque la canción aún estaba incompleta, y no podía permitir que continuara así durante todos los años que seguirían a aquel momento. – ¿Cómo me llamo? – murmuró.

–Sonny Boy.

Media hora después la vieja camioneta avanzaba ruidosamente por la autopista 95 en dirección norte cruzando el desierto hacia la cordillera McCullough y Las Vegas al otro lado de ella.

–Y cuando volvimos a entrar estaba muerto -dijo Crane acabando de contar la historia a Nardie y Diana. Crane tenía un brazo alrededor de los hombros de Diana, y Oliver estaba acurrucado a su izquierda incrustado entre el cuerpo de su madre y la ventanilla-. Y aunque… -Crane dejó escapar un lento suspiro y apretó suavemente el hombro de Diana con los dedos-. Y aunque no podía llevar muerto más de un minuto cuando le toqué estaba tan frío como el lago. Corté el cinturón de la silla de ruedas, y después volvimos a salir a cubierta y arrojé el cuchillo al agua. Cuando…

–Siento lo de tu padre -dijo Diana.

–No creo que debas sentirlo -dijo Crane-. Creo que yo tampoco debería sentirlo.

Oliver se removió en el asiento y Crane pensó que iba a decir algo, pero el chico se limitó a mirar por la ventanilla.

–Y cuando el cuchillo estaba a punto de chocar con el agua… -siguió diciendo -.

Bueno, no se podía ver muy bien porque el sol se reflejaba en las olas, pero… ¡Pero juraría que vi cómo una mano salía del lago y agarraba el cuchillo al vuelo! Y después se hundió debajo de las aguas tan deprisa que apenas las vi ondular.

Eso atrajo la atención de Oliver, y el chico volvió rápidamente la cabeza hacia él. – ¿Una mano? – graznó-. ¿Como si alguien vivo debajo del agua lo hubiera cogido? – ¿Vivo? Bueno, no estoy muy seguro de eso.

–Yo sigo diciendo que fue una tortuga -comentó Mavranos desde el asiento delantero. Tomó un sorbo de una lata de Coors sin apartar los ojos del asfalto -. Vi cómo una tortuga alargaba el cuello y pescaba el cuchillo con la boca.

–Me gusta más la versión de Arky -dijo Nardie. – ¿Y…, y Siegel? – preguntó Diana.

Crane meneó la cabeza.

–Cuando bajamos de la embarcación seguía allí. No movió un músculo, y ni siquiera nos miró… Y después todos oísteis aquella detonación. –

Supongo que el veredicto será que Art Hanari, fuera quien fuese ese tipo, se suicidó en el aparcamiento -dijo Mavranos.

–La última muerte -dijo Diana.

Y Crane comprendió que estaba pensando en Scat, quien sería dado de alta del hospital dentro de una o dos semanas.

–Esperemos que durante mucho tiempo, por lo menos -dijo Crane.

Pensó en cruzar los dedos, pero se conformó con estrechar la mano de Diana.

Y la vieja camioneta se alejó por la autopista acelerando bajo el sol de la mañana, y en el desierto que se extendía a su alrededor alejándose en todas direcciones los árboles de Josué se alzaban cargados de brotes color crema, y las ramas relucientes de las chollas daban sombra a las corolas de las gotas de sol y las lupinas que habían empezado a florecer, y en las montañas las cabras del desierto bajaron dando ágiles saltos a los arroyos de aguas frescas y cristalinas para beber de ellos.

FIN

This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
21/04/2008
LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com